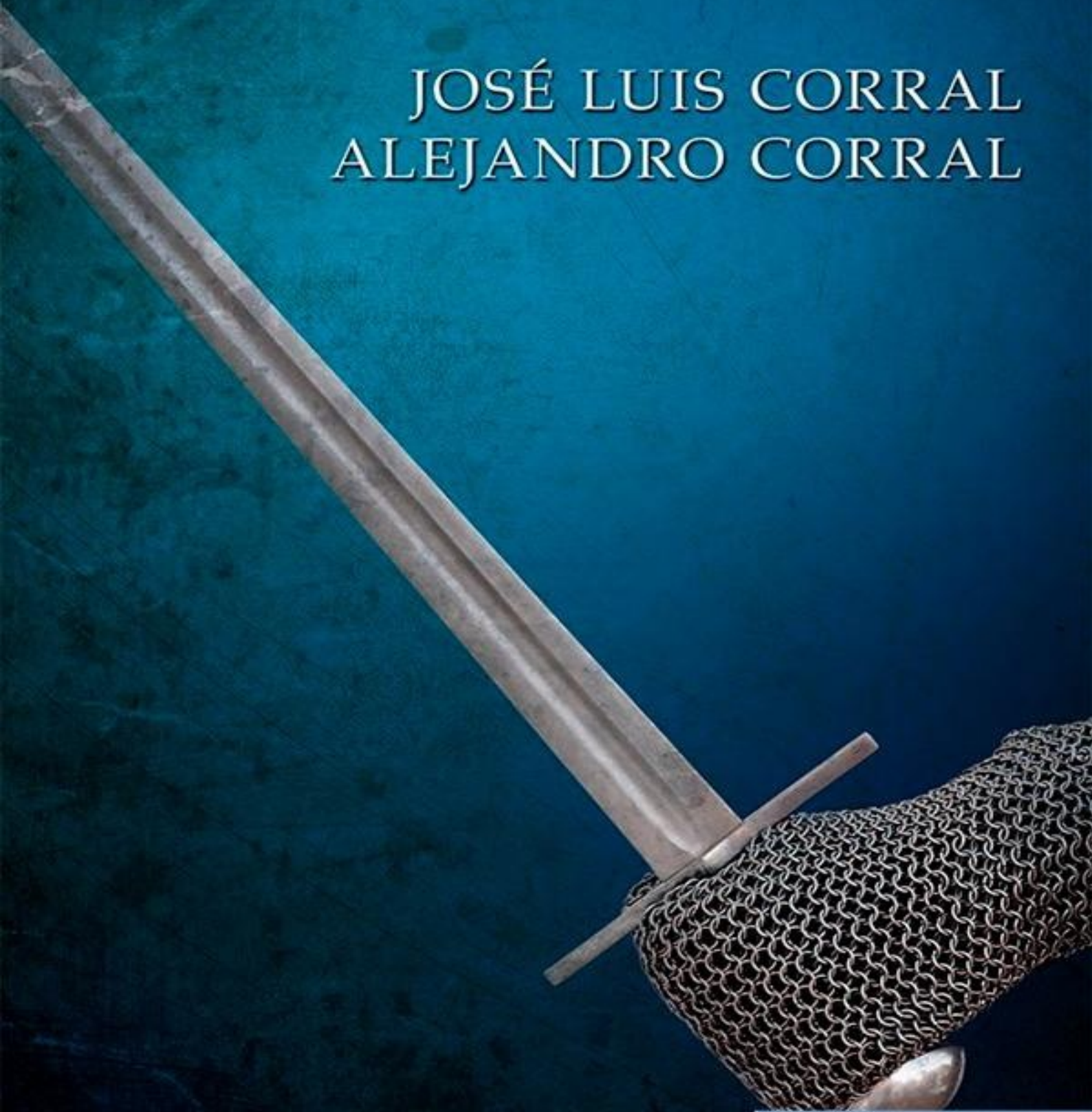


BATALLADOR

JOSÉ LUIS CORRAL
ALEJANDRO CORRAL



Lectulandia

Alfonso I el Batallador (h. 1073-1134) nació con escasas posibilidades de reinar, pero fue rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla. Conoció a El Cid, se casó con la reina Urraca de León y se proclamó Emperador de toda Hispania. Por primera vez esos reinos se unieron dinásticamente, casi cuatro siglos antes de los Reyes Católicos.

Guerrero infatigable y legislador avanzado, vivió marcado por su homosexualidad y su misoginia, protagonizó hazañas y conquistas extraordinarias, participó en intrigas políticas, sufrió convulsiones personales y tomó decisiones asombrosas. Alfonso I protagonizó una época prodigiosa en la que se desarrollan las cruzadas, las ciudades, la cultura humanista, el arte románico, la nueva idea de libertad, la literatura caballeresca y las cortes de amor.

La novela imprescindible para entender el espíritu de la Edad Media.

Lectulandia

José Luis Corral & Alejandro Corral

Batallador

ePub r1.0

Titivillus 11-08-2019

Título original: *Batallador*
José Luis Corral & Alejandro Corral, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo I. Un reino en las montañas

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Capítulo II. Nuevos horizontes.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Capítulo III. Una reina para un rey.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Capítulo IV. Grandes conquistas.

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Capítulo V. Un viaje prodigioso.

- 1
- 2
- 3

4

5

Capítulo VI. Camino a un reino imaginario.

1

2

3

4

Anexos

Nota de los autores

Cronología

Personajes

Sobre los autores

A principios del siglo XII se convirtió en Rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla un hombre que no había nacido para serlo.

Se proclamó Emperador de toda Hispania.

Se llamaba Alfonso y ha pasado a la historia con el sobrenombre de El Batallador.

CAPÍTULO I

UN REINO EN LAS MONTAÑAS

Monte Pano, Prepirineo, cerca del monasterio de San Juan de la Peña, enero de 1084

—Dime, Bernardo, ¿qué te sucede? ¿Te da miedo el bosque? —me preguntó don Alfonso, insinuando apenas una sonrisa.

—No es el bosque lo que me atemoriza, mi señor, sino los peligros que en lo más profundo se esconden —objeté respetuoso—. Dice mi padre que en las selvas habitan fantasmas; en una ocasión me contó que los espectros de guerreros caídos aguardan pacientes en la noche entre las sombras de la espesura, prestos a poseer el alma de los caminantes distraídos.

El joven infante don Alfonso, de quien se contaban diez inviernos desde su nacimiento, percibió la tensión en torno a mi boca y el temor apenas contenido en mis ojos.

—Eso solo son fábulas, Bernardo. Puedes estar tranquilo —me alentó—. Siempre y cuando permanezcas a mi lado, nada habrás de temer; pues yo soy uno de los hijos del rey, condición que hasta los espíritus de los muertos han de respetar.

Luego, el vástago del rey Sancho Ramírez volvió la cabeza y observó por un instante el monasterio de San Juan de la Peña, donde ambos habíamos sido enviados a estudiar las artes de la palabra y de la guerra, que a cada paso que dábamos se alejaba a nuestras espaldas y su contorno se desvanecía en la penumbra del atardecer invernal.

Llevábamos ya varios meses allí; sin embargo, yo, Bernardo de Jaca, de doce años, recordaba con toda nitidez el primer día que don Alfonso arribó al monasterio. Poco tiempo tardamos en entablar amistad, y a luz de las velas yo escuchaba bien atento todas las viejas historias que a él le habían contado sus primeros maestros en los monasterios de San Pedro de Siresa y de San Salvador del Pueyo.

—No debemos alejarnos más —alerté—. Si empieza a nevar, podemos extraviarnos y, una vez perdidos, la nieve no resultará lo más peligroso que encontremos aquí afuera. ¿Acaso no oísteis anoche el aullido de los lobos?

El joven don Alfonso simuló no escucharme y miró al cielo, que estaba completamente despejado; no nevaría, al menos en unas horas. Contemplaba la creciente oscuridad del crepúsculo con aquella mirada suya entre distante y confiada.

Aquella fría tarde del mes de enero mi señor don Alfonso me había persuadido para salir del monasterio, a hurtadillas, sin que los monjes se enterasen, sin contar con el permiso del abad, con el propósito de ir en busca de las aventuras y la libertad que no podíamos tener confinados día y noche entre aquellos muros de piedra.

—Don Alfonso, la semana pasada escuché a dos monjes conversar...

—¿Y de qué hablaban, Bernardo?

—De intensas heladas y pavorosas tormentas de nieve, mi señor. Comentaban que hace varios inviernos murieron seis hombres, todos ellos congelados en medio de la noche. Venían desde Jaca e iban bien abrigados con ropas de piel y lana, pero ni aun así pudieron llegar al refugio del monasterio. Fueron sorprendidos por una tempestad y los encontraron a la mañana siguiente, muy cerca de aquí, congelados. Incluso sabían cómo encender una hoguera, pero el frío acabó con ellos. Nosotros solo somos dos niños...

—Descuida —don Alfonso ignoró mis ruegos y advertencias—, no correremos la misma suerte que esos hombres. Sígueme, Bernardo —me ordenó, y nos abrimos paso a través de un bosquecillo.

La silueta de la inmensa roca bajo la que se protegía el monasterio ya no se distinguía. Ni siquiera pude adivinar en qué dirección se encontraba.

Con el aliento entrecortado seguí con pasos temerosos a mi futuro rey. Enseguida se hizo de noche y todas las criaturas nocturnas despertaron al morir el día, cuando tras el ocaso las estrellas centellearon sobre nuestras cabezas como lejanas pavesas en el oscuro cielo.

Unos pasos por delante de mí, don Alfonso serpenteó en silencio por una empinada ladera y ascendió hasta un pequeño risco que ocupaba una posición ventajosa.

—Fíjate bien, Bernardo —señaló indicando el perfil rotundo de las altas montañas, recortadas allá hacia el norte, como gigantes dormidos bajo un extenso manto estrellado. Nunca habíamos ido tan lejos.

—Deberíamos volver ya, mi señor.

—¿Ya? ¡Si todavía no hemos corrido ninguna aventura! Adelante, y recuerda: no me pierdas de vista.

Bajo la fina capa de nieve que había caído el día anterior, el terreno se descubría húmedo y fangoso, resbaladizo, plagado de piedras y de raíces ocultas con las que en cualquier momento podíamos tropezar y caer al suelo. Mis pasos se adivinaban torpes y lentos; sin embargo, don Alfonso no hacía el menor ruido al avanzar. A mi espalda oía el rumor del viento y el ronco gorjeo de las aves nocturnas; ramas secas crujían con estrépito cada vez que mis botas las partían al pisarlas, y yo no podía sino maldecir entre dientes cada una de las numerosas ocasiones en que me enredaba con las raíces y me trastabillaba. Don Alfonso, sin objetar reproche alguno, me esperaba paciente tras cada tropiezo.

Avanzando en la oscuridad sobre la nieve helada y entre los árboles del bosque, mis temores más profundos pronto se tornaron muy reales. El silbido del viento trajo consigo un aullido terrorífico. Lobos. Tuve tanto miedo que me resultaba ardua tarea distinguir un sonido de otro; pese a todo, don Alfonso parecía no temer ni al frío ni a la oscuridad ni a las alimañas; quizá porque era un niño muy valiente, o tal vez porque era un muchachito que todavía no había perdido la inocencia y no había adquirido la malicia.

De pronto, en medio de la soledad del bosque, sin decirnos nada el uno al otro, empezamos a caminar cada vez más deprisa, pues nos habíamos percatado de que los lobos se acercaban a nosotros, más y más, pues cada aullido sonaba más próximo que el anterior.

Muerto de miedo, en la más profunda oscuridad del bosque, balbucí:

—Don Alfonso... los lobos.

—Tranquilo, Bernardo, soy consciente de la situación. No te separes de mí. —Y me ofreció su mano, que acogí con la ternura y el calor de un sentimiento oculto aún por revelar.

Instantes más tarde nos encontramos en un espacio donde la espesura del ramaje cegaba incluso el brillo de las estrellas. Don Alfonso, sin soltar mi mano, se detuvo un momento y ambos miramos hacia atrás. Varios pares de ojos como de fuego llameaban entre los árboles a un centenar de pasos de distancia. El hijo del rey se armó con varias piedras del tamaño de puños y empezamos a correr, con el aliento de las bestias persiguiendo nuestra carrera.

Al poco accedimos a un claro en el bosque y en el cielo aparecieron todas las estrellas y una media luna creciente sobre el horizonte, cuya luz agradecí como un regalo divino. Don Alfonso me guio hacia el único árbol que se alzaba en el centro de aquel claro, y al llegar ante su tronco, en silencio,

contuvimos el resuello. En un instante más breve que el tiempo de un suspiro, aquellas fieras cuyos aullidos me habían helado la sangre ya nos rodeaban. Conté uno, dos, tres..., hasta media docena de lobos. Estaban hambrientos y el ansia de comida los había empujado a las inmediaciones del monasterio. Sus dientes destacaban bajo sus ojos, en sus bocas abiertas, a la luz de la media luna. Aquellas alimañas parecieron organizarse para el ataque, cada una aproximándose a nosotros por distintos flancos del claro.

A diferencia de mis dientes, que castañeaban de frío y de miedo, los lobos ya no emitían ningún sonido. Don Alfonso me indicó que trepáramos al árbol, y él lo hizo deprisa, con la agilidad de una ardilla, poniendo a salvo su vida. Pero yo estaba muy nervioso y casi paralizado por el pánico, de modo que al intentar trepar resbalé en la nieve helada y perdí el equilibrio. Las palabras de ánimo de don Alfonso llegaban a mis oídos dispersas en la noche y apenas podía prestarle atención, angustiado como estaba ante los lobos que se acercaban con las fauces abiertas y las espaldas curvadas. Tirado en el suelo, giré la cabeza y divisé un movimiento con el rabillo del ojo; una diabólica figura gris se aproximaba amenazadora por mi derecha. Puede distinguir unos colmillos tan largos y afilados como estiletos. Encaramado a una gruesa rama, don Alfonso arrojó con todas sus fuerzas una de las piedras que había recogido, acertando de pleno en lo alto del lomo de aquel lobo gris que ya se aprestaba a atravesar mi carne con sus colmillos. El demonio animal emitió un quejido de dolor y se retiró unos pasos.

—Vamos, sube, sube, deprisa —me ordenó alargándome su brazo.

La reacción de don Alfonso me proporcionó el tiempo suficiente para aferrar su mano y trepar con su ayuda al árbol. Una vez estuve a salvo, el hijo del rey, tan calmado que casi asustaba su serenidad, volvió a coger mi mano y me susurró al oído algo que no alcancé a entender. Todos mis sentidos se centraban en los seis lobos que merodeaban en torno a aquel árbol, mirándonos con aquellos ojos relucientes de furia, acechantes y mostrando sus colmillos fríos y agudos como carámbanos.

Tomé aliento para lanzar un grito de alivio, pero las palabras se congelaron en mi garganta; temblaba como un cervatillo.

—Tranquilo, Bernardo, tranquilo, los monjes aparecerán pronto en nuestra ayuda —me aseguró don Alfonso—. No sientas miedo. Hasta que ellos vengan, yo te protegeré —hablaba con cautela. Su mano apretó la mía como queriendo protegerme y decirme «A mi lado estás seguro. Nadie va a hacerte daño. Estás conmigo». Aquel gestó me confortó.

Hacía un frío terrible. Tiritando pero algo más confiado, me aferré con todas mis fuerzas a la rama y apreté la cara contra el tronco. Noté la corteza áspera y rugosa en la mejilla. Bajo el árbol, el pelaje de las bestias parecía cambiar de color conforme se movían; en un momento dado semejaban blancos como la nieve pura, ora negros como oscuras sombras, ora grises como las nubes tormentosas. A cada paso que daban alrededor del árbol, la luz de la media luna proyectaba sus cuerpos sobre la nieve en un juego de luces y sombras que semejaba una danza macabra, cual baile ritual protagonizado por los mismísimos espectros de la muerte.

—No pierdas el equilibrio, Bernardo. No te caigas —me bisbisó don Alfonso al oído.

Una de aquellas sombras demoníacas, tal vez el jefe de la manada, alzó sus patas delanteras, se apoyó en el tronco del árbol y arañó la corteza, intentando encaramarse.

Pero don Alfonso le lanzó otra piedra que resonó como un chasquido; el lobo emitió un quejido lastimoso y se retiró con el rabo entre las piernas. Le había golpeado de lleno en el cráneo.

—¡No os acerquéis a Bernardo, malditas bestias! —gritó el hijo del rey Sancho. Tenía la voz chillona propia de un niño, pero la determinación de un héroe de cuento.

Los lobos, escarmentados por las dos pedradas recibidas, caminaban en círculos con pasos silenciosos, algo más alejados del árbol, esperando una oportunidad. Era solo cuestión de tiempo que yo perdiera las fuerzas y me precipitara al vacío. Los lobos lo sabían y su instinto de cazadores les indicaba que tan solo tenían que aguardar a que llegase ese momento. No pasaría mucho tiempo antes de que los párpados empezaran a pesarme como si fueran de plomo, se congelaran mis manos y me desplomara como una hoja seca. Don Alfonso trataba de mantenerme despierto y atento y me susurraba dulces palabras al oído. Ni por un instante soltaba mi mano. El viento había cesado. Hacía frío, mucho frío, y al girar la cabeza alertado por unos ruidos lejanos percibí cómo otra manada de bestias se acercaba por el claro del bosque.

Pero no, no eran otros lobos. Se trataba de un nutrido grupo de monjes, novicios y criados del monasterio que, al notar nuestra ausencia, habían seguido nuestras huellas en la nieve. Algunos portaban antorchas que, aterido de frío y despavorido, yo había confundido en la lejanía con ojos de lobos; otros blandían largas espadas, lanzas y hachas. Aquellas armas emitían un tenue resplandor azulado, como si una luz fantasmagórica centelleara en sus

filos. Los lobos, aún ávidos de carne, percibieron el peligro y, a su pesar, se alejaron del claro a la carrera, dejando tras de sí un rastro de polvo de nieve y un lamento agudo en las tinieblas antes de perderse entre la espesura del bosque.

Los monjes y los aprendices, encabezados por el aitán Lope Garcez, nos guiaron de vuelta al monasterio, sin mediar palabra, vigilantes de que aquellos lobos hambrientos no arremetieran de nuevo contra nosotros.

Si algo aprendí de don Alfonso aquella noche fue que el tercer hijo del rey de Aragón y de Pamplona estaba dispuesto a correr todo tipo de aventuras y empresas ya desde niño, que no conocía el miedo y que sería capaz de enfrentarse cara a cara con cualquier enemigo por muy poderoso que este fuera.

Durante aquel silencioso camino de vuelta, don Alfonso tomó nuevamente mi mano y la envolvió entre las suyas sin que nadie más lo viera. En sus tiernos ojos de niño resplandecía la gloria de la sangre de una dinastía de reyes guerreros en aquel pequeño reino entre las montañas. Entrelacé mis dedos a aquella mano acogedora y posé la mirada en sus serenos ojos. En aquel instante solo éramos dos niños de diez y doce años, pero no pasaría mucho tiempo antes de que, durante décadas, yo, Bernardo de Jaca, siguiera con mi alma, mi lanza y mi espada a don Alfonso hasta donde él quisiera llegar. Desde entonces largas noches soñaría, anhelando siempre en silencio, ser algo más que su amigo, deseando ser correspondido.

No a mucho tardar aquel niño valiente que había salvado mi vida se convertiría en un hombre. Mi hombre. Mi señor. Mi batallador. Mi rey.

No había nacido para serlo, pero su pecho albergaba el corazón de un rey. Mi señor don Alfonso era el segundo hijo varón del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez de Aragón, quien había casado primero con doña Isabel, hija del conde de Urgel, de la que nació el príncipe Pedro. Esta reina murió apenas cinco años después de su matrimonio, al dar a luz a su único hijo. El rey de Aragón marchó entonces a Roma en busca de la ratificación del papa, pues se rumoreaba que su padre el rey Ramiro, muerto a traición en Graus, no había sido hijo legítimo de don Sancho el Mayor de Pamplona y que, por tanto, su derecho al trono de Aragón quedaba en entredicho.

Don Sancho visitó al papa Urbano y le manifestó el deseo de convertirse en siervo de San Pedro, a la vez que le ofrecía quinientas monedas de oro si lo ratificaba como legítimo rey de Aragón, de modo que no quedara la menor duda de su derecho al trono. Sería su vasallo, le pagaría esa renta anual, asumiría como propios los colores rojo y amarillo del papado y le pondría el nombre de Pedro al hijo que había dejado en Jaca al cuidado de unas monjas, en honor al primero de los apóstoles. Y así ocurrió. Al regreso de Roma, con la bula que ratificaba a don Sancho como rey de Aragón, ya nadie podía discutir su legitimidad real.

Fue durante su visita al papa cuando el recién enviudado don Sancho acordó su segundo matrimonio, ahora con la francesa Felicia de Roucy, una hermosa dama que vino desde las opulentas y fértiles tierras de la región de Champaña, cuyo duque es uno de los hombres más ricos de toda la cristiandad. El viaje del rey de Aragón a la sede romana de San Pedro fue mucho más provechoso de lo esperado, pues se trajo el respaldo papal y una nueva esposa.

Doña Felicia llegó a Aragón solo dos meses después para casarse con don Sancho Ramírez, como se había acordado en Roma con sus parientes. La acompañó un pequeño séquito de damas y caballeros que introdujeron en esta sencilla corte las modas y los gustos del condado de Champaña, más

refinados y elegantes que los simples modales de la monarquía aragonesa. Su segunda esposa, que recibió la Ribagorza como arras, le dio a don Sancho un primer hijo varón, el infante don Fernando, apenas dos años después a mi señor don Alfonso y varios años más tarde a don Ramiro, que tras toda una vida como monje y luego como obispo se ha convertido, cuando escribo estas líneas, en el soberano de los aragoneses.

Pero ninguno de los hijos de Felicia estaba destinado para ser rey. Ese honor y ese derecho le correspondían al primogénito, bautizado como Ramiro, pero que acabó siendo llamado Pedro, como don Sancho le había prometido al papa en reconocimiento por ratificarlo como rey de Aragón. Y también dedicó la nueva catedral de Jaca a san Pedro, un nombre que hasta entonces apenas se usaba entre las gentes de estas montañas.

Don Alfonso vino al mundo en la sede real de Astorito, una finca cerca de la ciudad de Jaca, donde los reyes tienen una casona, que algunos llaman palacio, a la cual se retiran cuando desean ir de caza por aquellos valles por los que discurren el río Aragón y sus afluentes; aunque hay quien quiere hacerlo nacer en el monasterio de San Pedro de Siresa, en el valle de Hecho, pues se decía que los primeros reyes de Aragón llevaban allí a sus esposas para dar a luz, ya que entendían que el frío y la dureza de aquellas montañas hacían a sus hijos fuertes y robustos.

Era hijo de un rey, pero no había nacido para ser rey. Su padre ya tenía un heredero e incluso una segunda alternativa con don Fernando, de modo que decidió que don Alfonso fuera educado en un monasterio y que aprendiera el arte de las letras y el de las armas. Nombró al noble Lope Garcez, experto en esgrima y equitación, como ayo o aitán de su hijo Alfonso, con el encargo de que lo protegiera y lo educara como noble y caballero, y a los seis años de edad lo entregó al monasterio de San Pedro de Siresa, donde aprendió las primeras letras y los fundamentos de la gramática con los canónigos de la regla de san Agustín. Este famoso cenobio, uno de los más antiguos del reino, fue fundado por el emperador Carlomagno, cuando vino a conquistar Zaragoza hace ya más de cuatro centurias, y en él han habitado ilustres monjes, que se han formado en su gran biblioteca, la más nutrida de Aragón, que llegó a contar hasta con quinientos libros. Algunos de ellos se perdieron hace cien años cuando aquel malvado caudillo sarraceno de nombre Almanzor, que Dios haya castigado al infierno, asoló estos valles y montañas persiguiendo a los cristianos para saquear sus cosechas y robar sus tesoros.

El abad de Siresa asignó como preceptor en letras de don Alfonso a Galindo Arbués, un monje sabio y prudente que le enseñó a leer y a escribir.

Tras casi tres años en Siresa, fue trasladado al monasterio de San Salvador del Pueyo, en el valle de Estaún, muy cerca de la villa de Sinués, en el curso del río Aragón Subordán, próximo a la finca real de Astorito; allí permaneció año y medio. Y por fin, el infante don Alfonso se trasladó desde San Salvador a San Juan de la Peña, nuestro monasterio más rico y prestigioso, que algunos consideran como la cuna espiritual del reino, donde rige la regla de San Benito. Con él vinieron el maestro Galindo Arbués y el aitán Lope Garcez, que actuaba como verdadero padre y tutor del infante.

En aquel tiempo, el rey Sancho había sido derrotado por el Cid en una villa llamada Almenar. Ese caballero castellano, exiliado de su tierra, acababa de entrar al servicio de armas como comandante supremo del ejército del rey musulmán de Zaragoza.

Dos años después el Cid volvería a vencer a don Sancho en una segunda batalla, aunque en los anales del monasterio aquellas dos derrotas se han consignado como sendas victorias de nuestro señor don Sancho. Al fin y al cabo, la historia se cuenta según interesa a quienes la dictan.

Allí, en el monasterio de San Juan de la Peña, fue donde lo conocí. Yo, Bernardo de Jaca, soy el segundo hijo de un noble señor de Ansó. Mi padre gobernaba un torreón y un pequeño señorío en el centro de aquel valle; era dueño de tierras suficientes como para alimentar a varias familias, e incluso poseíamos una docena de siervos que cultivaban nuestros campos y cuidaban los prados, además de un molino, un horno, media docena de vacas, cuatro bueyes, una nutrida piara de cerdos y las rentas de un par de casas con sendas tiendas en la plaza del mercado de la ciudad de Jaca. Pero la ley y la costumbre de estas montañas estipula que la herencia paterna se transmita íntegra al hijo mayor, de modo que mi padre me llevó un día, poco antes de cumplir los doce años, al monasterio de San Juan de la Peña para ofrecerme a su señor abad don Sancho de Arinzana como novicio.

Lo recuerdo muy bien. Era una mañana de mayo, luminosa y azul. El día anterior habíamos viajado desde nuestra casa en Ansó y pernoctamos al pie de San Juan de la Peña en un lugar que llaman Santa Cruz, donde la infanta doña Sancha, hija del rey Ramiro, acababa de fundar un monasterio en el que ahora hijas y parientes de reyes y de nobles aragoneses y navarros profesan como monjas.

—La subida es dura, pues las pendientes de esta montaña donde se encuentra el monasterio son escabrosas y están muy empinadas, pero te gustará ese lugar, Bernardo. Ahí vivirás bien y, gracias a la dote que le ofreceré a su abad, te educarán para que seas un buen monje. Quién sabe si

algún día llegarás a convertirte en abad o prior de este cenobio o de cualquier otro de los más notables del reino de Aragón. Este de San Juan es un monasterio real, el más famoso y el de mayor prestigio de todos; hasta en Roma y en Cluny, el cenobio más rico del mundo, hablan de él —me explicó mi padre al poco de comenzar la ascensión por una tortuosa senda que se perdía entre densas formaciones de encinas, quejigos y árboles de boj.

Mi padre montaba su caballo pardo y yo una mula torda que iba a ser entregada al monasterio como parte de la dote. Dos criados caminaban a nuestro lado, sujetando del ronzal a un burrillo que cargaba con nuestro equipaje y con algunos regalos para el abad de San Juan.

Nunca quise ser monje; nunca quise serlo, pero no podía desobedecer las órdenes de mi padre. ¡Qué otra cosa podía hacer! De modo que me vi obligado a emprender aquel camino no deseado hacia lo desconocido.

—¡Ahí está! —Mi padre señaló una grandiosa pared de roca rojiza cuya parte superior rayaba en el cielo. En la enorme oquedad que se abría bajo la pétreo cornisa se alzaba el monasterio, construido dentro de aquel enorme abrigo. Varios albañiles trabajaban en el cerramiento de las paredes exteriores, cuyos pisos superiores no necesitaban techo, pues el tejado lo constituía la propia piedra rojiza.

—Es una cueva —comenté al ver aquel edificio.

—Sí, un lugar seguro y apartado en el que te sentirás bien —asentó mi padre—. Además, en este monasterio se guarda la reliquia más preciada de la cristiandad.

—¿Cuál es, padre?

—El cáliz de la Última Cena —me confesó bajando el tono de su voz, como si se tratara de la revelación del más secreto de los arcanos—, donde Cristo dio a beber su propia sangre a sus discípulos.

Luego supe que aquel monasterio guardaba otras relevantes reliquias, como dos pedacitos de madera de la cruz de Cristo, dos ampollitas de vidrio con leche del pecho de la Virgen María, un vestido de Nuestra Señora, una piedra del Santo Sepulcro, dos rocas del pesebre de Belén donde nació Nuestro Señor y varios huesos y dientes de santos como Pablo, Bartolomé, Mateo el Evangelista, Águeda, Nicolás, Victorián o Gaudioso, entre otros muchos.

Yo acababa de cumplir doce años y llevaba ya tres meses como novicio en el monasterio cuando llegó el infante don Alfonso. Unos días antes, tras el almuerzo, el prior nos reunió a los más jóvenes y nos dijo que en una semana se iba a producir un acontecimiento extraordinario, pues iba a instalarse en

aquella santa casa de oración un infante, nada menos que uno de los hijos del rey Sancho Ramírez, que profesaba gran devoción por este cenobio.

Tres días antes de la anunciada venida de don Alfonso se alteró por completo la actividad en el monasterio. Nos levantaron a la misma hora que todas las jornadas pero, tras acudir a la iglesia a rezar maitines, nos ordenaron que limpiáramos todas las estancias y que las engalanáramos con enramadas, pendones y banderolas con los colores rojo y amarillo, y con emblemas y símbolos de la familia real de Aragón.

El infante don Alfonso arribó a San Juan de la Peña el día señalado. Corría una calurosa mañana de mediados de agosto del año del Señor de 1083. La comitiva que escoltaba al hijo del rey Sancho era bien distinta a la que meses antes me había acompañado a mí. La abría un faraute que portaba un estandarte con una gran cruz blanca sobre un fondo azul y dos gallardetes en rojo y amarillo; luego desfilaban cuatro caballeros con cotas de malla, cascos cónicos, lanzas con cintas rojas y amarillas y espadas al cinto; seguía el joven infante don Alfonso, que montaba un caballo blanco y vestía una túnica azafranada orlada con cintas de oro, botas de cuero carmesí y una capa adamascada con capucha que se cerraba con un doble broche de oro; al lado derecho del infante cabalgaba sobre una mula gris su maestro y preceptor, el monje Galindo Arbués, y al izquierdo el aitán Lope Garcez, que custodiaba a don Alfonso desde que tenía seis años, y que era, además de su defensor, su maestro en el arte de la guerra; tras ellos traqueteaba una carreta tirada por dos mulas que debía portar un valioso ajuar, porque cerraban la comitiva otros seis jinetes armados como si fueran a participar de inmediato en una batalla.

—Señor —lo saludó el abad don Sancho de Arinzana, acompañado por el prior, el claverero, el limosnero y otros monjes importantes—, sed bienvenido al monasterio de la Peña. Es un gran honor para esta comunidad teneros entre nosotros. Y lo mismo os digo a vos, don Galindo —se dirigió el abad al maestro de gramática.

—Os lo agradecemos en nombre del rey don Sancho, que os confía a su hijo para que entre todos hagamos de él un soldado de Cristo y un hombre de Dios —dijo Galindo Arbués.

—Así será. Nada mejor que la soledad y la paz de estas montañas para formar en la verdadera fe a un buen cristiano.

—Así lo hemos hecho hasta ahora en Siresa y en San Salvador del Pueyo —asentó Galindo Arbués.

—Sed también vos, don Lope, bien recibido en nuestra casa —habló el abad ahora al aitán, que lucía un yelmo de aspecto formidable e iba, pese al

calor, forrado de hierro y de cuero, como un poderoso guerrero.

—Gracias, señor abad —dijo el aitán, hombre tan parco en palabras como ducho en el manejo de las armas.

El abad don Sancho, que ya llevaba siete años al frente del cenobio y portaba el báculo en señal de su autoridad y rango, le fue presentando a don Alfonso, uno a uno, a todos los monjes de San Juan, deteniéndose en don Esteban, un joven canónigo.

—Don Alfonso, os presento a don Esteban, que pese a su juventud ya es canónigo de la iglesia de San Pedro de Jaca; a partir de ahora será vuestro preceptor en letras, junto con don Galindo Arbués, por supuesto, y también os instruirá en leyes.

—Mi señor —habló don Esteban—, vuestro padre y el señor abad me han encomendado que complete los conocimientos que os ha enseñado el maestro Galindo, a quien muestro mi más reverencial admiración. —Esteban inclinó la cabeza en señal de respeto hacia el gramático.

Ese hombre era un clérigo, pero tenía los ojos ávidos de presas de un halcón y la mirada penetrante del águila cazadora. Al lado de don Alfonso se revelaría años después como un ferocísimo guerrero, además de ocupar la sede episcopal de Huesca.

Y al fin, tras saludar uno a uno a todos los monjes, se plantó ante nosotros. Yo estaba allí, junto a una docena de novicios, mirando asombrado a aquel niño, alto para su edad, de rostro noble, cabello rubio oscuro y ojos castaño claro.

—Estos serán vuestros compañeros de estudios, don Alfonso —le indicó el abad, señalándonos con su mano, en la que lucía el grueso anillo abacial, un aro de oro con un gran rubí engastado.

—¿Cómo se llaman? —preguntó don Alfonso.

—Ya iréis aprendiendo sus nombres, señor. Pero todos ellos son hijos de las más nobles familias del reino de Aragón: Ato de Rodellar, Fortún de Antillón, Juan de Santa Eulalia, Galindo Aznárez, Miro de Entenza..., ¡ah!, y este joven ensimismado de pelo rizado es Bernardo de Jaca; su padre es un propietario del valle de Ansó, un buen amigo y notable benefactor de este monasterio. Hace..., ¿cuánto tiempo hace que estás aquí? —me preguntó.

—Poco más de tres meses, mi señor don Sancho —respondí con seguridad al abad.

—Sí, hace tres meses que está con nosotros. Tiene dos años más que vos y dormiré a vuestro lado. He decidido que sea vuestro compañero a la hora de formar las filas para asistir a la oración o al refectorio. Recordad su nombre:

Bernardo de Jaca. ¡Ah!, Bernardo es zurdo. Algunos dicen que la mano izquierda es la del diablo, pero yo no lo creo.

Bueno, yo no sabía nada de eso hasta entonces, de modo que el anuncio del abad de que yo iba a ser la pareja de don Alfonso me cogió por sorpresa y me produjo cierta desazón, a la vez que la inquietante sensación de haber adquirido una enorme responsabilidad. Comprendí que la dote que mi padre había entregado al monasterio para que se hiciera cargo de mí debía haber sido ciertamente cuantiosa.

Aquel día ni siquiera podía imaginar que unos meses más tarde el hijo del rey salvaría mi vida del ataque de unos lobos y que desde ese momento mi vida estaría ligada para siempre a la suya.

Mi destino era haberme convertido en un monje, pero le rogué a don Alfonso, mi inseparable compañero desde el día en que nos acosaron los lobos, que me permitiera ejercitarme a su lado como futuro caballero. Me gustaban las letras y no rechazaba la lectura de libros, pero prefería la compañía de don Alfonso antes que cualquier otra cosa, y ansiaba ejercitar mis músculos a su lado. El infante consintió en ello con el refrendo del aitán Lope Garcez, que solía repetir que en Aragón eran necesarios más soldados para combatir a los musulmanes que monjes para rezar en los altares.

Durante tres años estudiamos gramática y números en el escritorio del cenobio, con aquellos sabios monjes llegados algunos de ellos del monasterio francés de Cluny, el principal centro monacal de la cristiandad. Todas las tardes acudíamos a la biblioteca donde leíamos la Biblia e historias de Roma, aprendíamos latín y copiábamos manuscritos para practicar el arte de la escritura.

También aprendimos a jugar al ajedrez, cuya práctica desarrolla la capacidad para definir estrategias y las reglas de la aritmética, que son necesarias para administrar las rentas de un señorío.

Entre las muchas cosas con las que los monjes nos aleccionaron, una de las más recurrentes fue el rechazo a las mujeres. Nos repetían una y otra vez, alegando a pasajes de las Sagradas Escrituras, que las mujeres eran los instrumentos de los que se aprovechaba el demonio para adueñarse de las almas de los hombres. Entre las muchas citas que nos recordaban, me acongojaba una terrible del libro del Eclesiastés, que dice que la mujer es más amarga que la muerte.

Por la mañana, si el tiempo acompañaba, nos ejercitábamos en técnicas de combate y en esgrima y practicábamos equitación en el llano al que dieron el nombre de San Indalecio, un santo muy venerado cuyas reliquias y las de su discípulo Santiago habían llegado a San Juan de la Peña desde una lejana ciudad del sur llamada Almería.

Yo no los vi, pero el abad nos dijo que las reliquias del santo Indalecio ya habían producido dos milagros, pues una mujer ciega había recuperado la vista y un caballero se había curado de la enfermedad de la gota.

El ruido seco del choque de las espadas de madera resonaba en el llano de San Indalecio, un prado en un espacio abierto en lo alto de la cumbre amesetada del monte Pano, bajo cuya cornisa rocosa se protegía el monasterio de San Juan, como un molusco dentro de una gigantesca concha de piedra rojiza. En aquel último día del mes de octubre desde allá arriba se contemplaban al norte las majestuosas montañas del Pirineo. Hacía ya varias semanas que los hijos de los nobles que allí se educaban se ejercitaban bajo las órdenes y la atenta mirada del aitán Lope Garcez.

En ese momento don Lope lanzaba con su espada de madera repetidas series de ocho mandobles sobre el joven Alfonso, que a sus trece años los contenía con su espada de entrenamiento en modo de defensa con una fuerza y una resistencia propias de alguien de dieciocho, mientras media docena de jóvenes observábamos sus ágiles movimientos con mucha atención, sentados sobre la hierba. Entre nosotros estaba el canónigo don Esteban, que pese a su condición clerical prefería empuñar la espada a alzar la cruz.

—Bien, bien, continuad así, señor; arriba, derecha, arriba, izquierda, uno, dos, uno, dos, arriba, derecha, arriba, izquierda —el aitán marcaba el ritmo de los movimientos y le indicaba a don Alfonso la cadencia a seguir para repeler sus ataques, como si de un ejercicio de danza se tratase—. Y ahora todos en pie; colocaos por parejas y repetid estos movimientos.

Yo me ejercitaba con don Alfonso, quien pese a tener dos años menos poseía mi altura y fuerza.

—Don Lope, don Lope. —Un monje se acercó corriendo por el llano.

—¡Alto! —nos ordenó Garcez cuando habíamos comenzado a realizar aquel ejercicio.

—¡Qué desgracia, qué desgracia! —gritó el monje totalmente compungido.

Jadeante, se acercó hasta don Lope, junto al que nos habíamos arremolinado sus pupilos.

—¿Pero qué ocurre? ¿A qué vienen esas prisas? —demandó Garcez.

—El rey don Alfonso de León ha sido derrotado por los sarracenos en una batalla librada en un lugar llamado Sagrajas, muy cerca de la ciudad de Badajoz. Ahora todos los reinos de las Hispanias corren peligro de caer en manos de los guerreros de la media luna.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor don Lope. Acaba de llegar la noticia desde Santa Cruz; la ha subido un mercader de lanas de parte de la señora abadesa.

—¿Qué más se sabe?

—Quinientos caballeros cristianos han sido abatidos en el campo de batalla de Sagrajas; el rey de León ha resultado herido de gravedad en una pierna, pero ha logrado escapar y ahora está a salvo, aunque la derrota que hemos sufrido los cristianos ha sido total.

—¿Y mi hermano? Pedro estaba allí —preguntó con rostro muy preocupado el infante don Alfonso. El príncipe don Pedro era un guerrero arrojado y experto que había acudido al frente de un contingente de caballeros aragoneses en ayuda de Alfonso de León y de Castilla.

—Señor, vuestro hermano don Pedro ha combatido con el valor de un león; no ha conseguido impedir la derrota de las armas cristianas, pero también ha logrado escapar con vida y se dirige de regreso a Aragón con los caballeros que lo acompañaron..., con los pocos que quedan de ellos.

—Los sarracenos apenas tienen fuerzas para enfrentarse con nuestros soldados, según nos habéis contado. ¿Cómo ha podido ser posible esa derrota? —le pregunté al aitán.

—Los causantes de semejante desastre no han sido los sarracenos de los reinos de Al-Andalus, que es como llaman a las tierras sobre las que ejercen su dominio en Hispania. Desde que se disolviera el gran califato de Córdoba y se fragmentara en pequeños reinos de taifas, los musulmanes de esas tierras perdieron su capacidad para enfrentarse con nosotros. Los que han vencido a don Alfonso de León han sido unos guerreros llegados de África que se hacen llamar los almorávides. Son hombres duros y fanáticos, forjados en las arenas del desierto y en las montañas donde rugen los leones. Los almorávides se han educado a la vez como monjes y como soldados y han jurado entregar su vida por la defensa de su fe. —Así nos lo explicó el aitán, que se había enterado de quiénes eran esos almorávides porque se lo habían contado unos mercaderes en Jaca, donde había estado un par de semanas antes en busca de armas para nuestros ejercicios.

—Así nos estamos formando nosotros, para acabar con esos sarracenos —terció don Alfonso, cuyo rostro se encendió de ira. Sus ojos relucieron de tal manera que estoy seguro de que se hubiera lanzado sin pensarlo al combate contra ellos si en ese momento hubiera tenido enfrente a alguno de esos almorávides.

—Se avecinan tiempos difíciles para la cristiandad. Vuestro padre el rey don Sancho ya conoce lo sucedido. A estas horas habrá tomado decisiones

trascendentales; pronto las conoceremos —medió el aitán.

—Esos almorávides no nos vencerán; a nosotros no —asentó el joven Alfonso, que pese a sus trece años se comportaba como un verdadero adulto.

A los pocos días llegó una carta de don Sancho. El rey informaba al señor abad don Sancho de Arinzana, que estaba enfermo, que había nombrado a su hijo Pedro, recién casado en Jaca con Inés de Aquitania, rey de Sobrarbe y de Ribagorza, las tierras que su padre Ramiro incorporara a Aragón tras la muerte de su hermano Gonzalo. En la misma, ordenaba que su hijo Alfonso dejara inmediatamente el monasterio y se estableciera en la corte con el aitán Lope Garcez y el canónigo don Esteban. Con esa misiva también llegó un diploma real por el cual Sancho de Aragón nombraba a su hijo don Alfonso señor de las fortalezas de Biel, Luna, Bailo y Ardenes, con la orden expresa de que las defendiera de cualquier ataque de los musulmanes, y le otorgaba todas sus rentas.

—Ya estáis preparado, mi señor. Ha llegado el tiempo de que gobernéis vuestros propios dominios —le informó el aitán a don Alfonso, tras acabar un ejercicio de esgrima con espada corta.

—Mi padre ordena que vos, don Lope, y también el maestro don Esteban vengáis conmigo. El maestro Galindo Arbués, que me enseñó las primeras letras en Siresa, no podrá acompañarnos, pues por su edad apenas puede moverse. Es mi deseo que pase todo el tiempo que le quede de vida en la calma de este monasterio. Pero yo quiero que tú, Bernardo de Jaca, me acompañes.

—¿Yo, mi señor? —Aquellas palabras de don Alfonso casi me dejaron sin aliento. Por un momento había creído que lo perdería para siempre.

—Sí, tú, Bernardo de Jaca. Vendrás conmigo, serás el primer caballero de mi hueste.

—Me honráis con ello, mi señor —se lo agradecí lleno de gozo.

Aquel día de octubre, en el llano de San Indalecio, viendo a don Alfonso con la espada de madera en la mano, supe que ese muchacho se convertiría algún día en un guerrero formidable y que yo estaría a su lado. No me equivoqué.

Mi señor don Alfonso enseguida tomó posesión de Biel y de las otras tres villas con sus correspondientes castillos, que le entregó su padre el rey don Sancho, todo ello en la frontera con los sarracenos, entre las montañas al sur de Jaca y los llanos de Ejea y de Huesca.

Yo me hice cargo de la administración de sus rentas y gracias a cuanto había aprendido de letras y números con los maestros de San Juan de la Peña pude poner cierto orden en el gobierno de esos señoríos. A mediados del verano pasé con varios soldados por todas esas villas para recaudar el diezmo de la cosecha y lo hice de nuevo a finales del otoño. Unas cuantas fanegas de trigo, ordio, cebada y centeno, varios cahíces de legumbres, quince fardos de lana, tres decenas de corderos y ovejas, ocho pares de costillares y doce jamones de cerdo salado, seis docenas de gallinas, dos de ocas, tres cestos de huevos, algunas pieles de lobo y zorro, seis cántaros de aceite y ocho de vino fue cuanto pudimos recaudar. Demasiado poco para un gran señor, pero suficiente para que don Alfonso se hiciera con un completo equipo de caballero y un buen caballo de batalla, además de mantener a la media docena de soldados de su pequeña hueste, a don Lope Garcez y a mí mismo.

Se avecinaban tiempos de guerra y había que estar preparado. Aquel año llegaron del norte decenas de caballeros, imbuidos de un espíritu nuevo que desconocíamos. Eran francos y no paraban de insistir sobre cuán necesario resultaba librar una guerra santa y justa contra los sarracenos. Don Alfonso albergó a cuatro de aquellos nobles francos en su castillo de Biel; eran Routrou, hijo del conde de Perche, Gastón, hijo del vizconde Céntulo de Bearn, Castán y su hermano, un fornido caballero llamado Per Petit.

Ninguno de ellos había cumplido aún los veinte años, pero los cuatro hablaban y hablaban de protagonizar formidables hazañas en la guerra contra los musulmanes y parecían dispuestos a ir ganándoles una tierra tras otra hasta llegar a la mismísima Jerusalén. En los días que permanecieron en Biel conversaron con nosotros durante varias noches, en torno a una mesa donde

comimos carnero asado, liebres en salsa de almendras y torcaces escabechadas. Se dirigían a Tudela, una ciudad en manos de los musulmanes a orillas del Ebro, que pretendían conquistar para la causa de la cruz. Querían repetir la victoria que dos años antes lograra el rey Alfonso de León y de Castilla, cuando conquistó la gran ciudad de Toledo, a la que libró del dominio infiel.

Recuerdo bien cómo mi señor don Alfonso escuchaba ensimismado a aquellos jóvenes caballeros, apenas tres o cuatro años mayores que él, y cómo se le abrían los ojos cuando narraban las aventuras de los grandes héroes antiguos, como Alejandro el Grande, Julio César o el emperador Carlomagno, cuyas hazañas pretendían emular.

—Ojalá pudiera ir con ellos —comentó don Alfonso la mañana en que los altivos caballeros partieron hacia el suroeste con su séquito de peones para encontrarse con el resto del ejército cristiano que se dirigía hacia Tudela.

—Ya llegará vuestro tiempo, señor, ya llegará —repuso el aitán Lope Garcez—. Y también el tuyo, Bernardo —añadió volviéndose hacia mí.

—Tengo catorce años —repuso don Alfonso mirando con envidia a los cuatro caballeros que se alejaban valle abajo, sus lanzas enhiestas, los gallardetes ondeando al viento, seguidos por una docena de peones y criados.

—En un par de años estaréis preparado y tendréis la edad suficiente para combatir. Dejad que el tiempo haga su trabajo —aconsejó el aitán.

—Yo ya tengo esa edad; he cumplido los dieciséis —repuse.

—Tú, Bernardo de Jaca, te debes a tu señor don Alfonso. Estarás listo cuando lo esté él. Y ahora preparaos los dos para seguir practicando con la espada y la lanza, que con la visita de esos caballeros francos hemos descuidado nuestro entrenamiento.

Y volvimos a la rutina a que cada día nos sometía don Lope: ejercicios de esgrima, tiro con arco, cargas de caballería con la lanza en alto, largas partidas de ajedrez..., y así una y otra vez, uno y otro día.

—Estos ejercicios endurecerán vuestros músculos y os harán resistentes a la fatiga y al esfuerzo, y el ajedrez os enseñará a pensar y a preparar estrategias —insistía cuando tras toda una mañana practicando con la espada, la lanza, el hacha y la maza de combate nos sentíamos agotados.

Pocas semanas después llegó la noticia de que aquellos entusiastas caballeros habían fracasado en la empresa de conquistar Tudela. No fue posible, pero su paso por tierras de Aragón dejó una marca muy profunda, tanto que el rey don Sancho ordenó a todos sus señores que estuvieran preparados para una guerra santa y justa como la que ellos perseguían.

Además, don Gastón de Bearn se prometió como esposo a doña Talesa, prima del infante don Alfonso y sobrina del rey Sancho Ramírez. Esta mujer era hija de don Sancho, un hijo bastardo que el rey Sancho Ramírez había tenido con una noble dama.

Corría el mes de enero de 1087 cuando el rey Sancho Ramírez supo por sus espías que Rodrigo Díaz de Vivar, el mejor caballero del mundo, había abandonado Zaragoza y que ya no volvería a ser el comandante de aquel ejército sarraceno.

Don Rodrigo, al que todos llamaban el Cid, que en la lengua arábica significa «señor», aunque otros dicen que también significa «león», había sido expulsado de Castilla por su rey don Alfonso como castigo por haber roto unas treguas que tenía pactadas con el rey musulmán de Toledo. Para ganarse la vida en el exilio había estado seis años al servicio de los reyezuelos musulmanes de Zaragoza, el astuto Al-Muqtadir y el brillante y culto Al-Mutamin, pero con el hijo de este último, Al-Mustain, no mantuvo la misma confianza. El Cid renunció a la capitanía del ejército zaragozano cuando demandó su ayuda el rey don Alfonso, tras la derrota sufrida en Sagrajas. Mas el reencuentro del rey Alfonso y el Cid no se produjo, tal vez debido a un malentendido. Don Alfonso lo citó para que acudiera con su mesnada a una campaña contra los almorávides en las fronteras del sureste de sus dominios, pero don Rodrigo no se presentó en el lugar ni el día en que había sido convocado. Creyendo que se trataba de una traición, el rey de León y de Castilla desterró al de Vivar por segunda vez, pero entonces todas sus propiedades fueron confiscadas, de modo que, carente de rey, señor y posesiones, el Cid decidió ganarse la vida por sí mismo y ser el único dueño de su destino.

La marcha del Cid animó a don Sancho a intentar la conquista de Huesca, ciudad que poseía el rey musulmán de Zaragoza, y convocó para esa empresa a todos sus barones. El rey de Aragón y de Pamplona estaba convencido de que, sin don Rodrigo mandando las tropas sarracenas, esa empresa sería tarea más fácil.

Al año siguiente al frustrado ataque a Tudela por los caballeros francos y a la marcha del Cid de Zaragoza murió el infante don Fernando, el hermano mayor de madre y padre de don Alfonso. Este joven príncipe nunca gozó de buena salud. Su padre ya tenía un heredero en su primer hijo, el príncipe don Pedro, pero le dolió la muerte del primer vástago que engendró con la reina

Felicia. Don Fernando siempre fue un joven delicado, débil de cuerpo y falto de carácter, en nada parecido a su hermano don Alfonso, fuerte, intrépido, arrojado, lleno de valor y de energía.

—Muerto don Fernando a la edad de diecinueve años, nuestro señor don Alfonso hubiera sido el segundo en la lista de sucesión al trono de Aragón, pero con el nacimiento del hijo varón del príncipe Pedro ha pasado a ser de nuevo el tercero —me comentó el aitán.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—El príncipe don Pedro ha tenido un hijo de su esposa doña Inés, de manera que ese niño, al que también han llamado Pedro, está por delante de don Alfonso en la línea sucesoria —me aclaró don Lope.

—¿Doña Inés...? —me extrañé.

—Inés de Aquitania, la esposa de don Pedro, es hija del duque Guillermo, el octavo de este nombre, uno de los nobles más ricos de la cristiandad. Aquitania es una hermosa región al sur de Francia, al otro lado de las cumbres de los Pirineos. Es una tierra rica, fértil, verde, con llanuras infinitas cuajadas de campos feraces que se extienden hacia el norte hasta donde se pierde la vista.

—¿Habéis estado allí? —le pregunté al aitán.

—Sí, en una ocasión. Me envió el rey Sancho a visitar a su duque, que vive en un fabuloso castillo de piedra tallada en la ciudad llamada Poitiers. Allí tienen los duques de Aquitania su corte, en la que residen los mejores trovadores que puedas imaginar y las damas más hermosas y elegantes del mundo.

Cuanto me contó don Lope sobre la corte de Aquitania me hizo soñar. Intenté imaginar cómo serían aquellos caballeros de los que me habló, muy semejantes a los cuatro que habíamos conocido en Biel, supuse: jóvenes, hermosos, llenos de orgullo, valientes, deseosos de emprender grandes aventuras... E imaginé aquellos palacios con sus gruesas alfombras de estera, sus tapices de lana de colores en los que se contaban en imágenes las fabulosas aventuras de los más notables caballeros que protagonizaban romances y leyendas, los trovadores y los juglares declamando los más épicos poemas de guerra y cantando los más preciosos versos de amor. Escuchando al aitán, imaginé que Aquitania era la tierra más deliciosa y placentera del mundo.

Con el Cid acechando las tierras de Levante por su cuenta y para ganarse el pan y la vida, pues tenía en mente ganar para sí mismo el reino de Valencia, el rey Sancho fue cerrando el cerco sobre Huesca. Rondaba los

cincuenta años, había enviudado de sus dos esposas y ambicionaba la conquista de esa ciudad y también la de Zaragoza, para seguir ampliando así los territorios de Aragón y legarle a su hijo don Pedro un reino más grande, más poderoso y más fuerte.

¡Estábamos preparados! A finales del año 1088, entre la nieve y el frío, llegó un mensajero con la orden del rey Sancho: debíamos incorporarnos a la campaña que aquella misma primavera emprendería contra Zaragoza.

Junto a esa orden venía una noticia terrible. A comienzos de aquel invierno había fallecido doña Felicia de Roucy, la segunda esposa del rey don Sancho. La reina nunca se recuperó del todo del parto de su tercer hijo, el infante Ramiro, nacido trece años después de don Alfonso.

Cuando le informamos de la muerte de su madre, mi señor no derramó una sola lágrima. Desde que lo pariera en la villa real de Astorito, hacía de ello dieciséis años, doña Felicia se desentendió de su hijo Alfonso, que vivió toda su infancia de monasterio en monasterio, al cuidado de monjes y bajo la tutela del aitán don Lope.

—Señor, unos criados os han traído este evangeliario. Perteneció a vuestra madre, que antes de morir manifestó su deseo de que vos lo conservarais —le dije a mi señor a la vez que le ofrecí aquel libro.

—Es una joya magnífica —comentó don Alfonso al observar las tapas de oro decoradas con filigranas y engastes de piedras preciosas, en cuyo centro destacaba una placa de marfil con una talla de Cristo crucificado, rodeado por los cuatro evangelistas y la leyenda *Felicia Regina*.

—Dicen que vuestra madre apreciaba mucho este libro —improvisé para intentar agradar a mi señor.

—Sabes, Bernardo, que apenas recuerdo su rostro —soltó de repente mientras acariciaba con las yemas de sus dedos los delicados relieves de marfil.

—Por lo que recuerdo de ella, fue una mujer muy hermosa —repuse a falta de algo mejor que decir.

—Cuidó de mi hermano Fernando, pero a mí me abandonó muy pronto. Ni siquiera había cumplido los seis años cuando me llevaron al monasterio de Siresa. Solo volví a verla en dos ocasiones, una en el monasterio de San Salvador, cuando acompañó a mi padre para ofrecer unas donaciones a los monjes, y otra en aquellas festividades de Semana Santa en San Juan de la Peña. ¿Te acuerdas? Tú también estabas allí.

—Claro que sí. —No mentí. Aquella ocasión fue la única en que vi junta a toda la familia real.

En ese momento le hubiera dicho que yo también fui entregado al monasterio, que tampoco había vuelto a ver a mi madre, que jamás se había interesado por mí y que mi corazón no sentía ningún vacío porque él, Alfonso, lo había llenado.

Supongo, solo lo supongo porque nunca hablamos de ello, que el abandono y el olvido a que lo relegó su madre fue la raíz del rechazo que durante toda su vida don Alfonso sintió hacia las mujeres, hacia todas las mujeres. Es probable que en el rostro de cada mujer, incluso en el de la que sería su esposa muchos años después, intuyera los rasgos de su propia madre, la que lo entregó al cuidado de unos monjes cuando solo era un niño necesitado de cariño y afecto, la que nunca se preocupó por él, la que jamás le dedicó una sola caricia, ni una simple muestra de amor. Sí, ahora estoy convencido de que su rechazo a todas y cada una de las mujeres se debió a que en todas y cada una de ellas veía reflejado el rostro irreconocible y extraño de su madre.

—De modo, querido Bernardo —así me trataba cuando estábamos a solas—, que no la echaré de menos —sentenció don Alfonso—, aunque hay ocasiones en que todavía me parece oler el intenso perfume de algalia con el que impregnaba su cabello y el suave roce de sus manos. Pero eso ya pasó; ahora preparémonos para acudir a la llamada del rey. Mi padre nos necesita. Tenemos una guerra que ganar.

—Como ordenéis, mi señor —asentí orgulloso.

—¡Vamos, vamos, moveos deprisa! —gritó don Alfonso a unos criados para que se apresuraran en aparejar una carreta ante la puerta del castillo de Biel—, que el rey nos espera.

Don Sancho convocó a su hijo don Alfonso para que se presentara con toda su hueste, que por entonces no éramos otros que el aitán Lope Garcez, media docena de soldados a caballo, una docena de peones y yo mismo, para proteger la construcción de un castillo que quería levantar a orillas del Ebro, cuatro leguas aguas arriba de Zaragoza, en el borde escarpado de un farallón yesoso desde el cual se dominaba todo el valle medio de ese gran río y desde donde en los días claros podían intuirse hacia el sureste las casas y las murallas blancas de Zaragoza, aquella gran ciudad a la que los musulmanes llamaban Madina Albaida, la Ciudad Blanca.

En tres meses de intenso trabajo, decenas de peones levantaron los muros y las torres de argamasa de aquella fortaleza a la que llamamos el Castellar, una muestra más del arrojo de don Sancho, quien tras asentar su dominio en el valle del Cinca y en la villa de Monzón, que conquistó tras someter su

fortísimo castillo, se presentó ante las puertas de Zaragoza. Poco antes, quizá consciente del peligro que corría, asoció al trono a su hijo don Pedro y le concedió el título de rey de Monzón, que sumó a los de Sobrarbe y Ribagorza; era su forma de asegurar la continuidad de su sangre al frente de esos dominios.

La defensa de la fortificación del Castellar fue la primera empresa militar en la que participamos. Nuestra misión consistía en mera vigilancia y teníamos orden expresa del rey de no entrar en combate. Debíamos limitarnos a otear el horizonte y si descubríamos alguna patrulla enemiga merodeando cerca del Castellar, correr para avisar de esa presencia.

Creo que don Sancho consideraba a su hijo don Alfonso demasiado joven todavía para la batalla y también creo que si en aquellas tareas de observación se hubiera presentado la oportunidad de combatir, mi señor hubiera desobedecido las instrucciones de su padre y se hubiera lanzado sin pensarlo dos veces a la carga contra el enemigo musulmán.

No hubo ocasión de comprobarlo. Por otra parte, debimos de hacer bien nuestro trabajo, porque entonces el rey Sancho decidió incorporar la pequeña hueste de su hijo Alfonso a nuevas empresas. Con el Cid ocupado en la conquista de Valencia, el reino musulmán de Zaragoza parecía desvalido y a nuestro alcance. Pero antes, como había planeado don Sancho, era imprescindible tomar Huesca.

Con dos de sus hijos a su lado, el rey Sancho Ramírez se sentía confortado. Pero también era un hombre religioso y devoto y consideraba que la Iglesia debía ser protegida y dotada de bienes; así decidió que cada año se entregarían mil sueldos al monasterio de San Juan para dotar de vestido y calzado a sus monjes y que los reyes de Aragón acudieran en la Cuaresma a celebrar esa fiesta religiosa en el monasterio de la Peña. Y no solo era partidario de entregar dinero y otorgar privilegios a la Iglesia, sino también hombres; de modo que, viudo como estaba y sin una esposa a su lado, entendió que no podía cuidar de su hijo pequeño, el infante don Ramiro, y lo entregó al monasterio de San Ponce de Torneras, en la región de Occitania, para que fueran los monjes de ese cenobio los que cuidaran de él y lo convirtieran en uno de los suyos. El infante Ramiro solo tenía seis años cuando fue enviado al otro lado de los Pirineos y con él fueron las rentas de la

iglesia de Salou, una población a orillas del mar Mediterráneo ocupada por los aragoneses, que ahora, aliados con el Cid, andábamos interesados en asentarnos en esas costas.

El príncipe Pedro, que había visitado Roma enviado por su padre para ratificar el vasallaje del reino de Aragón al papado, se había hecho muy amigo del Cid, con el que se reunió en algunas ocasiones, y, olvidando las viejas peleas entre su padre y don Rodrigo, pactaron auxilio mutuo. Los aragoneses ayudaríamos al caballero castellano en sus planes de conquista de Valencia, en tanto el Cid cortaría el paso a los almorávides, que habían incorporado a su extenso imperio africano todos los reinos taifas de los musulmanes de Al-Andalus, salvo el de Zaragoza, que seguía gobernado por Al-Mustain y conservaba su independencia a cambio de pagar parias a nuestro rey, y el de Albarracín, un pequeño reino perdido entre las agrestes serranías del sur.

Alfonso había cumplido por entonces los veinte años. Era de fuerte complexión, alto y musculoso, arrojado y valiente. Los años de formación y de ejercicio al lado de Lope Garcez lo habían forjado como un guerrero formidable, diestro en el manejo de la espada y habilísimo con la lanza en una carga de caballería. A esa edad, y a pesar de que todavía no había participado en ninguna batalla, había aprendido a comportarse de manera prudente y cautelosa, con la misma energía y ambición de los tiempos de adolescente, pero con mayor serenidad e inteligencia.

Además, sabía gobernar sus dominios, pues había aprendido letras y algo de leyes con los monjes de San Juan de la Peña, sobre todo con Esteban, el canónigo de Jaca, que, sin perder su condición eclesiástica, era uno más de los guerreros de nuestra hueste.

Aquel día estaba exultante. Su hermano el príncipe Pedro había expedido un documento y le había pedido, por primera vez, que lo suscribiera, lo que hizo henchido de orgullo. Su nombre, aunque fuera tan solo como confirmante de una donación de tierras por parte de su hermano mayor, ya estaba escrito en la historia. Ese día solo fue un testigo, pero años más tarde todas las crónicas hablarían de él como uno de los reyes más ilustres de la cristiandad.

Don Pedro invitó a su hermano a que lo acompañara en una campaña en apoyo del Cid. La expedición se dirigiría a Castellón, una pequeña villa al norte del reino de Valencia. La hueste aragonesa debía controlar esa región para facilitar la conquista de ese territorio, que don Rodrigo había decidido afrontar al fin.

Fue durante esa campaña cuando conocimos al Cid. Al ver por primera vez sus ojos me pareció estar observando la misma expresión que solía mostrar don Alfonso, una mezcla de confianza, orgullo, determinación y fe en sí mismo. Era una mirada firme y serena, esa que solo son capaces de emitir los hombres nacidos para convertirse en héroes.

Once inviernos habían transcurrido desde la noche en la que, de no haber sido por la intervención de don Alfonso, me habría convertido en alimento de aquellos lobos salvajes. Once largos años.

A pesar del efecto del tiempo, que mitiga casi todo, cada vez que la luna resplandecía en su cuarto creciente, la imagen de una manada de fieras persiguiéndome se abría en mi memoria de manera rotunda; la sonrisa lunar que se dibujaba en el cielo me traía el recuerdo de los colmillos de aquellas bestias hambrientas; cada ciclo lunar, sin excepciones.

Corría el mes de abril cuando llegamos al castillo de Loarre, la más formidable fortaleza del rey de Aragón, encaramada sobre unas rocas en las estribaciones de la sierra de Santo Domingo. Desde aquel nido de águilas se contempla toda la tierra llana, una amplia extensión hasta el Ebro, a dos días de cabalgada. El rey don Sancho, que había acudido desde el monasterio de San Juan de la Peña, donde el miércoles de ceniza rezó por el éxito de la inmediata campaña contra Huesca y entregó mil sueldos a los monjes para que se compraran vestidos y calzados, había convocado en aquella fortaleza inexpugnable a todos los comandantes de su ejército, que reunidos en un cónclave secreto, al cual no me permitieron asistir, se decidió la conquista de Huesca.

A lo largo de los años, con no poco *esfuerzo* y *mucha* dedicación, otros habían hecho de mí un hombre instruido y valeroso: Bernardo de Jaca. Me habían formado a conciencia. No obstante, la estampa de aquella noche encaramados en el árbol sobre la manada de lobos permanecía nítidamente grabada en mi interior. Constituía una de mis dos grandes debilidades. La otra era don Alfonso. A menudo me gustaba rememorar cómo había salvado mi vida y recordar sus manos entrelazadas con las mías. Era un secreto que ambos compartíamos: nuestro gran secreto.

En ese instante me hallaba arrodillado junto a una enorme piedra, rezando de madrugada mis oraciones previas al asedio de Huesca, con el rostro vuelto hacia oriente; oraba por mi vida y por la vida de don Alfonso, bajo la luna, cuyo resplandor aplacaron las primeras luces del alba.

A mi alrededor se oía el fluir del agua en un arroyo cercano y el canto de las aves que ya despertaban en sus nidos. Frente a la roca, los primeros haces de luz bañaban un corro de flores. La alborada traía a mi olfato el aroma fresco de los árboles y las hierbas en aquellos días de la primavera del año 1094.

El campamento dormía a mis espaldas, varias decenas de pasos colina abajo. Dos mil soldados a las órdenes de nuestro rey don Sancho descansaban para tomar las fuerzas que necesitarían previamente a lanzarse al asalto de Huesca. Ya no recuerdo cuánto tiempo pasé allí rezando mis oraciones, pero cuando abrí los ojos la brisa matinal arrastró hasta mis oídos el fiero sonido de los hierros forjados. Me incorporé preocupado y agucé el sentido; se escuchaba con toda claridad el batir metálico de las armas entrechocando.

¿Acaso estábamos siendo atacados? ¿Nos habían tendido una emboscada los sitiados oscenses?

Corrí hacia el campamento tan rápido como pude y me acerqué raudo a un círculo de soldados de donde provenían los ruidos de las armas. En medio de aquellos hombres, don Alfonso combatía cuerpo a cuerpo con su hermano el príncipe Pedro. Al principio me negué a creer la visión que mis ojos captaban. Creí que el mundo se había vuelto loco o, como poco, que yo me encontraba dentro de un terrible sueño.

¡Los hijos del rey enfrentándose en una singular pelea! ¡Mi señor don Alfonso lidiando con su hermano don Pedro, el heredero al trono!

—¡Detened esta locura! —grité alzando los brazos.

—¡Ingenuo Bernardo de Jaca! —bramó el príncipe Pedro deteniendo la pelea.

Los soldados más próximos a mí prorrumpieron en carcajadas y, de seguido, se pasaron de mano en mano un pellejo de vino endulzado con miel. Sin dejar de reír, unos me llamaron necio y otros me señalaron con el dedo entre gestos burlescos. Más calmados, me explicaron que don Alfonso y el príncipe Pedro tan solo ejercitaban sus brazos antes de la batalla. Era evidente la habilidad de ambos en el manejo de la espada. El príncipe heredero, de veintiséis años por entonces, y don Alfonso, de apenas veintiuno, eran ya dos hombres de quienes se comenzaban a contar grandes gestas y sobre quienes los juglares entonaban bellas canciones a la tenue luz del crepúsculo.

Pese a tratarse de un ejercicio sin apenas riesgo, tanto don Alfonso como don Pedro procuraban asestar sus mejores golpes. Parecían dos soldados forjados por el mismísimo dios de la guerra. Los hombres vitoreaban a uno y a otro mientras engullían la carne del desayuno y sorbían vino de un pellejo

que corría de mano en mano, en tanto los hijos del rey disfrutaban de las alabanzas recibidas.

A una orden de don Pedro, los soldados se dispersaron y regresaron a sus puestos y a sus tiendas. El príncipe se acercó a mí esgrimiendo una sonrisa afable.

—Ingenuo Bernardo de Jaca, ¿de verdad me has creído, por un momento, capaz de combatir en serio con mi hermano?

—Si fuéramos enemigos, no tendrías oportunidad alguna frente a mí, hermano —bromeó don Alfonso quien, también sonriente, posó una mano firme en mi hombro.

Instantes después, rodeando una tienda, apareció un consejero.

—Señores, el rey precisa veros, a los dos —anunció.

Don Alfonso me hizo un gesto prudente para que los siguiera a través del campamento. Cruzamos la zona de tiendas; a las puertas de algunas se alzaban débiles columnas de humo gris, débiles testigos de las hogueras de la noche anterior.

El pabellón del rey Sancho se encontraba en lo más alto del cerro, rodeado por una cerca de afiladas estacas. Al vernos llegar, el rey nos envió una mirada pétrea.

—Algunos hombres comentan que os habéis batido en combate —asentó esbozando una mueca como de hielo—. Equipaos para la ocasión de inmediato, montad en vuestros caballos y seguidme hasta la ciudad; debemos estudiar dónde se hallan las debilidades de la muralla antes de decidir el asalto. No a mucho tardar daré la orden de iniciar el ataque a Huesca.

El escudero le puso la espada larga en la mano. El rey la empuñó, la sopesó y la probó blandiéndola en el aire calinoso de la mañana. Por todo el campamento resonaba con estrépito el choque del hierro contra el hierro.

Tal y como les había ordenado, don Pedro y don Alfonso montaron en sus caballos. Mi señor me indicó con una señal comedida que fuera tras ellos. Cabalgamos por un sendero de tierra hasta que el rey, a la cabeza de la comitiva, ordenó detenernos en la linde de un olivar. Tras nosotros formaba una escolta de diez hombres, todos ellos nobles, y otros tantos escuderos. Vestíamos cotas de malla sobre gambesones acolchados, cascos, guanteletes y brafoneras de metal en los pies y todos llevábamos espadas, lanzas y escudos redondos o almendrados.

Yo cabalgaba muy cerca de ellos, nervioso y emocionado. Era la primera vez que me consideraban lo suficientemente importante para acompañar a mi señor a presenciar cómo tomaba decisiones el rey.

La muralla oscense se alzaba imponente ante nosotros. Construida con bloques de piedra labrada, más de noventa torres se distribuían a lo largo de sus muros, cubriendo tramos de treinta pasos de sólidos lienzos entre cada una de ellas. A largo de las murallas se abrían hasta nueve puertas y postigos, donde se encontraban los puntos más débiles de la defensa.

Pude atisbar varias cabezas que se asomaban con cautela en las almenas; supongo que sus dueños estaban temerosos y angustiados por cuanto se les venía encima. El cerco al que los habíamos sometido no era para menos.

El rey Sancho hizo un gesto a sus hijos para que lo escoltaran más allá de los límites de la protección que ofrecían los olivos.

—Bernardo de Jaca, tú también —ordenó sin mirarme siquiera.

Asentí haciendo una reverencia, sorprendido de que el rey conociera mi nombre. Cabalgué tras don Alfonso y don Pedro, que avanzaban flaqueando al caballo de su padre. De pronto me asaltó una sensación angustiada; nos habíamos aproximado demasiado a la muralla.

Como si el rey pudiera leerme el pensamiento, comentó:

—Aunque sea peligroso, para descubrir el punto más débil de una ciudad es preciso acercarse a sus muros cuanto sea posible.

En aquel instante me costó imaginar algo que fuera capaz de atemorizar al rey Sancho Ramírez. A horcajadas sobre su caballo, lo montaba valeroso, con la barbilla izada hacia el cielo, estudiando cada tramo de la muralla y escudriñando alguna debilidad en sus defensas.

—Parecen muy sólidas; tal vez deberíamos estrechar el cerco y rendir Huesca por hambre —propuso don Pedro apoyándose en los estribos para atisbar más alto.

—Podremos con ellas —terció don Alfonso.

—No estoy dispuesto a sostener un largo asedio y esperar paciente hasta que se rindan los sitiados —declaró el rey atusándose la barba—. Tomaremos la ciudad al asalto.

—Padre, Huesca está rodeada; los musulmanes no tienen adónde huir. Tal vez lo más conveniente sería mantener el sitio. Esta primavera hemos quemado sus cosechas, de modo que pronto no les quedará alimento alguno y se verán forzados a comerse las ratas y el cuero de sus botas, mientras nosotros organizamos festines a la vista de sus ojos. Y cuando no tengan ni ratas ni cuero reseco que llevarse a la boca, se rendirán.

El rey Sancho ignoró la sugerencia de su hijo Pedro y se adelantó unos pasos. Había entrado ya en el campo de tiro de los arqueros. El corcel real remontaba una suave pendiente frente a la muralla. El rey se irguió sobre los

estribos y habló con potencia, dirigiéndose a quienes lo observaban desde lo alto del muro.

—¡Si no os rendís de inmediato, tomaremos la ciudad al asalto! Ni siquiera vuestras puertas son inexpugnables. La lucha ante la muralla será dura y os aseguro que pronto estaréis en desventaja. —Guardó silencio un instante—. Muchos hombres morirán. Os enfrentáis al grueso de las fuerzas del rey de Aragón. Contáis con menos armas y menos guerreros. Solo lucháis por miedo. Mis hombres combaten por algo sublime, luchan por Dios verdadero y por sus hijos, y lo hacen bajo mis órdenes. Yo soy Sancho, hijo del rey Ramiro, soberano de Aragón, y os juro que triunfaremos.

El rey calló y nada se oyó en aquel silencio tan hondo que costaba creer que dentro de aquella ciudad hubiera refugiado algún ser vivo.

—Nos estamos acercando demasiado a la muralla, padre —observó el príncipe Pedro—. Debemos tener cuidado. Dicen que tras esos muros está apostado el mejor arquero que hayan visto estas tierras.

—Mi hermano tiene razón, padre. He oído que es capaz de acertar a un objetivo a más de doscientos pasos; si estuviera oculto en algún lugar de ese tramo de la muralla, a esta distancia podría alcanzarnos con facilidad —agregó don Alfonso.

—Hijos, no temáis, todavía no ha llegado el tiempo de mi muerte. Ningún musulmán puede matarme con una saeta a esta distancia mientras me protejan esta cota de malla y esta celada.

El rey Sancho tiró de las riendas de su caballo y la bestia se alzó vigorosa sobre las patas traseras, rompiendo con su relincho el silencio de la mañana. La temeridad del monarca le hizo acercarse todavía más a la muralla oscense. Parecía dispuesto a ordenar un ataque si ya hubieran estado desplegados todos los soldados.

En un momento alzó el brazo y nos señaló un lugar concreto en la muralla, una puerta estrecha junto a un torreón poco destacado en altura. Don Sancho se giró hacia sus hijos, que se habían detenido cuatro pasos más atrás, y sin bajar el brazo, pleno de orgullo, explicó:

—Dentro de dos días penetraremos en la ciudad por aquel lugar donde mi mano apunta. Yo mismo atravesaré esa puerta y me encargaré en persona de dar muerte al arquero del que habéis oído hablar. Hijos míos, no dudéis de mí.

Yo estuve allí presente y lo vi con mis propios ojos.

Una flecha silbó en el aire como la nota sostenida de una triste canción, rasgó el viento como un rayo y surcó el cielo cual relámpago, trazando una curva precisa. Se clavó en la axila derecha del rey, que había mantenido

alzado su brazo diestro durante demasiado tiempo. Sonó un golpe seco y de seguido un terrible crujido.

Don Sancho Ramírez emitió un grito de dolor, se tambaleó hacia atrás y su cuerpo se venció, quedando colgado por el lado derecho de su caballo, sin llegar a caer al suelo.

En lo alto de los muros varios alaridos de júbilo se alzaron hacia el cielo; provenían de las almenas donde se encaramaban gozosos varios defensores, que agitaban sus armas y algunos gallardetes. A mis espaldas estallaron lamentos de dolor y desolación. Todos los allí presentes quedamos en estado de conmoción; todos menos don Alfonso. Me fijé, primero, en cómo barría con la vista la muralla, con la intención de localizar la posición del autor del disparo; de inmediato se acercó hasta su padre, cuyo cuerpo herido se había vencido por completo y estaba a punto de caer de su montura. Don Alfonso lo ayudó a permanecer erecto, ante la asombrada mirada del príncipe Pedro. Yo pensé que un rey jamás debía caer de su caballo por muy malherido que estuviese.

Cuando don Alfonso logró enderezar el cuerpo de su padre y observó la saeta clavada en su costado, se dirigió a los nobles con decisión.

—El rey ha sido alcanzado; llevadlo a su pabellón, de prisa, y llamad a su médico. Hoy no es el día en que veréis morir a nuestro rey.

Don Alfonso se mostró con pundonor y templanza. Pese a lo trágico de aquellos momentos, no pude evitar sonreír orgullosamente. Quizá sí había nacido para ser rey.

El rey no se equivocó. Don Sancho no murió aquel día de junio de 1094; fallecería al día siguiente, incapaz de vencer las altas fiebres que se desataron con aquella profunda herida.

No recuerdo gran cosa de lo que se dijo durante esa jornada, salvo que poco antes de expirar, el rey Sancho manifestó su deseo de ser enterrado en San Juan de la Peña, junto a sus padres. Hubo preguntas y respuestas. Y rumores. Decenas de rumores que corrían de tienda en tienda como arrastrados por una constante corriente de aire.

La tarde siguiente a la que el rey Sancho recibiera el flechazo, me hallaba frente a su tienda contemplando cómo los cinco halcones del rey reposaban en sus alcándaras. De entre todos ellos destacaba en el centro un gerifalte enorme, un bello ejemplar blanco con motas negras que salpicaban todo su plumaje.

Don Alfonso se asomó a la puerta del pabellón real y me indicó con un gesto preocupado que entrara. El rey se hallaba tumbado boca arriba, los ojos cerrados, sobre el lecho colocado en un lado de la tienda, cuyo suelo estaba cubierto de gruesas y coloridas alfombras orientales. Sin duda eran producto de los pagos de los sarracenos, que sus reyezuelos denominaban regalos para sortear su ley, que impedía a un musulmán pagar tributo y rendir sumisión a un cristiano.

Tenía el rostro emblanquecido, los párpados ojerosos y la frente perlada de sudor. Su aspecto era muy grave; no parecía capaz de superar aquella herida.

—La saeta que alcanzó al rey estaba impregnada con veneno —comentó el médico que trataba a don Sancho Ramírez—. Se le ha clavado en el único punto desprotegido de todo su cuerpo y le ha perforado el pulmón, pero es el veneno lo que lo está matando.

El médico limpió el sudor de don Sancho, que se agitó y abrió los ojos; estaban tan rojos como la sangre que había derramado la mañana anterior.

—¡Mi señor! ¡Bendito sea Dios! —exclamé al verlo vivo, pero una apagada voz interrumpió mis palabras: la voz del rey.

—Alfonso...

—¿Sí, padre?

—¿Qué ha ocurrido?, ¿cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Un día, padre. Bebed un poco de agua. —Don Alfonso le acercó una escudilla a los labios.

—Bernardo —don Sancho pronunció mi nombre tras tragar el líquido—, he reconocido tu voz.

—Mi señor.

—Ve a buscar mi escudo y mi espada. Encárgate de que mi escudero te proporcione también un blasón con los emblemas de la familia real. Cuando mi vida se apague, quiero que todos los hombres recuerden quién soy.

Hice lo que el rey me ordenaba y regresé al interior de la tienda instantes después. Entregué la espada, el escudo almendrado y el blasón real a don Alfonso y me hice a un lado.

—Bebed, padre.

El rey Sancho tragó despacio.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está mi hijo Pedro?

—Cumple con sus funciones de príncipe. Recorre el campamento tienda a tienda, de arriba abajo, animando a nuestros hombres y despertando su coraje.

—Mi hijo Pedro..., una vez yo muera, el pueblo lo reconocerá como rey.

Vi a mi señor don Sancho Ramírez cerrar los ojos para, instantes después, abrirlos entre verdaderas muecas de dolor. La luz del candil osciló hasta desvanecerse y la penumbra se apoderó del pabellón real. Yo estaba asistiendo a la muerte de una parte de nuestra historia, con la imagen de un rey convertido en un simple hombre, con todos sus títulos disipándose lentamente con su agonía.

—Descansad padre; no os esforcéis —dijo don Alfonso.

Pero el rey siguió hablando despacio, con enorme dificultad, pronunciando cada palabra como un susurro.

—Alfonso, he visto morir a mis esposas y a mi hijo Fernando, y voy a dejar a mi heredero un reino más grande que el que recibí de mi padre. Aragón, Pamplona... Tal vez pude hacer las cosas mejor, pero no me arrepiento de nada; quienes hemos catado el poder somos como el oso que ha degustado la miel: nada vuelve a ser tan apetecible.

—Padre...

—Escucha mis palabras, Alfonso, y recuerda lo siguiente: ya sea cuando combatas en el norte o en el sur, libra cada batalla siempre, donde sea, primero en tu mente; todo el mundo es enemigo; todo el mundo es amigo. Es posible que una serie de sucesos contradictorios puedan ocurrir a la vez. Vive así y nada te sorprenderá. Que todo cuanto acontezca sea algo que ya hayas previsto. Un hombre debe estar siempre dispuesto a aprender de los fracasos. Aprende de los míos.

—¿Puedo hacer algo por él? —bisbisó don Alfonso al oído del médico.

—No, señor.

—Llamad a Pedro y a mis leales. Quiero que mis hijos y los nobles me vean morir, aunque broten de mi boca bilis y espumarajos, aunque mis ojos se inyecten en sangre y mi piel se amorate, quiero que vean cómo muere un rey.

El príncipe Pedro apareció jadeante, acompañado de seis nobles.

—¡Pedro! ¡Mis leales señores!

—Padre, ¿cómo os encontráis?

—No duraré mucho; esta fiebre me está matando. Os he convocado para que juréis ante mí que no cejaréis en el asedio a Huesca hasta que forme parte del reino de Aragón.

—Padre, no hay nada que ahora desee más que cabalgar a toda velocidad hacia las murallas de Huesca y lanzarme a su asalto. Juro que así lo haré.

—Alfonso...

—Os seguiré hasta el final, padre, hasta el confín de todas las conquistas. Os prometo que la historia escribirá un epílogo que se grabará para siempre

en la memoria. Lo juro.

—Lo juramos —asintieron al unísono los nobles.

Todos se retiraron salvo don Pedro y don Alfonso, que permanecieron solos, sentados junto al lecho donde agonizada su padre, y yo, que me quedé agazapado en un rincón de la tienda. La débil luz del candil apenas permitía adivinar los rasgos de sus rostros. Del exterior provenían canciones tristes, que los soldados entonaban junto al fuego de las hogueras, un fuego que crepitaba en la noche al compás de los versos mientras jugaban a los dados y apostaban algunas monedas.

Habían pasado muchas horas, hasta que, como nada se movía, decidí interesarme por lo que sucedía en el pabellón real. Entonces vi a don Alfonso colocar su mano sobre el rostro del rey; a continuación cerró sus párpados con los dedos y rezó una oración en voz baja.

—Hermano, nuestro padre ha muerto, ahora eres tú..., sois vos —corrigió — el rey de Aragón y de Pamplona.

—¡Dios santo! —exclamó don Pedro—. El rey don Sancho ha muerto. Llorad conmigo su muerte.

Don Alfonso se inclinó ante su hermano mayor y le besó la mano, aceptándolo como soberano; luego se giró hacia mí, se aproximó y buscó refugio y consuelo en mis ojos, en mis brazos, en mis labios. Todo a mi alrededor enmudeció; el sonido del mundo pareció haberse apagado. Don Alfonso se separó y buscó en mis pupilas algún tipo de reacción.

—Hemos de comunicar a todos los hombres que mi hermano don Pedro es ahora el rey de Aragón, Pamplona, Sobrarbe y Ribagorza. Bernardo, tú quédate aquí velando el cadáver de nuestro padre.

—Sí, mi señor —asentí, y me coloqué al lado del lecho, junto a don Sancho.

Al instante, el médico entró en la tienda con un ayudante y yo salí para que hicieran su trabajo. Fuera del pabellón real observé a don Alfonso anunciando a los nobles la muerte del rey Sancho y proclamando nuevo soberano a su hermano don Pedro, ante el cual todos se postraron de rodillas. Yo hice lo propio y luego me incorporé y me acerqué a la alcándara. Me puse el guantelete del cetrero, le quité la capucha al gerifalte moteado y lo coloqué sobre mi antebrazo. Le susurré unas palabras y el halcón graznó con energía, como si me hubiera entendido. Luego lo lancé al vuelo, perdiéndose en la noche. De nuevo graznó y su graznido rasgó el cielo como una chirimía, con un clamor mucho más agudo aún. Los hombres, que ya conocían la noticia, entonaban ahora tristes canciones junto al fuego.

A la mañana siguiente don Pedro ordenó levantar el campamento y dispuso la retirada a los refugios de nuestras montañas. Habíamos jurado mantener el asedio hasta conquistar Huesca, pero ya habría tiempo para regresar; ahora era preciso celebrar las exequias de don Sancho. El rey había muerto. Don Pedro tomaba el relevo de don Sancho Ramírez. Don Alfonso ganaba un puesto en la línea de sucesión; ya era el segundo tras su sobrino el infante don Pedro, el hijo de su hermano mayor y de Inés de Aquitania.

¿Quién sabe si algún día...?

Llevamos el cadáver de don Sancho al monasterio de la Peña, como había manifestado en su agonía, y allí lo enterramos en el mes de noviembre entre solemnes exequias fúnebres, a la vez que el abad don Aimerico, que había sustituido hacía cinco años a don Sancho de Arinzana al frente de San Juan, le decía al nuevo rey que antes de las navidades había que consagrar la iglesia alta del cenobio, cuya obra se había terminado hacía unas semanas. Don Pedro se comprometió a asistir a esa ceremonia y dispuso que el día 4 de junio de cada año las catedrales del reino y los grandes monasterios deberían dar de comer a cinco pobres en memoria de su padre.

Tras guardar una semana de duelo por el sepelio del rey, don Pedro ordenó que un destacamento de soldados aragoneses construyera una fortificación en un cerro a una milla al oeste de Huesca; lo llamaron el pueyo de Sancho. Desde su cima se contemplaba una completa vista de esa ciudad y una amplia panorámica de toda la llanura que la rodea. Esa fortificación complementaba otra fortaleza levantada unas pocas millas al este, en el camino de Huesca a Barbastro, la de Montearagón.

Durante más de un año aguardamos el momento propicio para retomar la conquista de Huesca. En diciembre de ese año del Señor de 1094 se consagró la iglesia alta del monasterio de San Juan de la Peña, en presencia del rey don Pedro, mi señor el infante don Alfonso y media docena de obispos. El día cuatro de ese mes se celebró una misa solemne en el nuevo altar, bajo el cual se había colocado una caja de plata con las reliquias de san Indalecio, de las cuales dicen que emana un aroma muy agradable, aunque confieso que yo nunca lo he percibido. El obispo de Pamplona celebró la eucaristía con la copa de piedra de la última cena de Cristo. Varios velones iluminaban la iglesia alta, construida en el nuevo estilo. En el aire flotaban nubecillas de humo de incienso, cuyo aroma nos embriagó a todos los que asistíamos a la misa.

Durante la siguiente primavera se retomaron los preparativos para el nuevo asedio de Huesca y, si por don Pedro hubiera sido, aquel mismo verano de 1095 no habiéramos presentado ante sus muros, pero se produjo un hecho doloroso. La reina Inés, hija del duque de Aquitania, dio a luz a una niña en el mes de junio; en el parto murió la reina y don Pedro decidió retrasar por un año el asedio, como señal de duelo por el fallecimiento de su esposa.

Los soldados que habían fortificado el pueyo de Sancho aguantaron allí todo ese tiempo gracias a los suministros que recibían. La posesión de ese castillo era imprescindible para el plan del sitio. Durante el invierno los defensores del pueyo tuvieron que librar algunas escaramuzas y rechazar un par de intentos de asalto por parte de milicias musulmanas, pero lograron mantener la posición hasta la primavera.

A mediados de abril de 1096 varias partidas de los nuestros recorrieron los campos de Huesca, talando árboles y quemando las incipientes cosechas. Se trataba de evitar que los musulmanes oscenses las recogieran y así rendirlos por hambre cuando se produjera el gran asedio a su ciudad.

De nuevo estábamos allí, ante las imponentes murallas de piedra de la ciudad al pie de cuyos muros había caído don Sancho Ramírez. Hacía dos años de su muerte y muchos todavía recordaban aquellos días trágicos, pero nadie demostró el menor temor a la vista de las fortificaciones. Había que cumplir el juramento que sus hijos y sus caballeros le hicieron al finado monarca: no levantar el asedio hasta conquistar Huesca.

Para lograrlo, don Pedro era consciente de que necesitaba la ayuda de los grandes señores del reino, algo más de una docena y media de poderosas familias aragonesas y pamplonesas, que eran las propietarias de las mejores tierras y castillos y que se consideraban de un abolengo equiparable al de los propios reyes. Según la ley y la costumbre esos señores tenían obligación de acudir con su mesnada y a su cargo en ayuda del rey, pero solo durante tres meses. Pasado este plazo debía ser el propio monarca quien pagara los costes, pues en caso contrario los señores podían disolver la hueste y regresar a sus dominios. Había otro medio centenar de nobles de menor rango, muchos de ellos llamados tenentes, que es como se denomina en Aragón a quien gobierna un castillo o una fortaleza en nombre del rey, todos ellos con aspiraciones de alcanzar el rango de la alta nobleza si conseguían el favor real a cambio de sus servicios.

Entre los grandes señores se incluían los obispos de Roda, Jaca y Pamplona, y los abades de la media docena de los principales monasterios como San Juan de la Peña, Siresa o Leire, que a su condición eclesiástica

sumaban enormes posesiones y cuantiosas rentas. Don Pedro sabía bien cuánto le debían él y su padre a la Iglesia, de modo que procuraba tener contentos a los hombres de religión.

El grueso del ejército real, del que formábamos parte la ya más crecida hueste de don Alfonso, acudió al asedio de Huesca a mediados del mes de mayo. Durante las últimas semanas de primavera nos dedicamos a saquear las aldeas de los alrededores y a evitar que entrara en la ciudad cualquier tipo de provisiones. Carecíamos de medios para asaltar aquellas formidables murallas, de manera que la única forma de ganarla era rendir a sus habitantes por hambre, lo que esperábamos hacer antes de que los grandes fríos y nieves se echaran encima, porque si no lo lográbamos para entonces, habría que olvidarse de su conquista hasta la próxima primavera. Los sarracenos de Huesca no podían hacer otra cosa que aguardar pacientes dentro de sus muros a que la llegada del invierno nos debilitara o a que apareciera alguna ayuda de sus hermanos en la fe de su profeta Mahoma. Tras meses de espera y carentes de alimentos, el auxilio que anhelaban se presentó al fin a mediados de noviembre.

—Habrà una gran batalla —me dijo don Alfonso mientras comíamos un poco de queso, costillas ahumadas de cerdo y pan de trigo en el exterior del pabellón que compartíamos en el real del pueyo de Sancho, donde habíamos levantado nuestro principal campamento para el asedio.

—¿Pronto? —le pregunté extrañado.

—Muy pronto. El rey de Zaragoza ha enviado un ejército para socorrer a los sitiados. Ya están cerca; con los sarracenos de Zaragoza vienen además trescientos caballeros castellanos y leoneses encabezados por los condes don Pedro de Traba y don Gonzalo. Si pelean como el Cid, la batalla será dura, muy dura, pero venceremos. —Siempre seguro de sí, de la victoria, de su enorme fuerza y determinación, don Alfonso acabó de roer una costilla adobada y me miró con aquellos ojos tan intensos.

—¿Dónde lucharemos? —le pregunté.

—En ese llano —don Alfonso señaló una amplia llanada que se extendía al pie del cerro, hacia el suroeste— y nosotros lo haremos en la primera línea de combate.

—¡En la vanguardia! —exclamé lleno de angustia.

—Formaremos en la primera fila de la caballería. Se lo he pedido a mi hermano y me ha concedido ese honor. Yo dirigiré el centro de la vanguardia, tú, Bernardo, cabalgarás a mi izquierda y tú, aitán, a mi derecha, y vosotros dos —señaló a don Castán, el mismo que estuvo en Biel años atrás, y a don

Barbatuerta, dos arrojados caballeros francos que se habían incorporado a nuestra hueste— dirigiréis los flancos. Será una batalla decisiva tras la cual Huesca caerá al fin en nuestras manos.

—¿Y si nos derrotan? —pregunté nervioso.

—Eso no va a ocurrir —replicó don Alfonso con gesto airado y contundente.

Yo bajé los ojos y callé, pero sabía que si perdíamos aquel combate tendríamos que retirarnos con el rabo entre las piernas y los que quedaran vivos deberían refugiarse otra vez en nuestras montañas y valles del norte, lamerse las heridas, curarlas y, ¡quién sabe cuánto tiempo después!, volver a intentarlo.

Aquel 19 de noviembre del año del Señor de 1096 era miércoles. Nos habíamos despertado poco antes del alba y asistido a una misa de campaña frente a la tienda del rey don Pedro. Había que prepararse para el buen morir y poner nuestras almas en orden con Dios, por lo que pudiera ocurrir en la inminente batalla. Yo comulgué, pues no sabía si volvería a presenciar un nuevo amanecer, y me encomendé a Dios Nuestro Señor y a Su madre la Virgen María. Fue don Esteban, el maestro de letras y canónigo de Jaca, quien me dio la comunión, como también a don Alfonso.

Junto al altar de campaña se había colocado una arqueta de plata con las reliquias de san Victorián. El abad de ese monasterio había convencido a don Pedro de que la presencia de esos huesos sagrados facilitaría nuestra victoria en la batalla.

Había amanecido nublado y un cielo plomizo amenazaba lluvia. Los dos ejércitos, el musulmán del rey Al-Mustain de Zaragoza reforzado con los trescientos castellanos y leoneses y el nuestro, integrado por dos mil aragoneses y pamploneses y otros mil caballeros francos, se desplegaron en el llano de Alcoraz, al pie del pueyo de Sancho; nosotros ubicados al norte, con el cerro protegiendo nuestra retaguardia, y nuestros enemigos al sur, con su espalda hacia el camino por el que habían venido.

—Hoy es el gran día —nos alentó el rey don Pedro, que recorrió las primeras filas sobre su corcel de guerra—, y no hay otra alternativa que la muerte o la victoria.

—¡Señor, os daremos esa victoria! —gritó Alfonso, que a sus veintitrés años lucía una figura formidable; poderoso, altivo, con su casco cónico, su cota de malla y sus armas listas para el combate, parecía invencible. Lo era.

—Confío en ti, hermano —le dijo el rey, y ambos se dieron un gran abrazo sin descabalar—. Y ahora listos para la batalla y atentos a las señales de las banderas.

Don Pedro espoleó a su montura y seguido por el portaestandarte real y media docena de grandes señores se dirigió a su puesto de mando en la retaguardia.

Nuestros caballos piafaban; eran bestias de guerra entrenadas para no asustarse ni dudar en el fragor del combate y tenían el instinto de intuir que estaban a punto de participar en una colosal refriega. Nos manteníamos en línea y procurábamos guardar la calma y la serenidad, pero pude observar que algunos de los nuestros vomitaban y que los nervios se apoderaban de todos nosotros. Bueno, de todos no. Don Alfonso parecía una estatua de esas que presiden los altares de las iglesias. Altivo, firme e impasible, semejava una figura tallada en la dura roca más que un ser humano de carne y hueso.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

Lo miré a sus ojos castaños claros, que destellaban un brillo especial, enmarcados por el casco cónico de hierro y la lengüeta que le protegía la nariz, y entonces me sentí seguro.

—Es mi primera gran batalla, pero a vuestro lado, no temo a nada, mi señor —respondí procurando no vacilar y sin que se quebrara mi voz. Y era cierto. ¿Cómo temer a un ser vivo si a tu lado combatía Alfonso Sánchez de Aragón?

—Pues deberías tenerlo. ¿Recuerdas aquella noche, en los bosques del monte Pano, cuando nos acosaron los lobos?

—Sí, mi señor, nunca olvidaré cómo me salvasteis la vida. Yo temblaba inmóvil como un conejillo a punto de ser devorado por aquellas bestias, y vos...

—Yo también estaba muerto de miedo —me confesó don Alfonso.

—Pues por vuestro temple, no lo parecía.

—Para vencer al miedo hay que enfrentarse a él y, sobre todo, no mostrar que lo tienes. Solo tú, Bernardo, puedes derrotar a tu propio miedo, pero para ello debes reconocer que lo sientes; si no lo sientes, nunca lo vencerás.

—¿Vos tenéis miedo ahora? —le pregunté.

—Mira al frente —me indicó. Y así lo hice—. Ahí están tres mil hombres, nuestros enemigos, a los que vamos a matar o los que nos llevarán a la muerte. ¿Crees que ellos no tienen miedo?

—Supongo que sí.

—Claro que lo tienen, como nosotros, pero nosotros sabemos vencerlo, porque podemos sentirlo. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi señor.

—No lo olvides nunca. Y ahora reza alguna oración, te confortará.

El ejército de Al-Mustain se había desplegado ante nosotros en el llano de Alcoraz, a menos de media milla de distancia. En sus primeras líneas formaban varios cientos de peones armados con largas lanzas y detrás de ellos los regimientos de la caballería de la dinastía de los hudíes, con sus estandartes azules y amarillos con el león pasante, y en el ala izquierda los trescientos jinetes castellanos agrupados bajo sus banderas blancas y carmesíes, con el león rampante y el castillo almenado. Entre ellos no faltaban algunos banderines con la cruz.

—Vamos a combatir contra cristianos —bisbisé a don Esteban, que formaba a mi lado, el cual se encogió de hombros al escucharme. A aquel belicoso canónigo le daba igual quién fuera su enemigo; en esos momentos no esperaba otra cosa que entablar combate cuanto antes y llevar a la tumba a cuantos rivales se pusieran por delante.

—Señores, caballeros de Aragón, de Pamplona, de Bearn y de Bigorra —don Alfonso se giró hacia sus hombres, se alzó sobre los estribos y gritó cuanto pudo su arenga—, ha llegado el momento que tanto tiempo hemos esperado. El día de la gloria ya está aquí. Luchad como leones, batíos como águilas, sed astutos como zorros y solidarios como lobos, y la victoria será nuestra. ¡Recordad al rey don Sancho, que murió ante esos muros! ¡Luchad hoy por nuestro rey don Pedro! ¡Aragón, Aragón! —exclamó don Alfonso, que colocó su lanza bajo el brazo, como nos habían enseñado un par de años antes, pues hasta entonces todos los caballeros cargaban brazo en alto.

—Listos para la carga. Atacad directos al centro de su línea de combate; procurad dividirla en dos. Las lanzas bajo el brazo, como os he enseñado. Manteneos firmes y no deshagáis la formación —recordó el aitán Lope Garcez.

Desde un pequeño altozano en la retaguardia, las banderas de señales nos transmitieron la orden de avanzar.

—¡Por don Pedro, por Aragón! ¡A la carga, a la victoria! —ordenó don Alfonso.

Quinientos caballeros espoleamos a nuestras monturas y salimos disparados hacia el frente enemigo. Gritos de ánimo, alaridos mezcla de pavor y entusiasmo, jadeos angustiosos, insultos a los enemigos y algunas blasfemias se mezclaban en el aire entre una nube de polvo, tierra y miedo.

Agrupados como un gigantesco erizo, galopamos en formación compacta hacia la primera línea enemiga. Los infantes del rey de Zaragoza aguardaban nuestra acometida rodilla en tierra, con sus lanzas largas apoyadas en el suelo y apuntando hacia los pechos de nuestros caballos. Pero con don Alfonso al frente, el primero en la carga, no sentíamos el peligro.

Cuando los alcanzamos se produjo un estruendo sobrecogedor. Con la lanza bajo el brazo, según el nuevo estilo de carga de caballería, obtuvimos una gran ventaja sobre los peones, cuyas líneas se deshicieron por varios sectores tras el primer envite.

Apabullados por la contundencia de nuestra carga, los jinetes de su retaguardia tardaron en reaccionar y cuando lo hicieron apenas disponían de espacio para lanzar sus caballos al ataque con la velocidad necesaria para ganar ventaja. Ni siquiera el escuadrón de los severos castellanos supo reaccionar a tiempo. La caballería zaragozana no parecía haber aprendido de las enseñanzas del Cid y muchos de aquellos jinetes se mostraron dubitativos y temerosos.

Don Alfonso no. Sabía bien lo que tenía que hacer y lo estaba ejecutando a la perfección: romper las líneas de defensa del enemigo, rodear sus alas y cargar con toda contundencia; parecía fácil y en verdad que, dirigidos por don Alfonso, lo era.

El alférez de Aragón, cargo que ostentaba don Alfonso por nombramiento de su hermano mayor, combatía ahora con la espada en mano. La fuerza de su brazo era prodigiosa y ante sus golpes iban cayendo uno a uno todos cuantos se le enfrentaban, tronchados como ramas de árboles por el hacha del leñador.

En medio de aquella vorágine de sangre me sentí embriagado, arrastrado por un frenesí de pasión por la vida y, a la vez, por la muerte. Sin pensar ni un solo instante en lo que estaba haciendo, lancé estocadas y mandobles a uno y otro lado y en cada uno de ellos noté cómo se le iba la vida a mis oponentes. Mi mano izquierda manejaba la espada con la sorpresa que siempre causan los zurdos en la pelea cuerpo a cuerpo. A mi lado don Esteban machacaba las cabezas de los musulmanes con su maza de combate, provocando el pánico entre los enemigos. Aquel clérigo prefería matar infieles musulmanes que salvar almas cristianas.

No sé cuánto tiempo duró el combate. Años después he leído en algunas crónicas que estuvimos luchando todo el día. Pero yo no lo recuerdo así. Tal vez fuera una hora o dos, ya he perdido la memoria de aquello, pero me pareció que solo había transcurrido el instante de un suspiro y no una

eternidad, como dicen algunos que han sentido cuando han participado en otras batallas.

El sol todavía no había comenzado a declinar. El estandarte del rey de Aragón y de Pamplona se alzó victorioso sobre el llano de Alcoraz. Vítores, gritos de alegría, loas al rey don Pedro, a Dios, a la Virgen y a varios santos se alzaban hacia el cielo como una oración en acción de gracias por la victoria. Solo entonces me sentí cansado y entumecido.

Los combatientes musulmanes y sus aliados castellanos que habían sobrevivido a la matanza o habían huido hacia el sur siguiendo a su rey Al-Mustain o se habían rendido. Entre los prisioneros estaba el conde castellano García de Nájera, que había luchado en el bando musulmán. Dos mil cadáveres esmaltaban el campo de batalla, abatidos entre el olor dulzón a sangre y el agrio a excrementos y vómitos.

Me extrañó comprobar que a la vista de aquella masacre no sentí nada; en apenas unas horas me había acostumbrado a matar y no me importó haber quitado la vida a un puñado de hombres a los que ni siquiera conocía. Descubrí que era capaz de matar a un hombre sin lamentar siquiera el haberlo hecho.

Don Alfonso, alegre pero sereno, apoyó su mano en mi hombro.

—Has luchado bien, hermano, muy bien.

¡Hermano!, me llamó hermano; aquello me reconfortó sobremanera.

—Gracias, mi señor —le sonreí.

El rey don Pedro se acercó a nosotros rodeado de su guardia personal.

—Hermano, te has comportado como un verdadero león —le dijo a don Alfonso y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, mi señor. Pero todo el mérito ha sido de mis hombres —nos señaló con orgullo.

—¡Atended a los heridos! —ordenó entonces el rey—. Y nosotros vayamos a ver a los prisioneros; entre ellos están esos dos condes de Castilla.

—Si los viera ahora el Cid... —musitó don Alfonso.

Tras la derrota en Alcoraz, los de Huesca se rindieron y entregaron su ciudad al rey de Aragón a los tres días de la batalla. Aún tardamos una semana en entrar en ella, pues don Pedro decidió no hacerlo hasta negociar las capitulaciones de la rendición con los notables musulmanes que la habían gobernado.

Cuando atravesamos las calles de Huesca, con el arca de plata con los huesos de san Victorián portada en unas angarillas por cuatro de nuestros soldados, me quedé asombrado. Nunca había visto una ciudad tan grande, con

tantas casas juntas y con edificios tan hermosos. Las vías principales por las que discurrió la comitiva triunfal estaban llenas de tiendas y de mercados. Todos los comercios de Jaca hubieran cabido en una sola de ellas.

Entre los sonidos del desfile escuché decir a un soldado que la victoria de Alcoraz se había producido gracias a que san Jorge, un legionario romano que se convirtió al cristianismo y fue martirizado por ello, se había aparecido en mitad de la batalla montando un caballo blanco y que debido a esa intervención sobrenatural nuestras armas habían vencido a las de los infieles.

Juro que si san Jorge bajó del cielo ese día para ayudarnos en aquella lid, yo al menos no lo vi. Claro que dado el sector de la batalla donde yo combatía, al lado de don Alfonso, la ayuda del santo de Capadocia no habría sido necesaria, pues mi buen señor se las bastaba por sí mismo. Pero algo debió ocurrir en algún lugar del combate, porque en los meses siguientes fueron varios hombres los que afirmaron haber contemplado a un desconocido caballero equipado con una sobreveste blanca con una cruz roja, sobre un caballo blanco, que nadie pudo identificar una vez acabada la refriega.

Tiempo después supe que el mismo día en que vencimos en Alcoraz, los caballeros de la cruzada de Jerusalén habían ganado la ciudad de Antioquía y que durante el asalto a sus murallas también había aparecido un misterioso caballero al que no dudaron en identificar con el mismo san Jorge. No es extraño, pues algunos santos comparten con Dios el don de la ubicuidad y bien pueden estar al mismo tiempo en dos lugares muy alejados en la distancia.

Habíamos ganado Huesca, pero en la batalla de Alcoraz habían caído muchos de los nuestros, demasiados. No podíamos seguir hacia Zaragoza; era necesario reemplazar los efectivos perdidos, curar a los heridos y asentar el dominio del rey de Aragón en aquella tierra llana.

En el otoño del año anterior a la conquista de Huesca, mientras preparábamos esa campaña, el papa Urbano pronunció un encendido sermón en las afueras de una ciudad de nombre Clermont. Allí el santo padre animó a los cristianos, sobre todo a los nobles, a dejar de combatir entre ellos y a dedicar todas sus energías a luchar contra los musulmanes en una guerra santa y justa. Habló, además, de organizar una gran expedición para recuperar los Santos Lugares, devolver la tierra que habían pisado las sandalias de Nuestro Señor Jesús al seno de la cristiandad y reconquistar Jerusalén.

Esa noticia llegó al campamento desde el que estábamos sitiando Huesca mediado el verano, varios meses después de que el santo padre llamara a coger la cruz para combatir al infiel. Algunos señores aragoneses y pamploneses, entre ellos el propio rey don Pedro, se mostraron dispuestos a hacerlo, pero un delegado del papa los conminó a que combatieran en la guerra santa en esta tierra hispana, buena parte de la cual todavía sigue en manos sarracenas.

Mi señor don Alfonso escuchaba con todo interés a aquel predicador llegado de Borgoña. Las palabras llameantes del clérigo que decía hablar en nombre del papa animaron a muchos caballeros, que sintieron cómo sus vidas cobraban ahora un nuevo sentido.

A mediados de diciembre se consagró la mezquita de Huesca como nueva catedral cristiana, para regocijo de don Esteban, su nuevo obispo, que ya estaba pensando en derribar el templo de los sarracenos para construir una iglesia de piedra en el nuevo estilo; allí estuvimos mi señor don Alfonso y yo mismo.

Pasamos el invierno y la primavera entre Huesca y Biel, matando el tiempo entre partidas de caza y de ajedrez. Pese a que no éramos demasiados, nos sentíamos con la fuerza suficiente como para conquistar el mundo y tal vez lo hubiéramos hecho si don Pedro no hubiera recibido a fines de verano una carta con un mensajero del Cid. El rey no lo pensó dos veces y, sin apenas tiempo para prepararnos, nos vimos cabalgando hacia el lejano mar. Don Pedro ratificó a don Alfonso como alférez real y jefe del ejército aragonés. Doscientos caballeros, entre los que nos encontrábamos los que habíamos peleado en primera línea en Alcoraz, partimos hacia el sur en auxilio del Cid.

El señor de Vivar, que gobernaba su reino de Valencia con acierto, había perdido a su único hijo varón, de diecinueve años, en una batalla en la que el rey Alfonso de León fue derrotado ese año en un lugar llamado Consuegra. Como ocurriera diez años antes en Sagrajas, el rey de León no había sabido vencer a los almorávides.

Durante el camino hacia el sur, mientras atravesábamos territorio musulmán, mi señor don Alfonso no perdía detalle de los valles, los ríos y las montañas que cruzábamos.

—Algún día no muy lejano Aragón llegará hasta aquí y estas tierras y este gran río serán dominios cristianos —me dijo al cruzar el Ebro por un vado seguro en unas barcas varias millas aguas abajo de Zaragoza.

Cuando llegamos a la vista de Valencia, el Cid salió al encuentro de su amigo el rey de Aragón y los dos se abrazaron a las puertas de la ciudad entre los gritos de júbilo de todos sus hombres. Luego, don Rodrigo abrazó a don Alfonso, quien lo admiraba desde hacía tiempo y esperaba llegar a ser algún día un caballero tan célebre como el castellano.

Rodrigo Díaz de Vivar debía de tener unos sesenta años. No había perdido la apostura y su presencia seguía siendo imponente, pero tenía los ojos tristes y estaba muy desconsolado. Sin duda la muerte de su hijo le había provocado un enorme desasosiego.

Aquella noche de diciembre, en el alcázar real de Valencia, habíamos cenado cordero asado, estofado de ciervo y un guiso de anguilas, huevos y cebollas. Hacía frío y la humedad del mar y de la albufera, una gran laguna a unas diez millas al sur de la ciudad, lo acentuaban, pero mucho menos que en el invierno de nuestras montañas, donde supuse que en ese momento estaría nevando y el viento gélido habría helado la nieve caída y el agua de las charcas y de las fuentes.

Don Alfonso se acercó con su capa de piel de lobo sobre los hombros y colocó su mano en mi brazo. Su roce me confortó y sentí un ligero pero agradable espasmo.

—Mañana saldremos hacia el sur. Los almorávides se acercan a Valencia. En dos o tres semanas libraremos una nueva batalla —me anunció.

—Los venceremos como en Alcoraz —repuse procurando asentar mis palabras con la firmeza y seguridad que él me había enseñado.

—No será fácil, Bernardo. Esos guerreros almorávides son los mismos que derrotaron a don Alfonso de León en Sagradas y los que han vuelto a vencerlo en Consuegra. Son hombres dedicados a la guerra, no campesinos y artesanos que dejan por unos días la azada o la aguja para tomar la lanza y la espada sin apenas saber manejarlas —me explicó—. No te confíes.

Si Huesca ya me había parecido una gran ciudad, Valencia resultó ser cinco o seis veces mayor. Y, según decían, Zaragoza era como Valencia, de modo que intuí que su conquista nos llevaría un gran esfuerzo.

Fue en un lugar llamado Bairén donde nos enfrentamos con los almorávides. Formaban una sólida línea de combate frente a nosotros, avanzaban al son que marcaban sus tambores, alabando el nombre de su dios al que llaman Alá, repitiéndolo una y otra vez como una cantinela monocorde; portaban estandartes negros que ondeaban al viento como alas de cuervo y aullaban frases sobre la victoria y sobre ganar el paraíso.

Antes de comenzar el combate, cuando el aitán Lope Garcez nos indicó que colocáramos nuestras lanzas bajo el brazo como en la carga que nos dio la victoria en Alcoraz, el rey don Pedro se dirigió a los aragoneses, que ocupábamos el lado derecho del ejército cristiano.

—Somos los mejores guerreros del mundo; lo somos. Vamos a ganar esta batalla, conquistaremos toda esta tierra hasta la orilla del mar y luego navegaremos a Tierra Santa. Combatimos al lado de don Rodrigo Díaz, el Cid, y con él conquistaremos el mundo. Si lo conseguimos, antes de que los francos lleguen a asaltar sus murallas, nuestras banderas ondearán sobre la torre de David en Jerusalén. ¡Por san Jorge, por Cristo, por Aragón! —clamó don Pedro.

Vencimos. Eran muchos más que nosotros, pero los derrotamos y los pusimos en fuga en aquella batalla de Bairén, cerca de la ciudad que llaman Játiva.

Cuando redacto estas líneas, bajo la luz perlada de un amanecer invernal en el escritorio del monasterio de San Juan de la Peña, tengo a mi lado, sobre la mesa donde escribo, el libro de un cronista que fue escudero del Cid y que contó lo ocurrido en esa batalla. Lo copio aquí tal cual ese hombre lo narró:

Rodrigo volvió a dar una nueva muestra de su extraordinaria astucia y de su capacidad para obtener ventaja de una posición comprometida. Los almorávides apenas se dieron cuenta de lo que se les venía encima, y sin tiempo para desplegar sus tropas, que avanzaban como una banda de amigos borrachos después de una noche en la taberna, caímos sobre ellos con la rapidez y el silencio del relámpago. El Cid peleó con la energía de siempre, pero tal vez con más furor que nunca. Lo vi tajar con todas sus fuerzas a cuantos almorávides encontró en su camino, con una saña como jamás antes había mostrado. Creo que en aquella batalla, cada vez que derribaba a un enemigo estaba imaginando que mataba al que había cercenado la vida de su hijo en Consuegra.

—¡Somos invencibles! —exclamó don Pedro de Aragón levantando el filo ensangrentado de su espada a la vista del ejército almorávide que huía en desbandada en busca del refugio de las murallas de Játiva y Gandía.

Rodrigo se volvió hacia el rey aragonés. El Cid tenía sus ropas cubiertas con la sangre de los enemigos muertos en el combate y sus ojos brillaban como suelen hacerlo aquellos que han experimentado un dulce sentimiento: la venganza.

Y así debió de ocurrir; aunque ahora, cuando hago memoria de aquellos sucesos para escribirlos, creo recordar que no fue don Pedro, sino don Alfonso quien pronunció esa frase: «¡Somos invencibles!».

Victoriosos, eufóricos y henchidos de orgullo como pavos reales, nos despedimos del Cid y regresamos a Aragón a comienzos de la primavera. Castellón y Oropesa, además de Salou, eran propiedad del rey don Pedro: los dominios del reino de Aragón se extendían ahora desde las altas montañas hasta la orilla del mar.

Acudimos a Huesca, donde esperaba a don Pedro una dama italiana con la que el año anterior había acordado su segundo matrimonio.

El rey, viudo de doña Inés y con dos hijos, deseaba una nueva esposa. La elegida fue una señora de gran carácter que mandó buscar a Italia; su nombre era Berta. Tal vez la conoció cuando siendo príncipe viajó a Roma. ¡Quién sabe! Nunca lo dijo, pero así presiento que pudo ocurrir.

La segunda boda del rey Pedro se celebró el día 16 de agosto de 1097 en la antigua mezquita mayor de Huesca, recién consagrada como catedral, pero que aún mantenía todo el aspecto del templo sarraceno, salvo el altar, donde lucía una figura de madera policromada de la Virgen María sosteniendo en sus brazos a su hijo Jesús.

Yo asistí a la ceremonia nupcial, tras mi señor don Alfonso. Cuando el obispo los casó, sentí que una lejana esperanza se desvanecía por completo. Mi señor era el segundo en la línea de sucesión tras su sobrino el príncipe Pedro, de nueve años de edad, pero si la reina Berta le daba hijos varones al rey don Pedro, esos niños irían relegando a don Alfonso hasta hacer prácticamente imposible sus opciones de convertirse algún día en rey de Aragón.

—No me gusta ese estandarte —me confesó don Alfonso al acabar la ceremonia nupcial de su hermano y doña Berta; mi señor señaló con un gesto de la cabeza el nuevo pendón real que se alzaba a la puerta de la antigua mezquita, portado por un caballero de Ribagorza.

—¿El del rey? —le pregunté extrañado.

—La cruz de San Jorge está bien, refleja nuestra fe y es la que han tomado los guerreros de Dios que han acudido a la llamada del papa y que andarán ahora por los caminos de oriente en marcha hacia Jerusalén, pero esas cuatro cabezas de moros...

—Son los cuatro comandantes sarracenos derrotados en Alcoraz, mi señor —repuse.

—No me gusta —reiteró don Alfonso.

Pasamos todo aquel verano en Huesca; don Pedro y don Alfonso se entrevistaban todos los días, salían juntos a cabalgar, cazaban en los sotos de Arguís y hacían planes para las conquistas de Barbastro y de Zaragoza.

La tierra era mucha y la gente poca, de modo que era necesario buscar la manera de lograr que algunos cristianos del otro lado de los Pirineos vinieran a habitar la tierra llana conquistada, al nuevo Aragón para repoblarlo y llenar los pueblos y los barrios que se habían abandonado con la marcha hacia el sur de algunos de sus antiguos pobladores musulmanes. Cientos de ellos, arrastrados por la necesidad y quién sabe si de buena fe, se bautizaron y se hicieron cristianos renegando de su falso profeta Mahoma, pero otros muchos, sobre todo campesinos y artesanos, se quedaron y siguieron practicando su religión. El rey don Pedro, a regañadientes y atendiendo a un consejo de don Alfonso, les permitió quedarse a vivir en Aragón; podían conservar algunas de sus propiedades, celebrar su culto, mantener abiertas sus mezquitas, salvo aquellas que fueron reconvertidas y consagradas como iglesias, e incluso regirse por sus propias leyes para casos que solo les competían a ellos.

Don Pedro y don Alfonso no pensaban en otra cosa que en seguir combatiendo una batalla tras otra, una conquista más, y lograr una nueva victoria que celebrar.

Ni siquiera descansamos unos días para festejar la boda real, pues enseguida asediamos la villa de Calasanz, que ocupamos ese mismo verano. Poco después murió el abad Aimerico, que fue sustituido por don Sancho, el segundo de este nombre que se ponía al frente de los monjes de San Juan de la Peña.

No pudimos cumplir el lejano sueño de ser los primeros en entrar en Jerusalén. Lo hicieron en el verano de 1099 los caballeros franceses, sicilianos y borgoñones que habían tomado la cruz tras la llamada del papa en los campos de Clermont cuatro años antes.

La noticia de la conquista de Jerusalén llegó a Huesca meses después; poco antes supimos que el Cid había muerto en su palacio de Valencia. La pena por la muerte del caballero castellano y la alegría por la toma de Jerusalén se recordaron de formas bien diferentes. Don Alfonso encargó media docena de misas en honor del Cid y ordenó asar dos corderos y abrir una barrica del mejor vino para celebrar con los caballeros de su hueste la entrada en la Ciudad Santa. Tenía veintiséis años y era el hombre más apuesto que jamás pisara la tierra. A esa edad seguía soltero y, yo lo sabía bien, no había conocido a ninguna mujer. Nunca llegaría a conocer a ninguna. No amaba a las mujeres.

—El papa ha prohibido a los cristianos de las Hispanias tomar la cruz para ir a combatir a los infieles en Tierra Santa —me dijo un día cuando cazábamos torcaces con halcones en la sierra de Biel, villa de la que don Alfonso seguía siendo señor.

—¿Por qué ha hecho eso el papa? —le pregunté sin perder de vista a un halcón que desde lo alto estaba preparado para lanzarse en picado sobre una bandada de torcaces, que habían espantado los monteros golpeando con sus largas varas las ramas de unos alerces cercanos.

—El nuevo pontífice Pascual sigue en esto a su antecesor, Urbano, y cree que los hispanos, como nos llama a los barceloneses, aragoneses, pamploneses, castellanos y leoneses, debemos aplicarnos para echar de esta tierra a los musulmanes, antes de viajar a los Santos Lugares.

—¿Y lo haremos?

—Sí. Mi hermano el rey juró que tomaría la cruz e iría a Jerusalén, pero para redimirse de ese juramento ha decidido cumplir lo dispuesto por el papa y a comienzos de año iniciaremos la conquista de Zaragoza. El papa ha concedido una bula de cruzada para esta empresa, de modo que quien luce o

quien caiga en la conquista de esa ciudad tendrá los mismos beneficios que si lo hubiera hecho en Jerusalén.

—¡Zaragoza! Dicen que es cinco veces más grande que Huesca.

—Lo es y tiene unos muros igual de poderosos, pero defendidos por muchos más soldados; además están protegidos por ese gran río, el Ebro.

No pudimos ir a Jerusalén, pero aquel año nos resarcimos con la conquista de Barbastro. Asediamos esa ciudad en primavera utilizando la misma táctica que en la toma de Huesca. A finales del invierno, zapadores y albañiles levantaron un castillo en Trava y una fortaleza sobre un pueyo a tres millas al oeste de la ciudad, que cayó en nuestras manos pocos meses después. Barbastro ya había sido cristiana tiempo atrás, durante nueve meses, cuando una formidable coalición de caballeros de Urgel, Aquitania y otras regiones de la cristiandad tomaron la cruz. Ellos fueron los primeros en hacerlo mucho antes que los que acudieron a Jerusalén y la ganaron al asalto. Pero Al-Muqtadir, el reyezuelo de Zaragoza que adoptó por ello ese nombre, el Victorioso, la recuperó para los infieles.

Conquistada Barbastro, Zaragoza era nuestro siguiente objetivo. Aquel mismo invierno asediamos la plaza musulmana de Bolea, unas pocas millas al oeste de Huesca, y, una vez que dejamos claras nuestras intenciones, cabalgamos por el curso del río Gállego, aguas abajo, preparando el asedio de la ciudad de las mil maravillas, de la que decían que todo era abundante, donde los mercados rebosaban de todo tipo de productos, donde los palacios tenían paredes doradas, donde las mesas estaban provistas de los más suculentos manjares y donde las mujeres vestían sedas de la China y los hombres brocados de Damasco. Eso era al menos lo que contaban algunos para alimentar nuestra ambición y darnos ánimos y energías para acometer semejante conquista.

En cierto modo, aunque los caballeros del rey don Pedro y del infante don Alfonso éramos cristianos, rezábamos a Cristo y asistíamos a la iglesia, al conocer en Huesca el modo de vida de los potentados musulmanes algunos no pudieron resistir la tentación e imitaron ciertas formas y maneras de su comportamiento. Para mí, lo más agradable fueron los baños, los finos tejidos de seda y lino y los perfumes. Jamás había disfrutado de semejante tropel de aromas tan exquisitos. En las montañas de San Juan de la Peña, las flores, las plantas, los árboles o la tierra mojada tras la tormenta desprenden olores frescos que inundan la nariz y abren los pulmones; pero aquellos aromas dulzones, intensos y aterciopelados de los perfumes árabes son esencias que

embriagan y adormecen, capaces de hacerte sentir como sumido en un etéreo mundo de ensoñaciones hasta entonces para mí desconocidas.

Incluso un soldado tan aguerrido como el rey don Pedro se sintió cautivado por algunas de las modas de los musulmanes oscenses y llegó al punto de vestirse a su usanza con pantalones amplios y coloridas camisolas de seda, babuchas de punta curva y pañuelos de la más fina textura, que utilizaba cuando descansaba en privado en el que fuera palacio de los gobernadores de esa ciudad. E incluso llegó a ensayar una firma de su puño y letra en los caracteres con los que escriben los árabes y la puso al pie de algunos diplomas reales.

Pero ni los intensos perfumes, ni las suaves sedas, ni los ampulosos vestidos, ni las preciosas joyas, ni los delicados versos de sus poetas nos hicieron olvidar que estábamos allí para librar una guerra santa, que éramos los soldados elegidos por Dios para acabar con el dominio de los infieles sobre una tierra que tenía que ser de Cristo y de María Santísima y que nunca podríamos descansar en paz si antes no conquistábamos Zaragoza.

Sí, tomaríamos la cruz, marcharíamos a esa conquista y lograríamos una hazaña que no pudo conseguir el emperador Carlomagno, quien tuvo que resignarse impotente ante sus murallas y regresar frustrado a su dulce tierra de Francia.

—¡Mira, Bernardo, esa es la ciudad de Zaragoza! —la señaló don Alfonso desde lo alto de un cerro, entre el valle del río Gallego, que corría a nuestra izquierda, y el de Ebro, que teníamos al frente.

—¡Es enorme! —exclamé mirando hacia sus casas y sus murallas blancas rodeadas por miles y miles de olivos, como una corona verde; parecía una perla en medio de una gigantesca esmeralda.

—Dentro de esas murallas viven treinta mil almas.

—¡Treinta mil! Pero si en todo Aragón no hay tanta gente. —Me asombró aquella cifra; por entonces la ciudad de Jaca, la localidad más populosa del viejo Aragón, apenas superaba el millar de vecinos y Huesca rondaba los cinco mil con sus arrabales.

—Sí, treinta mil. Me lo ha dicho esta mañana el aitán.

—Treinta mil... Nunca podremos conquistarla —lamenté.

—Algún día, algún día... Te lo prometo.

Como solía hacer, don Alfonso pronunció aquellas palabras con tal seguridad que no admitían la menor duda.

Y tal cual sucediera unos años antes con la fortaleza del Castellar, decenas de peones protegidos por soldados y caballeros aragoneses, entre los que nos encontrábamos don Alfonso, Lope Garcez y yo mismo, comenzaron a levantar un castillo, ahora apenas a cinco millas de distancia de sus puertas, a la vista de Zaragoza, en lo alto de un cerro yesoso. Decenas de alarifes colocaban sin cesar piedras de yeso, argamasa y barro. Trabajando durante todas las horas en las que lucía el sol, aquellos hombres erigieron la fortaleza en apenas dos meses y medio.

Don Alfonso me encomendó la misión de vigilar la calzada que salía de la puerta norte de la ciudad, cruzaba el único puente sobre el Ebro y se dividía en varios caminos tras atravesar un pequeño arrabal.

—No perdáis de vista esa ciudad, ni sus caminos; en cualquier momento puede venir de allí el peligro —me giré ante esa recia voz; era el mismísimo don Pedro quien hablaba.

El rey se acercó sobre su caballo a la patrulla de hombres que yo mandada; a su izquierda estaba don Alfonso.

—Señor. —Me incliné ante el rey; los cuatro hombres que componían mi patrulla hicieron lo mismo. Y me apresté a sostener las riendas del caballo de mi señor, mientras uno de los caballeros que lo acompañaban saltó de su caballo e hizo lo mismo con las de la montura del rey.

En lo alto del cerro, como un ave de presa acechando desde su atalaya el caserío de Zaragoza, comenzaba a tomar forma esa fortaleza, muy similar a la del Castellar.

—Cuando esté acabado, este castillo penderá como una espada de piedra sobre la cabeza de los zaragozanos —dijo don Alfonso.

—Ahora este lugar requiere que le asignemos un nombre apropiado. ¿Cómo lo llamaremos? —preguntó don Pedro.

—*Deus lo vult* —me apresuré a responder.

—¿Dios lo quiere? —repitió don Alfonso, mirándome sonriente y algo sorprendido—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—No es un nombre, mi señor, sino el grito de guerra con el que los soldados de la cruz asaltaron los muros de Jerusalén hace dos años. Lo cuentan algunos de los caballeros recién llegados de oriente, que se han unido a nuestra hueste.

—Dios lo quiere... Sí, ese será el nombre de este castillo. Buena propuesta, don Bernardo. —El rey don Pedro se dirigió a mí como solía

hacerlo con sus mejores caballeros.

—Gracias a ese castillo conquistaremos Zaragoza —indicó don Alfonso.

—Sí. ¡Dios lo quiere! —exclamó don Pedro mostrando su puño enguantado al cielo.

—¡Dios lo quiere! —coreamos todos con una sola voz.

—Ese es el grito de los hombres que están dispuestos a luchar y a morir por la cruz de Cristo. ¿Lo estáis vosotros? —nos preguntó el rey.

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! —volvimos a gritar alzando las lanzas y agitándolas como posesos.

Don Pedro sonrió, puso su mano izquierda sobre el hombro de su hermano, señaló con la derecha hacia Zaragoza y le dijo:

—Alfonso, el año que viene atravesaremos ese puente y entraremos en esa ciudad por esa puerta.

Y alzándose sobre los estribos de su caballo, colocó su mano sobre sus ojos a modo de visera e intentó atisbar lo que ocurría a lo lejos en las calles de la Ciudad Blanca.

Como he escrito más arriba, el canónigo y maestro don Esteban fue nombrado obispo de Huesca. Su carácter violento y pasional y su afán de riqueza y poder pronto le ocasionaron problemas con los abades de los monasterios de San Juan de la Peña y de Montearagón, que se quejaron al rey don Pedro por los abusos que el prelado oscense cometía con ellos y lo denunciaron porque se había apropiado a la fuerza de bienes que les pertenecían; por ello, promovieron un pleito contra el pasional obispo.

El rey convocó a don Esteban para recriminarle su comportamiento con los monasterios y también lo conminó a cambiar su vida privada, que no era conforme a la que debe ser la de un ministro de Nuestro Señor. Hasta el propio papa Pascual tuvo que intervenir en el conflicto; dictó una sentencia en la que dio la razón a los monasterios y amonestó seriamente al obispo de Huesca, al que llamó a Roma para que respondiera en persona por las graves acusaciones de abusos y extorsiones que los abades habían vertido sobre él.

Ante el tribunal que lo juzgó en el Vaticano, don Esteban negó todas esas acusaciones, aunque se comprometió a que haría todo lo posible por llegar a un acuerdo amistoso y firmar una concordia con los abades implicados en el caso. Solo la influencia que ejercía don Alfonso en su hermano y la amistad que unía al infante y al obispo pudieron evitar que don Esteban fuera desposeído de su sede episcopal. Siguió al frente de la misma, pero se

comprometió a respetar a los monasterios, a moderar su energía y a mostrarse menos violento y brutal en su vida cotidiana.

Una vez fortificado el castillo de *Deus lo vult*, que pasó a ser conocido como Juslivol en la lengua vulgar, era necesario ir conquistando las villas que todavía quedaban en manos de los sarracenos entre Huesca y Zaragoza. En septiembre de ese mismo año ocupamos Bolea y al año siguiente, tras pasar el invierno entre Jaca, Biel y Huesca, nos dirigimos hacia las fronteras de Lérida, ciudad que también ambicionaba conquistar el conde de Barcelona.

Allí nos enteramos de que doña Jimena, la esposa del Cid, que había quedado al mando de Valencia tras la muerte de su esposo, había abandonado la ciudad con todos sus caballeros y había regresado a Castilla. Todo ese reino quedó desvalido y cayó entonces en poder de los almorávides. Solo el reino zaragozano de Al-Mustain se interponía en esos momentos entre el imperio de los guerreros africanos y el reino de Aragón.

A comienzos del año 1103 hubo una epidemia de pestilencia que afectó a varias comarcas. Algunos clérigos decían que se trataba de un castigo que Dios enviaba a causa de nuestros pecados y denunciaban desde los púlpitos que en algunas aldeas ciertas mujeres e incluso hombres practicaban hechicerías y encantamientos, adoraban a espíritus de los bosques y de las aguas y se comportaban como paganos. En realidad no eran sino humildes curanderas que buscaban remedios contra sus enfermedades con infusiones de hierbas, pero algunos clérigos iletrados las tildaron de brujas peligrosas y las persiguieron acusadas de estar poseídas por el demonio.

Pero cuando el rey don Pedro y su hijo varón enfermaron de esa misma peste y les sobrevinieron unas altísimas fiebres, los acusadores tuvieron que tragarse sus palabras, señalando al diablo como autor de las muertes por la enfermedad. ¿Cómo iba a castigar Nuestro Señor al rey que con mayor ahínco y determinación había combatido a los seguidores del falso profeta Mahoma?

La epidemia se llevó por delante a muchos de los nuestros, pero también a judíos y musulmanes. Al parecer, el demonio, en su maldad infinita, no hace distinciones entre creyentes e infieles. Don Pedro sanó de la enfermedad, pero su hijo murió sin que los mejores médicos judíos de Huesca fueran capaces de curarlo. Ni siquiera el rabino Mosé Sefardí, el más ilustre médico judío de la ciudad, hombre muy prestigioso entre los suyos, pudo hacer nada por salvar la vida del príncipe, aunque sí curó a don Pedro quien, agradecido, lo nombró médico real.

Cuando falleció, el príncipe heredero no había cumplido todavía los dieciocho años, aunque llevaba ya tres casado con María, una de las dos hijas

del Cid, pues ambos padres acordaron ese matrimonio cuando fuimos a Valencia a combatir al lado de don Rodrigo en la batalla de Bairén. Murió sin haber engendrado un hijo; si lo hubiera hecho con doña María, un nieto del Cid habría sido el futuro rey de Aragón y de Pamplona. La muerte de su heredero sumió a don Pedro en un profundo abatimiento; Aragón había perdido a su príncipe.

—Ha muerto vuestro sobrino don Pedro —anuncié a don Alfonso. Era un día de comienzos de primavera del año 1103 y estábamos en Huesca—. Mi señor, ahora sois el primero en la lista de sucesión al trono de Aragón.

—Mi hermano tendrá más hijos; doña Berta le dará otro heredero —me replicó sin dar mayor importancia a mis palabras.

—Hace ya seis años que está casado con doña Berta y la reina todavía no se ha quedado embarazada. Tal vez no pueda tener hijos. Si la reina es estéril...

—Olvida esos pensamientos, Bernardo, y céntrate en lo que tenemos por delante. Mi hermano se ha repuesto de la peste y, aunque ha sentido mucho la muerte de su hijo, ya me ha dicho que en dos meses saldremos con todas nuestras huestes a nuevas conquistas. Nos hemos fijado el objetivo de ocupar varias fortalezas desde las que los sarracenos están en condiciones de hostigar Huesca; en mayo tomaremos el castillo rocoso de Piracés, para tener el camino libre hacia Lérida y Zaragoza.

Y así ocurrió. Don Pedro llamó a mi señor para que estuviera siempre a su lado, pues en tanto no tuviera otro hijo, era don Alfonso el heredero del rey de Aragón y de Pamplona. Desde ese momento, siempre se mantuvo a la derecha de su hermano y fue el primero en firmar los diplomas de la cancillería real tras el propio don Pedro. Yo sonreía cada vez que lo contemplaba, el principal entre los nobles y señores de la corte, el más fuerte, el más valeroso, el mejor guerrero, el futuro rey de Aragón.

Conquistado Piracés, un castillo de madera ubicado sobre una enorme prominencia rocosa en plena llanura de Huesca, a la primavera siguiente nos dirigimos a las tierras del este. Asediamos la villa de Tamarite, cobramos parias por un tiempo a Al-Mustain, que pagó gustoso para que lo dejáramos tranquilo en su suntuoso palacio de la Aljafería, que llamaban así por Abú Yafar, uno de los motes de su rey Al-Muqtadir, y con todo ese dinero procedente de las parias del reino musulmán de Zaragoza don Pedro dotó iglesias y monasterios en Aragón e incluso sobró para enviar algunas cantidades a monasterios en Francia, y edificó fortalezas y compró caballos y

equipo de combate para seguir conquistando tierras a aquellos insensatos infieles.

Nunca he logrado entender cómo los sarracenos no se daban cuenta de los flagrantes errores que estaban cometiendo, pues para mantener la paz y evitar nuestros ataques nos estaban engordando y enriqueciendo, en tanto ellos se debilitaban y empobrecían más y más. Tal vez no supieran que estaban cavando su propia tumba o tal vez se negaran a entender lo inevitable.

La conquista de Zaragoza era un empresa que requería de un enorme esfuerzo. Don Pedro y don Alfonso hablaron mucho de ello durante aquellos meses y convinieron que con las únicas fuerzas del reino de Aragón y de Pamplona sería imposible lograrlo. Hacía falta abundante dinero y grandes recursos, pero sobre todo muchas más tropas, que solo era posible reclutar con la ayuda de las regiones al norte de los Pirineos. En Aquitania, Bearn, Bigorra y Provenza había cientos, tal vez miles de caballeros y peones dispuestos a tomar la cruz y participar en una guerra santa contra Zaragoza, como ya habían hecho sus padres y abuelos en las conquistas de Barbastro y Huesca o en la frustrada expedición a Tudela.

De modo que el rey decidió visitar esas regiones en busca de apoyo a su gran proyecto y comenzó por recorrer el valle de Arán, una pequeña región en medio de las montañas pirenaicas. Lo que me sorprendió es que, siendo yo un hombre de la mesnada de don Alfonso, fuera don Pedro quien contara conmigo para ese viaje. Fue mi señor el que me lo comunicó; le pedí permiso para hacerlo y así es como me vi enrolado entre los hombres que aquel verano de 1104 acompañamos al rey don Pedro al valle de Arán. Ese viaje sería el más trascendental de mi vida.

—Bernardo de Jaca, cabalga a mi lado. —El rey don Pedro me llamó. A horcajadas, firme sobre mi caballo, me acerqué con todo respeto.

—Alteza...

—La ruta al valle de Arán no es una empresa complicada, salvo la última jornada, en la que hay que atravesar grandes puertos. El trayecto desde Huesca dura cinco días a lo sumo. Recuérdame, Bernardo, ¿cuántos hombres nos acompañan?

Podía notar el dolor aún vivo en las palabras del rey; había transcurrido un año y medio pero seguía apesadumbrado por la muerte de su hijo, aunque no faltaba un heredero, pues ahí estaba mi señor don Alfonso, el primero en la línea de sucesión al trono.

—Vuestra escolta la formamos unos cincuenta hombres, mi señor —recapitulé—: dos docenas de caballeros armados, soldados de a pie, criados, acemileros, un par de cocineros y sus ayudantes.

—Nuestro propósito es someter a los señores de Arán a vasallaje para ganar influencia al otro lado del Pirineo.

—Los señores del valle de Arán jurarán lealtad y serán fieles a vuestra alteza.

El rey Pedro fijó la mirada en el horizonte septentrional, en las montañas, como si aguardara la revelación de un gran secreto.

—Los señores de ese valle ya saben que nos dirigimos allí —comentó al poco—. Nuestro mensajero habrá llegado y seguro que nos esperan con expectación. Los nobles de Arán son hombres independientes, Bernardo. Carecen de un señor natural y, por tanto, no reconocen, de momento, a ningún soberano. Resulta de interés prioritario para el reino de Aragón dominar la región de Arán, ya que se encuentra ubicada en el centro de grandes poderes; desde el reino de Francia y el condado de Barcelona no tardarán en enviar emisarios con idéntica intención que la nuestra. Confiemos en que los señores

de ese valle nos escuchen. Y recemos para que no haya derramamiento de sangre alguno.

—Alteza, así será —asentí solemne.

—Escucha Bernardo, le pedí a mi hermano que te permitiera acompañarme en este viaje porque cabe la posibilidad de que precise de tus habilidades. No sería de extrañar que de entre todos los señores haya alguno que no se muestre receptivo a nuestras intenciones y trate de convencer a los demás para que nuestro plan fracase. De darse tal caso, tú serás el encargado de disuadirlo, sin que nadie más esté al tanto. Serás mi intercesor en la sombra. Bernardo de Jaca, ¿puedo confiar en ti?

—No habrá hombre más leal a vuestra causa que yo, mi rey.

En el verano de 1104, a la edad de treinta y cuatro años, me vi cabalgando a lomos de mi corcel bayo, con sus largas crines grises oscuras al viento. Seguía las órdenes del rey Pedro, que encabezaba esa decisiva embajada hacia el valle de Arán. En el trayecto desde Huesca se cruzó en nuestro camino un grupo de peregrinos que viajaban desde Carcasona hasta Compostela para venerar al apóstol Santiago, que allí tiene su tumba. Avanzaban en ordenada columna haciendo sonar una campana para orientarse y no perderse entre la vegetación, acompañados por una docena de hombres armados para protegerlos de posibles ataques de bandidos.

Arribamos al valle de Arán a principios de agosto; afortunadamente gozamos de un buen recibimiento. Los soldados del rey se hospedaron en casas de infanzones en la localidad de Viella, la más importante del valle, y los criados y muleros en los pajares, donde abundan las pulgas. Don Pedro de Lubes, el noble más poderoso de la zona, cedió la planta superior de su casa al rey; en cuanto a mí, me acomodaron en un aposento en la planta baja.

—Don Pedro Sánchez, rey de Aragón y de Pamplona, sed bienvenido a estas tierras de Arán —saludó don Pedro de Lubes al comenzar el banquete con el que nos agasajaron el día de nuestra llegada.

Don Pedro de Lubes era un hombre de unos cincuenta años, de cabello entrecano y nariz aguileña. La sombra de una recia y negra barba le cruzaba la mandíbula cuadrada y las hondonadas huesudas de las mejillas. Sus ojos eran como heridas abiertas bajo unas cejas gruesas, tan oscuros como el mar en la noche.

—En mi nombre, y en nombre de todos mis hombres, os agradezco el hospedaje que nos brindáis —comenzó a hablar el rey. Todos los señores del valle clavaron en él una mirada atenta, muy concentrados, sin armar palabra alguna—. El motivo de mi viaje no os es desconocido. Como bien sabéis por

mi mensajero, vengo a solicitaros lealtad. Si juráis luchar a mi lado, tendréis por siempre mi protección como rey de Aragón, mi ayuda, mi consejo y mi auxilio. Seré vuestro fiel señor y defensor. No vengo a expropiar nada que os hayáis ganado con vuestro esfuerzo o el de las generaciones que os precedieron. No es tal mi intención. Juradme lealtad y crecerán vuestras propiedades, privilegios y riquezas. Uníos a mí y seréis más fuertes. Luchad a mi lado y conseguiréis mi protección como mis vasallos y los beneficios que os concederé. Morid a mi lado y os ganaréis el favor del Dios de los cielos y la vida eterna en el paraíso.

El rey peroró largo tiempo; en su vehemente alegato aludió al honor, la justicia y la lealtad como principales valores de un caballero. Para cuando hubo terminado, los señores del valle ya estaban convencidos.

Invertimos toda la tarde en desempacar nuestros enseres. A la mañana siguiente un grupo de señores nos mostraron el valle, un hermoso remanso de vida entre las altas montañas, un lugar en el que vivir para siempre. Al caer la noche, el rey Pedro convocó a los señores en casa del señor de Lubes. Los criados sirvieron un jabalí asado que regamos con jarras de un aceptable tinto mientras escuchábamos a dos juglares recitar poemas que hablaban de héroes y de amores en la dulce lengua de los araneses, al son de un laúd y una pandereta.

El rey don Pedro decidió que, para ganarse la total confianza de aquellos hombres, lo más oportuno era pasar una temporada entre ellos y compartir su modo de vida. En aquellos días salimos a cazar con los señores y los ayudamos a reforzar su poder y su prestigio entre los campesinos que recogían la cosecha. Había que dejar claro que aquellos barones gozaban de la confianza del rey de Aragón y que eran sus leales vasallos. Quien tiene a un rey como señor natural a nada más alto puede aspirar como súbdito.

Algunos días que la lluvia o las tormentas impedían que anduviéramos de caza, yo me retiraba a orar a un monasterio y a leer algunos textos eclesiásticos que se guardaban en su biblioteca, tal cual había aprendido siendo un muchacho en San Juan de la Peña.

—Rezas demasiado, Bernardo —me comentó el rey en una ocasión—. No puedo siquiera imaginar qué tipo de asuntos puedes tratar con Dios durante todo ese tiempo.

Yo me encogí de hombros y no dije palabra alguna.

El rey organizaba largos banquetes en casa de don Pedro de Lubes, que se ocupaba personalmente, junto con el copero y el repostero mayor, de que en la mesa no faltara de nada. Los señores del valle estaban maravillados tras escuchar las promesas del rey. Todos ellos, no; uno de aquellos parecía recelar de su alteza.

Había transcurrido ya un mes desde que arribáramos al valle de Arán. A principios de septiembre, al concluir una cena, le transmití al rey mis sospechas.

—Alteza, creo tener motivos para dudar de las verdaderas intenciones de uno de estos señores. Tal vez yerre, pero me aventuro a adelantar que no tiene el menor convencimiento de adherirse a vuestra causa. —Tras escuchar mi alegato, el rey permaneció tranquilo.

—Yo también lo he notado. Tu turno, Bernardo, ha llegado. Encárgate de persuadirlo.

—¿Cómo?

—Eres un hombre inteligente; encuentra el modo de hacerlo, pues para eso te he traído hasta aquí.

—Mi señor... —Hice una reverencia y salí sigiloso de la casona.

La mayoría de los habitantes de Viella dormía plácidamente. Al caer la noche, el aire de septiembre se tornaba frío, los vientos del norte silbaban agudos en mis oídos y la lluvia aparecía con intermitencia.

Aquella noche el silencio en las calles era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Salí de la casona con la excusa de ir a pasar un rato a alguna taberna y me dirigí a la posada del Peregrino, un mesón aseado y bien surtido de vino y comida; una vez dentro, me camuflé en la sombra. Me eché una capucha por encima y esperé en un rincón oscuro que la lumbre de los candiles no alcanzaba a iluminar. No más de quince hombres bebían y conversaban en pequeños grupos. Ninguno pareció interesarse por mi presencia. Como me habían informado, el señor del que sospechaba no tardó en aparecer acompañado por tres de sus hombres. Por suerte, se sentaron en la mesa más próxima. Para que no advirtieran mi presencia, hundí aún más mi cuerpo en las sombras y, sin hacer un solo movimiento, escuché en silencio.

—Mi señor, ¿qué hacemos? —preguntó uno de aquellos tres hombres.

—Ya son treinta los días que el rey de Aragón goza de nuestra hospitalidad. Nos ha prometido prosperidad y fortuna, pero, por el momento, solo veo cómo se come nuestros jabalíes, cómo se bebe nuestro vino y cómo

ensucia las sábanas que le prestamos. Cada día. Solo Dios sabe si, además, también ha gozado del cuerpo de nuestras mujeres.

—Mi señor, el rey Pedro prometió asegurar nuestras tierras y nuestras vidas una vez le juráramos lealtad.

—Y todos los señores de valle estuvieron de acuerdo.

—Lo sé. Yo mismo me postré en un principio, pero ahora empiezo a dudar.

—¿Puedo preguntar la razón, mi señor?

En la oscuridad, agucé mi oído. Aquel señor habló en voz baja.

—Se trata de una cuestión muy simple: el valle de Arán no necesita el auxilio de ningún rey. Nunca hemos requerido de un soberano que nos ordene lo que tenemos que hacer. Aunque, ahora, este mundo está sumido en el caos, eso no lo negaré, y todo hombre precisa de un señor. Eso es cierto. El rey de Aragón, como todos los monarcas de este siglo, ambiciona extender sus dominios hasta el fin de la tierra. Nadie sabe cuántos inocentes han muerto por esa causa. Podría decirse que don Pedro es un asesino y que su padre el rey Sancho también lo fue antes que él. Reyes y señores armados, procedan del lugar que procedan, todos pueden ser unos asesinos.

Fue entonces, solo entonces, al oír aquellas últimas palabras, cuando descubrí mi posición. Acerqué un candil a mi rostro y tuve el placer de ver una expresión de sorpresa en los ojos color verde grisáceo de aquel señor del valle.

—Bernardo de Jaca —murmuró él, sorprendido—, no sabíamos que contáramos con vuestra presencia. Permitid que os invite a un trago. — Ordenó a uno de sus hombres que se levantara y le pidiera al mesonero que trajera una jarra del mejor vino que hubiera en la bodega. El señor y sus tres hombres me miraban con un gesto entre la consternación y la cautela.

—Gracias por el vino. —Di un sorbo y fui al grano—. Os he oído hablar. Habéis llamado asesino al rey Pedro.

—Mi señor Bernardo, espero que entendáis que se trataba de una metáfora. Yo...

Levanté una mano y el señor enmudeció al instante.

—Lleváis razón. El rey Pedro es un asesino. Y su padre lo fue antes que él. Y su hijo lo sería de seguir vivo. Mi señor, si algo he aprendido es que este mundo lo forjan los asesinos poderosos. Así que más vale acostumbrarse a mirarlos a los ojos y no tenerles miedo. Siempre ha habido gente con riquezas y poder y gente sin nada. Así es este mundo. El rey de Aragón no ha venido hasta aquí para cambiarlo, pero juradle lealtad eterna y siglos de paz y

prosperidad vendrán de sus manos a vuestro hogar. Y juntos nos salvaremos si alguien pretende destruirnos.

—Mi señor Bernardo, no era mi intención...

—Creedme, entiendo vuestra postura —me adelanté—. El rey precisa vuestra ayuda y, sobre todo, vosotros precisáis la suya. Y os encontráis ante una disyuntiva, pues nunca antes habéis tenido la oferta de amigos tan poderosos. No obstante, un hombre sin señor, sin un rey, es un hombre sin poder, desvalido y expuesto a ser expoliado por cualquiera. ¿Acaso queréis ser ese tipo de hombre? —Se hizo un silencio espeso que aproveché para llevarme la jarra de vino a los labios y dar un buen trago—. ¿Sabéis acaso qué es el poder? Escuchad lo siguiente: diez años atrás, cuando el rey Sancho recibió aquel flechazo homicida a las puertas de la ciudad de Huesca, ¿quién fue realmente el responsable?, ¿el arquero?, ¿el hombre que dio la orden?, ¿otra persona? ¿O fue la ambición del rey por verse conquistador de Huesca? En definitiva, ¿quién tuvo aquel día el poder en sus manos? Os lo explicaré de otro modo. —Apuré la bebida—. ¿Os gustan los acertijos?

—¿Por qué lo preguntáis, don Bernardo? ¿Acaso estamos a punto de escuchar uno de vuestros labios?

En la taberna, los clientes seguían bebiendo y hablando distraídos, sin dedicarnos la menor atención.

—Escuchad —les pedí—, y quizá todos podamos extraer una valiosa lección. Ahí va mi acertijo: tres grandes hombres se sientan en un salón: el rey de los franceses, el conde de Barcelona y el rey de Aragón. Los tres son muy poderosos y serios rivales entre ellos, además. Pero están solos y desarmados, y frente a ellos se encuentra un señor de más baja cuna amenazándolos con una espada. Cada uno de los tres soberanos quiere que ese señor le jure lealtad y combata contra los otros dos en su defensa. Decidme, mi señor, ¿quién vive?, ¿quién muere?, ¿cuál de los tres tiene el poder?

—¿Eh? ¿Pero qué clase de absurdo acertijo es este? Es imposible dar una respuesta, don Bernardo, es imposible —lamentó aquel hombre, confundido.

—Pues la hay —dibujé una sonrisa de media luna—. ¿Cuál de los tres tiene el poder? —insistí.

—No lo sé. Es absurdo...

—Ninguno —repuse—, pues la vida de esos tres hombres depende del que empuña la espada y apunta a sus cuellos o a sus pechos.

—¡Ah, sí! Quien empuña la espada tiene el poder.

—Es el mejor armado quien ostenta el designio sobre la vida y la muerte de los otros en ese preciso momento. Y no siempre es el de más alta cuna; a

veces, son los hombres de más baja condición quienes tienen en sus manos el destino de los más poderosos, sobre todo si se unen.

—Porque pueden convocar a otros señores con espadas y muchas más armas, ¿verdad? —respondió uno de aquellos tipos.

—Cierto —concedí—. Se trata de una argumentación circular; ¿lo entendéis? Sin embargo, ¿por qué ese señor de baja condición, pese a tener en sus manos la espada, deberá obedecer sin rechistar a uno de los tres soberanos?

—Don Bernardo, con todos mis respetos, no me gustan los acertijos y no entiendo dónde pretendéis llegar con tan extraños circunloquios.

Alargué aún más la sonrisa.

—El origen del poder se atribuye a Dios, como bien sabéis, pero que muchos hombres obedezcan a uno solo no deja de ser un misterio inescrutable —concluí—. El verdadero poder habita en el brazo donde la mayoría de los hombres admite que reside. Es como un truco, una sombra en la pared. Y un señor de baja cuna puede proyectar una sombra muy grande si conoce el truco para hacerlo.

Las dudas de aquel hombre, fueran cuales fuesen, quedaron disipadas con el susurro de la noche. Al día siguiente juró lealtad eterna al rey de Aragón y de Pamplona.

Durante el mes de septiembre no varió un ápice nuestra rutina en el valle. Yo seguí con mis costumbres, pero incrementé el tiempo que pasaba rezando. Oraba largos ratos en la iglesia del monasterio, al atardecer y también al alba, y el rey Pedro, con media sonrisa, seguía preguntándome por los asuntos sobre los que yo trataba tanto tiempo con Dios.

Los signos de aquella profunda pena, intenso dolor y pesadumbre por el hijo perdido seguían visibles en su rostro. Incluso pareció enfermar de melancolía. Quizá no había sanado totalmente de las fiebres que por la peste contrajo año y medio atrás, lo que se sumaba al recuerdo de la muerte de su hijo.

El 27 de septiembre el rey Pedro se despertó a media noche empapado en sudor, con alta fiebre y graves convulsiones. Decía haber sufrido una terrible pesadilla. Dos días más tarde, tras una intensa agonía, a la edad de treinta y seis años, falleció. Los curanderos del valle, cuyos conocimientos médicos eran exigüos, nada pudieron hacer para salvar su vida.

Convoqué a los soldados del rey del Aragón, a los criados e incluso a los mozos de mulas; los reuní a todos en la corraliza de la casa de don Pedro de

Lubes y les comunicó la desgraciada nueva. Algunos lloraron o al menos fingieron llorar. No todos los días uno es testigo de la muerte de un rey.

La misma mañana en la que el monarca murió, me ofrecí voluntario para cabalgar raudo hacia Huesca, donde aguardaba don Alfonso. Esa tarde enviamos palomas mensajeras con la terrible noticia. Una vez que yo arribara a esa ciudad, le transmitiría la certificación de la muerte de su hermano e inmediatamente después don Alfonso sería proclamado Rey de Aragón y de Pamplona.

Nadie me hizo la menor objeción. ¡Cómo iban a atreverse, si ahora era yo el principal consejero del nuevo rey! Monté mi caballo, solicité que me acompañaran dos caballeros y dos criados y partimos al galope hacia Aragón. Nos habíamos alejado unas decenas de pasos de la casa de don Pedro de Lubes cuando tiré de las riendas y mi caballo se detuvo. Giré el cuello hacia la puerta de la casona, donde algunos hombres todavía lamentaban la muerte del rey. Nuestros criados ya se aprestaban a empacar nuestras pertenencias con la ayuda de lacayos de los señores del valle de Arán.

Arreamos nuestras monturas y salimos de Viella. Los árboles crecían poderosos en las laderas de las montañas. Aspiré aquel aire fresco y recé una oración. El viento removía mis cabellos y acariciaba mi rostro. Sumido en aquella tranquilidad, cerré los ojos y rememoré el acertijo mediante el cual me había ganado la confianza de aquel señor del valle.

Y solo entonces esboqué una sonrisa perversa, pues en ese lugar se produjo un suceso en las sombras, un hecho que nadie conoció y que ninguna crónica relataría jamás. Porque hubo un segundo acertijo dentro del primero del que nadie se dio cuenta.

¿Por qué yo, Bernardo de Jaca, había pasado tanto tiempo orando bajo el techo de un monasterio en aquellos días en Arán?

Nadie me vio extraer, diariamente, pequeñas cantidades de cianuro que los monjes guardaban en una sala junto a la biblioteca para sus experimentos y sus pócimas. Nadie me vio mezclar aquel veneno en el vino que el rey Pedro bebía cada noche. Nadie.

Parezco un hombre más, ¿cierto? Solo uno más de los varios que formamos las huestes del ejército del rey de Aragón. Pues, siendo así, ¿por qué iba yo a envenenar al rey al que había jurado ser fiel y leal a perpetuidad? La respuesta es sencilla: porque la pasión del amor se desboca cuando uno menos lo espera y también actúa de improviso y hace que los hombres se

comporten a impulsos sin aparente sentido; e incluso puede arrastrar a los más cobardes a cometer acciones que nunca hubieran imaginado en condiciones normales. Aquellos días de finales del verano, en el valle de Arán, a mí me ocurrió precisamente eso.

Mi corazón y toda mi vida pertenecían a don Alfonso. Largo tiempo había mantenido enterrado mi enamoramiento, muy profundo, en los rincones más recónditos de mi alma. Era mi gran secreto, algo que no había confesado a nadie y que no pensaba hacer nunca. Si lo hago ahora, cuando escribo estas líneas en el monasterio de San Juan de la Peña, ya viejo y consumido por la vida, es porque siento en lo más hondo de mi alma un amargo remordimiento y porque quiero confesar mis atroces pecados para presentarme en paz ante Dios. He cometido muchos pecados, aunque ese fue el más grave, pero me encomiendo a la misericordia del Señor y en sus manos deposito el eterno destino de mi alma.

Lo hice por amor a don Alfonso y por mi gran ambición, pues no solo los reyes y los más altos señores la tienen, que no era otra que ver a mi amado señor convertido en rey de Aragón y de Pamplona y a mí mismo cabalgando orgulloso a su lado, como su más leal compañero.

Nunca hasta ahora había revelado este secreto, ni siquiera a don Alfonso, que jamás me hubiera perdonado de haber sabido que fui yo el culpable de la muerte de su hermano don Pedro y el responsable de que lo sucediera como rey de Aragón y de Pamplona. Ahora trato de confortarme suponiendo que, aunque no hubiera mediado mi criminal intervención como envenenador, el destino hubiera llevado a idéntica resolución. Por tanto, procuro justificarme pensando que yo solo me encargué de tender un alcorce, es decir, un atajo hacia la gloria. Aquella fue mi gran ambición y no me arrepiento de ello. No, porque hice lo que me pidió el corazón y ¿quién puede evitar que, cuando emergen los más intensos sentimientos, triunfe la pasión del corazón sobre la razón de la cabeza?

«No habrá hombre más leal que yo», le había dicho a don Pedro en el camino hacia Arán, pero un hombre, cualquiera que sea, posee la capacidad de mudar de opinión o de mentir.

Dejamos atrás el valle de Arán, subimos y bajamos montañas y atravesamos ríos y bosques por las tierras de Ribagorza. Alguna madrugada escuchamos el aullido de un lobo solitario y, al oírlo, mis dedos se entrelazaron invisibles a la imaginaria mano cálida de don Alfonso, como aquella primera vez cuando solo éramos dos niños acosados por una manada de lobos en aquel claro del bosque del monte Pano.

Aquellos días tal vez me sintiera falsamente dichoso y feliz por lo que había hecho, pero parecía inevitable que mi gozo de fuego se viera convertido tarde o temprano en cenizas amargas. Me consolé diciéndome a mí mismo que si don Alfonso me había salvado la vida rescatándome de aquellos lobos, yo lo había convertido a cambio en rey.

Cuando leáis estas palabras supongo que no me consideraréis un héroe, sino más bien un asesino. No lo sé. Pensad que hice todo esto por amor. Pero si ahora lo lamento y peno por ello, en aquellos años nada me conmovían mis actos, que en estos días me resultan tan perversos, pues don Alfonso se había proclamado nuevo rey de Aragón y de Pamplona.

Y eso era lo único que me importaba.

Del mismo modo que don Alfonso no había nacido para ser rey, yo nunca hubiera imaginado que me convertiría en el asesino de un rey. ¿O tal vez sí?

El destino traza círculos caprichosos. En cualquier caso, ya no había manera alguna de alterar el curso de los acontecimientos. Don Pedro yacía muerto en una cama de una casona de Arán y el nuevo monarca aguardaba en su palacio de Huesca a ser jurado como tal por los nobles del reino.

¿Cómo puede torcerse el devenir de un hombre en tan solo el tiempo de un suspiro? ¿En qué momento yo había decidido quebrar mi juramento de fidelidad al rey don Pedro? Yo había traicionado a todo un pueblo y era prisionero de mis propias ambiciones, pero sobre todo era reo del amor que profesaba a don Alfonso. En estos últimos meses en los que escribo mi crónica no puedo evitar preguntarme qué clase de hombre fui en aquel tiempo pasado: ¿Bernardo de Jaca, el insensible?, ¿Bernardo de Jaca, el imperturbable? ¿Quién? Tal vez ambos, y aún más, pues tras haber envenenado al rey Pedro, no sentía nada en mi interior, ningún remordimiento, ninguna sensación de culpa, ninguna necesidad de arrepentimiento, ningún tipo de desasosiego. Nada.

Con mi mirada barriando una y otra vez el horizonte durante el regreso a Huesca, ansiando llegar ante don Alfonso cuanto antes, supuse que Dios quizá se entretuviera con algún tipo de juego en el que los hombres éramos partícipes sin saberlo. A lomos de mi corcel bayo, en aquellas cinco largas jornadas de vuelta a Huesca, me pregunté sobre los secretos que se guardan en el cielo y si alguna vez se desvelarían a los simples mortales.

No se trataba de una cuestión baladí, pues la vida no deja de ser una continua serie de pruebas que Dios fragua de manera distinta para cada uno de

los hombres. Esas pruebas son las que nos hacen optar por un camino u otro y acaban condicionando nuestro destino y nuestro fin.

Hasta entonces yo nunca había labrado una opinión sobre mí mismo. Solo era Bernardo de Jaca, un segundón de un noble de las montañas, un guerrero fiel y leal a mi señor y un hombre instruido para el servicio al reino de Aragón. De niño, en el monasterio de San Juan de la Peña, mientras practicábamos con las espadas de madera y con las cañas a modo de lanzas, me imaginaba matando enemigos en el campo de batalla, pero jamás me vi como un asesino y mucho menos como el envenenador de un rey. ¿Qué opinaría mi padre, que era tan leal cumplidor de su palabra, si me hubiera visto actuar de ese modo?

Desde luego como asesino lo hice bien, pues nunca nadie atribuyó siquiera el menor indicio de sospecha sobre mi autoría en la muerte del rey. Las crónicas que se han escrito nada revelan al respecto; solo refieren de manera lacónica que don Pedro murió en el valle de Arán a comienzos de aquel otoño y que le sucedió en el trono de Aragón su hermano don Alfonso. Tan solo eso.

Me importó tan poco la muerte del rey Pedro, como me ocurrió después con cada uno de los muertos que he ido dejando en las batallas que han salpicado el camino de mi vida, que semejante secreto se fue hundiendo cada día más y más en mi memoria hasta el punto de que solo ahora, cuando escribo esta historia, he decidido recordarlo.

Nunca tuve la menor intención de confesarlo, pues supuse que, si lo hacía, habría quien sospechara que yo había obrado en connivencia con don Alfonso, pues él fue el mayor beneficiado del fallecimiento de su hermano. Mi silencio no ha sido cómplice, sino olvido.

CAPÍTULO II

NUEVOS HORIZONTES

1

Apenas recuerdo nada más de cuanto sucedió en el camino de vuelta desde el valle de Arán hasta Huesca; probablemente porque nadie interesante se cruzó en mi trayecto o quizá porque me hallaba sumido en mi propio caos interno, en una tarea de reconstrucción de un nuevo Bernardo de Jaca.

Cuando arribé a la ciudad de Huesca dejé mi caballo en manos de los mozos de cuadras del palacio de la zuda y, sin intercambiar palabra con nadie, me dirigí raudo a la sala grande, donde me aguardaba don Alfonso. Estaba solo, de pie, con las manos apoyadas en una gran mesa de madera, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante y la mirada perdida en el fuego crepitante de la gran chimenea; sus ojos estaban hundidos en la oscuridad y su rostro ensombrecido por la pérdida de su hermano.

Al contemplar su semblante, afectado por el dolor, se fijó una idea en mi cabeza: si tenía que volver a matar por amor y ambición, por el futuro de don Alfonso, lo haría sin dudar, cuantas veces hiciera falta.

—Bernardo, amigo mío —me saludó don Alfonso apenas esgrimiendo una mueca indefinida que no llegó a ser siquiera el esbozo de una sutil sonrisa —, ¡cuánto te he añorado! He penado por tu ausencia, pero ya has vuelto. — Se acercó a mí y me abrazó con fuerza; sentí el agradable poderío de sus brazos—. ¿Me confirmas con tu propia voz lo que los mensajes de las palomas ya me han adelantado? ¿Es cierto que mi hermano ha muerto? ¿Es cierto que ha fallecido el rey de Aragón?

—Sí, mi señor. Yo mismo cerré sus ojos con mi mano —asentí ceremoniosamente y guardé la compostura y la distancia. El fuego de la chimenea lamió las paredes de piedra y pude sentir su calor, como si acabaran de abrir un horno.

—Entonces, yo soy ahora el nuevo rey de Aragón y de Pamplona —prosiguió don Alfonso.

—Lo sois, alteza. Sois rey de Aragón y de Pamplona —ratifiqué solemne y me arrodillé con la cabeza inclinada ante mi señor—. Tras la muerte de

vuestro padre y la de vuestros dos hermanos mayores, estos dos reinos pasan a ser vuestros dominios —asenté como si yo fuera el gran chambelán de una corte de ensueño.

—Yo no nací para ser rey, no era mi destino, pero la muerte lo cambia todo, Bernardo.

—¿No pensaréis en abdicar, mi señor? —bromeé y logré arrancar una tenue sonrisa de los labios de don Alfonso, una sonrisa que duró lo mismo que el parpadeo de una estrella fugaz en el cielo nocturno.

—¿Recuerdas la muerte de mi padre? Ambos vimos cómo aquella saeta envenenada surcaba el aire y perforaba su carne, en su axila. Bernardo...

—¿Sí, mi señor?

—Levántate.

—Como digáis. —Me puse en pie.

—Has pasado gran parte de tu vida conmigo y con mi familia, y junto a mi hermano has convivido estos últimos dos meses. —Don Alfonso se volvió y clavó en mí una mirada profunda, ese tipo de mirada que solo saben proyectar algunos elegidos—. Don Pedro tenía treinta y seis años y, aunque dolido por la muerte prematura de su hijo, era un hombre robusto y gozaba de buena salud. Mírame, Bernardo, y no apartes tus ojos de los míos. ¿Acaso me ocultas algún secreto? Dime, ¿hay algo que yo deba saber? ¿Ocurrió en Arán algún suceso que no se haya contado en los mensajes que han traído las palomas? ¿Juras por la sangre de Cristo que es cierto que mi hermano ha fallecido a causa de las fiebres de una enfermedad?

Don Alfonso me interrogaba como si tuviera pruebas incriminatorias contra mí. De algún modo él sospechaba en mi actitud algo que no le cuadraba; me había puesto entre la espada y la pared. En aquel momento estuve a punto de confesar mi crimen, pero resistí.

—Mi señor, yo... —balbucí como un estúpido.

—Dime, Bernardo, ¿hay algo más que yo deba conocer? —inquirió don Alfonso, imponente.

¿A quién me debía sino a él? Tal vez debiera delatarme como asesino de un rey. Pero no, no podía confesarlo, ni bajo el más atroz de los tormentos. Inspiré hondo y, con una pena infinita, lo negué:

—No, mi señor. De cuanto en estas semanas ha sucedido en el valle de Arán, nada ha escapado a mi conocimiento. Os garantizo que don Pedro ha muerto debido a las fiebres.

—¿Seguro? —insistió.

No solo me había convertido en un perfecto asesino, sino también en un sagaz mentiroso. Pero ¿durante cuánto tiempo podría sostener mis mentiras? ¿Se volverían en algún momento contra mí, o sería capaz de mantenerlas ocultas hasta el fin de mis días? Ya veis, al fin he tenido que confesar.

—El rey Pedro cayó enfermo y falleció tras dos días sufriendo una intensa fiebre —le expliqué—. No había ningún médico con nosotros y los curanderos del valle de Arán nada pudieron hacer por salvar su vida. Lamento decir que las dolencias de vuestro hermano superaban los conocimientos de sanación de esos hombres, que se limitan a aplicar remedios con sus habilidades para preparar infusiones de hierbas y extraños mejunjes.

Mi señor lloró con sincero pesar la muerte de su hermano, al que yo asesiné para que don Alfonso accediera al trono. Y, como he dicho, lo hice sin remordimientos, sin experimentar ninguna emoción ni el menor atisbo de pena.

Don Alfonso sirvió entonces dos copas de vino; me ofreció una y apuró la suya de un solo trago. Luego se quedó inmóvil y en silencio observando el fondo de la copa, como si esperara hallar allí alguna respuesta a sus dudas. Se quitó el guante de cuero de su mano derecha y lo dejó sobre la mesa. Se acercó a mi lado y con la mano desnuda me acarició el cabello, hundiendo sus cinco dedos en él. ¿Cómo debía yo responder a aquella muestra de cariño? ¿Se trataba de algún tipo de insinuación? Después, sin mediar palabra, deslizó su mano con suavidad a lo largo de mi nuca y de mi cuello y me acarició la mejilla. Comprendí que en aquellos ojos de mirada profunda se ocultaba el mismo deseo que albergaba mi corazón. No me cupo duda de que ambos éramos muy conscientes de lo que queríamos en ese momento. Don Alfonso desvió la mirada de mis ojos y la clavó en mis labios, un instante, duró solo un instante, pero me pareció toda una eternidad. No hubo más. Muy despacio retiró su mano con cuidado y se alejó un par de pasos de mí.

—Cuando llegue aquí el cuerpo de mi hermano —anunció con voz fría, apartándose otros dos pasos más—, la ciudad de Huesca y todos los señores de Aragón le mostrarán sus respetos. El cadáver de don Pedro será embalsamado y trasladado al monasterio de San Juan de la Peña, donde descansará para siempre junto a nuestro padre el rey don Sancho y a nuestro abuelo el rey don Ramiro.

—Mi señor, si no peco de atrevimiento, sería para mí un honor acompañaros como escolta del cuerpo de vuestro hermano y asistir a su sepultura.

—Concedido.

—Gracias alteza.

Don Alfonso me dio la espalda y se colocó junto al fuego.

Estaba atardeciendo; el cielo azul había tornado a un gris desteñido. Se oyó el chisporroteo de las brasas en la chimenea y algunos ruidos al otro lado de los muros a través de las ventanas.

—Yo solo soy un guerrero, dudo si seré capaz de comportarme como un buen rey, como un soberano justo y un gobernante eficaz —comentó mirando el fuego.

Me sentí entonces como una estatua emplazada en el lugar que no le corresponde y me aventuré a decir:

—Si vos no os sentáis en el trono de Aragón y no actuáis como el pilar que ahora necesita esta tierra, este reino fundado con tanto esfuerzo y tanta lucha por vuestros mayores se deshará en pedazos.

—¿Crees que estaré a la altura de mi padre y mi hermano?

—Estáis dotado de unas aptitudes y poseéis unas cualidades de las que muy pocos hombres pueden alardear. Por supuesto que sí —asentí de nuevo y me acerqué despacio a don Alfonso—. Os conozco desde que teníais diez años. Sois hombre valeroso, honorable y gallardo, y experimentado como nadie en la batalla. Perteneceís a la familia más poderosa de toda esta región, aún preserváis la energía de la juventud y atesoráis la experiencia necesaria. Habéis servido con honor y gloria a dos reyes. Ahora el futuro del reino se determinará según vuestro buen hacer. Mi señor, todos en Aragón necesitamos que se convierta en nuestro rey quien reúne las mejores condiciones para serlo: y esa persona no es otra que vuestra alteza. Ahora.

Don Alfonso entrelazó las manos a su espalda, sin retirar la mirada del fuego.

—¿Vale la pena, Bernardo? ¿Vale la pena ser rey?

—No tengo la más remota idea, mi señor. Pero no os queda más remedio que serlo. Es vuestro derecho, pero también vuestra obligación. Un rey debe cumplir con su deber. Y ser el rey de Aragón es ahora el vuestro.

—¿Algún otro consejo que deba escuchar de tus labios antes de comenzar mi reinado?

—¡Oh! —entendí enseguida su ironía—. Perdonadme, alteza, si me he ido demasiado de la lengua.

—No. Responde con franqueza.

—En ese caso, creo, mi señor, que deberéis estar preparado, más preparado que nunca. Desde este momento os enfrentaréis a todo tipo de batallas y no todas serán a lanza y espada.

—¿A qué te refieres, Bernardo?

—Para empezar, creo que las puñaladas por la espalda no son una rareza cuando alguien se sienta en el trono de un reino. Traiciones, conjuras, zalamerías y avaricias, a todo ello os enfrentaréis una vez seáis entronizado. Supongo que no es fácil reinar y que a veces dudaréis sobre qué fuerza es la que os mantiene ligado a vuestro reino. ¿Rivales y enemigos?, por supuesto que los tendréis. Mantenedlos siempre confundidos y nunca estarán seguros de qué pretendéis o qué decidiréis hacer. A veces, la mejor forma de desconcertar a los intrigantes será hacer movimientos aparentemente absurdos y ajenos a propósito alguno, o que incluso parezca que juegan en vuestra contra.

—¿Y tú, Bernardo, qué harás ahora? ¿Cómo me servirás en este nuevo tiempo?

—¿Yo, mi señor? No anhele otra cosa que permanecer siempre a vuestro lado. Si vos así me lo permitís, os acompañaré a cualquier lugar, sea el que sea, hasta que la muerte me lleve a la otra orilla.

—¿Algo más? —me preguntó. Don Alfonso continuó atisbando el fuego apenas sin parpadear, sin expresar ninguna emoción.

—Sí, mi señor, una cosa más. Tal vez no sea asunto mío, no lo sé, pero ahora que sois el rey, supongo que más temprano que tarde tendréis que contraer matrimonio. Un rey debe tener una esposa y un heredero legítimo.

—Sabes bien que no me agrada la compañía de una mujer y que nunca he conocido a ninguna —masculló don Alfonso con voz nimia entre dientes; mis palabras lo habían incomodado.

—Lo sé, mi señor, pero un rey y un reino necesitan un heredero; —es una de sus principales obligaciones—. Me acerqué y me coloqué a su lado, contemplando junto a él cómo se consumían los leños entre las llamas.

—¿Te confesó algo mi hermano antes de morir?

—¿A qué os referís?

—Algún mensaje, alguna palabra, algo que yo deba saber.

Esta vez fui yo quien se despojó de un guante. Despacio, rocé sutilmente el dorso de la mano de don Alfonso, tan caliente como el fuego que ardía ante nuestros ojos. Pensé en qué responder y decidí recurrir nuevamente a una mentira.

—Mientras agonizaba, vuestro hermano me dijo que vos seríais el mejor rey que Aragón pudiera tener.

—Déjame a solas —ordenó, apretando mi mano con energía.

Obedecí sumiso; tal vez sí había leído la mentira en mis ojos.

Las exequias por el alma de don Pedro fueron solemnes. Antes de cerrar el ataúd, don Alfonso colocó en el dedo anular de su hermano el anillo de oro que usaba don Pedro, en el que había engastado un camafeo de ágata con un grabado de un águila que portaba en su pico una corona de laurel. Alguien dijo que era el símbolo del poder y de la realeza de los Césares de Roma.

La reina viuda doña Berta presidió los funerales al lado de don Alfonso. Ambos habían acordado que la italiana seguiría ostentado el título de reina. Además, recibió como señorío personal las localidades de Agüero, Murillo, Riglos, Marcuello, Ayerbe, Sangarrén y Callén, un dominio propio en torno al curso del río Gállego, que pronto fue conocido como el reino de los Mallos, por esas curiosas formaciones rocosas que se alzan en ese territorio como rojizos dedos de gigantes. Doña Berta, que nunca pudo dar un hijo al rey don Pedro, vivió como soberana de ese pequeño reino hasta su muerte, pocos años después.

Llevamos el cadáver del rey desde Huesca a San Juan de la Peña. Los monjes celebraron un solemne funeral, el abad don Sancho consagró el vino de la eucaristía en el cáliz de piedra de Cristo y enterramos a don Pedro en el monasterio que, con tres reyes en sus tumbas, ya se había convertido en el panteón real de Aragón.

El día que regresamos a Huesca caía la tarde. Descansamos en el palacio de la zuda aquella noche porque don Alfonso tenía que pasar la siguiente en vela, ante el altar de la catedral. Allí iba a ser armado caballero por el conde de Urgel y proclamado rey de Aragón y de Pamplona en una ceremonia que officiaría el obispo don Esteban.

Estuvieron presentes los señores más notables de Pamplona y de Aragón, los obispos y grandes abades de ambos reinos y los principales oficiales de la corte. Todos ellos prestaron juramento de fidelidad como rey y señor a don Alfonso.

Cuando salíamos de la catedral, que aún mantenía la traza de la vieja mezquita de los musulmanes, un coro de voces graves cantaba estos versos, copiados de un viejo antifonario:

*La aurora luce rutilante,
el cielo entona alabanzas,
el mundo se alegra jubiloso
y aúlla el espíritu del infierno.
Con el rey poderoso,*

*los hombres se libran de la muerte
y vencen la miserable pena del tártaro.*

Una semana después fue mi señor quien me armó caballero en la iglesia de San Pedro. Yo también velé las armas de madrugada, antes de que me impusiera los guantes y la espada; y juré defender a los débiles y cumplir con el código de la caballería, tal cual se hacía en las cortes de los ducados de Borgoña, Champaña y Aquitania.

A mediados de diciembre viajamos a Barbastro. Mi señor y rey quería ser ungido en su catedral con el óleo sagrado por el obispo don Ramón, un destacado clérigo natural de una región al norte de los Pirineos, que lo había sido de Roda y acababa de ser nombrado de Barbastro, pues allí se había trasladado esa sede episcopal. Como en el caso de Huesca, el templo catedralicio de Barbastro también conservaba, salvo el nuevo altar y una gran cruz de madera colocada sobre la puerta, el aspecto de la antigua mezquita.

Al entrar en la catedral el poeta Jimeno Íñiguez, natural de la villa de Monclús, que desde hacía unas semanas servía como juglar en la corte del rey, recitó unos poemas de alabanza y gloria a don Alfonso. Acompañado de un laúd, su voz sonaba melodiosa y dulce. Y acabada la ceremonia recitó la *Canción de Santa Fe*, durante el camino de vuelta al palacio del obispo, donde estábamos hospedados.

Don Ramón había preparado un banquete con las mejores viandas. Nos acompañaba el obispo don Esteban, que había venido desde Huesca con la comitiva real para tan gozosa ocasión.

Aquellos dos prelados actuaban de manera muy distinta. Don Esteban se comportaba como un verdadero señor de la guerra; era violento y letal y no dudaba en empuñar la espada y combatir como el más fiero de los soldados; amaba el combate y ansiaba participar en cada batalla. Por el contrario, don Ramón era un hombre de fe; recatado, discreto y humilde, parecía la otra cara de la moneda. Tenía madera de santo; supongo que algún día la Iglesia lo elevará a los altares.

Don Esteban, como ya dije, había tenido muchos problemas con los monasterios de San Juan de la Peña y de Montearagón, pues pretendía someter a su dominio a ambos cenobios. Por ello había respondido en Roma ante el papa Pascual, quien lo conminó a que no volviera a ejercer violencia alguna contra ningún eclesiástico.

Don Alfonso acababa de recibir una carta de Roma en la que el santo padre le ofrecía sus bendiciones y lo reconocía como legítimo rey, pero le

recordaba que don Esteban, a quien mi señor protegía, tenía pendiente un castigo y debía purgar por sus faltas.

El asado de venado aderezado con miel y salsa de castañas estaba excelente. Don Esteban devoraba un par de costillas cuando don Alfonso alzó el brazo demandando silencio y atención.

—¡Señores! —El rey se puso en pie entre la expectación de las dos docenas de comensales que asistíamos al banquete, todos hombres—. Mi padre el rey don Sancho y mi hermano el rey don Pedro nos han legado un gran reino que se extiende desde Vizcaya hasta Ribagorza y desde los montes Pirineos hasta la tierra llana de Huesca. Mi intención es continuar haciendo crecer este reino y seguir combatiendo a los infieles según nos manda nuestra santa madre la Iglesia. Por eso he tomado la cruz como señal de victoria y quiero que todos vosotros me acompañéis en las batallas que voy a librar. Somos soldados de Dios y debemos actuar como tales.

Alzamos nuestras copas de vino y aclamamos a nuestro rey, que se volvió a sentar. A su derecha estaba el obispo don Ramón y a su izquierda don Esteban.

—Estaremos siempre con vuestra alteza y a vuestras órdenes —intervino don Esteban.

—En ese caso, preparaos para ir en peregrinación a Jerusalén —asentó don Alfonso mirando con autoridad al obispo de Huesca.

—¿Yo? —preguntó el prelado con cara de asombro.

—El papa exige una muestra de arrepentimiento de vuestra parte por el asunto de la extorsión a los monasterios; con el cumplimiento de esa peregrinación quedaréis perdonado por vuestro inadecuado comportamiento en el pasado y redimido y limpio de toda culpa. Solo así podréis mantener en vuestra mano el báculo del obispado de Huesca.

—Pero, mi señor...

—Iréis a Jerusalén, rezaréis ante el sepulcro de Nuestro Señor y regresaréis para contarnos cómo es esa ciudad santa. Tengo la intención de hacer ese mismo viaje, tal vez algún día.

El obispo Esteban acató la orden del rey para partir hacia Jerusalén. Con el papa en su contra, ninguna otra cosa podía hacer.

Al enterarse de aquello, el aitán Lope Garcez, que fue nombrado teniente de la fortaleza del Castellar, pidió permiso a don Alfonso para hacer la peregrinación a Santiago, mucho más corta y menos peligrosa. Lo consiguió. A su vuelta todos comenzamos a llamarlo el Peregrino: Lope Garcez Peregrino.

2

Ahora don Alfonso era el soberano de Aragón y quien decidía qué hacer. Todo.

Había combatido a las órdenes de su padre el rey Sancho y de su hermano el rey Pedro, había obedecido sus mandatos, se había batido en la primera línea de combate, había portado las insignias del reino en las batallas... Pero ahora era él quien decidía. Todo.

Zaragoza, la gran urbe, la Ciudad Blanca, la más rica y próspera, el sueño de los reyes de Aragón..., sí, él, mi señor don Alfonso, la conquistaría.

Desde Barbastro, donde pasamos las navidades y las primeras semanas del año planeando cuáles serían las primeras campañas militares de don Alfonso como rey, fuimos a la villa de Berbegal, donde mi señor recibió el homenaje de varios nobles, y regresamos a Huesca a finales del invierno.

Su fortaleza era la de un toro. Nunca hasta entonces vi a don Alfonso enfermo o quejoso, pero ya tenía más de treinta años y tal vez requiriera la atención de un médico, como suelen disponer todos los reyes de este mundo. Se lo aconsejé y, aunque no le dio más importancia y me dijo que no lo necesitaba, yo insistí alegando la muerte de su hermano Pedro, que tal vez hubiera podido evitarse, mentí, si hubiera habido un médico a su lado. Lo pensó mejor y entonces me comunicó que ratificaría al rabino Mosé Sefardí como médico de la corte, puesto para el que ya lo había nombrado el rey don Pedro, y además decidió que don Ciprián, un afamado médico de Huesca, acompañaría desde entonces al rey en todos sus viajes.

Luego nos convocó a sus consejeros más cercanos a una curia en la que nos amplió los planes que habíamos comentado en Barbastro.

—La frontera con los musulmanes es un constante vaivén de fortalezas, ciudades y tierras diversas. Mi objetivo es conquistar Zaragoza, pero para lograrlo no podemos dejar a nuestras espaldas ningún territorio ni ninguna fortaleza en manos sarracenas. Antes de plantarnos ante sus muros hemos de ocupar todas las tierras al norte del río Ebro, sobre todo las villas de Ejea y de

Tauste. Aquí. —Con un trozo de yeso, don Alfonso marcó una cruz en la superficie de la mesa de madera donde señaló que estaba Ejea, sobre un mapa donde había dibujado la posición aproximada de las principales plazas del reino de Aragón y del de Zaragoza.

—Mi señor, quedan al oeste las tierras de la Litera sin conquistar. Tal vez deberíamos ocuparlas antes que Tauste y Ejea —intervino don Castán, el arrojado caballero franco que conoció a don Alfonso cuando este solo era un joven infante, que combatió a nuestro lado con tanto arrojo en la batalla de Alcoraz y a quien don Alfonso había concedido el título de señor de Biel, el que él mismo ostentara hasta proclamarse rey.

—Esa tierra de la Litera vendrá después; y cuando hayamos ganado todo esto —don Alfonso marcó con sendos círculos de yeso los dos flancos del punto que representaba Zaragoza—, la Ciudad Blanca caerá como fruta madura.

Convocado el ejército y reunido en el llano de Alcoraz bajo el estandarte real, que portaba el alférez García Jiménez, nos pusimos en marcha hacia el oeste por el camino de Huesca a Loarre. Allí rezamos en la iglesia de San Pedro y a la sombra de su imponente castillo se incorporaron nuevos caballeros a la hueste. Seguimos por Ayerbe y Luna en dirección a la tierra llana de Ejea, cuyos habitantes supieron de nuestra aproximación por los mensajes que recibieron desde las atalayas que habían levantado en algunos cerros. Mediante señales de humo, con espejos de bronce bruñido o con fuego, aquellas gentes sabían comunicarse en la distancia. Pronto aprendimos a hacerlo también y así enviar mensajes de un punto lejano a otro, evitando el uso de palomas mensajeras en las zonas próximas a territorio musulmán, pues a veces solían ser interceptadas por las aves rapaces del enemigo o por las salvajes.

Ejea es una villa populosa cuyo caserío se ubica sobre un cerro alargado y se derrama por la suave ladera que declina hacia el sur. Sus muros están flanqueados por dos ríos no muy caudalosos, pero cuyos cursos forman sendos fosos naturales que protegen cualquier aproximación a sus murallas.

Una mañana de principios de abril nos desplegamos ante sus muros como un halcón cuando bate sus alas para ganar la posición a la vista de una tórtola; don Alfonso mandaba el centro, don Castán de Biel dirigía el ala derecha y yo la izquierda.

Combatimos como fieras hambrientas y liquidamos sin piedad a un contingente de jinetes que realizaron una desesperada salida desde el interior de la villa, intentando cogernos por sorpresa. No lo lograron. Don Alfonso había dispuesto una vigilancia permanente sobre las puertas de Ejea, con órdenes de que los vigías avisaran enseguida si se producía algún movimiento.

Aquellos inexpertos combatientes no tuvieron la menor oportunidad. Supongo que, por su inexperta forma de pelear, eran campesinos, artesanos y pastores a los que les habían entregado espadas, lanzas y hachas que apenas sabían utilizar en el combate cuerpo a cuerpo. Fueron presa fácil para nuestros hombres, curtidos en la pelea, ávidos de victorias y entrenados para comportarse como guerreros sin piedad.

En el primer envite dejamos sobre el campo de batalla medio centenar de muertos y heridos de entre aquellos insensatos musulmanes ejeanos. Los supervivientes, aterrorizados, arrojaron las armas y se rindieron para salvar la vida. Temblorosos y sumisos, gritaban en su lengua de algarabía «La paz esté con vosotros, la paz esté con vosotros», de rodillas, con las manos alzadas, los rostros descompuestos y los ojos extraviados.

Al día siguiente se rindió la villa de Ejea.

Tauste era la siguiente plaza a someter.

Los taustanos no acudieron a tiempo para socorrer a sus vecinos ejeanos, pero decidieron plantarnos cara a mitad de camino entre las dos villas y salieron en algarada a nuestro encuentro.

Yo dirigía un escuadrón adelantado para inspeccionar el terreno. Avanzábamos con las atalayas de Tauste ya a la vista cuando en la cresta de un altozano aparecieron no menos de dos centenares de jinetes enemigos, que se colocaron en un frente de cuatro filas de fondo. Estaban a menos de una milla de distancia.

Sin aguardar un instante, se lanzaron de inmediato hacia nosotros. La avanzadilla que yo dirigía estaba formada por una pequeña tropa de cincuenta caballeros, todos ellos formidables soldados. Al observar la carga de los sarracenos, di la orden de agruparnos, colocar las lanzas bajo nuestros brazos y prepararnos para aguantar su embestida. Nos aventajaban en al menos uno a cuatro y por cómo cargaban aquellos jinetes comprendí que estaban mejor preparados que los ejeanos, de modo que supuse que se trataba de un destacamento de soldados veteranos del rey Al-Mustain, llegados desde Zaragoza para ayudar a sus correligionarios de Tauste.

Ante lo peligroso de nuestra situación, fruncí el ceño, apreté los dientes y miré hacia atrás en busca de alguna esperanza. El grueso del ejército real se encontraba a unas cuatro millas de nosotros; si no llegaba a tiempo para ayudarnos, los sarracenos nos harían pedazos.

—¡Fortún, Fortún! —llamé a gritos a uno de mis ayudantes—. Cabalga a toda prisa hacia don Alfonso y avísale de que estamos en gravísimo peligro. Intentaremos contener a esos diablos cuanto podamos, pero dile al rey en cuán grave apuro nos encontramos. ¡Vamos, corre, vuela!, revienta a tu caballo si es preciso.

De inmediato, y tal como había aprendido de mi señor, arengué a los hombres bajo mi mando:

—Caballeros, esos infieles se nos echarán encima muy pronto. Podríamos retroceder hacia Ejea a toda prisa y tal vez ponernos a salvo, pero debemos aguantar a que lleguen los nuestros y proteger su avance. De modo que resistiremos a esos jinetes que se acercan al galope —señalé hacia el sur; a una milla de distancia se veían ya las columnas de polvo que levantaban los cascos de sus caballos—. He enviado un correo para que avise a nuestro señor don Alfonso sobre nuestra situación. No dudéis de que acudirá en nuestra ayuda. Ahora retrocederemos al trote para ganar tiempo, pero cuando esos demonios estén a un cuarto de milla de distancia y si no hemos recibido entonces auxilio, daremos la cara y cargaremos contra ellos. ¿Entendido?

—¡Sí, sí!, aplastaremos a esos cabrones —los cincuenta hombres de la vanguardia aullaron asintiendo a mis instrucciones.

—Pues en ese caso, media vuelta y al trote por donde hemos venido. Pero despacio, sin cansar a los caballos, y no deshagáis la formación. Manteneos juntos.

Tiramos de las riendas de nuestras monturas y volvimos sobre nuestros pasos. El jinete que había enviado para avisar a don Alfonso ya se había perdido en la distancia. Recé una oración para que el rey nos alcanzara antes de que lo hicieran los sarracenos.

Conforme retrocedíamos al trote, los jinetes enemigos se acercaban más y más. Cuando volví la vista atrás y distinguí a sus primeros hombres alzando los estandartes amarillos y azules no me cupo duda de que eran soldados del ejército de Al-Mustain, al menos los que encabezaban el ataque. Estaban a algo más de media milla y seguían recortando la distancia que nos separaba de ellos. Podía oír sus aullidos, como los de los lobos aquella noche en el bosque del monte Pano, sobre el monasterio de la Peña. Ordené a diez arqueros que se colocaran en la retaguardia, que cerraran el grupo y que

estuvieran listos para disparar en cuanto nuestros perseguidores se pusieran a tiro.

Entonces volví a mirar al frente, en dirección a Ejea. Esperaba ver asomar en cualquier momento los estandartes blancos con la cruz roja de san Jorge y los gallardetes rojos y amarillos de mi señor el rey de Aragón, pero solo vi un par de gavilanes volando sobre la línea del horizonte.

—¡Mantened este ritmo de galope, conservad la formación y atentos a mis órdenes!

No sé si me escucharon, pero algunos de mis hombres asintieron a mis palabras moviendo sus cabezas. Por fortuna íbamos todos equipados con nuestras cotas de malla con almófares para proteger la cabeza y la nuca, los cascos cónicos, los escudos redondos, los guanteletes y las armas de ataque listas para ser usadas.

Ya estaban allí, con sus caballos resollando cerca de nuestras nuca. Ya podía escuchar el trueno de los cascos de sus corceles de guerra hollando el suelo a nuestras espaldas. Volví a mirar atrás; apenas nos separaban de ellos unos doscientos pasos.

—Todos preparados. Arqueros, tened listas las saetas —indiqué con toda la fuerza de mis pulmones.

Nuestros caballos llegaron a un campo de trigo que parecía una pradera verde esmeralda. Aquella iba a ser una buena cosecha, si se salvaba de aquella guerra, claro.

Delante de mis ojos se abría la amplia llanura entre Ejea y Tauste, pero no aparecían los nuestros y los amenazantes sarracenos ya nos pisaban los talones. No podía esperar más, de modo que me volví hacia los arqueros, alcé la mano y con todas mis fuerzas grité:

—¡Ahora, disparad, disparad, ahora, ahora!

Los arqueros armaron sus flechas, se giraron sobre las grupas de sus caballos y dispararon contra nuestros enemigos. Agucé la vista, pero no vi que alcanzaran a ninguno, aunque percibí que aquella primera andanada hizo dudar a unos pocos sobre si seguir con la carga o disminuir la velocidad.

—¡Otra vez, vamos, otra vez! ¡No dejéis de disparar! —insistí.

Una nueva remesa de flechas voló hacia el sur. Apenas a cien pasos de distancia, una de ellas alcanzó a un jinete, porque vislumbré entre la lengüeta de mi casco cómo se detenía a la vez que se retorció sobre su caballo.

Una tercera andanada tumbó a un caballero y dejó inútil a un caballo, pero los demonios de Mahoma seguían aproximándose y ya estaban a menos de cincuenta pasos. Calculé de prisa y agradecí las enseñanzas de números y

aritmética que me habían enseñado mis maestros en San Juan de la Peña: «Esa gente apareció a una milla de nosotros, don Alfonso cabalga a unas tres millas por detrás, hemos avanzado casi una milla... ¡Dios santo! Aunque el mensajero haya volado sobre su corcel, todavía no habrá llegado hasta la posición del rey, que, en cualquier caso, no estará a menos de dos millas. ¿Qué hago?».

Dudé durante unos instantes. Si volvía grupas y me enfrentaba a los sarracenos, lo más probable es que, dada su superioridad de cuatro a uno, nos vencieran con facilidad, aunque si luchábamos con ferocidad y nos sacrificábamos seríamos capaces de infringirles graves daños y dejarlos listos para que cuando irrumpiera don Alfonso los liquidara por completo. Pero también podía ordenar que mis hombres aceleraran el paso y acercarnos un poco más a don Alfonso; al fin y al cabo nuestros caballos debían de estar más frescos que los suyos, pues nosotros nos estábamos retirando al trote y ellos habían recorrido más de una milla a todo galope.

Decidí ganar tiempo, de modo que mantuve la retirada, pero ahora al galope. Una milla, solo necesitaba una milla más. Y así lo hice. Ordené a mis hombres que clavaran las espuelas con fuerza para acelerar a nuestros caballos; obedecieron a mi voz y nuestras monturas alargaron el paso a toda velocidad.

Al ver que acelerábamos nuestra marcha de huida, los sarracenos se envalentonaron todavía más y espolearon a sus monturas a la vez que de sus gargantas surgían gritos feroces. Estaban tan cerca que entre el estruendo de los cascos de los caballos y las voces con las que sus jinetes los azuzaban, pude escuchar algunos gritos de victoria en nuestra lengua romance, que muchos de aquellos diablos hablaban y entendían.

Al coronar una suave pendiente contemplé al fondo las sierras al norte de Ejea y, como a una milla de distancia, atisé a un grupo de jinetes que se dirigía hacia nosotros. ¡Sí, eran los nuestros!

—¡Vamos, vamos, un poco más y estaremos salvados; ahí está el rey, ahí está nuestro señor! —grité entusiasmado.

Volví, una vez más, la vista atrás; nuestros perseguidores todavía no habían aparecido en lo alto de la cuesta. Respiré aliviado, pues me creí a salvo.

Pero cuando percibí a nuestras tropas, ya más de cerca, comprobé que apenas formaban un destacamento de unos cincuenta hombres. Aunque nos uniéramos a ellos, seguiríamos en desventaja de dos a uno. Agucé la mirada hacia los nuestros y contemplé una figura formidable cabalgando al frente,

como un titán de las viejas leyendas paganas. Era él, don Alfonso, mi señor, mi dueño.

Por un momento pensé que moriríamos allí mismo, en los campos entre Ejea y Tauste, abatidos por las lanzas, las espadas y las flechas de aquellos sarracenos. No me importó. Caería a su lado y nuestra sangre y nuestras almas permanecerían unidas por toda la eternidad.

—¡El rey, es el rey! —exclamé alzando mi lanza—. ¡Deteneos, girad los caballos y vayamos a por esos malditos canallas!

A mis órdenes, algunos hombres vacilaron, pero todos obedecieron. Formamos un frente de batalla, nos agrupamos como habíamos practicado en las cargas de caballería que llamábamos *el torna y fuye* y nos encaramos hacia los sarracenos.

Ante nuestra repentina maniobra, que no esperaban, se sobresaltaron. Probablemente estaban confiados en darnos alcance y matarnos por la espalda como a conejos despavoridos, pero se llevaron una buena sorpresa. Con las lanzas colocadas bajo el brazo, como nos había enseñado el aitán Lope Garcez, al que don Alfonso había nombrado mayordomo real, iniciamos el contraataque.

Cincuenta contra doscientos. ¡Qué importaba! En esos campos nos esperaba la muerte o la gloria, y en esos momentos ni temíamos a la muerte ni nos importaba la gloria.

—¡En cuña, cargad en cuña! —ordené. Visto su frente de batalla, que cubría un centenar de pasos, creí que lo más eficaz, dada nuestra inferioridad, sería acometer en punta de flecha, atacar su centro, procurar separar en dos su formación y tratar de evitar que nos envolvieran por los flancos, en tanto resistíamos y aguardábamos la llegada de don Alfonso y los suyos.

Mi táctica resultó eficaz, al menos de manera parcial. Las cuatro filas de fondo de su centro fueron atravesadas por nuestra cuña como un cuchillo en un queso tierno. Pero sus alas nos rebasaron pronto y comenzaron a cerrarse sobre nosotros en una presa mortal.

Habíamos roto su centro, sí, pero carecíamos de efectivos suficientes para envolver sus flancos y en cambio ellos podían hacerlo, pues nos seguían superando cuatro a uno. Aquello parecía el fin.

En medio del fragor del primer envite escuché el sonido de un cuerno de guerra. Alcé el cuello, rodeado ya de enemigos, y lo vi aparecer, como un ciclón, como un ángel custodio y protector.

Don Alfonso había llegado al frente de sus cincuenta hombres y se había lanzado a la carga sin calcular ni la superioridad de los enemigos ni el riesgo

de su acometida. En su mano derecha portaba una maza de hierro que giraba y giraba sobre su cabeza golpeando y abatiendo a cuantos sarracenos se ponían a su alcance. Aquella muestra de valor de nuestro rey nos insufló nuevos ánimos y redoblamos nuestros golpes con mayor fuerza y energía.

—¡Aragón, Aragón! —comenzamos a gritar en medio de aquella vorágine de polvo, sangre, sudor y lamentos.

Pero éramos menos. Ahora dos a uno. Una enorme desventaja. Podíamos aguantar hasta el último aliento, podíamos resistir hasta derramar la última gota de sangre, pero parecía claro que no podríamos vencer.

Don Alfonso seguía batiéndose con su fiereza ya legendaria, pero sus oponentes eran cada vez más numerosos. El adalid de los sarracenos debió de reconocerlo o tal vez se percató del daño que les estaba causando aquel gigante, de modo que ordenó que seis de sus mejores hombres se abalanzaran sobre él.

Yo me di cuenta de aquella maniobra y luché desesperado para quitarme de encima a un oponente y acudir a combatir y, tal vez, a morir a su lado. Pude llegar abriéndome paso a mandobles entre los cuerpos de los caídos, las monturas desbocadas y los caballos que piafaban al ser alcanzados por los golpes que, ebrios de ira, miedo y rabia, unos y otros lanzábamos desesperados sin fijar un objetivo concreto.

—¡Caballero, caballero, aquí está Bernardo de Jaca! —grité para avisar de mi llegada a don Alfonso, pero procurando no desvelar su identidad.

—Has elegido un buen día para morir —dijo el rey, sin dejar de golpear con su maza desde la silla de su caballo.

Espoleé mi montura y tiré de las riendas. Mi caballo respondió a la orden, alzó las pezuñas delanteras y derribó a un sarraceno; de inmediato me coloqué al lado de mi rey don Alfonso.

—Aquí estoy —le dije.

—Espalda con espalda —me ordenó— y no desfallezcas.

Peleamos como furias desatadas, pero nuestras fuerzas comenzaban a decaer. Estábamos rodeados por una docena de los mejores soldados del reino de Zaragoza. No tardaríamos en ser abatidos.

Cuando todo parecía perdido, unas voces cercanas gritaron: «¡Por Cristo, por Aragón!». Miré hacia el lugar de donde procedían y entre la maraña de espadas, mazas, hachas, brazos, cuerpos y caballos pude ver las inconfundibles gualdrapas a rayas negras y amarillas del caballero Cic de Flandres y de sus cinco hijos, todos ellos valientes guerreros que no temían ni al dolor ni a la muerte.

Con un valor indescriptible, los caballeros a los que llamábamos los seis de Flandres, que habían llegado unos meses atrás a Aragón para unirse a nuestra cruzada, abrieron una brecha entre los enemigos que nos rodeaban.

—Salid de aquí, señor, y vos también, don Bernardo —nos indicó don Cic mientras sus cinco hijos mantenían a raya a los musulmanes.

—Lucharemos y caeremos juntos —dijo don Alfonso demostrando valor y arrojo.

—Señor, sois más valioso vivo que muerto, aunque sea de manera heroica —le espetó el caballero flamenco al rey con toda determinación—. Vamos, salid de esta trampa, nosotros os guardaremos las espaldas. Si vos caéis aquí, esta empresa se retrasará años, tal vez siglos.

—Os recompensaré por esto —le prometió don Alfonso.

Aprovechando el pasillo que los de Flandres habían abierto, escapamos de aquella encerrona y pudimos alcanzar una zona más segura, donde se seguía combatiendo sin tregua.

—¿Qué hacemos, señor? —le pregunté.

—Lucharemos y aguantaremos. El grueso del ejército debe de estar a punto de llegar.

Como un rayo de luz en la más tétrica de las tinieblas, apareció el ejército con el alférez don García, el mayordomo don Lope y don Castán de Biel al frente. Los sarracenos, afanados en tratar de matarnos, apenas se dieron cuenta de lo que ocurría. Solo una hora después, los doscientos estaban muertos.

Don Alfonso me indicó que lo siguiera en cuanto el aitán alzó el estandarte real proclamando la victoria. Nos dirigimos al lugar donde nos habían rodeado los sarracenos hasta que llegaron los de Flandres para liberarnos. Don Cic y sus cinco hijos yacían tumbados sobre el suelo, en medio de varios charcos de sangre.

—Muertos, mi señor, don Cic y tres de sus hijos han muerto, y los dos supervivientes están tan malheridos que los han dado por fallecidos —le informé tras comprobar que solo respiraban dos de ellos.

—Ordena que recojan sus cuerpos; estos caballeros merecen ser enterrados con todos los honores. Y que mi médico don Ciprián se encargue personalmente de los dos heridos; que haga todo lo posible para mantenerlos con vida.

Así lo hice. Los de Flandres habían salvado la vida de un rey y quién sabe si el futuro de toda la cristiandad.

Aquella noche, en el campamento que levantamos cerca del lugar de la batalla, escuchamos el lejano aullido de los lobos. Procedían del oeste, de las Bardenas, un lugar reseco y vacío entre las fértiles tierras de Tauste y las feracísimas huertas de Tudela. Sin duda, aquellas alimañas habían detectado el olor de la sangre derramada.

Con la victoria en esa batalla ganamos la villa de Tauste. Sus habitantes se rindieron y nos entregaron la fortaleza. Como había hecho con los de Ejea, don Alfonso propuso a los vencidos la posibilidad de elegir entre quedarse en esta tierra, ahora bajo nuestro dominio, o marcharse hacia el sur. La mayoría optó por permanecer en el lugar donde había nacido, pues el rey garantizó que todos los sometidos conservarían sus vidas, la mayoría de sus bienes e incluso podrían seguir practicando sus ritos mahométicos.

Yo no estaba de acuerdo con aquella magnanimidad que mostraba mi señor hacia los enemigos, pero él gobernaba con inteligencia pues sabía que si se marchaban todas esas gentes, la tierra conquistada no serviría de nada, porque ni en Aragón ni en Pamplona había hombres y mujeres suficientes para reemplazarlas. ¿Quién iría a cultivar los campos, quién cuidaría los ganados, quién tejería la lana, quién levantaría las nuevas casas y los nuevos muros, quién fabricaría los ladrillos y los adobes que se iban a necesitar si se marchaban todos aquellos sarracenos derrotados?

Algunos de los nuestros se quedaron en Ejea y Tauste. Don Alfonso les concedió casas, tierras y privilegios y otorgó el título de infanzones a todos los cristianos que acudieran a poblarlas. Por eso, la villa de Ejea pasó a ser llamada de los Caballeros. Con aquellos fueros ya no era preciso haber nacido en el seno de un noble linaje para ser un señor, bastaba con hacerse vecino de Ejea, aceptar las disposiciones para su gobierno y jurar defenderla de los ataques del enemigo.

Tras impartir las órdenes e instrucciones pertinentes, adecuar las defensas y dejar provistas las fortalezas, don Alonso y varios de sus barones nos dirigimos en el mes de mayo a San Juan de la Peña.

—¿Vais a rezar de nuevo, señor? —le pregunté con cierta osadía.

—No. En esta ocasión voy a pedir ayuda a los monjes. Necesitamos dinero para pagar a las tropas; los nobles solo traen pan para tres meses y pasado ese plazo tenemos que correr con su mantenimiento y el de sus caballos. Son precisos más soldados, más armas y más apoyo para conquistar Zaragoza. Espero conseguirlo.

—Esos monjes son demasiado avaros; supongo que alegarán todo tipo de inconvenientes para no desprenderse de su dinero.

—No podrán negarse, me deben demasiado y también a mi padre y a mi hermano. Nos lo deben. Ese monasterio es el más rico de todo Aragón por los privilegios y donaciones que les ha concedido mi familia. No se negarán; te lo aseguro, Bernardo, no lo harán.

Y no lo hicieron. El abad don Sancho, que llevaba más de cinco años como superior de los monjes de San Juan de la Peña, no puso buena cara cuando escuchó las peticiones de don Alfonso, pero no tuvo otro remedio que ceder y darle al rey cuanto le demandó.

—Todavía podemos sacarles algo más a esos monjes y aún así seguirán siendo muy ricos —le dije a mi señor un atardecer poco antes de cenar en el monasterio mientras contemplábamos los capiteles ricamente labrados que acababan de colocar en el claustro.

—Así está bien; ya habrá tiempo de obtener más dinero si lo necesitamos —me comentó.

Recorrimos el claustro y contemplamos las figuras de aquellos capiteles que recogían episodios de la vida de Cristo, desde su infancia hasta su pasión, y entre ellos algunas escenas con alegorías que solo entendían los iniciados, como combates entre bestias y hombres, entre el bien y el mal, entre las fuerzas de la luz y las de la oscuridad.

Ante el que representaba la Última Cena, con Cristo dando de comer con su mano a uno de sus discípulos y san Juan apoyando su cabeza en el hombro del Señor, don Alfonso se detuvo un buen rato.

—Mira, Bernardo, ahí está el cáliz, el mismo que se guarda en esta iglesia —indicó el rey.

—Creo que no es un cáliz, mi señor, sino una bandeja. Fijaos, sobre ella hay un pez.

—Es un cáliz, el de piedra roja que aquí se conserva.

—Pero no parece contener vino, sino un pez —señalé remarcando con mi dedo el perfil del pescado tallado en la piedra.

—Tal vez tengas razón, pero esa copa tiene la misma forma que el cáliz rojo de este monasterio —insistió.

—Salvo el pie.

—¿Cómo?

—El cáliz de San Juan de la Peña no tiene este pie —volví a remarcar sobre el capitel.

—¡Qué importa eso! —dijo alzando los hombros.

Esa misma tarde volví a leer el pasaje del Evangelio de San Juan donde el apóstol más amado relata la Última Cena y no encontré cita alguna sobre un cáliz ni sobre el vino, solo un pedazo de pan mojado que Cristo le ofrece a Judas, el traidor.

Desde los riscos del monte Pano el rey de Aragón se sentía como el mayor soberano del mundo. Aquel verano no cesó de hacer planes, emitir diplomas y dar instrucciones para el gobierno de su reino, que anhelaba ampliar con nuevas conquistas.

Algunos días subíamos al llano de San Indalecio para practicar con las armas y domar a los potros. El rey ya había cumplido los treinta años y no tenía mujer; seguía sin conocer a una siquiera. Entre los consejeros se comentaba con sarcasmo el hecho cierto de que a don Alfonso no le gustaba la compañía de las mujeres e incluso que rechazaba su presencia. Era verdad: Alfonso Sánchez prefería estar con hombres a gozar de la compañía de las damas. Y a mí me agradaba que así fuera.

A finales de aquel año de 1105, justo antes de que cayeran las grandes nieves, regresó el obispo Esteban de su obligada peregrinación a Jerusalén. En largas veladas en el palacio de la zuda de Huesca nos contó cómo era la ciudad donde murió Nuestro Señor Jesús y el espíritu que los conquistadores cristianos habían llevado a ese santo lugar.

Nos detalló cómo el vizconde Gastón de Bearn había construido unas gigantescas máquinas con las que se habían superado las murallas de Jerusalén y que podíamos copiar esos artefactos para cuando nos lanzáramos al asalto sobre las murallas de Zaragoza; nos habló del valor del caballero Routrou de Perche y de su arrojo en el combate; y del fervor de los peregrinos cristianos que acudían a centenares a posarse de rodillas ante el sepulcro de Cristo y de cómo se encendían sus rostros y lloraban sus ojos a la vista de aquellos sagrados muros y edificios.

Mi señor don Alfonso lo escuchaba con toda atención.

—Iremos a Jerusalén —asentó el rey de pronto.

—¡Qué! —me sorprendí.

—Iremos a la tierra que pisó Nuestro Señor y rezaremos ante su sepulcro —reiteró.

—Pero el papa ha prohibido que los cristianos de Hispania acudamos a la santa cruzada mientras haya infieles ocupando estos territorios.

—Antes conquistaremos Zaragoza, luego Valencia y una vez a orillas del mar zarparemos hacia Jerusalén.

—Y yo iré con vuestra alteza —terció don Esteban.

El obispo de Huesca había logrado inculcar con su relato en don Alfonso el mismo espíritu que había empujado a tantos caballeros a tomar la cruz y a viajar a Tierra Santa. Lejos de atemperarlo, aquella peregrinación había acentuado, si cabe, su ánimo tan belicoso.

A comienzos del nuevo año pasamos unos días en el Castellar, cuya fortaleza, al igual que la de Juslivol, se reforzó para presionar más aún a los zaragozanos, que veían cómo comenzaba a estrecharse el cerco sobre su populosa ciudad.

Me emocioné de manera muy especial cuando, en el salón grande del Castellar, don Alfonso recibió a la señora Ginca de Escuin, la que fuera esposa del caballero Cic de Flandres y madre de sus cinco hijos, y a los dos que habían sobrevivido, que se llamaban Blasco y Pedro; ambos habían perdido algunos miembros de sus cuerpos y presentaban un aspecto penoso, pero fueron armados caballeros. La dama, todavía de luto, apenas podía ocultar su dolor, que ni siquiera se mitigó con las generosas donaciones que recibió en compensación por el sacrificio de su familia. A los que participaron en la conquista de Tauste y Ejea, el rey concedió tierra y siervos musulmanes, que llamaban exaricos porque no podían abandonar la tierra que trabajaban y quedaban sometidos a sus señores cristianos.

Celebramos la Semana Santa en el monasterio de Santa Cruz de la Seros, al pie del monte Pano, y pasamos unos días en San Juan de la Peña. Aquel cenobio nos seguía atrayendo a don Alfonso y a mí, pues nos recordaba aquellos tiempos de nuestra infancia cuando nuestras vidas se unieron para siempre.

Un mensajero del conde de Urgel apareció en San Juan a principios de abril. Las nieves todavía cubrían la peña Oroel, el monte que parece proteger, o amenazar, ¿quién sabe?, la ciudad de Jaca. Traía una carta de su señor Armengol en la cual solicitaba la ayuda de don Alfonso para conquistar Balaguer, una notable villa protegida por una poderosa alcazaba cuya posesión era fundamental para la conquista de Lérida, cuyo dominio ambicionaban tanto el conde de Urgel como el de Barcelona, además de mi señor.

Don Alfonso no lo pensó dos veces. Llevábamos un año sin combatir, demasiado tiempo para la sangre ardiente del rey de Aragón. De modo que convocó a una pequeña hueste y a comienzos del mes de mayo ya andábamos por el valle del río Segre, inspeccionando las fortalezas de los sarracenos en los alrededores de Lérida y Balaguer. Allí nos encontramos con Armengol, cuyos dominios se extendían entre las tierras del rey de Aragón y las del conde de Barcelona, desde los Pirineos hasta la proximidad de Balaguer y Lérida.

El conde era un muchachito de nueve años de edad al que escoltaba media docena de caballeros de aspecto grave. Hablaba por él un chambelán de notable inteligencia, su tutor desde que a los seis años de edad don Armengol heredara este señorío. Se pactó que en otoño acudiríamos en su ayuda para tomar Balaguer; sobre el futuro de los derechos de la pertenencia de Lérida no se acordó nada.

Para el mantenimiento de cuarenta caballeros armados, el rey dispuso que se dedicaran las rentas de la zuda de Balaguer y los correspondientes impuestos en forma de pan, vino y carne para los hombres y cebada para sus caballos.

Fue ya de vuelta a Huesca cuando don Alfonso recibió una sorprendente petición. Lo recuerdo bien porque estábamos comentando la preparación de la hueste para la campaña de otoño contra Balaguer cuando el médico judío Mosé Sefardí se presentó ante el rey.

—Señor —avisó un secretario—, el rabino Mosé Sefardí espera ser recibido por vuestra alteza.

—¡Ah!, sí, sí, me pidió audiencia y le dije que se presentara hoy. Hazlo pasar.

—Me retiraré hasta que despachéis con el rabino —le dije.

—No, Bernardo, no te vayas; puedes quedarte.

—Mi señor don Alfonso, soy vuestro más fiel servidor. —El rabino y médico de la corte se presentó haciendo una exagerada reverencia.

—Pasad y tomad asiento —le indicó el rey.

—Gracias mi señor. —El rabino me miró con cierto recelo.

—Podéis hablar con toda franqueza. Don Bernardo de Jaca es hombre de mi plena confianza; será testigo de nuestra conversación.

—Mi señor, como ya sabéis soy judío y como judío he vivido mis más de cuarenta años, pero mi corazón ha visto la verdadera luz y deseo abrazar la fe

de Cristo.

Cuando escuché aquellas palabras de la boca del rabino de Huesca casi me atraganto. ¡El más notable de los judíos de la ciudad pidiendo ser bautizado! Aquello me pareció un triunfo para el cristianismo más grande que la propia conquista de Jerusalén.

—Gran noticia; espero que cunda vuestro ejemplo entre la aljama de los judíos de Huesca y que todos ellos abracen la verdadera fe —dijo don Alfonso.

—Tenemos el mismo Dios; tal vez lo entiendan así, como yo lo he comprendido —añadió el rabino.

—¿Qué te parece, Bernardo?; don Mosé va a ser de los nuestros.

—Algo extraordinario, mi señor.

—Bien, pues dada vuestra sincera conversión, creo que debo corresponder en consecuencia y os anuncio que yo seré vuestro padrino de bautismo y el obispo Esteban quien os bautice —propuso el rey.

—Os lo agradezco mucho, mi señor; para mí ese será el mayor de los honores.

Puede parecer extraño, pues los judíos no abrazan otra fe que la suya. Aunque carecen de tierra propia, se consideran el pueblo elegido de Dios y creen que solo ellos tienen acceso a la salvación. El que uno de los más relevantes miembros de su comunidad se hiciera cristiano se consideró como un milagro, una muestra de que el cristianismo es la única y verdadera fe, aunque algunos judíos de Huesca, que seguían viviendo en la ciudad tras la conquista, lo consideraron un traidor. No se atrevieron a denunciarlo en público, claro, por temor a sufrir algunas consecuencias, pero lo comentaron entre ellos en su sinagoga y lo declararon proscrito.

A finales de ese mismo mes Mosé Sefardí fue bautizado en la catedral de Huesca, la antigua gran mezquita, y tomó el nombre cristiano de Pedro Alfonso en homenaje a los dos reyes de Aragón de los que había sido médico. Despechado por los desprecios de los judíos oscenses, comenzó a escribir un libro que tituló *Diálogo contra judíos*, en el que despedaza las creencias de esta secta de errados, y también algunos otros libros de gran fama.

Años después Pedro Alfonso se marchó a Inglaterra, donde sirvió como médico, matemático y astrónomo a su rey Enrique, y donde dio clases de estas disciplinas a alumnos avanzados y escribió cuentos inspirándose en relatos que llegaron desde Egipto. Nunca más volví a verlo. Supe más tarde que, ya anciano, regresó a Aragón hace pocos años, y me han dicho que todavía sigue

vivo en Tudela, donde lo quiero imaginar debatiendo vehementemente con algunos sabios judíos de esa ciudad.

El reino de Aragón y de Pamplona seguía creciendo, lo que provocó el recelo de Alfonso de León y de Castilla, el monarca más poderoso de la cristiandad hispana, tanto que algunos lo presentaban con el pomposo título de Señor del reino de Hispania.

Hijo de Fernando de León, Alfonso había heredado ese reino, pero lo perdió tras ser derrotado por su hermano el rey Sancho de Castilla. Encarcelado y humillado, acabó siendo expulsado a Toledo, a la corte de su reyezuelo musulmán, quien lo acogió con agrado.

Pero solo permaneció allí unos meses, pues muerto don Sancho durante el cerco que puso a la ciudad de Zamora, y carente de hijos, don Alfonso regresó de su exilio toledano para convertirse en rey de León y de Castilla, sucediendo en este trono a su hermano.

Derrotado en Sagrajas por los almorávides, Alfonso de León vio en Alfonso de Aragón un gran rival y decidió plantarle cara. Ambos ambicionaban las tierras del reino de Zaragoza y parecían dispuestos a enfrentarse por ellas.

Unos mercaderes de Jaca que regresaban de la peregrinación a Santiago alertaron a mi señor sobre la presencia de un gran ejército leonés y castellano que se dirigía hacia el este. Lo habían visto avituallarse en Burgos y habían escuchado en una taberna una conversación de un grupo de aquellos soldados en la que hablaban de que su rey había ordenado avanzar hacia Aragón.

Mi señor, enterado de lo que estaba tramando el monarca leonés, convocó a la hueste y desde Ejea se dirigió hacia las inmediaciones de Tudela, haciendo saber que estaba preparado para enfrentarse a los leoneses y castellanos.

A mediados de mayo el rey Alfonso de León ordenó a su ejército salir de Burgos, pero, aunque amagó con atacarnos, no se atrevió a entablar combate. Tal vez pensó que podía sorprendernos, pero antes de llegar a Logroño dio media vuelta y se retiró. Todos suspiramos aliviados, pues nadie quería un

enfrentamiento entre los dos reinos cristianos. Nuestros únicos enemigos debían ser los sarracenos y contra ellos estábamos obligados a concentrar todos nuestros esfuerzos.

Disipada la amenaza de los leoneses, nos dirigimos hacia la frontera oriental. Durante el verano anduvimos preparando en Monzón, al abrigo de su poderoso castillo, el ataque a Tamarite, que concretamos a mediados de otoño. Los sarracenos de esa villa no quisieron rendirse, de modo que tras un corto asedio nos lanzamos al asalto. Don Alfonso prometió que entregaría la mejor casa de Tamarite con todas sus pertenencias al primero de sus hombres que entrara en ese lugar; fue un tal Esteban de Estadilla, que aquel día se hizo rico, pues la casa era de Ibn Alfaquí, un potentado que poseía una considerable hacienda.

La matanza que perpetramos en Tamarite fue terrible. El mayordomo Lope Garcez dirigió el ataque y don Esteban se empleó con su habitual violencia, provocando el pánico entre aquellas pobres gentes que si hubieran podido imaginar la que se les venía encima se habrían rendido a las primeras de cambio. No lo hicieron y sufrieron las consecuencias.

Como se había acordado, ayudamos al conde Armengol de Urgel a conquistar Balaguer, cuyos habitantes apenas ofrecieron resistencia, amedrentados como estaban por las noticias que recibieron sobre la ferocidad con la que nos empleamos en Tamarite.

Pasamos aquellas navidades en el condado de Urgel, agasajados por su joven conde, todavía falto de edad para empuñar las armas en la batalla, que veía a don Alfonso como un héroe de leyenda. En Urgel visitaron a don Alfonso varios señores del vizcondado de Tolosa y del Languedoc, que le mostraron su lealtad y su vasallaje. Mi rey se estaba convirtiendo en el gran señor a ambos lados del Pirineo, un monarca fuerte y poderoso, un caballero sobre el cual ya corrían romances y poemas, cuya figura cantaban juglares y trovadores, destacando sus hazañas, que equiparaban a las de los grandes héroes de las más bellas canciones de gesta.

A fines del invierno, con los caminos ya libres de las grandes nieves, regresamos de Urgel. Visitamos a doña Berta en su reino de los Mallos, en su palacio de Murillo de Gállego, y pasamos la Semana Santa en San Juan de la Peña, donde volvíamos una y otra vez cada año. Mi señor necesitaba, tras sus largas y agotadoras campañas, retirarse unas semanas a la paz y sosiego que ofrecían aquellos muros, aquellos bosques y aquellas montañas. Don Alfonso era un guerrero formidable, pero creo que en la tranquilidad de aquellos

parajes encontraba la calma y se recuperaba del cansancio para regresar a la guerra con más vigor si cabe.

Porque los almorávides seguían siendo una amenaza terrible, que incluso se incrementó con el ascenso al trono de su nuevo emir Alí ibn Yusuf, quien sucedió a su padre, el fallecido Yusuf ibn Tasufín. Alí comenzó su reinado con buen pie, pues derrotó a los leoneses y castellanos en la batalla de Uclés. Corría el día 29 de mayo de 1108. El rey de León no acudió a ese combate. Era un anciano decrepito; las heridas sufridas en Sagradas le impedían cabalgar con soltura y además se acababa de casar con una nueva esposa, una noble dama aquitana de nombre Beatriz. Se encontraba en la villa de Sahagún cuando recibió la noticia de la derrota en Uclés, que se agravó todavía más con la tragedia de que en la batalla había muerto su hijo y heredero el príncipe Sancho. Aquella catástrofe militar lo cambió todo y de ser un peligroso rival para el rey de Aragón, don Alfonso de León buscó una gran alianza con mi señor.

Muerto el príncipe don Sancho en combate, la heredera del trono de León pasó a ser la princesa Urraca y luego su hijo el infante Alfonso. Los nobles leoneses no querían que su soberana fuera una mujer y le pidieron a Cidiello, el influyente médico judío del rey de León, que otorgara la mano de la princesa Urraca al conde Gómez González. El viejo y achacoso monarca se enfadó. De ninguna manera quería que el futuro rey fuera uno de sus condes, no se fiaba de su hija y tampoco aceptaba que el hijo de Raimundo de Borgoña, esposo fallecido de Urraca, fuera el futuro rey, de modo que buscó una solución a semejante dilema.

Y la encontró. El rey de Aragón seguía soltero a sus treinta y cinco años, si el leonés conseguía que mi señor se casara con doña Urraca y ambos engendraban un hijo, ese retoño se convertiría en su momento en el legítimo rey de León y de Castilla, pero también de Aragón y de Pamplona. Sí, esa sería la solución y la gran alianza y así se unirían en una sola las dos grandes coronas de la cristiandad hispana, como reclamaban algunos cronistas, que inventaron relatos para justificar estas ambiciones. Pronto lo sabríamos.

Aquel verano, mientras los leoneses y castellanos se lamían las profundas heridas recibidas en la derrota de Uclés, perdían las tierras de Cuenca, se replegaban hasta Toledo y veían cómo los almorávides saqueaban con absoluta impunidad las comarcas de Madrid y Guadalajara, mi señor don Alfonso visitó las tierras al norte de los Pirineos y recibió en Barbastro el vasallaje de varios nobles del sur de Francia, como el conde de Tolosa y el

vizconde de Béziers, que le rindieron homenaje y lo juraron como su señor natural.

De vuelta a Huesca nos encontramos con una gran sorpresa. Allí esperaba un consejero del rey de León. Traía consigo un mensaje y una propuesta que podía cambiar el destino de todas estas tierras cristianas que los leoneses llamaban Hispania, emulando el nombre de la vieja provincia de los romanos.

Era el primer martes de octubre. Soplaban un agradable viento cálido del sur y el verano parecía resistirse a abandonar la tierra llana de Huesca. En la sala grande del palacio de la zuda don Alfonso recibió al consejero leonés. Yo estaba allí.

—Mi señor don Alfonso —se inclinó reverente—, recibid los saludos de amistad y hermandad del rey de León y de Castilla.

—Devolvedselos cuando regreséis a vuestra tierra —respondió el rey de Aragón.

—Os agradezco vuestra buena disposición a recibirme como embajador.

—Hablad sin rodeos. ¿A qué se debe el envío de esta delegación?

—Nuestros reinos han sido rivales durante mucho tiempo y mi señor el rey don Alfonso de León cree que ha llegado la hora de cambiar esta situación. De nuestra inquina se han aprovechado los sarracenos y debemos alterar este estado de cosas en beneficio mutuo.

—Hasta aquí estamos de acuerdo. Continúad.

—Bien, señor, como sabéis, hace unos meses murió en la desdichada batalla de Uclés nuestro príncipe y heredero don Sancho y, a falta de otro hijo varón, don Alfonso ha proclamado heredera del trono de León y Castilla a su hija la princesa doña Urraca, la que tuvo con su segunda esposa, la tristemente fallecida doña Constanza de Borgoña. Los nobles han aceptado esa designación y la han jurado como su princesa y heredera.

—Lamento vuestra derrota en Uclés y me alegro por doña Urraca, pero ¿qué pretende vuestro rey de mí, una gran alianza contra los sarracenos acaso?

—Sí, alteza, pero una alianza sellada con un pacto de sangre.

—¿Con sangre...? —se extrañó mi señor.

—Con vuestra sangre real. Don Alfonso, rey de León y Castilla, emperador de toda Hispania, os pide solemnemente que aceptéis a su hija y heredera la princesa doña Urraca como esposa legítima. Los nobles están de

acuerdo y aprueban que os convirtáis en rey de León y de Castilla si aceptáis este matrimonio y cuando Dios llame a su seno a nuestro rey.

La inesperada propuesta del embajador leonés resonó en la sala como el estallido de un trueno en la tormenta.

Yo di un respingo y miré a don Alfonso. Conocía bien su temple y su serenidad, de manera que no me extrañó que apenas moviera un músculo de su cara.

El que sí estaba confuso y perplejo era el embajador leonés, que no acertaba a adivinar qué intenciones se escondían tras el rostro hierático de mi señor don Alfonso. Miró al rey, me miró a mí y, ante el silencio que se impuso en la sala, su desconcierto se hizo todavía más patente.

—Señor..., alteza... —balbució el embajador sin acertar a pronunciar dos palabras seguidas.

—Decidle a vuestro rey que me siento honrado con su propuesta —asentó mi señor.

—¿Nada... más?

—Por el momento, eso es todo.

—Pero..., ahora... bueno... —el embajador barbotaba palabras inconexas sumido en una absoluta sorpresa.

—Decidle también que esta primavera enviaré a uno de mis consejeros para tratar este asunto. Y ahora, si lo deseáis, quedaos a comer con nosotros; hay un excelente guiso de carnero con ajos y cebollas.

Mi señor don Alfonso había despachado la propuesta de matrimonio con la heredera de León y Castilla como si se tratara de una simple proposición para salir de caza. Yo no quería que el amado dueño de mi corazón se casara con una mujer y, aunque le comenté que la primera obligación de todo monarca es engendrar un heredero, hasta entonces nunca contemplé esa posibilidad; pero don Alfonso era el rey y un rey necesita un hijo que dé continuidad a su linaje y lo suceda al frente del reino. Yo no quería saber nada de aquello y me atormentaba la idea de ver a mi señor abrazado a un cuerpo que no fuera el mío, aunque ese cuerpo fuera el de una mujer, ni incluso por razones de la transmisión del reino, pero comprendí que algún día tenía que presentarse ese momento, y ya había llegado.

Los embajadores leoneses se marcharon antes de que se echaran encima los primeros fríos del otoño y don Alfonso, que rumiaba aquella propuesta de matrimonio, decidió pasar el invierno en San Juan de la Peña, en cuyo archivo solían conservarse muchos de los documentos de la cancillería real de Aragón. Necesitaba volver al monasterio para retirarse a pensar sobre la

propuesta de boda con la princesa de León. Llegamos unos pocos días antes de la Navidad, tras detenernos durante una semana en la ciudad de Jaca, donde pude encontrarme con mi hermano mayor, que acababa de heredar el señorío familiar. Mis padres habían muerto con apenas un mes de diferencia entre el fallecimiento de cada uno. No lo sentí demasiado. Apenas los había conocido. Apenas les había importado.

Aquel invierno se alargó, pero yo estaba junto a mi amado señor y eso era todo cuanto podía anhelar. Leímos algunos libros, observamos las estrellas y aprendimos a manejar un extraño instrumento llamado astrolabio, cuya utilidad nos enseñó don Abrahán, un astrónomo judío natural de Huesca que don Alfonso incorporó a la corte.

Aunque se lo propusimos varias veces, don Abrahán no se quiso bautizar, como sí hiciera su amigo Mosé Sefardí, pero aceptó servir a su alteza don Alfonso con absoluta lealtad. Alegaba que quería morir como había nacido, como judío; y aunque le decíamos que si no se bautizaba se condenaría al fuego del infierno, se encogía de hombros y respondía que si Dios era infinito, incluso en su misericordia, ya se apiadaría de él y lo salvaría del fuego eterno.

A pesar del frío, don Abrahán también nos acompañó algunas de aquellas noches despejadas. Sobre todo cuando subíamos al llano de San Indalecio y colocábamos el astrolabio orientado hacia el sur. Era un instrumento de bronce que brillaba como el oro y tenía una rueda donde estaban marcados en letras arábigas los nombres de muchas ciudades y una regla o aliada que servía para localizar en qué latitud nos encontrábamos. Parecía como de magia. Don Abrahán lo había comprado en Zaragoza, en uno de los viajes que hizo desde Huesca, con permiso del rey, poco después de que la conquistáramos. Nos comentó que esos astrolabios se fabricaban en Zaragoza en un taller de orfebrería y que lo hacían con los datos e instrucciones que proporcionaban los maestros astrónomos y matemáticos de su reyezuelo Al-Mustain, cuyos sabios antecesores, su abuelo Al-Muqtadir y su padre Al-Mutamin, habían mantenido un observatorio en el palacio de la Aljafería para observar el giro de las estrellas y el decurso de los astros.

Aquellos hombres que escudriñaban los cielos eran capaces de prever cuándo se produciría un eclipse o cuándo los atravesaría un cometa. Siguiendo la trayectoria de los astros errantes, don Abrahán nos explicaba el movimiento circular de las estrellas alrededor de la que señala el norte, el

tránsito por la que llamaba línea de la elíptica de los cinco astros errantes que vagan eternamente por el firmamento, más el Sol y la Luna, y nos enseñó a identificarlos por su luz que no parpadea. Nos señalaba cuál era el pequeño Mercurio, apenas perceptible dada la escasa intensidad de su brillo; el rutilante Venus, el lucero del alba, el tercer astro más luminoso del cielo tras el Sol y la Luna, que los griegos y los romanos creían que encarnaba a su diosa del amor y la belleza; el misterioso Marte, un punto rojo que los antiguos identificaban con su terrible dios de la guerra; el poderoso Júpiter, un astro de luz blanquecina, el antiguo padre de todos los falsos dioses; y el quinto y último, el misterioso Saturno, el dios que devoraba a sus hijos, según se cuenta en algunas viejas fábulas, para que no le arrebataran su trono en los cielos si permitía que estos crecieran y se hicieran fuertes. Nos enseñó las fases de la Luna y su influjo en las cosechas, y por el día la marcha del Sol en el cielo y los equinoccios y los solsticios, mientras anotaba en un códice sus observaciones.

Me gustaba escuchar las explicaciones de aquel sabio judío, bien arropado con mi abrigo de piel de zorro y una gruesa manta de lana. Observábamos las estrellas durante horas hasta que el frío nos obligaba a retirarnos a las salas de San Juan de la Peña, caldeadas por el agradable calor de los gruesos troncos de leña ardiendo en las chimeneas.

Algunas noches escuchamos el aullido lejano de los lobos. Imaginé que serían los hijos o los nietos de aquellos que nos atemorizaron casi treinta años atrás y que ahora ya no se atrevían a acercarse a un grupo de hombres adultos, bien armados y provistos de antorchas y teas; por si acaso, yo nunca olvidaba mi espada y mi lanza cuando salía de las dependencias del monasterio.

Aquel largo y frío invierno se llevó la vida de algunos de los monjes más viejos, que enterramos en el suelo del claustro y de la iglesia del monasterio de San Juan. Dedicué algunas horas a rezar por el alma de todos ellos y durante sus sepelios pensé en lo irremediable de la muerte. A mis treinta y ocho años había visto morir a reyes y señores, a monjes y soldados, a centenares de personas, hombres, mujeres y niños, del pueblo menor y de la nobleza. Yo mismo había dado muerte a muchos de nuestros enemigos, sin pararme nunca a pensar en las consecuencias, incluso había envenenado a un rey. Fue entonces, al volver al lugar que me vio crecer, rodeado de tanto silencio y de aquel grandioso y bello paisaje, cuando dudé sobre la naturaleza de nuestro mundo y reparé en mi ausencia de convicciones.

Don Alfonso debió de notar algo extraño en mi comportamiento, pues un día, tras la comida, me hizo llamar.

—Mi señor. —Me presenté con toda humildad.

—Cargas con muchas responsabilidades, Bernardo —me dijo—. Puedo percibirlo en tus ojos; pero ten siempre presente que los hombres del rey no deben flaquear. Te necesito a mi lado con todas tus facultades intactas. Deberás sobreponerte a lo que pueda venir. Ven y sígueme.

Me guio a los establos, ordenó a los mozos de cuadras que prepararan nuestros caballos y, antes de que me diera cuenta, cabalgaba a su lado, alejándonos del monasterio. Al poco, atravesamos un bosque de árboles erguidos como gruesas lanzas, revestidos de hojas y de vida. El lugar donde el rey detuvo su caballo era de una hermosura difícilmente describable. Grandes árboles hundían sus raíces en la profundidad de la tierra, sus copas eran frescas y frondosas, tanto que al caer la noche ninguna estrella conseguía traspasarlas con su luz. Se oía el murmullo del agua corriendo en un arroyo cercano y el canto armónico de los pájaros en las ramas.

—No eres el único al que atormentan los muertos, Bernardo.

—¿Mi señor?

—¿Acaso vas a negarlo? Reconozco en ti la mirada del hombre que ha matado y que ha visto matar. Pero la vida sigue, implacable. Yo mismo tengo que cargar con más responsabilidades que ningún otro hombre. Disfruta de este remanso de paz al que te he traído, pues a no mucho tardar nos veremos peleando en nuevas batallas y librando asuntos hostiles. Y entonces te necesitaré a mi lado.

—A vuestro lado estaré siempre, mi señor.

El rey asintió, me dirigió una mirada amistosa y fijó los ojos en un nido de aves. Luego seguimos la marcha y, al poco, remontando una pendiente, accedimos a un claro en el bosque. Allí en medio crecía un árbol en soledad. Era un paraje que en mi memoria resultaba extrañamente conocido.

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas este lugar?

—Mi señor, claro que sí. ¡Cómo olvidarlo! Fue aquella noche, la de los lobos.

—Sí, Bernardo, este es el árbol al que trepamos para no caer presa de aquellas fieras hambrientas. Largo tiempo ha pasado de aquella nuestra primera aventura. Entonces solo éramos dos niños; ahora ya somos hombres. Y yo soy el rey. Lástima que mi padre y mi hermano no me advirtieran de que la labor de un monarca es tan ardua y compleja.

—Supongo que es muy difícil soportar semejante carga, alteza — apostillé.

Mi señor estiró un brazo, aún a lomos de su caballo, y deslizó un dedo por la corteza del árbol.

—¿Recuerdas la batalla en las cercanías de Tauste? —comentó de repente.

—Por supuesto, mi señor.

—Allí puse en riesgo mi vida como en ninguna otra contienda. Mi actuación fue temeraria y caótica y Cic de Flandres y sus cinco hijos tuvieron que acudir a mi rescate y me libraron de mi imprudencia. Cuatro de esos valientes caballeros murieron por salvarme.

—Cualquiera de vuestros hombres habría dado la vida por vos.

—Escucha, Bernardo, esa no es la cuestión. La importancia reside en cómo debo actuar yo después, qué conducta espera el pueblo de un rey por el que miles de hombres ya han muerto y miles más morirán. ¿Sabes qué quiere un pueblo de su rey?

—¿Que lo proteja?

—Quiere que se muestre invulnerable a la tragedia y a la muerte y que ningún infortunio afecte su ánimo, por devastador que se presente. En definitiva, que nada en este mundo pueda hacer mella alguna en su valor. Así, mientras sus huestes mueren en el campo de batalla, el rey ha de alzar orgulloso la cabeza y fijar la vista en la siguiente conquista, para que la fidelidad y la confianza que su pueblo le profesa no decaigan ni por un solo instante.

Tú cargas con tus responsabilidades, Bernardo. Yo con las mías. Conquistó un lugar, algunos hombres mueren por dicha causa y marchamos hacia el siguiente castillo. Y yo, el rey que los abandera, he de mostrarme como un hombre indiferente ante el dolor y la muerte. Esa falta de pasión ante la adversidad más terrible es la esencia misma del carácter de la monarquía. El pueblo es fácil de engañar y manipular, por eso hay que gobernar con aparente indiferencia, para que nuestra autoridad no corra el riesgo de verse comprometida y cuestionada ante un signo de debilidad.

—Mi señor, yo...

—Te he traído a este lugar para que liberes tus miedos. Y recuerda, Bernardo, que cualquier tormento que tus hombros y tu conciencia carguen, nunca será mayor que el peso que un rey tiene que soportar. Y ahora volvamos al monasterio antes de que anochezca. No querrás que los lobos aparezcan en el claro al teñirse con la luz del crepúsculo, ¿verdad?

De regreso al monasterio, don Alfonso me condujo directamente al panteón real y pidió a dos centinelas que nos dejaran a solas. Las velas que iluminaban la cripta hacían que las paredes de piedra parecieran brillar y transformaban aquel frío mausoleo en un lugar mágico bañado de una suave luz escarlata, una luz que arrancaba un brillo misterioso a los sarcófagos de don Ramiro y de don Sancho y que a su vez dotaba de un color enfermizo a la tumba de don Pedro, el rey al que yo había envenenado.

—Mi señor —susurré—, ¿por qué motivo me habéis traído aquí?

—Siempre tienes la convicción de que todo movimiento esconde un motivo —mi señor sonrió ampliamente— y con frecuencia aciertas. Esa es una de tus más admirables facetas. Pero posees otras, Bernardo. —Don Alfonso pasó una mano firme por la piedra que cubría el cadáver de don Pedro—. La muerte de mi hermano nos sorprendió a todos y cayó como un jarro de agua fría sobre el reino. Según me contaste hace cinco años, el rey Pedro, agonizando, te susurró algunas palabras al oído. Entre otras cosas te pidió que fueras a darme personalmente la noticia de su inmediato fallecimiento y que yo sería un buen sucesor.

—Así fue, mi señor.

—No parece algo que un rey haría en el momento previo a su muerte.

Don Alfonso me interrogaba con aquella mirada suya, firme y profunda. Podía sentir todo el peso de la justicia acumulándose en él, dispuesto a caer sobre mí como un enorme martillo.

—¿Creéis que miento, mi señor? —me atreví a preguntar.

—Supongo que no, Bernardo. Supongo que no. Pero resultan extrañas algunas de las cosas que sucedieron el día de la muerte de mi hermano.

Durante un instante posé la mirada en el sarcófago del rey Pedro. No sentí nada. Ni el arrullo de la culpa ni el remordimiento de la conciencia. Me había convertido en un hombre insensible. Fui a decir algo pero las palabras murieron congeladas en mi garganta. Fue entonces cuando don Alfonso tomó mi mano y la posó despacio en su pecho. A continuación se inclinó hacia delante y rozó mi mejilla con la suya, sugiriendo, quizá, saciar un deseo largo tiempo reprimido.

De don Alfonso manaba el aroma de la gloria, de la victoria.

La respuesta a la proposición de boda con Urraca de León seguía pendiente. A comienzos de aquella primavera hablamos mucho de ello. Don Alfonso

sabía que una de las mayores obligaciones de un rey es engendrar un heredero y transmitir su sangre y su linaje, pero no acababa de decidirse. No, no odiaba a las mujeres, como alguno de los nobles sugería y algún cronista ha escrito, simplemente rechazaba su presencia y prefería estar en compañía de hombres siguiendo la inclinación de su naturaleza y sus deseos y pasiones más íntimos.

Algunos nobles visitaron al rey aquella primavera. Todos ellos se mostraban sumisos y aceptaban cuanto don Alfonso proponía, pero la mayoría, sin su alteza delante, comentaba que el rey debía casarse y tener descendencia cuanto antes. Algunos incluso me susurraban al oído sugiriéndome que, dada mi proximidad al soberano de Aragón, fuera yo quien lo convenciera para contraer matrimonio y acabar con aquella situación que generaba mucha intranquilidad. La tierra no podía estar sin rey y si moría don Alfonso no habría nadie que pudiera sentarse en el trono. Bueno, quedaba el joven don Ramiro, su hermano menor, pero desde muy niño había sido educado para ser un clérigo, no un guerrero. Yo pregunté por él a un monje de San Juan de la Peña que lo había conocido en el monasterio de San Ponce de Torneras y me dijo que don Ramiro era un joven introvertido, muy religioso y ajeno a los problemas del mundo. No, no parecía el hombre más adecuado para hacerse cargo del gobierno si fallecía su hermano mayor sin haber tenido un hijo varón. Me equivoqué. Aquel novicio reservado y cauto es hoy el rey de los aragoneses.

El viejo rey de León seguía empeñado en que mi señor se casara con su hija y heredera Urraca, pero algunos nobles gallegos no habían renunciado a que el elegido como esposo fuera el conde Gómez González, uno de ellos, a lo que el monarca leonés se oponía.

La primera semana de julio, con el calor apretando incluso en San Juan de la Peña, supimos mediante un mensaje con señales de humo que el rey don Alfonso de León y Castilla acababa de morir en la ciudad de Toledo. Tal vez debido a su avanzada edad o a su mal estado de salud no había podido engendrar ningún hijo con la última de las cinco esposas, la aquitana doña Beatriz, de modo que Urraca fue proclamada reina de León, pues a diferencia de Aragón, donde las mujeres no pueden gobernar, allí sí pueden hacerlo.

Dos días después llegó un correo urgente desde Pamplona. Asustados por la falta de un varón al frente de su reino, los consejeros de doña Urraca apremiaban a don Alfonso para que tomara una decisión sobre su boda con la nueva reina de León y Castilla. Urraca acababa de cumplir veintiocho años; viuda de Raimundo de Borgoña, tenía dos hijos: Alfonso, de cinco años, y

una niña llamada Sancha, de tres; por tanto, había demostrado que era un mujer fértil y que podía dar un heredero a Aragón.

Ese mismo día me armé de valor y hablé de ello con mi dueño y rey. Estábamos los dos solos en el claustro de San Juan, sentados en una de las esquinas bajo los capiteles historiados.

—Mi señor —balbucí nervioso—, ambos..., ambos hemos evitado a las mujeres durante toda nuestra vida, pero... vos sois el rey.

—¿Qué insinúas, Bernardo? —preguntó con tono seco.

—Lo que quiero decir es que quizás haya llegado la hora de que engendréis un heredero legítimo.

—Engendrar un heredero, sí; ya me has hablado de eso en otra ocasión.

—Sí, mi señor. Tenéis treinta y seis y años, seguís soltero y el reino se impacienta por conocer a aquel que os sucederá, Dios quiera que sea muy tarde, en el gobierno de estas tierras de Aragón y Pamplona.

—Para engendrar un heredero legítimo, primero debería casarme, y qué mujer va a entregarse a mí una vez se percate de que no la deseo, ni siquiera tocarla. —Don Alfonso desvió la mirada a un lado—. No es la compañía de una mujer lo que anhelo.

—No es necesario desear a una mujer para poder engendrar un hijo.

Don Alfonso me acarició la mejilla y me dirigió una sonrisa enigmática.

—Bernardo, si yo fuera un hombre desconfiado podría pensar que buscas un pretexto para que me aleje de ti.

—Bien sabéis que no son tales mis intenciones, mi señor —refuté—. Lo único que quiero es lo mismo que todas las gentes de este reino: que Aragón y Pamplona tengan un heredero que garantice la permanencia y continuidad de vuestro linaje.

—La guerra me ha mantenido muy ocupado, de manera que la iniciación en los placeres del sexo ha tenido que esperar.

—Soy fiel testigo de que habéis estado muy entregado al engrandecimiento del reino —me forcé a responder—, pero una alianza matrimonial con Urraca de León, tal como os propuso aquel embajador, y más ahora que su padre ha muerto y ella se ha convertido en la reina, supondría grandes ventajas para Aragón y para vuestra alteza.

—Doña Urraca no saciará mis deseos, por muy hermosa que sea.

—Pensadlo como rey, os lo ruego. Si os casáis con ella y engendráis un heredero, vuestros dos reinos se unirán bajo un mismo monarca. Y de esa mujer solo precisaréis usar su cuerpo. Es una hembra fértil; quizá con una vez

sea suficiente. —No le revelé que algunos nobles aragoneses habían hablado con señores leoneses para que esa boda se celebrara cuanto antes.

Don Alfonso se levantó y dio unos pasos hacia la pared de roca bajo la que se agazapaban los edificios del monasterio. Entrelazó las manos a su espalda y se quedó mirando la piedra rojiza.

Yo me levanté tras él y esperé a que tomara una decisión.

Discurrió un buen rato. Yo me limité a aguardar a unos pasos de distancia. Al fin se acercó hasta mí, puso su mano en mi hombro y dijo:

—Cierto. Tienes razón, Bernardo, los reyes deben anteponer las necesidades del reino a sus deseos. —Llevó una mano a mi mejilla y me acarició con levedad—. Tal como tratamos con el embajador del fallecido don Alfonso, aceptaremos la propuesta de matrimonio con doña Urraca. Confiaré en ti, mi querido amigo, para que cierres las negociaciones. Partirás en una semana con una escolta de cuatro lanceros y me escribirás cartas regularmente dando parte de tu misión. Antes enviaremos a un mensajero para que anuncie tu embajada a la corte de doña Urraca.

—Como vos ordenéis, mi señor. Doña Urraca es la primera reina ejerciente de León y es...

—Una mujer, además —completó don Alfonso—. Una mujer fuera de lo común, según dicen, que gobernará con puño de hierro todos los asuntos de su reino, pese a la fragilidad de su sexo. Bernardo, confío en ti para resolver con eficacia este cometido. Procúrame un acuerdo de matrimonio digno del rey de Aragón.

Me incliné haciendo una reverencia.

—Mi señor, con vuestro permiso...

—No te vayas todavía, Bernardo. Hay algo más que quiero decirte, aquí, junto a los restos de mi familia.

—¿De qué asunto se trata, alteza? —demandé con voz quebrada ante los ojos llameantes de don Alfonso. El rostro de mi señor se entristeció y sus facciones se endurecieron en las sombras. Con voz fría, declaró:

—Te conozco bien, pero no estoy seguro de tus sentimientos. En cualquier caso, quiero que sepas que... —Acercó sus labios a los míos y me miró con una expresión resignada.

—Mi señor, yo jamás...

—Pero mis sospechas pueden ser infundadas, claro; incluso el rey de Aragón puede errar en sus suposiciones. —Don Alfonso fijó sus ojos durante un instante en mis labios—. Marcha a Burgos, Bernardo, y mantenme al corriente de tus negociaciones. Antes celebraré una curia real para que los

notables del reino aprueben esta boda. Contar con ellos para este asunto incrementará su fidelidad hacia mí.

El rey convocó esa curia regia a la que asistieron los nobles más influyentes, los obispos de Pamplona y de Roda-Barbastro y los abades de San Juan de la Peña y de Siresa, todos ellos con sus mitras y sus báculos. Allí se jugaba el futuro de Aragón. Todos estuvieron de acuerdo en celebrar la boda de don Alfonso y doña Urraca, de modo que se envió un correo a la reina de León y Castilla anunciando mi viaje en los próximos días y manifestando la intención de que la embajada que yo encabezaba se entrevistaría con ella en el nombre del rey de Aragón. Antes de viajar comprendí que solo quedaban en mí visos grisáceos de aquel niño que temía a los lobos, apenas un rastro de polvo que el viento y el tiempo pronto barrerían. De mi experiencia al lado de don Alfonso extraje una lección muy útil: un hombre no debe perder el coraje en ningún momento, ni dejar que su valor se vea afectado por los fantasmas del pasado. Tenía razón mi señor: era yo quien debía vencer a mis propios miedos.

El trayecto hasta la ciudad de Burgos, donde se acordó celebrar mi encuentro con doña Urraca, transcurrió apacible. Compartimos buena parte del camino con grupos de peregrinos que iban a visitar la tumba del apóstol Santiago en Compostela y con comerciantes que hacían sus negocios en las villas y ciudades de esa ruta. Tardamos nueve días en llegar a Burgos, siguiendo la vía de los peregrinos a Santiago por Puente la Reina, Logroño, Nájera y Belorado. En Burgos nos albergamos en una posada cerca de la catedral. Los cuatro lanceros que me acompañaban ocuparon una estancia junto al establo y yo me instalé en una pequeña alcoba en la segunda planta bajo el tejado.

Ignoraba cuánto tiempo íbamos a permanecer en aquella ciudad, que era el corazón de Castilla. Mi única misión consistía en negociar con la reina Urraca y conseguir unas buenas condiciones en su boda con don Alfonso y que todos los reinos cristianos se unieran mediante su matrimonio, quién sabe si para siempre.

Tuve que aguardar cuatro días hasta que recibí la autorización para presentarme ante la reina, que habitaba en un palacio cerca de la catedral. Sus consejeros, con los cuales me vi dos días antes para preparar nuestro encuentro, le habían informado que yo era uno de los hombres de máxima confianza de don Alfonso de Aragón. Dos guardias me escoltaron hasta una

gran sala cuyas paredes de piedra estaban cubiertas de tapices de lana con los emblemas de los reyes de León y de Castilla, los dos reinos que reunificara el padre de doña Urraca.

La reina estaba sentada a la cabecera de una gran mesa. Era hermosa. No me atraen las mujeres, pero aprecié su belleza y supuse que cualquier hombre podría prendarse de ella. Su cabello estaba besado por el sol y le caía trenzado por la espalda sujeto con un pasador de oro justo detrás de la cabeza. Vestía un elegante traje de brocado violeta cuyo corte le dejaba al descubierto unos hombros bien torneados. Su piel era blanca como la luz del amanecer y sus labios bembones y encarnados; sus ojos brillaban verdeazulados como el color del mar que yo había visto cuando acudimos a Valencia en ayuda del Cid. Además, en su mirada adusta y orgullosa se traslucía la soberbia de quien se sabe poderosa y quiere que los demás también lo adviertan.

Con un gesto pleno de autoridad, doña Urraca ordenó a los guardias que nos dejaran a solas y me indicó con una señal similar que me sentara frente a ella, a la mesa sobre la que había una bandeja de pastelitos de harina, miel, nueces y almendras, como los que gustan hornear los musulmanes, y una jarra de vino rebajado con agua y endulzado con miel, como luego comprobé.

Me incliné respetuoso y me senté donde me indicó.

Durante unos instantes, que se me hicieron muy largos, ninguno de los dos dijo nada, pero, con aquella mirada tan aguda, doña Urraca dejaba claro que era una mujer de fuerte carácter y determinación, endurecida por las circunstancias de la vida. Era la única hija del segundo matrimonio del rey don Alfonso de León y de la reina Constanza de Borgoña, de la que había heredado el color de la piel, de los ojos y el cabello dorado. De ese matrimonio, el segundo de los cinco que contrajo su padre, nacieron además otros cinco niños varones, todos ellos muertos antes de cumplir el primer año de edad.

—Mi señora, os doy las gracias por recibirme en vuestra casa —comencé a hablar aun sin permiso para hacerlo—. Mi señor el rey don Alfonso de Aragón os envía sus condolencias por el triste fallecimiento de vuestro padre, el gran rey de León.

Continuó mirándome impertérrita. Sus ojos eran dos carámbanos de hielo, como los que se agarran a las rocas de San Juan de la Peña en los amaneceres de invierno. Abrí la boca para añadir algunas palabras amables, pero a la vista de aquellos ojos gélidos no se me ocurrió nada más que decir.

La reina de León y de Castilla se dio cuenta de mi azoramiento, se levantó y se sirvió ella misma un vaso de la jarra de vino. Pensé que iba a ofrecerme

otro, pero solo llenó el suyo.

—Supongo que el rey don Alfonso no os envía únicamente para presentarme su sentido pésame —apuntó—. Mi padre le ofreció mi mano como esposa e intuyo que vos habéis venido a tratar este asunto porque sois un hombre de la plena confianza del rey de Aragón. ¿Estoy en lo cierto?

Sentí sus palabras como agujas de hielo en mi piel.

—Mi señora, permitidme que...

—No os importa que beba, ¿verdad? —me interrumpió doña Urraca—. Acostumbro a beber durante una negociación, pues intuyo que a eso habéis venido: a negociar mi boda. ¿Me equivoco?

—No, no erráis. Mi señora —tomé aire y hablé en esta ocasión con la voz más firme que pude—, quisiera daros la enhorabuena por ser la primera reina ejerciente en la historia de León y Castilla.

Doña Urraca dio un sorbo a su vaso de vino con elegancia y majestuosidad.

—Me siento en este trono debido a una serie de trágicos sucesos. La muerte de mi medio hermano, el príncipe Sancho, en la batalla de Uclés me abrió el paso y, una vez convertida en reina, he tomado la decisión de restaurar el orden y el gobierno. Soy una mujer y carezco de la fuerza y la destreza necesarias para combatir en una batalla. En estos tiempos que corren, con los almorávides acosando el sur de nuestros dominios, es necesario un hombre fuerte que sepa dirigir el ejército y sostenga el reino. Mi esposo don Raimundo murió hace ya más de dos años y el hijo que me dio es muy pequeño. Estos reinos de León y de Castilla requieren de un varón poderoso que los defienda de tantos peligros y amenazas.

El semblante de doña Urraca constituía todo un enigma para mí. Me resultaba imposible adivinar qué pensamientos surcaban la mente de aquella mujer.

—Mi señor el rey de Aragón puede ser ese hombre.

—Nuestros reinos han estado enfrentados por ver cuál de los dos se hacía con el dominio de Zaragoza. Mi padre lo pretendía y vuestro rey también, por eso me ofreció en matrimonio a don Alfonso. Pese a ello, el año pasado estuvo a punto de estallar una guerra entre nosotros por ese asunto y ahora os presentáis ante mí, en el nombre de don Alfonso de Aragón, demandando... ¿qué exactamente? Porque supongo que la propuesta de este matrimonio vendrá con determinadas condiciones. —Doña Urraca esbozó, por fin, una mueca, una especie de sonrisa taimada que habría helado los fuegos del infierno—. Pero, a fin de cuentas, supongo que es el momento de olvidar

viejas rencillas y trabajar juntos para vencer a esos demonios africanos que nos acosan, librar a Zaragoza y a otras ciudades del yugo sarraceno y retornarlas al seno de la cristiandad.

—Mi señora, como bien sabéis, pues han derrotado en dos ocasiones al ejército de vuestro padre, los almorávides son fieros guerreros a los que solo lograremos vencer si nos enfrentamos a ellos con nuestras fuerzas unidas.

—Eso, Bernardo de Jaca, no se puede negar. Los almorávides nos vencieron tiempo atrás en la batalla de Sagrajas y de nuevo en Uclés el año pasado. Ambas derrotas han sido muy dolorosas tanto para estos reinos como para mi familia, pues en la primera fue gravemente herido mi padre y en la segunda perdió la vida mi medio hermano.

—Entonces, señora, estrechad lazos con Aragón —propuse casi con euforia—. Casaos con don Alfonso, tal cual era el deseo de vuestro padre, y unid ambos reinos bajo un mismo trono. Con vuestro matrimonio no habrá casa de reyes más poderosa en toda la cristiandad.

—Veo que ya no os andáis con rodeos —dijo y sorbió otro poco de vino dulce—. Sé de la gran valentía y arrojo de los guerreros de Aragón y de Pamplona en la batalla. Hace ya tiempo que vuestras armas son garantía de victoria.

—Y más aún si quien dirige el ejército es mi señor el rey don Alfonso. ¡Ah, si lo vierais pelear, espada y maza en mano! Parece un titán, os lo aseguro, pues he combatido en varias ocasiones a su lado y siempre ha resultado victorioso.

Sentía mi garganta seca, pero no había indicios de que doña Urraca fuera a ofrecerme un trago. Probablemente era una táctica bien pensada, aunque pudiera parecer descortés con un invitado.

—Para ganar una guerra, además de valor es preciso tener oro —asentó doña Urraca—. Aragón puede aportar miles de soldados expertos que derrotarían a cualquier ejército almorávide en un enfrentamiento definitivo.

—A vuestro lado no solo formarán aragoneses y pamploneses, también lo harán caballeros del otro lado de los Pirineos: los aguerridos y orgullosos gascones, los fieros y montaraces berneses y los templados y elegantes aquitanos, que ahora son vasallos de mi señor. Muchos de ellos se han curtido en la guerra santa que se está librando en ultramar y están empapados del nuevo espíritu en defensa de la cruz.

—De modo que juntos en esta empresa tendríamos oro y soldados.

—Con nuestras fuerzas y vuestros recursos unidos, los almorávides serían derrotados, y Alfonso y Urraca de Aragón, de Pamplona, de León y de

Castilla serían nombres gloriosos que la cristiandad recordaría por siempre.

—Sois un hombre persuasivo, Bernardo. Tenéis el don de la palabra. Seríais un buen predicador. —Doña Urraca alargó la sonrisa.

—La guerra con los sarracenos se va a intensificar —proseguí— y no a mucho tardar habrá nuevas batallas. Los almorávides avanzan sin temor, pues, ante nuestra división y tras sus dos grandes victorias en Sagradas y Uclés, se creen más fuertes que nosotros. Si os casáis con don Alfonso y se unen vuestros reinos bajo una sola autoridad real, la cristiandad hispana se tornará fuerte, como nunca antes, y juntos podréis vencer por fin a los musulmanes y arrojarlos al mar.

—Y además vengaría a mi padre y a mi hermano. —Doña Urraca se levantó y observó el patio del palacio a través de una de las ventanas—. Siempre he considerado a mis consejeros, a todos los efectos, hombres eficientes, pero me parece que vos los superáis en capacidad para negociar.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que estaba teniendo éxito en mi entrevista con doña Urraca.

—Sois muy amable, mi señora, pero yo solo soy un mero heraldo de mi rey. Se trata de una cuestión de números, no de sentimientos. En el monasterio de San Juan de la Peña un monje nos enseñó aritmética cuando don Alfonso y yo éramos unos muchachitos y aprendimos que en la vida siempre es mejor sumar que restar. Aragón y Pamplona, León y Castilla juntos suman, y mucho, y esa suma nos beneficiará a ambos.

Doña Urraca calló y se sumió en una larga reflexión. Su figura se perfilaba esbelta junto a aquella ventana de marcos dorados. La luz del sol destacaba en su bello rostro, una hermosura jamás antes vista por mí. Aquella mujer, si se lo propusiera, sería capaz de inspirar las más bellas canciones en los labios de los juglares.

Tras una larga espera, doña Urraca tomó una decisión. Se volvió hacia mí, segura de sí misma, y habló:

—Decidme, Bernardo, ¿cuál es la principal condición que Aragón presenta para que se celebre esta boda? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Aragón y Pamplona, pues no olvidéis que don Alfonso también es soberano de ese otro reino, necesitan un heredero varón. Por tanto, es condición inexcusable que vuestra alteza admita en las capitulaciones matrimoniales que si engendráis un hijo con don Alfonso, ese niño será el futuro rey de Aragón y de Pamplona, pero también el de León y de Castilla — asenté tal cual habíamos acordado en la curia donde se decidió la boda real.

—Supongo que estáis al corriente de que tengo un hijo varón de mi primer esposo y que es mi heredero.

—Lo sé, mi señora, pero vuestros hijos con el rey de Aragón deberán tener precedencia en el orden de sucesión, también en León y en Castilla. ¿Aceptáis?

—Una mujer tiene mayores dificultades y deber esforzarse más que un hombre para recorrer el camino que conduce a la gloria. Creo que puedo hacer ese camino junto a don Alfonso con mayor facilidad. Sí, acepto esas condiciones. Transmitidle a vuestro señor mi decisión: Yo, Urraca, reina de León y de Castilla, imperante en toda Hispania, me casaré con el rey don Alfonso de Aragón y de Pamplona.

—¿Cuándo queréis celebrar la boda, mi señora?

—Primero he de enterrar a mi padre en el monasterio de San Facundo de Sahagún, en dos o tres semanas, a partir de entonces, cuanto antes sea posible.

—Sabia decisión, alteza —le dije.

—Y ahora, contadme, don Bernardo, ¿cómo es mi futuro marido? —Solo entonces la reina me sirvió una copa de aquel vino dulce y ligero, que degusté con gran placer.

—Quizá mi opinión no sea objetiva, señora, pues además de mi rey es mi mejor compañero, pero os diré que es el caballero más valiente del mundo, prudente cuando es preciso y arrojado si la ocasión lo requiere. Tiene el corazón de un león y la perspicacia de un águila. Es alto, fuerte, de brazos y pecho poderosos. Es piadoso y temeroso de Dios y...

—Un hombre extraordinario, a lo que parece —me interrumpió la reina con cierto tono de ironía.

—Nos formamos juntos en un monasterio durante nuestra puericia. Don Alfonso sabe de leyes, de letras y de números, ha leído obras de autores romanos y griegos, y sí, es un gran rey.

—Tal como lo describís, ya ardo en deseos de conocerlo.

No le dije a doña Urraca, no era necesario, que a don Alfonso le gustaba la práctica de la guerra, que ansiaba la participación en las batallas y que aplicaba el uso de la fuerza en los combates; y tampoco le revelé, aunque quizás ella lo intuyó, que, dada la inclinación que llaman *contra natura*, no amaba a las mujeres, que nunca había amado a ninguna y que jamás lo haría; ni que mi corazón y mi alma eran suyas.

CAPÍTULO III
UNA REINA PARA UN REY

Envié un heraldo a Aragón con la noticia de la aceptación de doña Urraca para celebrar ese matrimonio y me quedé en Burgos esperando la respuesta del rey. No veía a don Alfonso desde julio, cuando me envió a negociar las cláusulas de su casamiento. Cumplí este cometido pero una pregunta cruel se reiteraba una y otra vez en mi mente: ¿por qué? ¿Por qué el hombre al que yo amaba me hacía pasar por un trago tan amargo? ¿Por qué me había elegido a mí para pactar su matrimonio? ¿No era ya suficiente castigo no corresponder a mi amor? En el fondo de mi corazón de ninguna manera deseaba ver a mi señor casado con la reina de León, ni con otra mujer, por más que el reino de Aragón precisara pronto un heredero. Sí, yo mismo se lo había aconsejado, pero de un modo tan falso como hipócrita, pues, al fin y al cabo, ¿a qué me debía yo si no a la ventura del rey y de su reino?

Por las noches, el rostro de don Alfonso se me aparecía en sueños, tan nítido que en ocasiones me costaba sobremanera diferenciar dónde empezaba la realidad y dónde terminaba la ilusión. Sin embargo, cuando despertaba, caía sobre mí con toda su crudeza la evidencia de que don Alfonso pronto contraería matrimonio y de que yo solo era un mero instrumento para hilvanar dicho enlace.

Tres meses habían transcurrido desde nuestro último encuentro. Durante ese tiempo me había comunicado en varias ocasiones con don Alfonso y en mis escritos le había transmitido hasta el más mínimo detalle de las negociaciones que yo acordaba con doña Urraca y sus consejeros para futuro provecho del reino de Aragón.

Una mañana de comienzos de octubre, un mensajero a caballo, uno de los varios que en aquellos días surcaban los caminos entre Aragón y Castilla, se presentó a las puertas de la posada donde yo moraba desde que arribara a Burgos. El pergamino que me entregó provenía de la cancillería de don Alfonso. Breve y conciso, el rey anunciaba su comparecencia en Burgos en una semana, la noche previa a su casamiento con doña Urraca.

Leí el mensaje: «La ceremonia se celebrará cuanto antes, tal cual se ha aprobado en una curia que hemos celebrado en Huesca. El obispo don Ramón de Barbastro, que suele ser el más reflexivo y sensato de todos mis consejeros, ha observado que doña Urraca y yo somos primos, pues ambos somos bisnietos del rey Sancho el Mayor de Pamplona. Al tener una relación de parentesco en segundo grado y por tanto una consanguinidad cercana, es precisa una dispensa del papa para que el matrimonio sea válido y canónico. Pero, de hacerlo así, habría que retrasar esta boda algún tiempo, tal vez un año, pues Roma suele actuar con calma en este tipo de asuntos. Es demasiado tiempo, de modo que hemos obviado ese permiso y nos casaremos enseguida; ya vendrá la dispensa papal más tarde. Son muchos los príncipes que así lo hacen. Nadie ha denunciado nuestro parentesco, nadie se ha opuesto a estos planes, ideados por el propio padre de doña Urraca. ¿Quién en su sano juicio se va a manifestar en contra de esta boda? El papa podría declarar nulo nuestro matrimonio, pero ya resolveremos esa cuestión más adelante, si es que algún día llegara a plantearse».

Tal como me ordenaba mi señor, aclaré los trámites para su boda. Aquel día había concertado una reunión con el conde Gómez González en la sala mayor del castillo de Burgos. El último asunto a tratar era cerrar las capitulaciones matrimoniales, que tenían por objeto regular el régimen territorial y económico de los dos monarcas y de sus reinos, previas al enlace nupcial.

Una escolta de dos guardias me acompañó hasta la sala mayor, donde el conde me recibió cordial esgrimiendo una sonrisa amistosa. La sala no era tan grande como el salón real de la zuda de Huesca, aunque se respiraba allí la riqueza del reino de Castilla. Las paredes estaban decoradas con tapices de lana de Normandía y capas de seda de Persia y se apreciaba, tanto en el mobiliario como en las alfombras, la delicada labor de los mejores artesanos. Agradecí también la sensación de intimidad de aquel espacio, en origen más propio de soldados que de cortesanos.

El conde Gómez González sirvió tinto generosamente en dos copas de plata y, amable, me invitó a tomar asiento en la mesa central. El sol de media mañana se filtraba tenue a través de las ventanas. El otoño de aquel año de 1109 era frío y gris y cada rayo de sol se agradecía como una bendición caída del cielo.

—Don Bernardo —comenzó el conde—, os transmito las palabras de la reina Urraca, quien desea zanjar los asuntos que nos atañen a la mayor

brevidad posible.

—No es otra la voluntad del rey de Aragón —convine.

—Espero que vuestra estancia en Burgos esté resultando... comfortable — pareció ironizar el conde dibujando en su rostro una peculiar sonrisa—. El frío de este otoño burgalés cala hasta en los huesos. La guardia nocturna ya se ha topado con algunos mendigos ateridos y casi muertos por congelación.

—Dormir con un poco de frío en los pies no es algo que amedrente a los hombres de Aragón —repliqué—; estamos acostumbrados a combatir enemigos más terribles que este tiempo.

—No lo dudo, no lo dudo.

El conde me envió una sonrisa pícaro y aguda. Luego se humedeció los labios con vino dulce sin apartar un ápice sus ojos de los míos.

—¿Sucede algo? —pregunté afable.

—Don Bernardo, no tengáis en cuenta mi indiscreción, pero he reparado en que vuestro rostro no presenta una sola cicatriz. Permitid que os diga que es toda una hazaña pues, según se cuenta, los caballeros del rey de Aragón no pierden oportunidad de entrar en batalla siempre que se da el caso.

—He tomado parte en varias contiendas y supongo que gracias a mi ángel custodio siempre he salido ileso —afirmé sacudiendo la cabeza.

—De ahí mis observaciones y que a mis ojos resulte extraño tener delante a un soldado sin rasguño alguno, de lo cual deduzco que debéis de ser un guerrero formidable, don Bernardo.

—No han faltado quienes me han atacado intentando acabar conmigo, pero hasta ahora siempre han fallado.

—Tal vez se deba a que, además de la protección de vuestro ángel, sabéis elegir bien a vuestros adversarios.

—Los hombres de Aragón poseemos esa intuición natural. —Alcé la copa de vino, también sonriente. «No se puede decir lo mismo de algunos caballeros leoneses», añadí en mis pensamientos.

—Habréis arrebatado muchas vidas entonces —prosiguió Gómez González.

—Sí, señor conde, así es.

—Parecéis un hombre que no teme a nada, don Bernardo. ¿Me equivoco?

—¿Habláis de miedo? No temo a la muerte ni a los musulmanes. Si acaso, mi mayor temor es verme a solas perdido frente a una manada de lobos en el bosque en una cruda noche de invierno. A ese pensamiento sí le tengo pavor.

El conde pareció reflexionar.

—¿Y quién no lo tendría en una situación así? —concedió solemne.

—Solo aquel hombre que se ha enfrentado a los lobos cara a cara y a sus propios miedos puede mirarse al espejo y saberse valeroso.

—¿Insinuáis que os habéis enfrentado a una manada de lobos hambrientos en un crudo día de invierno?

No respondí. Fijé la mirada en los ojos del conde y aguardé unos instantes antes de apartarla.

—Vos tampoco lucís cicatrices, mi señor —observé.

—No, aunque en varias ocasiones anduve cerca de tenerlas. También he participado en batallas, pese a que la envergadura de estas no alcance la de las vuestras —ironizó.

—Sois afortunado por ello —incliné el cuerpo; el conde sirvió más vino en mi copa—. No es fácil hundir la espada en el cuerpo de un hombre, como bien debéis saber. Aunque se trate del peor de los enemigos, no todo el mundo es capaz de quitar la vida a un ser humano; ese es un asunto mayor que requiere de ciertas dotes.

El conde asintió ceremonioso.

—Decidme, don Bernardo, ¿recordáis el rostro del primer hombre al que matasteis?

—Por supuesto, señor conde, ¿cómo olvidarlo?

—¿Puedo saber quién fue?

—Un sarraceno, supongo. Sucedió en la batalla de Alcoraz, contando yo con veinticinco años. Nunca conocí su nombre. Tenía el rostro enloquecido y sus ojos llameaban. Salpicaba sangre, mugre y sudor. Su expresión feroz se tornó en amarga sorpresa cuando comprendió que la muerte se lo llevaba.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Nos lanzamos a la carga en el llano de Alcoraz, junto a la ciudad de Huesca. Cuando lo divisé, aquel mal nacido estaba a punto de asestar un golpe mortal a uno de los nuestros.

Pero, en el último instante, apreté mi lanza bajo mi brazo y la ensarté con toda violencia en su torso, perforando la cota de malla, la carne, los tejidos y los huesos; lo atravesé del pecho a la espalda, a la altura del corazón. Fue muy rápido. Tuve suerte, y él también, supongo, pues murió al instante sin sentir más dolor que el del golpe. Pude ver cómo su vida se apagaba en un momento, pero nada sentí.

—Cruenta historia, don Bernardo.

—Solo es una de tantas —señalé mostrando indiferencia, al tiempo que volvía a llenarme la copa—. ¿Puedo preguntaros por vuestro primer muerto, señor conde?

Don Gómez González izó el brazo, como si brindara.

—Mi primer muerto fue un almorávide, en una algarada en la frontera del Tajo. Todavía no he olvidado el vocerío que lanzaban aquellos diablos a orillas del río. Fue un combate breve pero sangriento. Mi víctima, un joven de dieciséis o diecisiete años a lo sumo, iba a pie chapoteando por el barro, gritando como un loco, consternado por el horror del miedo a la batalla. Cegado por la desesperación, aquel necio vino corriendo hacia mí creyendo que podría acabar conmigo con un solo golpe de su sable. Lo derribé con mi caballo y, al tropezar, el joven se quebró una pierna quedando indefenso. Desmonté de mi caballo de guerra y lo inmovilicé hincando mis rodillas en su pecho. El joven, aterrado, empezó a gritar: «¡No lo hagáis! ¡No lo hagáis! ¡Piedad!». —El conde hizo una pausa y prorrumpió en carcajadas. Luego, endureció las facciones—. Todavía puedo escuchar en mis oídos la reverberación de aquellas palabras suplicando clemencia. Pero, como vos, tampoco sentí nada. Ni entonces ni ahora. Nunca te dicen que los que están a punto de morir se cagan encima por el miedo, ¿verdad? Tampoco se menciona en las canciones. Estúpido joven, estúpido fanático almorávide..., no atendí a sus súplicas y le atravesé un ojo con mi puñal para que dejara de chillar como un puerco.

Durante un rato enmudecimos y nos abandonamos a nuestros propios pensamientos. El aire estaba cargado con el aroma de los guisos que se cocinaban durante la mañana. Sentía el rostro acalorado por el vino y, al poco, me di cuenta de que estaba pensando en mi señor Alfonso. Decidí interrumpir el silencio.

—Cuando se celebre el matrimonio de don Alfonso y doña Urraca, los almorávides y todos los sarracenos serán expulsados de Hispania. Con vuestro oro y nuestros ejércitos, no podrán soportar el mazazo de ambos reinos unidos.

—No puedo sino coincidir con vos, don Bernardo. Lucharemos juntos por el triunfo de la cristiandad y la soberanía de Aragón y de León y Castilla, por aquellos reyes y reinas que ahora gobiernan y por cuantos están por venir.

—Así será hasta el fin de nuestros días y por los siglos de los siglos.

Brindamos a la luz del mediodía e ingerimos, de un solo trago, la copa del vino de la victoria y la fraternidad.

—¿Qué tal si entramos en materia?

Durante tres jornadas trabajamos, del alba al ocaso, en la preparación del acuerdo matrimonial, un contrato que resultó ser complejo y que, además, carecía de precedentes.

Don Alfonso sería rey en León y Castilla y Urraca reina en Aragón y Pamplona y ambos reinarían con el lema Emperadores de toda Hispania; si engendraban un hijo, este sería el sucesor en todos los reinos y de todos los títulos; si no nacía ese heredero, cada cónyuge heredaría al primero que muriera de los dos, es decir, si don Alfonso moría sin hijos, Aragón y Pamplona serían de doña Urraca y de su hijo don Alfonso Raimúndez, el nacido de su primer matrimonio; en caso de que muriera doña Urraca, León y Castilla serían para don Alfonso; y si se producía una separación de los esposos, doña Urraca perdería sus reinos, que también serían para don Alfonso.

Estuvimos de acuerdo en todo; el matrimonio de los dos monarcas se celebraría inmediatamente.

Tal y como me había anunciado en su último escrito, don Alfonso apareció en Burgos la tarde precedente a su enlace con doña Urraca. Iba acompañado de los obispos de Jaca, Pamplona y Barbastro y de una hueste de cincuenta soldados y señores, entre ellos don Castán de Biel, quienes se hospedaron en posadas y casas de nobles. Para don Alfonso acondicionaron un aposento en uno de los torreones del castillo. A medianoche, cuando la ciudad dormía, me hizo llamar.

—Mi señor, espero que hayáis tenido un viaje cómodo —lo saludé inclinando levemente la cabeza—, pues el frío en estos días es notable.

En la estancia habían encendido varias velas; su luz rojiza lamía las paredes de piedra hasta el techo. Las brasas de madera calcinada crepitaban en la chimenea como un triste verso. Era un habitáculo sencillo pero bien caldeado. Aunque ya tenía noticia precisa de ello, don Alfonso quiso saber de mi boca los acuerdos a los que yo había llegado previamente al casamiento. Terminado mi alegato, el rey, conforme, agradeció mis servicios prestados.

—He conocido a doña Urraca —añadió con voz firme— y me ha parecido una mujer bendecida por la hermosura de Dios, sin duda. Es graciosa de habla, pero creo que voluble en su carácter.

—Una primera impresión muy acertada, mi señor.

—Al fin y al cabo, Urraca es una mujer. —Don Alfonso posó una mirada carnal y profunda en mis labios—. Te he pedido que vinieras a estas horas porque he de ordenarte algo.

—Cuanto se os ofrezca, mi señor.

Antes de hablar, don Alfonso inspiró aire hondamente.

—No te acerques a mí, ni antes ni después de la ceremonia, Bernardo. No a menos que yo te lo pida. Lo importante mañana es que los reinos de Aragón y de León queden ligados por este matrimonio. No quisiera ver mi palabra comprometida por mis verdaderos deseos, de modo que procura alejarte de mí para que mis sentimientos no se enturbien.

Le devolví una mirada dolida.

—Como ordenéis, mi señor.

Una riada de dolor inundó entonces mi corazón.

Al día siguiente nos trasladamos al castillo de Muñó a dos horas de camino al oeste de Burgos, donde se celebraría la ceremonia nupcial. La fortaleza corona un destacado otero desde el cual se domina todo el valle del Arlanzón. Se eligió ese lugar porque era señorío de don Pedro Ansúrez, el ayo y protector de la reina desde que fuera una niña.

Cuando llegamos al pie del cerro, uno de los caballeros castellanos que me acompañaban miró a lo alto y torció el gesto.

—¿Qué ocurre? —le pregunté extrañado.

—Mirad al cielo, don Bernardo, allá —me indicó señalando con su brazo hacia el sur.

—¿Un cuervo?

—Sí, y vuela a nuestra izquierda —asentó el castellano.

—¿Y bien?

—Es un mal augurio; cuando las cornejas vuelan de ese lado es indicio de que algo no irá bien.

Me encogí de hombros y seguí ascendiendo la ladera del otero, aunque sin dejar de mirar el vuelo de cuervo, que se mantenía siempre a nuestra izquierda.

Entramos en el patio del castillo, donde varios criados estaban descargando cajas con todo tipo de comida y barriles y cántaros rebosantes de vino. Se invirtieron largas horas en la preparación del banquete y la decoración, con los estandartes con los colores y emblemas de ambos reinos destacando en las paredes, mientras unos juglares amenizaban la espera. La unión dinástica de Aragón y Pamplona con León y Castilla debía sellarse sin contratiempos ni fisuras, y todo se preparó con esmero aunque con demasiadas prisas.

Al caer la tarde, el cielo se pintó de tonalidades bermejas y poco después el sol se hundió despacio en el horizonte. Decenas de velas y de antorchas

centelleaban en el castillo y alumbraban el patio.

Los dos reyes aparecieron vestidos con magníficos ropajes. Don Alfonso lucía una túnica azul celeste ribeteada de oro, botas de cuero verde y manto púrpura que se cerraba con un broche de oro; portaba sobre su cabeza la corona real de Aragón, una diadema de oro con media docena de rubíes y esmeraldas engastados. Doña Urraca vestía un traje largo azul oscuro salpicado con estrellas doradas bordadas y gruesas orlas de oro, un manto carmesí festoneado de plata, botines amarillos, pañuelo blanco de fina seda sobre los cabellos y corona de oro con brillantes y perlas; portaba en su mano el cetro, símbolo del poder de los reyes leoneses, que su padre ya luciera en sus ceremonias.

Unas doscientas personas asistimos al casamiento en la capilla de la fortaleza. Apretados por el poco espacio disponible, nobles y caballeros alzaban la barbilla, orgullosos, sabedores de que se encontraban a escasos instantes de ser testigos de tan prodigioso enlace. Desde luego, aquel sencillo templo no era precisamente el que se requería para la boda más importante hasta entonces celebrada entre soberanos de los reinos más poderosos de la cristiandad hispana, la que iba a suponer una unión dinástica como jamás antes se había visto, pero, pese a la escasa solemnidad que allí se vivía, todo el mundo parecía satisfecho.

Todos menos yo. Cuando vi a don Alfonso tomar y aceptar la mano de doña Urraca, ante el altar y frente a media docena de obispos, una parte de mí murió para siempre. Fue como si alguien en mi interior hubiera calcinado con un fuego intenso y devastador todas mis esperanzas y mis ambiciones.

Sentí como si una mano de hierro al rojo vivo estrangulara mis sentimientos más profundos hasta reducirlos a polvo y cenizas. Durante la ceremonia y después durante el banquete de bodas, don Alfonso no me dirigió la palabra; ni siquiera me miró una sola vez.

Para servir la cena a los dos centenares de invitados se montaron varias mesas con caballetes en una sala de aquella fortaleza, con los escudos de armas de Aragón, de Pamplona, de León y de Castilla descollando en las paredes y con blasones colgando del techo de madera. Más pronto que tarde muchos de los señores empezaron a mostrar los primeros síntomas de embriaguez. Don Alfonso, atiborrado de vino y comida, continuaba reacio a mirarme, pese a sentarse a solo dos mesas de distancia. En cambio, el rey parecía contento con

la que ya era oficialmente su esposa. A doña Urraca sí le dedicaba amplias sonrisas y, con palabras que prefiero no imaginar, le hacía reír abiertamente.

Cuando no pude soportar más los celos, me escabullí sin que nadie me viera y salí a tomar aire fresco al patio, donde algunos caballeros que yo conocía trataban de cortejar a doncellas castellanas y leonesas con bastante éxito según pude observar.

Mientras presenciaba aquellas corteses escenas, escuchando el murmullo de los invitados que llegaba del interior del castillo, tomé asiento en una de las carretas donde se habían transportado los alimentos. En el patio hacía un frío terrible, pero prefería helarme ahí fuera que ver el rostro caldeado de don Alfonso en el interior.

Al poco rato de estar allí se acercó a mí una mujer preciosa. Era alta, de cabellos rojizos besados por el fuego, que recogía en una hermosa y delicada trenza, y ojos verdes como esmeraldas. Su piel lucía blanquecina como pintada por la luz de la luna y su rostro estaba impregnado de un centenar de pecas.

La nariz, alineada sobre unos labios rojos y bembones, era recta y elegante. Llevaba un vestido de color morado, muy ceñido de mangas y de talle, que resaltaba sus rotundas formas.

—Soy Elvira de Toro, mi señor —se presentó—, hija de un noble de León y una de las damas de compañía de la reina; su alteza me eligió hace diez años para acompañarla.

Cualquier hombre que deseara a una mujer hubiera quedado prendido de doña Elvira con solo verla. Su sonrisa lucía dulce y, a la vez, seductora. Era educada, hermosa y transmitía con su mirada la seducción femenil que un hombre apenas puede explicar con palabras.

—¿Puedo ayudaros en algo, mi señora? —le devolví el saludo, cortés, y le di mi nombre—. Soy Bernardo de Jaca, caballero de Aragón y consejero del rey don Alfonso.

—Bernardo de Jaca... —musitó ella despacio, como si esperara descubrir algún mensaje oculto en mis palabras—, distinguido nombre, mi señor. Os he visto por la ciudad y también rondando el castillo desde hace unas semanas. ¿Os importa que os haga compañía un rato? He observado cómo salíais a hurtadillas del salón y he pensado que quizá...

—Solo quería respirar aire limpio. Ahí dentro el ambiente está muy cargado.

—Si preferís estar solo con vuestros pensamientos... Aunque tal vez aceptéis la compañía de una mujer.

Sonreí y me hice a un lado de la carreta para cederle un espacio. Al ver que doña Elvira tiritaba, me quité el abrigo de piel y, delicadamente, lo posé sobre sus hombros.

—Gracias. Don Bernardo, tenéis aspecto de ser un hombre solitario.

—Supongo que la vida ha hecho que sea así.

—¿Sabéis lo que se dice del hombre solitario? —Doña Elvira se llevó un dedo a los labios, reflexiva.

—No, mi señora, ¿qué se dice?

—Que lo es porque ama a alguien que jamás lo corresponderá. Un hombre solitario y enamorado se debe a una causa perdida —me comentó; yo guardé silencio—. Y el sentimiento de soledad se recrudece en las bodas —prosiguió doña Elvira—. Todos tenemos aspiraciones y sueños y hoy somos afortunados por haber asistido a un matrimonio que se destacará en todos los anales y en todas las historias.

—Pero..., yo... —balbucí confuso.

—Un enlace matrimonial une a un hombre y a una mujer; y si existe una tercera persona afectada, alguien que ama a uno de los dos contrayentes pero que puede cambiar el destino, en ese caso el sentimiento que invadirá a esa persona puede ser de un absoluto desasosiego; y si se trata de un rey o de una reina...

—Quien es siervo por amor debe sentir la dicha de su amado como propia —completé procurando mostrarme solemne y digno a la vez.

Doña Elvira asintió y, de pronto, tomó mi mano.

—El trono es un lugar al que los simples mortales nunca accederemos, don Bernardo, y no está de más recordarlo de vez en cuando.

—Vos y yo vinimos a este mundo para satisfacer las órdenes de otros señores; ¿qué nos sucedería si obráramos en contra de lo que es natural?

—La muerte —respondió sucinta doña Elvira.

—¿La muerte? —repetí mostrándome apático.

—Don Bernardo, sospecho que vos y yo somos dos almas perdidas bajo el cielo de este gélido otoño.

—¿Por qué decís eso?

—Intuyo que nuestras almas son gemelas. Ambos aceptamos esta boda, pero ninguno de los dos hubiéramos querido que se produjera. Se han manifestado demasiados malos augurios.

—¿A qué augurios os referís?

—¿No habéis oído a los bodegueros hablar de ello?

—¿A los bodegueros...? No. ¿Acaso han dicho algo contra esta boda?

—La fuerte helada de ayer ha estropeado el mosto de la vendimia y agriará el vino en las bodegas. Ya se habla de las maldiciones que caerán sobre León y Castilla por lo sucedido esta noche. Una vez oí a mi padre decir que es de mal fario casarse el día en que el mosto de la vendimia se hiela, ¿lo sabíais?, y que si alguien bebe ese vino se le retorcerán las entrañas.

—Lo ignoraba, mi señora.

Elvira de Toro era una excelente conversadora que sabía captar mi atención. Cuanto contaba lo convertía en un relato especial, se tratase de la historia que se tratase. El tono, las pausas, la forma en que hacía fluir sus palabras, todo provocaba en mí un efecto envolvente; despertaba mi interés, me mantenía astutamente en ascuas, me obligaba a pensar, a especular y solo entonces decía justo lo que yo deseaba oír. Con esa envidiable destreza conseguía que, por un instante, me olvidase de don Alfonso y de la realidad que me rodeaba.

—Mi señor Bernardo... —me susurró doña Elvira al oído mientras rodeaba mi cadera con un brazo—, ¿queréis tentar a la maldición conmigo? Como vos, yo también me siento sola en esta gélida noche.

Me tomó de la mano y tiró suavemente de ella. Doña Elvira y yo desaparecimos del patio entre las sombras. Nadie vio dónde nos ocultamos. Aquella noche nadie iba a preguntar por nosotros, nadie nos iba a echar de menos. Penetramos en el castillo y accedimos por unas escaleras de piedra que conducían a las bodegas, refugiándonos en un rincón que la luz de los candiles apenas bañaba. Cuando quise darme cuenta, doña Elvira ya se había colocado sobre mí. Me besaba con pasión, muy decidida. Su boca destilaba la dulzura de la miel de las abejas. Me abandoné a aquellos labios suaves y calientes tratando de borrar de mi mente la imagen de mi rey don Alfonso.

—Bernardo, Bernardo... —gemía doña Elvira con toda su lujuria despierta y encendida—. Bernardo...

Yo no deseaba a una mujer; ni a doña Elvira ni a ninguna otra; solo a don Alfonso, a don Alfonso, a don Alfonso...

—Entrad en mí, Bernardo... —suspiró ella cada vez más agitada su respiración—. Entrad en mí y susurradme al oído «¡Mi reina, mi reina!», mientras lo hacéis.

Tal y como doña Elvira me pedía, levanté sus faldas y, con manos tiernas, acaricié toda la extensión de su cuerpo. La excitación que me envolvía no tenía su razón de ser en el deseo sexual hacia aquella mujer. La consecuencia de mi miembro erecto residía en el odio o tal vez en la envidia y los celos que en esos instantes sentía hacia don Alfonso. Hice acopio de todo el

resentimiento que mi corazón albergaba y, furioso, tomé mi miembro enhiesto para penetrar con ardor en el sexo húmedo y caliente de doña Elvira.

—¡Mi reina, mi reina! —susurré a su oído tal cual ella me pedía.

Por más que tomara con fogosidad el cuerpo de aquella hermosa mujer, en las bodegas del castillo de Muñó mi mente sobrevolaba en silencio muy por encima de nuestras cabezas, en la mesa nupcial, allí donde podía imaginar nítidamente a don Alfonso haciendo reír a doña Urraca. Y no lo podía soportar.

«¡Mi rey, mi rey!», lloré en mi interior al tiempo que derramaba dentro de aquella mujer mi simiente. Era la primera vez que lo hacía con una hembra.

Eso no fue todo. Pocas semanas después de la boda, a comienzos de diciembre, tuve que encargarme de redactar la carta de arras que se había acordado unas semanas antes. Por su matrimonio, doña Urraca recibía en los reinos de Aragón y Pamplona los castillos de Sos, Uncastillo, Ejea, Huesca, Montearagón, Bespín, Barbastro, Navalcastillo y Jaca; a cambio, doña Urraca entregaba a don Alfonso Sánchez toda la tierra, reinos y señoríos que había recibido de su padre. Mi rey la firmó con el nuevo título de Emperador de toda Hispania.

Los nuevos esposos esperaban que todos sus súbditos aceptaran las capitulaciones matrimoniales y la unión dinástica de Aragón y Pamplona con León y Castilla, pero a fines de ese año el conde Pedro Froilaz de Traba, un noble gallego que siendo muy joven vino a ayudar a los musulmanes en la batalla de Alcoraz y que ahora custodiaba como ayo al joven Alfonso Raimúndez, y el obispo compostelano Diego Gelmírez proclamaron que doña Urraca había perdido sus derechos reales sobre Galicia al casarse con el aragonés y manifestaron su intención de coronar como rey al hijo de don Raimundo de Borgoña, a quien decían que le pertenecían legalmente. Para justificar su acción, declararon que no encabezaban una rebelión, sino que solo demandaban justicia.

Aquella rebelión incendió Galicia. Unos a favor y otros en contra, en ciudades y villas estallaron discordias y riñas. Nobles y eclesiásticos se manifestaron a favor del niño, en tanto comerciantes y artesanos lo hicieron por don Alfonso y doña Urraca. Una guerra total en aquella región parecía inminente e inevitable. Todos tenían demasiadas cuentas por saldar.

Con don Alfonso y sus más aguerridos caballeros ausentes de Aragón, el reyezuelo Al-Mustain de Zaragoza decidió salir en cabalgada por tierras cristianas al norte de Tudela. Pretendía con ello ofrecer una demostración de la fuerza que no tenía y se dirigió al frente de un escuadrón de jinetes hacia las fortalezas que defendían las tierras del sur del reino de Pamplona.

Dos centenares de graníticos caballeros pamploneses, forjados en los combates de la frontera, se alarmaron por la cabalgada de Al-Mustain, se unieron en una hueste y se enfrentaron a los sarracenos en las afueras de la villa de Valtierra, unas millas al norte de Tudela. En la batalla cayó mortalmente herido el emir de Zaragoza, que no quiso retirarse en fuga para no parecer un cobarde. En cuanto se conoció en esa ciudad que su reyezuelo había muerto, fue proclamado nuevo soberano su hijo Abd al-Malik, al que apodaron Imad ad-Dawla, que en su lengua significa El pilar de la dinastía. Pero los zaragozanos quedaron sumidos en una profunda desmoralización. De todos los reinos de taifas que se habían creado cuando se desbarató el gran califato de Córdoba, hace de ello unos cien años, solo el de Zaragoza se mantenía independiente de los almorávides, pero era cuestión de tiempo que cayera en sus manos o en las nuestras, depende de quién se presentara primero ante sus muros de piedra.

Supimos de la muerte de Al-Mustain cuando recorríamos las tierras de León y de Galicia, a donde habíamos acudido para sofocar la revuelta del conde de Traba y del obispo Gelmírez, que no aceptaban a mi señor como nuevo rey, al que se referían como el lobo aragonés. Don Alfonso pensó en regresar a Aragón, pero decidió permanecer en Galicia, donde asolamos el castillo de Monterroso, defendido por un caballero al que llamaban Pardo, que servía al conde de Traba y que fue muerto tras el asalto. Seguimos en persecución del conde, que mantenía bajo su custodia al hijo de Urraca, cuyos derechos al trono de León decía defender.

Hasta entonces don Alfonso y doña Urraca se habían mantenido juntos, aunque, bien lo sabía yo, no compartían lecho; nunca lo hicieron. Pero la cruenta muerte del caballero Pardo provocó un primer enfrentamiento entre ambos monarcas.

Yo fui testigo de aquel episodio.

—Nadie debe resistir la autoridad de los reyes —alegó don Alfonso— sin pagar una dura pena por ello. Ese hombre merecía la muerte.

—Pardo era un valiente —alegó doña Urraca—. Merecía vivir.

—Era un traidor.

—Sois un bárbaro aragonés y un león sanguinario. Ha sido un error casarme con vos.

La reina era hermosa, de lengua rápida y palabra fácil, graciosa y agradable cuando así quería presentarse, pero caprichosa, voluble y soberbia en no pocas ocasiones.

Aquel día los dos soberanos, que discutieron con tanta vehemencia sin dar ninguno de los dos su brazo a torcer, decidieron separarse por un tiempo. La reina Urraca regresó a la ciudad de León, de donde habíamos partido unas semanas antes, y don Alfonso se quedó en Galicia para sofocar la revuelta de sus nobles, sobre todo la del conde Pedro Froilaz de Traba, que mantenía al infante Alfonso, el hijo de Urraca, como rehén, aunque este ambicioso noble, que firmaba documentos como príncipe de Galicia, decía que era su tutor.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces y ahora, ya anciano, recuerdo aquellos meses en Galicia con cierto estupor. Señores, campesinos, mercaderes, todos andaban sumidos en una especie de locura en la que nadie era capaz de poner una medida de sensatez. Los nobles y los altos eclesiásticos de esa tierra pretendían convertir a Galicia en un reino propio, como ya lo fuera durante unos pocos años bajo el gobierno del desgraciado rey don García, uno de los hijos de don Fernando de León, que fue derrocado por sus dos hermanos mayores; aquel desdichado y efímero monarca pasó el resto de su vida encarcelado en una remota prisión.

El conde de Traba quería nombrar como rey de Galicia al infante don Alfonso, alegando que era el señor natural de esas tierras como hijo legítimo de doña Urraca y nieto de don Alfonso de León. Pero los labradores y los comerciantes se oponían y preferían que fuera mi señor don Alfonso de Aragón quien gobernara toda la tierra desde el mar de los gallegos hasta los Pirineos.

Ante tan grandes divergencias, los enfrentamientos se sucedieron y Galicia, León y Castilla ardieron en peleas y disputas sin cuento. Más que nunca, la tierra necesitaba un rey que la pacificara y la pusiera en orden y ese no podía ser otro que mi señor, que proclamaba orgulloso que reinaba en Aragón, Pamplona, Castilla, Toledo y León y que Urraca era su esposa por su expresa voluntad.

Un día le indicó a su escriba, García Sánchez, que no olvidara añadir a su nombre la fórmula Dueño de la monarquía de toda Iberia. Me extrañó que usara ese término para denominar a todas las tierras de esta gran península, pues era el nombre que usaron los griegos y apenas se había vuelto a utilizar desde entonces.

Los incendios y las disputas se extendían por todas partes y solo la presencia de la hueste de don Alfonso era capaz de poner orden y sosiego. Pero éramos pocos y no podíamos acudir a todos los lugares a la vez, pues apenas habíamos sofocado una rebelión en una villa, cuando surgía otra en una ciudad, y así durante todo aquel tiempo. Semejante situación despertó nuestros peores instintos y es cierto, como ahora se cuenta en algunas crónicas, que hubo ocasiones en las cuales nos excedimos y nos comportamos con extrema violencia, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Solo éramos un pequeño grupo de caballeros aragoneses al lado de nuestro rey, sumidos en aquella vorágine de revueltas y disputas, lejos de nuestra tierra y rodeados de gentes hostiles.

Andábamos aquellos días de finales de primavera en la ciudad de Lugo, cuyos habitantes habían manifestado toda su lealtad a don Alfonso, cuando nos enteramos de que esos demonios africanos habían ocupado Zaragoza. Un ejército almorávide llegado desde Valencia y encabezado por el gobernador Muhammad ibn al-Hayy la tomó sin resistencia a fines de mayo. Imad ad-Dawla abandonó su palacio de la Aljafería poco antes, llevándose con él todo su tesoro, en el que se contaban considerables cantidades de plata, oro y piedras preciosas, y se instaló en el castillo de Rueda, a orillas del río Jalón, donde estableció un pequeño principado por algún tiempo. Desde allí, el heredero de los Banu Hud seguiría hostigando a los almorávides por su cuenta y pronto se convertiría en nuestro aliado.

Solo entonces, con la amenaza de los almorávides a poco más de una jornada a caballo de Huesca, don Alfonso abandonó la persecución del conde de Traba y regresó a nuestra tierra, no fuera a ser que por someter Galicia perdiéramos Aragón. Por delante envió a un correo para que visitara a Imad ad-Dawla en Rueda y le ofreciera un pacto contra los africanos.

Volvimos por las rutas que van a Santiago; atravesamos las tierras de vino de Toro y las de pan de Sahagún. Don Alfonso me envió por delante con un mensaje en busca de doña Urraca, que andaba por tierras de Castilla, indicándole que se dirigiera a Aragón, donde volverían encontrarse.

Partí como una centella y alcancé a doña Urraca cerca de la villa de San Esteban de Gormaz, en los límites de Castilla con la tierra de los sarracenos, donde el Cid poseyó tiempo atrás algunos dominios. En el castillo de San Esteban escuchamos a un juglar declamar un poema en el que se cantaban las hazañas de don Rodrigo, cuyo cuerpo había sido llevado por su esposa doña Jimena al monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de Burgos, pocos días antes de que los almorávides ocuparan Valencia.

Allí dejé a la reina camino de La Rioja, pues era la ruta más segura para llegar a Aragón, y regresé al encuentro con mi señor. Nos cruzamos unas cuantas millas al norte de Soria, una villa todavía en manos sarracenas asentada a la sombra de un poderoso castillo sobre una colina a la orilla del río Duero. Un mensajero acababa de entregarle un informe enviado por el teniente aragonés del castillo de Burgos, colocado por don Alfonso para defender esa fortaleza.

Nos detuvimos a la vera del camino y allí mismo el rey nos reportó la delicada situación y le ordenó al mensajero que nos explicara lo que estaba sucediendo. Las malditas consecuencias de aquella malhadada boda lo estaban complicando todo.

—Hablad —le ordenó don Alfonso al mensajero.

—Mi señor, el papa don Pascual ha enviado una carta al obispo Diego Gelmírez en la que le pide que medie entre vuestra alteza y la reina Urraca.

—¿Qué medie, para qué?

—El papa pretende anular vuestra boda y desea que se haga sin incidentes —informó el mensajero.

—¿Eso es todo? —demandó mi señor, que parecía muy tranquilo pese a lo inquietante de aquella información.

—El papa califica vuestro matrimonio de incestuoso, amenaza con excomulgaros si no se disuelve y...

—¡Malditos bastardos! —clamó don Alfonso, que pasó de un estado de absoluta serenidad de ánimo a una posición de furia desatada, como si se hubieran liberado de pronto todos los demonios tras siglos de prisión.

Quienes estábamos a su lado nos sentimos sobrecogidos por la súbita cólera del rey. En pie, con el rostro enrojecido por la ira, sus ojos brillaban como los de un lobo hambriento a punto de devorar a su presa.

—Esta es la lista de quienes se oponen a vuestra alteza en León y en Castilla. —El correo le entregó un pergamino con varios nombres escritos.

—Léelos en voz alta, Bernardo —dijo al pasarme el pergamino.

—«El arzobispo de Toledo don Bernardo, el obispo de Compostela don Diego Gelmírez, el obispo de Palencia don Pedro de Agen, el obispo de Orense, el obispo de Osma, el abad de Sahagún, el conde de Traba, el conde Gómez González...». —Y así seguí leyendo hasta más de una treintena de nombres, entre ellos la mayoría de los miembros que formaban la nobleza y el alto clero—. Además del papa don Pascual, por supuesto —añadí por mi cuenta.

—¿Quiénes han manifestado que están conmigo? —demandó el rey.

—El concejo de la ciudad de Lugo, los burgueses de Sahagún y los labradores y mercaderes de las ciudades y villas de Galicia, León y Castilla —asentó el correo con cierta solemnidad.

—Me ocuparé de todos esos traidores en cuanto pueda, pero ahora lo en verdad urgente es atender a la defensa de Aragón, de modo que no perdamos más tiempo.

Continuamos camino hacia el este, pero sin olvidar nuestra espalda. Don Alfonso nombró tenentes aragoneses para el gobierno y defensa de las ciudades de Guadalajara, Segovia y Toledo, además de para el de Gormaz y otros castillos, y confirmó los buenos fueros de Sepúlveda y Castrojeriz. Mi señor era rey de Castilla y no iba a consentir que nadie le discutiera ese título.

Llegamos a Aragón a mediados de junio, cabalgando sin descanso, y nos dirigimos a Ejea, pues sabíamos que algunas partidas de jinetes almorávides andaban merodeando por los alrededores de esa villa.

Sin apenas tiempo para descansar, salimos al galope hacia el Castellar, la fortaleza avanzada que seguía siendo la gran atalaya desde la que controlábamos todos los movimientos de los sarracenos en el gran valle del Ebro.

Nos enfrentamos con varios de ellos cerca de Alagón el día 5 de julio y los rechazamos con facilidad. Los perseguimos hasta apenas seis millas de Zaragoza, pero los africanos montaban sus pequeños aunque veloces corceles, con los que pudieron escapar con rapidez y ponerse lejos del alcance de nuestros grandes pero más lentos y pesados caballos de guerra. Lograron refugiarse dentro de los muros de piedra.

Casi teníamos aquella gran ciudad al alcance de la mano, a la vista de nuestros ojos desde lo alto de los farallones yesosos que lame el río en esa comarca, pero éramos pocos soldados para tan ambiciosa empresa, de modo que nos retiramos al abrigo de la fortaleza del Castellar.

Los almorávides reaccionaron y enviaron tropas de refuerzo.

—Acaban de llegar a Zaragoza varios regimientos de caballería enviados desde Murcia. Carecemos de la fuerza suficiente para atacar esa ciudad —lamentó don Alfonso. Estábamos en lo alto del torreón del castillo, con el amplio valle extendiéndose como una inmensa cinta verde a nuestros pies y enfrente se alzaba el Moncayo, como un gigante de piedra recortado en el horizonte azul.

—Quizá por sorpresa... —le comenté.

—No, ahora no. Ya llegará el momento oportuno.

—¿Qué hacemos entonces, mi señor? —le pregunté.

—Regresar a Ejea y reforzar las defensas de esa villa. Voy a conceder un fuero a los cristianos que vengan a poblarla. Todos los que ahí se asienten recibirán el título de infanzonía.

—¿Os he escuchado bien, mi señor? ¿Vais a hacer nobles a cuantos hombres se avecinen en Ejea?

—Sí, eso he dicho.

—Pero... la nobleza de sangre protestará.

—Bernardo, mi querido amigo, nadie en su sano juicio querrá venir a poblar estas peligrosas tierras fronterizas si no recibe a cambio algunas prestaciones, en la forma que sea: haciendas, rentas, exenciones o libertades.

—¿Libertades? Solo los nobles tienen ese derecho y aún así limitado por la voluntad del rey y los intereses del reino —repliqué; no en vano, aunque segundón y sin acceso a la herencia de mi padre, yo era hijo de un noble del valle de Ansó.

—Necesitamos al pueblo menudo —alegó don Alfonso—. El rey y los nobles podemos conquistar ciudades, villas y castillos, pero *no podemos* poblarlos todos. Para que las tierras que ya hemos conquistado y las que ganemos en el futuro sigan siendo cristianas, precisaremos que se asienten cristianos, y si queremos que así sea, hacen falta este tipo de medidas. ¿Quién si no cambiaría la riqueza de Aquitania o la seguridad de las montañas de Jaca y Sobrarbe por el peligro de vivir en la frontera si no recibiera algo importante a cambio?

Tenía razón. Mi señor se apoyó en el antepecho del torreón y atisbo el horizonte en dirección hacia Zaragoza. A nuestra derecha el sol de junio,

enorme y rojo, comenzaba a declinar tras la montaña del Moncayo.

—Algún día esa ciudad será de vuestra alteza —comenté señalando en dirección a Zaragoza.

No me respondió. Se limitó a seguir mirando hacia el este intentando recrear, supongo, el día en que sus hombres entráramos victoriosos en Zaragoza, con él al frente de la hueste; o, ¿quién sabe?, más allá aún, allende el mar, en Jerusalén, hasta donde mi rey soñaba llegar algún día.

Dejamos el Castellar para ir a Ejea, cuyos pobladores nos acogieron con júbilo y se mostraron eufóricos por el fuero concedido. Lo celebraron con grandes fiestas y alegrías durante las cuales alancearon un novillo, que luego nos comimos entre todos.

Desde Ejea partimos hacia el castillo de Loarre, al cual gustaba volver don Alfonso, pues decía que no había mejor fortaleza que aquella en todo el mundo, y tras unos días entre aquellos muros, seguimos camino de Huesca y del castillo de Montearagón, donde a comienzos de septiembre se reunieron de nuevo, tras varios meses separados, don Alfonso y doña Urraca.

Los almorávides habían recuperado para el islam las plazas de Zaidín y Ontiñena, al este de Huesca, y el rey quiso dirigir personalmente la defensa de esas comarcas. No estaba dispuesto a perder una sola posición más.

La presencia de don Alfonso en Montearagón, junto con algunas cabalgadas de castigo que realizamos hacia territorio sarraceno, fue suficiente motivo para conferir seguridad a los cristianos de esas comarcas fronterizas y castigar la insolencia de los almorávides, que tras sus pequeños éxitos ya se veían entrando en Huesca y Barbastro.

Los dos esposos compartían algunos momentos del día en el castillo de Montearagón, donde asistían a misa diaria ante la imagen de Jesús Nazareno, pero por la noche se retiraba cada uno a su alcoba, en las dependencias de la abadía edificada dentro de aquella poderosa fortaleza desde la que se dominaba la ciudad de Huesca y se controlaba el camino hacia Monzón y Barbastro.

A finales de septiembre, mientras regresábamos a Montearagón tras una jornada de caza por las laderas meridionales de la sierra de Guara, don Alfonso me habló. Parecía muy preocupado.

—Las revueltas no cesan en Galicia y León e incluso se están extendiendo a Castilla. Tendremos problemas.

—¿Qué pensáis hacer, señor? —le pregunté.

—Esta misma semana partiré hacia León.

—Me prepararé...

—No. Tú, Bernardo, te quedarás aquí, con la reina, hasta que yo vuelva. Lo haré antes de las navidades. Voy a nombrar gentes leales al frente de los castillos y villas más notables del reino de León, como ya he hecho en los de Castilla, y concederé fueros y privilegios a las gentes del común de esa tierra. Son mi único apoyo ante los nobles y los obispos.

Y así lo hizo. En los meses de octubre y noviembre, como un relámpago, llegó hasta Sahagún, cuyo monasterio de San Facundo había sido saqueado por los vecinos de la villa, amargados por las rentas y tributos que les imponía su abad. Este clérigo era un intrigante llamado Domingo, a quien mi señor depuso de manera fulminante, y colocó a Sancho Juánez como señor de esta villa. También concedió amplios privilegios a los concejos de Sepúlveda y de Peñafiel, que sus vecinos acogieron con gran júbilo. Además, el rey de Aragón prescindió de los consejos del alto clero y de la nobleza de León. De modo que si todos estos poderosos aún no tenían suficiente inquina hacia mi señor, aquellas decisiones todavía los pusieron más si cabe en su contra.

A mi pesar, no tuve más remedio que informar a don Alfonso sobre lo sucedido en Aragón en su ausencia; antes le envié un correo rogándole su inmediata presencia. Llegó a mediados de diciembre y enseguida demandó que lo pusiera al corriente de lo acontecido en aquellos dos meses.

Cuando el rey regresó a Montearagón en diciembre, le conté que la reina Urraca había recibido varias visitas de nobles castellanos y leoneses. Todos ellos le hablaron con inquinas e insidias de su esposo y trataron de que se enemistara con él. La tranquilidad que se había instaurado en el matrimonio en los últimos meses se iba a romper con todo estrépito. Había muchos interesados en sembrar el odio y la animadversión entre los dos monarcas. Lo consiguieron.

—Por aquí han pasado algunos nobles leoneses y también don Domingo, el abad de San Facundo de Sahagún que vos depusisteis; por lo que he podido saber, todos ellos han tratado de convencer a la reina para que acate la opinión del papa y ponga fin a vuestro matrimonio —le confesé compungido.

—¿Y qué ha hecho la reina? —me demandó el rey.

—Ha obrado por su cuenta. Hace una semana soltó a los rehenes sarracenos que teníamos presos en este castillo y en la zuda de Huesca a

cambio de percibir una gran cantidad de oro y plata por parte del gobernador almorávide de Zaragoza, que se hizo cargo del rescate.

—¿No has podido evitarlo? —inquirió don Alfonso con muy mala cara.

—No, mi señor. ¿Cómo iba yo a imponer mi voluntad a la de la reina?

—¿Dónde están ahora ese oro y esa plata?

—Se los ha llevado el consejero de la reina, el conde Gómez González.

—¿Sabes dónde ha ido?

—No, pero pienso que ha podido buscar refugio en Zaragoza con la ayuda de los sarracenos.

—Bien. Intuyo lo que piensan hacer. De modo que volveré a León, pero antes pasaremos por el Castellar. Allí quedará la reina bajo tu custodia.

—¿Prisionera queréis decir, mi señor?

—Digamos que queda vigilada por su propia seguridad. Te otorgaré la autoridad para evitar que reciba visitas inoportunas.

Salimos de Montearagón, con la reina vigilada como si se tratara del más peligroso de los delincuentes, y recorrimos el camino hasta el Castellar, aguas arriba de Zaragoza, en apenas cuatro días.

Durante un alto en el camino, más allá de Huesca, observé a don Alfonso persignarse con devoción al pasar al lado de una de las carretas. Era la misma sobre la que yo había visto cómo unos soldados cargaban en el patio del castillo de Montearagón y con sumo cuidado un arcón de madera repujado con herrajes de bronce que don Alfonso había traído de Sahagún.

—Señor, ¿puedo preguntaros qué contiene ese arcón?

—Ya lo has hecho. Es el *Lignum Crucis*.

—¡La cruz de Cristo! —exclamé asombrado.

—Sí. Un buen pedazo de ella al menos. La guardaba ese intrigante abad de Sahagún en la iglesia del monasterio de San Facundo. Fue un regalo del emperador Alejo de Constantinopla. Ahora la custodiamos nosotros. He decidido que me acompañe siempre, en todas mis campañas, junto con algunas otras reliquias.

Aquella noche el rey me permitió ver el *Lignum Crucis*. Era un pedazo de madera como de dos palmos de longitud, que se guardaba en una arqueta de oro con engastes de piedras preciosas, dentro a su vez del rico arcón de madera pintada con escenas de la vida de Cristo. Me estremeció saber que aquel madero había formado parte de la cruz donde recibió el martirio Nuestro Señor.

Llegamos a la fortaleza del Castellar sin el menor incidente y allí me quedé al cuidado de la reina. El rey tan solo descansó una noche. Al

amanecer, con sus más leales caballeros entre ellos don Castán de Biel, partió, otra vez, hacia León. Se mostraba incansable. Lo era. A lomos de su caballo iba y venía como el rayo por todos sus dominios, hiciera calor o frío, en medio de una lluvia torrencial o bajo una copiosa nevada. Nada, ni siquiera la mayor de las fuerzas de la naturaleza, parecía poder detenerlo. Semejaba a la imagen de un dios de los antiguos paganos. Mi dios.

¡Qué hombre! ¡Qué rey! Ni un descanso le daba a su cuerpo o a su mente; su vida era una entrega plena a su reino, lo que hacía florecer en mí sentimientos ya no tan ocultos. Desde que se marchara a León, mi labor en el Castellar se limitaba a vigilar a doña Urraca y a atender sus necesidades. La reina, desde el primer momento y no sin motivos, se sentía prisionera en Aragón. No la podía culpar por ello, pues don Alfonso había ordenado que su esposa permaneciera día y noche encerrada en la habitación más alta del principal torreón del Castellar. Las órdenes de mi rey habían quedado claras: doña Urraca no debía abandonar la habitación por ningún motivo hasta que él regresara, ni se le permitía mantener contacto alguno con nadie, salvo conmigo, dos de sus damas y un par de consejeros.

Tres veces por día ascendía yo la escalera de yeso que desembocaba en el aposento, una estancia cuadrada equipada con lo más básico: un lecho de dudosa comodidad, una letrina, un par de muebles y un arcón de madera pintado con flores donde la reina guardaba sus joyas y algo de ropa, como enaguas, un par de vestidos y una capa de piel de zorro. Cuatro pequeñas aberturas en la pared hacían las funciones de ventanucos para ventilar el aire. Era un lugar frío, con sus paredes azotadas inclementemente por el viento que llaman cierzo, y que apenas caldeaba un par de braseros. Aquella habitación estaba sellada por fuera con un fuerte cerrojo y un candado del que yo guardaba la única llave.

Aún con todo, el aislamiento no parecía afectar a la firme voluntad de doña Urraca. No se apreciaba mella alguna en su aspecto y, además, se había revelado como una mujer fuerte, de vivo carácter y muy segura de sí misma. Cada semana me pedía que le llevara un libro, disponíamos de un par de docenas de ellos, que leía a todas horas.

Introduje la llave y retiré el candado de hierro. Entré en la habitación con un criado y cerré la puerta por dentro. Doña Urraca esperaba sentada al pie de la cama, denotando una expresión cansada y seria en su rostro.

—Buenos días, alteza. Os traigo el desayuno. —Indiqué al criado que dejara la bandeja sobre la mesilla.

—Como cada mañana desde hace quince días, don Bernardo.

—¿Cómo os encontráis? ¿Precisáis algo que...?

—Ordeno que me saquéis de aquí, ahora mismo —me interrumpió con voz firme—. Miradme, don Bernardo. No, no desviéis la mirada. Soy la reina de León y Castilla y también de Aragón y Pamplona y exijo mi inmediata liberación.

—No estáis prisionera, mi señora, sino bajo mi custodia y defensa por vuestra propia seguridad —objeté educadamente—. Sed paciente, os lo ruego. Un mensajero me ha anunciado que don Alfonso regresa hoy mismo al Castellar; al morir el día estará aquí. Seguro que el rey ansia veros y tratar asuntos importantes con vos.

—Soy vuestra prisionera, Bernardo. Mi clausura se está convirtiendo en un asunto que os perturba. Lo percibo en vuestro rostro, en el timbre de vuestra voz. Esta situación se está convirtiendo en algo extravagante.

Doña Urraca se levantó y se acercó a una de las aberturas de la pared, dándome la espalda. Su figura era esbelta y su belleza no se había visto afectada por la dureza de la reclusión.

—Entiendo que alberguéis tales dudas, mi señora —expuse con el tono adecuado—; pero, como consejero de don Alfonso, de mí depende vuestra seguridad y cuidado hasta que él retorne. Debo obediencia a mi rey.

—¿Puedo saber hacia dónde ha cabalgado, al menos? Al fin y al cabo soy su esposa.

—Partió hacia León con el propósito de sofocar las revueltas que allí se dirimen, y también para averiguar si vos traicionasteis su confianza. —Doña Urraca me interrogó con aquella mirada severa y yo, con voz cordial, expuse los hechos pasados—. Mi señora, en diciembre recibisteis varias visitas de nobles castellanos y leoneses; todos ellos os hablaron mal de don Alfonso y trataron de enemistaros con él. Todos procuraron convenceros para que acatarais la opinión del papa y pusierais fin a vuestro matrimonio. Don Alfonso me encomendó la tarea de velar por vuestra vida. Como ya se os informó, él me otorgó la potestad de evitar que vos recibierais visitas que pudieran resultar inoportunas.

Doña Urraca volvió a sentarse al pie de la cama. Cruzada de piernas, una posición que me pareció impropia de una reina, era una sensación de soberbia lo que su rostro reflejaba. Yo permanecí erguido al lado de la puerta, que abrí para que se retirara el criado.

—Se os olvida que yo también obré por cuenta propia, Bernardo. Ordené la liberación de los rehenes sarracenos que teníamos presos en el castillo de Montearagón y en Huesca a cambio de recibir una gran recompensa por parte del gobernador almorávide de Zaragoza. Dicho todo esto, no es de extrañar que mi esposo quisiera hacer de mí su prisionera.

El viento silbaba agudo en el exterior. Había nevado durante la madrugada y una fina capa de nieve virgen cubría los campos hasta el lejano Moncayo, completamente nevado.

—Mi señora, permitid que insista: vos no sois una prisionera. Estamos continuamente en guerra y manteneros a salvo es la prioridad de don Alfonso.

—¿Continuamente en guerra? Largo tiempo ha pasado desde la última vez que vi a un hombre empuñar la espada. No tengáis la osadía de mentirme a la cara, Bernardo.

—Con todos mis respetos, alteza, vos no veis qué sucede al otro lado de esta puerta.

—Lo sabría, si me dejarais atravesarla.

—De hacerlo, el rey me sentenciaría a muerte.

—Tal vez sea yo misma quien os sentencie una vez quede libre.

—Lamento insistir, pero es por vuestra seguridad.

Doña Urraca se echó a reír con ironía.

—Insistid cuanto queráis. La verdad es que mentir os sienta bien. Sois un perfecto embustero. ¿Acaso me equivoco? Sois alguien que ha hecho de la falacia su modo de estar en la vida. Pero decidme y soportad que ahora sea yo la que insista, ¿cómo se sentirían las gentes de Aragón de saber que su noble y bondadoso rey recluye, contra su voluntad, a su mujer y reina? Los hombres se sentirían dolidos, ¿verdad?; decepcionados, como mínimo; abrirían sus ojos al despertar de un mal sueño; se sentirían engañados por su soberano.

—Imposible, mi señora. Don Alfonso es el orgullo de Aragón, el hombre más admirado que jamás haya pisado esta tierra.

—De acuerdo. Respondedme a esto entonces: ¿cómo se sentirían al veros a vos en esta nueva posición? Un hombre culto, curtido en la batalla, que gozó en su infancia de una oportunidad que ellos nunca tuvieron, rebajado ahora a la condición de un mero carcelero. —Doña Urraca trataba de confundirme haciendo uso de la más peligrosa de las armas: la palabra. Pero yo estaba preparado; no iba a caer en su trampa—. Quizás antes fuerais un hombre respetado, Bernardo —la reina sonrió con fruición—, pero ya no sois un caballero y menos un consejero del rey; ni siquiera un humilde mulero.

Ahora sois el carcelero de una prisionera. ¿Tan hondo habéis caído, Bernardo? Miraos; me inspiráis lástima.

Mantuve la mirada fija en los ojos verdeazulados de doña Urraca tratando de mostrarme insensible a su arrogancia y a sus provocaciones.

—Mi señora, os repito que...

—Aún no he terminado, Bernardo. No oséis interrumpirme —me cortó doña Urraca, fríamente, sin alzar el tono—. Tomaos un instante y reflexionad sobre vuestra vida mientras me veis yacer aquí indefensa. Me proporcionáis tres comidas diarias, ordenáis que se lave mi ropa cuando se ensucia, os ocupáis mal que bien de mantener caldeado este aposento, os encargáis de vaciar y limpiar la letrina cada vez que evacuó... Decidme, ¿cómo se siente un hombre con vuestra formación forzado a recoger las deposiciones de una mujer? Prisionera o no, vos sois el encargado de limpiar mis desechos. ¿Eso es cuanto don Alfonso espera de Bernardo de Jaca? ¿O acaso ha deducido sabiamente que sois inútil para ocuparos de otras labores más importantes?

Decidí guardar silencio. Con gusto me habría enfrentado verbalmente a doña Urraca, pero cualquier palabra que pudiera salir de mis labios podría acarrearle fatales consecuencias a corto plazo. Aún confinada en aquella torre, no dejaba de ser la reina de León, Castilla, Pamplona y Aragón.

—Solo sois una mujer —mascullé al fin mordiéndome la lengua.

—Alfonso me ha hablado alguna vez de vos, ¿lo sabíais, Bernardo? —prosiguió ella, perspicaz—. Respondedme.

—No, mi señora. Los asuntos entre un rey y su reina quedan más allá de mi incumbencia.

—Don Alfonso afirma que sois un hombre inteligente. Lamento no haber descubierto en ti dicha cualidad durante estos días.

—Me limito a cumplir sus órdenes, mi señora —musité entre dientes.

—Pero si sois un hombre de alta posición y supuestamente inteligente, ¿por qué recogéis a diario las excreciones de una mujer? ¿No os resultaría más sencillo delegar esa labor?

«De buen gusto os borraría esa sonrisa malévola de los labios, mi señora», pensé.

—Lo que realmente creo, Bernardo, es que precisáis algo más de mí. ¿El qué? Lo desconozco..., por ahora. Si os doy conversación cada vez que subís a este torreón, es porque siento curiosidad por el interés que mostráis en mí.

—Alteza, no dudo ni por un instante que seáis una mujer interesante...

—Hermosa y, a diferencia de otros, inteligente —se anticipó doña Urraca, ahora a medio tumbar en la cama, acodada en el colchón, sosteniéndose la

cara con la mano—. Inteligente, sí, porque desde que fui coronada reina he sabido elegir a mis aliados con sumo cuidado y a mis enemigos con más cuidado todavía.

«Y ahora sois prisionera de vuestro marido», recité con ironía en mi interior.

—¿Queréis saber por qué me tomo a la ligera la certeza de considerarme inteligente? Se lo debo a mi padre, que en paz descansa. Durante mi infancia, él me forzaba a leer decenas y decenas de libros. Yo detestaba que me obligara a ello. Aunque llorara y pataleara, él hacía como si no le importara. «Debes leer, mi pequeña princesa», me recomendaba sonriendo. Yo no entendía la razón, no hasta aquel día en que, siendo yo una muchacha ya crecida, me la dio: «Mi dulce Urraca, no eres un hombre. Jamás entrarás en combate ni recibirás la gloria y el honor de haber vencido o caído en la batalla. No eres un hombre. Eres una mujer. Lee cuanto puedas y cultiva una inteligencia superior a cualquiera de los varones con los que tengas que enfrentarte y si la cultivas bien nunca te hará falta empuñar una espada para vencer en una guerra».

Por eso os pido un libro cada semana, Bernardo.

—Un hombre sabio, vuestro padre —concedí.

—Más sabio que mi marido Alfonso, aunque no tan buen guerrero, lo reconozco.

—Así es, mi señora; don Alfonso es un hábil combatiente, el más diestro que el mundo haya visto, pues el éxito de su lucha reside en que es capaz de transmitir su valor al pueblo y el pueblo crece asimismo al percibir esa sensación.

—No lo dudo... —De pronto, la expresión de doña Urraca se tornó agresiva—. Bernardo, no lo repetiré: dejadme salir de esta habitación. Liberadme.

—No puedo hacerlo, mi señora; no os impacientéis. Os ruego que esperéis a la llegada de don Alfonso. No tardará.

Doña Urraca se incorporó y se acercó hacia mí muy despacio. Había algo distinto en su rostro, un gesto enfático, como si lo alumbrara la luz de una gran revelación.

—No me digáis... —murmuró entre dientes, insinuando una sonrisa—. Todo este tiempo... Bernardo..., no me digáis que vos...

—¿Disculpad, mi señora? —me inquieté.

—Lo amáis, ¿verdad? Amáis a Alfonso —planteó con un tono peculiar que no daba lugar a extrañas interpretaciones.

—Alteza, yo..., yo... —No supe qué añadir.

—Entonces es cierto —continuó doña Urraca, de quien me separaban apenas tres palmos—. No es algo que me pille por sorpresa. ¿Sabéis, Bernardo?, antes solo lo intuía, pero, claro, ¿quién no ha cavilado alguna vez erróneamente? Ahora sé con seguridad que lo amáis, porque ningún hombre habla de otro con tal devoción. Cuando mencionáis su nombre, vuestros ojos brillan como besados por la luz del alba.

—Mi señora —suspiré—, don Alfonso es el rey de Aragón y de Pamplona y a él me debo. Nada más.

—Mi esposo nunca os corresponderá. En este momento entiendo por fin muchas cosas. —Tan solo nos distanciaba la medida de un codo—. Vuestro rey no se comporta como un hombre pleno. Supongo que lo sabéis. Lo que tiene entre las piernas no responde a los estímulos de una mujer. Pero, al fin y al cabo, el nuestro es un matrimonio político y de conveniencia. Puedo vivir con ello. Sin embargo, la situación cambia desde vuestro punto de vista. Ahora que he descubierto vuestros sentimientos hacia él, ¿cómo os sentiríais si os dijera que sospecho que don Alfonso ha intimado con otros hombres? Sí, Bernardo, lo que oís. ¿Cómo os sienta eso? Tiene que ser duro, muy duro, ver cómo la persona a la que deseas se entiende entre las sábanas con otros hombres. ¡Qué tormento! No lo puedo imaginar siquiera. ¡Cuánto debéis sufrir en el silencio de las noches!

—Disculpad, alteza, he de marchar a ocuparme de otros asuntos.

—Id entonces —finalizó doña Urraca, a un palmo de mí, forzando la peor de las sonrisas—. Y no olvidéis traerme un nuevo libro.

Cerré la puerta y, nervioso, coloqué el cerrojo con prisas. Había salido de aquella habitación enojado, muy alterado, tanto que, al no poder contener las emociones, asesté con fiereza un puñetazo contra la pared de yeso endurecido; no pude evitar emitir un impropio, ni cerrar mis oídos, y entonces aquel sonido que eran las risotadas amargas de doña Urraca perforaron la pared y se ahondaron en mí como saetas afiladas.

¿Había compartido lecho don Alfonso con otros hombres? Lo dudaba; pero, cierto o no, doña Urraca, con una pericia digna de la mejor intrigante, ya había sembrado en mi interior la semilla de la incertidumbre.

Me quedé sentado en un peldaño largo rato en la oscuridad, reflexionando sobre todo lo que doña Urraca había mencionado y el daño que sus palabras habían causado en mí. Por fin, más calmado, descendí por las escaleras; fue

entonces, al pie del torreón, cuando doña Elvira de Toro me abordó sin prefacios.

—Mi señor Bernardo —me llamó convirtiendo su voz en un suspiro. Estaba realmente hermosa—. Perdonad que os interrumpa con tan bruscos modales.

—Descuidad. ¿Puedo ayudaros, mi señora?

—Podéis, Bernardo —murmuró apretando su cuerpo contra el mío—. Desde que los reyes se casaran, apenas os he visto. No quisiera caer en la tentación de pensar que habéis estado evitándome.

—No os he evitado, mi señora —mentí—. Estas semanas he estado muy ocupado con los asuntos que me ha encomendado el rey.

Elvira de Toro barrió con mirada cauta el exterior del torreón. Nos encontrábamos a solas. Ella debía saberlo y no perdió la oportunidad de sacar a colación sus encantos.

—¿Me habéis echado de menos? —musitó con voz sensual—. Porque yo sí os he extrañado y mucho. ¿Queréis saber en qué no he parado de pensar?

—¿Qué asuntos han ocupado vuestros pensamientos, mi señora? —repetí.

—Todos los días, antes de dormir, rememoro la fría noche en que entrasteis en mí. ¿Lo recordáis, Bernardo? Seguro que sí. Aquella noche ardíais en deseos, tan firme, tan cálido... —Solo entonces doña Elvira colocó sus labios en mi cuello. Ni siquiera pude reaccionar; antes de ser consciente de aquella nueva situación, ella ya alargaba el brazo y palpaba por encima de los calzones mi miembro.

Harto conocido es que yo no sentía deseo alguno por hurgar debajo de las faldas de una mujer.

—Mi señora, os ruego que os detengáis.

—¡Oh!, Bernardo, tomadme como aquella primera vez.

—La reina Urraca nos oirá desde lo alto —argüí— y don Alfonso está a punto de llegar; podría aparecer en cualquier instante. No es el momento ni el lugar...

—Olvidaos de los reyes, Bernardo, y abandonaos a mí. Entiendo las razones de vuestra distancia, pero habéis estado ausente de todos modos y yo os he extrañado todo este invierno. No deseo seguir sufriendo vuestra ausencia más tiempo.

Doña Elvira me besó largamente en los labios y yo, aun sin sentir apenas nada, le devolví el beso. Solo pensaba en borrar de mi mente la imagen de don Alfonso cortejado por otros hombres. Y volvimos a hacerlo.

Mientras me arreglaba la ropa, doña Elvira me miró curiosa y comentó con cierto aire de ironía:

—En la corte de vuestro rey no hay mujeres, ni una sola mujer. Es extraño.

No le respondí. Me limité a mirarla y dejar que imaginara lo que creyera oportuno.

Las pendientes nevadas dificultaban el acceso al Castellar. No obstante, pese a la dureza del tiempo del mes de enero, don Alfonso, fiel a su palabra, arribó al atardecer, satisfecho de haber sofocado algunas revueltas.

Tras la cena me hizo llamar al salón y compartimos una jarra de vino dulce a solas. Durante un largo rato rememoramos historias de batallas frente al fuego de la chimenea.

Había momentos en que el reflejo de las llamas, enérgicas y anaranjadas, inundaba el rostro de don Alfonso de un enorme atractivo.

—Mi señor, me temo que la paciencia de doña Urraca está llegando al límite.

—¿A qué te refieres?

—Empieza a asumir que es una prisionera. Permitidme que os diga que tal vez deberíais ir a hablar con ella, antes de que...

—Eso puede esperar a mañana —me cortó don Alfonso—. No deseo intercambiar palabras ahora con ninguna mujer, ni siquiera con mi esposa.

Sin mirarme ni un por un instante a la cara, don Alfonso tomó mi mano y la refugió en las suyas; sus ojos seguían las líneas que el fuego trazaba, hasta que en la chimenea solo quedaron los rescoldos de las brasas y la cálida ceniza.

Al día siguiente volvió a nevar. La vida en el Castellar discurría monótona y sin contratiempos. Era como vivir en un pequeño mundo independiente del resto del gran mundo, al menos hasta que llegó don Alfonso, quien pronto empezó a hablar de volver a León para sofocar las constantes revueltas de aquellos ariscos nobles. Mi señor no podía parar. No podía estarse quieto. No podía.

Tras la comida, doña Elvira de Toro me abordó en un pasillo que conducía al patio.

—Mi señora, ahora no puedo atenderos —mentí—; he de pasar revista a la guardia sin demora.

—No pretendo ser un estorbo para vos, Bernardo —sonrió ella—. Quizá deberíais relajarnos más. Contadme, ¿qué pretendéis?

—Servir a mi señor —respondí.

—¿Por qué rehusáis mi compañía? Hay pasión en vos. Pude comprobarlo aquella primera noche y de nuevo en esta segunda ocasión. Nadie es capaz de fingir tan bien con su cuerpo. Pero os resistís a mí y creo que eso es un error. Yo podría haceros feliz, muy feliz. —Al ver que en aquel momento yo no la correspondía, doña Elvira se separó de mí, soltando mis manos, que había acogido cálidamente, y decidió cambiar de tema con voz impostada—. Los nobles castellanos hablan del malestar de la reina Urraca. No puedo decir que me sorprenda; los matrimonios concertados, como el suyo, corren el riesgo de no ser dichosos. Tal vez vos y yo deberíamos conocernos mejor. ¿No os parece?

—Sí, mi señora.

—Eso espero y deseo. Será nuestro secreto. Si vamos a seguir adelante con esto, deberíamos...

—Sea lo que sea lo que estéis tramando, puede esperar —nos interrumpió una voz conocida en las sombras. Al parecer, don Alfonso había estado escuchado las últimas palabras de la conversación—. No recuerdo vuestro nombre, señora.

—Soy Elvira de Toro, mi señor —se presentó haciendo una grácil reverencia ante el rey—, una de las damas de la reina y a vuestro servicio para cualquier asunto que preciséis.

Don Alfonso la analizó de arriba abajo sin exteriorizar el menor interés.

—Elvira de Toro —repitió—, retiraos a descansar ahora. Tengo asuntos importantes que tratar con don Bernardo.

Don Alfonso me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Yo miré a doña Elvira y me encogí de hombros. Ella me siguió con la mirada mientras me alejaba.

Cruzamos el patio nevado camino al torreón. El guardia de turno nos saludó y nos abrió la portezuela. Yo prendí un velón con yesca y pedernal antes de remontar la escalera que llevaba al aposento donde permanecía doña Urraca. Una vez arriba, don Alfonso me indicó que quitara el cerrojo y abriera la puerta.

La empujé hacia adentro y me coloqué a un lado.

—No, Bernardo —se impuso—. No te quedes aquí afuera. Entra conmigo.

Doña Urraca yacía aburrida en la cama en posición similar a la que la había dejado el día anterior. Al ver a don Alfonso, se le arrobó una expresión misteriosa en el rostro, una mueca a caballo entre el miedo y el júbilo.

Rey y reina, marido y mujer, se miraron como si fueran dos desconocidos que se saben enemigos, me atrevería a decir. Doña Urraca apenas se movió en la cama, solo para dejar el libro que estaba leyendo encima de la mesilla de noche; por su parte, don Alfonso recorrió la estancia con pasos lentos y examinó superficialmente los escasos muebles. Aun sin haber pronunciado palabra alguna ninguno de los dos, la tensión podía palpase con solo fijarse en sus fríos gestos. Yo permanecí inmóvil a un lado de la puerta.

—Mi amada esposa y reina —soltó al fin don Alfonso—, te has tornado aún más hermosa en mi ausencia. —El rey le habló por primera vez, al menos en mi presencia, con un tono familiar y cercano, sin el tratamiento protocolario habitual. Casi sonó ridículo. Como respuesta, doña Urraca esbozó una sonrisa amarga e inclinó la cabeza—. Te alegrará saber que vengo de sofocar una rebelión en nuestras tierras del oeste. Esos gallegos son gentes propensas a la desobediencia a sus reyes.

—Son buenas noticias, mi señor. —Me pareció que doña Urraca recurría al sarcasmo.

—Sin embargo, cuál ha sido mi sorpresa cuando, apenas he descabalgado al llegar a este castillo, mis consejeros me han informado de que se están intrigando más revueltas y precisamente desde aquí.

—En efecto, todo un misterio, mi señor —adujo la reina.

Don Alfonso dejó de pasearse de lado a lado, se volvió hacia la cama y se dirigió ahora a su esposa con severidad.

—Tus orgullosos nobles de Galicia y de León no me admiten como su soberano. No son conscientes de que la alianza de Aragón con León es tan necesaria para ellos como imprescindible para mí. Te exijo que pongas en mi conocimiento si esa alianza flaquea y si tú, mi propia esposa, me has traicionado.

—Mi amado Alfonso, yo jamás te traicionaría. —Doña Urraca también utilizó el tratamiento familiar.

—Puedo perdonarte que liberaras sin mi permiso a aquellos sarracenos en el castillo de Montearagón, ya es agua pasada, pero no avanzaremos hacia ninguna parte si tus nobles señores conspiran a mis espaldas y tú les das crédito y pábulo para ello.

Doña Urraca se mostraba tranquila y muy confiada, pese a ser una prisionera, tanto que casi asustaba.

—Mi querido esposo —remarcó con sorna esas palabras—, ¿acaso puedes culpar a esos pobres hombres? Ponte en su lugar: tú pretendes arrebatarnos sus privilegios para concedérselos a los burgueses y a los mercaderes. Ningún noble en este mundo se conformará con perder sus prebendas, porque le corresponden por derecho de nacimiento. Así es el orden divino de las cosas en este mundo.

—Esos nobles no pagan tributos, disfrutan del privilegio de aplicar la justicia absoluta sobre las gentes que habitan sus dominios y señoríos y ostentan el control exclusivo de los molinos y hornos donde se muele y cuece el pan, por nombrar solo algunas de sus múltiples ventajas. Los nobles de León y de Castilla monopolizan los bienes en su beneficio.

—Hace ya largo tiempo que los grandes señores de estos reinos se comportan de esta manera tan egoísta. No creo que haya llegado el momento de cambiar eso —agregó doña Urraca, sonriente.

—Creo que no entiendes que para mantener el poder de la realeza no queda más remedio que apoyarse en los burgueses.

—Los nobles de León y de Galicia me apoyan porque soy su reina, como no podía ser de otro modo.

—Tus hombres pretenden quitarme de en medio y, si lo consiguen, irán luego a por ti. Desean ver a tu hijo en el trono para así poder manejar a su antojo a un niño que aún no ha aprendido a valerse por sí mismo, que no entiende los entresijos de la política y no conoce el arte de la guerra. Esposa, confiesa si tú diste algunas órdenes para perjudicarme.

—¿A qué tipo de orden te refieres?

—Preciso saber si las rebeliones contra mi persona son algo esporádico fruto del rencor y de la envidia de esos nobles o si se trata de una conjura instigada por ti.

Doña Urraca se levantó, por fin, de la cama. Vestía de blanco y oro. Sus cabellos brillaban dorados, recogidos en una trenza que le colgaba del hombro derecho hasta la cintura.

—¿Cómo podría encabezar yo un movimiento en tu contra? ¿Acaso no ves que estoy aquí encerrada por orden tuya? No puedo enviar ni recibir mensajes sin tu permiso.

—Ambos sabemos que la voluntad de un rey o la de una reina traspasa muros y puertas.

—Me temo que no puedo responderte a esas cuestiones. —Doña Urraca suspiró con arrogancia—. Aunque permíteme que te diga que me siento ofendida por tus acusaciones. Quizá los señores de Castilla te aceptarían si cumplieras con tu primer deber como esposo.

—¿Mi deber como esposo? —se extrañó don Alfonso—. Me casé contigo sin conocerte, tan solo para engendrar un hijo que fuera a la vez rey de Aragón y Pamplona, de León y Castilla, un heredero que uniera todas esas coronas.

—Y ni siquiera de eso has sido capaz. Esposo mío, te pido que no me mientas a la cara —refutó doña Urraca con una impostada voz dulce—. Sí que he intentado proporcionarte un heredero, Dios sabe que es cierto, pero no lo he logrado. Mi belleza no despierta tu apetito carnal. No me has complacido ni como mujer ni como reina, ni una sola vez. No eres un hombre como manda Dios; te falta mucho para comportarte como un verdadero varón en la intimidad. Pero ¿es todo culpa mía? —Doña Urraca alternó su mirada entre don Alfonso y yo mismo, una mirada que hacía saber que conocía nuestro secreto.

—¿Acaso crees adivinar lo que estoy pensando? —bramó el rey.

—No sé qué estás pensando en este momento, pero puedo asegurar que no te interesa la compañía femenina. Ni siquiera la mía. Y no hay mujer más hermosa que yo en toda esta tierra.

Ahí estaban ambos reyes frente a mí. Dos personalidades totalmente contrapuestas o quizá demasiado parecidas. Se mirara como se mirase, no encajaban. El matrimonio de don Alfonso y doña Urraca no tenía futuro.

—Siempre que he intentado engendrar un hijo tuyo has puesto excusas peregrinas —prosiguió doña Urraca—. Ayer mismo hablé de ello con don Bernardo, ¿verdad? —De pronto, la reina me había incluido en la conversación.

—Mi señora, yo solo...

—Silencio, Bernardo —me hizo callar don Alfonso.

—Le confesé a tu fiel consejero que tú ni siquiera has intentado acostarte conmigo. Os lo dije, ¿no es cierto, Bernardo? —Por fin, doña Urraca apartó los ojos de mí—. Alfonso, tú solo has yacido en la cama junto a mí media docena de noches desde que nos casamos, sin apenas decir palabra, sin tocar un solo cabello de mi cabeza, ni acariciar un pedacito de mi piel.

—No sigas por ahí; no te atrevas a perturbar el juicio de mis hombres con tus oscuras intenciones —la amonestó don Alfonso.

—Yo no miento —continuó doña Urraca sin dejar de sonreír con sarcasmo—. Espera, sí es cierto que una noche intentaste hacerme un hijo, ¿lo recuerdas? Sucedió hace unas semanas en tu palacio de la zuda de Huesca. Habías capturado a unos soldados musulmanes en las cercanías de Almudévar. Aquella noche estabas eufórico, lo que te hacía muy atractivo, la verdad; pero, celebrando el éxito, se te fue la mano con el vino. Bebiste y bebiste hasta desinhibirte por completo. Estabas beodo y entonces me propusiste algo..., algo que parecía muy doloroso para mí y que de consentirlo hubiera resultado imposible como método para concebir un hijo. Claro que tal vez la culpa fuera mía. —Doña Urraca dibujó una sonrisa perversa.

—Tu voz es un veneno —gruñó, previamente a escupir al suelo; don Alfonso le envió la más agria de las miradas.

No podía creer la escena que mis ojos captaban ni las palabras que mis oídos estaban escuchando. El rey de Aragón y la reina de León, todavía unidos por el compromiso del matrimonio y el juicio de Dios, no se soportaban; de hecho, se despreciaban. Ambos eran orgullosos y soberbios, poseían un carácter muy autoritario y los dos querían mandar por encima de todo y de todos.

—No, no escupo veneno. Digo la verdad —asentó doña Urraca.

—¿Me acusas de haber querido sodomizarte? —se aventuró don Alfonso—. Deberías centrar esas acusaciones en algunos de tus consejeros; sus escapadas nocturnas ofrecen muchas sospechas. ¿Acaso lo niegas?

—No, en absoluto —se rio doña Urraca—. Sé bien que algunos de mis hombres son unos tragasables contumaces. ¿Lo eres tú?

—No permitiré que manches con sucias acusaciones mi nombre.

Doña Urraca se sirvió una copa de vino antes de continuar.

—Te criaste en el monasterio de San Juan de la Peña, ¿verdad? —preguntó con tono amable—. Creciste allí, rodeado de muchos varones: monjes, criados, los hijos de los nobles vasallos de tu padre...

—Así es.

—¿Y tú..., jamás...?

—No.

—¿Ni una sola vez? Es natural que los jóvenes prueben su virilidad unos con otros antes de conocer a una mujer.

—Jamás.

—¿Ni siquiera con Bernardo?

La reina me miró con socarronería. Luego volvió a centrarse en don Alfonso, que negó con la cabeza.

—No. Nunca.

—Me congratulo entonces por tu continencia —añadió doña Urraca.

—Tal vez tú sí tengas una gran tolerancia hacia ciertos comportamientos.

—Yo no diría tanto. Cierto que no me escandalizo ante un acto de sodomía, pero... ¿el rey de Aragón? Esa mácula en tu tierra sería muy difícil de limpiar.

—No voy alimentar con palabras una maliciosa patraña discutiéndola contigo. —Don Alfonso estaba fuera de sí. Le arrebató la copa de vino que doña Urraca sostenía en su mano y arrojó el líquido que contenía contra la pared.

—Patraña o no —continuó la reina, impertérrita— debes admitir que muchos la encontrarían muy convincente; lo bastante como para perder el respeto y la admiración hacia ti, si, por ejemplo, yo me decidiera a perorar sobre ello sin tapujos.

Don Alfonso se rio por la nariz e inspiró aire a través de los dientes.

—Eres una verdadera arpía —masculló—. A mi edad, tras tantas batallas libradas y tantos encuentros celebrados, me cuesta recordar haber conocido a alguien de una calaña peor que la tuya.

—Tienes, entonces, muy mala memoria —ironizó doña Urraca.

—Borraré de tu cara esa sonrisa burlona.

Don Alfonso se acercó a doña Urraca y, sin mediar aviso, le cruzó la cara con el dorso de su mano derecha. La reina, a quien aquel furioso golpe cogió por sorpresa, cayó de bruces contra el suelo. Tardó un tiempo en levantarse, pero, cuando se incorporó, el rey volvió a abofetearla sin reparos. Y luego una tercera vez y una cuarta y hasta una quinta. De la nariz de la reina empezó a manar un hilillo de sangre y se le abrió una grieta en la comisura de los labios.

Para mi sorpresa, doña Urraca no dejaba de sonreír pese a los golpes. Orgullosa de sí misma, se lamió la sangre de los labios y tomó asiento en la cama, cruzándose de piernas otra vez, ajena a aquel aluvión de golpes recibidos.

—Nunca te he hablado de mi anterior esposo, ¿cierto? —comentó de repente limpiando la sangre de su rostro con la manga de su vestido blanco—. Había algunas mañanas en las que me costaba caminar. ¿Quieres saber por qué? Te lo diré: porque no dejaba de montarme durante toda la noche. Con él me estremecía de placer y aprendí a disfrutar en la alcoba. Alfonso, ¿y tú me pegas antes que catar mi cuerpo? Si degustaras mi dulzor, te olvidarías de los

demás sabores del mundo, incluso de los de los hombres que tanto parecen atraerte. En cambio, me golpeas, me humillas y tratas de atemorizarme; y no lo haces porque yo no te haya dado un heredero, sino porque te place y te quita el miedo: el placer y el miedo de los cobardes.

—Te equivocas —la interrumpió don Alfonso—. Hago algunas cosas porque me dan placer, sí, pero no esto. Bebo porque me da placer; mato a mis enemigos porque me da placer; conquisto tierras y castillos porque me da placer incorporarlos al reino de Aragón; he matado a algunos de tus nobles en Galicia y León porque sabía que me iba a dar placer sofocar sus rebeliones vertiendo su propia sangre. Me dio placer imaginar su sorpresa y su dolor. Ningún pensamiento me ha proporcionado jamás mayor dicha. Sin embargo, al mirarte a ti no siento placer alguno. Por ti solo siento desprecio.

—Nuestro matrimonio ha sido un fracaso desde el primer día, pero mantiene unidos nuestros reinos —intervino doña Urraca.

—¿Unidos? ¡Qué falsa eres, mujer!

Y para mi consternación de nuevo, ambos empezaron a reírse a carcajadas. Una vez se calmaron, doña Urraca preguntó:

—¿Cuánto tiempo puede el odio mantener a dos personas unidas? Nos conocimos el otoño pasado y apenas nos hemos tratado. ¿Alguna vez fue posible para nosotros alguna pizca de sinceridad?

—No —contestó don Alfonso—. Te compadezco. Tiene que ser frustrante para ti ser la mujer más bella y rica del reino y que el hombre más poderoso no te quiera montar.

—No sé si gozarías montándome, pero supongo que disfrutas más montando a cualquiera de tus garañones. ¿O tal vez son ellos los que te montan a ti?

Durante largo rato los reyes se contemplaron sin añadir más palabras. El sol de media tarde corría a ocultarse tras la sierra del Moncayo.

—Bernardo, vámonos. La reina necesita descansar. —Bajo el umbral de la puerta, don Alfonso volvió el rostro hacia doña Urraca—. Tu primer esposo te satisfacía, dices, pero ahora yace muerto y su carne se pudre sobre sus huesos. Ni deseo ni me importa tu cuerpo, pero sí tu voluntad. Te aseguro que te haré confesar, esposa mía, si eres tú quien ha orquestado las revueltas de los nobles en Galicia y en León contra mí.

Salimos de la habitación. Las escaleras del torreón no eran resbaladizas, pero sí empinadas y estrechas. Cogí el farol con el velón dentro para iluminar las escaleras y evitar que don Alfonso y yo tropezáramos. Durante el descenso, reflejos de tonos anaranjados, ocres y amarillos parecían cernirse

sobre nosotros, tornándose grises y luego negros a medida que quedaban fuera del alcance de la titubeante llama.

A mitad de las escaleras, don Alfonso me ordenó parar. A la luz de la llama, sus facciones, tan firmes e inmóviles, parecían esculpidas en piedra viva. No se oía más sonido que el suave roce de sus botas sobre el pavimento. Dejé el farol en el suelo y se oscurecieron nuestros rostros. De pronto, me sentí besando al rey en aquella penumbra.

En los días posteriores don Alfonso no hizo referencia alguna a lo sucedido en el torreón aquel atardecer, ni a la feroz conversación que había cruzado con doña Urraca, ni al encuentro que había mantenido conmigo después.

Mi señor visitó a doña Urraca varios días. En cada ocasión me pedía que lo acompañara. Yo asistía a un interrogatorio sin parangón sobre las rebeliones en Galicia; pero don Alfonso nunca conseguía una información de la que pudiera valerse para acusarla de traición y connivencia con los nobles rebeldes, y aquella frustración lo hacía enloquecer. Podía verlo en sus ojos y también en sus actos. Don Alfonso no tenía reparos a la hora de golpear con violencia en la cara a doña Urraca. La maltrataba con desprecio y la insultaba. Yo nada podía hacer, solo admirar cómo la reina de León soportaba estoicamente el dolor, la vejación y el miedo.

Una noche de febrero, la violencia que don Alfonso descargaba en doña Urraca alcanzó su cota máxima. Además de a las manos, recurrió a los pies. La tumbó y varias veces pateó el cuerpo de la reina una y otra vez sin lograr que ella confesara. Enardecido, don Alfonso me obligó a tenderla boca arriba y a inmovilizarla mientras él, de pie, vertía una jarra de vino en su rostro y su pecho, creyendo quizá que doña Urraca sí confesaría si las torturas se acentuaban.

La situación de la reina no me apenaba, pero sí los crecientes niveles de locura de don Alfonso. No podía permitir que aquella situación se dilatara porque mi señor, tan enajenado como estaba, podía incluso llegar a matar a la reina. Una mañana a la luz del alba acudí a los aposentos de doña Elvira de Toro y le expliqué la situación. Y de paso le sugerí cómo podía sacar del torreón a doña Urraca y cómo podían escabullirse del Castellar por la noche con todos sus hombres, sin que nadie se enterase hasta el día después. Doña Elvira al principio dudó, pero acabó confiando en mi palabra.

Sucedió una noche a mediados de febrero. Doña Urraca corrió libre hacia Castilla. A la reina la acompañaron dos de sus consejeros, los condes Gómez

González y Pedro González de Lara. Este último era un hombre engreído y ufano y se hacía llamar El Romero, pues aseguraba que había estado presente en la batalla que los caballeros de la cruz libraron para conquistar la ciudad de Antioquía en el lejano país de Siria. Quién sabe si decía la verdad. Entre los dos convencieron a doña Urraca para que cobrara una fuerte suma de dinero a Imad ad-Dawla a cambio de liberar a unos cautivos sarracenos que estaban presos en Aragón y de que lo dejaran tranquilo en sus dominios de Rueda. Esos dos nobles compraron voluntades y silencios de algunos guardias y nobles que facilitaron su huida. Con mi intervención no solo libré de la prisión y tal vez de la muerte a doña Urraca, también liberé de su tormento a don Alfonso. Supuse que mi rey me pediría responsabilidades por aquella fuga de su esposa, pero ya me las compondría para explicárselo.

La furia de don Alfonso hubiera bastado para demoler la más alta de las montañas cuando se enteró de la huida de su esposa. No receló de mí, ni siquiera me preguntó por ello. Supuso, quiero entender, que aquella fuga había sido obra de los nobles leoneses, que habían sobornado a los guardias que la custodiaban. Pero solo yo tenía la llave y don Alfonso obvió interrogarme sobre eso.

Salimos del Castellar tras las huellas de doña Urraca, cabalgando sin apenas detenernos. La perseguimos durante varias jornadas sin descanso por tierras de sarracenos y luego a través de media Castilla. Al fin la alcanzamos unos días después en la villa de Carrión.

Doña Urraca se presentó ante su esposo mostrando una completa sumisión. Por un momento pensé que el rey la iba a abofetear allí mismo, pero le ofreció la mano y le pidió que lo acompañara a rezar a la iglesia de Santa María. Los que allí estábamos nos quedamos asombrados.

Tras los rezos los vi alejarse protegidos por una pequeña escolta de soldados, pero a cierta distancia. Conversaban con confianza y parecían entenderse el uno al otro. No sé de qué hablaron aquel día, don Alfonso nunca me lo reveló, pero se mostraron reconciliados a los ojos de todos sus súbditos.

Yo creo que ambos se necesitaban en esos momentos y que se tragaron su orgullo para no romper el matrimonio, mantener la unidad dinástica de sus reinos y, sobre todo, la unión frente a los almorávides, pues nuestros agentes en el sur no cesaban de enviar mensajes en los que anunciaban la intención de los africanos de recuperar para su fe las tierras y ciudades que habían perdido, como las de Toledo, Coimbra y Huesca.

Mi señor viajó a Toledo en abril y desterró a don Bernardo. El arzobispo toledano nada pudo hacer ante la firme decisión del rey, que contó con el apoyo de los obispos de Aragón y de Pamplona y de los labradores y comerciantes de León y Castilla.

El verano discurrió tranquilo. Buena parte de él lo pasamos en Burgos, desde donde en cualquier momento y en un plazo de seis o siete días podíamos presentarnos tanto en Galicia como en Aragón. Aquellos meses transcurrieron en aparente calma, pero la tormenta se estaba fraguando en silencio. Por un lado, los nobles y los obispos de aquellas tierras andaban tramando cómo quitarse de encima a don Alfonso, que signaba todos sus documentos con el título de rey de Aragón y de Pamplona, al que añadía además el de rey de Castilla o el de reinante en todos los confines de Castilla; a veces, sobre todo cuando firmaba junto a su esposa, solía hacerlo como Emperador de toda Hispania.

En Burgos, los dos esposos supieron de las intenciones de los obispos del reino de León, que encabezados ahora por el arzobispo de Toledo pretendían que el papa dictara la excomunión de don Alfonso al no aceptar por su propia voluntad la disolución de su matrimonio con Urraca.

Castilla se sometió a don Alfonso, quien recibió una copa de oro, otra de plata, un collar de oro y cinco mil sueldos del monasterio de San Salvador de Oña a cambio de una tierra.

Solo un percance alteró la tranquilidad de aquellos días. En un corto viaje a Pamplona, el rey cayó enfermo de fiebres y tuvo que pasar dos semanas en cama en el castillo de Milagro. Por fortuna y tal vez con la ayuda de Dios y de los santos, pues varias reliquias, incluida la del *Lignum Crucis*, fueron colocadas a los pies de su lecho, el rey sanó y enseguida pudo proseguir con su actividad cotidiana.

Pero todo cambió en la última semana de septiembre; la calma llegó a su fin. Las intrigas que los nobles gallegos y leoneses habían perpetrado en secreto se desataron de repente.

—¡Abrid, abrid! —Un caballero arribó a todo galope al castillo de Burgos. Era un heraldo real al que le flanquearon las puertas y se le permitió entrar en el recinto amurallado—. Avisad al rey; traigo un asunto de una gravedad extrema.

Yo andaba allí cerca comprobando los herrajes de los caballos e inspeccionando las armas de nuestros soldados. El rey, avisado por el jefe de la guardia, apareció enseguida y tras él caminaba doña Urraca.

—¿A qué viene tanta urgencia? —le preguntó don Alfonso al caballero, que jadeaba como un galgo tras una larga persecución a una liebre.

—Mi señor, el obispo de Compostela, con ayuda del conde Pedro Froilaz de Traba, ha coronado a don Alfonso Raimúndez como rey de Galicia.

—¡Qué! —exclamó el rey de Aragón con gestos de sorpresa.

—¡Explícate! —le pidió la reina al caballero, quien miró al rey solicitando permiso para hacerlo.

—Contesta a la reina —repuso don Alfonso.

—Vuestro hijo, mi señora doña Urraca, ha sido proclamado rey de Galicia y coronado por el obispo don Diego Gelmírez el pasado día diecisiete de este mismo mes de septiembre en el altar mayor de la catedral de Compostela ante la tumba del apóstol Santiago.

—¿Sabías tú algo de esto? —le preguntó don Alfonso a su esposa obviando el tratamiento con el que solían hablarse los dos monarcas en presencia de la gente.

—¿Acaso me estás acusando de conspirar contra ti? —replicó doña Urraca.

—Supongo que sí lo has hecho. No sería la primera vez.

—¿Tienes alguna prueba? —inquirió la reina.

—¡Bernardo! —Don Alfonso ignoró la pregunta y con su mano me indicó que me acercara.

—Sí, mi señor. —Me puse a su lado e incliné la cabeza ante él.

—Mi querida esposa, jura ante Dios y en presencia de este testigo —se refería a mí— que no has tenido nada que ver en la fraudulenta e ilegítima coronación de tu hijo. Te recuerdo que, si lo haces en falso, cometerás perjurio y tu reinado quedará en entredicho.

Los ojos de doña Urraca se clavaron en los de don Alfonso como dos puñales invisibles. Apretó los puños y los dientes, dio media vuelta y regresó al interior del castillo sin mediar palabra.

Apenas unos días después el rey supo que cuando había estado enfermo en Milagro varios nobles gallegos se habían entrevistado en Burgos con la reina, a la que el conde de Traba había aconsejado que pactara con el obispo Gelmírez. Uno de ellos reveló a uno de nuestros agentes que doña Urraca había aceptado la coronación de su hijo como rey de Galicia.

La endeble reconciliación de los dos soberanos volvió a quebrarse. Urraca, una vez descubierta su participación en la conjura para la coronación de su hijo, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para huir de Burgos gracias a la ayuda que le prestaron varios hombres al servicio del

conde Gómez González. De nuevo estalló la cólera de don Alfonso, que juró que castigaría a todos los traidores.

La reina se dirigió a Sahagún, en cuyo monasterio de la Orden de San Benito, dedicado a los santos Facundo y Primitivo, encontró refugio. Enseguida acudieron en su auxilio el conde Gómez González, el que fuera su pretendiente cuando enviudó y con el cual la reina se entendía con grandes muestras de afecto más allá de las que una reina debe conceder a un súbdito, y también el conde Pedro González de Lara, con el que ya la unía una relación muy íntima.

Cuando nuestros espías informaron sobre dónde estaba su esposa, don Alfonso no lo dudó ni un instante.

—Vamos a por ellos —me ordenó.

—Somos muy pocos —comenté.

—Dispones de un día para organizar una hueste.

Y lo hice. Al día siguiente, a primera hora de aquella tarde de mediados de octubre, cien jinetes y el doble de peones partimos hacia Sahagún. Don Alfonso solo mascullaba deseos de venganza.

Apenas éramos un puñado de soldados y aunque en nuestras filas formaban los mejores guerreros de la cristiandad hispana, si unían sus fuerzas varios nobles y nos atacaban en campo abierto, nos derrotarían con suma facilidad.

En ello andábamos sumidos cuando llegó una ayuda inesperada.

El conde Enrique de Borgoña apareció como caído del cielo. Este borgoñón había venido en ayuda del rey Alfonso de León tras la derrota que sufrió en Sagradas a manos de los almorávides. Se había casado con doña Teresa, una de las hijas que don Alfonso tuvo con una de sus concubinas, la leonesa Jimena Muñoz. En agradecimiento, recibió el condado de Portugal, las tierras ubicadas entre Galicia y la ciudad de Oporto, a orillas del océano que llaman Tenebroso.

Enrique y Teresa habían acordado con Urraca, no en vano ellas dos eran medio hermanas y Enrique era primo de Raimundo, que a la muerte de don Alfonso se repartirían sus dominios, quedando Galicia y Portugal para Teresa y Enrique, y León y Castilla para Urraca. Pero la boda con Alfonso de Aragón lo cambió todo y doña Urraca se olvidó de ese acuerdo.

Enrique de Borgoña se presentó con doscientos caballeros, todos ellos veteranos de la guerra en las fronteras del Duero y del Tajo, y ambos acordaron un gran pacto contra Urraca y los suyos. Gracias a esa alianza ya

éramos trescientos jinetes y algunos peones más. Las fuerzas se habían igualado. Yo respiré algo más tranquilo.

Cuando supieron que íbamos a por ellos con toda nuestra determinación, los dos condes convencieron a la reina para retirarse de Sahagún. Tenían el apoyo de los monjes benedictinos del poderoso monasterio de San Facundo, pero la población de la villa estaba en su contra, de modo que estimaron que no era el lugar más apropiado para enfrentarse a don Alfonso.

Partieron hacia el sur, atravesaron el río Duero, con nosotros siguiéndoles los pasos, y buscaron refugio en Fresno de Cantespino, una localidad al abrigo de un castillo sobre un cerro que domina una amplia llanada al pie de la Sierra Central, muy cerca de la villa de Sepúlveda.

El día veintiséis de octubre, en el llano del Campo de las Espinas, a la sombra de la fortaleza, les ofrecimos batalla. Yo estaba convencido de que andaban asustados y supuse que rehusarían el combate y se atrincherarían en el castillo en espera de recibir refuerzos. Pero no lo hicieron. Los dos condes se colocaron al frente de su caballería y aceptaron el enfrentamiento. Nuestras fuerzas eran parejas, pero nosotros combatíamos con don Alfonso de Aragón, que nunca antes había sido derrotado.

En su retaguardia, sobre una loma se veían ondear los estandartes blancos y escarlatas de León y Castilla. No pude comprobarlo a tanta distancia, pero supuse que era allí donde estaría doña Urraca. En su primera línea se había desplegado otro pendón con las siluetas de un león rampante y un castillo. Los estandartes rojos y amarillos del rey de Aragón, los mismos colores del papa, estaban ubicados en la primera línea de nuestra caballería, al lado del rey, que formaba en el centro de la vanguardia, con el conde Enrique de Borgoña mandando el ala izquierda y el noble Castán de Biel la derecha.

Cada uno de nosotros sabíamos lo que teníamos que hacer, de modo que no fue necesaria ninguna arenga. Don Alfonso miró a los lados, recibió la conformidad de don Enrique y de don Castán con señales de banderolas, alzó el brazo y ordenó cargar.

Los cascos de nuestros caballos atronaron en la llanada del Campo de las Espinas como el sonido de cientos de timbales repicando al unísono.

—¡La lanza bajo el brazo, la lanza bajo el brazo! —oí gritar a alguno de los nuestros.

Los enemigos respondieron a nuestra carga aullando como lobos, alzaron las lanzas y espolearon a sus monturas.

El choque de las dos vanguardias sonó como el topetazo de una manada de ciervos machos encelados en época de berrea.

Aquellos leoneses aguantaron bien el envite con las lanzas, pero en cuanto nos pusimos a combatir cuerpo a cuerpo, la lid se decantó enseguida de nuestro lado. Vi caer a muchos de aquellos leoneses y gallegos bajo los golpes de nuestras espadas y nuestras mazas y cómo dudaban a cada uno de nuestros golpes.

Don Pedro González de Lara se vio vencido y entró en pánico cuando uno de nuestros mejores guerreros derribó a su portaestandarte de un mandoble y se apoderó de su enseña. El conde de Lara dio entonces media vuelta y huyó hacia la loma donde estaba plantado el pabellón de doña Urraca.

Pero el otro conde, Gómez González, se mantuvo firme en la pelea al lado de varios caballeros leoneses. Eran valientes y lucharon con bravura, pero no tenían la menor oportunidad y cayeron abatidos. Se habían sacrificado y habían entregado sus vidas para que la reina Urraca ganara el tiempo necesario para refugiarse en el castillo de Fresno.

Acabada la batalla, recorrimos el Campo de las Espinas. Entre los derrotados apenas había heridos.

—Estos soldados se han batido con valentía, merecen ser enterrados como corresponde a un cristiano —reconoció don Alfonso.

—Ese no. —El conde de Portugal señaló el cadáver del conde Gómez González, al que había dado muerte Castán de Biel.

—¿Por qué el conde don Gómez no? —demandó el rey de Aragón.

—Ese hombre era un felón, sin palabra y capaz de la mayor de las villanías; no merecía ser servido por hombres tan valientes —explicó el conde de Portugal.

—¿A qué os referís, don Enrique? —le preguntó don Alfonso.

—Ahora os lo puedo confesar sin que penséis que se trata de un engaño: estos dos condes intentaron convencer a doña Urraca para que os envenenara con hierbas.

—Pues no lograron su propósito, porque... ¡Por todos los santos! —clamó de pronto el rey como si hubiera sufrido una repentina revelación—. ¡Bernardo! —me llamó—, ¿recuerdas aquellas fiebres que tuve hace unas semanas?

—Claro, mi señor, os mantuvieron postrado varios días en cama, en Milagro —repuse.

—Pues tal vez fueran a consecuencia de un veneno.

—Ahí está la prueba —aprovechó don Enrique para sembrar más dudas sobre las verdaderas intenciones de doña Urraca.

Nubes oscuras cubrieron el cielo y la noche se cerró deprisa, muy deprisa; durante dos días no dejó de caer una lluvia incesante.

La reina Urraca y el conde de Lara aprovecharon aquellas condiciones para escapar de vuelta hacia el norte. Supongo que estarían llenos de dudas y que valorarían sobre qué dirección tomar. Galicia era su mejor opción, pues la mayoría de la nobleza y el clero de esa región apoyaba a doña Urraca y odiaba a don Alfonso, de modo que, como habíamos previsto, hacia allí se dirigieron.

La ira del rey Alfonso era incontenible. Enterramos a los muertos en la batalla del Campo de las Espinas y nos lanzamos en persecución de doña Urraca y del conde de Lara, que habían salido del castillo buscando un mejor refugio. Cruzamos el Duero y avanzamos por Tierra de Campos hacia la ciudad de León, arrasando y saqueando cuanto nos encontrábamos al paso. No estaba bien lo que hacíamos, pero no había otra manera de calmar la cólera del rey, cuyos ojos se encendían como ascuas cada vez que oía citar el nombre de su esposa.

Nada más cruzar el Duero, don Enrique de Borgoña se retiró con su hueste alegando que debía volver a Portugal para atender asuntos urgentes. No era cierto; en realidad, su esposa doña Teresa había llegado a un acuerdo secreto con su media hermana Urraca a través de unos consejeros, que se reunieron en Sepúlveda a nuestras espaldas.

De nuevo aliadas, las dos hermanas acordaron, como ocurriera pocos años antes, repartirse los dominios de su padre. Doña Teresa, pese a su origen bastardo, no ambicionaba otra cosa que convertirse en reina de un nuevo reino en Portugal y gobernar como tal desde la ciudad de Oporto toda la región que se extendía desde el sur de los montes de León hasta el océano y desde el río Miño en Galicia al curso del río Tajo.

Enterado de aquello, don Alfonso pidió ayuda a las milicias concejiles de las villas y ciudades que lo apoyaban y consiguió reunir una hueste suficiente como para enfrentarse a doña Urraca y a sus partidarios en una nueva batalla.

Fuimos hasta Palencia, donde se había refugiado la reina, pero cuando llegamos ya no la encontramos, de modo que la perseguimos hacia Galicia, adonde había huido. Allí, la reina recompuso su ejército con la ayuda del

obispo de Compostela y del conde de Traba, que mantenía en su poder al joven Alfonso Raimúndez, de siete años de edad.

Nosotros estábamos en León al abrigo de sus poderosas murallas de piedra, obra de los legionarios romanos, según dicen, cuando supimos que algunos nobles gallegos venían con sus huestes a nuestro encuentro. Unos oteadores nos avisaron a tiempo; salimos de León y pudimos apostarnos en Villadangos, donde los esperamos en posición ventajosa.

Mi señor formó una línea de caballeros, los más expertos y veteranos, curtidos en todas las batallas, y tras la caballería colocó a los peones de las milicias equipados con arcos y espadas cortas.

Ante nuestra primera carga, los gallegos se disolvieron como el polvo tras un vendaval. Desbaratamos su vanguardia, donde formaba el conde Pedro Froilaz, los rodeamos y acabamos con ellos. El conde de Traba luchó con energía, pero fue reducido y capturado por dos de nuestros caballeros. Desde la retaguardia, viendo perdida la batalla, el obispo Gelmírez se retiró con algunos de sus hombres, la reina Urraca y el joven Alfonso Raimúndez. Buscaron refugio en el castillo de Orcellón. Luego el obispo se dirigió a la cercana ciudad de Astorga, tras cuyas sólidas murallas de piedra se hizo fuerte. Una vez recuperados los heridos regresó a Compostela.

Si por mi señor el rey de Aragón hubiera sido, tras la victoria en Villadangos hubiéramos continuado hasta presentarnos en la ciudad de Compostela, pero el invierno se nos echó encima y cayeron grandes nevadas en los montes que se levantan entre León y Galicia, cuyos puertos quedaron impracticables durante tres meses. Tuvimos que renunciar a una victoria total y liberamos a don Pedro Froilaz a cambio de una buena bolsa de monedas de oro; la familia del conde de Traba tenía suficiente dinero como para pagar el rescate que le exigimos y nosotros necesitábamos ese dinero.

Algunos creen que para un guerrero no hay nada mejor que combatir día tras día y estar siempre ocupado en una campaña militar. Se equivocan. Un soldado anhela como ningún otro hombre el calor del fuego del hogar, la paz de la casa, el reposo en la tierra propia y, si le gusta, unas buenas partidas de ajedrez al calor de una reconfortante chimenea.

Además, quienes tienen mujer e hijos, que no era el caso ni de don Alfonso ni el mío, desean pasar todo el tiempo posible con ellos, disfrutando de la dulzura y las caricias de la esposa y de la alegría y juegos de los niños. A falta de familia propia, don Alfonso y yo mismo nos contentábamos con escuchar cómo los juglares cantaban las prodigiosas hazañas de magníficos caballeros como Alejandro el Grande, Carlomagno, Roldán o el Cid, con pasar largas horas sentados a una mesa participando en opíparos banquetes, en los que mi rey solo permitía la presencia de hombres, o cazando en los sotos y bosques cercanos en los días en que la ausencia de lluvia y de nieve lo permitían.

Éramos soldados, pero no olvidábamos que habíamos sido educados en un monasterio y que nos habían formado para ser fieles servidores de Cristo y de su Iglesia, de modo que regularmente acudíamos a los oficios religiosos y participábamos en ellos con toda devoción.

Algunos días los pocos mercaderes que se atrevían a viajar en invierno por aquellas tierras nos contaban noticias de todas partes. Así supimos que los caballeros que habían tomado la cruz para ir a combatir a los musulmanes a Tierra Santa habían asentado el dominio cristiano en Jerusalén, conquistado doce años antes, y habían recuperado el templo de Salomón y la casa donde Nuestro Señor celebró con sus doce apóstoles la Última Cena. Cada vez que don Alfonso escuchaba hablar de Jerusalén prestaba una especial atención y prometía que en cuanto resolviera los asuntos que nos habían llevado a León regresaría para conquistar Zaragoza y luego Valencia y que allí embarcaría

con todos los caballeros que quisieran seguirlo para visitar el Santo Sepulcro en Jerusalén y postrarse ante la tumba de Cristo.

Entre tanto, la reina Urraca andaba escondida por las montañas de Asturias, acompañada por su hijo Alfonso Raimúndez y por los condes de Lara y de Traba, que había vuelto con ella tras su liberación, convertidos ahora en sus principales protectores. Pronto comenzaron a correr ciertos rumores por villas y ciudades sobre la íntima relación que mantenían doña Urraca y don Pedro González de Lara. Algunos aseguraban que eran amantes y que incluso se habían casado en secreto, ya que en derecho podían hacerlo, pues el papa consideraba nulo el matrimonio de don Alfonso y doña Urraca.

Otros iban más allá y rumoreaban que la reina era una mujer promiscua dada a disfrutar de los hombres y que incluso había tenido un hijo bastardo con el conde Gómez González, el que murió en la batalla del Campo de las Espinas, poco después de quedar viuda de Raimundo de Borgoña y antes de casarse con mi señor don Alfonso.

Todos aquellos comentarios y rumores enervaban más si cabe el ánimo del rey de Aragón, al que no le importaba con quién compartiera su cama la que ya no se sabía bien si era o no su esposa, pero que se mostraba muy irritado por las constantes traiciones y deslealtades.

Los intensos fríos de aquel invierno no hicieron sino incrementar la desolación de las tierras de Castilla y de León. Ante la falta de una autoridad reconocible, pues los gallegos estaban divididos en varios bandos, los portugueses aspiraban a tener un reino propio, los leoneses andaban partidos entre los intereses irreconciliables de los nobles y de los habitantes de villas y ciudades y los castellanos dudaban entre jurar fidelidad a doña Urraca o a don Alfonso, bandas de hombres sin señor recorrían las aldeas más indefensas saqueando y robando cuanto podía tener algún valor.

Desde las boscosas montañas de Galicia a las amplias llanuras de Castilla y desde las sierras agrestes de Asturias hasta las fértiles vegas del Tajo, nadie era capaz de asentar la ley y el orden. Los poderosos, al frente de sus mesnadas nobiliarias, se comportaban a menudo como bandidos, en tanto grupos de hombres armados merodeaban por su cuenta formando cuadrillas de saqueadores asolando los caminos y quebrantando a los artesanos y a los mercaderes.

Con la llegada de la primavera, don Alfonso reunió al ejército en Nájera. Andaba muy enfadado pues muchos nobles castellanos que le habían rendido

vasallaje cuando se convirtió en su rey prestaron homenaje a la reina Urraca, mudando así su juramento de fidelidad.

—Doña Urraca anda errante por Galicia, Asturias y León, sin rumbo fijo ni saber dónde ir. Nosotros acudiremos a Galicia, someteremos a todos sus nobles y tomaremos la ciudad de Compostela. Voy a quitar de en medio de una vez por todas a esa chusma de traidores nobles y obispos corruptos — asentó don Alfonso.

—No tenemos dinero para afrontar esa campaña, mi señor. El procedente del rescate del conde de Traba casi se ha acabado —le dije tras comprobar las escasas monedas que quedaban en nuestra arcas.

—Dispón que se acuñen dineros de vellón con mi efigie —me ordenó como quien solicita que le sirvan un vaso de vino.

—Lo haría de inmediato, mi señor, pero ¿de dónde obtengo la plata necesaria para acuñar esas monedas?

—De donde la hay.

—¿Señor...?

—De las iglesias, monasterios, catedrales y demás santuarios. La mayoría de esos templos está repleta de piezas de plata, muchas producto de las parias que pagaron los sarracenos en tiempos no muy lejanos. Envía a grupos de soldados a que requisen esos tesoros. De ahí es de donde sacaremos el dinero que necesitamos.

—La Iglesia lo considerará un grave pecado —reflexioné en voz alta.

—La Iglesia hará lo que yo ordene.

No hablaba en vano. Don Alfonso emitió varias órdenes por las cuales dictaba pena de prisión para el arzobispo de Toledo y para los obispos de Osma, Palencia y Orense y expulsó de sus sedes a los obispos de León y de Burgos y al abad de Sahagún.

Estaba tan seguro de su fuerza y de su poder, tan convencido de que era invencible, que a mediados de abril salimos de Nájera, donde se nos unieron medio centenar de hombres dispuestos a ayudar a don Alfonso para someter a todo aquel que no le mostrara su sumisión.

Nos dirigimos a la ciudad de León y desde allí a la de Astorga, donde doña Urraca y el conde de Lara se habían fortificado con su hueste aprovechando sus fuertes y viejas murallas. No éramos demasiados, pero por el camino se nos fueron sumando las milicias concejiles de Burgos, Palencia, Carrión, Zamora, Sahagún y León. Muchos de aquellos hombres apenas

sabían manejar un arma de combate, pero estaban imbuidos de un indomable espíritu de rebeldía ante la explotación a que durante años los nobles y los altos eclesiásticos los habían sometido. Consideraban que el rey Alfonso de Aragón era el único capaz de acabar con los abusos de los poderosos y estaban dispuestos a pelear a su lado hasta la muerte.

Llegamos ante las fortificaciones de Astorga e iniciamos el asedio.

—Somos pocos. No podremos escalar esos muros —me confesó don Alfonso a la vista de las murallas de durísimas piedras trabadas con la más sólida de las argamasas.

—Si mantenemos el asedio durante todo el verano, tal vez podamos llegar a un acuerdo para la rendición —propuse.

—No tenemos suficientes hombres como para sostener un sitio tan prolongado. Estamos muy cerca de Galicia y los sitiados pueden recibir ayuda de esa tierra, en cuyo caso nos encontraríamos en graves apuros.

—Entonces, mi señor, construyamos escalas y trepemos por esos muros —propuse sin pensarlo.

—¿Te has fijado bien? No tenemos máquinas de asedio como esas que dicen que ingenieros francos fabricaron para asaltar las murallas de Jerusalén, ni sabemos cómo construirlas. Y en cuanto a las escalas, ¿has visto la altura de esas fortificaciones y sus profundos fosos? No tendríamos la menor oportunidad ante una buena defensa.

Tenía razón. Mi rey se había dado cuenta de que con las fuerzas de que disponíamos jamás conquistaríamos Astorga. Pero no podía retirarse, no sin realizar algún tipo de alarde, de modo que envió un correo a Aragón en busca de ayuda. Entre tanto llegaba alguna noticia, mantuvimos el asedio durante seis semanas más, confiando en que don Esteban, el obispo de Huesca, nos enviara los refuerzos solicitados.

El mensajero regresó a mediados del mes de junio. Las noticias que trajo fueron desalentadoras. El pequeño contingente de tropas que acudía en nuestro apoyo desde Aragón había sido interceptado en una emboscada cerca de Palencia y derrotado. No vendría nadie más en nuestro auxilio.

Sin aquellos refuerzos, no podíamos seguir manteniendo el asedio de Astorga, de manera que levantamos el sitio y nos retiramos hacia Aragón.

Atravesábamos la llanura de Carrión, a más de una semana de distancia de nuestra tierra, cuando las milicias de los concejos de León y Castilla se disgregaron y regresaron a sus ciudades y villas. Nos quedamos solos. Los

partidarios de Urraca, reforzados con nuevos contingentes llegados de Galicia y con la ayuda de las tropas de Enrique de Borgoña y Teresa de Portugal, que ya habían cambiado de alianza, nos bloquearon el paso. Pudimos sortearlos y avanzamos hasta Peñafiel, donde volvimos a detenernos.

El ejército de Portugal era muy poderoso y estaba integrado por expertos jinetes que habían forjado su valor y su destreza en las algaradas fronterizas contra los musulmanes en la línea del río Tajo. Nuestra inferioridad era manifiesta; si nos atacaban las fuerzas combinadas de las dos medio hermanas, acabarían fácilmente con nosotros.

Pero todo cambió cuando se presentó en nuestro campamento de Peñafiel un mensajero de doña Urraca. La reina solicitaba celebrar una entrevista con el que todavía era su esposo, pero don Alfonso no se fió y me ordenó que fuéramos don Castán de Biel y yo mismo a su encuentro.

Disfrazados como dos muleros, acompañamos al mensajero a donde se encontraba doña Urraca, en un castillo a unas diez millas de distancia.

La reina presentaba un aspecto cansado, aunque su semblante no parecía reflejar los problemas que estaba atravesando su reinado.

—Me alegra veros de nuevo, don Bernardo, y también a vos, don Castán —nos saludó extendiéndonos su mano, que ambos besamos rodilla en tierra.

—Yo también me alegro, mi señora —respondí.

—A vuestro servicio, alteza —añadió don Castán.

—¿Cómo se encuentra el rey?

—Con ganas de saludaros —mentí.

—Hemos llegado demasiado lejos. Nunca debimos dejar que los asuntos del gobierno de nuestros reinos se complicaran de semejante manera.

—Nuestro señor el rey piensa lo mismo, señora —terció don Castán.

—En ese caso creo que llegaremos a un acuerdo con facilidad.

—Vuestra alteza dirá.

—Mi hermana, doña Teresa, es una mujer ambiciosa, muy ambiciosa. Ambos sois hombres perspicaces, supongo que no os habrá pasado inadvertido.

—Muy ambiciosa, sí —asentí.

—Como bien sabéis, ella y su marido don Enrique, que era primo de primer esposo, se aliaron con don Alfonso para que este los ayudara en su intención de hacerse con Portugal y proclamarse reyes de ese condado, que me pertenece como reina de León. Pero han cambiado de bando y ahora buscan un acuerdo conmigo.

—¿Y qué proponéis, alteza? —preguntó don Castán.

—Cerrar un gran tratado con el rey de Aragón.

—¿Cuáles sería esas condiciones, mi señora?

—Si vuestro señor, mi esposo, está de acuerdo, pactaremos repartirnos todos nuestros dominios de este modo: yo me quedaré con León, Galicia, Portugal y la mitad occidental de Castilla y mi esposo con Aragón, Pamplona y la otra mitad de Castilla. Si uno de nuestros reinos resultara atacado, el otro acudiría en su ayuda y defensa. En cuanto a nuestro matrimonio, aceptaremos la nulidad que propone el papa y lo disolveremos de mutuo acuerdo y amistosamente. Como no hemos tenido hijos, la resolución es bien sencilla. Transmitídselo así a don Alfonso.

Lo hicimos. Mi señor aceptó, pero nos dijo que incluyéramos en el acuerdo que él seguiría usando el título de Rey de Castilla.

Entre tanto, don Pedro Ansúrez, quien fuera ayo de la reina doña Urraca, acudió a entrevistarse con mi señor don Alfonso. Mi rey había decidido desterrarlo de Castilla, pero aceptó recibirlo por si podía obtener algún beneficio.

Ansúrez vestía un traje de color escarlata, muy vistoso, y montaba un magnífico caballo blanco. Al llegar ante la tienda del rey, que seguía plantada cerca de Peñafiel, se arrodilló y dijo:

—Señor, esta tierra de Castilla, que fue de mi señora la reina doña Urraca, la rindo ahora a vuestra alteza con homenaje de boca, manos y cuerpo, para que implantéis en ella la justicia que tengáis a bien.

Don Alfonso miró al ayo de su esposa, que se mantenía de rodillas y con la cabeza agachada.

—Dadme vuestras manos —le ordenó.

—Soy vuestro más fiel vasallo —proclamó Ansúrez ofreciendo sus manos unidas, que el rey envolvió con las suyas.

—Y yo vuestro señor. Alzaos.

—Hecho está.

—Doña Urraca anda huyendo de mí en compañía de don Pedro, el conde de Lara, con el que vive en pecado. Yo también he vivido en pecado, pues soy primo de doña Urraca y no debería haber accedido a celebrar esa boda. No deseo que siga siendo mi esposa, la repudio y anuncio que desde ahora queda roto este matrimonio.

—Mi señor, en ese caso...

—Decidle a la reina que dejaré de utilizar el título de Emperador, cuando yo lo decida, pero que, como os dije, mantendré el de Rey de Castilla.

Aquella solemne declaración de don Alfonso se remitió al papa, que envió a un importante abad de Turín para que resolviera la nulidad del matrimonio.

No pudo ser. La esperanza que muchos habían puesto en esa boda y la de un heredero común que uniera a toda la cristiandad hispana se desvaneció como el humo. Aunque hubo algunos que se alegraron, un cierto desconsuelo se extendió desde Galicia hasta Aragón y el temor a que los almorávides, enterados de la ruptura matrimonial y la guerra que se libraba entre los cristianos, invadieran nuestros territorios se manifestó por todas partes.

Y así ocurrió. A finales de aquel verano recibimos malas noticias de Aragón. El gobernador almorávide de Zaragoza, Muhammad ibn Hayy, envalentonado por la ruptura de don Alfonso y doña Urraca y por las desavenencias y riñas entre los cristianos, realizó varias incursiones con su caballería ligera en la tierra llana de Huesca, saqueando aldeas, destruyendo cosechas y tomando numerosos cautivos, que fueron llevados a Zaragoza y sometidos a crueles tormentos y privaciones.

El temor se había apoderado de los aragoneses, que demandaban de su rey que regresara pronto a casa para defenderlos.

—Volvemos a Aragón —asentó don Alfonso tras escuchar las malas nuevas.

—¿Y el acuerdo con doña Urraca, mi señor? —le pregunté, pues aún no había decidido darle una respuesta.

—Eso no importa ahora. Los aragoneses me necesitan y esa es ahora nuestra prioridad.

—Los almorávides se han llevado presos a cientos de cautivos cristianos; supongo que exigirán mucho dinero por su rescate —intervino don Castán de Biel.

—Pediremos a los monasterios y sedes episcopales aragonesas que paguen algunos de esos rescates —dijo el rey.

—No sé si aceptarán. Ya sabéis cuán avarientos son algunos miembros de la Iglesia, mi señor.

—Deberán hacerlo.

La situación era más grave de lo que parecía, pues los sarracenos no solo habían arrasado algunas tierras en la frontera y apresado numerosos cautivos,

también habían logrado reocupar algunos castillos al este de Sariñena y amenazaban con recuperar la ciudad de Barbastro.

El pacto ofrecido por doña Urraca no se ratificó. La reina dio por rotas las negociaciones y decidió marchar a León. Nunca más volvería a encontrarse con don Alfonso.

No es que a don Alfonso le importara demasiado, pero durante aquel invierno un tribunal eclesiástico convocado en Roma por el papa Pascual ratificó la separación por nulidad del enlace de Alfonso de Aragón con Urraca de León. De hecho, hacía ya tiempo que ese matrimonio se había disuelto, aunque faltaba la resolución canónica.

Un concilio celebrado en Benevento, una ciudad de Italia, declaró nulo el matrimonio dada la relación de parentesco de los cónyuges. En cuanto se supo en León y Galicia, los nobles encabezados por el conde de Traba y los eclesiásticos por el obispo Diego Gelmírez, que se oponían a doña Urraca y a su marido, proclamaron que aquel matrimonio había sido ilícito y que los esposos habían cometido incesto y acusaron a la reina de traicionar a su hijo, el joven Alfonso Raimúndez, a quien consideraban su único monarca legítimo.

El papa escribió a don Alfonso pidiéndole que dejara de intervenir en los asuntos de la Iglesia, pues el rey había depuesto a obispos y abades a su antojo y nombrado a sus leales, como su hermano Ramiro, para esos cargos. También lo conminó a que devolviera el dominio de la sede de Barbastro a don Raimundo, pues don Esteban de Huesca se la había apropiado.

Pero mi rey era sólido como una roca y ni siquiera aceptaba las órdenes del papa. Seguía empeñado en someter a todos a su autoridad y no le faltaban apoyos en Galicia, León y Castilla. En realidad, como me confesó en una ocasión, lo que pretendía era acordar con doña Urraca que ella se quedara con Galicia y León pero que le cediera toda Castilla, incluidas las ciudades de Burgos, Palencia y Sahagún.

Por supuesto que doña Urraca no quería renunciar a Castilla y con un ejército se dirigió a Burgos en la primavera del año 1113 para asentar su dominio sobre esa tierra, cuyo cielo azul es el más hermoso del mundo. El castillo de esta ciudad estaba en manos de una guarnición de soldados aragoneses, que pidieron inmediatamente ayuda a don Alfonso. Hacia allí

partimos, pero nos detuvimos al pie de los montes de Oca, en la localidad de Villafranca, esperando acontecimientos. Pronto llegaron noticias de que doña Urraca y el obispo Gelmírez, hasta entonces enemigos, habían acordado una repentina alianza y se habían jurado ayuda mutua contra el rey de Aragón. Don Alfonso todavía conservaba el apoyo de algunos burgueses de Sahagún, León y Compostela, pero ante aquel pacto se convenció de que sería muy difícil vencerlos en una guerra y que tendría que negociar.

Un cronista leonés ha escrito hace poco que aquel verano los aragoneses invadimos Castilla y saqueamos la Tierra de Campos y la Extremadura castellana a sangre y fuego, pero no es cierto. Los cronistas suelen mentir en las historias que cuentan, al fin y al cabo quién no busca justificarse o ayudar a su señor con lo que escribe.

Transcurrió el verano y las primeras semanas del otoño en medio de esas negociaciones, en las que yo anduve de un lado para otro intercambiando mensajes y propuestas de don Alfonso y doña Urraca. Al fin, después de llegar a un acuerdo, la última semana del mes de octubre se celebró un concilio de obispos en Palencia, aprobado por el papa Pascual. Allí se firmó la nulidad definitiva del matrimonio de los dos monarcas. La esperanza de una cristiandad hispana unida que hiciera frente a los almorávides se deshizo como las nubes tras la tormenta.

Yo fui el encargado de hacer la entrega simbólica de la reina a los obispos. Mi corazón quedó aliviado. Don Alfonso era, al menos así lo pensé en esos momentos, de nuevo mío.

A comienzos del año del Señor de 1114, con el matrimonio declarado nulo como si nunca se hubiera celebrado, la reina Urraca comenzó a firmar sus documentos junto a su hijo Alfonso Raimúndez, y lo hacía como Reina dominante en Hispania. La cuestión matrimonial estaba solventada, pero quedaba por dirimir el asunto del dominio sobre Castilla, que tanto doña Urraca como mi señor don Alfonso seguían reclamando para sí.

Nos dirigimos a Castilla y por esa tierra anduvimos durante la primavera y el verano. Las gentes de Sahagún, Burgos, Palencia y otras ciudades dudaban sobre a qué señor obedecer. Cuando nuestro ejército se presentaba en alguno de esos lugares, sus autoridades rendían pleitesía a mi señor, pero si era la reina Urraca la que aparecía por allí, entonces manifestaban su fervor hacia ella. En aquellos días nadie estaba seguro de a quién pertenecía Castilla, de

modo que procuraban no decantarse por ninguno de los dos soberanos, en espera de ver quién se quedaba definitivamente con ese reino.

Don Alfonso lo quería para sí; por eso, en el mes de octubre, tras la muerte de don García, obispo de Burgos, colocó a su hermano Ramiro al frente de esa diócesis, sin contar para ello con el beneplácito del papa. El problema es que la Iglesia había elegido como nuevo obispo de Burgos a un canónigo llamado Pascual. Mi señor no hizo caso a esa designación y mantuvo a su hermano como obispo titular.

El rey imponía su voluntad por las buenas o por la fuerza. Pero la Iglesia no estaba dispuesta a aceptar cómo se mermaba su poder o se cuestionaban sus decisiones, de modo que un grupo de obispos reunidos en León volvieron a ratificar la nulidad del matrimonio y además reclamaron que el canónigo Pascual ocupara la sede de Burgos. Don Alfonso volvió a ignorarlo y el papado tuvo que intervenir de nuevo. En aquel tiempo envió a mediar en estos conflictos al cardenal Guido de Borgoña, pariente del primer esposo de doña Urraca y de don Enrique de Borgoña. Este cardenal hizo amistad con el obispo Gelmírez de Compostela al que años más tarde, cuando el propio don Guido fue elegido papa y adoptó el nombre de Calixto, favoreció mucho, y receló de las intenciones de don Alfonso, que parecía haber caído en desgracia a los ojos de la Iglesia.

Rota su relación con doña Urraca, mi señor siguió sin interesarse por mujer alguna, como siempre había hecho. No le gustaba en demasía celebrar grandes ceremonias públicas, pero cuando lo hacía, bien fuera al ser recibido solemnemente al entrar en una ciudad o en un banquete o en alguna misa, rechazaba que hubiera mujeres y jamás invitaba a ninguna de ellas por muy nobles que fueran.

Cuando en alguna ocasión le preguntaban por la ausencia de mujeres en su corte, tampoco las había en su cama, don Alfonso respondía del mismo modo una y otra vez: «Un verdadero soldado debe vivir siempre con hombres, no con mujeres». Muchos no lo entendían. Yo sí.

Los reyes y grandes señores suelen requerir de la compañía de las más hermosas doncellas de un lugar cuando pasan una noche sin estar acompañados por sus esposas. Por eso, muchos de ellos han engendrado numerosos hijos bastardos a los que, en caso de nacer de una mujer de noble estirpe, suelen reconocer como propios, les otorgan una dote y los nombran para ocupar altos cargos en la milicia o en la Iglesia. Así, en los reinos cristianos de toda Europa proliferan bastardos reales que son obispos, abades o canónigos, e incluso condes, duques y príncipes.

Sí, la Iglesia condena como pecaminosas las relaciones entre hombre y mujer fuera del matrimonio, pero en el caso de los reyes y los poderosos las consiente e incluso las bendice. Claro que hay muchos altos eclesiásticos que viven amancebados con concubinas y barraganas, a las cuales suelen presentar como sobrinas o fámulas. En Roma, según me han dicho, saben mucho de eso; hasta ha habido papas que han engendrado varios hijos con diversas concubinas, a las que han mantenido con grandes lujos a costa de las rentas de la Iglesia.

Aquel invierno llegaron a Palencia, donde nos encontrábamos durante las navidades, las nuevas monedas acuñadas con la efigie de mi señor don Alfonso. Eran dineros de vellón, una rica aleación de tres partes de plata y una de cobre.

—¿Qué te parece, Bernardo? —me preguntó a la vez que me mostraba una de aquellas monedas.

—No os hacen justicia, mi señor —bromeé al ver la cara del rey estampada en el anverso.

—No, creo que no —sonrió al mirar aquel rostro apenas insinuado girado hacia la izquierda.

—*Anfus. Rex* —leyó las letras alrededor de la cara.

—«Alfonso rey» —traduje—. *Toleta* —leí ahora la leyenda que rodeaba una sencilla cruz en el reverso.

—Han sido acuñadas en Toledo. Esa ciudad es nuestra —asentó—. También he ordenado acuñar estas otras en Aragón. —Me mostró otra moneda de traza y factura diferente.

—*Anfus. San. Rex*. «Alfonso Sánchez rey» —leí—. En esta, en cambio, resultáis mucho más favorecido. —Sonreí; en esa moneda lo habían representado con el cabello más largo—. *Aragonensis*. «De los aragoneses» —leí en el reverso.

—Servirán para pagar los gastos del ejército. Los almorávides han atacado la campaña al sur de Toledo y las tierras al oeste de Cuenca. Debemos acudir para detenerlos.

Así lo hicimos. Cuando las bandas de almorávides supieron que el rey de Aragón se acercaba, se retiraron a sus castillos en la línea del río Guadiana. Aquello nos confortó de momento, pero estábamos seguros de que volverían.

Nunca se amaron y pocas veces se soportaron, pero los dos eran reyes, engendrados por reyes y reinas, y a ambos el destino los colocó en un lugar para el que no parecían haber nacido. Por eso ahora quiero creer, con la distancia que me da el tiempo y la experiencia de los muchos años cumplidos, que quizás hubo alguna ocasión en la que don Alfonso y doña Urraca compartieron un sueño que resultó imposible.

Ambos tenían un carácter fuerte y un alto sentido de su autoridad, pero la reina de León era una mujer a la que gustaba disfrutar de los placeres más mundanos y necesitaba el contacto con el cuerpo de un hombre para culminar sus deseos más carnales. Tal vez aprendiera las fórmulas secretas del amor con su primer esposo, once años mayor que ella, y después con el conde Gómez González, aquel que sacrificó su vida en la batalla del Campo de las Espinas para que ella pudiera escapar. Tal vez esperaba encontrar en don Alfonso, diez años mayor, el hombre fogoso y experto que saciara su sed de amor y de sexo. Tal vez, cuando yo le hablé de las cualidades de mi señor, pensó que sería un ardiente varón capaz de atenderla en la cama cada noche y de darle un hijo que uniera en su persona las coronas de todos sus reinos. Tal vez creyó que don Alfonso era uno de esos caballeros legendarios que protagonizan los relatos épicos y los romances de amor. Tal vez doña Urraca imaginó un sueño imposible. Tal vez.

Roto el matrimonio, don Alfonso siguió firmando sus documentos como Rey de Aragón y de Pamplona, pero también como Emperador de toda Hispania y Rey de Castilla y de Toledo. No se había pactado ningún acuerdo sobre el reparto de sus dominios, pues el que la reina Urraca nos propuso a don Castán y a mí nunca se firmó, pero don Alfonso consideraba que todas las tierras al este de la ciudad de Patencia, incluida la ciudad y el castillo de Burgos, le pertenecían, en tanto doña Urraca, que firmaba en ocasiones como Reina de León y de Castilla e Imperante en toda Hispania, reclamaba para sí Toledo y la propia Palencia.

Aquel año, durante el mes de abril, estuvieron a punto de volver a verse. Fue en la villa de Sahagún, donde los hombres del concejo mantenían la fidelidad a don Alfonso, quien en contra de todos ratificó a su hermano, el monje Ramiro electo abad del poderoso monasterio de San Facundo de Sahagún, como obispo de Burgos. El papa volvió a intervenir en este asunto y ordenó que un concilio de obispos proclamara de manera inequívoca como prelado de Burgos al canónigo Pascual.

Resultaba extraño. Don Ramiro, aquel monje de aspecto tranquilo y de maneras pausadas, era el único heredero de su hermano don Alfonso, pero no podía ser designado rey de Aragón porque había sido tonsurado y al haber tomado las órdenes eclesiásticas mayores como sacerdote no podía ejercer como rey. Claro que esa era la norma, pero, cuando llegó la ocasión, a los aragoneses les importó bien poco.

Pasaba el tiempo, caían los meses y la situación en Galicia, León y Castilla se tornaba cada día más complicada.

—Estoy harto. Nos marchamos de aquí —me dijo un buen día mi señor, mientras asistíamos al adiestramiento de un joven halcón en los llanos de Sahagún.

—¿Volvemos a Aragón? —le pregunté.

—Sí. Ha muerto Al-Hayy, el gobernador almorávide de Zaragoza, y lo ha sustituido un tal Ibn Tifilwit, hermano, según me han informado, de Alí ibn Yusuf, el emir de esos demonios africanos. Supongo que el nuevo gobernador querrá demostrarle a su poderoso hermano que tiene arrestos y capacidad suficientes para gobernar esa ciudad y mantenerla dentro de su imperio. Creo que procurará realizar alguna hazaña. Debemos estar preparados para un posible ataque o una algarada de los zaragozanos. Nos instalaremos en el castillo de Loarre; desde allí controlaremos los movimientos de los almorávides.

—¿Y qué pasará con Castilla, mi señor?

—Sigo siendo su rey.

—¿Y si las huestes de doña Urraca se atreven a ocuparla?

—La reina de León anda ahora ocupada en Galicia. Bastante tiene con solventar cuanto allí está ocurriendo. Nobles muy importantes y el propio obispo de Compostela, a pesar de su reciente alianza, apoyan a su hijo como rey de Galicia, lo que supondría, de momento, que esa región se convertiría en un reino independiente de León, como ya lo fue durante siete años con

aquel desdichado rey don García, cuyo efímero reino gallego se lo repartieron sus hermanos don Sancho de Castilla y don Alfonso de León. Pero doña Urraca no admite que su hijo sea rey sin su consentimiento, de modo que auguro que habrá una guerra, otra más, entre todos ellos y eso facilitará que dejen a Castilla en paz.

Doña Urraca reaccionó con habilidad y logró la reconciliación con el obispo Gelmírez. Ambos habían estado enfrentados, pero ahora se necesitaban y ratificaron su pacto para no llevar a Galicia y a León a una guerra fratricida. Lo que no calcularon es que los burgueses de Compostela no estaban conformes con aquella situación. Unos meses más tarde, ya en el año del Señor de 1116, se desataría la tormenta.

A comienzos del nuevo año nos dirigimos hacia Aragón. Antes pasamos el invierno por el valle del río Pisuerga, entre nieves y fríos, y desde allí, por Belorado, atravesamos en febrero la sierra de Cameros bajo copiosas nevadas y descendimos hacia la fértil Rioja. En marzo, azotados por el cierzo inclemente, llegamos a Aragón. Don Alfonso se fue al castillo de Montearagón, pero enseguida se dirigió a la villa de Astorito, en la comarca de Jaca, donde se alzaba el viejo palacio de su abuelo el rey don Ramiro. Supongo que quería sentir el pulso de la tierra de origen. Desde allí concedió nuevos privilegios y posesiones al monasterio de Siresa, tras despachar un día entero con su abad García de Biel. Conceder tierras, rentas y fortuna a los monasterios era una manera de asegurar que, cuando el rey lo necesitara, estos monasterios lo acogerían a él y a su hueste y le proporcionarían cobijo y alimento.

Aquellos días don Alfonso mostraba toda su preocupación. Los conflictivos asuntos de Galicia estaban a punto de estallar una vez más y los almorávides lanzaron su caballería ligera en algarada por las tierras al oeste de Zaragoza. Todo estaba tan revuelto que anduvimos aquella primavera y aquel verano yendo y viniendo de un sitio para otro. Una semana nos presentábamos en Nájera apaciguando el miedo de los riojanos a una invasión de los sarracenos, otra en Pancorbo calmando los ánimos de los castellanos ante los rumores de un ataque de los leoneses, otra en Biel y en Ejea asegurando sus fortalezas ante la amenaza de un ataque de los almorávides y otra en Pamplona, donde don Alfonso expulsó de su sede al obispo don Pedro, con el que mantenía serias discrepancias.

Algunos días ni siquiera teníamos tiempo para quitarnos el polvo del camino, pues apenas acabábamos de llegar a un sitio y ya salíamos de inmediato hacia otro. Aquel hombre al que yo tanto amaba era incansable como un dios pagano. Tenía cuarenta y tres años, pero se movía como un varón de veinticinco. Poderoso, altivo, cruel en ocasiones, caritativo en otras, siempre majestuoso, era capaz de cabalgar durante treinta millas en una sola jornada sin detenerse salvo el tiempo necesario para que nuestras monturas se alimentaran y bebieran agua.

Cuando en los días más duros del invierno nuestros enemigos se protegían al abrigo de ciudades muradas o en castillos seguros, mi señor atravesaba los campos helados de Castilla o cruzaba los puertos de las montañas de Aragón y de las sierras celtibéricas sin miedo al frío, a la nieve o a las tormentas.

No sé cómo lo hacía, pero su sola presencia, su aliento y su determinación inculcaban ánimos y energía a todos cuantos cabalgábamos a su lado; sus palabras nos confortaban y nos transmitían la fuerza que no teníamos, sus miradas nos llenaban de vigor y su imagen de poder y determinación nos hacía perder cualquier miedo. ¡Dios, cómo amaba a aquel hombre!

Solo lo vi llorar dos veces: en el funeral a la muerte de su hermano don Pedro y unos pocos días antes de su propia muerte, como ya relataré en su momento, y muy pocas veces lo observé reír, pero aquel día sus ojos estaban tristes, aunque no derramaron una sola lágrima.

Discurría el mes de abril y andábamos de nuevo atravesando las amplias llanuras de Castilla. Nos acompañaban el mayordomo real Fortún Garcés Cajal, el antiguo merino Galindo Sánchez y el nuevo, Jimeno Sánchez, que ahora llevaba las cuentas de mi señor y se hacía cargo del tesoro real. El rey había celebrado una reunión con los hombres de la villa de Belorado en la que se ratificó la celebración de una feria para San Miguel a cambio del pago de la renta de un pan de cada treinta que se cocieran en los hornos reales que allí había.

Tras la entrevista, me llamó a su lado y me indicó que me sentara en una silla de tijera. Estábamos en el castillo de Belorado, localidad a la que además había dotado de un generoso fuero, muy favorable a sus comerciantes. Tenía en sus manos un rollo de pergamino de un palmo de ancho por uno y medio de largo.

—Acabo de recibir este relato. Me lo envían desde Compostela, la sede del apóstol Santiago. En él se narran los terribles sucesos ocurridos en esa

ciudad. Nunca amé a doña Urraca, no podría hacerlo como bien sabes, mi querido Bernardo, pero ojalá hubiera estado allí cuando le ocurrió esta desdicha. No hubiera permitido que se perpetrara semejante afrenta —me dijo don Alfonso.

—¿Qué le ha ocurrido a la reina, mi señor? —me preocupé.

—Aquí está todo explicado. Toma y lee —me entregó el pergamino.

—¿Ahora, aquí...?

—No. Hazlo a solas. Luego hablaremos.

Me retiré con el pergamino entre mis manos, salí al patio del castillo, me senté en un caracol calentado por los tímidos rayos otoñales y comencé a leer:

En la ciudad de Compostela, donde reposan los sagrados restos del apóstol Santiago, el discípulo del Señor, en el año de la Natividad de mil ciento dieciséis. Yo, García de Tuy, hombre de religión, he sido testigo de cuanto escribo más abajo y he querido relatarlo para que en los tiempos futuros quede memoria de lo sucedido.

Hace algún tiempo que se anuló el matrimonio de la reina doña Urraca con el pérfido y malvado aragonés, cuyos huesos arderán en el infierno por toda la eternidad. Cuando ese hombre cobarde y felón assolaba la tierra de Galicia, don Pedro Froilaz, conde de Traba, y don Diego Gelmírez, obispo de Compostela, vinieron en rebelarse contra él y su tiranía y proclamaron rey a don Alfonso Raimúndez, hijo legítimo de la reina nuestra señora doña Urraca y del conde don Raimundo de Borgoña, que Dios tenga en su gloria.

Don Alfonso entró triunfal en esta ciudad, pero la reina no quiso reconocer a su hijo como soberano de Galicia y armó un poderoso ejército con ayuda de ciertos señores. Los mercaderes de Compostela, enfrentados con los nobles y el obispo, salieron de la ciudad y fueron en busca de la reina ofreciéndole su lealtad y rogándole que no hiciera la guerra, pues sus casas y sus negocios sufrirían mucho con ella, y añadieron que los peregrinos que acudían en gran número a rezar ante la tumba del apóstol ya no lo harían si se producían tumultos y enfrentamientos, lo que sería de grave perjuicio para todos. Pero otros comerciantes le rogaban a la reina que entrase en Compostela y arrojase de allí al obispo Gelmírez.

Enterado de la llegada de doña Urraca con su hueste y viendo cómo se apoderaba de la ciudad, el obispo don Diego se hizo fuerte en las torres de la catedral. A todos parecía que la reina iba a destituir al obispo, pero lo que hizo fue ratificar el pacto que ya tenía con él, lo que provocó que los comerciantes y artesanos que apoyaban a doña Urraca se soliviantaran sobremanera y, aunque se alcanzó un principio de acuerdo, los hombres de Compostela lo rechazaron, provocaron disturbios, se organizaron como una banda y avanzaron por la rúa Mayor hasta la puerta de la Trinidad; una vez allí, asaltaron el palacio del obispo.

Entre tanto, la reina se había marchado de Galicia y andaba por Sahagún, donde fue el obispo Gelmírez a visitarla rogándole que lo ayudara y restituyera su autoridad sobre Compostela. Doña Urraca lo aceptó, pero le pidió que a cambio hiciera de mediador con el conde de Traba, ayo de su hijo, que no la quería como reina.

Don Diego regresó a Compostela confortado por las palabras y las promesas de la reina y fue recibido en el humilladero del monte del Gozo, que es el primer sitio desde el que se divisan las torres de la catedral del apóstol Santiago por los peregrinos que llegan siguiendo el camino francés. Don Diego entró en la ciudad descalzo en señal de humildad, gesto que fue bien visto por los comerciantes.

Poco tiempo después llegó la reina a Compostela y allí se encontró con el obispo en el palacio que se alza junto a la puerta norte de la catedral. Los vecinos de la ciudad comenzaron a agitarse tras enterarse de las intrigas y componendas que estaban acordando la reina y el obispo, se sintieron engañados y se alzaron contra ellos. Avisados de que un grupo de cientos de personas venía gritando voces y provocando un gran tumulto hacia el palacio, doña Urraca y don Diego, con sus consejeros más cercanos, abandonaron ese edificio, que consideraban poco seguro, y se refugiaron en la torre de las campanas, la que está en la fachada oeste de la catedral, por considerarla más fuerte y sólida para su defensa.

Los soliviantados rebeldes asaltaron el palacio y saquearon cuanto de valor allí se guardaba y no hallando ni al obispo ni a la reina, los buscaron hasta enterarse de que se encontraban refugiados en la torre de las campanas. Hasta allá fueron y, sin un instante de tregua, se subieron a los tejados cercanos y comenzaron a lanzar piedras y flechas contra la torre. Pero nada lograban con ello, de modo que decidieron prenderle fuego. Un grupo de arrojados se acercó al pie de la torre y con la protección de sus escudos acumularon leña, tablones y maderos de los andamios que se habían levantado para las obras de la catedral y los prendieron en llamas.

Viéndose perdidos y a punto de resultar abrasados, el obispo Gelmírez arengó a los refugiados, que demandaron confesión y perdón por sus pecados, entre ellos la misma reina, pues creyeron que iban a morir quemados.

Entre los amotinados, Carlos Lineal, un taimado tabernero, alto, de pelo escaso, ceniciento y rizado, ojos pequeños y traidores, labios finos y mendaces, mentón prominente y dientes afilados, gritó «Que salga la reina, que solo a ella salvaremos la vida, porque los demás moriréis por el fuego o por el hierro».

Doña Urraca no se atrevía a salir de allí, pero el obispo la convenció, diciéndole que al menos ella podría salvar la vida, y quién sabe qué ocurriría después. De modo que la reina apareció en la puerta al pie de la torre y avanzó hacia la multitud.

Cuando la reconocieron, varios de entre los más exaltados se abalanzaron hacia ella, la zarandearon y comenzaron a arrancarle los vestidos, a tirarle de los pelos y a propinarle patadas y puñadas. Una mujer, una panadera de nombre Carmina Herrero, menuda de inteligencia y corta de talla pero de cuerpo grueso y rechoncho, dientecillos agudos como de rata, ojos saltones cual los de un sapo, papada y carrillos abundantes y grasientos, pelo ralo y mirada falsa, que gritaba como si estuviera poseída por el más fiero de los demonios, cogió una piedra y le propinó a la reina tal golpe en el rostro que le quebró el hueso de la mandíbula y le rompió dos dientes y una muela. Derrumbada sobre el suelo, cogieron a doña Urraca por los brazos y las piernas, la arrastraron hasta que le rasgaron las vestiduras y la dejaron totalmente desnuda, desmadejada como un trapo. Era tan lamentable su estado que la dieron por muerta y la abandonaron tirada en un charco de barro y sangre en la plaza de los plateros.

Los de la torre vieron lo que le había pasado a la reina Urraca y en la confusión que se creó, el obispo Gelmírez se despojó de sus vestidos, se cubrió con un sayo y una capucha miserables y aprovechó el jaleo para escapar de la torre mezclándose entre la multitud, que ya superaba las dos mil personas, sin que fuera identificado.

El obispo pasó al lado del cuerpo de la reina, que yacía en el suelo, desmadejada, desnuda, con el rostro ensangrentado y llena de moratones y heridas. La torre de las campanas estaba ardiendo y la multitud se volvió de nuevo hacia ella, donde los sitiados que aún quedaban dentro gritaban despavoridos. Unos se tiraron desde lo alto para escapar de las llamas y se estamparon contra el suelo, otros consiguieron saltar a los tejados cercanos y algunos salieron por la puerta logrando escabullirse o siendo capturados y molidos a palos.

Doña Urraca, de la que todos se habían olvidado, recobró el sentido. Algunos comerciantes de especias que tenían allí mismo sus tiendas se apiadaron de ella al ver el penoso estado en el que se encontraba y le ofrecieron ropas para cubrirse. Aunque maltrecha y dolorida, consiguió arrastrarse y llegar hasta la iglesia de Santa María, donde se encontró con el obispo Gelmírez, que también había buscado refugio en ese mismo lugar.

Pese a la pedrada que había recibido en la cara, al descubrir que el obispo estaba escondido en esa iglesia, la reina se dirigió a los mercaderes y les dijo que tenían que apagar aquel incendio que habían provocado, pues de no remediarlo su acción sería recogida en los anales de la ciudad como el mayor de los oprobios.

Así decidieron hacerlo, de modo que doña Urraca aprovechó para refugiarse en el monasterio de San Martín, situado en un arrabal al oeste de la ciudad, y el obispo con algunos de sus leales huyó escondiéndose como pudo por casas, sótanos y tejados durante dos días, hasta que consiguió escapar de Compostela.

Los conjurados, ya más calmados y arrepentidos, se dirigieron al monasterio de San Martín, donde la reina se recuperaba de sus heridas, y solicitaron su perdón. Doña Urraca se tragó su orgullo y se mostró ante ellos con palabras amables asegurándoles que aprobaría lo que ellos decidieran. Le pidieron poder nombrar por ellos mismos al gobernador de la ciudad, que en Compostela llaman vico, y así lo concedió la reina, que logró que la dejaran marchar en paz.

Acabé de leer el relato como me había pedido mi señor y no pude contener que mis ojos se humedecieran. Creo que don Alfonso no merecía ser tildado de felón, perjuro, cobarde, tirano, soberbio, pérfido y otros insultos tan graves, aunque así es como lo tratan en las crónicas que sobre él se escriben ahora en Castilla y en León. Incluso dicen que se portó como un ladrón y lo acusan de robar las reliquias del monasterio de San Facundo de Sahagún, pero lo único que hizo fue ponerlas a salvo y evitar que fueran saqueadas por los revoltosos.

Las hayas, desnudas de hojas en aquellos días de enero, esmaltaban como raíces secas y retorcidas las laderas de los barrancos del valle de Ocón, en cuyo castillo, ubicado en lo alto de un empinado cerro de arcilla rojiza en la tierra media de La Rioja, habíamos esperado varios días aguantando hasta que remitiera un temporal de frío y nieve.

Cuando se calmó la tormenta, partimos hacia Aragón. Llegamos a Tiermas a mediados de febrero y pasamos varios días en esa villa, bañándonos en las caldeadas aguas de sus termas, que ya usaban los romanos en los tiempos de los césares como lugar de descanso y recreo. Aquellas aguas sulfurosas desprenden un olor poco agradable, como a huevos podridos, y son de sabor salobre, pero alivian los dolores de las articulaciones y curan las enfermedades de la piel, que tanto afectaban a nuestros soldados, acribillados durante años por los parásitos que suelen abundar en los campamentos militares.

Aquellos fueron días de sosiego. Algunas mañanas, justo al amanecer, salíamos a cazar jabalíes por los bosques de las laderas del valle del río Aragón, comíamos bajo los árboles si llovía o en un claro soleado y regresábamos a Tiermas mediada la tarde. Antes de cenar nos bañábamos desnudos en el manantial de aguas cálidas, cuyo olor a azufre algunos identifican como propio del infierno. Nos daba igual. Don Alfonso se sumergía en las aguas y yo le frotaba su cuerpo con un paño grueso. Eran magníficas aquellas sensaciones: el agua caliente relajando nuestros músculos cansados y tensos tras cabalgar todo el día persiguiendo piezas de caza, nuestros cuerpos desnudos pegados el uno junto al otro, el roce de la piel de mi señor en la mía, ver sus labios y besarlos, contemplar sus ojos relajados y serenos, masajear sus cabellos suavizados por el agua sulfurosa y los jabones con aromas de áloe y jazmín...

Aquellos momentos me parecieron, por lo que había vivido hasta entonces, lo más próximo a lo que debe de ser el paraíso.

Estaba tan feliz que me hubiera quedado allí, junto a mi amado dueño, todo el resto de mi vida. Toda la eternidad. El paraíso.

Pero don Alfonso no podía permanecer quieto en un mismo lugar demasiado tiempo y mucho menos cuando lo asaltaba la obsesión por ganar nuevas conquistas que incorporar a su corona. Era el soberano de tres reinos y sus dominios se extendían desde las tierras llanas de Palencia, en el extremo occidental de Castilla, hasta Barbastro y Monzón. Por ello, aun en aquellos relajados días en Tiermas, no podía olvidarse del gobierno de esos territorios e incluso firmó la concesión de un fuero a los pobladores del burgo viejo de Sangüesa, que se presentaron ante el rey para rogarle que les concediera los beneficios precisos para que se desarrollara el comercio y las artesanías en su próspera villa, muy frecuentada por los peregrinos a Compostela.

—En dos días saldremos hacia Jaca; ordena que preparen la partida. Pero antes pasaremos por el monasterio de San Juan de la Peña —me ordenó don Alfonso.

—Este es un buen sitio, mi señor; lo añoraré cuando estemos lejos —le dije.

—Lo es, pero nos espera una misión largo tiempo aplazada.

—Zaragoza, supongo.

—Sí. Es hora de conquistar esa ciudad. Desde el mismo momento en el que fui ungido como rey de Aragón no he pensado en otra cosa. Ni mi padre don Sancho ni mi hermano don Pedro vivieron el tiempo suficiente como para entrar victoriosos en Zaragoza. Yo lo haré, lo juré en San Juan de la Peña ante sus tumbas y lo ratificaré pasado mañana.

Días felices, demasiado felices. Debían acabar.

Dejamos Tiermas y nos dirigimos al monasterio de la Peña. Acababan de enterrar al monje y maestro Galindo Arbués, que murió muy anciano, del que tanto habíamos aprendido cuando siendo muy jóvenes estudiamos letras en ese cenobio. Su abad don Jimeno, que lo era desde hacía siete años en sustitución de don Sancho, nos habló de cómo los monjes estaban comprando tierras agrícolas en Huesca y en la llanura y pidió a don Alfonso que le concediera nuevos terrenos cultivables en las zonas a conquistar en Zaragoza.

De allí fuimos a Jaca, desde donde don Alfonso convocó a la hueste a sus caballeros. En los mensajes que les envió había un claro objetivo: la conquista de Zaragoza, que tanto ambicionaba mi señor.

Durante la primavera se fueron concentrando en Jaca y en Huesca hombres de armas de todo el reino de Aragón y de Pamplona y de los señoríos vasallos del rey de Aragón al otro lado de los Pirineos.

A mediados de junio una hueste de más de un millar de guerreros salimos hacia el sur, rumbo a Zaragoza. Formaban en nuestras filas, cuyo alférez y portaestandarte era el aitán don Lope Garcez Peregrino, que pese a su edad, ya por encima de sesenta años, mantenía un porte propio de un hombre más joven, las mesnadas de los hermanos Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, que habían estado en Tierra Santa diecisiete años atrás y habían participado en la conquista de Jerusalén, y que siendo jovencísimos herederos pasaron unas semanas con nosotros en Biel, cuando mi señor don Alfonso era infante y señor de ese lugar.

Los lazos que unían a don Alfonso con Gastón de Bearn eran muy fuertes, pues el noble franco se había casado con doña Talesa, prima del rey de Aragón.

Por las noches, a la luz del fuego del campamento, recordábamos aquellos días de juventud y los dos nobles francos relataban sus hazañas en aquellas lejanas tierras que pisó Nuestro Señor. El juglar real Jimeno Íñiguez las aprendía de memoria y luego las ponía en verso y las cantaba acompañado de su laúd.

A principios del mes de julio llegamos al castillo de Juslivol, que seguía en poder del rey de Aragón y que los almorávides no habían logrado conquistar. Los sarracenos se amedrentaron ante nuestra presencia y se refugiaron tras los muros de Zaragoza. Pero la intención de don Alfonso no era la conquista inmediata de esa ciudad, sino realizar una inspección de sus defensas para proceder a elaborar un plan para ocuparla al año siguiente.

Durante unos días recorrimos los alrededores, siempre escoltados por un grupo de jinetes, observando las rutas de acceso, los cursos de los ríos, las acequias, los campos de cultivo y sobre todo la fortaleza de sus muros, que eran demasiado altos y gruesos como para asaltarlos con facilidad.

Una mañana atravesamos el río, muy menguado en aquellos días del estío, por un vado al sureste de la ciudad y la rodeamos para observar el flanco meridional, en una zona donde las murallas eran más vulnerables al carecer de un foso natural. En ese sector se extendía hacia el sur un amplio arrabal, bien poblado, en torno a una de las puertas del muro interior de piedra, cerca del monasterio cristiano de las Santas Masas, que pese a estar en territorio sarraceno era propiedad de la iglesia de Jaca.

Un mozárabe de Zaragoza, miembro de la comunidad de cristianos que habitaba en la ciudad bajo dominio de los musulmanes y que había escapado para unirse a nuestro ejército, fue quien nos señaló aquel lugar como el de más fácil acceso. Nos informó que aquella puerta era la que los cristianos

zaragozanos llamaban Cinejia, pues ante ella habían levantado sus casas los miembros de una tribu de nombre sinhaya, llegada del norte de África.

Desde una terraza del río Huerva, frente a las huertas cercanas al monasterio de Santa Engracia, a la vista del abigarrado caserío que semejaba una gran perla blanca rodeada de un cinturón verde de olivos y huertos, don Alfonso observó las murallas y los fosos en ese sector meridional.

—¿Qué opináis? —les preguntó el rey a don Gastón de Bearn y a don Céntulo de Bigorra.

—Murallas poderosas de piedras bien escuadradas y supongo que trabadas con la dura argamasa que usaban los romanos, fosos profundos y anchos, el gran río Ebro que hace de formidable e inexpugnable foso natural en el lado norte, ese otro río más pequeño al este, el barranco profundo al oeste, aquel fortísimo castillo sobre el cerro un poco más allá..., esa ciudad posee excelentes defensas, mi señor; será difícil tomarla al asalto, incluso tendremos dificultades para cerrar un asedio prolongado. Además, agua no les faltará, pues, dada la cercanía del río, supongo que disponen de un abundante suministro por pozos.

—¿Y vuestras máquinas de asedio, esos artilugios de los que me habéis hablado y con los cuales conseguisteis abrir brechas en sus muros y conquistar Jerusalén?

—Construiremos catapultas y torres de asalto, mi señor, pero no serán muy útiles con semejantes fosos protegiendo sus murallas. En los lados norte y este resultará imposible librar un ataque con éxito debido a los dos ríos que sirven de trincheras naturales y en la zona oeste se levanta esa sólida fortaleza de muros blancos desde la que pueden hostigar a nuestra avanzada. Deberíamos centrar nuestro ataque en el flanco sur, que es el más débil, y procurar capturar cuanto antes ese gran castillo —terció don Céntulo.

—Podemos colmatar los fosos de tierra junto a esa puerta Cinejia y pasar las torres por encima —intervino don Gastón.

—Sí, es una opción, pero nos llevará mucho tiempo. Fíjate, hermano, en la anchura y profundidad de aquel foso de la izquierda —don Céntulo señaló un lugar al este de la ciudad, entre un muro de adobe y ladrillo, el palacio de la Aljafería, sede de los reyezuelos de la taifa, al que ellos también llamaron de la Alegría.

—¿Cuántas torres de asalto necesitaríamos? —demandó el rey de Aragón.

—Humm..., unas veinte al menos y un número parecido de catapultas y almajaneques.

—Pues poneos manos a la obra —ordenó don Alfonso.

—¿Cómo...? —se asombraron los dos hermanos.

—Señores, los dos combatisteis en la toma de Antioquía y luchasteis de manera muy distinguida en Nicea, además de haber construido las torres para el asedio de Jerusalén. El año que viene, justo a finales de primavera, nuestro ejército se plantará al completo ante esos muros y procederemos al sitio de Zaragoza. Para entonces deberemos tener construidas las torres de asedio, las catapultas y los almajaneques.

—Mi señor, haremos lo que ordenéis —asentó Gastón de Bearn.

Tras los tres señores estábamos posicionados, atentos a cualquier señal, don Lope Garcez y yo mismo, y un poco más atrás, al frente de un pequeño escuadrón de lanceros de escolta, don Castán de Biel.

—¿Qué opináis, don Bernardo? —me preguntó el aitán.

—Que la conquista de esa ciudad va a ser una difícil empresa, don Lope, pero que nuestro señor está dispuesto a llevarla a cabo de la manera que sea. Y sé que lo conseguirá.

—Sí, también lo creo. Está totalmente convencido de lograrlo y vos sabéis mejor que nadie cómo se las gasta don Alfonso cuando se le mete un objetivo como este entre ceja y ceja.

Don Alfonso ratificó a don Lope Garcez como tenente de la fortaleza del Castellar, que se amplió con nuevos muros, y le encomendó que vigilara con toda atención desde aquella privilegiada posición elevada cualquier movimiento de tropas que se produjera en el valle del Ebro.

Nosotros dejamos los alrededores de Zaragoza y cabalgamos hacia el este a través de una tierra seca y desolada y luego hacia el sur hasta la fortaleza de Morella en las montañas desde las que el Cid comenzó a conquistar el reino de Valencia. Ocupamos Morella sin demasiado esfuerzo pues, pese a su formidable castillo enriscado en la cima de una altísima y escarpada roca, sus defensores apenas opusieron resistencia. Creo que aquellas gentes preferían ser vasallos del rey Alfonso de Aragón que súbditos del emir almorávide Alí ibn Yusuf.

Poco antes del invierno regresamos a Aragón, donde mi señor quería aguardar hasta la próxima primavera para comenzar la gran hazaña conquistadora para la que habíamos estado preparándonos, pero supo que el caudillo almorávide había asediado la ciudad de Coimbra, en el sur del condado de Portugal, y que se había retirado a sus tierras de África. Además le contaron que la reina Urraca, que se había recuperado de las heridas recibidas ante la catedral del apóstol Santiago durante la revuelta de los mercaderes, había organizado con el obispo Gelmírez un gran ejército con el

que había sitiado y ocupado Compostela, que pese a que los rebeldes reforzaron sus murallas no pudieron evitar la derrota. Ambos se vengaron de aquellas afrentas recibidas, cuando los amotinados quemaron la torre de las campanas, y sometieron a los cabecillas de la revuelta a una feroz represión. Es lo que suele ocurrir a aquellos que se empeñan en romper el orden divino y tratan de imponerse a la naturaleza de las cosas. Doña Urraca, asentada de nuevo en el trono que había estado a punto de perder, volvió a firmar algunos de sus documentos como Reina de las Españas.

La reina de León se encontró con su hijo, que estaba al cuidado de doña Mayor, esposa del conde de Traba, y ambos sellaron la concordia. Pero doña Urraca se enemistó entonces con el que hasta ese momento fuera su amante, el conde Pedro González de Lara, quien sintiéndose perdido buscó un acuerdo con el rey de Aragón, al que prometió fidelidad y ayuda a cambio de protección. Don Alfonso estimó que un pacto con el de Lara podría ser muy beneficioso para sus intereses y aceptó el vasallaje del noble castellano.

De modo que dejamos otra vez Aragón y salimos hacia Castilla. Pasamos las navidades en Burgos, pero sin olvidar que el año que comenzaba nos esperaba la conquista de Zaragoza.

CAPÍTULO IV
GRANDES CONQUISTAS

1

Los primeros días del año anduvimos cazando por las heladas tierras al oeste de Burgos y pasamos la fiesta de los Reyes Magos en Cavia, una pequeña villa a media mañana de camino de la ciudad, en donde la corriente del río Arlanzón traza una serie de curvas.

—Es hora de volver a Aragón —me dijo don Alfonso—. Los gallegos han sido sometidos por doña Urraca, que ha llegado por fin a un acuerdo con su hijo para gobernar conjuntamente sus reinos.

—Pero, en ese caso, es probable que ambicionen Castilla —repuse con preocupación.

—Tal vez lo hagan más adelante, pero no en los próximos meses.

—Mi señor, doña Urraca firma ahora todos sus documentos como Reina de toda Hispania, y lo hace al lado de su hijo, al que ya llaman rey. Eso significa que ambicionan gobernar sobre todo el territorio que se extiende desde el Mediterráneo hasta el océano Tenebroso.

—Eso es un sueño que yo también tuve cuando acepté casarme con esa veleidosa mujer; pero solo eso, Bernardo, un sueño. Doña Urraca gobierna, ahora con su hijo, Galicia y León, pero doña Teresa, su medio hermana, ambiciona para ella y su marido don Enrique las tierras de Portugal como un reino propio. Aragón y Pamplona me pertenecen, al este están los condados de Pallars, Urgel y Barcelona, con sus propios señores, los condes Arnal, Armengol y Ramón Berenguer, y aún queda medio territorio de Hispania en poder de los sarracenos almorávides.

—¿Y Castilla? —le pregunté.

—Castilla es mía, y más ahora que me apoyan el conde de Lara y don Diego López de Haro —asentó rotundo; y añadió—: ¡Ah, si hubiéramos podido culminar con éxito ese malhadado matrimonio!

—Deberíais haber engendrado un hijo con doña Urraca, tal vez entonces...

—No pude hacerlo. Ni siquiera lo intenté. No puedo hacerlo con una mujer, no puedo..., ni quiero, bien lo sabes. ¿Y tú, Bernardo, tú has podido hacerlo alguna vez con una mujer? —me preguntó y me gustó que lo hiciera, pues atisbé cierto fondo de celos en su manera de mirarme.

—No —le mentí—. Nunca lo he hecho. Yo tampoco podría hacerlo con una mujer.

No me atreví a contarle mis esporádicas relaciones con doña Elvira de Toro, la bella dama de compañía de la reina Urraca. Supongo que si se lo hubiera confesado se habría sentido traicionado y no quería que se molestara conmigo, y mucho menos ahora que estábamos a punto de emprender una hazaña prodigiosa.

Detuvimos nuestros caballos en lo alto de una loma. El valle del Arlanzón estaba cubierto de un fino manto de nieve. Soplaba un viento gélido del noroeste pero brillaba un sol amarillo y tibio en el espléndido azul celeste de Burgos.

—Comamos algo; estoy hambriento —propuso el rey.

—Yo también tengo hambre, mi señor. Esta cabalgada me ha despertado el apetito.

—Pues pide que nos traigan algo de comer.

Hice una señal a los mozos que nos seguían a cierta distancia con las mulas y las alforjas con la impedimenta y uno de ellos se acercó presuroso.

—El rey quiere comer, de prisa —le ordené; y salió corriendo de nuevo en busca de algunas vituallas mientras nosotros descabalgamos y nos sentamos sobre unas piedras.

—Mi señor... —El criado llegó con unas alforjas.

—¿Qué habéis traído? —le pregunté.

—Pemil de cerdo curado, queso de leche de cabra, chorizo especiado, morcilla, pan blanco, torta de nueces, galletas de almendras y vino de la ribera del Duero endulzado con miel.

—Está bien. —Miré a don Alfonso, que asintió con la cabeza—. Di a tus compañeros que también podéis comer. Nos detendremos aquí un rato. Y quítales las sillas a los caballos y llévalos junto a aquellos arbustos, tal vez puedan ramonear algunas hojas.

Abrí las alforjas, saqué la comida y con mi cuchillo corté varias tajadas de cerdo y unos pedazos de queso que ofrecí a mi señor. Luego le acerqué la bota de cuero de choto para que echara un trago de vino.

—Buen caldo —comentó don Alfonso.

—El mejor; de las viñas de Peñafiel —le dije.

—Una razón más para mantener al reino de Castilla entre mis dominios.

En aquellos días se estaba celebrando en la ciudad de Tolosa, al norte de los Pirineos, un concilio. En enero acababa de morir el papa Pascual, que había sido sucedido por el papa Gelasio, una de cuyas primeras decisiones fue convocar a los cristianos para combatir en el nombre de la cruz de Cristo contra los almorávides. Los reunidos en ese concilio, ante la encendida defensa que Gastón de Bearn y Céntulo de Bigorra, apoyados con todo entusiasmo por los obispos de Pamplona y Barbastro, allí presentes, hicieron del proyecto para la conquista de Zaragoza, aprobaron poner en marcha una campaña militar. Muchos de ellos no olvidaban, y los juglares no dejaban de cantarlo en sus romances, que el emperador Carlomagno había fracasado siglos atrás en su intento de conquistar esa ciudad y que su retaguardia, con su sobrino el conde Roldán al frente, había sido masacrada en una emboscada al cruzar los pasos de los Pirineos durante la retirada hacia Francia. Para todos aquellos nobles, que se consideraban descendientes de Carlomagno, conquistar Zaragoza era una especie de venganza por lo sucedido hacía ya más de tres centurias.

Además, aquel invierno, que fue muy crudo, murió el gobernador almorávide Ibn Tifilwit y Zaragoza perdió a su mejor defensor. Parecía una señal del cielo y una invitación a la inmediata conquista de esa ciudad.

Todavía estábamos en Burgos cuando supimos la resolución del concilio que se había reunido en Tolosa, de modo que don Alfonso, tras dejar bien provisto el castillo burgalés, ordenó salir hacia Aragón. Zaragoza tenía que ser una conquista suya y no iba a permitir que nadie, ni siquiera los soldados de la cruz del papa, se le adelantara.

El ejército de la cruz atravesó los puertos de Siresa a mediados de abril, cuando la fusión de las nieves permitió el paso de hombres, caballos y carros.

Con el permiso del rey, los guerreros de Dios descendieron por el valle de Canfranc hasta Jaca, a donde me envió don Alfonso, que se quedó en el monasterio de San Juan de la Peña, para recibir en su nombre a los nobles que dirigían las huestes cristianas.

Acamparon junto a la población del Burnao, un arrabal de artesanos y mercaderes ubicado fuera de las murallas de Jaca, junto a la puerta del camino que llega del norte y por el cual arriban a esta ciudad los peregrinos que siguen la ruta de Compostela a través del Somport.

Eran varios miles y tenían gran apetito de comida, sed de vino y deseo de mujeres. Ni siquiera la ciudad de Jaca, a pesar de disponer de algunas posadas, almacenes e iglesias donde dormir, podía soportar durante más de una semana a tanta gente, por ello se decidió dividir el ejército en tres columnas; así sería menos complicado el abastecimiento.

A mediados de mayo las tres secciones ya avanzaban hacia el sur, directas a Zaragoza. La primera lo hacía por el camino de Ayerbe; la segunda por Piracés y la tierra llana de Sariñena y Robres; y la tercera por Gurrea y Zuera.

Entre tanto, don Alfonso se preparaba en San Juan de la Peña, donde acudí a su encuentro para informarle de la situación.

—¿Dónde está ahora el ejército? —Fue lo primero que me preguntó cuando me presenté ante él en el claustro de San Juan.

—En Almudévar, a mitad de camino entre Huesca y Zaragoza, y en Sariñena; en dos o tres días se plantarán las tiendas ante Zaragoza.

—Ordena a los mensajeros de señales que comuniquen al alcaide del castillo de Juslivol que nos reporte cuanta información pueda, cada día.

—¿Cuándo iremos nosotros a Zaragoza, mi señor?

—En cuanto se confirme el sitio. Nuestros caballeros vasallos de Aragón, Pamplona, Pallars y La Rioja se concentrarán en Almudévar en una semana.

Que lleven víveres a su costa, como es su obligación, durante el tiempo que dicta la ley.

—¿Y si se prolonga el asedio más de lo previsto? —pregunté con cierta preocupación, pues los caballeros del rey solo tenían obligación de acudir a la hueste a sus expensas por tres meses. Pasado ese tiempo o se hacía cargo el rey de sus gastos o podían abandonar la campaña.

—Conquistaremos Zaragoza antes de que se cumpla ese plazo; al menos eso espero.

Callé. El ejército que se había formado era muy poderoso, pero yo conocía las murallas y otras defensas de Zaragoza y sabía que tres meses quizá no fuera tiempo suficiente como para rendirlas.

Apenas seis días después llegó un claro mensaje desde Juslivol, transmitido a través de señales luminosas con espejos por las atalayas y torres. Las primeras tiendas de los sitiadores se habían levantado en las cercanías de Zaragoza. Los sarracenos habían realizado una salida desesperada, con varias decenas de caballeros saraqustíes apoyados por un destacamento de caballería de jinetes almorávides llegados de Valencia. Intentaban evitar que se formalizara el asedio, pero fueron derrotados y tuvieron que refugiarse tras los muros. El rey don Alfonso los abatió en el fondo de una vaguada al este de Zaragoza. En el combate murieron varias decenas de sarracenos, tantos que desde ese momento aquel lugar fue conocido con el nombre de barranco de la Muerte.

Un caballero bearnés que participó en esa refriega me contó que en la retirada y para evitar que los alcanzaran, los sarracenos supervivientes a la masacre cruzaron el río Ebro por un vado y prendieron fuego al puente, cuyas pilonas eran de piedra pero los tramos de madera; ardió por completo. Esa derrota hizo comprender a los zaragozanos que no podían defender todo el perímetro de la ciudad, de manera que abandonaron los arrabales, protegidos por un muro de adobe y tapial de poca solidez y se concentraron en el interior de la medina, defendida por la sólida muralla de piedra.

Corría el 22 de mayo del año del Señor de 1118, el día de la luna llena del mes de *safar* del año 512 según el cómputo del tiempo que usan los musulmanes y que llaman de la Hégira, una jornada antes de que Olegario, hombre santo, fuera nombrado arzobispo de Tarragona.

Desde el castillo de Juslivol podía verse el despliegue de los sitiadores, los campamentos con nuestras tiendas y las defensas con empalizadas de afiladas

estacas de madera. Desde luego no todos los que moraban en esos campamentos eran soldados; tras ellos siempre se movía una retahíla de artesanos, pero también una barahúnda de saltimbanquis, vendedores de pócimas, buhoneros, curanderos, adivinos y prostitutas.

Cada uno de los grandes señores que habían acudido al asedio de Zaragoza había izado a la puerta de su pabellón un pendón con el emblema de su linaje, como empezaba a ser habitual entre las familias nobles. Decenas de estandartes ondeaban mostrando al fuerte viento que sopla muy a menudo a lo largo del valle del Ebro los colores de cada una de las casas nobiliarias de aquellos caballeros que habían aceptado el reto lanzado por el papa Gelasio.

Poco después de llegar al lugar del asedio, don Alfonso convocó a los principales señores a una reunión en su pabellón, alzado junto al castillo de Juslivol.

Allí acudió don Pedro de Librana, que venía en nombre del papa Gelasio y portaba la bula papal por la cual se concedía indulgencia plenaria a cualquier cristiano que asistiera a la conquista de Zaragoza, con los mismos beneficios otorgados a los que acudían a Tierra Santa, y que también custodiaba el acuerdo firmado en el concilio de Tolosa. A su lado estaban los obispos Esteban de Huesca, quien con el paso de los años no había perdido su carácter belicoso y su atracción por la violencia, Ramón de Barbastro, más pacífico y reflexivo, y Guillermo de Pamplona, también un fiero soldado cuando se revestía con las armas de combate, además de los obispos Sancho Funes de Calahorra y Guy de Lons de Lescar.

A la izquierda del rey formaban el vizconde Gastón de Bearn, pariente de don Alfonso por ser esposo de su prima, y su hermano Céntulo de Bigorra, a quienes el rey había encargado la construcción de las torres y las máquinas de asedio dada su experiencia como integrantes de las tropas cristianas que tomaron Jerusalén dieciocho años antes. A su lado estaban el conde Routrou de Perche, también pariente de don Alfonso al haber casado con otra de sus primas, y los demás grandes señores de ultra puertos: el conde de Carcasona Bernardo Atón, el conde Bernardo de Cominges, el vizconde Pedro de Gavarret, el vizconde Ager de Miramón, Arnaldo de Lavedán y otros más, todos al frente de sus mesnadas de caballeros, arqueros, peones y criados.

También habían acudido los condes de Urgel, de Pallars y de Ribagorza, el señor de Vizcaya don Diego López de Haro y don Ladrón, señor de Álava y de La Rioja.

No faltaban los señores aragoneses Pedro Jiménez, Castán de Loarre, Fortún de Ayerbe, Sancho de Huesca, Galindo Sanz de Sos y Tizón de

Monzón; los castellanos con Fortún Garcés de Nájera a la cabeza; los pamploneses Lope Sanz de Javier y Lope Garcés de Estella; los de los condados orientales, con el conde Bernardo Ramón de Pallars, Berenguer Gombaldo y Ramón Amat; y otros muchos que tuvieron que aguardar fuera del pabellón porque todos no cabíamos dentro.

Justo detrás del rey nos alineábamos sus consejeros más leales: don Lope Garcez Peregrino, Castán de Biel y yo mismo, Bernardo de Jaca, su más humilde y rendido servidor.

El rey Alfonso alzó la mano y demandó silencio. En un instante el murmullo de voces se apagó como la luz de las estrellas al alba.

—Señores, ha llegado el gran día que todos hemos anhelado durante tanto tiempo. Con la ayuda de Dios y el esfuerzo de todos, Zaragoza será cristiana más pronto que tarde. Hace unos días, en el altar de la iglesia del monasterio de San Juan de la Peña, ante el cáliz de piedra roja que contuvo la sagrada sangre de Nuestro Señor Jesucristo, juré en presencia del abad don Jimeno que no levantaría este asedio hasta que no tomara Zaragoza; y ahora vuelvo a jurar ante la Santa Biblia, la Vera Cruz y delante de todos vosotros que así lo haré y que, si es preciso, entregaré mi vida para que Zaragoza vuelva a ser una ciudad cristiana. En el nombre de Dios. —Don Alfonso se persignó.

—En el nombre de Dios —corearon varias voces al unísono y todos nos persignamos.

—Don Gastón —el rey señaló a su primo, que inclinó la cabeza respetuoso— y don Céntulo han comenzado ya la construcción de las torres de asedio y las catapultas y almajaneques con los que batiremos las murallas, derribaremos las puertas y asaltaremos los muros de esa ciudad. Si esas máquinas pudieron con las defensas de Jerusalén, también podrán con los sólidos muros de piedra de Zaragoza. Don Gastón... —Mi señor le dio la palabra.

—Con vuestro permiso, sire. —El vizconde de Bearn se adelantó un par de pasos para explicar lo que estaba haciendo—. En cuatro semanas concluiremos la construcción de diez torres de asalto, tan altas que desde su plataforma superior alcanzaremos las almenas de las murallas de Zaragoza. Cada una de ellas estará provista de seis grandes ruedas para que podamos empujarlas hasta los mismos muros, porque cubriremos con tierra algunas zonas del foso del lado sur en los puntos donde es menos profundo. Hemos traído ya acabadas algunas piezas de las veinte catapultas y almajaneques con los cuales batiremos las murallas. Esas máquinas son capaces de arrojar piedras del peso de un hombre a más de cien pasos de distancia. Cincuenta

canteros trabajarán tallando los proyectiles esféricos de cincuenta, cien y doscientas libras de peso que lanzaremos de manera ininterrumpida sobre Zaragoza.

En el exterior de la tienda sonó un cuerno de guerra; todos identificaron que era el toque de peligro inminente.

—¡A las armas, a las armas! —gritó una voz.

Salí corriendo del pabellón real. Era mediodía y los rayos del sol caían como plomo fundido sobre nuestras cabezas.

—¡Allá, hacia el oeste! —indicó un vigía.

Miré en esa dirección y vi una columna de jinetes, tal vez medio centenar según pude calcular de prisa, que se acercaban a todo galope.

—¡Vamos a por ellos! —grité a los caballeros que se movían un tanto confusos bajo el sol abrasador.

Tomamos las armas, corrimos hacia los caballos y nos lanzamos al encuentro del enemigo. Los que logramos montar en esos primeros momentos éramos unos pocos menos que ellos, pero confiábamos en nuestras fuerzas, de modo que enfilamos hacia su vanguardia con decisión. Me fijé en los que cabalgaban a mi lado y me di cuenta de que cada uno portaba la lanza de una forma diferente. Los castellanos la alzaban como si se tratara de una espada, los francos la agitaban como un hacha de combate y solo los fornidos aragoneses y los indómitos normandos la colocamos bajo el brazo, apretando nuestros cuerpos a los de nuestras monturas.

Quedaba todavía un buen trecho para el encontronazo de las dos primeras líneas de carga cuando escuché unos gritos a mi derecha. Miré hacia allí sin dejar de arrear a mi caballo y sonreí al contemplar el pendón rojo y amarillo del rey de Aragón. El portaestandarte cabalgaba al lado de don Alfonso y tras él lo hacía un centenar de jinetes.

Al ver cómo nuestras dos columnas se les echaban encima, el caudillo de los sarracenos alzó el brazo. Entonces aquellos insensatos frenaron en seco su cabalgada, dieron un giro a la derecha y se dirigieron de regreso hacia la ciudad de Zaragoza. Tenían muy cerca el cauce del río Ebro, que les cortaba la retirada, pero azuzaron a sus caballos y corrieron por la orilla hacia un camino por el que siguieron hasta el arrabal, al lado izquierdo de los pilares que quedaban del gran puente de madera quemado pocos días antes y que embocaba en la puerta del Ángel, muy cerca de su gran mezquita.

—¡Alto! —gritó don Alfonso, al comprobar que no podríamos alcanzarlos, pues ya vadeaban el río aguas abajo de las ruinas del puente.

Nos detuvimos a un centenar de pasos de las últimas casas del arrabal de Altabás, justo donde comienza el camino hacia Huesca.

Arreé mi caballo y me coloqué al lado del rey.

—Esos jinetes no son almorávides, mi señor —le dije.

—No, no lo son. Visten y se comportan como aquellos a los que nos enfrentamos en Ejea y Tauste. Supongo que son de Zaragoza o tal vez de Tudela, pues venían de esa dirección. —El rey señaló hacia donde fluían las aguas del Ebro.

—Los zaragozanos han debido demandar ayuda a los sarracenos de las ciudades y villas vecinas —comenté.

—Ordena que se doble la guardia de los puestos de vigilancia en las atalayas. No debe moverse una brizna de hierba en cincuenta millas a la redonda de Zaragoza sin que yo me entere. Y elige a los más valientes; tomaremos esa fortaleza esta misma semana —dijo señalando el castillo dentro de cuyos muros de blanco alabastro se alzaba el palacio de la Aljafería.

Esa misma tarde se reforzaron los puestos de vigías en las atalayas desde las que observábamos cuanto ocurría en varias millas a lo largo del valle. El asedio sobre Zaragoza se cerró aún más si cabe.

Como había ordenado don Alfonso, rodeamos el castillo de la Aljafería, acercamos hasta cien pasos de distancia tres catapultas y dos almajaneques y comenzamos a lanzar piedras de gran tamaño sobre sus muros. Aproximamos dos torres de asalto a una distancia de cincuenta pasos, pues más cerca era difícil y además esa fortaleza, ubicada en lo alto de una pequeña elevación, disponía de un profundo foso en todo su contorno, desde donde nuestros arqueros dispararon una lluvia de flechas.

Dos escuadrones de caballería enemiga salieron del palacio y se lanzaron contra nosotros atravesando el foso. Enseguida se libró un combate cuerpo a cuerpo, pero pudimos con ellos y los abatimos a todos. Y entonces, con ánimo reforzado, nos lanzamos al asalto del palacio de la Aljafería protegidos por las torres de asedio, con escalas y cuerdas, mientras un ariete batía sin cesar la única puerta de acceso.

Los defensores resistieron y no pudimos entrar en el castillo extramuros de la ciudad. De modo que nos retiramos pero mantuvimos el asedio desde las torres. Ese palacio todavía mantiene su aspecto según el gusto de los sarracenos; cuando lo vi por primera vez me pareció digno del mismísimo paraíso.

El ataque a la Aljafería despertó a los almorávides, que hasta entonces no se habían preocupado por el asedio a la última gran ciudad en la frontera superior de su imperio, y organizaron una expedición dirigida por el gobernador de Granada, que pasó de largo por el oeste de Zaragoza y se dirigió hacia Tarazona y Tudela; supongo que pretendía realizar un movimiento envolvente sobre nuestras posiciones.

Don Alfonso envió un regimiento de caballería para frenarlos en su avance, pero los nuestros fueron derrotados cerca de Tarazona. Los sitiados, enterados de aquello, se pusieron muy contentos, y vimos cómo manifestaban con gran jolgorio su alegría encaramados en lo alto de las murallas, agitando banderas y gritando frases de su libro sagrado, el Corán.

Don Alfonso se encolerizó y al frente de un escuadrón de jinetes avanzó hasta colocarse muy cerca de la puerta Cinejia, a cuyo exterior se extendía un amplio barrio de casas blancas y anchas calles que había sido abandonado por sus habitantes para buscar refugio dentro del recinto de las murallas de piedra.

Allí, don Alfonso ratificó la concesión al obispo Esteban de Huesca de la iglesia de las Santas Masas, que los cristianos poseían en Zaragoza desde el tiempo de los romanos, como hiciera su padre el rey Sancho Ramírez años antes.

El gobernador de Granada se instaló en Tudela aquel verano y desde allí nos observaba, pero no se atrevía a acercarse a Zaragoza. Además, desde la fortaleza del Castellar nuestros vigías podían atisbar cualquier movimiento de sus tropas y enseguida sabíamos en Juslivol cuáles eran sus movimientos, por lo que nos era muy fácil preparar la defensa.

El gobernador almorávide de Granada se llamaba Abd Allah ibn Mazdali y era un hombre valiente. Tras aguardar la segunda mitad del verano en Tudela y al ver que pese a nuestras carencias no levantábamos el asedio, eligió a los más valerosos de sus soldados y realizó a fines del mes de septiembre una cabalgada prodigiosa desde Tudela hasta Zaragoza.

Nuestros vigías, que escrutaban todas las rutas cercanas desde las atalayas, no los vieron llegar, de modo que, supongo, lo hicieron durante la noche. Tudela y Zaragoza están separadas por cincuenta millas y, aunque el camino es llano y sin accidentes reseñables, recorrer esa distancia en una sola noche no deja de ser una hazaña extraordinaria.

La entrada de Ibn Mazdali y sus tropas más selectas en Zaragoza constituyó una nueva alegría para los sitiados, que se sintieron como insuflados de un nuevo aire vital. En cambio, entre nosotros se extendió una sensación de fracaso, que coincidió con la llegada del otoño y una semana de

lluvias, viento y frío. Cundió tal desmoralización que, por un momento, creí que don Alfonso iba a dar la orden de levantar el asedio y regresar a Aragón antes de que se echara encima el invierno.

Recorrí los campamentos con mi señor, que se detenía delante de cada grupo de soldados a los que arengaba con toda vehemencia para que no decayeran en su ánimo y se mantuvieran firmes. Les hablaba de ganar Zaragoza para luego tomar Valencia y desde allí embarcar hacia Jerusalén; les decía que aquella era la empresa más sagrada y la batalla más santa; los animaba a mantener el espíritu de la cruz que los había llevado hasta las puertas de Zaragoza; y les prometía que en cuanto ocuparan la ciudad los proveería de casas y de tierras, además de recibir una parte del botín, que auguraba cuantioso dada la riqueza de las gentes que allí vivían.

Pero los alimentos empezaban a escasear y algunas partidas de harina se habían estropeado con la humedad de aquella semana de intensa lluvia. Sacos enteros estaban mohosos y agusanados y tuvimos que tirarlos para evitar que su consumo provocara enfermedades y epidemias entre nuestras tropas.

A comienzos de octubre las raciones que comíamos eran tan escasas que el hambre comenzó a cundir entre nosotros. Solo disponíamos para alimentarnos de unas grumosas gachas de habas, algo de aceite rancio y carne ahumada y salada apenas comestible.

El rey convocó en su pabellón de Juslivol una reunión urgente para tratar la delicada situación en la que nos hallábamos.

Antes de comenzar a hablar le pidió a Jimeno Íñiguez, su juglar, que nos deleitara con la *Canción de Santa Fe*.

—¿Toda entera, mi señor? —preguntó el juglar.

—Toda.

—Son casi seiscientos versos.

—Toda.

Jimeno cogió su laúd y comenzó a cantar en lemosín, la dulce lengua de Occitania en la cual están escritas las más bellas canciones de los trovadores:

*Tota Basconn et Aragons
e l'encontrada delz gascons
sabon qals es aqist canczons
o s'es ben ver a esta razons*

Finalizó el juglar tras un buen rato cantando aquellos y otros delicados versos.

«Toda Vasconia y Aragón y el encuentro de los gascones saben cuál es esta canción y si es bueno ver esta razón», traduje en mi cabeza.

Acabada la canción que narraba la vida y muerte de Santa Fe de Agen, martirizada por el emperador Diocleciano, una santa que gozaba de muchos devotos entre los bearnese, tolosanos y gascones que formaban en el ejército cristiano, habló don Alfonso ante las dos docenas de caballeros que permanecíamos en pie formando un círculo a su lado:

—Señores, se han producido ya las primeras deserciones en nuestro ejército. Algunos de nuestros soldados, desesperados ante la escasez de alimentos, han recogido sus tiendas y se han marchado aprovechando la noche. Ha pasado el plazo de tres meses y tienen derecho a abandonar esta empresa. Ya conocéis las dificultades que nos acosan, de modo que no me opondré ni evitaré que quien quiera regresar de vuelta a casa lo haga ahora. Pero somos caballeros de Cristo y yo he jurado mantener el asedio y lo haré, sea con todos vosotros, con la mitad, con un puñado o yo solo.

Aquellas palabras de don Alfonso nos conmovieron, pero seguir allí, en semejantes condiciones y con tanta escasez, constituía un suicidio.

Todo parecía perdido, al menos por ese año, mas un rayo de esperanza brilló de pronto tras escuchar al obispo don Esteban.

—¡Mi señor! —El obispo de Huesca solicitó permiso para hablar y una vez autorizado por el rey se adelantó un par de pasos y alzó la voz—. No he venido hasta aquí y no he permanecido cuatro meses a la sombra de los muros de Zaragoza para ahora salir huyendo con el rabo entre las piernas como zorro apaleado. La sede episcopal de Huesca, que yo represento, posee algunos bienes, joyas y propiedades que, hoy mismo, yo pongo al servicio de esta sagrada causa. De modo que dispongo que con ese dinero se compre cuanto pan, aceite, carne, vino y queso sean necesarios para que los cristianos que han tomado la cruz y asedian Zaragoza resulten convenientemente alimentados, de manera que se mantenga el sitio hasta la rendición de los sarracenos. Y yo también, mi señor don Alfonso, renuevo mi juramento y reitero que no me retiraré de aquí hasta que Zaragoza se rinda o la tomemos al asalto y la consagremos como urbe cristiana.

Las palabras de don Esteban fueron como un bálsamo para los más compungidos por la dificultad de la situación. A don Alfonso se le iluminó el rostro, aunque yo creo, porque nunca me lo confesó, que el rey y el obispo habían hablado antes de ese golpe de efecto, pues de inmediato se le entregaron a don Esteban, como premio a su generosa disposición, la iglesia de la Santas Masas, varias propiedades y mezquitas, que se convertirían en

iglesias, para cuando se ocupara la ciudad, y diversas localidades con sus futuras iglesias de las aldeas cercanas a Zaragoza.

Al día siguiente don Esteban celebró una misa en la iglesia de Santa Engracia, a las afueras de Zaragoza, que era de su jurisdicción como obispo de Huesca, y allí ratificó la entrega de los tesoros de su diócesis para lograr la rendición de esa ciudad.

Las promesas de don Alfonso y el dinero de don Esteban acabaron con las deserciones y se restableció la calma.

—¡Tiene que saberse, tiene que saberse! ¡Ha muerto el gobernador de Granada! —oí gritar a alguien.

—¿Qué ocurre? —pregunté a los guardias que habían detenido a quien profería aquellos gritos a unos pasos de mi tienda.

—Este gañán, señor Bernardo, dice que es cristiano y que se ha escapado de Zaragoza.

Miré a aquel individuo, que gritaba como un palurdo y tenía pinta de campesino, y ordené a los guardias que lo soltaran.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Me llamo Pedro Salvador. Soy cristiano y vivo en la parroquia de Santa María, junto al Ebro. He huido de Zaragoza aprovechando la noche y tengo una importante información que contarle al rey.

—Suéltala.

—Vos no sois el rey.

—Soy su consejero.

—¿Puedo fiarme de vos?

—Me llamo Bernardo de Jaca y soy consejero real. Habla ya.

—En ese caso... Ibn Mazdali murió hace un mes, al poco de llegar a Zaragoza con sus tropas de Granada y Jaén. Han mantenido oculto su fallecimiento para no desanimar a los musulmanes zaragozanos, pues ese hombre es el único que ha tratado de ayudarlos.

—¿Es cierto lo que dices? —inquirí mirando fijamente a sus ojos.

—Que me lleven los demonios y me condene al fuego eterno si miento.

—Bájate las calzas —le ordené.

—¿Cómo decís, señor?

—Que te bajes las calzas y me muestres tu miembro. Vamos a comprobar si en verdad eres cristiano o un impostor.

—Sí, mi señor.

El mozárabe se bajó las calzas como yo le había ordenado y nos mostró sus genitales. No estaba circuncidado; tenía el prepucio intacto.

—En esto de que eres cristiano no has mentido; espero que también hayas dicho la verdad en lo demás. Porque si pretendes engañarnos, tu cabeza rodará por este suelo y tu cuerpo será pasto para los peces del río Ebro.

—Os lo juro, mi señor, os lo juro por Santa María, nuestra madre la Virgen.

—Voy a ver al rey. Mantened a este hombre encerrado bajo custodia. Si se os escapa, os colgaré del cuello con vuestras propias tripas —amenacé a los guardias.

Me dirigí al pabellón real, donde don Alfonso departía con don Gastón de Bearn y don Céntulo de Bigorra los preparativos para el asalto a las murallas, pues los zaragozanos habían rechazado la oferta que se les había hecho para rendirse con honor.

—Pasa, Bernardo. ¿Qué es esa noticia tan importante que me dicen que traes?

—Un mozárabe huido de Zaragoza me ha comunicado que el gobernador de Granada ha muerto; hace de ello más de un mes.

—¿Estás seguro?

—Eso afirma ese mozárabe. He comprobado que al menos no es sarraceno ni judío, pues no está circuncidado.

Lo que me comentó aquel tal Pedro Salvador era verdad. Ibn Mazdali estaba muerto y los zaragozanos carecían de un general capaz de mantener la defensa y ordenar la resistencia; o recibían alguna ayuda de inmediato o estaban abocados a la rendición.

Además, ante la carencia de suministros por nuestro apretado cerco, el hambre se había extendido por la ciudad y ya se estaban dando casos de algunas muertes por falta de comida. El final favorable para nosotros estaba más cerca.

La última esperanza de los zaragozanos fue el anuncio de que un ejército almorávide se acercaba desde el sur avanzando por el camino de Valencia. Nuestros vigías nos hicieron saber que lo integraban unos tres mil combatientes, algunos de ellos campesinos inexpertos en el manejo de las armas reclutados a toda prisa en las ciudades de Daroca y Calatayud.

El rey envió un regimiento de caballería río Ebro abajo para cortar un posible paso de tropas sarracenas por los vados de las localidades de Velilla y

Gelsa y guardar nuestro flanco izquierdo. Con don Alfonso al frente salimos al encuentro de los almorávides el día 6 de diciembre; los detuvimos en el curso del río Huerva, junto a la localidad de María, a unas diez millas aguas arriba de Zaragoza. Nos enfrentamos a su vanguardia en el valle, entre huertas y campos de trigo recién sembrados, al pie de un escarpe donde se ubica esa villa defendida por un castillo roquero.

Aquella ni siquiera fue una batalla. Tres de nuestros paladines liquidaron en combate singular y sin contemplaciones a tres de sus campeones, y Tamín, el nuevo gobernador almorávide de Granada que era quien dirigía esas tropas, entendiendo que aquella era una señal de mal agüero, ordenó a sus soldados dar media vuelta y retirarse sin cruzar armas.

Cuando esto se supo en Zaragoza, el ya decaído ánimo de los sitiados acabó por desmoronarse y fue entonces cuando aceptaron rendirse, pero pactando unas aceptables condiciones. El rey delegó en mí para que negociara las capitulaciones de la ciudad, me dio instrucciones precisas y a ello me dispuse de inmediato. Hacía ya más de seis meses del inicio del asedio y todos comenzábamos a estar hartos de aquella situación. Ni el ajedrez, ni las partidas de dados y naipes, ni los juegos de bolos con apuestas contribuían a matar el tiempo. Creo que si los sarracenos zaragozanos hubieran resistido unas semanas más, quizás hasta la cercana Navidad, nos hubiéramos retirado y Zaragoza hubiera seguido siendo, al menos por otro año más, una ciudad bajo dominio sarraceno.

Pero ellos estaban todavía más cansados de aquel sitio que nosotros, comenzaba a faltarles alimento y, sobre todo, su determinación de aguantar se había esfumado con el paso del tiempo y por la falta de ayuda desde el exterior tras la derrota del ejército almorávide en María de Huerva.

Aquel mismo día de diciembre en que comenzamos las negociaciones para la capitulación llegó una carta del papa Gelasio en la cual se concedía la bendición apostólica a todos los soldados del ejército cristiano desplegado ante Zaragoza y el nombramiento de don Pedro de Librana como futuro obispo de la ciudad. El papa se adelantó al rey y don Alfonso no se opuso a esa designación, pese a que don Esteban ambicionaba sentarse en la sede episcopal de Zaragoza como nuevo prelado. El ambicioso obispo de Huesca se mostró muy disgustado por no ser el elegido.

El 11 de diciembre se entregó la Aljafería. Aislados, asediados por las máquinas de guerra y sin apenas reservas de comida, sus defensores entregaron el palacio sin resistencia. Habían pedido ayuda a sus hermanos en

la fe, los almorávides, pero no la habían recibido, de modo que aceptaron entregar la ciudad con condiciones.

Esa misma semana, en el patio central del palacio de la Aljafería, recostados sobre enormes almohadas de seda blanca y roja, negocié con las autoridades sarracenas la capitulación de la ciudad. Presidían la delegación de los zaragozanos el visir Abú Zayd y el juez Tabit ibn Abd Allah, pero fue el jurista Alí ibn Masud, un sabio al que todos respetaban, quien tomó la palabra.

—Entonces cerramos así este acuerdo —les confirmé tras haber negociado con ellos durante tres días en varias entrevistas—: Quienes de entre los vuestros lo deseen podrán permanecer en Zaragoza pagando el diezmo anual de cuantos bienes produzcan; los que así lo hagan habitarán durante un año en sus casas de la medina, pero pasado ese plazo deberán abandonarlas y trasladar sus viviendas al arrabal del sur; la mezquita aljama seguirá siendo un templo del islam por un año más, pero luego se convertirá en la nueva catedral cristiana; se mantendrán las autoridades islámicas y sus jueces para asuntos propios; y podrán portar armas, pero se prohíbe que acudan a la guerra. Los ganados de los musulmanes seguirán pastando donde antes lo hacían, pagando lo estipulado por la ley islámica a las autoridades cristianas. Todos cuantos prefieran marchar a territorio musulmán lo harán en paz y llevarán consigo cuantos bienes puedan transportar. ¿Estáis de acuerdo?

—Lo estamos —asintieron mirándose unos a otros, con ojos tristes, pues acababan de perder su ciudad y su futuro.

—En ese caso, vayamos al salón del trono. Mi señor don Alfonso os recibirá y ratificará las capitulaciones.

El rey de Aragón estaba sentado en el trono de los monarcas musulmanes de Zaragoza, en una estancia que llamaban el Salón Dorado.

—Alteza, los saraqustíes —habló Abú Zayd; el visir se expresaba en nuestra lengua pero empleó el gentilicio árabe para denominar a los zaragozanos— os hacemos entrega en derecho de nuestra ciudad según las capitulaciones acordadas.

—Cuantos de vosotros deseéis permanecer en esta tierra podréis vivir en paz. Yo cumpliré mi palabra; espero que vosotros también lo hagáis —repuso don Alfonso.

Las autoridades musulmanas acataron las condiciones de la capitulación y las firmaron.

—Pasado mañana, día 18 de diciembre del año del Señor de 1118, entraremos en Zaragoza —asentó don Alfonso ante la mirada compungida de

los sarracenos, que habían acatado aquella desdicha porque estaban convencidos de que esa era la voluntad de Dios.

Como estaba acordado, la Ciudad Blanca abrió sus puertas a los conquistadores. El rey Alfonso, protegido por una escolta de unos doscientos jinetes, entró a lomos de su caballo, aclamado por dos centenares de mozárabes que se sintieron liberados, y ante el silencio estremecedor de cientos de musulmanes. A lo lejos se escuchaban las campanas de Santa Engracia y de Santa María, las dos iglesias cristianas de la ciudad islámica, que hasta entonces no habían podido sonar y que ahora celebraban con alegres repiques el triunfo cristiano. Pronto serían esas campanas las encargadas de marcar el ritmo de vida de la ciudad y de anunciar los actos principales a los zaragozanos.

Mientras recorríamos las rectas calles de tierra del arrabal de Cinejia entre sus casas de paredes blanqueadas con cal y yeso y luego las calles empedradas de la medina, pude fijarme en algunos de los rostros de los derrotados. La mayoría tenía los pómulos angulados a causa del hambre, el cabello engreñado, los ojos enrojecidos y llorosos, la mirada perdida y vacía y, aunque no pude saberlo, supongo que sus corazones latirían compungidos porque estaban perdiendo su ciudad, sus casas y sus principales referencias vitales.

Los rostros de aquellos hombres y mujeres eran la imagen de la derrota y del desconsuelo. A la vista de la ruina de los vencidos, muchos de los nuestros rieron y festejaron el triunfo. Yo sentía cierta indiferencia. En esos momentos no era consciente del enorme cambio que nuestra entrada en Zaragoza estaba provocando en la vida de miles de personas, cuyas anónimas y desconocidas vidas me traían sin cuidado.

Lo único que me importaba de aquel desfile triunfal era la victoria de mi señor y contemplar su rostro altivo iluminado por la dicha de saberse dueño de la ciudad más populosa jamás conquistada por un rey aragonés. ¡Zaragoza, al fin! El largo sueño que los reyes de Aragón comenzaron a acariciar mucho tiempo atrás se había logrado y lo había culminado mi señor don Alfonso, que ya podía codearse con los grandes conquistadores de otros tiempos y que había superado al mismísimo emperador Carlomagno, quien no pudo apoderarse de Zaragoza cuando lo intentó. Don Ramiro, don Sancho y don Pedro, los tres primeros reyes de Aragón, podían descansar tranquilos y

satisfechos en sus tumbas de San Juan de la Peña. Su nieto, hijo y hermano don Alfonso los había honrado con una gran conquista, con su mayor victoria.

Acabado el desfile, a las puertas de la mezquita mayor me abordó uno de los musulmanes con los que me había entrevistado durante varios días para pactar las capitulaciones. Se llamaba Juan ibn Yahya y era muy alto, rubio y de ojos azules.

Me llamó la atención que usara dos nombres mezclados, uno cristiano y otro árabe.

—Acaba un mundo —me dijo Juan ibn Yahya con cierto desconsuelo.

—Así es la vida, amigo —repuse.

—Esta fue hasta, hace unos pocos años, una ciudad de maravillas.

—¿Y ya no lo es?

—No. Cuando llegaron los almorávides, hace ocho años, fueron saqueadas las bibliotecas, se quemaron miles de libros, se destruyeron magníficos tapices y se borraron extraordinarios frescos pintados sobre las paredes de mezquitas y palacios.

—¡Eso hicieron los almorávides! ¡Menudos canallas! —exclamé intentando aparentar cierta sensación de enojo, como si me importara una higa lo que esos fanáticos africanos vestidos con sus sayos negros hubieran hecho con los libros de los zaragozanos.

—Y todavía más: destruyeron el observatorio astronómico que habíamos instalado en el gran torreón cuadrado del palacio de la Aljafería. El primero de sus gobernadores, Ibn Hayy, era un bárbaro ignorante, que ordenó eliminar todo aquello que era hermoso y culto. Su sucesor, Ibn Tifilwit, no era menos bruto, pero al menos se rodeó de músicos, poetas y filósofos, e incluso nombró visir a uno de ellos.

—¿Un filósofo, visir de Zaragoza? —me extrañé.

—Sí. Su nombre es Ibn Bajja. El nuevo visir abrió de nuevo la ciudad de Zaragoza a las letras y las ciencias y buscó la colaboración de sabios judíos, como Abrahán de Huesca.

—¿Abrahán?, ¿Abrahán de Huesca? —mis ojos se abrieron como dos lunas llenas al escuchar el nombre del sabio judío que nos había enseñado astronomía en San Juan de la Peña.

—Sí. ¿Acaso lo conocéis?

—Que si lo conozco... Es consejero de don Alfonso y me ha enseñado a reconocer las estrellas y a manejar el astrolabio.

—Ya veis, el cielo es el mismo para todos: cristianos, musulmanes y judíos.

—Pero la tierra, no —asenté—. En el cielo manda Dios, pero la tierra la gobiernan los hombres.

—Y muchos mueren por ello.

—Así es la vida, Juan ibn Yahya.

—Pero si nos pusiéramos de acuerdo en lo esencial, tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Tal vez podríamos convivir en paz.

—Amigo, eso no es posible.

—Si pudiéramos inculcarles a todos los hombres el espíritu de Ibn Bajja. ¿Sabéis que fue encarcelado durante varios meses por negarse a ejecutar a unos cautivos cristianos?

—Pero no habéis dicho que era el visir.

—Sí, pero cuando el gobernador Ibn Tifilwit le ordenó que organizara la ejecución de veinte cautivos cristianos para darles así un escarmiento, se negó y lo hizo alegando que su conciencia repudiaba el asesinato. Asentó con toda firmeza que jamás mataría a un hombre indefenso y menos todavía por su condición religiosa. Eso le costó la cárcel, aunque a los siete meses fue indultado. Cuando el gobernador almorávide le recordó que el islam ordena acabar con sus enemigos, Ibn Bajja replicó que Dios también enseña en el Corán que hay que hacer el bien.

—«No matarás», ordena nuestro quinto mandamiento, pero, en la guerra, la defensa de la vida propia es el valor supremo —le dije.

—Lo sé. Yo fui cristiano en otro tiempo —me confesó Juan ibn Yahya.

—¿Es cierto eso?

—Sí. Nací muy lejos de aquí, en una lejana región de oriente llena de bosques y ríos. Unos bandidos me capturaron siendo muy niño, viví varios años en la ciudad de Constantinopla, donde aprendí lenguas y ciencias, y, tras pasar un tiempo en Roma, acabé vendido como esclavo en Zaragoza. Aquí logré mi libertad y me hice musulmán.

—Vuestra vida ha debido de ser apasionante; bien merecería que alguien escribiera un libro sobre ella. Parecís un hombre inteligente y sabio, Juan, pero estos tiempos no son propicios para los hombres buenos, sino para los guerreros. Creo que el mundo en el que os gustaría vivir no es este.

—Pero no hay otro, don Bernardo, no hay otro.

—¿Sigue ese hombre, Ibn Bajja, viviendo en esta ciudad? —le pregunté con cierto interés.

—No. Se marchó a Valencia justo unos días antes de que comenzara el asedio.

—Lástima, me hubiera gustado conocerlo; parece un tipo interesante.

Años más tarde ese Ibn Bajja fue conocido entre nosotros con el nombre de Avempace. No sé qué ha sido de él, pero alguien me dijo no hace mucho que se marchó a África. Supongo que, si todavía vive, por allí debe seguir enseñando los muchos conocimientos que atesora.

Lo saludé con una sonrisa. Juan ibn Yahya me la devolvió y, tras despedirse, entró en la mezquita, imagino que a rezar a Dios, que según decía era el mismo para todos los hombres. Yo me alejé de allí; tenía que acudir a la Aljafería, donde don Alfonso iba a proceder a repartir el botín obtenido en la conquista de Zaragoza como compensación a los hombres que habían participado en esa campaña.

Pasamos las navidades entre el palacio de la Aljafería, asombrados por aquellas paredes cubiertas de filigranas de yeso y alabastro y pintadas en colores vivísimos, y el de la zuda, una fortaleza pegada a una esquina de la muralla junto al río, cerca de una puerta principal, a la que llaman de Toledo. Juan ibn Yahya me visitó en los primeros días del año un par de veces. Lamentaba, sobre todo, los libros quemados, las obras de ciencia destruidas y todo el conocimiento que se estaba perdiendo con aquella guerra. Le apenaba que nunca volvería a recuperarse tanta sabiduría acumulada durante siglos.

Pero yo andaba más preocupado por asentar el dominio de don Alfonso en Zaragoza y en el reparto del botín. El rey, que estaba rodeado de todos sus barones, citó en el palacio fortificado de la zuda, cerca de la iglesia de Santa María y junto a la orilla del río Ebro, a varios de los conquistadores que habían decidido quedarse tras la toma de la ciudad y les concedió el fuero de infanzones, extensible a cuantos cristianos se atrevieran a asentarse y tomar casa en ella. Para todos los que así lo hicieran no habría ningún otro señor que el propio rey de Aragón, por lo que se convertían de hecho en los hombres más libres de la tierra. Para no desairar al papa y lograr que la Iglesia le ratificara la propiedad del reino de Zaragoza, el rey tuvo que confirmar a don Pedro de Librana como obispo, pese a que don Esteban también aspiraba a alcanzar ese cargo.

Ocupamos todo el mes de enero en repartir las casas de la medina y hacer su entrega a los conquistadores, aunque no podían establecerse en ellas, salvo en las que se abandonaron, hasta transcurridos doce meses, y en organizar la marcha hacia el sur de los musulmanes que decidieron abandonar la ciudad, como se había acordado en las capitulaciones.

Don Alfonso les había dado su palabra de que podrían marcharse en paz y sin ningún reparo, de modo que se organizó una gran caravana y se fijó un día de finales de enero para que salieran todos juntos, a fin de que no tuvieran problemas de ser atacados por bandidos durante su viaje hacia territorio musulmán.

Casi todos los que optaron por abandonar Zaragoza eran gentes de alta condición: ricos mercaderes, funcionarios, sabios en derecho, hombres de leyes y de ciencia; y entre ellos estaba Juan ibn Yahya.

Aquella mañana la larga caravana de mulas, burros y caballos que los sarracenos que decidieron marcharse compraron a precios exorbitados, más algún camello que quedaba en la ciudad de los que trajeron los almorávides, se alineaba en el llano de la Almozara, frente al palacio de la Aljafería. Era jueves. Los campos estaban escarchados por la helada de madrugada y el cierzo, ese fuerte y frío viento que sopla en el valle del Ebro, barría inclemente a los allí congregados.

Me acerqué para ver cómo se despedían y pude calcular que serían unos cuatro mil, quizás algunos más. Desde mi caballo los vi alejarse por el camino de Daroca, hacia Valencia, donde algunos pensaban instalarse y otros embarcar rumbo al norte de África o a Oriente.

Esperé a que se perdieran los últimos integrantes de la caravana entre los olivos y regresé al palacio de la Aljafería. Antes de llegar se acercó a toda prisa un tipo que parecía un musulmán por el turbante con el que se cubría.

—¡*Sidi, sidi!* —gritó para llamar mi atención.

Los dos soldados de mi escolta le cerraron el paso, pero les indiqué que lo dejaran acercarse una vez que comprobaron que no portaba armas.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Tengo una importante información que daros, *sidi*.

—¡Habla! —le ordené.

—Esta información vale dinero.

—Sujetadlo —les dije a mis soldados.

—¡*Sidi!*

—Suelta de inmediato lo que tengas que decir y ya valoraré cuánto vale esa información —saqué mi puñal— o no podrás hablar nunca más porque te cortaré aquí mismo la lengua.

—Se llevan dinero, todo el dinero, oculto en sus equipajes —confesó tembloroso como un corderillo desamparado.

—¿Quién eres?

—Un criado de Juan Ibn Yahya —me dijo.

—¿Y por qué me cuentas esto?

—Ya os lo he dicho, por dinero.

—Mantened a este tipo a buen recaudo hasta nueva orden —ordené a los soldados y corrí hacia la Aljafería.

Una vez en palacio le conté a don Alfonso lo que me había revelado el criado de Juan. Sin dilación, el rey ordenó formar a dos centenares de jinetes. En menos de una hora salimos al galope hacia el sur en persecución de la caravana de exiliados y la alcanzamos en el camino del valle del Huerva, entre las villas de Cadrete y María.

—¡Alto, alto! En nombre del rey de Aragón, ¡deteneos! —gritó el capitán de la avanzadilla.

El jefe de la caravana dio la orden y todos se pararon; poco después llegó don Alfonso. Yo estaba a su lado.

—¿Quién es el responsable? —preguntó el rey de Aragón.

—Yo mismo. —Quien se adelantó era Juan ibn Yahya. Su altura y su porte, a pesar de que debía de contar con más de sesenta años, eran inconfundibles.

—Abrid todos los baúles, cajas, sacos y alforjas —ordenó mi señor.

Así lo hicieron. Nuestros soldados comenzaron a sacar todo tipo de piezas de orfebrería en oro y plata, anillos, collares, pulseras, colgantes, agujas, broches, gemas, perlas, bolsas llenas de monedas, lingotes..., todo un tesoro.

Juan ibn Yahya, con cara de circunstancias, apretó a dos niños hacia sí como para protegerlos. Creo que se temía lo peor.

Los tesoros encontrados se colocaron delante de don Alfonso, que desde su caballo los miró con cierta indiferencia.

—Vaya sorpresa. Supongo que habíais pensado que si yo hubiera sabido que teníais todas esas riquezas no os habría permitido marchar. Pero os di mi palabra de que dejaría salir de la ciudad a todos los que quisieran abandonarla, llevándose consigo todos los bienes muebles que pudieran transportar. Si habéis pensado de ese modo, no conocéis al rey de Aragón. Recoged cada uno lo vuestro y seguid adelante. Podéis marcharos donde os plazca, con toda seguridad —sentenció don Alfonso.

—Pero señor, ahí se amontona una verdadera fortuna. Con ella podríamos solucionar todas nuestras deudas —observé.

—Cuyos legítimos propietarios son esos hombres, a los que di mi palabra de respetar la propiedad de sus bienes muebles —el rey señaló a los

asombrados musulmanes.

—Pero... —intenté replicar. El rey me hizo callar con un gesto enérgico.

—Estas tierras y estos caminos son del rey de Aragón —dijo don Alfonso—, de modo que deberéis pagar una moneda de oro por cabeza como derecho de paso y de protección.

—Me parece una decisión sabia y justa —intervino Juan ibn Yahya.

—Una patrulla de soldados de mi ejército os escoltará hasta los puertos de aquellas sierras, para que nadie os pueda atacar mientras permanezcáis en mis tierras —indicó con su brazo señalando las montañas azules en dirección al sur.

Juan ibn Yahya me miró a los ojos. En los suyos creí atisbar agradecimiento. Nunca volví a ver a aquel hombre, con el que me hubiera gustado compartir algo más que amistad.

Supe que algunos caballeros criticaron en voz baja aquella decisión del rey, pues ya se veían mucho más ricos repartiéndose tan formidables tesoros, pero don Alfonso les había dado su palabra de caballero a aquellos desdichados y no estaba dispuesto a quebrantarla por nada, ni siquiera por una verdadera fortuna.

Cualquier otro guerrero se hubiera detenido para saborear su triunfo y hubiera descansado durante un tiempo, pero don Alfonso no; él era un verdadero conquistador. Hacía poco más de un mes de la toma de Zaragoza cuando a fines de enero ordenó al ejército que estuviera listo para salir hacia Tudela y Tarazona.

Habíamos estimado, yo fui el primero en hacerlo, que al caer Zaragoza en nuestras manos se rendirían todas las ciudades de su viejo reino, y que los gobernadores musulmanes de Tudela, Tarazona, Soria, Borja, Calatayud y Daroca se presentarían ante el rey de Aragón para entregarle sus plazas. No fue así. Supongo que temían las represalias que el emir almorávide podría tomar contra ellos. No nos quedó otro remedio que ponernos en marcha para someterlas una a una.

A fines de febrero cerramos el asedio de Tudela, asentados en un pueyo cercano que también llamamos de Sancho, como aquellos desde los que conquistamos Huesca y Barbastro. El tiempo de espera se hizo más corto merced a las canciones con que cada día nos deleitaba Poncio, el nuevo juglar de don Alfonso, hombre sagaz, de lengua rápida y voz melodiosa que sabía de memoria decenas de canciones y trovas.

El asedio a Tudela duró justo un mes, el tiempo que tardamos en acordar las capitulaciones de su rendición, muy similares a las de Zaragoza, y que también me tocó negociar. Don Alfonso me indicó que pusiera especial atención en proteger a los judíos de Tudela, pues en su aljama vivían varios sabios de gran prestigio entre esta raza de pecadores.

Rendida Tudela, también lo hicieron Soria y Tarazona, donde enseguida se restauró la vieja sede episcopal de Turiaso, al frente de la cual don Alfonso colocó a un hombre sabio, un franco de Tolosa llamado Miguel, que andaba siempre rodeado de libros. Don Miguel tenía profundos conocimientos de astronomía, matemáticas, astrología, filosofía y alquimia. Hoy, quince años después de su nombramiento, sigue siendo el obispo de Tarazona y, por lo

que sé, anda empeñado en crear allí una gran biblioteca, además de una escuela donde se traduzcan libros escritos en las lenguas griega y árabe al latín. Supongo que lo conseguirá porque es un hombre tenaz y porque ha llamado a su lado a un sabio de nombre Hugo de Sanctallensis, que conoce bien el idioma de los antiguos griegos.

El día que entramos en Tarazona nos enteramos de que había sido proclamado papa el cardenal Guido de Borgoña. Era una mala noticia y don Alfonso la tomó como una notable contrariedad.

Estábamos cenando en la sala mayor de un fortísimo castillo de gigantescos muros de piedra, alzado en el centro de Tarazona, que fuera fortaleza principal y residencia de los gobernadores musulmanes de esa ciudad. Eran tan colosales sus muros que la gente del lugar aseguraba que los había construido el mismísimo Hércules.

—El cardenal Guido era hermano del conde Raimundo de Borgoña, el primer esposo de doña Urraca. Esa elección no es buena para nosotros —masculló don Alfonso, que no ocultaba su malestar.

—Tenéis razón, mi señor: no lo es. El nuevo papa, que ha tomado el nombre de Calixto, es un buen amigo del obispo de Compostela, ese taimado Diego Gelmírez. Y también es, no lo olvidemos, tío carnal de Alfonso Raimúndez, el muchacho que han coronado como rey de Galicia.

—El hijo de doña Urraca... —masculló don Alfonso.

—Y su heredero en el reino de León —añadí.

—Supongo que el papa Calixto favorecerá a su amigo el obispo Gelmírez.

—Creo que sí.

—Bien. Hay que responder de alguna manera a esto. Calixto ha sido proclamado en Francia, porque en Roma está asentado Gregorio, al que los cardenales no reconocen como papa legítimo, de modo que no nos daremos por enterados. De momento todos los diplomas que salgan de esta cancillería me proclamarán como Emperador de España.

—¿España?, ¿así, en la lengua vulgar, y no Hispania, al modo latino? —le pregunté a mi señor.

—Hispania, España..., Imperator. Que quede claro que soy el soberano legítimo de todas estas tierras y que las reclamo en justicia —asentó el rey.

»Y voy a ejercer como tal desde hoy mismo. En los próximos días dispondré cartas de población para las villas conquistadas que ya son nuestras, que se conozca por todos que Alfonso de Aragón, *Imperator totius Hispaniae* —añadió en latín—, puebla con fueros buenos las villas de Soria,

Almazán, Berlanga, Belorado y Villaforado y los barrios nuevos de Pamplona, Burgos, Ayerbe, Alquézar, Aínsa y Jaca.

El rey quiso mostrarse generoso con los nobles francos que le habían ayudado en aquella empresa y nombró a Routrou de Perche señor de Tudela y de Corella y a Céntulo de Bigorra señor de Tarazona. Mi soberano sabía bien cómo recompensar y premiar a los amigos y también cómo castigar a los enemigos.

Tal cual don Alfonso lo ordenó, así se cumplió. En los meses siguientes anduvimos entre Pamplona, Soria y Segovia, organizando a los nuevos pobladores, otorgando privilegios como nunca antes se había visto, repartiendo tierras para cultivar y solares para construir casas, concediendo a mercaderes, artesanos y campesinos libertades que hasta entonces solo podían disfrutar los nobles.

Toda Castilla era de mi señor: don Alfonso, Rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla, Emperador de toda España.

Tampoco se olvidó de asegurar la nueva frontera meridional, donde seguía pendiente la amenaza almorávide. Estando en Pedraza, cerca de Segovia, a fines de aquel año de 1119 concedió un fuero para poblar la villa de Belchite, al sur de Zaragoza. Gracias a las conquistas de don Alfonso, Aragón había dejado de ser un pequeño reino encaramado en las montañas de Jaca para abrirse a los llanos del gran valle del Ebro, extenderse hacia las amplias tierras de Castilla y soñar con llegar algún día a dominar las costas del mar Mediterráneo.

Aragón, Pamplona, Castilla, La Rioja, Bearn, Cominges, Arán..., de todas esas tierras era señor natural mi amado don Alfonso. Arrobas de gloria llenaban sus manos, pero él quería más, mucha más, y no iba a detenerse hasta conseguirla toda. Toda la gloria para mi rey.

La gloria pasaba por vencer en las batallas y seguir conquistando tierras al sur, cada vez más al sur. Don Alfonso lo sabía y también era consciente de que necesitaba sellar una paz duradera con doña Urraca de León y su hijo Alfonso Raimúndez, que ya ejercía como soberano al lado de su madre, para poder centrarse en continuar ganando territorio a los sarracenos.

Así, a comienzos de 1120 don Alfonso y doña Urraca acordaron una paz estable y duradera entre sus reinos. Para que no hubiera duda alguna de a quién pertenecían las tierras de Soria, don Alfonso le concedió un fuero a esta ciudad, que incluyó en el reino de Aragón.

Desde luego a ambos les interesaba ese pacto, pues la reina de León ya tenía bastantes problemas con su media hermana Teresa por la disputa que ambas libraban sobre Portugal y don Alfonso deseaba culminar la conquista de Calatayud y Daroca, para lo que convocó de nuevo al ejército.

Algunos de los caballeros que acudieron a esa llamada lo hicieron tras dictar testamento y donar parte de sus bienes a la Iglesia para remedio de sus almas. Don Lope Garcez, nombrado señor de Alagón ya muy mayor, lo hizo con la confirmación de su mujer doña María y antes de ponerse en camino ambos donaron algunas de las propiedades ganadas en Zaragoza a las sagradas Órdenes del Santo Sepulcro y del Hospital, fundadas en Jerusalén para custodia y defensa de los peregrinos que acudían a venerar la tumba del Señor, recuperada veinte años atrás para la cristiandad.

En los primeros días de junio plantamos las tiendas ante Calatayud, una ciudad del tamaño de Huesca, ubicada a orillas del río Jalón entre cerros y colinas yesosos, defendida por un amplio perímetro murado y reforzado con tres poderosos castillos.

En apenas dos días ya teníamos controlado el cerco a esa ciudad. Sin embargo, los sitiados se negaban a rendirse. Era esta una constante a la que nos enfrentábamos desde que tenía memoria. No era la primera vez que asediábamos una ciudad, ni sería la última. Mis espaldas cargaban ya con

tantas batallas y tantos asaltos que aquella costumbre corría el riesgo de empezar a asemejarse a un juego, pero se trataba de un juego muy real en el que siempre morían hombres.

A la tercera mañana de asedio a Calatayud me desperté sobresaltado. Transcurría la segunda semana de junio de 1120 y los sitiados no mostraban signos de tener miedo. Me encontraba a solas en mi tienda, tumbado sobre un lecho de hierba y musgo secos. Me levanté de un brinco y salí. El sol refulgía entre las hojas inmóviles, intensamente verdes, de un árbol frondoso. Se oía muy cercano el canto de una cigarra. La actividad matinal del campamento despertaba a los lados de la tienda, con el fuego de las hogueras y la carne crujendo sobre las brasas, donde algunos soldados preparaban el desayuno mientras otros se entrenaban con la espada y el arco. Yo había dormido demasiado.

Me serví una escudilla con un guiso de carné de cerdo ahumada con verduras frescas y busqué un lugar cómodo para desayunar.

Don Guillermo de Aquitania estaba sentado sobre la hierba en la linde del bosquecillo de carrascas junto al que se alzaba el campamento principal. Cuñado de don Alfonso por su primera mujer y primo por la segunda, había acudido a la llamada para ayudarlo en la conquista de Calatayud con seiscientos de sus mejores caballeros. Al poco de ocupar el ducado se había apoderado de Tolosa, aprovechando que su conde don Ramón estaba en las cruzadas, pero el papa lo obligó a devolverlo bajo amenaza de excomuni3n. El duque de Aquitania, que tenía fama de elegante poeta y notable trovador, y en verdad lo era, observaba el cielo, ensimismado ante el paso de las nubes.

Me acerqué hasta él y le pedí permiso para sentarme a su lado; tras concedérmelo, empecé a degustar el desayuno que los criados habían cocinado.

—Mi señor, seguimos con la misma estrategia, supongo —le dije para iniciar la conversaci3n.

—Cercar la ciudad hasta que los defensores musulmanes rindan armas, sí —me respondió don Guillermo con su marcado acento occitano.

A resguardo del temprano pero ya cálido sol de la mañana, la opción de desayunar a la sombra y al lado del duque me pareció muy reconfortante. Me volví hacia don Guillermo y vi que anotaba versos y canciones en un pedazo de pergamino.

—Ayer trasnochasteis, mi señor; pude oírlos cantar.

—No tenía sueño. Andaba dándole vueltas a la cabeza sobre cómo atacar esas murallas, en caso de que tengamos que hacerlo.

En realidad, don Guillermo había pasado la noche en compañía de dos hermosas jóvenes, a las que, por lo que pude escuchar, les hizo el amor y les cantó algunos de sus celebrados poemas. El duque era un hombre fogoso al que siempre le gustaba dormir abrazado a una mujer. Tenía tantas amantes que se decía que había construido a sus expensas una abadía en Aquitania para tenerlas a todas juntas.

—¿Habéis descubierto alguna fisura en esas defensas?

—De momento, no. La muralla no es de piedra, pero está hecha de sólida argamasa, me temo. Aunque os agradecerá saber que capturamos a un grupo de sarracenos que abandonaba la ciudad aprovechando el anochecer.

—¿Cuántos eran?

—Ocho hombres.

—¿Los interrogasteis con fin de conocer las reservas de la ciudad?, ¿de cuánta comida disponen?, ¿cuántos soldados se apostan tras las murallas?

—Nada más verlos, les dimos muerte —me cortó don Guillermo sin apartar la vista de sus anotaciones—. No dio tiempo a discutir con ellos.

—¿No hubiera sido mejor haberlo hecho? En ciertas ocasiones un rehén es mil veces más valioso que un cadáver.

—Eso mismo traté de explicarle al rey Alfonso —se justificó don Guillermo con una sonrisita—, pero, después de rebanarles el gajate a aquellos desertores, afirmó que se habrían negado a hablar y que no hubieran colaborado con nosotros; si acaso habrían tratado de confundirnos con insidias y mentiras.

Ese comportamiento no era propio de don Alfonso. Le pregunté a don Guillermo que si sabía dónde se encontraba en esos momentos el rey y me indicó con el dedo índice un sendero que se alejaba del campamento y que se acercaba peligrosamente a la ciudad.

Sin pérdida de tiempo me excusé con el duque, fui por mi caballo y me alejé hacia allí trotando por el camino. La mañana brillante, traicioneramente brillante, acentuaba mi temor de que don Alfonso estuviera a punto de cometer una locura. ¿Por qué se había alejado él solo del pabellón real?

«No, no puede ser cierto lo que estoy pensando», me dije. «Una cosa es que don Alfonso nos lleve a recorrer territorios hasta sentirnos muertos de hambre y cansancio y añoremos la comida y la cama y otra cosa es conducirnos a contemplar su propia muerte».

Oteé en derredor y divisé al rey a un centenar de pasos, cerca de un soto a orillas del Jalón. Se hallaba solo, tal y como yo había supuesto, con la vista fija en la muralla. Los rayos del sol ya caían ardientes sobre sus hombros.

Vestía casco, gambesón acolchado bajo la cota de malla y peto de cuero rígido y su mano se aferraba a la empuñadura de la espada como si fuera a desenvainarla en cualquier instante.

—¡Mi señor! —grité. Don Alfonso pareció no escucharme—. Alteza, ¿qué sucede?

El rey no respondió de inmediato. Conforme me acercaba hacia él vi cómo inspiraba aire lentamente y después lo soltaba entretanto escudriñaba con ojos entornados los muros de la ciudad.

—Bernardo —dijo después de un lapso de tiempo que me pareció una eternidad—, observa qué hay frente a mis pies.

«Diez flechas», conté. Una detrás de la otra, perfectamente alineadas como hormiguitas siguiendo un camino, cada flecha más cerca de don Alfonso.

—¡Alteza! —me alarmé—. Han intentado alcanzaros.

—Exacto, Bernardo. Lo han intentado. Y creo saber quién ha sido: el mismo arquero que dio muerte a mi padre el rey Sancho ante las murallas de Huesca.

Solo entonces me preocupé de verdad. Las ansias de guerrear y conquistar empezaban a causar mella en los pensamientos de mi rey, quien, aún fuerte y gallardo, acusaba o parecía acusar los años de idas y venidas batallando sin apenas concederse una tregua.

—Mi señor —hablé con voz calmada—, pensadlo fríamente: las posibilidades de que sea el mismo arquero son mínimas. Cierto es que no sabemos si aquel avezado arquero huyó o le dimos muerte en el asedio de Huesca o en la batalla de Alcoraz. Nunca conocimos su rostro. De la muerte del rey Sancho han pasado veintiséis años y del asedio a Huesca veinticuatro. Sabe Dios dónde yace ahora ese mal nacido. Pero explicadme, alteza, ¿qué hacéis aquí solo? Es muy peligroso.

Los dientes de don Alfonso rechinaron.

—Si decidiera cargar ahora mismo hacia la ciudad, ¿lo harías a mi lado?

—¿Cómo decís...? —me inquieté—. Si me lo pedís, yo os acompañaría a cualquier lugar que os dirigierais, mi señor. Bien lo sabéis. Pero, de hacerlo ahora, ninguno de nosotros dos volvería vivo y entonces sería vuestro final y el reino de Aragón quedaría huérfano, indefenso y dolido por vuestra muerte.

—Bernardo, ¿a qué le tienes miedo? —me planteó con un susurro—. Ningún musulmán puede matarme.

«Ningún musulmán puede matarme».

La misma consigna que el rey Sancho asentara antes de encontrar la muerte, la recitaba ahora mi amado don Alfonso, palabra a palabra, como arrastrada por un viento que soplara desde tiempos pretéritos. No recuerdo exactamente qué frases utilicé para hacerle entrar en razón y sofocar su imprudencia, pero fueran cuales fuesen, de poco sirvieron. Don Alfonso extrajo su espada de la vaina y el acero resplandeció a la luz del sol. El rey no había informado de su salida en solitario; los soldados de Aragón y sus aliados estaban ocupados en sitiar Calatayud, no en atacar sus murallas. Sin embargo, mi señor, tal vez arrastrado por una locura pasajera, se hallaba a escasos instantes de lanzarse a la carga, él solo, hacia la ciudad y de toparse, irremediabilmente, con la muerte.

Don Alfonso nunca había perdido una batalla y yo jamás lo había visto flaquear. Aquello elevaba, erróneamente, su condición de rey poco menos que a la de un héroe divino. Tantos años blandiendo la espada, tantos años cabalgando sin temor hacia cualquier horizonte, venciendo allá donde se había propuesto vencer; toda una serie de circunstancias que encaminaban a mi señor a caer en el peor engaño en el que puede verse sumida la mente de un guerrero: la trampa de creerse invencible.

El rey dio un paso al frente y alzó la espada.

—¡Adelante! —exclamó.

Di por hecho que en unos instantes estaríamos muertos, pero de pronto se escuchó el sonido de los olifantes del ejército de Aragón. Por suerte, don Alfonso volvió en sí sacudiendo de manera breve la cabeza y rehusó salir galopando hacia una pesadilla de la que jamás hubiera despertado. Un mensajero, empapado en sudor y que respiraba de manera acelerada, se acercó galopando a nuestra posición.

—Alteza, alteza, traigo un mensaje que se ha transmitido de atalaya en atalaya, de sur a norte —respingó.

—¿Y qué dice ese mensaje? —preguntó don Alfonso, concentrada su mirada en las murallas de Calatayud.

—Que un ejército almorávide como no se ha visto antes avanza hacia nosotros desde el sur. Parece dispuesto a recuperar Zaragoza. Almorávides de Jaén, Córdoba y Granada han reclutado a más fanáticos en Murcia y Valencia. Partieron de Valencia hace una semana y anoche pernoctaron en tierras de Albaracín. Ya se acercan.

—¿Un ejército dispuesto a reconquistar Zaragoza, dices?

—Nuestros espías han estimado que son al menos seis mil hombres, mi señor.

Don Alfonso no movió el cuello y siguió fijando su mirada en Calatayud. Escrutaba la ciudad con una determinación rayana en lo obsesivo. Tenía que tomar una decisión: o bien continuar con el sitio de esa ciudad o bien partir de inmediato a librar una batalla en campo abierto.

—Bernardo...

—¿Sí, mi señor?

—Encárgate de dar la orden: antes de mediodía el campamento ha de estar levantado. Marcharemos al encuentro de ese ejército almorávide. No importa cuántos fanáticos se hayan unido a su causa, frenaremos su avance con nuestras lanzas y espadas; no permitiré que Zaragoza vuelva a caer en sus manos. Nos encontraremos con ellos en el camino y allí donde sea les daremos muerte. Ya habrá ocasión para volver a Calatayud.

—¡Apresuraos ahora, buenos guerreros, hombres fieles de don Alfonso! —bramé a lomos de mi corcel, alentando a los soldados a levantar el campamento con la mayor celeridad posible—. ¡Apresuraos, seguid a nuestro rey a la batalla y mantened firme vuestro propósito de defender el reino de Aragón!

La orden se propagó rápidamente entre los hombres. Se apagaron las hogueras y se plegaron las tiendas. A mediodía ya se había recogido todo el campamento.

Supuse que los musulmanes de Calatayud respiraron aliviados, pero sería por poco tiempo.

Los caballos piafaban avanzando hacia el sureste. Pronto nos vimos serpenteando por el curso del río Jiloca, a la orilla derecha del Jalón. Dejamos ese valle unas pocas millas antes de Daroca y atravesamos hondonadas, subimos laderas escarpadas y llegamos a un extenso páramo atravesado por el río Huerva, en cuyas orillas pastaban algunos rebaños de onagros, asnos salvajes que cazamos para alimentarnos con su carne. A nuestra izquierda se alzaban unas sierras cubiertas de árboles donde abundaban los jabalíes. En aquel paisaje, verde y extenso, no se oía otra cosa que el murmullo del aire rasgándose en las ramas de los arbustos y los graznidos agudos y solitarios de los cuervos. A medida que cabalgábamos, el sol iba ascendiendo en el cielo y hacía más calor. Una amenazante sombra se extendía a lo largo del horizonte meridional, una calima tibia sobre la que el cielo se pintaba como un casquete azul, caliente y pesado.

Al caer el crepúsculo, nos acercamos a los dominios de Daroca y allí se unió a nosotros Imad ad-Dawla, que vino desde su castillo de Rueda con doscientos caballeros pagados con su inmenso tesoro. El príncipe huyó no quería dejar pasar una sola oportunidad para vengarse de los almorávides, a los que no perdonaba que lo hubieran arrojado de sus dominios como emir de Zaragoza.

El cansancio se apreciaba en el rostro de los soldados. Don Alfonso decidió hacer un alto para que hombres y bestias recobraran fuerzas y llegaran frescos a la batalla que se avecinaba. Uno de los oteadores que enviábamos de manera constante para observar los movimientos del enemigo nos informó de que el ejército almorávide había acampado al pie de un otero en las inmediaciones de una villa llamada Calamocha, en el alto Jiloca. A la distancia que ambos ejércitos nos encontrábamos, calculé que nuestro encuentro con los almorávides tendría lugar en dos o tres días. Tras escuchar a sus consejeros y con los informes de los oteadores, don Alfonso decidió que el combate se libraría en un llano al sur de un castillo que coronaba un cerro en el lugar llamado Cutanda.

Al anochecer recorrí el campamento a solas, mientras los criados preparaban mi tienda al lado de la de don Alfonso. Tuve la impresión de que los soldados, todos ellos, sin excepción, se sentían perdidos en aquella oscuridad, como si un lazo se cerrara poco a poco en torno a sus gargantas. Pero pronto las hogueras crepitaron y bañaron la noche con su luz roja y amarilla y los cánticos, el vino y la comida elevaron el ánimo de los hombres.

Cerca de la medianoche observé el cielo estrellado, hermoso y sereno, y me retiré a dormir. Ya no se oía otro ruido que algunos ronquidos y ventosidades, pero en mis sueños, o fuera de ellos, ahora no puedo asegurarlo, escuché un canto dulce que me rondaba la mente, una canción que pareció surgir de una luz pálida al otro lado de una cortina de lluvia gris y que fue creciendo hasta cambiar el velo de agua por una lámina de cristal y de plata. Al fin, aquella veladura se rasgó y un paisaje lejano y verde apareció ante mí a la luz de un fugaz amanecer.

Aquella visión se disipó nada más abrí los ojos. Todavía reinaba la madrugada, pero el canto que había oído en sueños seguía resonando en mis oídos y provenía de la tienda de don Alfonso. El campamento dormía sumido en una serena y extraña tranquilidad. Era una noche oscura, sin luna. Me vestí, me armé con un cuchillo y me presenté en el pabellón real. La guardia nocturna me reconoció y me facilitó la entrada. Don Alfonso estaba sentado

frente a Guillermo de Aquitania, que remataba el recitado del último verso de una de sus canciones al tiempo que yo asomaba la cabeza.

—Acompáñanos, Bernardo —me ofrecieron al unísono. Estaban sentados de piernas cruzadas en torno a un candil cuya tenue luz apenas iluminaba el centro de la tienda—. Cantamos canciones y contamos historias de batallas y guerras.

—Ambos deberíais descansar, mis señores. La batalla parece inminente y promete ser cruenta y larga.

Don Alfonso se llevó un pellejo de vino a los labios.

—Razón de más para permanecer despiertos y evitar así el asalto de inquietantes pesadillas —arguyó—. ¿Sabéis, don Guillermo, que Bernardo y yo nos conocemos desde hace casi cuarenta años? ¡Cuatro décadas! Creedme si os digo que en todo ese tiempo apenas lo he visto sonreír.

Guillermo de Aquitania compuso una mueca amistosa.

—Supongo que la sonrisa de un hombre se va desvaneciendo en el tiempo, a medida que ejecuta enemigos —dijo el duque—. Es una de las maldiciones de nuestra época: nos acostumbran a matar desde jóvenes. Decidme, Bernardo, ¿qué sentisteis la primera vez que la vida de un hombre se apagó ante vuestros ojos? Algunos hablan de euforia, otros de liberación. ¿Qué sentimiento os invadió a vos? ¿Os creísteis un gigante?, ¿un titán invulnerable tal vez?

—Mi señor, si de algo estoy seguro es de que yo no soy más ni menos por haber matado a un determinado número de enemigos; solo...

—Matáis porque os ordenan hacerlo —completó el duque.

Asentí.

—En este mundo no abundan los hombres que no sienten nada al ajusticiar a un enemigo —recitó don Alfonso—. Bernardo es uno de esos hombres. Es el guerrero perfecto, sin remordimientos ni cargos de conciencia.

Tomé asiento al lado de don Alfonso y de don Guillermo, tal cual me indicó el rey, creando los tres un triángulo alrededor del candil.

—¿Qué opciones tenemos de salir victoriosos de la batalla?

—Las esperanzas de un guerrero nunca deben ser exageradas —respondió para mi sorpresa don Alfonso—, pues el campo de batalla es un lugar imprevisible. La probabilidad de que un hombre sobreviva tras una ajustada lid responde a un cúmulo de circunstancias. Su vida depende, casi siempre, del compañero que pelea a su lado. Por suerte, nos las hemos ingeniado bien todo este tiempo para combatir escoltados por grandes guerreros, Bernardo, y por eso no conocemos la derrota. Ahora bien, sí se puede estimar el sino de

una batalla, y en la que está por librarse contamos con ventaja. En tu caso, querido amigo, si te comportas como siempre sueles hacer, podrás contarlo después con orgullo.

—Os agradezco el consejo, alteza.

—Me vienen a la mente los versos de un poema que estoy escribiendo —terció don Guillermo—. Y dicho esto, nos enseñó a entonar su poema a modo de canción; la letra aludía a la esperanza y a dominar los miedos que se pudieran presentar pasados dos días en una guerra. Así lo interpreté yo, al menos. El duque de Aquitania, en voz baja como hablando solo para sí mismo, se puso a cantar en la penumbra en la melosa lengua aquitana—:

*Con el dulzor del nuevo tiempo
brotan las hojas en el bosque, y los pájaros
cantan, cada uno en su latín,
según el verso del canto nuevo,
pues está bien que sea así,
según guste a cada uno de ellos.
Del lugar que creo más hermoso y bello
no me llega mensaje ni misiva
por ello mi corazón ni duerme ni ríe,
y no oso continuar adelante
hasta que no sepa si el final
será tal cual yo lo deseo.*

Don Alfonso y yo tarareamos juntos la canción después del duque, brindando con vino, relajados a la luz ambarina del fuego. Procurábamos no pensar en qué nos depararía la batalla, aunque confiábamos en que más allá de las colinas rojas no cayera la niebla.

Partimos al alba, tras celebrar una misa de campaña celebrada por don Guy de Lons, obispo de Leskar. Montamos y cabalgamos a ritmo constante a lo largo de una estrecha vaguada. Poco después de alzarse el sol, nos aplastó un calor sofocante. Las huestes de Aquitania alentaban su coraje tarareando la mayor parte del tiempo canciones con letras que a mis oídos no tenían sentido alguno, quizá por hallarme concentrado en visualizar los golpes que muy pronto me lanzaría el enemigo.

Avanzábamos a paso firme, pero pronto advertimos que tardaríamos largo rato en toparnos con el ejército almorávide. El terreno había estado ascendiendo poco a poco desde que dejáramos la extensa planicie al norte de Daroca y ahora atravesábamos un tramo más difícil de superar, entre quebradas y barranqueras. El suelo estaba seco, pero de vez en cuando nos encontrábamos con pequeños lodazales en el fondo de las cañadas, donde nacían juncos y gorjeaban algunos pajaritos escondidos entre el follaje de zarzas y arbustos. Los hombres que no montaban a caballo tenían que cuidar dónde ponían los pies, para no enfangarse en el lodo y hacer la marcha más lenta y peligrosa. El paisaje se había tornado propicio para una celada, con cerros y quebradas a izquierda y derecha, muy adecuado para convertirnos en víctimas de una emboscada. Por previsión, los rastreadores enviados en avanzadilla nos hacían señales desde las atalayas con reflejos de luz en espejos de cobre, indicándonos que el camino estaba despejado. Al calor bochornoso de media tarde, las moscas empezaron a atormentarnos y en el aire flotaban nubes de minúsculos mosquitos que surgían de pequeñas ciénagas y balsas y se nos metían por las mangas y los calzones, se enredaban en nuestros cabellos y nos irritaban los ojos.

Marchamos por aquellos escabrosos senderos el resto de la jornada hasta que cayó la tarde, cálida y sombría. La tierra se hizo más seca y árida y detrás de nosotros dejamos unas nubes de polvo amarillento suspendidas sobre el camino. Unos pocos pájaros melancólicos piaron sonidos como lamentos hasta que el redondo y enorme sol rojo se hundió con majestuosa lentitud entre las crestas de las colinas occidentales; luego siguió un silencio vacío, entre amenazantes sombras, solo alterado por las pisadas de nuestra hueste.

Agonizaba el día cuando arribamos a las afueras de Cutanda, un pequeño caserío de casuchas de piedra y barro en el flanco de una amplia llanada, en la ladera de un cerro con un sendero que ascendía hasta la cima donde se alzaba el castillo.

Acampamos a un millar de pasos. Las laderas desnudas de las rojas colinas terrosas se alzaban ahora contra el cielo oscuro. El horizonte occidental todavía lucía una tenue banda anaranjada que iba virando hacia tonos violetas y añiles. Aquella noche me ofrecí a montar guardia. Una hermosa luna llena apareció sobre el horizonte y derramó una luz metálica y gris que se extendía sobre aquellos campos como un reflejo de plata. Mediada la madrugada, un mensajero de nuestra avanzadilla nos informó de que el ejército almorávide llegaría a la llanada poco después del amanecer.

—¡Despertad! ¡Preparad las armas! ¡Ya vienen, ya vienen! —oí gritar a uno de nuestros centinelas.

Apenas nos había dado tiempo a desayunar. Con el primer albor de la mañana de aquel día 17 de junio, nuestros espías nos indicaron desde las atalayas, con señales de fuego esta vez, que el ejército almorávide se encontraba al otro lado de una colina, hacia el sur.

Los soldados se colocaron las cotas de malla, cascos cónicos y petos de cuero; los criados prepararon las monturas; los escuderos comprobaron las armas; los señores dieron voces aquí y allá. Don Alfonso, el más sereno de todos nosotros, ordenó formar las tropas. A nuestra izquierda se ubicaba el pueblo de Cutanda, un poco más adelante, hacia el sur, el llano con los campos todavía por cosechar, y al fondo tres cerros. Los seiscientos hombres de don Guillermo de Aquitania se colocaron en vanguardia, agrupados en una compacta y aterradora formación, seguidos de doscientos arqueros y mil cuatrocientos lanceros de Aragón, Pamplona y Castilla; tras ellos aguardábamos ochocientos jinetes de la caballería de reserva. En el ala derecha formaban los mercenarios musulmanes pagados por Imad ad-Dawla; lucharía a nuestro lado contra sus correligionarios africanos. Creo que odiaba más a aquellos fieros almorávides que a cualesquiera otros hombres en la tierra.

Se abría ante mis ojos una imagen realmente sobrecogedora: más de tres mil hombres esperábamos en guardia, en filas cerradas, la llegada del enemigo. Caía un silencio como jamás antes había escuchado en lugar alguno. Podía sentir la congoja, el miedo y el recelo de los hombres que allí formaban. Casi podía masticarlos, pero ya no había retirada posible. Tan solo debíamos esperar a la muerte o a la victoria.

Y esperamos, esperamos, esperamos...

Bum, bum, bum.

De repente, los cimientos del mundo parecieron temblar. Por el aire y sobre nuestras cabezas se propagó el sonido hueco de una multitud de tambores redoblando en la lejanía. Los hombres miraron alarmados en todas las direcciones. Todavía no se avistaban las tropas almorávides, aunque sí se escuchaba el tremor de una gran agitación en la distancia.

Bum, bum, bum.

El sol seguía su camino ascendente en el cielo y el calor se volvía asfixiante por momentos. Un soplo de brisa caliente removió una fina columna de polvo que a algunos les pareció una serpiente roja enroscándose en el aire. Don Alfonso fijaba la vista en el horizonte meridional. En la línea

que marcaba el ramal de la cima de las colinas empezaron a surgir centenares de hombres como una plaga de hormigas. Podía sentir los latidos de mi corazón creciendo en mi interior. Iba a derramarse sangre, mucha sangre.

Bum, bum, bum.

Resonaron otra vez los tambores de piel de hipopótamo, como si los puños de un gigante golpearan los abismos de la tierra, que temblaba ahora bajo nuestros pies.

No eran centenares, sino miles de ellos. Hordas y más hordas de fanáticos almorávides que aparecían en la línea del horizonte y avanzaban colina abajo hacia el llano, como salvajes sin alma, sin parecer guiarse siquiera por una estrategia previamente organizada. La mayoría marchaba a pie, otros a caballo y no pocos montaban en esas bestias de largas patas y acentuada joroba que llaman camellos.

Bum, bum, bum.

Decenas de guerreros, cientos tal vez, hacían vibrar sus tambores. Redobles y más redobles de un rotundo sonido que nos helaba la sangre. La llanada al sur de Cutanda se llenó de gritos incomprensibles entre el grave redoble de los tambores.

Bum, bum, bum.

—Ya están aquí esos demonios —oí mascullar entre dientes a uno de mis hombres con la mirada perdida en la distancia.

La imagen que se presentaba ante nuestros ojos era terrible. Aún demasiado lejos, miles de almorávides aceleraban el paso hacia nosotros, soltando con voz aguda gritos que en la distancia parecían injurias, blasfemias e insultos.

Don Alfonso, hierático y sereno como una estatua de piedra, alzó la mano. Sonaron por fin nuestras trompetas y olifantes y se alzaron nuestros estandartes. El ejército se puso en guardia, escuadrón tras escuadrón, compañía tras compañía. Don Alfonso espoleó su caballo y fue el único, junto a su portaestandarte, que cabalgó entre nuestras filas, rompiendo nuestro silencio y empuñando con brío su espada alzada hacia el cielo.

—¡Hombres de Aragón, de Pamplona, de Castilla y de Aquitania, preparaos para la batalla! —aulló, como si fuera un héroe de antiguas canciones, un grito al que todos respondimos blandiendo nuestras lanzas—. ¡Aquellos que pretenden devastar vuestras tierras os han declarado una guerra injusta! ¡El enemigo carga de frente, enloquecido por su llamada a la guerra santa! ¡Observadlos: nos superan en número! ¡No van a mostrar piedad! Pero hoy no es el día en que moriremos. ¡Soldados de Cristo: observad al hermano

y al amigo que pelean a vuestro lado! ¡Hoy lucharéis por ellos! ¡Hoy venceréis por ellos! ¡Por las esposas y los hijos que os aguardan en vuestras casas! ¡Y por todas las cosas que amáis de esta buena tierra, que jamás doblará la rodilla ante quienes ambicionan destruirla! ¡Luchad por vuestros hermanos, luchad por vuestra tierra y por vuestra vida! ¡No temáis a la oscuridad, pues el reino de los cielos nos ha sido prometido! ¡Salvad vuestra tierra! ¡Proteged vuestra tierra! ¡Liberad vuestra tierra del enemigo! ¡Luchad! ¡Luchad! ¡Luchad!

Tres mil guerreros alzamos el grito al unísono, un clamor que sofocó los alaridos de nuestro enemigo que seguía acercándose como un enjambre enloquecido. Con la arenga del dueño de mi corazón y señor de mi alma, me sentí preparado para enfrentarme a aquellos diablos del desierto. Todos estábamos listos para soportar el primer encontronazo.

A unos pasos a la derecha de mi posición, oí gritar al duque Guillermo, dirigiéndose a los arqueros:

—¡Esperad! ¡Esperad! —Las tropas almorávides se encontraban a escasos instantes de abalanzarse sobre nosotros—. ¡Aguardad mi orden! ¡Que nadie se precipite! —Trascurrieron unos instantes eternos—. ¡Ahora! —ordenó al fin.

Una primera descarga de flechas surcó el cielo como una lluvia de muerte y derribó a no menos de treinta sarracenos. La segunda andanada, un momento después, acabó con la vida de otros tantos. Sonó entonces el olifante de marfil del duque de Aquitania y los seiscientos caballeros de la vanguardia cargaron como un solo hombre contra las tropas de las primeras líneas enemigas al grito unánime de «¡Guerra, guerra, guerra!». Cientos de almorávides, aterrados por la contundencia de la carga de los caballeros aquitanos, fueron abatidos y cayeron muertos o mutilados en la primera embestida. Aquellos que fueron capaces de sobrevivir a la carga de los seiscientos jinetes del duque don Guillermo el Trovador vieron sus cuerpos atravesados por las picas de la segunda oleada, un millar de lanceros hispanos ebrios de sangre y de victoria.

En las colinas del sur se escuchó entonces un nuevo redoble de tambores y, de repente, el silbido de cientos de flechas volaron sobre nuestras cabezas. Alertados por algunos de los comandantes, nos protegimos con los escudos y las saetas se partieron en ellos o bien perforaron la tierra.

Bum, bum, bum.

Tras el nuevo sonido de los tambores y el silbido de las flechas, se hizo momentáneamente un silencio extraño.

Una segunda oleada de almorávides se aproximaba. Don Alfonso alzó la voz y gritó de pronto a mis espaldas:

—¡Cargad, por Aragón, por Cristo, cargad! —Y la gran hueste de Aragón se precipitó en una segunda carga sobre el enemigo, como un torrente de aguas turbulentas. Los cascos de las monturas de los caballeros aquitanos y de nuestros lanceros levantaron una nube de polvo que oscureció el aire. Se oyó con toda claridad el sonido del chocar de los aceros y muy pronto el desgarrador grito de la muerte se apoderó de aquel llano; de entre la polvareda surgimos, como fantasmas, ochocientos jinetes cabalgando hacia la devastación.

En mi primera embestida maté a tres hombres. Tras esa brutal acometida nos replegamos unos pasos, nos agrupamos en formación compacta y cerrada y volvimos a cargar, alcanzando de nuevo a los desorientados sarracenos, que caían como moscas atrapadas en un panal de miel. La polvareda se tornó más densa e hizo difícil distinguir amigos de enemigos. Se oyó entonces un raro sonido de cascos y vimos aparecer ante nosotros a centenares de camellos montados por jinetes africanos. Aquellas bestias pajizas irrumpieron precipitadamente en el campo de batalla, pero a pesar de su imponente tamaño y su fiero aspecto, sus pezuñas no están hechas para trotar en estos duros suelos, sino en la blanda y granulosa arena de los desiertos, de modo que no resultaron eficaces en el combate.

—¡Salvemos nuestra tierra! —La voz del rey Alfonso desgarró la mañana como un fuego que se encendiera en lo alto de una loma.

Otros gritos indefinibles respondieron a lo lejos. Centenares de flechas sobrevolaban mi cabeza en una y otra dirección. Por todas partes combatían compañeros y rivales. El terreno empezaba a teñirse de rojo y negro con el color de la sangre.

—¡Luchad por vuestros hermanos! —gritó don Alfonso.

Un almorávide apareció entre el polvo a unos cuatro pasos de mí sobre un camello. Alcé mi lanza y se la clavé en el estómago, arrancándomela de las manos al inclinarse. Entonces me ofreció el cuello. Desenvainé mi espada y le seccioné la cabeza, que cayó al suelo separada del cuerpo. Segundos después crucé el acero con un hombre que montaba otro camello. Primero tajé con un golpe el cuello del animal, que soltó tan grave gemido que ninguna palabra de este mundo podría describir. Al caer el jinete al suelo, salté del caballo y le atravesé la garganta con mi espada.

—¡Salvemos nuestra tierra! —grité imitando al rey y poseído por la furia a la vista de la sangre enemiga derramada.

Más camellos surgieron entre la polvareda. Uno de sus jinetes, mientras trotaba hacia mí, fue alcanzado de pleno por una lanza y, debido al impulso, salió despedido en el aire hacia atrás. A mi lado, uno de mis hermanos de combate cayó muerto al atravesarle una flecha el pecho y partirle el corazón. Todo en mi rededor era desesperación y muerte.

Bum, bum, bum.

El tañido de los tambores almorávides se mezclaba con los gritos de horror de los hombres que iban cayendo como hojas secas.

Volví a subir a mi caballo apoyándome en el estribo y me enfrenté a un nuevo enemigo; resultó un completo inútil manejando una espada y lo derroté en apenas unos segundos. Aspiré una profunda bocanada de aire y tuve la impresión de que mi caballo me llevaría a la victoria. Alcé el puño y mi espada hacia el cielo y mi voz rasgó el aire como un trueno. Pero mi júbilo muy pronto se vio disipado. Un instante después caí de bruces al suelo. No podía levantarme. Al girar la cabeza vi a mi caballo que yacía muerto, con el cráneo hendido por un hacha o tal vez una maza. Tenía mi pierna derecha atrapada bajo mi montura. Haciendo un gran esfuerzo para no perder la vida, logré extraer la pierna de debajo del cuerpo inerte de mi corcel y me puse en pie. Cuatro infantes almorávides me rodeaban amenazantes, prestos a acuchillarme.

Bum, bum, bum.

Cuatro enemigos me cercaban. Mi ropa estaba empapada por la sangre caliente de mi caballo. El primer almorávide que osó atacarme, un insensato alocado, murió al instante. Esquivé su golpe de sable con una cinta, lancé un contraataque y hundí mi espada en su estómago. Los otros tres lo pensaron mejor antes de cargar sobre mí y formaron un triángulo en mi derredor. Jinetes y lanceros combatían a muerte a escasos pasos, pero mis tres adversarios y yo parecíamos morar en un pequeño y extraño mundo al margen de la batalla, como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

Bum, bum, bum.

—¡Muere ahora! —supongo que gritó en su idioma, enloquecido, el más viejo de los tres, que se abalanzó sobre mí con la furia de un oso herido pero sin pensar en lo que hacía.

Logré desviar las embestidas de su sable entretanto sus dos compañeros me cerraban el paso. En un momento, extraje mi cuchillo de hoja corta del cinto y lo lancé dando giros hacia uno de ellos; lo alcancé de lleno y se incrustó tétricamente en su garganta. Un chorro de sangre comenzó a manar de allí como el caño de una fuente. Esquivé un nuevo golpe que, de

alcanzarme de lleno, hubiera resultado mortal y rodé por el suelo, pero, de pronto, sentí un escozor horrible en el rostro. El casco cónico me había salvado la vida, pero me habían herido en la mejilla y tenía un corte en la cara, un tajo vertical desde la cuenca del ojo izquierdo hasta la mandíbula inferior. No parecía una herida profunda, pero noté la cálida humedad de la sangre bañando mi rostro y su sabor dulzón en mis labios.

Bum, bum, bum.

—¡Muere! ¡Muere! —oí gritar ahora en mi lengua.

Uno de mis oponentes quedaba en pie y volvió a atacarme, pero esta vez erró en sus estocadas y, antes de que se diera cuenta, yo ya le había seccionado un brazo con mi espada. La extremidad se separó de su cuerpo y, al caer al suelo, emitió un ruido seco y limpio. El hombre aulló de dolor y todavía lanzaba injurias al cielo cuando logré atravesarle el pecho.

Me sentía cansado, muy cansado. Mis fuerzas flaqueaban. El último de mis enemigos cargó enfurecido, me arrolló y ambos caímos de bruces. Aquel joven almorávide, con un movimiento rápido, arrancó el cuchillo que yo antes había clavado en la garganta de su compañero y, soltando un alarido enrabiado, me lanzó una cuchillada al rostro; yo me cubrí con la mano y evité una muerte cierta, pero me amputó el meñique de la mano derecha. Apenas sentí dolor cuando vi que me faltaba un dedo. El tajo en la cara, mi pierna maltrecha tras la caída, un dedo seccionado... Me estaban quitando la vida a pedazos. Hice acopio de la poca energía que me quedaba y le arrebaté el cuchillo de las manos, arrojándolo a un lado y perdiéndose el acero en el polvo de la batalla. Yo estaba indefenso y herido, yacía boca arriba, y aquel almorávide, joven y fuerte, encaramado sobre mí, me estaba cruzando la cara a puñetazos.

Bum, bum, bum...

El primer golpe me alcanzó de lleno en el rostro y me hizo escupir sangre, como si me hubieran golpeado el pecho con un mazo. Un segundo puñetazo me abrió una ceja. Del tercero, apenas si me acuerdo. Entretanto, el almorávide, a través de risitas siniestras y palabras amargas, me iba susurrando en su lengua árabe lo poco que me quedaba de vida mientras me atizaba golpes con sus puños. Tirado a la fuerza en el suelo, como un ser inerte, me sentí indefenso.

Tiempo atrás dejé de esforzarme por comprender el funcionamiento de ciertas cosas. ¿Qué clase de mundo era aquel?

Bum, bum, bum.

Mi rostro magullado recibió un nuevo y bestial puñetazo. Percibí que algo se quebraba dentro de mí. Sentí que estaba a punto de morir.

De repente, contra toda lógica, el joven se detuvo en su afán de matarme a golpes, quizá para saborear su momento de triunfo, y me miró directamente a los ojos. Su rostro manifestaba ahora una expresión de perplejidad. Parecía tan perdido en la batalla como yo en aquel instante, incluso arrepentido. Aproveché su momento de duda y no le dejé tiempo para pensar. Lo tumbé de un golpe y, en un segundo, le partí el cuello. Recogí mi espada del suelo y maté por la espalda a otro enemigo. Trataba de no pensar en el dedo que me habían cortado, en el pedacito de mí que yacía perdido en algún lugar de la batalla. Me escocía la ceja, me ardía la cara y los brazos y las piernas me pesaban como si estuvieran modelados con plomo.

Un nuevo enemigo surgió a mi derecha. Era un joven inexperto y tan pronto como me acometió le di muerte. Pero otros tres hombres se abalanzaron sobre mí. Esta vez nada podía hacer. Estaba perdido.

—¡Bernardo! ¡Bernardo!

Reconocí la voz de don Alfonso muy cerca. Pero, tan pronto como llegó, se extinguió. Y luego el sonido del mundo se apagó y solo escuché en mis oídos el horrible redoble de aquellos timbales, ahora sonando lúgubres y lentos. Creí que había llegado mi hora.

Bum, bum.

En algún lugar en mi interior, sabe Dios por qué, vino a mi mente la figura de doña Elvira de Toro. Me vi caminando junto a ella por un largo pasillo empedrado. Una luz blanca crecía delante de nosotros hasta que salimos al final del corredor, a un paisaje abierto, amplio y limpio.

Bum, bum.

¿Dónde estaba?

Ni siquiera podía pensar. Pero allí, esbozando media sonrisa, abracé un halo de esperanza bajo un cielo celeste y sentí un soplo de aire fresco en la cara. Hacía un momento que el reino de la muerte se extendía bajo mis pies, engulléndolo todo a su paso, pero de pronto yo me encontraba en un lugar de paz y armonía, un valle hermoso donde unas nubes blancas se perfilaban como espuma de leche en el cielo azul y hacia el este brillaba una luz dorada sobre unos extensos campos de hierba verde, caminando de la mano de una hermosa mujer de cabello rojizo y ojos bellísimos.

Miré a doña Elvira. Ella me sonreía.

Pero el cielo se oscureció y se desvaneció aquella preciosa luz. Bajo mis pies se abrieron unas puertas oscuras.

Bum, bum.

Los lentos redobles resonaban ahora subterráneos, lejanos y débiles.

Bum.

Todo devino en oscuridad y vacío. Doña Elvira también había desaparecido.

Bum.

El miedo me dominó y al fin me abandoné al sonido de los tambores.

Bum.

Por fin, hasta ese último redoble se apagó y mi conocimiento se desvaneció siguiendo el rastro de su lastimoso eco; y entonces me sentí incapaz de sentir nada más. Solo el vacío. Supuse que aquel era el portal que conducía a la muerte.

Una luz blanquecina y resplandeciente alzó el vuelo como una gigantesca ave nival al alba. Un instante más tarde cruzaba el cielo y se perdía en una oscuridad envolvente. La luz describió, ágil, una espiral en torno a la noche, tal vez intentando recuperar su esplendor, y tras permanecer unos segundos inmóvil observando cómo una nube se extendía con el viento, volé en ella hacia el valle. Y aún después de que hubiera desaparecido en el cielo, la estela de aquella luz permaneció largo tiempo en mi interior. Aquella pequeña llama blanca, semejante a un alma que hubiese perdido su destino, ha seguido errando siempre dentro de mí.

—Bernardo, has despertado.

Oí muy próxima la voz del rey Alfonso. Me llevó largo rato poder abrir los ojos y además, una vez abiertos, tardé bastante en acostumbrarme a la luz del fuego que emitían los candiles. Yacía boca arriba en el pabellón real, sobre sábanas de lino y mantas de lana, y nos hallábamos los dos a solas. Todo cuanto podía sentir me embotaba el cuerpo con un sopor como nunca antes me hubiera sobrevenido. Los párpados me pesaban como si los tuviera forrados de láminas de hierro, los dolores de cabeza aparecían reiterativos cada pocos instantes, mis extremidades estaban entumecidas y mi cabeza abotargada.

¿Mis extremidades? Poco a poco, haciendo un gran esfuerzo, me incorporé a duras penas y alcé el brazo derecho. Me habían vendado esa mano, desde la muñeca hasta las uñas, pero yo sabía que mi dedo meñique ya no estaba ahí. Recordé que me lo habían cercenado en la batalla y en el mismo lugar había sido, probablemente, aplastado por las pisadas de los

caballos. Me pareció una imagen terriblemente devastadora imaginar una parte de mí reducida a polvo.

Después me llevé la mano sana al rostro y palpé suavemente el corte vertical, que algún cirujano había cosido y que pronto dejaría una huella bien pronunciada.

—Has perdido un dedo de la mano derecha, pero por fortuna eres zurdo, y lucirás por siempre una cicatriz que cruzará tu cara desde el ojo al lado izquierdo del mentón. Mi médico te ha curado y cosido; ahora debemos cubrir la herida. Don Pedro Guillén ha hecho un buen trabajo —me explicó don Alfonso con voz calmada las características de aquellas dos marcas de guerra—. ¿Cómo te encuentras?

—Sinceramente, he pasado por mejores momentos —respondí con voz ronca—. ¿Qué sucedió, alteza? —quise saber—. Me sentí morir en el campo de batalla. Recuerdo haber matado a varios enemigos, el sonido pesado de los timbales, vuestra voz pronunciando mi nombre por encima del tumulto y después un túnel, luz y al fin oscuridad, solo oscuridad, una oscuridad insondable, mi señor.

—Fuiste un temerario, Bernardo. —Don Alfonso perfiló una sonrisa apacible pero solícita—. Penetraste en el meollo mismo de la pelea sin mirar atrás. La batalla estaba controlada y tú, sin ser consciente de lo que sucedía, te lanzaste con tu caballo hacia la primera fila. Los almorávides tocaron retirada poco antes de que perdieras el conocimiento. Unos pocos de ellos, los más adelantados, quedaron a nuestra merced y lucharon con desesperación hasta la muerte. Supongo que pretendían alcanzar cuanto antes su paraíso. Algunos de los nuestros cayeron; por suerte, alguien pudo llegar a tiempo hasta tu posición y salvarte.

—¿Quién fue, alteza? Quisiera agradecer su valor y también honrarlo y recompensarlo por haberse jugado el pellejo por mí. ¿A quién le debo esta nueva oportunidad?

—A mí, Bernardo. Yo te salvé.

—¿Vuestra alteza, mi señor?

Miré al rey a los ojos y, haciendo una reverencia ceremoniosa, asentí con cortesía. La tienda de don Alfonso estaba iluminada con cinco candiles dispuestos en las esquinas y en el centro. Ya era de noche. Del exterior provenían, con baja intensidad, toda clase de ruidos.

¿Cuántas veces había salvado mi vida don Alfonso? Todo comenzó contando yo con doce años, en la nieve, ayudándome él a escapar de las fauces de aquellos lobos feroces; ahora, con cuarenta y nueve años, vivía de

nuevo gracias a su buen hacer. ¿Volvería a salvarme la vida en un futuro cercano? ¿O acaso correría peor suerte y sucumbiría en otra batalla?

—Mi señor, os estoy eternamente agradecido.

—Ambos deberemos andar con más cuidado de ahora en adelante, Bernardo, pues nuestras fuerzas ya no son las que eran. Somos dos de los más experimentados guerreros del reino, sí, y jamás nos han vencido en batalla, cierto, pero no podemos cometer el error de olvidar que la juventud ya nos ha abandonado.

—Tenéis razón —asentí de nuevo.

—Perdiste la consciencia, tal y como te he dicho. La batalla se prolongó hasta el mediodía. Miles de almorávides han caído muertos. Gracias a Dios, esos diablos han peleado completamente desorganizados. Cuando vieron que los vencíamos, tocaron retirada. Nosotros hemos perdido a trescientos hombres, a cuyos cuerpos daremos sepultura bajo un túmulo común.

—No hay nada en este mundo tan definitivo como la muerte —apunté.

Don Alfonso me miró bastante confundido, como esperando ver algún signo exterior del enorme cambio que se había producido en mí. Mi voz no parecía la del Bernardo de Jaca que él creía conocer, pues yo ya no era el mismo de antes de caer herido en el combate. Allí sentado, en la penumbra, lucía una expresión reflexiva.

—¿Sientes la necesidad de hablar de lo ocurrido? —preguntó el rey.

—Sí, mi señor. No sé cómo decirlo, pero, después de haber morado en la oscuridad, me siento diferente. Noto un nuevo y renovado respeto hacia la vida. Me parece atisbar el futuro, en cierto modo. Sé que recorreremos un largo camino hacia la oscuridad, un camino de un solo sentido que conduce a un abismo, al más profundo de todos ellos.

Don Alfonso pareció meditar.

—Si el camino es de una única dirección, qué mejor manera que recorrerlo juntos.

Asentí por tercera vez y dije:

—Y mientras seguimos andando, ¿qué debemos hacer, mi señor? Para eso no tengo propuesta alguna.

—Ahora y siempre, Bernardo, suceda lo que suceda, continuaremos con la vista puesta en los nuevos horizontes que nos esperan. Esta noche descansaremos aquí, para que los heridos recuperen fuerzas y también para llorar a los muertos, y mañana, al alba, partiremos para demandar la rendición de Daroca y Calatayud. Tras la derrota de los almorávides en Cutanda, esas

dos ciudades no tienen la menor esperanza de volver a recibir ayuda y se entregarán sin resistencia.

Don Alfonso amplió la sonrisa y fijó su cálida mirada en mis labios. Al poco, me hundí en un sueño tan profundo que no se avistaba el fondo.

Más tarde, con la primera claridad del alba rayando el horizonte, me sentí con fuerzas para salir de la tienda y recorrer el campamento, cojeando y dolorido. No dejaba de ser uno de los soldados más avezados y, al mismo tiempo, uno de los consejeros del rey, por lo que tenía que proyectar una imagen de solidez y fortaleza en la que los más jóvenes se vieran reflejados.

En el campamento improvisado se sucedían toda clase de escenas. Algunos comían y bebían en silencio junto al fuego de las hogueras; otros o bien rezaban o conversaban en voz baja con algún compañero; los más fatigados dormían a pierna suelta como si fuera la primera vez. Cuando llegué a la zona donde se había agrupado a los heridos, se abrió ante mis ojos la imagen de la devastación. Decenas de mis hermanos de armas gemían de dolor. A varios les faltaban partes del cuerpo; a uno lo habían apuñalado repetidas veces y a duras penas los médicos que dirigía don Ciprián lo mantenían con vida; a otro lo habían acuchillado en un ojo y un vendaje le ocultaba medio rostro.

Al momento de salir el sol me dirigí al campo donde se había librado la batalla, allá a lo lejos, ya bañado con los primeros rayos solares. Eran bien visibles las secuelas de la matanza. El bochorno de junio había reblandecido los cadáveres de los almorávides durante la noche. Aquellos miles de fanáticos parecían dormidos, todos juntos bajo la luz de la luna y las estrellas; sin embargo, estaban muertos, pues ya comenzaban a exhalar el hedor putrefacto que emana de los cuerpos en descomposición. Reprimí las náuseas y las arcadas y seguí caminando a través del llano, ignorando la presencia de los buitres y el graznido de los cuervos que con la salida del sol comenzaron a posarse sobre los cadáveres para picotearlos. Escuché el sonido de sus picotazos arrancando pedazos de la carne muerta de los caídos. Miles de moscas y otros insectos plagaron de inmediato toda aquella tierra, trayendo con ellos esas crueles imágenes tras las batallas que nunca se narran en las crónicas ni se cantan en los poemas. Pero yo las vi y tal como las vi, lo cuento.

Me detuve a dos centenares de pasos de los tres cerros hacia el sur, donde unos clérigos que nos acompañaban estaban comenzando a levantar una cruz

de madera en memoria de nuestros caídos. Allí, sobrecogido, recé una oración en silencio, con los ojos cerrados. Pude oír a lo lejos la voz de don Guillermo de Aquitania y el susurro del viento arrastrando hacia mí sus cantos.

No recuerdo bien si fue en ese momento cuando lo escuché o tiempo después, pero ahora viene a mi cabeza un poema de Guillermo de Aquitania que dice así:

*Haré unos versos de ninguna parte,
no hablarán de mí ni de otra gente,
ni siquiera de amor, ni de juventud,
ni de cosa alguna,
salvo que lo encontré mientras dormía
sobre un caballo.
No sé en qué hora nací,
no estoy alegre ni compungido,
no soy extraño ni recatado,
y no puedo saber
cómo me llegó esta inspiración nocturna
en un monte conocido.*

No logré entender qué tipo de mensaje quería transmitir don Guillermo con ese poema, pero a mis oídos resultó hermoso, significase lo que significase.

Contemplé mi mano mutilada y deslicé el pulgar de la sana por la cicatriz de la mejilla, cubierta con un paño. Ya no importaba. La sangrienta batalla de Cutanda había terminado. Debía descansar, recuperar energías y dirigirme hacia Daroca y Calatayud para someterlas, y partir, como sabiamente había apuntado mi rey, rumbo hacia nuevos horizontes, fueran cuales fuesen, siempre y cuando siguiera cabalgando a su lado.

Apenas dispusimos del tiempo necesario para honrar y enterrar a nuestros muertos en el gran túmulo que se erigió al sur del caserío de Cutanda. Don Alfonso permitió que algunos de los supervivientes musulmanes también recogieran y enterraran a sus caídos. La masacre que habíamos perpetrado entre ellos había resultado enorme. Miles de muertos y de heridos, muchos de ellos notables hombres de su fe, cayeron en aquel campo que algunos comenzaron a llamar el de la Celada. Allí yacían los cadáveres de Abú Allah, juez de Almería y hombre de profundas convicciones en la doctrina de su profeta Mahoma; el valenciano Abú Alí as-Sadafi, considerable retórico y

profundo conocedor de la tradición islámica, que había pronunciado las mejores arengas para convencer a los combatientes musulmanes de que si morían en combate en defensa de su fe, sacrificio y esfuerzo que los sarracenos llaman *yihad*, esa misma tarde cenarían en el paraíso rodeados de hermosísimas doncellas; allí sucumbió el ardoroso Ibrahim ibn Zacada, que había llegado desde su ciudad de Lérida para combatirnos en el nombre de su dios con un grupo de fanáticos pero inexpertos estudiantes; también quedó abatido sobre la tierra de Cutanda el general Abú Muhammad ibn Tinagmar, con casi todos sus soldados procedentes de Granada, los únicos combatientes que sabían manejar un arma en todo aquel heterogéneo ejército de insensatos; y Abú Yaqub Yintan, un ardoroso musulmán nacido en las montañas de África que se había radicado en Murcia, donde mandaba un batallón de combatientes suicidas que buscaban más el martirio que la victoria.

Entre las bajas destacaban otros dos: uno de los hijos de Alí ibn Yusuf, el emir de los almorávides, y Azzún ibn Galbún; este último era el gobernador musulmán de Molina, en las montañas de la antigua Celtiberia, y había sido gran amigo del Cid. Pero ni siquiera lo que pudiera haber aprendido del formidable caballero castellano le sirvió para evitar la derrota.

De todos los notables musulmanes que acudieron a la batalla solo se salvó Abú Bakr ibn al-Arabi, un histriónico defensor de su *yihad*, pero un absoluto inexperto en el uso de las armas de guerra. Presa del pánico, escapó de la matanza y pudo llegar a Valencia, donde relató amargamente lo ocurrido, según supe después.

Desde Cutanda volvimos hacia el norte y dos días después entramos victoriosos en Daroca. El gobernador musulmán de la ciudad, perdida toda esperanza de recibir ayuda, nos abrió las puertas y nos hizo entrega de su poderoso castillo, casi inexpugnable, donde dejamos una guarnición de cincuenta hombres. Tres días después hicieron lo mismo los de Calatayud, que capitularon llenos de pena, pero en cierto modo aliviados porque se ponía fin a meses de incertidumbre y miedo.

Descansamos unas semanas en Calatayud. La campaña para la conquista de Daroca y de Calatayud y, sobre todo, la batalla de Cutanda nos habían dejado exhaustos; a todos menos a don Alfonso, que a sus cuarenta y siete años se mostraba incansable. Cada día, además de dedicar algún tiempo a la esgrima en un improvisado palenque en el castillo Mayor, se reunía antes del almuerzo con don Iñigo López, el mayordomo de la curia regia, para despachar diversos asuntos sobre el gobierno de todos sus reinos.

Cada vez que dictaba algunas disposiciones, los nobles que lo acompañaban, entre ellos el vizconde de Bearn, el conde de Bigorra, el conde de Cominges y el obispo Guy de Lescar, se asombraban de las libertades que mi rey otorgaba a los soldados que lo habían acompañado en esa campaña y manifestaban el deseo de quedarse a vivir en las tierras recién conquistadas.

Todavía recuerdo la cara de sorpresa de algunos de esos nobles francos cuando escucharon de boca del rey la promesa de que serían respetados todos los bienes y propiedades de los sarracenos de Daroca y de Calatayud y que los cristianos que acudieran a poblar esas dos ciudades disfrutarían para siempre del derecho a tener su propio juez, al margen de cualquier justicia señorial, y organizarían libremente sus mercados, sus hornos y sus molinos.

«Es mejor ser villano en estas tierras que noble en las nuestras», aseguró uno de aquellos señores cuando supo de las amplias libertades y privilegios de franqueza otorgados por don Alfonso a los pobladores cristianos que se instalaran en aquellas comarcas.

Eufórico, triunfante y poderoso, el rey de Aragón se sentía invencible, y todos sus fieles así lo creíamos; en aquellos días hubiéramos sido capaces de seguirlo hasta los confines del mundo, incluso de embarcarnos en un navío y poner rumbo hacia lo más profundo del océano Tenebroso si nos lo hubiera propuesto.

Pero las victorias, por muy grandes que sean, no duran para siempre. Aquel mismo otoño, tras conocer que había muerto el abad don Jimeno de San Juan de la Peña, tuvimos que ponernos en marcha hacia Burgos, pues la posesión de su castillo, amenazado por los leoneses, era vital para poder asentar el dominio sobre la tierra de Castilla. Doña Urraca seguía con graves problemas en Galicia y Portugal, donde su media hermana doña Teresa mantenía la pretensión de instaurar un reino propio. Pese a ello, la que fuera esposa de don Alfonso de Aragón continuaba reclamando la posesión de Castilla, a la que mi señor no pretendía renunciar de ninguna manera, y por ello firmaba muchos de sus diplomas como Rey de Castilla o Reinante en Castilla.

Durante meses anduvimos por los alrededores de Burgos, sometiendo a pequeños señores territoriales que dudaban entre jurar su fidelidad a don Alfonso o hacerlo a doña Urraca. La mayoría de aquella pequeña nobleza se consideraba castellana y no quería que su rey fuera un aragonés, pero a la vez sabía que don Alfonso era el único monarca cristiano capaz de defender sus tierras si las cosas venían mal dadas o si se producía una invasión de los almorávides, que pese a la derrota en Cutanda no renunciaban a saquear territorio cristiano.

Tuvimos que emplearnos a fondo para someter a varios de aquellos nobles y asediamos algunas de sus fortalezas, como la de Tardajos, unas pocas millas al oeste de Burgos, que cercamos durante todo el mes de septiembre del año 1121. El señor de aquel lugar esperaba la ayuda de doña Urraca, pero nunca llegó. La reina de León bastante tenía con mantener a raya a su media hermana, a la que tuvo que hacer algunas concesiones para que Portugal no se separara de la corona leonesa, lo que aprovechamos para proponerle la paz, que aceptó gustosa.

Tras firmar el acuerdo de paz con doña Urraca y asegurar la tranquilidad en la frontera de Palencia y Sahagún, pasamos aquel invierno en Castilla, moviéndonos desde Burgos hacia todas las direcciones, siempre atentos a reprimir cualquier disidencia que se presentara. Era como estar junto a un panal de abejas donde algunas de ellas no dejaban de molestarte; un

verdadero incordio aunque no demasiado peligroso, salvo si lograran ponerse todos de acuerdo y rebelarse a la vez, lo que no ocurrió.

—Me indican el mayordomo y el merino que necesitamos dinero —me dijo don Alfonso una mañana de principios de noviembre de 1121, cuando andábamos por los páramos al norte de Burgos, en las tierras que habían sido señorío del Cid, cazando con ballesta aves que migraban hacia el sur.

—En ese caso habrá que acuñar moneda, pero apenas tenemos plata para ello —le señalé.

—Ordena que se requisen objetos de plata en iglesias y monasterios; cuanta sea necesaria.

—Pero, mi señor, eso soliviantará a los eclesiásticos de Castilla y no me parece conveniente que se pongan en vuestra contra.

—No lo harán.

Don Alfonso me indicó que guardara silencio llevándose un dedo a los labios. Uno de los oteadores, situado a unos cien pasos de nosotros, estaba indicándonos con las señales convenidas que prepararíamos nuestras ballestas, pues se acercaban varias presas.

Estábamos apostados tras un puesto de caza, un refugio hecho con piedras y ramas que los monteros habían preparado el día anterior, justo en el linde de unos matorrales en el inicio de la ladera de un cerro cuya cresta solían atravesar en vuelo rasante becadás y torcaces.

Oímos acercarse el aleteo de las aves y al momento una bandada voló sobre nuestras cabezas, apenas a dos cuerpos de altura.

Apuntamos con nuestras ballestas y disparamos los virotes. Una torcaz fue alcanzada y cayó como una piedra sobre el suelo. El montero que custodiaba los perros soltó a uno de ellos, que se dirigió a toda velocidad sobre la pieza para cobrarla entre sus fauces.

—Buen tiro, mi señor —dije.

—¿Cómo sabes que ha sido mi disparo el certero? —me preguntó.

—Porque yo he fallado el mío.

Era cierto. Era la flecha del rey, inconfundible por sus plumas amarillas y rojas, la que había abatido a la torcaz.

—Basta por hoy. Y no olvides requisar esa plata.

—Sí, mi señor.

—Los gramáticos Yofré y Roberto redactarán las cartas pertinentes destinadas a los monasterios, abadías e iglesias de Castilla demandando la entrega de piezas de plata como contribución a la defensa de esta tierra ante la amenaza de los almorávides. Que les dejen claro que deben aportar esos

bienes para el sostenimiento de la cristiandad. Y que los monederos Eustadio y Randulfo preparen la acuñación de dineros de vellón.

—¿Con qué cuño, mi señor?

—Con el que se acostumbra. Mi rostro mirando hacia la izquierda en el anverso y una cruz patada en el reverso y dos estrellas de seis puntas en torno a esa cruz; que se exprese con toda rotundidad quién es el rey de Castilla.

Desde luego aquello no gustó nada a los clérigos castellanos, pero no tuvieron más remedio que entregar diversos objetos de plata para acuñar los dineros de don Alfonso. Los dos monederos reales fundieron varias libras de objetos de plata, muchos de ellos procedentes de las parias que durante decenios habían estado pagando los sarracenos de Al-Andalus a los reinos cristianos del norte para que los dejáramos en paz. Sentí cierta pena cuando vi cómo magníficos candelabros, fíbulas, broches y cajitas primorosamente labradas se fundían en el crisol para convertirse en monedas de vellón, tras añadir una cuarta parte de cobre.

Aquellas monedas sirvieron para pagar a los soldados de las guarniciones que dejamos en Burgos y otras fortalezas de Castilla para mantener el dominio de don Alfonso sobre ese reino. Pero mientras demandaba más y más dinero de los monasterios e iglesias castellanos, mi señor otorgaba más y más bienes a los monasterios aragoneses; aquellos días entregó la iglesia de Santiago, que se estaba construyendo en Zaragoza sobre los restos de una antigua mezquita, al monasterio de San Pedro de Siresa.

Pasamos las navidades en Soria y en febrero anduvimos por Tarazona y Borja, que el rey declaró definitivamente incorporadas al reino de Aragón. En Ainzón, donde algunos mozárabes elaboraban un vino extraordinario, los moros de Borja capitularon y se entregaron al rey, que los aceptó como vasallos y les prometió que cuidaría de ellos y les permitiría seguir practicando su religión si se quedaban en estas tierras; casi todos lo hicieron.

Pasamos a Zaragoza, donde a finales del invierno el rey convocó un sínodo al que acudieron representantes de los arzobispos Bernardo de Toledo, Olegario de Tarragona, Diego Gelmírez de Compostela y Guillermo de Auch, y los obispos Pedro de Zaragoza, Esteban de Huesca, Ramón Guillén de Barbastro, Sancho de Calahorra, Miguel de Tarazona, Raimundo de Osma, Guy de Lescar, Bernardo de Sigüenza y Pedro de Segovia, además del abad Raimundo de San Salvador de Leire.

Con el paso del tiempo, don Alfonso se había hecho un hombre de profundas convicciones religiosas y quería demostrarlas a todos en ese sínodo. Ante los eclesiásticos reunidos en aquel cónclave en la catedral de San Salvador de Zaragoza, don Alfonso habló solemne:

—He tenido noticia de que en Tierra Santa se han creado unas Órdenes religiosas integradas por soldados que han jurado ante los Evangelios defender a la cristiandad con su vida y que han hecho votos de ello ante el Sepulcro del Señor. Quiero instaurar ese tipo de Órdenes aquí, en Aragón.

—Pero, mi señor, esa prerrogativa corresponde al papa —medió con prudencia el obispo de Segovia.

—Pues escribiré al papa para que conceda una bula para la creación de una de esas Órdenes en Aragón.

—¿Ahora?

—Sí, esta misma semana. Hace días que tengo esa intención. He decidido fundar sendas cofradías de monjes y guerreros, una en la villa de Belchite y otra al sur de Daroca; se llamarán la Orden de los caballeros de Cristo y les encomendaré la misión de defender las fronteras del sur del reino de Aragón. Cualquier caballero que se preste a servir en ellas por un año recibirá las mismas indulgencias que si lo hiciera en Jerusalén.

—Pero...

—Ningún pero, señor obispo —cortó tajante don Alfonso al prelado de Segovia.

Y no lo hubo, porque a continuación don Alfonso anunció que saldría en campaña para recuperar Sariñena y asediar Fraga.

Mi rey ya andaba cerca de cumplir los cincuenta años, pero seguía siendo un vendaval al que no se le ponía nada por delante.

Y allá que fuimos. Recuperamos Sariñena, que ya había sido aragonesa pero había vuelto a caer en manos de los sarracenos, y nos plantamos ante los muros de Fraga a finales del mes de abril. Era solo un aviso, porque a mediados de mayo saqueamos los alrededores de Lérida, logramos un gran botín y nos dirigimos hacia las montañas del Pirineo.

A finales de mayo atravesamos un puerto pirenaico por una vieja calzada y descendimos hacia el condado de Bearn.

Don Alfonso había recibido el juramento de fidelidad y homenaje de muchos nobles de los condados al norte de esas elevadas montañas. Los señores de Bearn, Bigorra, Tolosa y otros pequeños Estados lo habían jurado

como señor natural, de modo que don Alfonso se había convertido en el gran soberano en ambas vertientes de los Pirineos.

En el valle de Morlaas, muy cerca de la ciudad de Pau, se celebró a fines de mayo la ceremonia en la que el rey de Aragón recibió homenaje de boca y manos del conde Céntulo de Bigorra.

Allí estábamos presentes medio centenar de sus hombres más fieles, cuando el conde se acercó hasta el rey y se puso de rodillas ante él.

—Mi señor rey don Alfonso, yo, Céntulo, conde de Bigorra, os hago juramento de fidelidad y homenaje, os prometo que seré fiel y leal vasallo y pongo a vuestro servicio doscientos caballeros con sus caballos y armas para ayudaros en la defensa de vuestros señoríos.

—Yo, Alfonso, rey de Aragón, Pamplona, Castilla, Sobrarbe y Ribagorza, reinante en Vizcaya, Álava, Zaragoza, Soria, Calatayud y Daroca, a cambio de vuestra fidelidad, os entrego como feudo el castillo de Rueda, la mitad de la ciudad de Tarazona y toda la de Albarracín, esta última para cuando se conquiste, y os prometo ayuda, consejo y auxilio en cada momento y contra cualquier enemigo.

Cruzadas estas palabras y juramentos, el conde Céntulo se levantó y besó al rey en la cara y en los labios, y don Alfonso le impuso las manos, le entregó una espada y lo abrazó con exultante afecto.

Luego celebramos un opíparo banquete donde el copero y el repostero mayor dispusieron que se sirvieran las viandas más exquisitas: patos asados en espetones, paté de perdiz, hígado de oca aderezado con pimienta, sal y estragón, guisos de carne de buey con hierbas aromáticas y delicadas salsas, quesos excelentes, confituras de arándanos y pasteles de higos, nueces y miel, con abundante vino rojo de Burdeos, el mejor que he probado nunca.

Estaba saciado y lleno, pero aquellos manjares eran tan sabrosos que hubiera vomitado todo lo ingerido para liberar un hueco en mi estómago y seguir comiendo. Me retiré a digerirlo a la sombra de unos árboles, en los lindes de un prado junto al castillo donde se sirvió el festín. A lo lejos, mientras me invadía el sopor del sueño, escuché la delicada voz de Ponce, el juglar del rey Alfonso que nos había acompañado desde Aragón y que cantaba dulces melodías al son de su laúd, que tocaba como los mismos ángeles.

Pasamos algunas semanas cazando por el valle de Soule y atravesamos los Pirineos, ahora hacia el sur, por el Somport, mediado el verano. En

septiembre estábamos en Zaragoza, donde el obispo don Pedro de Librana se presentó ante el rey para contarle un milagro que decía haberle sucedido.

Mi señor lo recibió en el palacio de la Aljafería, donde residía cuando se encontraba en esa ciudad.

—¡Señor obispo, dadme un abrazo! —exclamó don Alfonso al verlo aparecer vestido con una túnica adamascada y sobre ella una dalmática blanca sujeta con una fíbula de plata sobredorada. Parecía el mismísimo papa. Iba acompañado de dos diáconos que portaban una arqueta de madera pintada en tonos verdes, rojos y dorados.

—Me alegra volver a veros, mi señor.

—¿Qué es ese prodigio del que me han hablado?

—Algo sorprendente, alteza.

—Pues contádmelo.

—Estaba durmiendo profundamente cuando se me apareció san Valero, el que fuera obispo de esta misma ciudad en tiempo de los romanos y sufriera persecución por el emperador pagano Diocleciano.

—¡Vaya!, sí parece un milagro.

—Lo es, mi señor, lo es. San Valero me habló en sueños para decirme que en un determinado lugar a los pies de la iglesia de Santa María, que me indicó con precisión, se encontraban enterrados los restos de san Braulio, quien también fuera obispo de Zaragoza en tiempo de los godos —reveló el obispo don Pedro con toda severidad.

—¿Y qué hicisteis?

—Cuando desperté supuse que había sido un simple sueño, pero parecía tan real que ordené que se excavara en el lugar que me había indicado san Valero. Un par de peones cavaron una fosa en presencia de varios canónigos, que actuaron como testigos. Cuando el agujero que estaban picando alcanzó un par de palmos de profundidad apareció una cista de piedra en la que había grabada un inscripción: *Braulius caesaraugustanus episcopus*. Eran los restos del santo obispo Braulio de Zaragoza, tal cual me había revelado san Valero.

—¿Y dónde están ahora esos restos? —preguntó don Alfonso.

—Aquí. —El obispo don Pedro señaló la caja que portaban los dos diáconos—. Los hemos guardado en esta arqueta y los expondremos en un altar en la catedral del Salvador.

—Veámoslos.

Don Alfonso indicó a los diáconos que se acercaran. El obispo Librana se persignó, abrió la caja de madera y mostró unos huesos largos, que parecían corresponder a los brazos y a las piernas de un hombre muy alto.

—Estos huesos serán las más preciadas reliquias de la nueva catedral.

—¿Ya está consagrada?

—Sí, alteza. Hemos seguido vuestras órdenes y permitimos que los sarracenos ocuparan su mezquita durante un año. En cuanto se cumplió el plazo la consagramos como nueva catedral cristiana siguiendo el rito de la purificación de templos paganos que prescribe la Iglesia de Roma.

—Supongo que pretenderéis construir un templo nuevo.

—He encargado la traza a un maestro de obras francés; me ha asegurado que la tendrá lista en unos días. En cuanto dispongamos de ella, comenzaremos a derribar los restos de la que fuera mezquita sarracena para construir la nueva casa de Dios.

—Zaragoza merece un gran templo cristiano, una gran catedral.

—La tendrá, señor, la tendrá.

—Dispondré que os asignen las rentas necesarias para pagarla.

Don Pedro de Librana agradeció los donativos y regalos que el rey le hizo y se despidió muy contento.

—Demasiados privilegios para la Iglesia —comenté cuando nos quedamos solos.

—La necesitamos, Bernardo. Sin la ayuda de la Iglesia no tendríamos posibilidad alguna de derrotar a esos almorávides. Por eso he otorgado tantas dádivas a catedrales y monasterios y he dotado de rentas cuantiosas a los abades de Leire, Irache, Siresa, Montearagón y San Juan de la Peña. Esos monasterios necesitan rentas porque la realeza necesita de ellos. Esa es la razón por la que les he concedido tanto.

—Si los sarracenos se marchan de Zaragoza, las rentas disminuirán —le dije.

—Lo sé. Esas gentes son laboriosas, trabajan bien los campos, conocen las mejores técnicas del regadío y son excelentes artesanos. Haré cuanto sea posible para que se queden, aunque tenga que consentir que sigan practicando libremente su religión.

Mi señor estaba donando extensas tierras de cultivo, salinas, linares, cañamares, numerosas casas, ricas propiedades y abundantes rentas a los grandes monasterios de Aragón, de Pamplona y de Castilla, que acumulaban prioratos y haciendas por todas partes. Era la manera de compensar a la Iglesia para que no protestara por las ventajas concedidas a los sarracenos.

No conozco a nadie en este mundo que durante su vida haya cabalgado tantas millas como don Alfonso. Apenas llegábamos a un lugar y ya andaba maquinando salir hacia el próximo destino. En cada desplazamiento nos movíamos con él unos trescientos hombres. Un cuerpo de cien caballeros, bien entrenados, curtidos y veteranos en varias batallas, constituía la mesnada principal del rey, siempre atenta a defenderlo, siempre vigilante; cualquiera de aquellos hombres hubiera entregado su vida para salvar la de su señor. Junto a los soldados se desplazaba un grupo de otro centenar de criados, cocineros, acemileros, pajes, muleros y artesanos. Y por fin otro centenar más de hombres dedicados a la cancillería y administración.

Apenas comenzado el otoño nos dirigimos a Castilla, a tierras de Segovia, donde algunos señores de la región cuestionaban el poder de don Alfonso. En cuanto apareció por allí, todos se sometieron y le juraron lealtad.

Pacificada Castilla, pasamos las navidades en el monasterio de Leire, en el reino de Pamplona, y en la primavera acudimos a la frontera de Fraga y Lérida. Don Alfonso quería extender sus conquistas hacia el este para llegar al mar cuanto antes.

Estaba empeñado en presentarse en Jerusalén, pero quería hacerlo partiendo en una flota desde las costas mediterráneas de Valencia. Para ello tenía que conquistar ese reino, todavía en manos de los almorávides desde que muriera el Cid y su esposa Jimena lo abandonara tres años después, y podía haberlo hecho siguiendo la ruta por Daroca hacia el sur, pero en ese caso Fraga, Lérida y toda sus tierras hubieran quedado a nuestras espaldas, de modo que antes de ocupar Valencia era preciso someter todo ese territorio entre el reino de Aragón y el mar.

En aquellos días los juglares y trovadores que acompañaban a los caballeros francos que formaban en nuestro ejército amenizaban muchas de las veladas con canciones y poemas sobre la copa que Cristo usó en la Última Cena. En una de ellas se narraba que el sagrado cáliz, al que ahora algunos llaman con el extraño nombre de grial, había sido traído a esta tierra por José de Arimatea, el discípulo del Señor que costeó su sepulcro.

El duque Guillermo el Trovador conocía muchos de esos relatos y durante la campaña de Cutanda nos contó algunos de ellos. Siendo joven viajó a Tierra Santa, donde aprendió a hablar en árabe, y combatió en Antioquía, donde supo de la aparición de la Santa Lanza, con la que el soldado Longinos atravesó el costado de Cristo cuando Nuestro Señor agonizaba en la cruz. Y nos dijo que el cáliz, la lanza y la corona de espinas eran las reliquias más preciosas de toda la cristiandad. En San Juan de la Peña se conoce bien ese

relato. Sus monjes poseen un vaso de piedra del que aseguran que se trata de la verdadera copa de Cristo, que trajo desde Roma Lorenzo, el santo de Huesca, para evitar que cayera en manos de los paganos.

Esta misma mañana, poco después de maitines, he pasado ante el altar de la iglesia alta de San Juan y lo he vuelto a ver. Es un objeto fascinante, un vaso tallado en una hermosa piedra roja, casi como de vidrio. Solo pensar que pudo contener la sangre de Nuestro Señor me eriza el vello y me conmueve el corazón.

Toda la primavera y la mitad del verano estuvimos asentados en el castillo de Gardeny, desde donde realizamos algunas cabalgadas por tierras sarracenas de Fraga y de Lérida. Yo mismo acompañé al obispo don Ramón de Barbastro a las montañas al norte de Lérida, por el valle de Ribagorza. Recuerdo que visitamos una pequeña localidad llamada Alaón, donde se levanta un destacado monasterio en cuyo escritorio uno de sus monjes más sabios, llamado Santiago Posteguillo, está escribiendo una crónica de la historia de Aragón, en la que se retrotrae hasta los tiempos de la dominación romana; y también lo acompañé a un pueblo de nombre Tahull, donde se han construido dos iglesias en piedra en cuyo interior estaba pintando unos frescos llenos de color un maestro llamado Javier Sierra, cuyos ojos reflejaban una pasión insondable por lo que estaba haciendo.

Me hubiera quedado en aquellos valles mucho tiempo, pero debía regresar al lado de mi señor, pues tenía la intención de ganar las ciudades de Fraga y Lérida, aunque carecíamos de fuerzas suficientes para conquistarlas. Por el momento don Alfonso prefería observar el terreno con atención para planear la mejor manera de ocuparlas más adelante.

El conde de Barcelona también ambicionaba ganar Lérida y Fraga. Don Ramón Berenguer pretendía expandir sus dominios condales hacia el sur. Sabía que si el rey de Aragón ocupaba Lérida enseguida conseguiría dominar Tortosa y toda la costa al sur de Tarragona, con lo cual el conde vería cortadas sus posibilidades de seguir ampliando sus tierras por la costa mediterránea.

A mediados de julio un ejército del conde Ramón Berenguer con algunos aliados de señoríos del norte de los Pirineos avanzó hacia nuestra posición en Gardeny. Uno de nuestros oteadores informó que nos superaban en al menos diez a uno y que parecían dispuestos a presentar batalla.

—Nos retiramos —me dijo don Alfonso—, pero volveremos.

—Podemos hacerles frente, mi señor, este castillo es poderoso. Creo que podríamos aguantar hasta que llegaran refuerzos.

—No. Estamos a mitad de verano y no podemos permitir que nos cerquen durante semanas, meses tal vez, en esta fortaleza. Si se supiera esto en Castilla podrían producirse nuevos levantamientos y no habría modo de sofocarlos. Nos vamos.

—No somos muchos, de modo que en dos o tres días podemos estar listos.

—Que sea en un día. Mañana al amanecer regresaremos a Aragón.

Y así lo hicimos.

Tras visitar Huesca y Zaragoza, nos dirigimos a Tarazona, donde pasamos el invierno. Durante las navidades don Alfonso y el obispo don Miguel hablaron en diversas ocasiones y acordaron la dotación de esa diócesis. Además de Tarazona y su comarca, don Alfonso adjudicó a don Miguel las tierras de Tudela y Soria con sus rentas eclesiásticas.

Don Miguel era un hombre sabio y le pidió al rey que le permitiera traer a Tarazona hombres de letras que conocieran varias lenguas, y así poder traducir de unas a otras textos sagrados, crónicas y libros de ciencia. Don Alfonso accedió.

Aquel invierno en Tarazona fue uno de los más plácidos de toda mi vida. El rey había cumplido cincuenta años y lo celebramos con largos banquetes y alegres fiestas. Los de Tarazona le regalaron un abrigo de pelo de oso, que don Alfonso se colocó con orgullo.

—Este abrigo está realizado con la piel de un oso cazado el año pasado en el Moncayo —le explicó el obispo.

—Es magnífico. —Don Alfonso acarició el pelo y sintió el calor que proporcionaba.

—Lo abatieron unos hombres de un pueblo llamado Calcena, que es propiedad de esta sede episcopal.

—Cada diez años tienen el derecho a cazar a una de esas bestias. Se comen la carne, pero la piel deben entregarla a su obispo —explicó don Miguel.

Don Alfonso se acercó, con el abrigo sobre los hombros, a la galería de arcos de yeso de la fortaleza de la zuda, la que fuera fortaleza principal de Tarazona y sede de sus gobernadores sarracenos y ahora palacio del obispo, a través de la cual se veía el Moncayo nevado.

—Un oso cada diez años.

—Sí, solo uno, a mediados de primavera; es cuando tienen la piel en mejor estado tras todo el invierno ocultos en sus cuevas. Si por esas gentes

fuera, cazarían más, pero entonces acabarían con todos los osos; ya apenas quedan. Por el contrario, pueden abatir cuantos lobos puedan; esas fieras no dudan en atacar los rebaños de ovejas de los pastores de estos pueblos.

Al escuchar al obispo don Miguel hablar de los lobos se me heló la sangre. Miré hacia la montaña nevada y supuse que entre esos bosques de hayas y pinos andarían algunas de aquellas fieras que a punto estuvieron de devorarme en San Juan de la Peña.

En las primeras semanas de 1124 don Alfonso restauró la diócesis de Sigüenza, a cuyo frente colocó a un clérigo franco llamado Bernardo, que había sido chantre de la catedral de Toledo; además le concedió las tierras de Medinaceli y Atienza, restauró la diócesis y volvió a dotar con abundantes rentas a los monasterios de Leire, Irache, Siresa y San Juan de la Peña, cuyo nuevo abad, don García, era un hombre ávido de acumular rentas para su monasterio. Aquellos días el rey firmó los documentos como Rey de Hispania en respuesta a una carta de doña Urraca de León, que lo hacía como Reina de las Españas.

En marzo de 1124 dejamos Tarazona y acudimos a Logroño. El merino real, Sancho Garcés, anotó con detalle todas las rentas que el rey Alfonso poseía en La Rioja. Algunas villas de esa región se negaron a pagar lo que les correspondía y hubo que someterlas.

Más grave fue la rebelión del noble Diego López, señor de Haro, al que apoyaba otro noble llamado don Ladrón. En el mes de julio sitiámos su castillo en la villa de Haro; lo rendimos en apenas quince días y don Diego pagó por su rebeldía.

Mi señor era un rey justo, generoso y comprensivo. Premiaba con tierras y honores a todos los nobles que le eran fieles y otorgaba buenos fueros y libertades a los burgueses que lo apoyaban, concediendo a las ciudades y villas donde vivían privilegios solo propios de los grandes señores. Pero era duro y aplicaba rotundos castigos a quienes se le enfrentaban o rechazaban su autoridad.

Era un gran rey y un formidable guerrero, pero también se mostraba como un hombre de fe, sabedor de que Dios, en el Juicio Final, dará su veredicto inapelable y condenará al averno a unos y otorgará la gloria eterna a otros.

Dotadas las sedes episcopales de Tarazona y Sigüenza y pacificada La Rioja y la tierra de Álava, nos dirigimos a Daroca, donde pasamos unos días del mes de septiembre. Allí nos sirvieron unas peras excelentes, la mejor fruta que yo haya probado jamás, y unas truchas delicadas.

Desde Daroca avanzamos Jiloca arriba hasta un destacado cerro que se alza en medio de la llanura del alto valle de ese río. Uno de los soldados de nuestra hueste nos comentó que en la cima de aquel otero el Cid había construido un castillo poco antes de lanzarse a la conquista de Valencia.

Don Alfonso quiso comprobar si era verdad y ascendimos con nuestros caballos por la empinada ladera, llena de piedras, muros arrumbados y aljibes contruidos al estilo de los romanos.

—Estas ruinas debieron ser una notable ciudad hace muchos siglos — comentó don Alfonso mientras atravesábamos aquellos restos.

—Son parecidas a las que vimos en el asedio de Calatayud, en aquella montaña pedregosa a orillas de Jalón —recordé.

—Ahí arriba está el castillo. Ese soldado tenía razón —mi rey indicó un torreón cuadrado ubicado en lo más alto del cerro.

Arreamos a los caballos exigiéndoles un último esfuerzo en una zona algo más llana y al fin alcanzamos la cumbre.

—Esa es la torre del Cid —señaló el soldado que nos había comentado la existencia de esa fortaleza de don Rodrigo de Vivar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó don Alfonso.

—Soy hijo de uno de los hombres que la construyeron. Mi padre sirvió al Campeador. Me contó que en un cerro, cerca de un pueblo llamado Calamocha, don Rodrigo mandó levantar una fortaleza, con un gran torreón y una amplia cerca.

Don Alfonso descendió del caballo, entregó las riendas a un palafrenero y junto a don Gastón de Bearn anduvo unos pasos hasta el pie del torreón. Era de piedra careada y parecía haber sido construido a toda prisa aprovechando materiales de aquella antigua ciudad en ruinas. Alargó la mano y tocó una de las esquinas. Tenía unos diez codos de altura, pero cuando lo construyeron los hombres del Cid, hacía de aquello ya más de treinta años, debió de ser algo más alto, porque se había perdido el remate de las almenas.

—Don Rodrigo sabía bien lo que hacía. Mirad, señores, qué amplios horizontes se atisban desde aquí.

—Se dominan todos los caminos —añadí.

—Allí construiremos Monreal —el rey señaló con su mano un lugar hacia el sur, en el valle.

—¿Monreal? —se extrañó el vizconde Gastón de Bearn.

—Sí, la nueva sede de la Orden de Cristo, la cofradía hermana de la que fundé en Belchite. Será la avanzadilla de nuestro ejército para la conquista de Valencia una vez que tomemos Lérida y Fraga.

—¿En el valle, mi señor, por qué no aquí, en este mismo lugar? Ofrece mejores condiciones para la defensa —propuso don Gastón.

—Sí, este cerro podría ser una buena ubicación para el nuevo Monreal —terció yo.

—No. Aquí no. En este sitio levantaremos una ermita para recordar que una vez el Cid se asentó aquí mismo, pero Monreal se erigirá en el valle, en el centro del valle —indicó don Alfonso.

Una semana más tarde el rey eligió el lugar para establecer Monreal y la nueva sede de la Orden de Cristo. Fue en una prominencia rocosa en medio del valle del Jiloca, donde levantamos una torre rodeada de una cerca y un muro circular. Don Alfonso ordenó que se trazara de forma redonda, como si fuera una nueva Jerusalén, una imagen del centro del mundo.

CAPÍTULO V
UN VIAJE PRODIGIOSO

Fundado Monreal, en noviembre de 1124 nos encontrábamos en Daroca, en medio de un crudo otoño. El sol de aquellos cortos días no calentaba lo suficiente como para disipar el frío de las heladoras noches. Cada mañana amanecía con una capa de hielo de un dedo de grosor sobre los tejados y las calles de aquella ciudad, agazapada en la ladera de un cerro en el cual destacaba un enorme peñasco donde se asentaba su fortaleza inexpugnable.

La cancillería real trabajó con intensidad, pues el rey dictó que por sus servicios prestados se concedieran al caballero Pere Ramón cuantas tierras pudiera poblar en Cariñena y donó la aldea de Singra, que era el punto más al sur de Aragón en el valle del Jiloca, al monasterio de San Juan de la Peña, como solicitaba insistentemente su abad don García. Iñigo y Gascón, los dos escribas que nos acompañaban, tuvieron mucho trabajo aquellos días.

Los señores musulmanes que se habían quedado en Daroca tras la conquista quisieron agradecer la magnanimidad que para con ellos había demostrado el rey y le ofrecieron a su más bella esclava para que calentara su cama como concubina en aquellas frías noches. Era una mujer morena, de ojos negros de un brillo profundo y limpio, como el azabache de las minas que allí se explotan. Tenía grandes pechos, vientre fecundo, caderas rotundas, brazos y piernas gruesos pero bien torneados, firmes como una columna, y la piel fina y delicada como la seda; para aquellas gentes no había una mujer más hermosa y sensual.

Hasta yo mismo, que solo he holgado a lo largo de mi vida con doña Elvira de Toro y que rechazo el contacto carnal con las mujeres, me hubiera acostado algún día al lado de aquella morena de pelo rizado y labios finos, pero don Alfonso la rechazó, como hizo siempre que le ofrecieron una hembra.

«Un verdadero soldado debe andar con hombres, no con mujeres», repetía una y otra vez. Los musulmanes de Daroca no entendían cómo un varón renunciaba a poseer el cuerpo turgente de una hembra como aquella, pues

hasta los eunucos la hubieran acogido en su lecho, aunque no hubieran podido penetrarla, sino solo acariciar su piel sedosa abrazados a su moldeada figura.

Todavía no era invierno, pero el frío nos heló hasta el tuétano de los huesos. No escaseaban las noches en las que el cielo lloraba nieve y, sin embargo, amanecía un cielo azul prístino y cristalino, y brillaba un disco amarillo que a veces fundía el manto blanco y lo desvanecía tragado por la luz del sol.

Nos alojábamos en el castillo Mayor, erigido sobre aquella enorme roca de paredes tajadas en vertical, dominando la población, y que otorgaba una visión panorámica de la ciudad y de todo el derredor hasta las sierras que enmarcan el valle del río Jiloca. Mi señor Alfonso ocupaba una sala alta, decorada con hermosas yeserías pintadas de colores, en lo más elevado de la fortaleza, mientras yo me acomodaba en uno de los aposentos de la planta baja. ¡Cómo me hubiera gustado haber calentado su cama todas aquellas noches!

El primer sábado de diciembre cenamos carnero guisado a fuego lento, aromatizado con hierbas, queso de cabra frito, frutas confitadas y almibaradas y pasteles de almendras y miel, todo elaborado al estilo sarraceno. Una vez terminada la cena, con varios de los señores embriagados por el efecto del vino que corrió abundante por las mesas, don Alfonso me hizo llamar. Me guio en silencio por un estrecho pasillo, que unos candiles alimentados con sebo iluminaban tenuemente. Pasamos junto a la puerta de la torre principal, un enorme torreón de mampostería llamado de la Zoma, junto al cual se abría un profundo túnel, muy inclinado, con escaleras talladas en piedra; parecía una excavación realizada para buscar aguas subterráneas para el abastecimiento del castillo, sin duda.

Le pregunté adónde nos dirigíamos, pero no obtuve respuesta. Seguimos adelante y ascendimos una empinada y estrecha escalera que conducía a lo alto de una torre más pequeña, pero que ocupaba una posición estratégica, colgada sobre el borde del precipicio de piedra.

Salimos al exterior de la terraza; la ciudad de Daroca dormía a nuestros pies bajo una media luna de cuento. No se oía un solo sonido. Cada vez que el rey exhalaba su aliento, una nubecilla de vaho gris surgía de su boca. Me acerqué al borde del torreón y posé ambas manos sobre el pretil. Aquella torre carecía de almenas, pues a semejante altura del suelo no las necesitaba. Un golpe de viento helado me agitó el cabello y esculpió la cicatriz de mi cara.

—Señor, ¿puedo preguntaros por qué me habéis traído aquí?

—Por nada en concreto, Bernardo; solo quería estar un rato a solas contigo, lejos de todos esos señores beodos.

Guardamos silencio por unos momentos. Yo estaba empezando a congelarme, pero don Alfonso no mostraba signo alguno de que las bajísimas temperaturas lo afectaran.

—La oscuridad aumenta —comentó el rey cuando la media luna se ocultó tras una nube—. Mira, la neblina se extiende desde el valle, pronto serpenteará por las callejuelas de Daroca y cubrirá como el manto de un sueño todos los edificios, incluso Santa María. —Señaló la torre cuadrada de ladrillo, que se perfilaba como una maciza y rotunda sombra en medio del caserío, de la que fuera mezquita mayor hasta que conquistamos la ciudad.

—Sin embargo, el cielo se mantiene claro, mi señor —añadí—. Han aparecido las estrellas.

La luna creciente volvió a salir de la nube y el reflejo de su luz trazó contundentes sombras negras. A ambos lados del valle, las montañas dibujaban dos largas cadenas con forma de sierra, por cuyas laderas descendían estrechas cárcavas y pronunciados barrancos tallados por las aguas de las tormentas.

Frente a ese pequeño mundo que ahora pertenecía a mi señor, conversamos un buen rato, en la hora fría y silenciosa que sobreviene al crepúsculo, hasta que se ocultó la luna tras las montañas y descollaron rutilantes todas las estrellas.

—Un paisaje digno de mención, sin duda.

—Hermoso lugar, y hermoso nombre: Daroca —afirmó el rey—. Hemos recorrido muchos caminos, atravesado grandes montañas y extensas llanuras, pero poco sitios he visto como este. Observa cómo la muralla rodea la ciudad, cual los brazos de un amante protegiendo a su amor. Parece un lugar mágico prestado de algún sueño.

—Una ciudad más que por siempre agradecerá vuestra conquista. Sabia decisión, alteza, el haber creado aquí una escuela de gramática según los métodos que nos explicaron en San Juan de la Peña —recordé que esa misma tarde el rey así lo había dispuesto, otorgándoles ese privilegio a los clérigos de Santa María.

—Bernardo...

—¿Sí, mi señor?

—Mientras cenábamos, he recordado que ya he cumplido veinte años de reinado.

—Veinte años de gloria y prosperidad para todo el reino de Aragón. Todos vuestros súbditos os estaremos eternamente agradecidos por haber hecho posible semejante dicha.

—Pero, como ya te comenté en nuestros años jóvenes, yo no nací para ser rey.

Al escuchar aquellas palabras rememoré mi hazaña en el valle de Arán y de cómo sometimos con palabras y sin necesidad de usar la fuerza a aquellos señores, que acabaron jurando lealtad al rey de Aragón. Pero también irrumpió en mi cabeza el recuerdo de mis malas artes con el envenenamiento del rey don Pedro. En esos días en los que mis hombros cargaban con cincuenta y tres años de edad, me resultaba un recuerdo muy borroso, casi irreal. No me arrepentí entonces, porque de no haber asesinado al hermano de don Alfonso, mi señor nunca se hubiera convertido en rey de Aragón. ¿Y dónde estaría yo en ese caso? ¿Qué habría sido de mí? ¡Cuántas cosas habrían cambiado!

—Lo sois, y eso es lo que importa.

—Ni siquiera le he proporcionado un heredero a este reino. Yo no nací para ser rey —reiteró don Alfonso contemplando la ciudad silenciosa—. Hay hombres que, obedeciendo mis órdenes, han hecho cosas terribles para proteger mis tierras, órdenes que los arrastraron a cometer actos deplorables, pero nunca he perdido el sueño por ello. Era preciso hacerlo así. Y he hecho o he mandado que otros hicieran lo que he creído que era necesario para la seguridad de Aragón.

—Y con toda determinación, señor.

—El mayor error de mis adversarios ha sido la falta de imaginación y considerar que yo no tendría la habilidad necesaria para gobernar este reino. En estos años he hecho cosas que muchos serían incapaces siquiera de imaginar: he vencido a rivales muy poderosos y he abatido a todos mis enemigos. Y lo he hecho mutilando, torturando, quemando y matando a mis adversarios. ¿Crees que soy un monstruo, Bernardo, un hombre carente de alma?

Percibí que el rey quería oír palabras sinceras. Respondí:

—Para vuestros enemigos, tal vez será así, alteza. Pero cuando dominéis todas las tierras y no quede oposición alguna a vuestra autoridad, cuando el pueblo cristiano viva en paz junto a los musulmanes y a los judíos, como estáis disponiendo con las leyes y fueros en el mundo nuevo que vuestra alteza está levantando, ¿de verdad creéis que a alguien le inquietará el modo en que lo habéis construido?

—El mundo que estoy construyendo... —susurró don Alfonso, exhalando vaho, con la mirada perdida en el infinito—. Tú me has acompañado en todas estas empresas. Y si no estabas presente, se debía a que te encontrabas en algún lugar cumpliendo mis mandatos.

—No hay nada que me haga más dichoso, mi señor.

Don Alfonso se aproximó al pretil de piedra y se colocó a mi lado, tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo.

—Eres un hombre fiel, Bernardo, el más fiel de cuantos he conocido y sobre quien jamás se ha despertado un solo motivo de sospecha. Nunca he dudado de tu lealtad, aunque algunos, te lo confieso ahora, sí han recelado de ti en ocasiones, pero tú siempre los has mantenido confusos, aun sin proponértelo. Eres un hombre sabio, Bernardo, pues si no saben lo que piensas, ni lo que sientes, no pueden saber realmente quién eres, y eso te hace más fuerte ante ellos.

—Mi señor, si en alguna ocasión os he hecho dudar, os ofrezco mis más sinceras disculpas, pues nunca han sido tales mis intenciones.

—Descuida. Confío en ti más que en ningún otro de mis consejeros.

Guardamos silencio. No se atisbaba una sola luz en las casas de la ciudad, aunque en el aire de la noche se dibujaban finas columnas de humo negro, que surgían de las chimeneas.

—¿Me deseas, Bernardo? —me preguntó de improviso don Alfonso—. ¿Me deseas de verdad? Me deseas desde el primer día, ¿no es cierto? —No respondí—. ¿O solo deseas cuanto represento?

—No hablaré de este asunto, alteza. —Mis manos se mantenían firmes sobre la fría roca del pretil de la torre.

—¿Quién mejor que yo para que puedas hablarlo en confianza? ¿Qué mejor garantía puedes tener de que lo que quieras confesar jamás saldrá de esta torre? Por eso te he hecho subir aquí. Habla, Bernardo.

Y yo quise hablar y en cierto modo expresar cuánto amor sentía hacia mi señor, siempre con las reservas debidas a un rey; pero antes de que la primera palabra saliera de mis labios, don Alfonso posó su mano sobre la mía y, ahora pienso que por fortuna, aquellas palabras que yo estaba a punto de revelar nunca llegaron a fluir de mi boca. Además, en ese preciso momento se oyeron las voces de los vigías y un toque de trompeta. Alguien se acercaba al castillo de Daroca. ¿Nuevos enemigos, quizá?

Don Alfonso y yo descendimos del torreón y una vez abajo nos informaron de que una partida de mercaderes mozárabes pedía audiencia. Venía desde la lejana ciudad de Granada, cientos de millas al sur, en pleno corazón de Al-Andalus. Debía de ser un asunto extraordinariamente urgente, dada la avanzada hora de la noche. El rey, curioso y sorprendido por su atrevimiento, decidió recibirlos enseguida.

Se trataba de un grupo formado por cinco hombres de diversas edades. Sus rostros mostraban un cansancio muy acentuado. Vestían ropas propias de las gentes del sur y dijeron que se dedicaban a comerciar con pieles para la elaboración de pellizas, abrigos y guantes.

Dando muestras de su sentido de la hospitalidad, don Alfonso les ofreció un plato de carne, una jarra de vino y pan de lo que había sobrado de la cena, y les ofreció calentarse junto al fuego de la chimenea de la sala donde habíamos cenado una hora antes. Mientras bebían, comían y entraban en calor, no intercambiamos palabra. Una vez terminaron, los cinco mercaderes, don Alfonso y yo nos sentamos en torno a una mesa.

Para mi sorpresa, fue el más joven de ellos, un hombre de unos treinta años de edad, quien se reveló como su cabecilla.

—Alteza, mi nombre es Ibn al-Qalas; en nombre de los cinco os agradecemos tan acogedor recibimiento y os ofrecemos nuestros servicios para aquello que deseéis, pues, de no ser por vuestra gentileza, seguro habríamos muerto congelados a la intemperie.

Don Alfonso asintió una sola vez, ceremonioso.

—¿Qué motivos traen a cinco mercaderes de Granada hasta el reino de Aragón?

—Rogaos auxilio ante la opresión que sufrimos, mi señor.

—Explícate.

—Somos mozárabes, cristianos que vivimos en una tierra dominada por el yugo opresor de los islamistas almorávides. El jefe de nuestra comunidad de fieles devotos de Jesucristo, que a falta de un obispo es un presbítero, nos reunió en la clandestinidad, en una cueva a los pies de una colina a orillas del río Darro, donde los primeros cristianos fundaron en tiempo de los paganos una iglesia rupestre que aún usamos. Cuando los musulmanes ocuparon Granada, la comunidad cristiana siguió confiando en Dios y resistió todo tipo de vejaciones. Pero desde que los almorávides, esa ralea de víboras amamantadas al calor del desierto africano, depusieron al rey Abd Allah, el último de la dinastía de los ziríes de Granada, hace más de treinta años, las condiciones de vida a las que estamos sometidos los mozárabes granadinos

han devenido en algo insoportable. Sufrimos una cruenta persecución y apenas podemos manifestar nuestra fe; los almorávides quieren convertirnos a su falsa religión a la fuerza y, si nos negamos, nos amenazan con torturarnos y ejecutarlos. Por eso hemos venido desde Granada, siguiendo las indicaciones de dicho presbítero, para suplicaros, con toda humildad, vuestra ayuda y poder liberarnos así del dominio asfixiante que los almorávides allí ejercen sobre nosotros los cristianos —explicó Ibn al-Qalas.

Don Alfonso no dijo nada. Permaneció largo rato callado, con los ojos fijos escrutando al portavoz de los mercaderes y a sus cuatro acompañantes. Aquellos hombres habían realizado un largo y peligroso viaje para visitar al rey de Aragón y no parecían dispuestos a marcharse de Daroca sin una respuesta.

—¿Algo más? —le pregunté.

Ibn al-Qalas añadió:

—Alteza, hasta la ciudad de Granada han llegado nuevas de las prodigiosas hazañas del rey de Aragón, relatos fabulosos que os elevan a la condición de héroe en canciones y romances. Los almorávides tiemblan cuando escuchan vuestro nombre y lloran y se mesan los cabellos cada vez que recuerdan la conquista de Zaragoza o la derrota que les infligisteis en Cutanda. En el sur nos hemos aficionado a las historias que de vos se cuentan y deseamos que seáis nuestro señor natural.

Don Alfonso sonrió y dibujó en su rostro un gesto de suficiencia.

—Entonces tendré que buscar la manera de atemorizarlos con nuevas historias. Sí, Aragón y su rey os prestarán la defensa que solicitáis, y restableceremos el dominio cristiano sobre Granada y sobre todo Al-Andalus. Iremos a Granada el próximo verano.

—¡Oh!, gracias, mi señor, muchas gracias. Vaticino un gran éxito en esta empresa —dijo Ibn al-Qalas—. Hay doce mil soldados cristianos dispuestos a luchar y a abrirnos las puertas de la ciudad de Granada, además de cuantos podamos reclutar en sus alquerías; todos se pondrán a vuestras órdenes.

—Vaticinas bien. La próxima semana convocaré a la hueste para esta empresa. Llamaré a todos los hombres del reino de Aragón y, cuando estemos listos, partiremos hacia el sur.

—Mil gracias, señor. Os aguardaremos en Granada. Todos los cristianos granadinos alzaremos nuestros estandartes en favor de vuestra alteza. Grandes riquezas os aguardan. —Los cinco mercaderes mozárabes hincaron una de sus rodillas en el suelo y se inclinaron ante don Alfonso.

—Bien, mañana podéis tratar los detalles con don Bernardo de Jaca — concluyó el rey.

Yo estaba embobado. Lo acababa de escuchar pero no lo podía creer. ¿De qué material estaba hecho mi señor? Desde luego parecía que de carne, piel y huesos, como el resto de los hombres, pero su alma, ¡ah, su alma!

La preparación de la que iba a ser la gran campaña contra Granada nos llevó ocho meses. Dejamos Daroca mediado el mes de diciembre, aprovechando unos días en los que remitieron el frío y los hielos, y nos dirigimos por Cariñena, María de Huerva y Alagón hacia Zaragoza, donde apenas estuvimos un par de días, y luego a Gallur. Allí don Alfonso concedió una carta de población a la villa de María de Huerva, por la cual entregó dos yugadas de tierra a cada caballero y una a cada peón que quisiera ir a poblar ese lugar de tan grato recuerdo pues allí vencimos a los musulmanes que vinieron en apoyo de los zaragozanos.

Aprovisionamos la fortaleza del Castellar, donde pasamos la Navidad, y en enero de 1125 nos instalamos en la villa de Bolea para iniciar la planificación de la expedición a Granada. En febrero estuvimos hospedados en Ayerbe y en marzo en Montearagón, desde donde nos dirigimos a la localidad de Uncastillo. Desde allí, y durante varias semanas de aquella primavera, enviamos correos a diversas villas del reino de Aragón con el fin de reclutar tropas para incorporar a nuestras filas al mayor número posible de guerreros. En el mensaje que los heraldos del rey leían en pueblos y ciudades no se citaba Granada, pues el destino concreto de aquella expedición se guardaba en secreto, pero sí se decía que se trataba de una campaña dirigida al sur, para conquistar nuevas tierras a los sarracenos.

Aquellos meses fueron frenéticos. Tan pronto estábamos en Montearagón como en Jaca, en Huesca como en Uncastillo, en Tarazona como en Murillo de Gállego, y en todas partes los hombres del rey arengaban a cuantos eran capaces de empuñar un arma a enrolarse en la hueste real para la campaña de Granada. Se les prometían grandes riquezas y honores a cambio de sus espadas, aunque tal vez también de sus vidas.

Incitados por la llamada de su rey, grupos de soldados pamploneses, aragoneses y castellanos, alentados por la aventura que se avecinaba y por la esperanza de ganar fortuna y gloria en aquella empresa, se fueron congregando en Sangüesa, Tarazona, Murillo, Haro, Tudela y otras villas y ciudades, que don Alfonso visitó para animar con su presencia a la recluta de

tropas. El rey decía a los que se alistaban que el reto que se avecinaba era tan grande como lo había sido un cuarto de siglo antes la conquista de Jerusalén. El gramático don Esteban, abad de Santa María de Tudela, redactó algunos de los discursos que el rey pronunció arengando a los hombres de esas villas para que nos siguieran en tan singular aventura; a cambio, recibió casas y tierras en Tudela.

A mediados de agosto pasamos por San Juan de la Peña, donde su abad don García volvió a pedir al rey la concesión de nuevas propiedades y más rentas. Harto de la avaricia de aquel abad, don Alfonso ordenó salir enseguida camino de Jaca, donde se estaban congregando algunas decenas de caballeros francos, aunque a esta campaña de Granada se alistaron muchísimos menos que a la de Zaragoza. Tal vez la consideraran más peligrosa o quizá no se tomaron en serio la apuesta de don Alfonso, pues parecía una aventura propia de un loco.

Cuando concluyó el mes de agosto de 1125, ya estábamos preparados. Formaba la hueste real un ejército de dos mil jinetes y cuatro mil infantes, todos ellos unidos bajo una misma idea: liberar a los cristianos de Al-Andalus del yugo musulmán.

Dos días antes de concluir septiembre estábamos en Plasencia de Jalón, una pequeña villa al sur de la sierra del Moncayo. Mi señor acababa de firmar un diploma en el que indicaba que reinaba hasta la villa de Carrión, en el límite entre los reinos de León y de Castilla.

Acabábamos de cenar en el pabellón real. Mi señor dio el último trago a su jarra de vino, se levantó de la silla de tijera y me indicó que lo siguiera fuera de la tienda.

El horizonte estaba teñido con los colores rojizos propios de los primeros atardeceres otoñales. A la mañana siguiente saldríamos hacia el sur. Nos aguardaban largos días de viaje. Nos sentamos cerca de un árbol que proyectaba una sombra cada vez más alargada.

—Bernardo, he de confesarte algo —me dijo; yo me mantuve a la espera—. Aunque no lo haya expresado antes en voz alta, no son pocas las ocasiones en que he dudado de mí mismo. Ya tengo cincuenta y dos años y experiencia suficiente para saber que las decisiones que se toman pueden resultar desacertadas. Siento el espíritu de la guerra santa muy dentro de mí y por ello considero que debo cumplir una alta misión. Pero ignoro hasta qué punto mis deseos se pueden convertir en locura. Mañana partimos con una gran hueste hacia Granada y percibo que algunos hombres han vacilado al respecto. Necesito tu opinión.

Me llené de orgullo antes de hablar.

—Alteza, tened siempre presente que los hombres de Aragón no os obedecen tan solo porque estén obligados a hacerlo, ya que sois su rey. Os sirven de corazón porque creen en vos. Quienes os amamos sabemos que habéis hecho posible lo que parecía inalcanzable. Si esta empresa fructifica, los necios que alguna vez dudaron de vos creerán que sois capaz de conseguir cuanto os propongáis. Estáis construyendo un mundo nuevo sobre las ruinas de uno viejo y estáis gestando un tiempo para la esperanza. Cuando vuestros días terminen, Dios quiera que sea muy tarde, no habrá hombre sobre la tierra que no haya oído hablar de vuestros triunfos y que no conozca vuestro nombre.

—En verdad me amas, mi querido Bernardo, pues el amor suele arrastrar a este tipo de exageraciones. Pero quiero confesarte el auténtico porqué de esta expedición, que parece una absoluta locura. Aragón carece de gente para poblar las tierras que hemos conquistado en estos veinte años, de modo que necesitamos pobladores. No son suficientes con los que han venido de las montañas del Pirineo, ni del otro lado; por eso son necesarios los mozárabes de Al-Andalus.

—Entonces se trata de traer cristianos de Granada a Aragón.

—En efecto. Si apenas podemos mantener Zaragoza, Tudela, Soria, Calatayud y Daroca, ¿cómo podríamos conquistar Valencia y Granada? Con esta expedición no busco ganar nuevas tierras, al menos de momento, sino nuevos hombres. Están en Granada, Jaén, Valencia, Murcia, y otras grandes ciudades del sur. Se trata de cristianos que ya no soportan vivir bajo el dominio musulmán. Trayéndolos con nosotros no solo nos aseguramos repoblar lo conquistado, sino también asentar en Aragón, sobre todo en el sur, a cristianos fieles que defenderán de los almorávides sus nuevas casas y sus nuevas tierras, hasta la última gota de su sangre.

No solo era el mejor guerrero de su tiempo, sino también un hábil gobernante que sabía utilizar la espada cuando era necesario, pero también la negociación y el pacto si la ocasión lo requería.

El gran ejército expedicionario, la mayoría de sus componentes llegó desde Zaragoza, confluyó en Daroca a comienzos de octubre de 1125. Allí recibió don Alfonso el informe de una patrulla de reconocimiento que durante los meses del verano había recorrido el camino de Daroca hasta Valencia y luego a Peña Cadiella y Alicante.

Conocido ese informe, que explicaba que no había ningún ejército almorávide en toda esa ruta, nos pusimos en marcha hacia Valencia, que era el primer objetivo marcado en el camino de Granada, aunque no contemplábamos su conquista, sino el ejercicio de un alarde para amedrentar a los musulmanes y confundirlos sobre nuestras verdaderas intenciones.

La hueste se dividió en dos cuerpos de ejército, uno dirigido por el vizconde Gastón de Bearn y el conde Routrou de Perche y otro por el propio don Alfonso. Venían con nosotros los obispos Pedro de Zaragoza, Esteban de Huesca y Ramón de Barbastro, cada uno de ellos con su correspondiente mesnada.

Desde los altozanos que bordean el amplio valle alto del Jiloca era magnífico ver avanzar a nuestras tropas, siempre adelante, con los estandartes al viento, los caballeros con sus lanzas y gallardetes, los grandes señores sobre las sillas de sus formidables caballos con coloridas gualdrapas, los obispos precedidos de sacristanes con sus cruces y sus relicarios y tras ellos, protegidos en la retaguardia, las decenas de carros y carretas con la impedimenta y los víveres.

Pronto corrió en Valencia la voz de que nos acercábamos. Sus pobladores se atrincheraron tras sus muros esperando ser sitiados, pero, para su sorpresa, pasamos de largo. Fuimos hacia Denia, cuyos campos talamos el último día de octubre, y atravesamos el desfiladero de Játiva. Ocupamos en un ataque por sorpresa el castillo de Peña Cadiella, que los sarracenos llaman Benicadell, siguiendo el plan trazado la primavera anterior y ajustado en Daroca. Conocíamos bien aquellas tierras, pues en ellas ya habíamos estado y

combatido tiempo atrás tanto don Alfonso como yo mismo, cuando acudimos en auxilio del Cid y le ayudamos a retener Valencia ante el ataque de los almorávides.

Seguimos adelante sin apenas detenernos, siempre hacia el sur, atravesando las comarcas de Murcia y Vera. Pero desde allí viramos hacia el oeste, hacia el interior, y tomamos el camino directo a Granada. A pesar del tamaño de nuestro ejército, nos movíamos como un rayo ante los ojos de los sorprendidos almorávides, que no acertaban a comprender qué era lo que realmente pretendíamos. Andaban completamente despistados, pues pasamos de largo dejando a un lado Valencia y también Murcia, siguiendo una ruta que parecía llevarnos a ningún sitio.

A mediados de noviembre pusimos cerco a la ciudad de Baza, ya en territorio del antiguo reino de Granada, pero no pudimos tomarla dada la fortaleza de sus murallas y sobre todo de su inexpugnable alcazaba. Levantamos el asedio y avanzamos hacia Guadix. Todas aquellas ciudades estaban prevenidas de nuestra llegada y se habían preparado para la defensa.

Don Alfonso comprendió que no podíamos asediar Granada sin antes conquistar Guadix. Nos plantamos ante esta notable ciudad, que sitiábamos durante una semana a comienzos de diciembre con las máquinas que llevábamos en los carros, construidas siguiendo las indicaciones de Gastón de Bearn. Ante Guadix, cuya posición y defensas eran similares a las de Baza, estuvimos todo un mes. Allí pasamos las navidades, esperando que los cristianos de Granada, que ya sabían de nuestra presencia en esa tierra, nos anunciaran que estaban listos para rebelarse en el interior de Granada y prestos a abrirnos las puertas de la ciudad, como nos habían prometido en Daroca. Pero nada de eso ocurrió.

Ante la falta de noticias de los mozárabes, nos movimos hacia Granada y acampamos a unas pocas millas al este de esa ciudad.

El obispo don Esteban apareció lleno de cólera en la tienda de don Alfonso.

—¡Traidores! No se van sublevar contra el gobernador de Granada, como habían jurado; los cristianos de Granada son unos traidores y unos mentirosos —clamaba el obispo de Huesca como un dios iracundo.

—¿Quién os lo ha dicho? —le preguntó el rey, muy enfadado.

—Ese mozárabe granadino que encabezó la delegación que os visitó en Daroca. Ibn al-Qalas se llama. Acabo de hablar con él. Está ahí afuera.

—Sí, él fue el cabecilla de aquella delegación. Lo recuerdo bien. Hacedle pasar —ordenó el rey a los guardias.

Ibn al-Qalas entró acompañado por dos cristianos más. En cuanto se encontró en presencia de don Alfonso dobló la cintura e inclinó la cabeza.

—Señor, la mayoría de los cristianos de Granada no tomarán las armas en vuestra ayuda. A última hora han decidido no rebelarse contra el gobernador almorávide —lamentó con suma prudencia y no poca pesadumbre.

—¿Tú eres Ibn al-Qalas, el mismo que recibí en Daroca? —le preguntó el rey.

—Lo soy, señor, lo soy.

—Me prometiste que miles de mozárabes granadinos se rebelarían y nos apoyarían. ¿Cuántos cristianos están contigo?

—Tres centenares de hombres.

—Muy pocos. Hablaste de doce mil, según recuerdo. ¿Y los demás, dónde están, qué hacen?

—Han tenido miedo a las represalias y han decidido no sublevarse.

—¡Cobardes! —exclamó don Esteban.

—¿Eres tú el jefe de la comunidad de cristianos granadinos? —preguntó el rey.

—Lo soy.

—¿Y solo has podido convencer a trescientos de los tuyos? ¿Qué clase de jefe eres entonces? ¿Un jefe sin autoridad? Probablemente seas demasiado joven para ese puesto.

—Lo he intentado, mi señor, pero mi gente tiene miedo a la revancha de esos fanáticos almorávides. Son capaces de cortarnos el cuello a todos y de crucificarnos después a la vera de los caminos. Nos han amenazado con hacerlo si movemos un solo dedo en vuestra ayuda.

—Fuisteis vosotros quienes vinisteis a Aragón para pedir mi auxilio; y quienes prometisteis que ayudaríais desde dentro a conquistar Granada. Y ahora os negáis a hacerlo. Eso es traición.

—Mi señor, yo estoy aquí con muchos de mis hombres, arriesgando nuestras vidas y renunciando a nuestras haciendas...

—Pretendíais instaurar un reino cristiano en Granada, con nuestra ayuda, ¿pero cómo vamos a hacerlo si renunciáis a ello y no estáis dispuestos a cumplir con vuestra parte del acuerdo? He venido desde Aragón con todos estos hombres, prestos a auxiliaros y a defender vuestra fe con nuestras vidas, y lo que habéis hecho es traicionarnos.

—No, mi señor, os aseguro que...

—¡Calla! —le ordenó tajante don Alfonso.

—¡Ibn al-Qalas! —pronunció don Esteban este nombre remarcando con una cadencia cada una de las sílabas—, pero si hasta tenéis nombres sarracenos. Jamás debimos fiarnos de vuestras palabras. —El obispo de Huesca estaba visiblemente enojado; claro que bastaba cualquier simple excusa para despertar la ira de este hombre.

—Mi señor —Ibn al-Qalas temblaba como un niño perdido en el bosque—, mis hombres estaban dispuestos a tomar las armas por vos, pero...

—Hemos tenido que abandonar el asedio de Guadix, en este mes de enero hemos vagado por míseras aldeas como Diezma y Nívar, e intentamos conquistar Granada, para lo que contábamos con vuestra ayuda, que no se va a producir.

—Los musulmanes granadinos se han preparado para el asalto, señor; no hemos podido sorprenderlos como era nuestra intención —se justificó Ibn al-Qalas—, y nos hemos visto obligados a huir de la ciudad.

—Eso es cierto; y la prueba de lo que dice Ibn al-Qalas es que estos hombres están aquí —intervino don Ramón; el obispo de Roda era un hombre santo y de profundas creencias religiosas, a diferencia de Esteban de Huesca, que pese a su condición episcopal era un hombre belicoso, violento y arrojado que amaba la pelea, la guerra y la batalla.

Las palabras de don Ramón calmaron la ira del rey.

—Estamos con vuestra alteza y hemos traído con nosotros cuantas provisiones hemos podido recoger —dijo el jefe mozárabe.

—¿Es cierto? —demandó don Alfonso.

—No hemos venido con las manos vacías; ahí afuera tenemos varias carretas llenas de víveres.

Al oír aquello, el rey aceptó las disculpas de Ibn al-Qalas. ¿Qué más podíamos hacer?

Durante la última semana de aquel mes de enero no paró de nevar en la comarca de Granada. En nuestro campamento cundía el desánimo y escaseaban los alimentos. El anuncio de que los mozárabes habían traído provisiones reconfortó a los hombres de nuestro ejército.

A finales de enero las heladas y las tormentas de nieve arreciaron y nos vimos obligados a abandonar el sitio de Granada. Los sarracenos nos hostigaron durante la retirada hacia el oeste. Nos dirigimos a la ciudad de Écija, en busca de tierras más bajas en las que la nieve fuera menos abundante y el frío menos intenso.

En el camino, entre ataques y emboscadas de los escuadrones de caballería ligera de los almorávides, también nos asoló un brote de peste, que acabó con muchos hombres y nos impidió llegar hasta Córdoba, como era la intención de don Alfonso. Durante las últimas semanas del invierno anduvimos errantes por las sierras y campiñas al sur de Córdoba, procurando abastecernos con lo que podíamos conseguir de botín en ciudades, villas y aldeas de esa rica región. Tras recorrer Maracena, Alcalá, Luque y Baena, recalamos en una deliciosa campiña de feraces tierras y aguas dulces y abundantes, y establecimos nuestro campamento entre Cabra y Lucena, dos ciudades bien pobladas y vecinas, que apenas están separadas por cinco millas.

Un viejo campesino musulmán, con el que nos cruzamos en un camino en las afueras de Cabra, ni siquiera se alteró al ver acercarse a un ejército cristiano. Se detuvo a nuestro paso y nos miró con indiferencia. Me sorprendió tanto su actitud que detuve mi caballo y le pedí a un intérprete de los mozárabes de Granada que se habían unido a nosotros que le preguntara por qué no se había alarmado por nuestra presencia.

—Dice el viejo que siendo muy niño ya vio a dos ejércitos de cristianos recorrer estas tierras en busca de dinero para el rey de Castilla; y que allí —el intérprete señaló una llanada que antes había indicado el anciano— tuvo lugar hace medio siglo una gran batalla en la que un caballero cristiano al que llamaban el Cid se enfrentó y derrotó a otro ejército cristiano mandado por un conde.

—¡Claro, la batalla de Cabra! —exclamé—. Oí hablar de ella en Valencia a un veterano caballero de la mesnada de don Rodrigo. De modo que fue ahí donde el Cid venció al conde García Ordóñez, su gran enemigo.

—Sí, eso asegura al menos este viejo. —El anciano volvió a hablar en su jerga, señalando la llanada—. Y añade que tras una lluvia torrencial todavía pueden recogerse restos de algunas armas y verse huesos de los caídos en esa batalla. Asegura que él los ha visto.

—Dad unas monedas de plata a este anciano —ordené a un secretario— y dejad que siga su camino.

El viejo miró asombrado las monedas de plata con la efigie de don Alfonso grabada en el anverso y pareció darme las gracias. Yo no conozco con detalle la lengua árabe, pero entendía algunas palabras y pude comprender que se despedía de nosotros deseándonos la paz.

Justo se estaba despidiendo el viejo campesino cuando un jinete pasó al galope. Era un heraldo real. Pocos instantes después el rey Alfonso me hizo

llamar con toda urgencia. Desde luego algo importante estaba pasando.

—Mi señor, a vuestro servicio —le dije a don Alfonso cuando llegué ante él.

—Bernardo, acabo de saber que Abú Bakr, hijo de Yusuf, el emir de los almorávides, se dirige a nuestro encuentro al frente de un ejército que ha salido de Sevilla. Debemos organizar la defensa enseguida; estará aquí en apenas un día. Levantaremos nuestro campamento más allá de aquellas colinas y nos haremos fuertes esperando su acometida.

—Prepararé de inmediato a los hombres. Por cierto, mi señor, ¿sabéis que en esos mismos campos combatió el Cid? Me lo ha dicho un viejo campesino.

—Pues cuéntales eso a nuestros hombres: que sepan que don Rodrigo también luchó aquí y que debemos emularlo y honrar su memoria.

Así lo hice.

Avanzamos por la campiña a comienzos del mes de marzo entre onduladas colinas y suaves cerros de olivos y campos de trigo hasta cerca del curso del río Genil, media docena de millas al oeste de Lucena, en el camino de Sevilla, pues nuestros espías habían visto acercarse al ejército del príncipe almorávide Abú Bakr. Allí levantamos el campamento al abrigo de un cerro escarpado con buena disposición para la defensa.

Los almorávides no esperaron a que amaneciera; esa misma madrugada, sin que hubiéramos tenido apenas tiempo para descansar, cargaron contra nosotros junto a la aldea de Anzur.

Todavía era noche cerrada cuando escuché el tumulto que anuncia la batalla. Los almorávides nos habían sorprendido y venían a por nosotros. Desorganizados como estábamos, con las tropas dispersas y sin estar equipados para el combate, nada podíamos hacer sino retirarnos y organizar la resistencia en aquel cerro donde protegernos de tan imprevisto ataque.

En la oscuridad pude reunir a varios de mis hombres, abandonamos el campamento y nos dirigimos a lo alto del cerro, cuya silueta se recortaba negra sobre el cielo estrellado. Casi a tientas, dibujamos un círculo con nuestros cuerpos y nos aprestamos a la defensa. Pero los almorávides no nos atacaron, se limitaron a saquear nuestras tiendas y a hacerse con el botín.

Don Alfonso había llegado al cerro vestido tan solo con la camisola de noche y su espada desenvainada. Apenas había tenido tiempo para nada más.

Amaneció sobre la campiña y un alba rosada y fría dejó atrás la negra madrugada. Yo tenía los músculos entumecidos por el frío y los huesos

doloridos por la humedad. Había cumplido cincuenta y cinco años y ya comenzaba a notar en mi cuerpo los efectos del paso del tiempo y los achaques de una edad tan avanzada.

Cuando la luz de la alborada inundó el lugar que había ocupado nuestro campamento, faltaba casi la mitad de las tiendas.

Don Alfonso me miró, compungido en un primer momento, pero enseguida se repuso.

—Los derrotaremos hoy mismo. Vayamos a recoger lo que hayan dejado esos demonios y aprestémonos para enviarlos de inmediato al infierno — asentó mi rey con tal determinación y seguridad que me convencí de que ese día venceríamos a quien se nos pusiera por delante.

Mediada la mañana ya estábamos equipados con las cotas de malla, los casos cónicos y las corazas de cuero rígido. Apenas habíamos dormido, pero los almorávides tampoco lo habían hecho y, además, supusimos que debían de estar muy cansados porque habían caminado durante toda la noche para llegar hasta nuestras posiciones y sorprendernos aprovechando la oscuridad y la falta de visión de nuestros vigías.

Don Alfonso se caló el casco, se ajustó las correas, se armó con la lanza y la espada y nos miró con rostro fiero y ojos de hielo.

—Señor, dispuestos para la batalla —anuncié cuando los hombres ya estaban formados.

—Bernardo, ordena que la caballería se divida en cuatro cuerpos y que carguen a mi orden en formación compacta. Que nadie rompa la primera línea de combate, las lanzas debajo del brazo, como nos enseñó el aitán don Lope.

Y cargamos. Cargamos sobre los desprevenidos almorávides, que andaban preocupados por repartirse el botín saqueado en nuestro campamento, como fieras salvajes. No éramos hombres cabalgando sobre la campiña del río Genil, sino verdaderas furias desatadas, como rayos de metal y chorros de hierro rusiente y fundido en medio de una tormenta de fuego. Los soldados almorávides estaban desperdigados por el campo, ocupados en repartirse nuestras tiendas y ajenos a lo que se les venía encima. Creían que nos habían derrotado sin combatir. Se equivocaron.

Irrumpimos entre ellos como una tempestad. Desprevenidos y desorganizados, los almorávides que se libraron de la muerte se refugiaron en lo alto de una colina. Pero estaban faltos de moral y no fueron capaces de plantar una defensa eficaz. Sobre la cima quedó el pabellón de Abú Bakr rodeado de algunas tiendas, levantadas a toda prisa aquella misma tarde.

—Es el momento de atacar su campamento, mi señor —le propuse a don Alfonso.

—No. Esperaremos —sentenció.

Una vez más tenía razón. Los almorávides se pusieron en fuga aprovechando las sombras del atardecer y escaparon como conejos perseguidos por un zorro. Entramos en su campamento a media noche, iluminando nuestros pasos con cientos de antorchas. Estaba vacío. El triunfo era nuestro.

La victoria del 10 de marzo en la batalla de Anzur, cerca del lugar donde el Cid venció a su enemigo el conde García Ordóñez unos cuantos años antes, animó a muchos mozárabes de aquellas regiones a unirse a nosotros. Las victorias siempre atraen a los indecisos al lado del vencedor.

—¿Qué haremos ahora? —se preguntó don Alfonso a la vista de las dos columnas de cristianos que se nos habían unido.

—¿A qué os referís, mi señor?

—¿Vamos a tomar Granada o regresamos a Aragón? —vaciló el rey.

—Yo haré lo que vuestra alteza disponga —le dije.

Las dudas del rey se disiparon enseguida.

Acabábamos de conocer que la reina Urraca había muerto, algunos dijeron que de un parto pero yo no puedo asegurarlo, en el castillo de Saldaña a comienzos del mes de marzo y que dos días después todos los señores y las ciudades del reino de León y no pocos de Castilla habían jurado obediencia a su hijo y heredero Alfonso Raimúndez, de veintidós años, que fue coronado como rey en la catedral de esa ciudad. El joven monarca leonés reclamó de inmediato el dominio sobre el reino de Castilla y parecía dispuesto a iniciar una guerra para conseguirlo. Tras los convulsos años del reinado de doña Urraca, esas gentes necesitaban un rey y habían creído encontrarlo en el hijo de esa desdichada reina.

—Si volvemos a Granada, tal vez podamos tomar esa ciudad y establecer allí un dominio cristiano, pero si no lo logramos, además de no ganar Granada, podemos perder Castilla. ¡Volvemos a casa! —ordenó don Alfonso.

La decisión del rey era la más acertada. Tras la muerte de doña Urraca solo se declararon fieles al rey de Aragón las ciudades y villas de Carrión, Castrojeriz, Burgos, Villafranca de Oca y Belorado; todas las demás juraron lealtad a Alfonso Raimúndez de León.

—Ordenaré a todos los hombres que se preparen para la vuelta —dije.

—Sí, hazlo, pero antes iremos hasta el mar.

—¿El mar? —pregunté extrañado.

—Iremos al mar —asentó don Alfonso señalando con su brazo hacia el sur.

Y fuimos. Atravesamos la sierra de Granada por la comarca de la Alpujarras, con sus pueblos colgados de la ladera sur de la Sierra Nevada, cruzamos ríos, avanzamos por estrechos desfiladeros, en uno de los cuales, entre paredes de piedra tan altas y verticales que apenas dejaban pasar la luz del sol, don Alfonso miró a lo alto y dijo: «Hermosa tumba sería este lugar, si ahora nos sorprendieran desde allá arriba y muriéramos aquí mismo».

Y llegamos al mar. A la vista de la playa, el rey alzó su brazo y ordenó que nos detuviéramos. De inmediato, se adelantó con su caballo, él solo, y se adentró en las aguas hasta que estas llegaron a la altura del vientre de su montura. Entonces desenvainó su espada y la alzó, volviendo grupas hacia nosotros, que lo contemplábamos como si se tratara de un héroe sacado de los relatos de los antiguos griegos.

—¡Aragón, Aragón! —gritó el rey por dos veces, blandiendo su espada.

—¡Aragón, Aragón! —respondimos extasiados todos sus soldados como una sola voz, alzando nuestras lanzas y tremolando los estandartes.

Esa semana recorrimos la costa mediterránea al sur de Granada y sometimos victoriosos a las villas de Motril, Almuñécar y Salobreña, cuyos habitantes musulmanes estaban asombrados al ver a las puertas de sus casas al ejército aragonés, una tierra que creían tan lejana como la Luna.

En la playa de Motril, don Alfonso subió a una barca de pescadores y les ordenó que zarparan. Yo fui con él. Regresamos al poco con una cesta de peces, de entre los cuales el rey seleccionó uno de escamas brillantes con los colores del arco iris. Mandó que se lo cocinaran en un espetón y se lo comió en la playa, a la vista del mar.

Nunca hablé con mi señor de aquel gesto, pero supongo que al entrar en el mar y comerse ese pescado trataba de cumplir una especie de promesa que se había hecho a sí mismo o tal vez que tomaba posesión simbólica de aquellas costas y de las aguas del mar.

Pero ahora que escribo estas líneas, pienso que don Alfonso tal vez quisiera emular un relato que corre por ahí y que habla de un rey Pescador que es el guardián de la copa que Cristo utilizó en la Última Cena con sus apóstoles. ¿No está acaso ese sagrado vaso de piedra custodiado en el

monasterio de San Juan de la Peña? ¿Quiso don Alfonso con aquel gesto en el mar asentar que su linaje real era la dinastía que tenía encomendada la protección del santo cáliz? ¡Quién sabe!

Cumplida aquella especie de ritual, volvimos hacia el interior, dispuestos a pelear incluso por Granada antes de regresar a Aragón y solventar los problemas que acuciaban en Castilla, pero los almorávides habían solicitado refuerzos y su emir envió un gran ejército que llegó desde las regiones de Fez y Meknés, dos ciudades de África. Enviamos a su encuentro a un par de escuadrones de caballería pensando que sería suficiente para ahuyentarlos, pero nos derrotaron y acabaron con todos nuestros soldados. En la refriega murió uno de nuestros mejores capitanes. Los sarracenos eran demasiados, los mandaba un eficiente general llamado Abú Halfs, estaban descansados y combatían para ganar su paraíso. No tuvimos más remedio que renunciar a cualquier conquista y nos pusimos en marcha por el camino de Murcia, buscando la ruta más segura de regreso a Aragón. Unos cinco mil mozárabes vinieron con nosotros. Hicieron bien. Muchos de los cristianos que se quedaron en Granada fueron deportados a África o vendidos como esclavos.

El camino de vuelta resultó una verdadera tortura. Acosados por partidas de musulmanes, atacados por destacamentos de caballería ligera del ejército almorávide, agotados por varios meses de campaña, agobiados por el calor que comenzaba a apretar de firme, asfixiados por el polvo del camino y diezmados por la peste y el hambre, al fin entramos en tierras aragonesas a comienzos del mes de junio del año del Señor de 1126.

En la fortaleza de Daroca, donde descansamos unos días, pude al fin comprobar la verdadera situación en la que nos encontrábamos. Aquella empresa había supuesto un esfuerzo tan enorme que nos había dejado exhaustos. A mis cincuenta y cinco años la cota de malla, el escudo, el casco e incluso la lanza de madera con punta de hierro y la espada larga comenzaban a hacerme una pesada carga.

En el castillo Mayor de Daroca, apoyado en el pretil del torreón que asomaba al caserío, me palpé el rostro, recorrí con la yema de mis dedos la cicatriz que me cruzaba toda la mejilla y miré mi mano derecha, desprovista del dedo meñique.

—Pudo ser peor —escuché una voz a mi espalda.

Me giré y vi a don Ramón. El obispo de Barbastro tenía muy mal aspecto. Su rostro semejava más el de un cadáver que el de un hombre vivo.

—Sí, al menos seguimos vivos —asentí.

—Yo, por poco tiempo —lamentó el obispo.

—¿Os encontráis enfermo?

—No sé cómo he podido aguantar el viaje de regreso desde Granada. Si no hubiera sido porque quiero que mis huesos reposen en tierra cristiana, me hubiera dejado morir en cualquier recodo del camino.

—Descuidad, don Ramón, todavía os quedan muchas misas que celebrar —le dije sin demasiada convicción.

—No, mi querido amigo. El fin de mis días está muy cerca. Si al menos pudiera llegar vivo a Barbastro y morir en mi diócesis —se sinceró.

Dejamos Daroca. El obispo don Ramón, tal vez el único hombre de paz de todos nosotros, agotado por el viaje y sumido en la enfermedad y el cansancio, todavía sobrevivió unos días. No pudo llegar con vida a Barbastro, porque expiró su último aliento en Huesca. Supongo que Dios lo habrá recibido en su seno. Era un hombre bueno.

En aquella campaña de ocho meses de duración por las tierras musulmanas de Hispania no conquistamos ninguna ciudad, carecíamos de medios para hacerlo, pero vencimos a los sarracenos en la única batalla importante que libramos y demostramos que éramos capaces de llegar sobre nuestros caballos hasta sus playas más lejanas.

Es verdad, como cuentan algunas crónicas, que sufrimos mucho en el viaje de vuelta, pero llevábamos con nosotros a miles de cristianos, a los que teníamos que proteger de los permanentes ataques de los enemigos, que no cesaron de incordiarnos durante todo el camino.

Fue en Zaragoza donde el rey se reunió con los dirigentes de los mozárabes que habían dejado sus casas, sus negocios y sus tierras en Granada, Lucena, Cabra, Guadix o Baza para venir con nosotros a tierras cristianas. Lo hizo en el palacio de la Aljafería a mediados de junio.

—Habéis sido valerosos —comenzó diciéndoles— y habéis arriesgado vuestras vidas por vuestra fe. Por ello, os concederemos tierras para que las trabajéis y casas para que las pobléis. He ordenado a mis oficiales que elaboren un censo de las villas y lugares donde podréis instalaros y que dispongan unos lotes con tierras y casas para que las recibáis libres e ingenuas, sin carga alguna. Además, he ordenado que todos y cada uno de vosotros seáis libres y que no estéis sometidos a la jurisdicción de ningún otro señor que no sea vuestro rey. Tampoco estaréis obligados a pagar renta o

carga alguna sobre la venta de mercancías y tendréis el derecho a apelar directamente a la justicia real.

Los delegados de los mozárabes se cruzaron miradas de asombro. Dueños de casas y tierras, libres, exentos de pagar cargas a señor alguno, sin tener que abonar peajes por sus mercancías, sin más señor que el rey..., aquello era como un sueño.

Durante los meses de verano los mozárabes fueron ubicados en varias localidades de los reinos de Aragón, de Pamplona y de Castilla, sobre todo en Mallén, Calatayud, Alagón, Tudela, Alfaro y otras. Don Alfonso fue a todos y cada uno de esos lugares y asistió personalmente a la entrega de tierras y casas a los cristianos granadinos.

Aprovechando la ausencia del rey y del ejército, los musulmanes de Lérida ocuparon Monzón, que mantuvieron en su poder por cuatro años, hasta que logramos recuperar esa villa. Aquel otoño tuvimos que acudir al este del reino, donde algunos musulmanes de Lérida habían realizado incursiones en busca de botín.

Pasamos las navidades en San Juan de la Peña, preparando sendos encuentros con el conde de Barcelona y con el rey de León. Don Alfonso se mostró de nuevo muy generoso con sus fieles caballeros, a los que entregó tierras y casas en el valle del Jalón, en las villas de Rueda y de Épila.

Con el de Barcelona se cerró una entrevista a celebrar en la villa aragonesa de Calasanz, a donde acudimos a finales de enero. El conde don Ramón Berenguer era un hombre fuerte y ambicioso. Una década atrás había ocupado la ciudad de Mallorca, en la mayor de las islas que llaman Baleares, y aunque tuvo que abandonarla a los pocos meses, dejó claro que estaba dispuesto a convertirse en un gran soberano. El conde de Barcelona aspiraba a conquistar Lérida y Tortosa, como don Alfonso, de manera que ambos tenían intereses enfrentados que era necesario solventar.

Don Ramón se presentó en Calasanz con sus dos hijos gemelos de doce años de edad, llamados Ramón Berenguer y Berenguer Ramón. En el último siglo casi todos los condes de Barcelona y sus hijos se habían llamado con esos dos nombres, lo que a veces provocaba en nuestra cancillería un lío considerable.

Don Ramón Berenguer era el tercero de este nombre. Había logrado hacerse con varios pequeños condados vecinos al de Barcelona y aspiraba a dominar toda la tierra entre el reino de Aragón y el mar. También

ambicionaba ocupar las islas del reino de Mallorca, a donde había dirigido una campaña sin éxito. Desde entonces algunos lo llamaban *Dux catalanensis*, siguiendo la denominación que le habían dado unos mercaderes de la ciudad de Pisa, en Italia, que lo habían acompañado y le habían financiado aquella expedición. Lo que pretendían los písanos era establecer toda una serie de factorías comerciales en las principales ciudades de la costa mediterránea hispana y conseguir en ellas grandes privilegios y beneficios. Lo estaban logrando.

—Don Ramón Berenguer, conde de Barcelona y duque de los catalanes, y sus dos hijos —el canciller real anunció con toda solemnidad la entrada de los barceloneses en la sala grande del castillo de Calasanz, que coronaba un cerro rocoso en cuya escarpada ladera se recostaba un abigarrado caserío.

—Mi señor don Alfonso, recibid mi homenaje y el de mis hijos. —Los tres nobles hincaron la rodilla ante el rey.

—Alzaos, señores, y sentaos a mi lado —los invitó el rey, que envolvió con las suyas las manos del conde.

El conde de Barcelona era un avezado diplomático que había logrado anexionarse algunos de esos pequeños condados mediante acuerdos matrimoniales y que consiguió restaurar en Tarragona la vieja archidiócesis, vacante desde los tiempos de la invasión de los sarracenos. Él mismo se había casado con doña María, la hija del Cid y joven viuda del infante don Pedro de Aragón, con la que no tuvo hijos. Los dos gemelos lo eran de su segunda esposa, la condesa Dulce de Provenza, de la que heredó ese rico condado.

—Es nuestro deseo asentar una paz eterna con el reino de Aragón —asentó el conde de Barcelona.

—El mío es el mismo, don Ramón —reiteró el rey Alfonso.

—Convendría firmar un tratado para aclarar las posiciones.

—¿Qué proponéis?

—Que el curso del río Cinca sea el límite futuro entre nuestros Estados —asentó el conde.

—Vaya, vais directo a lo importante. Bien, eso supondría que las ciudades de Lérida y de Fraga serían vuestras por derecho de conquista.

—Así es.

—No. Lérida y Fraga deben pertenecer al reino de Aragón y Tortosa también. Yo os propongo que el límite entre el reino de Aragón y vuestras tierras como conde de Barcelona se sitúe en el río Segre.

—La ciudad de Lérida queda en la margen derecha de ese río, en el lado occidental, de modo que sería para Aragón.

—Y así, siguiendo el curso del Segre hasta el Ebro y el curso del Ebro hasta el mar. Salvo la ciudad de Tortosa, que deberá ser para Aragón.

—Si aceptara vuestras propuestas, mi señor, Barcelona quedaría sin posibilidad de ganar más tierras a los sarracenos hacia el sur.

—Aceptadlo y, a cambio, Mallorca y todas sus islas serán para vos y para Barcelona —asentó don Alfonso—. Yo os ayudaré a ganar cuantas tierras podáis incorporar al norte de los Pirineos en lo que toca de vuestro lado y al este del condado de Provenza.

—Dejadme pensarlo, mi señor. Este tratado requiere un tiempo de meditación.

—Está bien, tomaos el tiempo que necesitéis —asintió el rey de Aragón—. Ahora comamos juntos.

El banquete se celebró en la sala grande de la mejor casona de Calasanz, entre dos enormes braseros que la calentaban. Al final del convite uno de nuestros espías se acercó y me susurró unas palabras al oído. Era algo importante. Le hice una indicación para que me siguiera al exterior, lejos de oídos indiscretos, y le requerí la información que me ofrecía.

—El conde de Barcelona ha propuesto en matrimonio a su hija mayor, doña Berenguela, al rey de León —me comunicó.

—¡Qué! ¡Condenado tramposo! —exclamé indignado—. ¿Cómo te has enterado?

—Hemos logrado saberlo porque uno de los consejeros del conde de Barcelona se ha ido de la lengua.

—¿Cómo?

—Anoche ese barcelonés durmió con una de nuestras más efusivas damas —pronunció esta palabra con ironía—, María la Magdalena, la mejor puta de Zaragoza, como su apodo indica. No se le resiste ningún hombre. Tiene tales artes en la cama que sería capaz de que se bautizara el más devoto de los musulmanes, si ella se lo propusiera.

—¿Cuánto le has pagado?

—Lo acostumbrado en estos casos: cuatro dineros de vellón.

—Dale el doble, se lo ha merecido.

Con aquella información me dirigí de vuelta a la sala del banquete. A la entrada me crucé con los dos hijos gemelos del conde de Barcelona, que me saludaron en su lengua. Ya dentro me acerqué hasta don Alfonso, que apuraba

una jarra de vino, y le hice con la mirada una indicación que entendió enseguida.

Se levantó, vino hacia mí y me cogió del brazo apartándonos a un lugar discreto.

—Supongo, por tu gesto, que tienes algo importante que decirme.

—Sí, mi señor. El conde de Barcelona está cerrando un acuerdo con el rey de León y creo que se trata de un pacto muy serio, pues le ha ofrecido a su hija Berenguela en matrimonio.

Don Alfonso me miró con aspecto preocupado, pero reaccionó enseguida.

—¿Berenguela?

—Sí, es su hija mayor. Tiene dieciocho años, cuatro menos que don Alfonso Raimúndez.

—Nos adelantaremos a ello. Acordaré un tratado de fronteras con el rey de León y luego ya me ocuparé del conde de Barcelona.

No hubo lugar a ninguna negociación más con el conde barcelonés. De modo que, sin llegar a ningún acuerdo, nos despedimos de manera amistosa, con amplias sonrisas hipócritas y palabras huecas, y regresamos a Huesca.

Nos esperaban tiempos difíciles.

Tras la entrevista con el conde de Barcelona regresamos al monasterio de San Juan de la Peña a fin de preparar el encuentro con el nuevo rey de León. Al no cerrar ningún acuerdo con don Ramón Berenguer y sabedor del pacto secreto que estaban tramando leoneses y barceloneses, don Alfonso pretendía dejar resuelta la cuestión de los límites entre León y Castilla y cerrar un acuerdo fronterizo que resolviera definitivamente la cuestión del dominio sobre Castilla.

En el cenobio de la Peña don Alfonso prohibió a su abad don García que lo molestara con nuevas demandas y se retiró a meditar en silencio y a solas durante varios días. Creo que se dio cuenta de que el tiempo de vida se le estaba acabando. Todavía ambicionaba llegar a Valencia, conquistarla y luego ir hasta Jerusalén para contemplar el sepulcro del Señor antes de morir, como era su intención desde hacía muchos años.

Aquella primavera el rey de León se adelantó y se presentó ante Burgos con un gran ejército. Tomó el castillo, que defendía el caballero aragonés Sancho Arnal, quien se resistió a rendirse y cayó malherido en el combate; murió a los pocos días a resulta de esas heridas. Los judíos burgaleses ayudaron al leonés en esa conquista, lo que enfureció a mi señor.

En cuanto conoció la pérdida de Burgos, el rey de Aragón se puso en marcha dispuesto a hacer la guerra al leonés y avanzó por La Rioja hasta Logroño. Fue allí donde decidió enviarme ante el rey de León para acordar un encuentro y tratar de alcanzar una paz duradera.

Así fue como me dirigí a Burgos para entrevistarme con el monarca leonés.

A sus veintidós años el rey Alfonso Raimúndez de León atesoraba ya una sólida experiencia de gobierno. Me pareció un hombre hábil en la conversación, pero demasiado soberbio, lo que podría ser un punto de debilidad en las futuras negociaciones. Acordamos que los dos reyes se encontrarían durante el verano en un lugar por designar en tierras de Castilla.

Regresé a Logroño e informé a don Alfonso que quien durante cinco años fuera su hijastro había aceptado celebrar un encuentro ese mismo verano, en algún lugar unas millas al norte de la ciudad de Palencia.

Mi señor decidió ir a Soria y cerrar desde allí las condiciones para esa entrevista entre los dos soberanos.

Sobre los muros de la ciudadela de Soria, un trompetero tocó su trompeta para anunciar nuestra llegada, mientras otros hacían sonar extraños cuernos cuyo sonido recordaba al agudo graznido de los cuervos. Un escuadrón de jinetes salió de la ciudad para darnos escolta como guardia de honor. Los soldados vestían cotas de malla y petos de cuero y las gualdrapas de sus monturas estaban adornadas con los colores del rey de Aragón.

—Soria es el punto más estratégico entre Aragón y Castilla —me había dicho don Alfonso de camino—. Por aquí estuvo la antigua Numancia, la ciudad que sometió Escipión el Africano. ¿Recuerdas?

Asentí. Mi memoria no era tan buena como la del rey, pero sí me acordaba de aquella gesta de los numantinos, que siendo unos muchachos leímos en una historia de un autor romano con la que Galindo Arbués nos enseñó latín en San Juan de la Peña y que estaba usando Santiago Posteguillo en Alaón para escribir su crónica.

El estandarte del rey de Aragón, el más grande que yo había visto jamás, de tal tamaño que podría alfombrar una gran sala, ondeaba sobre la torre del castillo de Soria. Don Alfonso y algunos nobles y señores nos hospedamos en los aposentos de la misma fortaleza, mientras el resto de la delegación, soldados, jinetes y criados, lo hicieron en posadas y establos de la ciudad. Íbamos camino de celebrar la entrevista con el hijo de doña Urraca, que había sido coronado rey de León en la catedral de esta ciudad en marzo de 1126, cumplidos los veintiún años, dos días después de la muerte de su madre, como dije antes. Fallecida doña Urraca, los dos reyes se habían citado al fin para dirimir de una vez las fronteras entre León y Aragón, y resolver el conflicto por Castilla.

Corrían los primeros días del mes de junio de 1127. Desde que el hijo de doña Urraca fuera coronado, no había escatimado esfuerzos por reclamar como suyo el reino de Castilla. Algunas plazas, como Burgos o Carrión de los Condes, se habían decantado por el nuevo rey, dándole la espalda a mi señor. Pese a contar con un numeroso ejército, las intenciones de don Alfonso no eran combatir de inmediato a los rebeldes, ya que tenía situaciones más graves a las que hacer frente, como la continua amenaza almorávide. Esperamos a resguardo de la protección del castillo a que llegara la comitiva

leonesa, que arribaría a Soria para continuar las conversaciones que yo había iniciado meses antes en Burgos, de manera que una vez se diera el encuentro entre ambos reyes, el tratado pudiera resolverse rápidamente y sin recurrir a una guerra que nadie deseaba. Demasiados muertos había habido por los conflictos entre los propios cristianos. En esos días mirábamos al sur, a los almorávides, que veíamos como el enemigo común y contra los cuales necesitábamos permanecer unidos para derrotarlos y arrojarlos al mar de una vez por todas.

Me hallaba inmerso en un plácido sopor cuando, a través de la puerta cerrada, me arrulló el melodioso sonido de un arpa mezclado con el delicado trino de unas flautas. La voz de quien cantaba apenas se oía, amortiguada por los gruesos muros, pero yo identifiqué enseguida aquella letra; era una de las canciones de don Guillermo de Aquitania.

*Conozco bien la medida y el desatino,
y conozco la infamia y el honor,
y tengo valor y miedo.
Pero si me propones un juego de amor,
no soy tan idiota
como para no saber elegir lo mejor
de entre las peores cosas.*

La canción se interrumpió en cuanto me espabilé y me abandonó la somnolencia. Era noche cerrada, mediada la madrugada. En aquella profunda oscuridad se oía con toda nitidez un murmullo recorriendo el castillo. Me vestí, salí del aposento, vi a un guardia que hacía la ronda nocturna a la luz de un candil y le pregunté qué sucedía.

—Mi señor Bernardo —dijo, bostezando y alzando el candil para reconocerse—, nos han informado de que la delegación del rey de León llegará de un instante a otro.

—¿Ahora?, ¿en mitad de la noche?

El guardia se encogió de hombros y, con ojos somnolientos, siguió haciendo la ronda. Una vez lo vi perderse al doblar una esquina del pasillo, me dirigí a paso rápido a la estancia de don Alfonso, que ya había sido avisado de la llegada de los leoneses.

El rey estaba despierto, reclinado sobre unos cuantos cojines. Vestía un camión largo a listas verdes y amarillas y llevaba sobre los hombros una túnica de brocado rojo; tenía los pies descalzos. Su cabello desordenado le confería un aspecto tierno.

En un instante me avasalló con un aluvión de preguntas: ¿Qué clase de consejeros enviaba el rey de León? ¿Cuánto tiempo llevaban viajando? ¿Desde dónde venían? ¿Cuántos eran? ¿Cuántos caballeros, cuántos arqueros, cuántos soldados de a pie, cuántas doncellas? ¿Iban armados? ¿Cómo? ¿De cuántos caballos disponían? ¿Y qué cantidad de víveres? ¿Qué estandartes enarbolaban?

No pude responder a una sola de aquel aluvión de preguntas. Lo ayudé a vestirse y escoltados por dos soldados con faroles salimos a las puertas del castillo. Por el camino en la empinada cuesta subía la comitiva leonesa, alumbrada por varios criados que portaban antorchas.

Integraban esa embajada unas cincuenta personas, entre ellas varias mujeres. Quizás el efecto de la noche o el duermevela que todavía zumbaba en mi cabeza me hizo ver algo que me pareció irreal. El rostro de una de las mujeres de aquella comitiva llamó especialmente mi atención. A pesar de la penumbra, de las sombras que producía el fuego de las antorchas y de las capuchas con las que se cubrían las damas, la reconocí. Por un instante fugaz, nuestras miradas se cruzaron. Sí, era ella. Y estaba allí.

Al día siguiente, más despejado, se disipó una sombra de duda que había atormentado mi mente hasta el alba. Sí, ratifiqué con certeza quién era aquella mujer leonesa pero, por el momento, decidí no entablar conversación alguna con ella.

La mañana transcurrió con normalidad. Algunos de los consejeros de don Alfonso hicimos un recorrido por Soria en compañía de la comitiva leonesa. Cuando el sol apretaba más fuerte nos deteníamos en alguna taberna para refrescarnos con agua y cerveza. Pasado el mediodía nos dirigimos a un jardín en el interior del castillo, donde se celebraría el banquete. Era un espacio amplio y bien ventilado, lejos del humo, el olor y el calor de la cocina. Don Alfonso tomó asiento a una mesa exclusiva, más elevada que el resto, cubierta por un dosel y adornada adecuadamente para la ocasión. A ambos lados se situaban las de los invitados, de modo que los leoneses de mayor jerarquía y condición estuvieran más próximos al rey. En una esquina cuatro juglares tocaban música con una pandereta, un laúd y unos cascabeles y musitaban

canciones. Los jardines traían a mi olfato el fresco aroma de las flores recién abiertas aquella primavera. No menos de cincuenta personas tomamos parte en aquel festín amenizado con toda clase de diversiones. Fue una comida espléndida en la que se sirvieron bandejas llenas de frutas en almíbar, quesos y embutidos, pucheros con guiso de carne de ciervo y de jabalí, ataifores con perdices estofadas y espetones con tajadas de ternera y cordero asados con hierbas aromáticas, todo ello regado con vino, cerveza, sidra e hidromiel.

Para cuando terminó el banquete, mediada la tarde, la delegación leonesa quedó tan satisfecha por el buen trato recibido que pronto entendieron que don Alfonso no tenía intención de iniciar nuevas disputas territoriales con el rey de León, sino acordar una paz duradera.

«La perspectiva que solo concede la edad», razoné. «Don Alfonso tiene ya cincuenta y cuatro años, aunque su energía no parece flaquear», pensé.

Las conversaciones se iniciaron al ponerse el sol. Tuvieron lugar en un amplio salón del castillo y se alargaron hasta bien entrada la noche. De todo lo discutido, don Alfonso me haría un resumen detallado al día siguiente ya que, por una vez, el rey me concedió descanso mientras otros señores de su curia lo acompañaban en la reunión.

—Descansa mientras conversamos, Bernardo —me dijo posando una mano en mi hombro—. Esto es un simple acercamiento. Las negociaciones de verdad se llevarán a cabo cuando esté presente el rey de León. Será entonces cuando te necesite a mi lado. Lo de hoy es solo un mero trámite previo.

—Lo sé, alteza. —Y vi cómo don Alfonso y seis consejeros de los nuestros, con otros siete leoneses, se encerraban en el salón principal. Se ordenó a dos lanceros custodiar la puerta hasta que la reunión concluyese.

Como mi apetito estaba saciado por tan succulenta comida, decidí aislarme en mi aposento para poder conciliar un sueño apacible.

Yo tenía ya cincuenta y seis años y no recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de un sueño reparador; probablemente desde la infancia, ya que un soldado que se precie, y más un consejero del rey, ha de dormir siempre con un ojo entreabierto. Siempre.

No pude pegar ojo. Quizá sea ese el precio a pagar por haber librado tantas batallas, haber recorrido tantos caminos y haber velado tantas noches. Las consecuencias a las que un guerrero se enfrenta no siempre son la gloria y el honor, también entran en juego los entresijos de un pasado sangriento y no pocas frustraciones. Con frecuencia aparecen en mi cabeza y en mis

pesadillas los rostros de aquellos hombres a los que he arrebatado la vida. Son sus fantasmas, que tratan de atormentarme recordándome que tal vez tenían una mujer y unos hijos esperándolos en casa. Supongo.

Decidí salir a tomar el aire para disipar los espectros de mi mente. En el ocaso del día, en el castillo reinaba el silencio, salvo por algunos murmullos que procedían del salón real. Me pareció buena idea subir a una de las torres y contemplar desde lo alto la aparición de las primeras estrellas, como hacíamos en San Juan de la Peña. No me crucé con ningún guardia en los pasillos y muy pronto me encontré contemplando en silencio el bello cielo del anochecer que se extendía sobre Soria. Intenté recordar los nombres de las estrellas que el judío Abrahán de Huesca nos había enseñado en el monasterio.

Pasé un buen rato con la vista perdida en el cielo y cuando me decidí a volver al dormitorio me percaté de que no estaba solo. La mujer leonesa que había reconocido un día antes me miraba desde la puerta del torreón. Por lo visto, me había seguido.

—Doña Elvira de Toro... ¿Sois realmente vos, señora?

Ella se quitó la capucha y asintió.

Cuando la conocí era una bella mujer de veintinueve años, hermosa, flexible como un junco y de pechos firmes y rotundos. Desde entonces habían transcurrido casi dos décadas. Su cabello rojizo había encanado en algunas partes y en sus ojos verdes, antes vivaces y alegres, residía la sombra de la amargura. Su rostro se había vuelto pálido y estaba algo hinchado.

—Bernardo de Jaca... —suspiró ella.

No estaba sola. La acompañaba un joven raquítico que parecía muy frágil, débil y enfermo. Tenía la boca a medio abrir y babeaba. Sus ojos, horriblemente enormes y redondos, brillaban irritados y llorosos, bizcos en algún lugar inconcreto. No parpadeaba. Su cuerpo se sacudía con leves temblores cada pocos momentos. Tenía la frente ancha y prominente y las mejillas hundidas. Las piernas y los brazos eran desproporcionadamente largos y flacos, y el pecho y el estómago parecían como aplastados sobre las costillas y los intestinos. Su figura era tan patética que me inspiró una profunda lástima.

—Espera dentro —le ordenó doña Elvira. Y el chico, con la mirada perdida en el vacío, obedeció sin chistar y regresó al interior del torreón—. Es una larga historia —añadió dirigiéndose a mí.

—Mi señora, yo no soy quién para prejuizar nada.

Ya a mi lado, doña Elvira se tomó tiempo para analizarme de arriba abajo.

—Habéis envejecido, mi señor Bernardo —dijo con un tono jovial. Y al escucharla, tuve la impresión de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que sus labios dibujaran una sonrisa—. La calvicie os respeta, aunque el volumen de vuestro cabello ha menguado, sin duda. Y todas esas arrugas en torno a los ojos. Por no mencionar que la última vez que os vi esa cicatriz no cruzaba vuestro rostro.

Frente a mí, doña Elvira se sentía alegre y confiada, pese a la angustia siempre latente en su rictus. Sonreí abiertamente a sus comentarios.

—Además, me falta un dedo —completé, y se lo mostré—. Me lo seccionó un guerrero almorávide en Cutanda.

Conversamos sobre asuntos intrascendentes un rato bajo luz de la luna, que acababa de asomar en la sierra del sureste. Soria se adormecía a nuestros pies. Despachar algunos episodios de mi vida con doña Elvira me trajo el recuerdo de una época lejana, largo tiempo olvidada. Ella quiso saber en qué contiendas me había visto enrolado desde que nos despediéramos en el Castellar. Le conté con detalle la conquista de Zaragoza y la expedición a Al-Andalus, y luego le pregunté qué le había deparado el destino.

—Salvadas tantas batallas, mi vida no ha sido distinta a la vuestra —respondió cabizbaja—. Como vos al rey Alfonso, yo he servido a doña Urraca, hasta el día de su muerte, con total lealtad. Triste acontecimiento aquel y triste existencia la que mi reina vivió. Su carácter era más duro que el de ninguna otra mujer que haya conocido. ¡Era tan valerosa! Poco antes de su muerte le prometí velar por su hijo como si fuera mío y me ofrecí para participar en esta misión.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Supuse que os vería aquí —contestó. Sin darme tiempo a replicar nada, se acercó al pretil que nos protegía de una caída mortal.

—Tened cuidado, mi señora. Ese antepecho es demasiado bajo, todavía no lo han acabado de construir.

—Descuidad. —En el rostro de doña Elvira reinaba el desconsuelo.

—Mi señora, creo que os sucede algo terrible. Tal vez me equivoque, pero parecéis soportar una pena muy grande.

—He llevado una vida marcada por la desgracia, don Bernardo —reconoció al fin sin dilaciones—. No deseo aburriros ahora con mis pesares, pero mi marido huyó de León y se marchó al exilio a Sevilla, en la tierra de los sarracenos. Tiempo después supe que se casó allí con una mujer más joven, una bella musulmana. Os pido, Bernardo, que no me preguntéis por

cómo me enteré de ello. No estoy orgullosa del camino que seguí para saberlo.

—Como ya os he dicho, no es asunto mío preguntar ni mucho menos juzgar —dije solemne.

Doña Elvira emitió un largo suspiro, cerrando los ojos.

—Supongo que no pasa nada si os cuento por qué se marchó mi esposo. ¿El motivo?, di a luz a un varón que él no quiso reconocer como suyo. Fue un parto complicado, lleno de dificultades. Aquella noche me sentí morir. Era verano y llovía de modo torrencial; los relámpagos iluminaban todo el cielo y el eco de sus truenos hacía temblar los tejados con una violencia nunca antes vista. El médico que me asistió en el parto dijo que si mi hijo superaba esa noche, viviría; pero que serían unas horas muy largas. Así que cuando lo tuve en mis brazos me senté con el recién nacido en la oscuridad, escuchando la tronada y su respiración débil y entrecortada, sus toses y sus gemidos.

—¿Sobrevivió? —pregunté.

—Sí, sobrevivió. Pero cuando creció y se hizo mayor, mi marido no soportaba mirarlo a la cara. Mi esposo tenía los ojos grises y el cabello claro; y yo, ya me conocéis, melena rojiza y ojos verdes. Además, mi hijo nació enfermo; era un niño deforme y aquejado de raquitismo. Durante mucho tiempo me odié por haber dado a luz a ese ser enfermizo y horrible. ¿Qué clase de madre puede sentir algo así? No quería ver aquellos ojos dementes mirándome con una fijación obsesiva. E incluso supliqué a Dios: «Llévatelo, Señor, deja que muera». Y entonces consideré que yo era la peor mujer que había existido.

En la corte de León mi marido y yo nos comportábamos como se esperaba de dos esposos de tan alta condición. Sin embargo, en la intimidad del hogar, nuestra vida era terrible. «¡Dime la verdad, ramera!», me gritaba él cada noche. «¡No es mi hijo, es un bastardo! Yo no tengo hijos. Lo sé, lo veo. ¿Con quién te acostaste a mis espaldas? ¿Con qué demonio has fornicado para engendrar un monstruo así?».

»No solo me gritaba, también me pegaba. En la cara, no, pues las lesiones hubieran dejado su huella y se habrían hecho visibles. Me golpeaba en el estómago con el puño cerrado o me pateaba a traición por la espalda. Hasta que un día se marchó de casa y nunca más volvió. Mi vida es la letra de la más triste canción, don Bernardo.

—Lo lamento, doña Elvira. Lo lamento de veras.

—Lo curioso es que mi marido llevaba razón —siguió ella sin apenas escucharme—. Y, en verdad, el niño no era suyo, aunque nunca le revelé

quién fue el verdadero padre. En el fondo, él siempre supo que yo mentía. Mi falacia lo enloquecía. Por más que me preguntó, por más que me maltrató, yo le juré y perjuré que mi hijo era fruto de su semilla y que el parto había sido prematuro. Mentí. Pensadlo, don Bernardo, si ya me trataba de tal manera, ¿cómo habría obrado de haberle confesado la verdad?

—Lo lamento, doña Elvira. Lo lamento de veras —repetí palabra a palabra. No sabía qué otra cosa decir. Aquello me había cogido por sorpresa. Había salido a dar un paseo nocturno y ahora me encontraba escuchando la triste historia de doña Elvira de Toro.

—No quiero que me toméis por una ramera —continuó doña Elvira—, pues no soy tal. Yací con otro hombre, sí, poco antes de casarme con mi marido. Soy una mujer maldecida, don Bernardo, y me dejé llevar por el deseo carnal la noche que no debía. Vos estabais allí, conmigo, tras el enlace matrimonial del rey Alfonso y la reina Urraca. El frío de aquella noche agrió el vino de la cosecha. ¿Recordáis lo que os dije, don Bernardo?, ¿lo recordáis?

No me costó esfuerzo alguno buscar en mi memoria.

—Me contasteis que una vez vuestro padre os dijo que era de mal fario casarse el día en que se hiela el mosto de la vendimia.

—Así es, don Bernardo, así es. Pero la maldición no solo cayó sobre doña Urraca y don Alfonso, también cayó sobre mí, sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros?

—¿Todavía no lo habéis adivinado? Lo repetiré: yací con un hombre, solo con uno, antes de casarme —empleó un tono que me heló hasta la sangre—. Y por tentar a la maldición, la enfermedad sentenció de por vida a mi hijo..., nuestro hijo.

Me volví de inmediato hacia la puerta entreabierta desde donde llegaba el sonido de una respiración seca y laboriosa; allí estaba la sombra del muchacho.

—Mi señor Bernardo, el joven que aguarda al otro lado de esa puerta es vuestro hijo —resolvió doña Elvira—. Tiene diecisiete años, aunque aparenta menos. Al principio es tímido, reservado, tartamudea constantemente y apenas utiliza palabras. No sabe hilvanar dos frases seguidas, pero posee un carácter alegre y es bondadoso y cariñoso una vez se lo conoce.

»Mi vientre tardó en abultar y mi marido no sospechó de que no se cumplieran los plazos de gestación que lo atañían a él. Tras coincidir con vos en el Castellar, oculté mi vientre con ropas holgadas; era invierno y vestía prendas amplias, así que nadie advirtió que estaba preñada. ¡Oh, don

Bernardo, cuánto me alegra haberos encontrado! He liberado una carga muy grande al contaros lo ocurrido. Nuestro hijo se llama...

—No quiero saber su nombre —la interrumpí de golpe.

—¡Oh, don Bernardo!, ahora que al fin nos hemos reencontrado quizá podamos tener la vida que alguna vez soñamos.

Doña Elvira no me escuchaba. Se comportaba de una manera caótica, atropellada en sus gestos y sus palabras. Nadie podía culparla por ello. No quería ni imaginar el peso que había tenido que soportar.

—¡Oh, don Bernardo!...

—Doña Elvira, os ruego que prestéis atención a lo que os digo...

—... y vivir por siempre felices. Cuidaremos de nuestro hijo y seremos prósperos y afortunados. Y nos amaremos como aquella última noche. Lo recordáis, ¿no es cierto?

Cerré los ojos con fuerza. Me dominaba una extraña sensación como nunca antes había sentido, pero no supe definir de qué raro sentimiento se trataba; tal vez alguna emoción jamás manifestada. Fuera lo que fuese, cobró sentido en un momento, con un impulso certero, y se adueñó de todo mi cuerpo.

—Vos sois el padre de ese chico, Bernardo. Vos y yo... Vendréis conmigo o me llevaréis con vos, ¿verdad? Viviremos juntos hasta el fin de nuestros días, en algún lugar tranquilo. Sé que alguna vez me amasteis, lo sé de corazón. No habéis amado a nadie más. Nunca. Lo sé. Lo intuyo.

—Mi dulce Elvira... —susurré con cierto tono de amargura—. No os falta razón. Os diré que la mayor parte de mi vida he convivido con hombres; he reído con ellos, he comido con ellos, he cabalgado con ellos y he matado a muchos de ellos. Pero, sí, solo he amado a una persona, solo a una, en toda mi vida. —La acogí con mis manos y nos fundimos en un largo abrazo—. Solo he deseado a una persona, mi dulce Elvira, solo a una..., pero no sois vos. Lo siento, mi señora, lo siento. Yo no tengo hijos —recité como supongo que había hecho su marido y al momento me separé de ella.

Doña Elvira se echó las manos a la cara y dio unos pasos hacia atrás, confusa y como mareada. En la penumbra de la noche, las sombras de la luna la despistaron y tropezó en el antepecho del torreón, todavía sin rematar. Dio un traspies y se precipitó al vacío. En un instante vi desaparecer su cuerpo entre un ahogado chillido, rumbo al vacío, hasta que escuché el violento crujido de su cuerpo estrellándose de golpe contra el suelo.

Quedé como paralizado y aguardé unos instantes antes de recuperarme de aquel impacto.

Tomé una profunda bocanada de aire, me asomé al vacío y vi el cuerpo de doña Elvira, que se adivinaba inerte y oscuro allí abajo, tendido sobre la hierba bajo la luz de la luna. No se movía. Estaba muerta. Muerta.

Nadie merodeaba por la zona. Inspiré de nuevo aire hondamente y, con gran pesar, lo solté. Luego, más calmado, me volví hacia la puerta. Allí estaba el hijo de Elvira de Toro.

—Muchacho, entra aquí —le ordené.

Se oían los roncros jadeos del joven al otro lado. Este, al oír mi voz, empujó la hoja de madera con la mano. Se acercó a mí trotando lastimosamente, como un animal nervioso. Pese a la oscuridad, puede atisbar que tenía el corte de mi rostro y también el mismo cabello cuando yo era joven. Bajo aquellas facciones blandas, feas y deformes, fui capaz de recomponer una imagen borrosa de mí mismo en mi juventud.

—Tu madre ha caído al vacío y creo que ha muerto —le dije con voz fría—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Eh-eh, ¿qué-qué?

No era consciente de lo ocurrido. Creo que aquel pobre chico no diferenciaba entre la vida y la muerte. La vida fluía a su alrededor como una corriente desordenada por la que no valía la pena atormentarse. En cierto modo, lo envidié. Babeaba y sus ojos viraban en distintas direcciones. Tenía el tabique de la nariz desviado al lado izquierdo de la cara; el labio inferior torcido, leporino y grueso; los dientes irregulares, picados, unos mellados y otros afilados como sierras; sus cejas, muy pobladas, unidas por un hilo de pelo; la frente enorme y abultada, perlada por el sudor; las mejillas repletas de acné; y la baba se le caía por la comisura de los labios sin poder contener la saliva en su boca.

Lo miré de arriba abajo con verdadera lástima.

—Tu madre ha caído allí abajo, sobre la hierba.

—Ma-madre —balbució.

—Siempre te ha tratado como a un niño, ¿verdad?

—Ss-sí.

—Sin embargo, mírate: tú ya eres todo un hombre. Y ahora debes decidir algo muy importante. Dime, ¿qué clase de hombre quieres ser?

—Ma-madre —balbuceó asomándose al vacío, como queriendo encontrarla entre las sombras de la noche.

—¿Qué clase de hombre quieres ser? —insistí, paciente.

—Un-un... bu-buen hom-hombre.

—Un buen hombre. —Sonreí. Estaba nervioso y no dejaba de mirar hacia abajo, al cuerpo inerte de doña Elvira—. Sabía decisión, aunque has de saber que los hombres buenos escasean en este mundo. No obstante, tu madre afirma que tienes el carácter apropiado para ello.

—Ma-madre.

—Pero... ¿qué hace un buen hombre? Humm..., ¿cómo se comporta? —El chico, a tres pasos de distancia, me miraba con rostro apático y cansado—. En un buen hombre, ¿cuál es la cualidad más importante a considerar? ¿Qué respondes?

—La bon-bondad.

—La bondad, sí —repetí. Y cerré los ojos por un momento. Cuando los abrí, el muchacho continuaba contemplándome ensimismado, sin expresar nada—. He de confesarte que, si alguien pudiera ver cómo ha sido toda mi vida, no podría decir precisamente que he sido un buen hombre. He pecado, chico, he pecado hasta la saciedad. Claro que los hombres cercanos al poder gozamos de un millar de ventajas con respecto a los demás. He robado; he mentido; he manipulado; he ambicionado; he tenido pensamientos pecaminosos; he caído en la tentación; he bebido hasta perder la consciencia; he ignorado y despreciado al pobre. ¿Qué clase de hombre hace algo así? He matado siguiendo órdenes y también he matado por cuenta propia. Envenené al rey Pedro porque anhelaba ver a otro sentado en su trono. He quitado la vida a muchos hombres. No, no soy un hombre recto y mucho menos bueno. ¿Puedes decirme de qué carezco?

—De ho-honor. ¡Ca-careces de honor! —escupió como una bestia. Ni siquiera me molestó que alterara su rictus y alzara el tono de su voz.

—No te lo puedo reprochar —le dije—. No tengo honor, cierto. Pero ahora tu madre está ahí abajo y tú estás aquí arriba conmigo, y tienes que tomar una decisión. Las puertas ya se cierran. ¿Quieres quedarte con un ser despreciable y deshonesto, como yo?

—Ma-madre.

—Lo suponía. De acuerdo, acepto tu decisión. Solo tienes que bajar estas escaleras y podrás reunirte con ella.

—No.

—Solo hay un camino posible —me asomé desde lo alto del torreón.

El chico se encaramó torpemente al muro. Jadeaba como si hubiera corrido todo un día sin descanso. Giró el cuello en ambas direcciones varias veces, alarmado. Tenía el pelo enmarañado y grasiento, y ahora que estaba de espaldas, vi que le brotaba una chepa abultada bajo la nuca. El joven arañó la

superficie de piedra con ojos tristes y olvidados. Y luego, tras una larga pausa, me miró a mí; y entonces, solo entonces, fui capaz de ver que había vida dentro de aquellos ojos torcidos. El fruto de mi semilla. Sangre de mi sangre. Mi descendencia. El chico me necesitaba. Me sentí un ser miserable, pero aún podía arreglar mi infamia. Solo dependía de mí. En mis manos estaba la potestad de concederle a mi hijo una vida cómoda, tal y como doña Elvira había querido.

—Yo... yo... —Mi hijo arrastró los pies hasta el canto y entonces me di cuenta de sus intenciones.

—¡No! —le grité—. Detente, espera, no saltes.

—Pa-padre —gruñó. Mi hijo avanzó hacia el precipicio, sin miedo, y extendió la mano para tocar mi rostro con una caricia ligera como una brisa de verano. Pero no llegó siquiera a rozarme, y el contacto de aquellos dedos se disolvió, y la tierra misma se tornó humo bajo sus pies, un humo que subía, girando, entre tartamudeos y jadeos; y entonces se precipitó al vacío de un torpe salto y empezó a caer, a caer, a caer... Y su destino quedó por siempre ligado al de su madre.

Un buen rato después, cuando mediada la noche terminó la reunión de don Alfonso con los leoneses, yo ya me hallaba en el aposento. Ni en el camino de ida ni en el de vuelta al torreón me había cruzado con persona alguna; por tanto, nadie había visto lo sucedido en lo alto del muro.

Me encontraba recostado con los ojos cerrados cuando la puerta se abrió.

Era don Alfonso. Parecía cansado y, además, su gesto denotaba preocupación.

—Acompáñame. Ha ocurrido algo grave.

Me levanté rápidamente y seguí al rey por los pasillos. Descendimos a la planta inferior y, una vez ahí, don Alfonso dirigió el paso a los jardines. Un grupo de unas quince personas conversaba y gesticulaba sumido en las sombras que dibujaban un par de candiles. Aquel lugar me resultó inhóspito.

Cuando nos acercamos, vi los cuerpos sin vida de la mujer y del muchacho. Sabía de quiénes se trataban, claro. Decidí permanecer callado y escuchar el juicio de los leoneses. El veredicto llegó apenas unos instantes más tarde. Alguien explicó que la mujer y el joven muertos eran doña Elvira de Toro y su hijo, que estaba muy enfermo y padecía problemas mentales. Llegó a la conclusión de que el joven, en un ataque de locura, se había lanzado con su madre desde lo alto del torreón.

—Siempre desconfié de ese chico —comentó uno de los consejeros—. Os advertí de que algo así pasaría si no tomábamos cartas en el asunto. Doña Elvira estaba cegada por el amor de madre y nunca se percató del problema que suponía su hijo.

Nadie hizo preguntas y al poco nos retiramos mientras unos criados de los embajadores leoneses recogían los cadáveres.

De vuelta a los oscuros corredores del castillo, don Alfonso se colocó a mi lado y me habló.

—Te veré por la mañana, Bernardo.

Hice una reverencia y me retiré.

—Espera —me llamó—. Sé que hace años te relacionaste con la mujer que ha fallecido. Lamento su muerte. Espero que te encuentres bien.

—Solo era un recuerdo, alteza. Nada más.

Don Alfonso me lanzó una mirada severa. Lo sabía. El rey sabía que yo había estado allí antes y conocía mucho más de lo que me contaba.

—Bernardo, te lo voy a preguntar una sola vez. Responde lo que respondas, creeré en tu palabra: ¿has tenido algo que ver con las muertes de esa mujer y de su hijo?

—No, mi señor. Pero, si así fuera, ¿de verdad querríais saberlo?

Todos los recuerdos de doña Elvira de Toro anteriores a su muerte se alejaron de mí a una velocidad de vértigo. Era una sensación extraña, como si la persona que mentía cada noche nunca hubiera sido yo, ni esas mentiras las mías. De este modo es como cambian las personas, pensé, solo que nadie se da cuenta de ello. Lo que me estaba ocurriendo, únicamente lo sabía yo. Podía intentar explicarlo, pero nadie me entendería. Nadie me creería y, en caso de que así fuera, nadie llegaría a entender de verdad cómo me sentía. La mayoría de la gente, de haber sabido quién era el verdadero Bernardo de Jaca, solo hubiera visto en mí una amenaza, un reto a la forma más habitual que tiene la mayoría de entender este maldito mundo.

Tras sopesar numerosas alternativas, al fin acordamos con los leoneses que el encuentro entre los dos reyes tendría lugar en la villa de Támara, en la amplia llanura que se extiende unas cuantas millas al norte de Palencia.

La entrevista se celebró el último día del mes de julio. El sol caía como plomo fundido sobre la planicie de Tierra de Campos. Los leoneses habían levantado una almohalla, que es como los sarracenos llaman a un pabellón rodeado de una cerca de estacas, al lado del curso de un arroyo que esos días estaba seco.

Mediada la mañana nos acercamos con cierto recelo desde nuestro campamento, instalado la tarde anterior al este de la villa de Támara, hacia el pabellón de don Alfonso de León. En aquella llanura era difícil preparar una emboscada, pues podía atisbarse cualquier movimiento de tropas muchas millas a la redonda, aunque yo no estaba seguro de las verdaderas intenciones de los leoneses y previne a mi señor para que no relajáramos la guardia.

Estábamos a un centenar de pasos del pabellón leonés cuando un portaestandarte se acercó al galope mostrando una banderola blanca con un león rampante bordado en rojo.

Al llegar hasta nosotros inclinó la cabeza con una reverencia y saludó:

—Mi señor el rey de León os da la bienvenida y os invita a que me sigáis.

El rey de Aragón asintió y continuamos al paso tras el caballero, a cuyo lado se colocó nuestro portaestandarte con el pendón rojo y amarillo.

A la entrada de su campamento aguardaba el joven don Alfonso Raimúndez; tenía veintidós años y lucía una sonrisa que me pareció franca y sincera. Aquello me tranquilizó.

—Querido padre —dijo el leonés con afabilidad extrema—, al fin puedo conoceros.

Mi señor descendió de su caballo y se acercó hasta el hijo de la que había sido su esposa.

—Sois igual que vuestra madre.

—¿Puedo daros un abrazo?

—Claro.

Los dos reyes se abrazaron ante el júbilo de los presentes, que gritamos «¡Aragón, Aragón!» y «¡León, León!». Nadie se atrevió a mentar Castilla.

Tras las presentaciones, entramos en el pabellón, donde se habían dispuesto dos sillones de cuero repujado para los reyes y doce sillas de tijera para los consejeros. Entre los aragoneses se encontraban el vizconde Gastón de Bearn y el conde Céntulo de Bigorra.

—Mi señor padre —comenzó a hablar don Alfonso de León, que tomó en su mano el cetro, el mismo que ya luciera su madre doña Urraca en la boda con mi señor—, es mi deseo acordar una paz duradera y sincera entre nuestros reinos y que ambos podamos atender a la conquista de los territorios en poder de los sarracenos sin que nos perturbe duda alguna.

—Estoy de acuerdo —aprobo mi señor.

—Como han tratado nuestros consejeros, reconozco vuestra soberanía sobre las regiones de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Soria y su tierra hasta Belorado, Castrojeriz y San Esteban de Gormaz incluidos, y La Rioja hasta la sierra de la Demanda, y los derechos a la conquista de Molina. A cambio, os pido que me entreguéis las tierras, villas y castillos que me corresponden por derecho de mi abuelo el rey don Alfonso, es decir, la región de los Montes de Oca, la tierra de Burgos hasta Pancorbo y Briviesca incluidos, Sigüenza y Medinaceli, que vuestra alteza ha recuperado pero que antes fueron de mi abuelo, pues se perdieron tras la derrota de Uclés.

También os pido que renunciéis al título de Emperador, pues debo ser yo quien lo utilice al ser propio de los reyes de León.

Don Alfonso de Aragón se atusó la barba y miró fijamente a su hijastro.

—Hijo, sois un hombre ambicioso y pedís demasiado —asentó mi señor. En ese momento creí que el acuerdo debatido durante tantas semanas iba a romperse—, pero sí, estoy de acuerdo con todas esas cláusulas.

Al escuchar la aceptación del rey de Aragón, los presentes suspiramos aliviados. No habría guerra entre Aragón y León.

—En ese caso, aquí están las cartas para que las firmemos.

Los escribanos las acercaron a los reyes y ambos firmaron con su nombre y su signo.

Respiré profundamente; todos lo hicimos. No habría guerra entre leoneses y aragoneses, pero Castilla, ¿de quién era Castilla?

Si alguno de los que estábamos con don Alfonso creyó que mi señor iba a detenerse para descansar, se equivocó, porque nada más acabado el banquete con el que se celebró la firma de las paces de Támara nos reunió a todos sus consejeros para decirnos que estuviéramos preparados para ir a Molina, pues había ganado el derecho a conquistarla y la quería tomar antes de emprender las conquistas de Fraga, Lérida y Valencia.

Conocía a mi señor desde que éramos niños, pero cada día a su lado me seguía preguntando de dónde sacaba la fuerza y el vigor para seguir adelante, para planear una nueva campaña, una nueva batalla, una nueva victoria.

En agosto don Alfonso concedió privilegios a los de Tudela; luego pasamos por Zaragoza, donde disfrutamos de una semana de descanso y asistimos a las obras de derribo de la mezquita mayor, ya consagrada como catedral cristiana, antes de seguir aguas abajo del Ebro hasta unas cincuenta millas, donde esperamos el ataque de los musulmanes de Lérida, que no se produjo.

A comienzos de octubre pasamos unos días en Daroca y desde allí visitamos el castillo de Monreal, donde los caballeros de la Orden de Cristo atravesaban por serias dificultades ante la falta de jóvenes que quisieran enrolarse bajo sus estandartes. Nos asentamos en la población de Celia, una villa ubicada a las puertas de viejo reino de Albarracín, en una amplia llanura antaño regada por un canal, obra prodigiosa de los antiguos, que ya no estaba en uso pero cuyo trazado podía seguirse a lo largo de quince millas.

Desde allí atravesamos la sierra de Albarracín hacia el oeste, por unas montañas de rocas rojizas, pinos y sabinas, y pusimos cerco a Molina, la tierra que gobernara Ibn Galbún, aquel sarraceno amigo del Cid que matamos en Cutanda.

Ocupadas Soria, Medinaceli y Sigüenza, la de Molina era la única conquista que le quedaba a don Alfonso para convertirse en señor de toda la antigua Celtiberia, la tierra que ahora se conoce como la Extremadura de Castilla y de Aragón.

Los sarracenos de la villa de Molina estaban avisados de nuestra llegada, de modo que se aprestaron a la defensa, parapetados en sus formidables castillo y murallas. Instalamos un campamento provisional en una posición elevada cerca de los muros, pero don Alfonso, tras inspeccionar los alrededores, observó que a poco menos de una legua, hacia el sureste, aguas arriba del río Gallo, se alzaba un otero sobre el que se había levantado un torreón y una cerca de piedra.

—Ese es el mejor lugar para asentarnos y asediar Molina —me dijo señalando el altozano con su fortificación—. Que se preparen los hombres, lo tomaremos al asalto —me ordenó.

No hizo falta. La media docena de soldados que habitaba Castilnuevo se rindió en cuanto nos colocamos bajo sus muros, tras prometerles que les perdonaríamos la vida.

Habilitamos aquel castillo a toda prisa, pues el invierno es muy duro en esas tierras altas de Molina, porque, aunque no nieva tanto como en las montañas del norte, los hielos que se desatan durante las madrugadas son tan intensos que llegan a matar a hombres y bestias si no están a cubierto y al abrigo con abundantes ropas o al lado de un buen fuego.

Don Alfonso me dejó al mando de la hueste y se marchó varias semanas a resolver algunos asuntos que había dejado pendientes en La Rioja. Pese a estar en territorio enemigo, aquellas semanas de diciembre y enero fueron las más tranquilas de mi vida. Hacía tanto frío que apenas salimos de los muros de Castilnuevo en esos dos meses, limitándonos a comer y mantenernos calientes para evitar morir congelados.

Un día de mediados de enero una manada de seis lobos y cuatro lobeznos merodeó muy cerca de la fortaleza. Uno de los vigías me avisó de su presencia. Superando mi miedo, todavía recordaba aquella noche en que nos rodearon en los alrededores de San Juan de la Peña, acudí con diez soldados para ahuyentarlos. Aquellas bestias estaban tan hambrientas que ni siquiera huyeron cuando nos vieron acercarnos armados con nuestras espadas, lanzas y arcos. Los abatimos a todos. Con las pieles de tres de ellos me hice un confortable abrigo que aún guardo.

El rey regresó a mediados de febrero de 1128; todavía hacía un frío intenso y helador pero los días ya eran más largos y las noches más cortas. Para mantener el asedio recibimos ayuda del obispo de Zaragoza, al que en compensación mi señor le entregó la aldea de Longares, en los llanos de Cariñena, y repobló la de Celia, la del Canal.

El escriba Iñigo, que en aquellos días siempre acompañaba al rey de Aragón, dejó escrito en uno de los diplomas que mi señor don Alfonso reinaba en Aragón, Castilla, Pamplona, Sobrarbe y Ribagorza y que dominaba toda la tierra hasta Celia y Molina.

Llevábamos ya ocho meses ante aquellos muros, pero los tercios molinéses no se rendían. No tenían ninguna oportunidad de vencernos, no iban a recibir ninguna ayuda que los librara de nuestro asedio y no podían albergar ninguna esperanza de que nos retiráramos, pero se negaban a entregarnos sus casas y

sus haciendas, pese a que eran conscientes de que la caída de su villa era cuestión de tiempo, solo de tiempo.

En verano el rey me volvió a dejar al frente de Castilnuevo y se afanó en repoblar la tierra llana de Soria y Almazán, a la vez que reforzaba la frontera sur con el Imperio de los almorávides, otorgando las aldeas de Singra y Torrelacárcel al monasterio de Montearagón, a fin de que dotara con sus rentas los recursos necesarios para la defensa del reino.

Aquellos días también donó a la Orden de Cristo de Monreal un quinto de las rentas reales, tal cual recomendó Gastón de Bearn, y le otorgó el privilegio de ingenuidad, como el que disfrutaban las Órdenes fundadas en Jerusalén.

—Monreal será la primera etapa en el camino que pienso emprender hacia Jerusalén en cuanto ocupe Molina, Fraga, Lérida y Valencia —me dijo.

Y vaya si lo hizo. Como las tierras entre Daroca y Valencia estaban casi desiertas, pues muy pocos se atrevían a vivir en una frontera tan peligrosa, también concedió a la Milicia de Cristo de Monreal varias villas y aldeas, además de mil sueldos de renta anual de las propiedades reales en Jaca y Zaragoza, quinientos cahíces de trigo y otros tantos de ordio.

Mientras el rey andaba ese verano y ese otoño por Almazán, Daroca y Calatayud, fundando otro Monreal en el curso del Jalón, yo permanecí en Castilnuevo, sumido en el tedio de esperar a que los de Molina decidieran rendirse al fin. Solo el ajedrez, partidas de caza y algunas cabalgadas por los alrededores me rescataban por unas horas del aburrimiento.

Cuando mediado noviembre regresó don Alfonso a Castilnuevo, me contó que el rey de León se había casado a comienzos de ese mes en la villa de Saldaña con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona y de la condesa Dulce de Provenza. Torció el gesto, pues me confesó que temía que con aquella boda se hubiera acordado, como ya habíamos sospechado por la revelación que nos hicieron, una alianza secreta entre el conde de Barcelona y el rey de León contra los intereses de Aragón. En Saldaña se había celebrado un festejo en el que unos hombres a pie y a caballo habían lidiado dos toros, a los que habían alanceado entre grandes regocijos de los asistentes al espectáculo. Y también me comentó que hacía meses que había muerto don Pedro Froilaz, aquel conde de Traba que tanto defendió los intereses del hijo de doña Urraca y que llegó incluso a proclamarse príncipe de Galicia.

A comienzos de diciembre, más de un año después de que pusiéramos sitio a sus murallas, Molina se entregó al fin. Cualquier conquistador, ante el encono y tenacidad de los molineses, hubiera arrasado aquella villa, derruido sus muros hasta los cimientos y acabado con las vidas de todos sus

moradores. Pero don Alfonso no lo hizo. Su generosidad para con los vencidos volvió a destacarse y los perdonó, pese a que habían retrasado durante todo un año sus planes de conquista.

El mismo día que entramos victoriosos en las calles de Molina, el secretario Pedro de Peñarroya escribió en un documento que don Alfonso de Aragón y de Pamplona reinaba en toda Castilla. Nadie osó contradecirlo.

Asentado el dominio sobre Molina y tras las navidades, frías, con abundantes nieves y mucho hielo, como acostumbra en esas tierras, recorrimos la Extremadura de Castilla hacia el norte y La Rioja, que tras el acuerdo de los dos monarcas habían quedado para mi señor, pero que el de León no dejaba de reclamar. Desde allí fuimos a Ejea y luego a Sos y Huesca.

Nos detuvimos algún tiempo en Zaragoza, para cuya sede episcopal, vacante desde la muerte de don Pedro de Librana, el rey nombró a Esteban, el obispo de Huesca, que nunca llegó a tomar posesión de esa sede episcopal.

Un día de fines de invierno, mientras deambulábamos por el patio del palacio de la Aljafería contemplando las delicadas filigranas de yeso fabricadas por los alarifes musulmanes, don Alfonso se detuvo de repente y me cogió del brazo.

—Ha llegado la hora de abordar la conquista de Valencia —me dijo.

—Todavía no hemos ocupado ni Fraga ni Lérida ni Tortosa —me apresuré a recordarle.

—No importa. Ando camino de los cincuenta y siete años; no creo que me quede mucho tiempo de vida. Quiero ver las murallas de Jerusalén y rezar en la iglesia del Santo Sepulcro antes de morir. Deseo presentarme ante la tumba del Señor con Valencia en mis manos.

—¿Valencia? —volví a preguntar.

—Valencia, sí.

En abril ya estaba formada la hueste, un cuerpo expedicionario de unos trescientos soldados que partimos hacia el sur tras la estela del rey de Aragón. No éramos suficientes para conquistar esa ciudad y mi señor lo sabía, de modo que planteó esa campaña como un reconocimiento para preparar un futuro ataque al frente del número de soldados necesarios para ocupar Valencia, que requería de un esfuerzo similar al desplegado en Zaragoza.

Pasamos por Daroca y Monreal, bordeamos una muela sobre la que había una aldea musulmana llamada Teruel, justo donde se juntan los dos ríos que

discurren ya unidos hasta Valencia, y llegamos a las puertas de esa ciudad a principios del mes de mayo.

Quinientos. Éramos pocos para conquistar una ciudad tan grande y poblada como aquella, pero suficientes como para causar importantes daños a nuestros enemigos y recorrer aquellas tierras atemorizando a los escasos pobladores musulmanes que quedaban.

Durante varias semanas de aquella primavera de 1129 saqueamos los alrededores de Valencia y en verano nos adentramos hasta Alcira y Cullera, a cuyas puertas libramos una batalla en la que, pese a nuestra inferioridad en número, resultamos victoriosos ante un improvisado ejército almorávide. Algunos de sus guerreros eran jóvenes negros reclutados en África que no sabían sostener una espada en sus manos.

Nuestra victoria fue total. Dejamos sobre el campo de batalla a cientos de muertos, muchos de ellos abatidos bajo las pezuñas de sus propios caballos, atropellados en la desordenada huida que emprendieron tras nuestra contundente carga de caballería, con las lanzas bajo el brazo, como nos había enseñado don Lope Garcez. ¡Cuántas victorias le debíamos a la táctica del *aitán*!

En la batalla de Cullera los sarracenos nos superaban en cinco a uno al menos, pero pese a nuestra inferioridad los aplastamos sin piedad y los hicimos huir despavoridos. Sobre el campo de batalla, mientras nuestros soldados recogían un cuantioso botín, don Alfonso me miró lleno de majestad y de gloria. En ese momento creí que aquel hombre a quien yo tanto amaba era invencible.

Carecíamos de suficientes guerreros como para tomar Valencia, la gran ambición de don Alfonso, y no tuvimos más remedio que volver a Aragón cargados de riquezas, pero con la idea de regresar pronto para conquistar esa ciudad y luego a Jerusalén.

Los soldados que nos acompañaron, algunos veteranos que habían combatido en todas las conquistas, decían que nuestro rey estaba tocado por la mano de Dios y que en cada batalla que libraba se manifestaba de su lado la ayuda divina, que se derramaba a raudales sobre mi señor confiriéndole la victoria.

Tiempo después supimos que cuando el emir de los almorávides se enteró de aquella derrota de su ejército envió cartas a sus gobernadores en las principales ciudades de Al-Andalus en las que se quejaba con toda amargura por el desastre y recriminaba la cobardía de los soldados vencidos, a los que les decía que deberían estar ordeñando ovejas en vez de ensillando caballos y

los amenazaba con aplicarles todo tipo de castigos y enviarlos al destierro en lo más profundo del desierto.

De vuelta de la campaña de Valencia pasamos por Teruel, de nuevo dejándolo de lado, y acudimos a Celia, donde don Ato de Orella había recibido el encargo del rey de instalar repobladores. Recalamos unos días en Monreal, donde la Orden de los caballeros de Cristo que fundara cinco años antes don Alfonso no acababa de asentarse. En aquel castillo, poco más que un torreón rodeado de una cerca y una tapia circular, emulando a la ciudad de Jerusalén, solo habitaban tres caballeros, dos novicios y media docena de sirvientes.

—¿Qué podríamos hacer para que en esta Orden ingresen nuevos caballeros? —preguntó don Alfonso a la vista del escaso éxito de su iniciativa.

—Entregadla al Temple —le propuso don Gastón de Bearn, que andaba aquellos días con nosotros.

—¿Al Temple?

—Sí, a los caballeros templarios.

—¿Los templarios son esos caballeros que han jurado defender a los peregrinos que viajan a Tierra Santa? —preguntó el rey mientras contemplaba desde lo alto del torreón del castillo de Monreal la llanada del valle del Jiloca.

—Sí, mi señor; constituyen una de las tres Órdenes establecidas en Tierra Santa. Su mentor y maestre es Hugo de Payns, un noble y esforzado caballero vasallo del conde de Champaña. Don Hugo fundó la Orden del Temple hace nueve años en Jerusalén. Se presentó ante el rey Balduino y le pidió que le concediera un solar en esa ciudad para sede de una Orden de caballeros cristianos cuya misión principal sería consagrar su vida a la defensa de los peregrinos que acudieran a visitar el Santo Sepulcro del Señor, ya liberado del poder de los sarracenos. El rey Balduino se entusiasmó con aquella idea y le concedió el lugar donde había estado el templo de Salomón, una gran explanada en la que los musulmanes levantaron dos mezquitas, que llamaron de Ornar y de Al-Aqsa.

—Seguid hablando, don Gastón. —El rey Alfonso estaba entusiasmado con aquel relato.

—Como bien sabéis, yo he estado en Jerusalén y conozco aquel santo lugar. Pues bien, Hugo de Payns purificó la mezquita de Al-Aqsa, que significa La Lejana en la lengua de los árabes, y consagró allí la iglesia de su nueva Orden, que al estar ubicada en el solar del Templo pasó a ser conocida como la milicia de los caballeros del Templo, los templarios.

—Templarios... ¿Han jurado esos caballeros algún tipo de votos?

—Claro, mi señor; además de los de pobreza, castidad y obediencia propia de los sacerdotes, juran defender con las armas a los cristianos y lealtad absoluta al papa —dijo don Gastón.

—Pero son soldados.

—Y monjes a la vez. Viven en comunidad, en un convento, como hermanos y frailes. Juran consagrar su vida a la verdadera fe y reniegan del trato con mujeres. Nada puede distraerlos de su deber en defensa de la cristiandad, que es su único cometido en esta vida desde que profesan esos votos.

—Necesitamos hombres como esos aquí, con ese espíritu de sacrificio y de entrega a la causa de Cristo —asentó el rey.

—Por lo que sé, varios de los fundadores andan ahora por los reinos cristianos de occidente buscando ayuda y reclamado el apoyo de reyes y nobles.

—Quiero conocer a esos caballeros y que me expliquen el espíritu que los anima a empuñar las armas y a entregar su vida por nuestra fe. Hacen falta muchos como ellos para restaurar el reino de los cielos en la tierra. —Don Alfonso estaba como extasiado ante las palabras de don Gastón.

—Procuraré que alguno de ellos venga ante vuestra alteza para que os explique con detalle quiénes son los templarios y qué pretenden.

—Hacedlo. Pero entre tanto, quiero que la Orden de Monreal se fortalezca aún más. A cuanto ya le he asignado hasta ahora, añadiré la mitad de las rentas de esta comarca, una cuarta parte de todas las rentas reales desde el puerto de Cariñena hasta Celia y la quinta parte de todo el botín que se capture a los sarracenos de aquí a Valencia.

—Sois muy generoso, alteza —dijo don Gastón de Bearn.

—Creo que es lo que necesitará esta Orden para consolidarse en Monreal. Y yo daré ejemplo y profesaré como un caballero más de la misma. ¡Don Bernardo! —el rey llamó mi atención.

—Sí, mi señor.

—Dispón con los escribanos y secretarios que los caballeros que profesen en la milicia de Cristo de Monreal se equiparen a esos caballeros templarios, que queden exentos del pago de impuestos, que se junten en hermandad y que tengan el privilegio de ser honrados con las misas y las indulgencias que disponga la Iglesia para ellos.

Tras reforzar la milicia de Cristo en Monreal con aquellos privilegios y en espera de entrevistarse con algún caballero templario, don Alfonso ordenó seguir camino Jiloca abajo por Daroca y luego hacia Pamplona y Castilla, pues el rey no se fiaba de la lealtad de los nobles de esas tierras pese al tratado firmado dos años antes con el rey de León.

Pasamos el otoño entre Tafalla, La Rioja, Burgos y Calatayud, asegurando aquellas tierras, concediendo buenos fueros y procurando que vinieran pobladores a asentarse en el territorio conquistado, pues se estaba despoblando ya que algunos sarracenos querían marcharse a Valencia, lo que don Alfonso impidió ordenando a los señores de Calatayud, Daroca, Soria y Tarazona que no dejasen partir a ninguno de ellos sin expreso permiso real.

Atravesábamos los llanos de Ejea, a principios de diciembre, cuando el rey comenzó a sufrir molestias en los ojos. Pese a ello no quiso detenerse y seguimos hacia Sos, donde ya no pudo aguantar más y tuvimos que descansar por unos días.

—Apenas podéis ver, mi señor. Permitid que os atienda el médico —le dije al rey al contemplar cómo le supuraba un ojo y las legañas le cubrían el otro.

—Estoy bien —farfulló don Alfonso, que con el paso de los años se estaba volviendo más huraño.

—No. No lo estáis, mi señor —me atreví a replicarle—. Miraos los ojos; si no permitís que os curen, podéis llegar a perder la vista, y no podríais entonces contemplar Jerusalén cuando entremos en la Ciudad Santa.

Aquellas palabras parecieron convencerlo.

—De acuerdo, condenado Bernardo, dile al nuevo médico que venga a visitarme.

—Enseguida, alteza.

Fui corriendo a buscar a don Pedro Guillén, el médico real que viajaba con la corte desde hacía unos meses, un hombre callado y discreto que había estudiado medicina con expertos judíos en Huesca y Zaragoza y que había

sustituido a don Ciprián, quien fuera médico real durante veinticinco años y que había fallecido.

—Mi señor, me dice don Bernardo que os tengo que curar los ojos.

—Hacedlo, pronto —cortó el rey a don Pedro.

—Sentaos, aquí junto a la ventana, y echad la cabeza hacia atrás, alteza —le indicó el médico.

A regañadientes, don Alfonso atendió las instrucciones de don Pedro Guillén y se quedó inmóvil mientras era examinado.

—¿Qué tengo?

—Un momento, mi señor.

El médico observó atentamente los ojos de don Alfonso.

—Decidme algo —se impacientó el rey.

—Vuestros dos ojos están muy irritados, y os supuran...

—Eso ya lo sé. Procuradme un remedio.

—Os lavaré los ojos cinco veces al día con una infusión de manzanilla, hinojo y sal; eso os aliviará y pronto desaparecerá la hinchazón —concluyó don Pedro Guillén.

Durante ocho días el medico real le aplicó ese remedio y don Alfonso mejoró desde el primer momento, hasta que se curó por completo de su dolencia. Se lo agradeció donándole una casa en Tudela, que había pertenecido a un sarraceno que se marchó a Valencia.

CAPÍTULO VI

CAMINO A UN REINO IMAGINARIO

Una vez curado de su afección ocular, el rey ordenó dirigirnos a las fronteras orientales. Comenzamos aquel año aciago de 1130 repoblando Monzón, que habíamos recuperamos tras cuatro años bajo dominio sarraceno, y reforzamos todavía más su ya poderoso castillo, ubicado en lo alto de un cerro de laderas tan escarpadas que es una fortaleza prácticamente inexpugnable.

Allí supimos de la muerte de Imad ad-Dawla, el que fuera, aunque solo por unos meses, el último rey de la taifa musulmana de Zaragoza, y que desde ese momento había residido en Rueda, a orillas del Jalón, como vasallo de don Alfonso. Le sucedió en el señorío su hijo Saif ad-Dawla, que enseguida proclamó su vasallaje y sumisión al rey de Aragón.

A comienzos del mes de marzo nos encontramos en la localidad de Tolva con los obispos de Huesca y de Barbastro y con el arzobispo de Tarragona, en la solemne consagración de su iglesia.

Recuerdo que don Alfonso vestía un traje muy elegante, elaborado con unas telas preciosas confiscadas a unos mercaderes musulmanes, y que no prestaba mucha atención a la ceremonia religiosa, salvo cuando un coro de novicios cantó uno de los himnos que parecía escrito a propósito para mi señor, pues sus versos decían: «Este templo a ti dedicado, sepa el pueblo que es sagrado por la consumición de tu sangre y de tu carne. Dentro de estos sacrosantos muros serán conculcadas todas las culpas y perdonados todos los pecados a los creyentes».

Mediado el mes de marzo de 1130 llegamos al valle de Arán. Era una apacible tarde de finales de invierno. El cielo estaba despejado, brillaba un tenue sol dorado sobre las montañas nevadas y el viento soplaba fresco pero suave. Habían transcurrido veintiséis años de mi trascendental primer viaje a aquel valle, aquel día, tan nítido en mi memoria, en el que envenené al rey Pedro, aquella acción que me dejó insensible para cualquier sentimiento, salvo el amor hacia mi señor.

La amable y acogedora gente de Arán nos recibió como se espera que los súbditos fieles reciban a su rey. Todavía vivían algunos de aquellos señores araneses con los que me encontré años atrás, cuando acudí a esa región acompañando al rey don Pedro. Uno de ellos, que aún recordaba aquel viaje anterior, se apercibió de la cicatriz en mi rostro y de la falta del meñique en mi mano derecha. Le expliqué que había recibido ambas heridas en la batalla de Cutanda y cómo me salvó la vida el rey Alfonso.

Pronto me interesé por don Pedro de Lubes, el señor en cuya casa me hospedé en aquella primera visita.

—Murió hace cinco inviernos —me explicó don Pablo de Bease, el nuevo señor principal de Arán—. Tuvo una vida larga y sana, y una muerte plácida, pero una mañana de invierno ya no despertó.

—Era un buen hombre —admití—. Me brindó hospedaje durante todo el tiempo que pasamos aquí. Hoy recordaré a don Pedro en mis oraciones. Dicen que morir durante el sueño es la muerte más amable y dulce posible.

La cancillería real quedó instalada en una casona de la aldea de Bosost, que es la segunda en tamaño de Arán. Allí pasé algunos días ayudando a despachar ciertos documentos que el rey ordenó que se remitieran enseguida a los interesados, sobre todo uno en el que donaba setecientos sueldos jaqueses procedentes de las rentas de Zaragoza a don Gastón de Bearn, así como la propiedad de dos terceras partes de los baños de las Santas Masas; la tercera parte sería para un judío zaragozano al que el rey debía dinero por algunos préstamos.

En el transcurso de las siguientes semanas don Alfonso aplazó sus planes de conquista y se dedicó a ejercer su gobierno sobre Arán, como hacía en cualquier otro de los territorios de sus reinos.

Fueron dos meses cómodos y plácidos en los que disfrutamos de una vida sencilla gracias a la hospitalidad de don Pablo de Bease, que se mostró como uno de los más fieles vasallos. En algún momento de aquellos largos días de primavera llegué a pensar que el valle de Arán, sus montañas, sus ríos y su vegetación habrían agradado a doña Elvira de Toro y a su hijo, mi hijo; sin duda habrían querido quedarse a morar allí si todavía vivieran y hubieran podido conocerlo.

Fue a finales de mayo cuando recibimos una noticia aciaga: don Esteban, el obispo de Huesca, y el vizconde Gastón de Bearn, señor de Zaragoza, habían muerto en un combate con los sarracenos.

—El correo informa que han sucumbido en una escaramuza en la frontera, alteza —le comuniqué a don Alfonso mientras dábamos un paseo a caballo por un bosque de árboles altos y frondosos. Nos encontrábamos a solas, a unos mil pasos del pueblo donde nos hospedábamos.

—¿Cómo sucedió?

—Lo ignoro, mi señor. El correo no lo ha podido detallar.

—¿No se sabe nada más?

—Apenas, mi señor —me aclaré la garganta—. Parece que fueron sorprendidos por una partida de jinetes almorávides que los abatieron en una emboscada. Los mataron y les cortaron las cabezas. Un almorávide llamado Yintan ibn Alí al-Lamtuni, que se ha hecho cargo del gobierno de Valencia, además del de Granada, ha ordenado llevar las cabezas de don Esteban y don Gastón a Granada y pasearlas clavadas en una lanza por los zocos y las calles de esa ciudad, mientras los tambores redoblan celebrando sus muertes.

El rey tiró de las riendas y detuvo el paso de su montura, miró alrededor, descabalgó y se sentó sobre una piedra de tamaño considerable. Me hizo un gesto con la mano para que bajara de mi caballo y me acercara a él. Una bandada de pájaros salió volando desde la espesura hacia el oeste. Se oía el murmullo del agua en un arroyo cercano y el susurro de la brisa primaveral; era el sonido de la naturaleza en todo su esplendor.

—Siéntate, Bernardo. Quisiera hablar contigo sobre algo importante.

—¿Va todo bien, alteza?

—Escúchame con especial atención.

—Vos diréis. —Me senté en el suelo y crucé las piernas sobre una cama de musgo blando.

—Un contratiempo, la muerte del obispo Esteban y de don Gastón de Bearn ha sido un gravísimo contratiempo.

—Sí, así es, mi señor.

—Mi prima Talesa, viuda ahora de don Gastón, se encargará de que la última voluntad de su marido se cumpla. Según me dijo don Gastón en nuestro último encuentro, tenía la intención de que la milicia del Temple se hiciera cargo de todas las tierras que poseía en Zaragoza y otras localidades, para que puedan servir a nuestra causa. Don Céntulo, hijo de Gastón, y don Arnaldo Dodón asumirán respectivamente las vacantes que don Gastón y don Esteban han dejado.

—¿Cómo...?

—Lo dicho. Pero no es de esas muertes de lo quiero hablarte.

—Os escucho, mi señor.

—Quería preguntarte sobre la muerte de mi hermano don Pedro.

Aquello me pilló desprevenido.

—¿El rey don Pedro...? —pregunté titubante. Don Alfonso, como respuesta, asintió. Le aguanté la mirada unos segundos antes de continuar—. ¡Oh!, su muerte nos entristeció a todos. Mientras estuvimos aquí, en este valle, me encargué personalmente de su cuidado, de escucharlo y aconsejarlo, tal y como él me pidió que yo hiciera. Pero me temo que no pude salvarlo. La enfermedad lo atacó con mucha fuerza y todo se desarrolló muy deprisa. Acababa de conversar con él la víspera de su fallecimiento; aquella noche el rey don Pedro vino a pedirme consejo.

Empezó a inquietarme la manera en la que don Alfonso me miraba.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Hace muchos años, ya casi cuarenta, que soy vuestro consejero, y vos me pedisteis en aquella ocasión que también lo fuera de vuestro hermano durante aquel viaje a Arán. Yo solo hice lo que ambos me ordenasteis.

—¿Qué quería mi hermano la víspera de su muerte?

—Oh, nada en especial, mi señor. En tal caso, lo recordaría —mentí.

Una ráfaga de viento, impulsada desde la cima de la montaña, rasgó el aire entre los árboles. A los lejos se oía el sonido del pueblo en su actividad matinal. Un rayo de sol se filtró a través de las copas de los árboles y bañó con su luz dorada las botas del rey.

—La muerte de mi hermano...

—Una gran tragedia, alteza.

—¿Te dijo algo reseñable durante sus horas finales?

—Nada importante, mi señor —respondí—. Bueno, sí, recuerdo una frase que repitió varias veces durante su agonía: «Corazón de hielo, espada de fuego».

—«¿Corazón de hielo, espada de fuego?» —se extrañó don Alfonso—. ¿Qué significa eso? ¿Qué quería decir?

—Con todos los respetos, la mente de un enfermo en estado terminal, bien sea rey o bien sea plebeyo, se comporta de manera similar a la de un demente, mi señor. A veces, las últimas palabras pronunciadas por un moribundo no suelen tener ningún sentido.

Don Alfonso se llevó una mano a la barba y la movió de arriba abajo, pensativo.

—Tú estabas con él, Bernardo, en la comitiva que viajó al valle de Arán; eras su único consejero aquí. ¿Estás seguro de que murió de una enfermedad?

—Ya os lo expliqué hace años, mi señor. ¿De qué otra cosa pudo fallecer?

—No lo sé; pero mi hermano don Pedro solo tenía treinta y seis años. Y aunque por aquel entonces su corazón lloraba la muerte de su mujer y la de su hijo, estaba sano. Llevo toda mi vida preguntándome si acaso no lo envenenaron en este valle.

—Mi señor, nadie pudo hacerlo.

—Sí que pudieron. Me dijiste que entonces no había en el valle médicos, solo un puñado de curanderos que no fueron capaces de dar un diagnóstico ni aplicar un remedio. El veneno habría sido un método muy eficaz para quitar a mi hermano de en medio, ¿no te parece?

—Alteza, nadie de los que estábamos con él tenía motivos para llevar a cabo semejante magnicidio —alegué con mesura.

Don Alfonso me miró con un gesto inconcreto. Podía ver en sus ojos la verdad y, en el fondo de sus pupilas, incluso reflejada la cantidad de cianuro que utilicé como veneno. Lo sabía, el rey lo sabía. Me estaba interrogando con aquella mirada suya, tan dura como fría y lejana. Y él conocía la respuesta. Pero mi rey a veces olvidaba que tenía enfrente a un ducho mentiroso.

—Sí, veneno —reiteró.

—¿Veneno, alteza? —repliqué, consternado—. Es una idea perturbadora. No, no lo creo probable. Mi señor, ya discutimos este asunto largo tiempo atrás, si mal no recuerdo. Además, en tal caso, yo habría reconocido el efecto del veneno. Vuestro hermano era querido en todo el reino. ¿Qué clase de hombre haría algo así?

«Yo», me respondí. «Yo haría algo así. Quitó de en medio a vuestro hermano, sí, y con ello la posibilidad de que engendrara un heredero. Y mi acto os situó a vos irremediabilmente en el trono».

—El veneno es un arma que, aplicada con destreza, deja pocas huellas —comentó don Alfonso.

—Es de cobardes, alteza —añadí.

Pasamos varios minutos en silencio. Por delante, las sombras empezaron a aparecer entre los árboles, los largos dedos de la oscuridad.

—Tal vez la edad me hace ver fantasmas donde no los hay. Quizás esto resulte extraño para tus oídos, Bernardo, pero hubo un tiempo en el que tuve la sospecha de que tú envenenaste a mi hermano —dijo de pronto don Alfonso—. Descuida, la mente de un rey está colmada de recelos. Aquella sospecha, como tantas otras, fue absurda. Sé que has sido y eres fiel a tu reino y a mi familia.

—Lo soy y lo seré a vos hasta el fin de mis días.

—¿Hasta el fin de tus días? Bien sabes que mi linaje concluirá cuando yo muera, pues no he sido capaz de darle al reino un heredero. Mírame, sé que a hombres más jóvenes admiran y envidian mi energía y mi vitalidad. Sé que a veces me comporto de manera implacable, pero cada día que pasa me siento más viejo. He vivido momentos mejores, lo reconozco. He visto morir a muchos hombres de tres generaciones: mi padre, mis hermanos, mis sobrinos, Guillermo de Aquitania, don Castán, don Esteban, don Ramón... Sin embargo, tú y yo seguimos en pie. Eres mi último amigo, Bernardo, uno de los pocos hombres en los que puedo confiar plenamente.

—Permitid que os diga, alteza, que son muchos los que os aman —esbocé media sonrisa y ofrecí al rey agua de mi pellejo—. ¿Recordáis cuando éramos jóvenes y estudiábamos en el monasterio de San Juan de la Peña? Allí aprendimos que cada uno de nosotros desempeña un papel en el mundo: reyes, nobles, obispos, monjes, novicios, campesinos, cocineros, muleros, criados... Todos somos actores, mi señor. Lo mismo ocurre en la corte. Vos sois el rey de Aragón. Más allá de gobernar y conquistar, vuestra figura requiere de cierto grado de veneración. Es obvio que el pueblo de Aragón os ama. Sus gentes no son tan buenos actores como para fingir permanentemente que no os admiran.

Don Alfonso se carcajeó con ganas.

—¿Y cómo se comportará ese pueblo cuando su rey, más pronto que tarde, muera? ¿Puedes revelarme tú el secreto de la vida eterna, Bernardo?

—Podría —comenté también riendo—. Pero no lo haré. No —don Alfonso volvió a reír ante mi inocente insolencia—, porque, como suelo decir, yo no soy un héroe. Vos, en cambio, sois uno de los más grandes.

El rey se levantó de la piedra donde estaba sentado y se dirigió hacia el árbol más cercano. Deslizó el dedo cinco o seis veces, arriba y abajo, por la corteza.

—Sí, me siento viejo, Bernardo. No obstante, mis súbditos no pueden descubrir que mis fuerzas flaquean, ni siquiera por un instante. He de mostrarme siempre vigoroso. Claro que, por otra parte, podría sentarme en el trono y dirigir desde allí al ejército mediante correos, delegando en los mejores estrategas.

—Podrías, mi señor, lo podríais hacer así.

—Y de ese modo alargar mi vida, en efecto, pero para pasar mis últimos años..., ¿cómo? Mi vida no es tan preciada por mí como para prolongarla a toda costa. No trocaría mi honor por un poco más de tiempo. ¿Hablas de

actores? Las gentes de Aragón aprendieron su oficio. Y tú y yo nos criamos entre monjes, criados, novicios y muleros, cierto; pero también crecimos rodeados de guerreros. Aprendí a morir hace mucho, como un soldado, y como tal pienso caer cuando llegue mi hora. Al acabar este verano marcharé al norte, cruzaré la frontera con Aquitania y sitiaré Bayona hasta tomarla. Esa ciudad también será nuestra.

—Y yo cabalgaré a vuestro lado, alteza —dije también poniéndome en pie—, y cuando conquistéis Bayona y logréis vuestros propósitos, allá donde sea, yo me encargaré personalmente de que os cubran con mil honores.

Dejamos el valle de Arán a fines de agosto, pero antes don Alfonso nombró a don Céntulo de Bigorra como nuevo señor de Zaragoza, para suplir la pérdida de su amigo Gastón de Bearn, a don Arnaldo Dodón como nuevo obispo de Huesca y a don García de Majones como obispo de Zaragoza. Tiempo después supimos que tras ser exhibidas en las calles de Granada las cabezas de don Gastón de Bearn y del obispo de Huesca fueron llevadas a la ciudad africana de Marrakech, la capital del Imperio almorávide donde residía su emir, en cuyas calles volvieron a ser mostradas como trofeo de guerra.

Recorrimos en apenas un mes la tierra de Huesca y luego, a comienzos de septiembre, fuimos a la villa de Sangüesa, desde donde por el camino de Sos nos dirigimos al valle de Hecho. En San Pedro de Siresa don Alfonso recordó con añoranza los días pasados en ese monasterio, siendo un niño.

Valle arriba cruzamos los Pirineos antes de que cayeran las grandes nieves y bordeamos esas montañas por su vertiente norte camino de Bayona.

Una noche, tras una frugal cena de campaña, informé a don Alfonso, que descansaba en su pabellón.

—Las tropas de Aragón están preparadas, alteza.

El rey estaba sentado a una mesa, con los ojos fijos en un tapiz que colgaba de la pared de fieltro de la tienda real. Ni siquiera dio muestras de haberme escuchado. En la penumbra, parecía un ser cansado e indefenso.

—¿Quién soy, Bernardo? —me preguntó casi sin articular los labios.

—¿Alteza?

—¿Quién soy? —insistió como si se encontrara inmerso en una fase de duermevela.

Decidí tomar asiento a su lado. Nos hallábamos en el centro del pabellón real. Poco antes se había celebrado allí mismo una reunión de los consejeros del rey para ultimar detalles antes de partir a la mañana siguiente rumbo a

Bayona, que estaba ya muy cerca. Los demás señores se habían retirado a descansar. Unas velas iluminaban con su luz dorada el interior de la tienda.

—¿Quién soy? —repitió una vez más don Alfonso, dubitativo, antes de llevarse una copa de vino a los labios.

Tomé aire, cogí su mano libre entre las mías y respondí:

—Sois el rey, mi señor. El señor natural de esta tierra y muy pronto el soberano del mundo.

Solo entonces don Alfonso pareció reaccionar.

—¿El mundo?, ¿el mundo, dices? El mundo es un lugar cruel y sanguinario y sus pobladores somos gentes atroces, Bernardo. Bien lo sabes. Ningún rey que se precie querría gobernar sobre este mundo; si acaso, un loco.

—¿Eh? —No supe qué responder; aquellas palabras me dejaron perplejo.

—Tengo un objetivo en mente desde hace mucho tiempo, Bernardo. No puedo postergarlo más.

—¿Cuál?, mi señor.

—A su tiempo. —Fuera cual fuese dicho objetivo, don Alfonso no quiso compartirlo conmigo—. Ahora dime, ¿quiénes han acudido a mi llamada? ¿Quién cabalgará conmigo hacia Bayona?

—En esta empresa van a colaborar fuerzas de todos vuestros reinos, alteza: los señores de Soria y de Berlanga de Duero por Castilla, los señores de Baztán y de Estella por el reino de Pamplona, los señores de Tarazona, de Barbastro, de Estada y otros muchos más por Aragón. Contáis también con el apoyo de numerosos vasallos de los señoríos de la vertiente norte del Pirineo. La representación no podría ser más extensa. La lealtad de todos ellos es incuestionable. No obstante, he de informaros de que algunos no acaban de entender el motivo de esta campaña.

—Deseo que siga siendo así, pues los aliados de un rey han de mostrarse obedientes, pero también han de tener incertidumbre de vez en cuando.

Yo tampoco acerté a adivinar las razones que nos llevaban a sitiar Bayona. Supuse que esta acción estaba relacionada con la nueva estrategia iniciada por Alfonso Jordán, conde de Tolosa, quien tenía intención de aliarse con su primo Alfonso, el rey de León e hijo de la reina Urraca, una mujer que, aun habiendo encontrado la muerte tiempo atrás, había dejado un recuerdo que no cesaba de causar estragos en la mente de mi señor. Quizá por eso don Alfonso había decidido marchar sobre Bayona, para dificultar la comunicación entre el conde de Tolosa y el hijo de doña Urraca a través del

camino que discurría por esa ciudad. ¿Quién sabe ahora qué ideas se asentaban en la cabeza del rey de Aragón en aquellos confusos días?

Iniciamos el asedio de Bayona en octubre del año del Señor de 1130. Dada la experiencia que nos respaldaba a la hora de sitiar fortalezas y ciudades, no costó demasiado tiempo levantar varios campamentos alrededor de aquella plaza. Además, los vasallos del rey obedecieron las órdenes con minuciosidad. Don Alfonso incluso había preparado naves para completar el cerco por el curso del río Adour.

Bayona es una ciudad levantada cerca de la costa del mar de los cántabros y los vizcaínos, en la confluencia de dos ríos, construida en torno a la catedral de Santa María, con calles rectas llenas de tiendas y mercados a donde acuden comerciantes de Aquitania, Bearn y Pamplona. En aquel tiempo la gobernaba el vizconde Bertrando, quien no contestó ni a una sola de las propuestas de rendición que le envió don Alfonso.

Por tanto, nuestra intención era conquistar la ciudad mediante la fuerza o el desgaste. En octubre y noviembre no sucedieron episodios dignos de mención. La humedad del mar Cantábrico se notaba cada día más conforme avanzaba el otoño. Los soldados alegraban el ánimo cantando, bebiendo y comiendo junto al fuego de las hogueras. Pocos eran conscientes de que el asedio nos acarrearía mucho trabajo. La ciudad estaba bien provista de víveres y los ríos que la cruzaban dificultaban que pudiéramos privarla de suministro permanente de agua.

Llegó diciembre. El otoño tocó a su fin y la brisa de la mañana se tornó en un viento frío que empezó a calarnos la piel. Aplicamos el patrón de otros tantos bloqueos, mientras algunos ciudadanos de Bayona abandonaron la ciudad en pequeños grupos de no más de ocho hombres. Se trataba de desertores que intentaban eludir el sitio aprovechando la oscuridad de la noche, pero a los que dábamos caza al alba. A todos ellos los interrogábamos y después dábamos muerte.

En enero, muchos hombres, tanto de los suyos como de los nuestros, fallecieron a causa del frío y de las enfermedades. La escarcha cubría los

tejados de Bayona y las aves de invierno aleteaban despreocupadas en el interior de la ciudad silenciosa. Pese al clima templado de esas costas, aquel año las heladas fueron más frecuentes que en otros inviernos y la humedad del río facilitó la propagación de enfermedades pulmonares; perdimos a muchos hombres a causa de ellas.

Durante febrero y marzo algunos de los nuestros comenzaron a mostrarse reticentes al asedio y murmuraron que aquel sitio no tenía el menor sentido. Los soldados se percataron de que ni siquiera sabían contra quién ni por qué luchaban. Un señor que se proclamaba independiente dominaba aquel territorio, sí. Lo sabían, cierto, pero ¿a instancias de qué oculta causa ocurría todo aquello? Todos lo ignoraban. Nuestro campamento también se desangraba noche tras noche; no pocos de los nuestros desertaron al resguardo de la oscuridad, para enojo de don Alfonso, que no podía soportar a los traidores.

Bayona era una ciudad sólida, bien provista de murallas y con defensores recios y contumaces en el mantenimiento de sus posiciones. En algunos corrillos de soldados pronto corrió el rumor de que el rey Alfonso no había planeado bien el asedio y que, de continuar con aquel método de sitio, nunca alcanzaríamos la victoria.

En abril nada cambió, pero el rey de León aprovechó que don Alfonso estaba ocupado en Bayona para ocupar la villa de Castrojeriz, donde depuso al teniente aragonés y colocó a su frente a un caballero leal a su corona. Pese a ello, mantuvimos el asedio de Bayona firmemente asentados en el cercano castillo de Roca Tallada. Don Alfonso no se olvidó del gobierno de sus reinos y desde allí emitía documentos y órdenes en las que tras su nombre ordenaba a sus escribas Juan Sánchez y Gastón añadir que reinaba desde Belorado a Pallars y desde Bayona a Monreal. Ya habría tiempo para recuperar Castrojeriz.

En el mes de mayo ocurrió aquello que los sitiadores más temen: la insuficiencia de alimentos. Nuestras provisiones se agotaban y la provisión de abastecimientos disminuía a gran ritmo. A principios de junio, don Alfonso tomó una sabia decisión.

—Bernardo, tú y yo marcharemos a Poitiers, al alba. Si queremos tomar Bayona, necesitamos la ayuda del nuevo duque Guillermo, el hijo del Trovador.

Guillermo el Trovador, guerrero ardiente y poeta de versos encendidos, el que combatió a nuestro lado en Cutanda, había muerto hacía tres años y era su

hijo, también de nombre Guillermo, quien ahora gobernaba el rico ducado de Aquitania.

Don Alfonso dio órdenes de continuar el bloqueo de Bayona. Los capitanes al mando quedaron avisados de que regresaríamos antes de un mes. Veinte hombres escoltamos al rey hasta la ciudad de Poitiers, con el propósito de entrevistarnos allí con el duque de Aquitania y de lograr de su parte el refuerzo militar necesario para que pudiera concluirse con éxito nuestra misión de conquistar aquella ciudad.

Aquitania es una tierra tan dulce y feraz como me había descrito Lope Garcez, que nos acompañó. En el camino hacia Poitiers pernoctamos en posadas de villas y ciudades. No nos vimos envueltos en percance alguno, salvo en Burdeos, donde, en una taberna, un mercader francés que estaba completamente borracho aseguró que tenía reservas de vino para cien años. Intentaba vendernos toda esa mercancía mientras agitaba una jarra en su mano y derramaba vino aquí y allá sin control alguno. Finalmente, entre el tabernero y cuatro de los hombres del rey lo echamos en volandas de la cantina.

Habíamos enviado un mensajero pidiendo audiencia con el duque Guillermo, de modo que, cuando arribamos una mañana a Poitiers, ya nos estaba esperando. A lo largo de los muros que flanqueaban la puerta por la que entramos en aquella ciudad colgaban coloridos estandartes con los emblemas de Aquitania. Una columna de jinetes francos nos dio la bienvenida al toque de trompeta en la misma puerta y nos guio por las calles hacia la catedral. Frente a nosotros marchaba un heraldo anunciando con cánticos alegres nuestra llegada. Atravesamos un mercado de subastas, donde los cambistas se sentaban en bancos de madera mientras saboreaban todo tipo de bebidas. Especies extrañas perfumaban el aire fresco de primavera y se oía por doquier el vocerío de los mercaderes en las tiendas abiertas a las calles principales. Muchos saludaban agitando una mano a nuestro paso, sonrientes. Tuve la impresión de que Poitiers era una ciudad alegre, inundada por el espíritu festivo de los trovadores de Aquitania. Incluso el aire olía diferente allí.

El duque Guillermo nos recibió a las puertas de la catedral, ante una solemne expectación, pues cientos de ciudadanos se arremolinaron en la plaza, convirtiéndonos en los protagonistas de una calurosa acogida. Don

Alfonso agradeció a todos dicha recepción y, tras oír una misa de acción de gracias, ambos soberanos se reunieron a solas en el palacio ducal.

La cita apenas duró media hora.

—El duque desea postergar la reunión oficial dos días —nos comunicó don Alfonso más tarde—. Como cabía esperar, ya estaba informado de nuestra situación en Bayona. Me he ganado su confianza precisándole los detalles del asedio. No obstante, insiste en esperar dos jornadas. Al parecer, desea que su hija Leonor esté presente en la reunión. Se encuentra volviendo de un viaje.

—¿Leonor, una mujer? —me extrañé.

—Es una niña de ocho años.

—¡Qué! ¡Una mocosa de ocho años! No alcanzo a entender qué pinta una niña en todo esto.

—Somos sus huéspedes; así pues, esperaremos. Nosotros nos instalaremos en el palacio del duque y nuestro séquito en varias habitaciones en una posada que nos han proporcionado junto al río.

El duque Guillermo había ordenado que se preparara un extraordinario banquete para agasajarnos en nuestra primera noche, por lo que debía celebrarse una fiesta memorable. Se montaron mesas con caballetes en la sala grande del palacio, donde sirvieron sopas exquisitas, asado de ciervo, costillas de cerdo adobadas con hierbas y ajo, un sabroso surtido de quesos, pan de trigo y un puré de zanahorias y guisantes, todo regado con una prodigiosa cantidad del mejor vino de Burdeos.

Cuando me ausenté para ir a la letrina, reparé en que algunas partes del castillo y palacio de Poitiers, erigido en el llano, me recordaban al castillo de Loarre, con la salvedad de que el interior del palacio ducal se adivinaba más lujoso, con diversos y variopintos tapices decorando las paredes de los pasillos y gruesas esteras en el suelo. Era también llamativa la elegancia de las ventanas, cerradas con vidrios de colores como nunca antes había visto.

Para cuando regresé a la sala del banquete, los asistentes miraban con fascinación a un ágil bufón que los entretenía. Su sombrero lucía cuernos adornados con cascabeles que a cada paso que daba los hacía sonar. Después, un grupo de trovadores tocaron e interpretaron canciones y más tarde algunos de los caballeros invitados incluso se atrevieron a entonar poemas de Guillermo el Trovador.

El espíritu de los poetas de Aquitania me cautivó. El ambiente en aquella ciudad era propio de una permanente fiesta. En las tabernas se cantaba, se bebía y se festejaba la presencia del rey de Aragón. Pensé que podría

acostumbrarme a esa vida en Poitiers, lejos de la continua guerra contra los sarracenos almorávides y de las disputas políticas que constantemente manteníamos en los reinos de Hispania.

El día siguiente nos deparó más de lo mismo: otro gran banquete al anochecer, seguido de cánticos, buena comida, vino, cerveza, licores, música, actuaciones teatrales y bailes. Para cuando llegó la niña Leonor de Aquitania, ya nos habíamos enamorado de Poitiers y casi habíamos olvidado que una gran hueste de hombres nos estaba esperando en el asedio de Bayona.

Una mañana, mientras desayunaba unas gachas con tocino y pechuga de pato asada al estragón, don Alfonso vino a hablar conmigo.

—Los consejeros del duque Guillermo me han rogado que vaya ahora a tratar los asuntos que nos han traído hasta aquí. Les he dicho que me acompañarás.

—Lo haré con gusto, alteza —dije dejando de lado el plato de gachas y la pechuga.

Don Alfonso posó una mano amistosa sobre mi hombro y con un movimiento de cabeza asintió complacido.

La guardia personal del duque Guillermo nos esperaba a las puertas de nuestros aposentos: seis soldados de a pie que nos escoltaron por el interior del castillo y nos condujeron hasta la sala donde se celebraría la reunión oficial.

Se trataba de una estancia rectangular, muy profunda y de techos bajos. Las paredes de piedra lucían frías y desnudas. Aun siendo mediodía, la sala estaba sumida en la penumbra, pues solo había tres estrechas aberturas en la pared, de ni siquiera un palmo de anchura, que a duras penas dejaban pasar una escasa cantidad de la luz del sol. Al fondo habían colocado una amplia mesa de madera sobre la que lucían dos velones. Don Guillermo nos recibió a la puerta, junto a un consejero de rostro rapaz. Nos dirigimos a la mesa, a cuyos lados se erguían, como estatuas, dos guardias de aspecto poderoso.

El duque hizo una leve reverencia ante mi señor.

—Señor duque, debo daros las gracias una vez más por la cortés estadía y hospitalidad de la que estamos disfrutando.

—No tenéis por qué agradecerme nada, mi señor.

—Si lo consideráis oportuno, a continuación expondré los motivos que me han hecho viajar de Bayona a Poitiers, no sin antes...

El duque Guillermo levantó una mano con tanta energía que sorprendió a don Alfonso, que interrumpió sus palabras.

—Hablaremos de todo ello, sí, pero antes permitid que mi hija concurra en esta sala —dijo el duque con una sonrisa de media luna.

—A mis oídos ha llegado que vuestra hija doña Leonor es una niña inteligente, despierta y hermosa —agregó mi rey—. Sin embargo, no alcanzo a entender vuestros motivos para que una niña de nueve años asista a esta reunión.

—Ocho años —corrigió don Guillermo—, mi hija Leonor tiene ocho años. Y sí, asistirá, en unos momentos. Hasta entonces, esperaremos. ¿Os parece, alteza? Entre tanto, permitidme que os ofrezca este vino rojo de Burdeos, es el mejor que podáis beber.

Sin mediar más palabras, el duque de Aquitania se recostó en el asiento sin dejar de sonreír. Los dos guardias, armados con picas, salieron de la sala. El consejero del duque parecía aburrido por el mero hecho de encontrarse allí.

Aguardamos sentados a la mesa y cruzamos palabras intrascendentes entre trago y trago de vino. Transcurrido un breve tiempo, Leonor de Aquitania entró en la habitación a través de una pequeña puerta lateral. En verdad era una niña, pero se movía como una mujer. Tenía las mejillas rosadas, salpicadas por pequeños corros de pecas. Sus labios estaban curvados con una expresión de seriedad, aunque se apreciaba con toda claridad la certeza de la inocencia en su rostro. Un deje rojizo tintaba sus cabellos claros. Su tono me hizo pensar de inmediato en el cabello pelirrojo de doña Elvira de Toro. Mientras la niña tomaba asiento en medio de la mesa, dejé volar mis pensamientos y proyecté la imagen de doña Elvira. Quería creer que recordaba su rostro. Quería ver su cara otra vez, contemplar su sonrisa natural e inocente y hablarle para decirle que lamentaba en lo más hondo haberle amargado la vida.

«Seguiría viva de no ser por mí y también viviría nuestro hijo», pensé en un amago de remordimiento; sin embargo, mi alma, si alguna vez la tuve, se quebró en varios pedazos hace mucho tiempo, se consumió y sus cenizas las dispersó el viento.

Don Alfonso, a mi lado, llamó mi atención con una mirada discreta y volví de mis pensamientos.

—Alteza, esta es mi hija Leonor —la presentó el duque, que besó a la niña en la mejilla.

—Mi señor, es un placer estar en presencia de vuestra alteza. —Leonor dobló la rodilla saludando a don Alfonso con una vocecita tan dulce como

firme.

En cuanto Leonor abrió la boca, supe que me encontraba ante una niña de una inteligencia superior al resto de seres de este mundo, a la que además estaban educando con esmero y a conciencia. Era una niña de mente abierta y lúcida, muy despierta, con un atrevimiento y una elocuencia impropios de una muchachita de ocho años.

—Os lo agradezco, doña Leonor —sonrió el rey, divertido ante el desparpajo con que se expresaba aquella niña.

—Mi señor don Alfonso, disculpad que os haya hecho aguardar dos días —añadió Leonor con tono infantil pero con la madurez de un adulto—. Espero que vuestra estancia en Poitiers haya sido agradable en mi ausencia.

—No podría haber sido más placentera —agradeció don Alfonso.

Entonces, el consejero del duque, que hasta ese momento parecía distraído, se inclinó hacia Leonor y le susurró algunas palabras al oído. Mientras lo hizo, la niña no apartó los ojos de nosotros. Si acaso, asintió en un par de ocasiones moviendo la cabeza ante los susurros del consejero.

—Dejad que os explique mi situación antes de entrar en materia —prosiguió la niña una vez el consejero retomó la posición—. Mi madre y mi único hermano fallecieron hace unos meses, por lo que ahora soy la heredera del gran ducado de Aquitania. Mi padre, a mi derecha presente, así me lo ha hecho saber. Además, considera oportuno que yo asista a este tipo de reuniones diplomáticas, aun a la temprana edad de ocho años, sí. Espero que esto no os sorprenda, mi señor don Alfonso, y podamos tratar todos los asuntos con absoluta normalidad.

Mi rey me envió una mirada rápida y cómplice. Todo aquello era muy extraño. Ambos rondábamos los sesenta años y, antes de partir de Bayona, ninguno de los dos imaginamos que tendríamos que tratar directamente con una niña de tan corta edad.

—Recuerdo cuando nacisteis, mi señora —dijo don Alfonso—; recibimos un correo con la noticia. Os pusieron el nombre de vuestra madre, de quien lamento su muerte. Dicen que era muy bella, como lo sois vos.

—Hasta donde alcanza mi memoria, mi madre no era una mujer de gran belleza.

Leonor de Châtelleraut, madre de Leonor de Aquitania, había sido hija de una concubina del vizconde de Châtelleraut y maestra del abuelo de Leonor.

Don Alfonso volvió a mirarme de reojo y tras una pausa incómoda, añadió:

—Luché junto a vuestro abuelo, Guillermo el Trovador, en la batalla de Cutanda. Mutuamente nos apoyamos contra los musulmanes siempre y cuando hizo falta. Fue un gran guerrero y un hombre valiente, además de un excelente poeta. En esta ciudad de Poitiers se recitan y cantan sus poemas durante las veladas; nosotros lo hacemos antes y después de las batallas.

La niña alzó el brazo como minutos antes hiciera su padre. Don Alfonso se mostró tan estupefacto como yo por lo extraño de aquella situación.

—Algunos trovadores de Poitiers me han relatado las hazañas de mi abuelo. Guillermo el Trovador era, sin duda, un hombre de guerra —recalcó de nuevo con la misma voz a la vez fría e inocente—. Mi abuelo estaba imbuido por la idea de la caballería, esa imagen que reviste un significado tan importante como es obtener la fama tras vencer en buena lid a los enemigos. Sé que el Trovador viajó a Hispania en busca de gloria y honor y sé que logró ambas cosas.

Ni don Alfonso ni yo supimos qué decir. Un segundo después el consejero se encorvó y, de nuevo, murmuró palabras en voz baja al oído de la niña. Frente a Leonor de Aquitania, la llama de uno de los velones amenazó con apagarse.

—Contadme, rey Alfonso, ¿qué os ha traído a mi ciudad?

—Precisamos la ayuda de Aquitania para rematar el asedio de Bayona.

—Lleváis ocho meses frente a sus puertas, bien lo sé, pero de momento no habéis cosechado éxito alguno. —Esta vez fue su padre el duque Guillermo quien susurró algo al oído de la niña. Esta asintió y se dirigió a don Alfonso—. No andamos sobrados de efectivos militares que prestaros, alteza. Por otro lado, no escapa a mi conocimiento que un día nuestras tierras estuvieron aliadas. Inés de Aquitania, hermana de mi abuelo el Trovador, fue la primera esposa de vuestro hermano don Pedro, quien fuera rey antes que vos. Pero el rey Pedro falleció en el valle de Arán. Si Aquitania y Aragón todavía se mantuvieran unidos por los lazos del matrimonio, la coyuntura a debatir sería muy distinta.

Aquella niña de ocho años era extraordinaria. Tenía una confianza ilimitada en sí misma. Se notaba en sus palabras que, además de haber recibido una educación exquisita, se había tomado muy en serio la posición que ocupaba.

Por primera vez desde que nos encontráramos en la sala, decidí intervenir.

—Si me permitís, señores, creo que Aragón y Aquitania podrían volver a estar unidos, como antaño —comenté con todo respeto, pues se me había ocurrido una idea descabellada.

Leonor me miró de arriba abajo, como si hasta ese momento no se hubiera percatado de mi presencia.

—¿Quién sois vos? —preguntó.

—Bernardo de Jaca, mi señora, un humilde consejero del rey de Aragón.

—Y mi mejor amigo —añadió don Alfonso, cuya sorpresa inicial ante el desparpajo de aquella niña iba tornando en una progresiva diversión.

—Vuestro rostro marcado y vuestro dedo amputado revelan que también sois un guerrero —notó Leonor—. ¿Aragón y Aquitania unidos de nuevo, decís? ¿Acaso he oído bien? ¿Estáis proponiendo algún tipo de enlace?

—En efecto, mi señora.

—¿Una boda?

—Un matrimonio entre el rey de Aragón, a vuestro lado presente, y la heredera de Aquitania.

Don Alfonso dio un respingo y aunque no dijo nada, casi podía leerle el pensamiento: «Bernardo, insensato, ¿cómo crees que reaccionarían los hombres del reino de Aragón al ver que he marchado a conquistar Bayona y que en cambio regreso al hogar desposado con una niña de ocho años?».

Mientras me esforzaba por no intercambiar miradas con don Alfonso, Leonor de Aquitania atendía en silencio los susurros de su consejero y de su padre.

—Es una propuesta interesante, muy interesante —comentó la niña de repente—. Sin embargo, no puedo tomarla ni considerarla en serio, pues ya estoy comprometida en matrimonio con otra persona, con el príncipe Luis, quien será rey de Francia cuando su padre fallezca. Precisamente vengo de pactar dicho enlace. Si hubierais venido a Poitiers meses antes, quizás ahora estaríamos hablando desde otro punto de vista. Tal vez hubiera aceptado vuestra proposición y el rey Alfonso de Aragón sería también el heredero al trono ducal de Aquitania. Pero eso ahora solo son conjeturas.

—Un claro ejemplo de los entresijos que conlleva la política —completó don Alfonso—. Unos pocos días pueden bastar para cambiar el decurso de la historia.

—Así es, así es. Además, si lo pensáis bien, vos sois un hombre que ronda los sesenta años, yo una niña de ocho y mi futuro marido un joven de diez. Haced vos mismo los cálculos.

Un rayo dorado se coló por una de las aberturas y rompió por unos instantes la penumbra. En la mesa, la luz ambarina del velón todavía parpadeaba.

—He de volver con mis hombres a Bayona —dijo don Alfonso, consciente de que ya no pintábamos nada allí.

—Marchad, entonces. Deseo que tengáis un buen viaje.

—No obstante, no puedo partir sin recibir una respuesta. Todavía no habéis dicho nada ante mi proposición.

—Repetidme cuál era.

—Mi señora, precisamos ayuda militar para combatir al señor independiente que gobierna en Bayona.

De pronto, la niña frunció el ceño.

—Según tengo entendido, Aquitania os ha prestado ayuda en múltiples contiendas, como vos mismo os habéis encargado de mencionar hace un momento al referiros a mi abuelo el Trovador. Y no puedo obviar que la ayuda que ha recibido Aquitania por vuestra parte ha sido siempre... inexistente.

—Jamás se me hizo saber que la precisarais —se defendió don Alfonso, correcto.

—Eso es lo de menos —replicó la niña—. Mi señor don Alfonso, Aquitania no os prestará ayuda militar. Lo lamento. Tenemos graves conflictos con los que lidiar aquí. Además, bien sabéis que Aquitania también ambiciona el dominio de Bayona. No obstante, como signo de reconocimiento de nuestros antiguos lazos de amistad, os proporcionaremos abundantes provisiones para que vuestros hombres no mueran de hambre durante el asedio.

—¿Qué os hace pensar que necesitamos alimentos?

—Supongo que os hacen falta, ¿cierto? Aceptad nuestras provisiones y os enviaremos regularmente carromatos bien provistos. Aquitania no exigirá pago alguno ni reclamará intereses por dichas entregas. Consideradlas un regalo. A cambio, si tomáis Bayona, volveremos a reunirnos para tratar sobre el gobierno de esa ciudad y de su región.

—Gracias por vuestra audiencia, mi señora Leonor.

—Os deseo un buen viaje de regreso, alteza.

—Tenéis una hija prodigiosa —le dijo don Alfonso al duque de Aquitania.

—En verdad que lo es —asintió el hijo del Trovador.

La niña nos había dejado impresionados con su cortesía y su cultura. Y llegó el momento, cuando se levantó de la silla, en que sopló con soltura hacia la vela, dando la reunión por concluida al apagarse la llama. Solo quedó flotando una espiral de humo gris donde hasta hacía un instante brillaba una

luz dorada. El humo se combaba, denso, adelante y atrás como por efecto de algún tipo de magia. Supuse que se trataba de algún truco de esos que usan ciertos magos que utilizan maleficios y encantos y que aprovechan la nigromancia para engañar a incautos diciéndoles que son capaces de adivinar lo que va a ocurrir en el futuro leyéndoles las rayas de la mano.

Pese al engaño, era un hermoso efecto.

No erré al juzgar precipitadamente a aquella niña. Han pasado varios inviernos desde el día en que la conocí. Ahora tiene doce, tal vez trece años, y no me cabe duda de que se convertirá en una mujer cuya vida llenará muchas páginas de futuras historias. Supongo que ya se encargarán de ello los trovadores aquitanos.

Su padre, el duque Guillermo, no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros y a dibujar una sarcástica sonrisa y un gesto cómplice.

Sin la ayuda de los guerreros de Aquitania, la toma de Bayona se antojaba harto difícil. Además, la muerte de don Gastón de Bearn había llevado a muchos de sus vasallos a regresar al norte de los Pirineos, abandonando el ejército real de Aragón, con lo que nuestra hueste quedó todavía más debilitada.

Carentes de los caballeros francos, mil jinetes veteranos y expertos en el combate, gracias a los cuales habíamos conquistado Zaragoza, vencido a los almorávides en Cutanda y recorrido las tierras de Al-Andalus hasta llegar al mar en las costas del sur, nuestra situación comenzó a ser desesperada. El rey don Alfonso dejó de confiar en conquistar Bayona y también vio cómo se alejaba su idea de ir algún día hasta Jerusalén.

Nada más concluir aquella reunión en Poitiers, don Alfonso nos hizo empacar los enseres y preparar las monturas. Tras la comida, cabalgamos hacia el sur, rumbo de nuevo a Bayona. En el camino de vuelta, cuando nos deteníamos a descansar, yo recordaba las palabras de esa niña y me di cuenta de la mella que habían causado en don Alfonso. El rey guardaba silencio de manera más larga que de costumbre y, al cernirse la oscuridad, era frecuente verlo con la vista perdida en el cielo y las estrellas.

A finales del mes de julio seguíamos asentados en el castillo de Roca Tallada, frente a Bayona, y allí llegó la noticia de la muerte de don Ramón Berenguer. El conde de Barcelona había fallecido vestido con el hábito blanco de los caballeros del Temple de Jerusalén, en cuya Orden había ingresado poco antes de morir, y a los que había legado su caballo, un magnífico corcel

llamado Danc, sus armas de guerra y el castillo de Grañena. Aquella noticia provocó en don Alfonso un gran impacto, como un par de meses más tarde reflejaría en su propio testamento. Por el mismo correo supimos que su hijo, también llamado Ramón Berenguer, el cuarto de este nombre, lo había heredado al frente del condado de Barcelona y su gemelo, Berenguer Ramón, en el condado de Provenza.

Mientras duró el verano mantuvimos el cerco a Bayona. Don Alfonso siguió comportándose de manera poco corriente. Por las noches yo solía conversar con él a la puerta de su tienda. El rey me escuchaba más que hablaba o, por lo menos, fingía escucharme. Era visible que en su ánimo no reinaba precisamente la esperanza.

Un día de agosto se presentó en nuestro campamento de Roca Tallada el conde de Lara. Don Pedro González, que fuera amante de doña Urraca, había dejado su fidelidad a la reina de León y se había pasado al bando del rey de Aragón unos años atrás. Desde entonces encabezaba una importante facción de la nobleza castellana que abogaba por que el rey legítimo de Castilla era don Alfonso de Aragón y rechazaba las pretensiones del rey don Alfonso Raimúndez de León sobre la posesión del reino de Castilla.

Este conde también había estado en su juventud en Tierra Santa y alardeaba de haber participado en el sitio y toma de la ciudad de Antioquía, en Siria, por lo que se consideraba un experto en asedios y podría ser muy útil en el de Bayona. Lo llamaban El Romero.

Don Pedro González llegó acompañado por su yerno el conde Beltrán, primo carnal de mi señor don Alfonso, a quien mi rey había nombrado señor de Carrión, la plaza más al oeste de los dominios aragoneses en la frontera occidental de Castilla con el reino de León.

Enterado de ello, a comienzos de septiembre también acudió a Bayona don Alfonso Jordán, conde de Tolosa, pero con intenciones bien distintas. El de Tolosa, que jugaba a ganarse la amistad del rey de León pese a ser vasallo del de Aragón, retó a un duelo singular al conde de Lara.

—Acaba de llegar la petición de un duelo —me dijo el rey.

—¿Quién ha osado retaros, mi señor? —le pregunté.

—No es a mí a quien retan, sino al conde de Lara. Lo hace el conde de Tolosa. Lo acusa de felón por haber traicionado a su señor el rey de León.

—¿Y qué vais a hacer, alteza?

—No quiero inmiscuirme en los asuntos del rey de León. De modo que ya he hablado con don Pedro. El de Lara acepta el reto.

—Será un duelo desigual. El conde de Tolosa es más joven.

—Es un juicio de Dios. Nuestro Señor decidirá.

El combate se fijó para una semana después, el dieciséis de octubre, en un palenque al pie del castillo de Roca Tallada.

Los dos contendientes estaban equipados con sus mejores armas de combate: cascos cónicos con lengüeta protectora para la nariz, cota de malla hasta las tobillos, escudo redondo de tres palmos de ancho para el castellano y almadrado para el tolosano, lanzas largas con puntas de hierro y espadas de templado acero.

El rey don Alfonso presidía el combate, que era arbitrado por don Lope Garcez, quien pese a su avanzada edad seguía manteniendo un porte extraordinario.

Los dos contendientes montaron sus caballos de guerra y se prepararon para el envite. El aitán don Lope se colocó en el centro y levantó un banderín con los colores rojo y amarillo del rey de Aragón. Miró a los dos combatientes y les hizo un gesto para que estuvieran preparados.

Cuando los dos condes asintieron, el aitán alzó el banderín y de un golpe lo bajó, indicando el inicio del torneo.

Don Alfonso Jordán fue el primero en espolear a su caballo, colocar la lanza bajo el brazo y salir al galope hacia su rival. El conde de Lara tardó un instante en reaccionar, aunque hizo lo propio y arrancó listo para el enfrentamiento.

El choque de los dos caballeros fue tremendo, pero el de Lara se llevó la peor parte; recibió un golpe brutal en el brazo derecho y perdió la lanza en el envite. La velocidad de la montura del de Tolosa era mayor, pues había iniciado la carga unos momentos antes y había ganado el tiempo necesario para obtener cierta ventaja.

Desprovisto de su lanza y tambaleante tras el feroz encontronazo, don Pedro González de Lara estaba perdido. El castellano había logrado mantenerse a duras penas sobre su montura, pero tenía el brazo derecho roto y no era capaz de sostener su escudo redondo con el izquierdo. Don Alfonso Jordán se apercibió enseguida de esa debilidad, arrojó su lanza al suelo, sacó su espada y se abalanzó contra su rival, que tuvo que desprenderse del escudo para desenvainar su espada con la mano izquierda, con la que apenas pudo

rechazar un par de mandobles. Con un brazo quebrado, el de Lara nada podía hacer y al tercer golpe perdió la espada y cayó del caballo, quedando tendido en el suelo.

El conde de Tolosa descabalgó presto y se acercó hasta el derrotado, que ni siquiera podía moverse. El tolosano sostenía con firmeza su espada y parecía dispuesto a despachar al de Lara de un solo tajo.

—¡Deteneos! —ordenó entonces con voz poderosa y rotunda el rey Alfonso.

—Reclamo mi victoria —gritó el de Tolosa alzando su espada al aire.

—Y vuestra es; pero basta ya. Os proclamo vencedor de este duelo.

Don Alfonso Jordán levantó los dos brazos, se despojó del casco, miró con desdén al conde de Lara y se retiró tras inclinar la cabeza ante el rey de Aragón.

Tres días después, el conde de Lara murió a consecuencia de la heridas recibidas en el torneo, por la gangrena que le provocó la fractura abierta del brazo.

El rey Alfonso quedó apesadumbrado. El conde de Lara había sido su enemigo antes de pasarse a su lado y además había sido el amante de doña Urraca, pero en los últimos años se había convertido en su principal aliado en Castilla, y ahora lo había perdido.

Una noche, cuatro días después del torneo, don Alfonso me confesó sus intenciones.

—Dios ha mostrado su veredicto. No desea que sigamos asediando Bayona. El triunfo del conde de Tolosa sobre el de Lara así lo ratifica. En cuestión de días ordenaré levantar el campamento. No nos hemos movido de Bayona en un año y nada hemos logrado. ¿Recuerdas aquella conversación que mantuvimos en un bosque del valle de Arán? Te dije que me sentía viejo; pues ahora también me siento un incapaz. Llevo toda la vida ambicionando grandes proyectos de cruzada pero no se verán realizados, me temo. Lo he comenzado a aceptar. Ya no confío en nadie. El único hombre que podría y debería continuar mis empresas no hace más que ponerme escollos en el camino y pergeñar un ambiente hostil en todas mis fronteras.

—¿Don Alfonso de León? —supuse.

—Sí, me refiero al hijo de doña Urraca.

—Pensad que nunca antes os ha vencido un enemigo, alteza —comenté—. Jamás habéis perdido una batalla. No permitáis que el desánimo os

debilite.

Don Alfonso estrechó mi mano y, después, se llevó una copa de vino a los labios.

—En los últimos días me he ocupado de redactar mi testamento —murmuró tras un largo sorbo—. Como la joven Leonor de Aquitania no dudó en recordarme, ya rondo los sesenta años, de modo que he considerado oportuno escribirlo. Una vez se haga público, mi testamento levantará no pocas sorpresas, créeme. No tengo heredero de sangre ni intención de engendrarlo, así pues, quedando Aragón huérfano tras mi muerte, y a falta de un descendiente directo, voy a legar mis dominios a las únicas instituciones en las que confío. Cuando yo muera, los reinos de Aragón, de Pamplona y de Castilla serán propiedad de las tres Órdenes militares establecidas en Oriente: el Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro.

No podía creer lo que mis oídos acababan de escuchar. ¿Lo había entendido yo mal o había perdido el rey el juicio? Pero era cierto. Esa decisión cogería por sorpresa a muchos. Nunca había ocurrido nada parecido. Nunca.

—Mi... mi señor... —balbucí lleno de asombro, miedos y dudas—, ¿estáis seguro de esa decisión? ¿Lo habéis pensado bien?

El rey bebió un largo trago con arrobo.

—Creo, mi querido Bernardo, que es la mejor opción que he tomado en esta vida.

Unos días después, mediado octubre, nos reunió a todos los caballeros presentes en el asedio de Bayona y ordenó a su escriba Juan Sánchez que leyera su testamento, redactado por el notario real.

—«Para después de mi muerte, dejo como herederos y sucesores míos al Sepulcro del Señor que está en Jerusalén y a los caballeros que lo custodian y sirven allí a Dios; y al Hospital de los pobres de Jerusalén; y al Templo de Salomón con los caballeros que vigilan allí para defender la cristiandad. A estos tres les concedo mi reino. También el señorío que tengo en toda la tierra de mi reino, y el principado y la jurisdicción que poseo sobre todos los hombres de mi tierra, tanto clérigos como laicos, obispos, abades, canónigos, monjes, nobles, caballeros, burgueses, rústicos, mercaderes, hombres, mujeres, pequeños y grandes, ricos y pobres, judíos y sarracenos, con las mismas leyes y usos que mi padre, mi hermano y yo mismo tuvimos y debemos tener. Dejo mi caballo y mis armas a los caballeros del Templo. Y a los del Hospital dono la ciudad de Tortosa para cuando se conquiste».

Además, en su testamento don Alfonso concedía numerosos bienes, castillos y rentas a la diócesis de Pamplona, a la iglesia de Nájera, a los monasterios de San Juan de la Peña, San Pedro de Siresa, Leire, San Millán, Oña y Silos y a la iglesia de Compostela, donde está enterrado el apóstol Santiago, y a la de Oviedo, donde se guarda el pañolón con la marca ensangrentada del rostro de Nuestro Señor Jesucristo. Y manifestaba su deseo de ser enterrado en San Juan de la Peña, al lado de su abuelo Ramiro, su padre Sancho y su hermano Pedro, los tres reyes que lo precedieron en el trono de Aragón.

—Mis honrados señores y caballeros, como vuestro rey y señor que soy, os pido que juréis cumplir este testamento y que os comprometáis de palabra y corazón como testigos de mi voluntad.

Tras escuchar estas palabras de la boca de mi rey, observé con atención las caras de los presentes. Parecían tan estupefactos y sorprendidos como yo cuando don Alfonso me reveló sus intenciones. Allí nos encontrábamos los fieles hombres del rey: los señores de Soria, Berlanga, Segovia, Barbastro, Huesca, el leal don Castán de Biel, el anciano Lope Garcez Peregrino y así otros muchos, hasta setenta y tres. De ellos, setenta y dos firmaron el testamento como testigos.

Yo fui el único que no lo hice. Fue el propio rey quien me lo impidió.

—No, Bernardo, tú no —me ordenó cogiéndome del brazo y retirándome a un lugar discreto para que nadie escuchara aquella conversación.

—¿Por qué no, mi señor? ¿Acaso no os fiais de mí? —le pregunté compungido.

—Precisamente por eso, porque me fío de ti, no quiero que jures ni que firmes como testigo este testamento.

—Pero...

—No deseo que lo hagas porque sé que eres el único que cumplirás lo jurado. Y, cuando yo muera, tal vez no sea esto que he testado lo mejor para Aragón. En este testamento dispongo que las tierras que ahora están en manos de mis señores serán administradas por ellos a título vitalicio, pero cuando muera cada uno de ellos sus propiedades deberán pasar a las Órdenes militares, que dispondrán de esos dominios a su voluntad. Este es mi deseo, pero dudo que mis hombres lo cumplan cuando yo ya no esté en este mundo. Lo supongo porque los nobles no renunciarán a legar sus tierras y haciendas a sus herederos.

Tenía razón y se lo agradecí besando su mano. El rey me acarició el rostro y me besó en los labios. Mi corazón se estremeció por ello.

Regresamos al lado de los nobles y uno a uno juraron acatar la voluntad del rey contenida en su testamento. Pero todos ellos eran conscientes de que no lo cumplirían. Y creo que mi señor don Alfonso también sabía que su última voluntad no sería acatada por los nobles ni por las ciudades y villas de sus reinos. Pero eso sucedería tras el momento de su muerte. Solo entonces.

El asedio a Bayona fracasó. Una vez jurado su testamento, mediado octubre de 1131, un año después de llegar a esas tierras, don Alfonso ordenó levantar los campamentos y regresar a Aragón.

A través de las montañas y los llanos de la tierra del reino de Pamplona, que algunos llamaban Navarra, nuestro ejército parecía una multitud de espectros que hubieran perdido toda esperanza. Don Alfonso cabalgaba en cabeza y nos guiaba hacia el sureste. Yo montaba tras él, preocupado y, para ser sincero, sintiéndome también mucho más viejo que cuando comenzamos aquella desdichada campaña. Mientras duró el camino de vuelta, el rey apenas intercambió palabras con nadie, salvo para los asuntos imprescindibles.

Jamás he contemplado tanta sensación de tristeza ni expresada en tal grado de crudeza como la observé reflejada en el rostro de don Alfonso de Aragón en aquellos pesarosos días de otoño.

Regresamos a Aragón sin haber podido tomar Bayona, sin haber librado una sola batalla y con la sensación de haber fracasado.

Pasamos unos días de aquel frío otoño en los baños calientes de Tiermas. De nuevo fue magnífico descansar y disfrutar de sus aguas cálidas. Sumergido en ellas y al lado de mi señor, con nuestros cuerpos desnudos muy cerca, yo tenía la sensación de estar disfrutando de una especie de felicidad completa. En alguna ocasión, dentro del baño, cerraba los ojos y me dejaba llevar hasta donde mi mente era capaz de hacerlo e imaginaba que aquella sensación sería la más próxima en la tierra a la vida eterna en el cielo.

Nuestros músculos, con casi sesenta años cada uno de nosotros, ya no eran tan fuertes y flexibles como cuando don Alfonso y yo éramos unos jóvenes guerreros, capaces de cabalgar días y días sin descanso, deteniéndonos tan solo para dormir un poco, comer cualquier cosa y dejar reponerse a nuestros caballos, pero todavía éramos capaces de aguantar una larga cabalgada, vencer en combate singular a oponentes mucho más jóvenes y soportar sobre nuestros hombros el sol abrasador del verano y el hielo congelador del invierno.

En Tiermas don Alfonso dictó varios documentos; en uno de ellos concedió a la Orden del Hospital su palacio de Sangüesa, un caserón de piedra que poseía junto al puente que atraviesan los peregrinos que se dirigen a Santiago, y que tiene además baños, horno y molino. Mi señor seguía empeñado en favorecer a esos caballeros que habían fundado las Órdenes militares en Tierra Santa para la defensa de la cristiandad. Estoy convencido de que lo hacía porque quería contribuir con tantas donaciones a su crecimiento y creía que ya nunca podría acudir a postrarse ante el Sepulcro de Cristo, como había ambicionado desde que, siendo un adolescente, escuchó en su castillo de Biel a aquellos caballeros francos contar sus planes para la conquista de Jerusalén.

Pasamos las navidades una vez más en San Juan de la Peña, donde acababa de morir su abad don García, y desde allí otorgó un generoso fuero a la villa de Calatayud, aquella próspera localidad que ocupamos tras la batalla de Cutanda. Algunos nobles que nos acompañaban torcieron el gesto cuando se enteraron de las cláusulas que incluía. El rey dotó a Calatayud de un amplio término que contenía medio centenar de aldeas y les otorgó a los hombres que allí se avecindaran unos derechos extraordinarios.

—Estoy harto de las exigencias de los nobles —me confesó don Alfonso—. Los vecinos de Calatayud y de las aldeas comprendidas dentro de los términos de su alfoz serán, salva sea la fidelidad a mí como su rey y señor natural, los dueños de su destino. Podrán administrar su territorio foral como deseen y mejor les convenga, tendrán su propio juez, no podrán ser juzgados por los alcaldes reales, ningún rey podrá prohibirles celebrar mercados y cuantos acudan a poblarlo quedarán libres de todas las deudas que hayan adquirido.

—Algunos nobles no admitirán...

—No me importa lo que piensen los nobles —me cortó tajante—. Además, he dispuesto que los nobles queden excluidos de ocupar cargo alguno en el concejo de Calatayud y que ninguno de ellos pueda formar parte siquiera como vecino.

—Pero...

—Necesitamos que acudan hombres a poblar la Extremadura de Aragón y de Castilla y solo concediéndoles amplias prerrogativas y ventajas lo podremos lograr. Por eso, con este fuero queda garantizada la libertad y la ingenuidad de los pobladores, la propiedad de sus casas y bienes, la libre circulación de mercancías en el mercado y la garantía de paz.

—Nunca se ha legislado así, que yo sepa, mi señor.

—He incluido en ese fuero que cada hombre jure y sea juzgado según su propia religión y que en ello sean iguales judíos, sarracenos y cristianos.

—Pero, alteza, la Iglesia tampoco aceptará eso.

—Claro que lo hará. La Iglesia callará y acatará mis órdenes a cambio, eso sí, de algunos beneficios.

No fueron algunos, sino muchos, pero la Iglesia y los nobles tuvieron que admitir que las grandes villas de Soria, Daroca y ahora Calatayud fueran gobernadas y administradas por sus propios vecinos, en forma de concejos de hombres libres e iguales, y que musulmanes, judíos y cristianos tuvieran el mismo fuero.

Pasadas las fiestas de Navidad nos dirigimos a Huesca y luego al castillo de Montearagón, donde se reunió la curia regia. Tras el fracaso en Bayona, don Alfonso tenía dos alternativas: o dirigirse a la frontera occidental y recuperar Castrojeriz, lo que implicaría romper los acuerdos con el rey de León y desatar la guerra, o retomar la conquista de las tierras del este y asediar Fraga y luego Lérida para abrir el camino hacia el mar y llegar hasta Tortosa y después a Valencia.

Tras debatir estos asuntos durante tres jornadas con todos sus consejeros, el rey decidió poner en marcha la campaña contra Fraga, paso previo a la conquista de Lérida.

Allá nos dirigimos un pequeño grupo de cincuenta guerreros, con la intención de inspeccionar el territorio y preparar el futuro asedio de esta populosa villa a orillas del río Cinca. A lo largo del mes de febrero inspeccionamos los alrededores de Fraga y descendimos el curso de ese río y luego el del Segre, hasta llegar al Ebro.

—Debemos tomar ese castillo antes de sitiar Fraga. —Don Alfonso, encaramado sobre los estribos de su caballo, señaló una fortaleza que dominaba el curso del Ebro.

—Es el castillo de Mequinenza, mi señor —indicó don García Ramírez, el señor de Monzón, que hoy es rey de Navarra—. Lo defienden miembros de los miknasa, hombres aguerridos de una tribu llegada de las montañas del norte de África hace unos años. Son guerreros duros.

—Podremos con ellos —asentó el rey con toda seguridad—. Si ocupamos ese castillo, los de Fraga no podrán recibir ayuda desde el sur y caerá antes en nuestras manos.

—Pueden recibir auxilio desde Lérida —dijo don García.

—Tenéis razón. Por ello debemos asentar nuestro dominio en toda esta zona del río Ebro y asegurar que los almorávides no puedan cruzarlo.

—Para eso necesitaríamos una flota de al menos diez o doce barcos y no disponemos de ellos —añadió don García.

—Los construiremos —asentó don Alfonso—. ¿Alguien sabe dónde conseguir los mejores árboles para construir barcos? —nos preguntó el rey volviéndose hacia todos nosotros.

—En las montañas de Jaca —dijo uno de los consejeros.

—Mejor en la sierra de Cantabria, señor, donde crecen grandes árboles apenas a diez millas del cauce del Ebro. Los troncos pueden llevarse hasta la ciudad de Logroño y construir allí los barcos a orillas del río —propuso un caballero de La Rioja.

Hecho. A fines de marzo ya estábamos en la sierra de Cantabria, cortando los primeros árboles para construir la flota.

Nuestro viaje, aguas del Ebro arriba, fue tan rápido que apenas nos detuvimos un par de días en Zaragoza, pues mi rey tenía mucha prisa por llegar cuanto antes a la sierra de Cantabria. Un grupo de veinte jinetes nos adelantamos a toda la corte, tanto que cuando don Alfonso emitió un documento para repoblar La Rioja todavía no había llegado ningún escriba de la cancillería real, de modo que tuve que ser yo mismo, Bernardo de Jaca, quien escribí con mi propia mano, firmé y puse mi signo en un privilegio para la repoblación de Logroño.

Durante dos meses carpinteros musulmanes llegados desde Zaragoza, expertos en la construcción de barcos para surcar las aguas del río Ebro, seleccionaron los mejores robles y pinos, los talaron y, una vez acumulada la madera necesaria a orillas del Ebro en Logroño, comenzaron a fabricar una docena de embarcaciones.

Mientras lo hacían, don Alfonso aprovechó para dirigirse a Castilla. Los leoneses habían roto el tratado de paz y ocupado a comienzos de mayo San Esteban de Gormaz desde donde amenazaban con llegar hasta Soria. Esta ciudad era una conquista personal de don Alfonso y no estaba dispuesto a perderla.

Quince días permanecimos en Soria, el tiempo suficiente para ratificar al noble aragonés Fortún Garcés como alcaide de su castillo, asegurar sus defensas y disponer un pequeño hospital para la cura de los leprosos, cuya enfermedad estaba causando graves perjuicios a la población.

Asegurada Soria, volvimos al valle del Ebro. En varias localidades entre Tudela y Tarazona se había asentado un par de miles de mozárabes, aquellos cristianos que vivían en Granada bajo dominio sarraceno y que trajimos con nosotros de la expedición por Al-Andalus. El rey les concedió un fuero propio, casas, solares, campos de cultivo y algunas exenciones fiscales para que se asentaran en esa tierra. Y no se olvidó de seguir otorgando privilegios a las Órdenes de Tierra Santa, sobre todo a los caballeros templarios, a quienes concedió la rica villa de Mallén.

A comienzos del verano la construcción de los barcos estaba muy avanzada, pero se agotó la madera talada en la sierra de Cantabria, pues don Alfonso dispuso que se construyera otra media docena más de embarcaciones, para tenerlas disponibles para la conquista de Tortosa, que se planeaba

inmediata a las de Fraga y Lérida. Hacía falta talar más árboles. Don Alfonso decidió que se cortaran en los montes propiedad del monasterio de San Millán. Los monjes pusieron mala cara por lo que consideraban una injerencia en su propiedad, pero nada pudieron hacer ante las órdenes del rey.

Finalizaba septiembre cuando se concluyeron todas las naves. Dieciocho barcos estaban amarrados en el muelle provisional construido a orillas del Ebro, junto al puente de piedra de Logroño.

—La primera flota de Aragón —comentó orgulloso el rey a la vista de las naves, ya completas con todo su aparejo.

—Con ella ocuparemos Mequinenza —comenté sonriendo.

—Fraga y Lérida caerán de inmediato y luego Tortosa, y una vez ocupada toda esa tierra saldremos al mar por el Ebro, llegaremos a Valencia y desde allí a Jerusalén —soñó don Alfonso, que había recuperado el ánimo perdido tras el fracaso en Bayona y se mostraba de nuevo dispuesto a llegar, algún día no muy lejano, hasta Tierra Santa.

—Me temo, mi señor, que estas naves no están hechas para navegar por alta mar —indiqué al ver aquella flota, lista para descender el Ebro pero no para atravesar las olas del Mediterráneo.

—Claro que no, mi querido Bernardo, para llegar a Jerusalén construiremos una nueva flota. En la ciudad de Denia hay unas buenas atarazanas. Cuando Valencia sea nuestra, de allí saldrán las galeras y las naos para viajar hasta Jerusalén.

—Sí, alteza —asentí contagiado por el entusiasmo que me transmitía el rey.

—Mira, ahí llegan las provisiones. —Don Alfonso señaló una fila de carretas que se acercaba a la orilla siguiendo un camino paralelo al curso del río—. Partiremos enseguida, pero antes nos detendremos en Calahorra. Se va a proceder al traslado de los restos de los santos Emeterio y Celedonio a su nuevo altar en la catedral y quiero estar presente en esa ceremonia.

—Siempre viene bien la ayuda divina —comenté con ironía.

—Y más aún si está avalada por la Iglesia —añadió el rey.

La flota zarpó de Calahorra el 9 de noviembre. Descendimos por el Ebro, cuya corriente estaba crecida por las lluvias que cayeron a finales de octubre, pasamos delante de los muros de Zaragoza, a cuyas almenas se asomaron centenares de sus habitantes que nos saludaron y animaron con gritos y vítores y agitando pañuelos y ramas.

Atracamos en el puerto fluvial cerca de la iglesia catedral del Salvador y allí se entrevistó el rey con su prima doña Talesa, la viuda de Gastón de

Bearn, que le informó de sus intenciones de pagar una considerable suma de dinero para rescatar el cuerpo sin cabeza de su esposo y enterrarlo en la iglesia de Santa María, a la que profesaba gran devoción. También le dijo que deseaba legar su herencia a la Orden del Temple y que depositaría el olifante de marfil que perteneció a su marido, con el cual se transmitían las órdenes a los soldados de su hueste, a Santa María. Aquel olifante era un cuerno precioso que don Gastón se había traído de Tierra Santa y que siempre lo había acompañado en sus batallas.

Tras pasar allí tres días embarcamos de nuevo y nos llevamos con nosotros el *Lignum Crucis*, la reliquia más sagrada que poseía don Alfonso, que había quedado guardada en el palacio de la Aljafería. El rey quería tenerla consigo, en su propia tienda, durante el asedio a Fraga.

Al subirla a bordo, tras arrodillarse ante ella, don Alfonso nos hizo jurar a los veinte caballeros que nos encontrábamos en ese momento a su lado que no levantaríamos el asedio de esa villa hasta conquistarla.

Era formidable ver aquellos barcos enarbolando la enseña del rey de Aragón, surcando las aguas del Ebro, corriente abajo, atravesando el río cual el pueblo hebreo las aguas del mar Rojo, rumbo a una nueva hazaña, a la gloria.

A fines de noviembre desembarcamos frente a Mequinenza, cuyo castillo cayó en nuestras manos sin apenas luchar.

—Mi señor, Mequinenza se ha rendido; el alcaide del castillo lo ha entregado tras un primer intento de asalto —le anuncié satisfecho.

Don Alfonso sacudió la cabeza.

—Estableceremos aquí nuestro campamento. Ordena a los hombres que fortifiquen una posición en la margen derecha del Ebro. Pronto cabalgaremos por la orilla izquierda en dirección a Fraga.

Una vez más, el ímpetu del rey me asombró. Ni siquiera había tomado posesión de Mequinenza, pero él ya hablaba de ir a batallar a otros lugares.

—Alteza, deberíais descansar. Ambos deberíamos hacerlo. Ya no somos jóvenes y no contamos con la energía y la fuerza de antaño. Fraga no queda lejos y bien sabéis que no caerá en un día. Por favor, descansad, os lo ruego.

Los ojos del rey se clavaron en los míos, chispeantes y ardientes, pero al mismo tiempo hambrientos por la propuesta de descanso que le estaba sugiriendo. Aceptó postergar el viaje a Fraga por unas semanas, para después de la Navidad.

Entonces no lo sabíamos, pero aquel sería nuestro último asedio, la batalla final, la ofensiva postrera que decidiría el destino de muchos de nosotros. Allí, a orillas del Ebro, la sombra de la muerte se hizo, otra vez, visible ante mis ojos, en esta ocasión más real y más nítida que nunca.

Pocos días después también ocupamos el castillo de Horta. Por un momento, y dada la rapidez de nuestras victorias, don Alfonso pensó en seguir río abajo hasta Tortosa, apenas a medio día de navegación, pero optó por cumplir los planes previstos, de modo que establecimos nuestra base de operaciones en el castillo de Mequinenza y nos dispusimos a preparar el asedio de Fraga. Si todo discurría como habíamos previsto, esa ciudad sería nuestra ese mismo año, al siguiente ocuparíamos Lérida y Tortosa, otro más tarde Valencia y, por fin, desde allí zarparíamos hacia Jerusalén.

Pasamos aquellas navidades en Mequinenza y en enero del año 1133 recuperamos la villa de Sariñena, que habían ocupado dos años antes los sarracenos, aprovechando que el rey estaba asediando Bayona. A fines de ese mes ya estábamos recorriendo el valle de Fraga, inspeccionando sus murallas y atisbando cualquier punto débil que pudiera haber en ellas.

Recuerdo ahora el rostro de don Castán de Biel, siempre tan leal a don Alfonso, sonriendo al sentirse miembro del círculo de caballeros más próximo al rey que tanto admiraba. Fue don Castán quien se ofreció voluntario para llevar a los de Fraga la propuesta de rendición. Y lo hizo con tanta vehemencia que al regresar, con la negativa de los fragatinos a entregar su plaza, nos confesó que les había dicho que pagarían con sus vidas su osadía y su resistencia.

A lo largo de la primavera fueron arribando tropas de refuerzo desde Zaragoza a bordo de las bucas, unas naves de carga, y las galeras, embarcaciones preparadas para librar batallas en el río y en el mar, que navegaban aguas arriba y abajo del Ebro, cargadas con soldados, caballos, víveres e impedimenta. Entre tanto, asentamos nuestro dominio sobre las tierras alrededor de Mequinenza, asegurando así el campamento levantado en torno a su castillo, donde se fueron concentrando nuestras tropas.

El rey se marchó unos días del mes de abril a Pamplona, donde celebró una curia con obispos del reino, pero regresó enseguida, ya dispuesto a culminar aquella campaña. Todavía hoy sigo preguntándome cómo era capaz de moverse con semejante rapidez aquel hombre a quien tanto amé.

En julio tomamos al asalto la villa de Escarpe, asentamos un campamento y nos plantamos ante Fraga para formalizar el asedio. Don Alfonso firmó su primer documento a la vista de sus muros con los títulos de Rey de Aragón, de Castilla, de Pamplona, de Sobrarbe y de Ribagorza. Todos los allí presentes estábamos convencidos de que pronto también lo haría como rey de Lérida.

Los hombres del rey estábamos entusiasmados con aquella nueva campaña, tanto los más jóvenes, algunos de ellos recién llegados a Aragón desde Pamplona o desde Aquitania, como los más veteranos, curtidos en decenas de combates al lado de don Alfonso. Entre los más animados estaba el señor de Monzón, el noble navarro don García Ramírez, que alardeaba de su linaje, pues era hijo del infante Ramiro Sánchez y de doña Cristina Rodríguez, una de las dos hijas del Cid. No había ocasión en la que no recordara que en sus venas corría la sangre de los reyes de Pamplona, pues decía que era hijo de un bastardo de su rey García Sánchez.

Faltaban cuatro días para que acabara el mes de agosto cuando levantamos nuestras primeras tiendas frente a Fraga. Todos los sitiadores esperábamos obtener un gran botín en el momento en que se rindiera esa plaza. Al lado del pabellón real se erigió un pequeño altar portátil en el que se colocaron el *Lignum Crucis* y otras reliquias de la capilla real, hasta ese momento custodiadas en el interior de la tienda del rey, para que todos nuestros soldados pudieran verlas y venerarlas.

Esa misma tarde compartí cena con don Alfonso. Comentamos que las primeras horas de un asedio resultan las más inquietantes. Los dos bandos que se sitúan dentro y fuera de la muralla, sea cual sea la ciudad sitiada, saben que tarde o temprano habrá sufrimiento y dolor, y que sin duda se derramará sangre. La cuestión que más atormenta la mente de asediados y de asediadores no es dónde sino cuándo: ¿pasado un mes?, ¿seis meses?, ¿un año? No es extraño, entonces, que en esos primeros momentos el silencio invada con su abrumador peso todas las almas que aguardan a ambos lados de los muros que los separan.

Don Alfonso y yo, con tanta experiencia en nuestro haber, nos encontrábamos, por el contrario, relajados. Tras acabar una jarra de vino, debatimos la estrategia a seguir.

—Alteza, he averiguado algunas cosas sobre la defensa de la ciudad.

—Cuéntame, Bernardo.

—Al parecer, los musulmanes poseen en Fraga un gran número de subterráneos en los que podrían refugiarse de nuestro ataque, como si fueran roedores que se ocultan en sus madrigueras bajo tierra.

—Lo importante es que no reciban suministros.

—El abastecimiento de Fraga se produce desde Tortosa. El curso del Ebro es navegable todo el año y los del Segre y el Cinca en algunas estaciones; así

pues, gracias a nuestra flota hemos cortado la comunicación fluvial. Pero las defensas de Fraga son superiores a los medios de ataque con que contamos — le dije a don Alfonso.

—Sí, Bernardo, pero esa ciudad se rendirá tarde o temprano por el hambre. El mismo hambre que nosotros hemos de superar. Evitaremos que los de Fraga reciban suministros y nosotros nos abasteceremos desde Zaragoza por balsas por el Ebro, y también por el Cinca, desde Monzón. Quien sea capaz de resistir más tiempo, vencerá.

No dejé de notar que el carácter del rey se había endurecido con el paso de los años. Se había vuelto más terco, más duro, más tenaz. Al concluir el otoño de 1133, los defensores de Fraga ofrecieron entregarse según ciertas condiciones que don Alfonso rechazó porque le parecieron demasiado exigentes. Ahora sé que aquello fue un error. Pero solo ahora.

—Alteza, quizá deberíais reconsiderar esa decisión. Como en todo asedio, ya han empezado a correr ciertos rumores malintencionados. Algunos dicen que en esa plaza se refugian falsos cristianos.

—¿Renegados?, ¿enemigos mortales del rey de Aragón? —ironizó don Alfonso con socarronería y sin apenas considerar mis palabras—. Llevamos aquí apostados tres meses y el asedio se prolongará varios más, estoy seguro. No daré mi brazo a torcer y solo admitiré una rendición incondicional.

Encárgate de escribir a mis principales jefes militares y a los eclesiásticos del reino; envía un correo para que todos acudan a mi llamada.

Mi rey, ya sexagenario, estaba obsesionado con conquistar Fraga a cualquier precio y no atendía a razones. Mientras hablaba, contemplaba abstraído el *Lignum Crucis* que requisamos en el monasterio de Sahagún años atrás. Parecía irle la vida en ello. Incluso le susurraba palabras a la reliquia cuando creía que nadie lo observaba. Su juicio se estaba nublando poco a poco por la incipiente sombra que proyecta el principio de la vejez.

Siguieron meses tediosos, un otoño de abundantes lluvias, que impedían desplazarse por los caminos por tanto barro y lodo como se generó, y un invierno de nieve y hielo que nos obligó a guarecernos en nuestras tiendas, en monótonas jornadas al calor del fuego de las hogueras.

Aquellos meses se hicieron interminables, hasta que llegó la noticia de que un destacamento de guerreros almorávides se acercaba desde el sur. Los más arriesgados se alegraron por ello, pues muchos de los nuestros ansiaban entrar cuanto antes en combate.

Fue en febrero de 1134 cuando libramos con los almorávides una pequeña escaramuza que algunos llamaron batalla, pero que fue una pelea en la que se enfrascaron unas pocas docenas de combatientes. Una avanzadilla de exaltados guerreros musulmanes nos atacó sin tener preparada estrategia alguna, de modo que la rechazamos con facilidad. Tras el combate, el rey encabezó un regimiento de trescientos jinetes, entre los que me encontraba. Nos acercamos al galope hasta las mismas murallas de Fraga y retamos a sus defensores a un duelo, hombre a hombre, pero no obtuvimos respuesta alguna. Creo que el recuerdo de la rota de Cutanda pesaba todavía demasiado sobre aquellos sarracenos, que temblaban de miedo con solo oír el nombre de mi señor don Alfonso, de modo que, carentes de contrincantes, nos retiramos a nuestros campamentos.

El rey de Aragón insistió en aquellos días para que su hermano don Ramiro fuera nombrado obispo de Barbastro y don Arnaldo Dodón para la sede de Huesca, pues ambas diócesis habían quedado vacantes por la muerte de sus prelados.

Ese mismo día nos volvió a hacer jurar que no levantaríamos el asedio de Fraga hasta que cayera en nuestra manos.

En varias ocasiones durante aquel invierno y en la primavera de 1134 intenté por todos los medios convencer a don Alfonso para que entrara en razón y aceptara la rendición que en diciembre los sitiados nos habían ofrecido. Algo en mi interior me decía que aquel asedio podía complicarse. Un mal presagio, sin duda.

—Bernardo, si vuelves a proponerme tal cosa de nuevo, te haré decapitar —musitó el rey con la mirada perdida en el *Lignum Crucis*.

Algo en aquel asedio no me ofrecía buena espina. Lo intuía. Para empezar, el juicio de don Alfonso ya se había enturbiado, pues me acababa de amenazar de muerte, a mí, su principal consejero y más leal amigo, que solo cumplía con total fidelidad las labores que desde hacía décadas me había encomendado. Por otro lado, muchos nobles y caballeros estaban ausentes en el asedio en aquellos días, pues se les había dado permiso para ocuparse de sus asuntos en sus señoríos, siempre y cuando regresaran después a Fraga.

Nuestros espías me habían informado de que hacia esta ciudad se dirigía un ejército musulmán con abundantes tropas procedentes de Córdoba, Valencia y Murcia. Se trataba de soldados veteranos, no de locos suicidas como la mayoría de los que nos hicieron frente en Cutanda. Avisé enseguida al rey del peligro que se acercaba, pero no pareció darle la menor importancia

a aquella amenaza tan real, ignoró mis advertencias y ordenó seguir con el asedio como si nada ocurriera.

—Ayer llegó al campamento un monje procedente de Francia —murmuró el rey ante el altar de campaña, mientras deslizaba un dedo por el *Lignum Crucis*.

—¿Un monje, mi señor?

—En efecto, un monje franco. Afirma que ha tenido una extraordinaria visión y me ha asegurado que mañana tomaremos Fraga. Y yo lo creo. De modo que ordena a los soldados que estén preparados para atacar, mañana, al amanecer.

—Alteza, por favor, escuchad mi consejo antes de que...

—¡Haz lo que te ordena tu rey! ¡Y no vuelvas a rechistar! —bramó don Alfonso, enfebrecido.

Aguanté la mirada de aquellos ojos enrojecidos por un principio de demencia durante unos instantes, pero enseguida me incliné y me alejé de allí, dispuesto a cumplir sus órdenes.

«Sea así, pensé, frente a la muralla de Fraga, donde el rey de Aragón ha decidido que se juegue su destino».

Al amanecer, centenares de soldados marchamos en improvisada procesión tras el visionario monje francés, quien, cual Moisés en el monte Sinaí, se encaramó a lo alto de la colina más cercana a los muros de Fraga. Una vez allí, plantando como un profeta tronante, miró a don Alfonso y, alzando la voz, gritó:

—¡Yo invocaré a Dios contra ellos, se derrumbará su fortaleza y tú los derrotarás!

Pero no fue eso lo que ocurrió.

Los defensores, al ver al monje erguido en la colina como un profeta bíblico, contemplando sus murallas y señalando hacia Fraga con un cayado, apuntaron contra él un almajaneque y cargaron una piedra de gran tamaño. El monje, que seguía invocando a Dios para que nos ayudara a derrotar a los musulmanes, no vio venir el proyectil, que impactó de lleno en su cuerpo y se llevó por delante la mitad superior, tronco, brazos y cabeza, dejando la otra mitad, vientre y piernas, en su sitio, como clavada por los pies. Otro mal augurio, sin duda.

Un aullido de victoria proveniente de los muros de Fraga rasgó con su clamor nuestro amargo silencio en la mañana. Don Alfonso, al contemplar la horrible muerte del monje franco partido por la mitad, pareció volver en sí. Solo lo pareció. Atolondrado, se retiró al campamento, abatido y

descompuesto. No entendía lo que había ocurrido. Ordené que recogieran los restos del monje y cabalgué al lado de mi señor hasta el pabellón real. Una vez dentro, noté que su respiración era lenta y cansada. Pese a la trágica muerte del predicador, yo entendí que debía mostrarme firme y sereno, pues además había otro asunto más importante del que ocuparse.

—Mi señor, el ejército enemigo que avanza desde el sur ya se acerca. Los almorávides están a una semana de camino. Debéis tomar una decisión de inmediato.

—Sal de mi tienda, Bernardo. ¡Ahora! —masculló el rey, enardecido. Ni siquiera parpadeaba. Tenía la vista fija en el suelo y la boca entreabierta—. No vuelvas a dirigirme la palabra. No quiero volver a verte.

Creí entonces que la locura de don Alfonso se acentuaba por momentos. Su alejamiento de la realidad era total. Nada se interponía entre un rey fuera de sí y su vesania. En esas condiciones, el desastre se adivinaba inminente.

A principios de julio varios nobles pidieron permiso al rey para regresar por algunas semanas a sus haciendas. Había que recoger la cosecha y deseaban estar presentes durante la siega. Don Alfonso, pese a la cercanía del ejército almorávide que venía en ayuda de los fragatinos, consintió en ello. También se marcharon muchos de los infantes. Todos prometieron regresar al final de las tareas en el campo e incorporarse al asedio tras las labores de la siega.

Conforme se iban marchando cientos de los nuestros, mis temores se incrementaron. A mediados de julio solo quedábamos quinientos hombres en el campamento ante Fraga. Pocos. Muy pocos. Y el poderoso ejército almorávide se acercaba, se acercaba, se acercaba...

Aquella mañana del 17 de julio del año del Señor de 1134 desperté antes que nadie. Era martes, el día que los antiguos consagraban al dios de la guerra.

Salí de mi tienda cuando rayaba el alba y solo vi a los guardias que hacían la ronda, serpenteando entre las tiendas del campamento con las primeras luces. El amanecer transcurría lento, demasiado lento. No se oía el canto de las aves, ni el susurro del viento silbando entre los árboles. Tanto silencio, aun en las primeras horas del día, resultaba sobrenatural. En el calendario litúrgico se celebraba la fiesta de las santas Justa y Rufina, lo que nos recordó el obispo de Huesca en la oración matinal. Tras asistir al rezo, y no puedo explicar por qué, intuí que se avecinaba un grave peligro y me asaltó un mal presagio.

Empujado por el instinto, me crucé el tahalí con mi espada sobre el pecho y cerré la mano en torno a la empuñadura. A paso lento, anduve con ojos despiertos entre las tiendas, observando cualquier detalle sospechoso.

Demasiado silencio. Demasiada calma.

Fue entonces cuando divisé que algo se movía en la distancia y enseguida escuché un murmullo apenas audible. El ejército musulmán había llegado. Las huestes enemigas avanzaban en silencio y el llano pronto se llenó de miles de soldados que cabalgaban directos hacia nosotros. Pero el campamento no había sido alertado y casi todos los nuestros todavía se desperezaban, ajenos a cuanto sucedía al otro lado de los sueños.

De súbito sonaron los estridentes alaridos y los feroces gritos de guerra de los almorávides y retumbó el redoble de sus tambores de piel de hipopótamo, que los animaba a darnos muerte. El ejército musulmán apareció de pronto, a escasos cientos de pasos de nuestras tiendas, como una masa oscura y compacta, como la imagen de la misma muerte.

—¡Hombres del rey! —grité a pleno pulmón, alertando a toda alma viva en el campamento—. ¡Hombres del rey! ¡Escuchad mi palabra, hombres del rey! ¡Nos atacan! ¡Nos atacan! ¡Armaos y defended vuestras vidas!

Mi angustioso aviso se propagó rápidamente por el campamento. Los infantes desenvainaron sus espadas y los jinetes montaron sus caballos y enarbolaron sus lanzas. Volví la cabeza y entre el polvo que comenzaba a levantarse a mi alrededor vi al vizconde don Céntulo de Bearn y al justicia Lope Fortuñón correr hacia los caballos. El escriba don Iñigo trataba de recoger atropelladamente algunos pergaminos que don Alfonso había firmado el día anterior. Luego contemplé a don Alfonso erguido sobre su caballo, capitaneando la vanguardia y dando instrucciones a cuantos se arremolinaban junto a él. Me incorporé a su lado, pese a lo que me había ordenado, y aguardé expectante el momento de entrar en batalla. Pero, sin pronunciar una sola palabra, el rey clavó las espuelas en los flancos de su caballo, salió al galope él solo y se lanzó de frente contra las huestes musulmanas.

—¡Luchad por el rey! —vociferé con todas mis fuerzas—. ¡Seguid a nuestro rey! ¡No lo dejéis solo! ¡Cargad, cargad!

Instantes después me dirigía tras la estela de don Alfonso, con el respaldo de los hombres del ejército de Aragón. Vi al rey irrumpir contra el frente de los almorávides y abatir a tres enemigos en apenas unos instantes con su maza de combate. Pero sentí que algo no marchaba bien. Una lluvia de lanzas, flechas, dardos y piedras empezó a caer sobre nuestras cabezas, tumbando a hombres y bestias.

—¡Protegeos con los escudos! —grité—. ¡Salid a campo abierto y acabad con el enemigo! ¡Agrupaos! ¡Vamos, vamos, por don Alfonso, por Aragón!

Un grito de júbilo rasgó el amanecer y pronto reordenamos filas. Al frente formábamos los mejores soldados del rey. Sin embargo, sucedió algo que ninguno de nosotros había previsto: las veteranas tropas del general Ibn Ganiya, procedentes de Valencia y Murcia, nos sorprendieron al abalanzarse sobre nuestro centro desde el flanco izquierdo. Se habían ocultado tras una suave loma y nos atacaban por sorpresa, mientras una muchedumbre de sarracenos, que se habían congregado al refugio de las murallas la noche anterior sin que nosotros nos hubiéramos percatado de ello, salía de la ciudad en tropel, atrapándonos como con una gigantesca tenaza. Rodeados por todas partes, una multitud nos atacaba de frente, otra, más considerable si cabe, cargaba a nuestra espalda y asaltaba el campamento y varios regimientos de caballería nos rodeaban por los flancos, provocando la desesperación y el caos entre nuestros soldados.

Mientras aumentaban nuestra confusión y nuestro miedo, hombres, mujeres y niños hicieron una alocada salida desde Fraga e irrumpieron también sobre nuestro campamento: los hombres matando, las mujeres saqueando, llevándose nuestras armas y víveres al interior de la ciudad, y los niños aullando como cachorros de fieras salvajes. Una enorme confusión se apoderó de todos nosotros y comenzamos a sufrir el amargo sino de la derrota.

El campo de batalla era una completa vorágine. Una neblina de polvo dificultaba distinguir al amigo del enemigo. Por encima de la nube de polvo divisé a unos sesenta caballeros de los nuestros luchando sobre un altozano, rodeados por una numerosa hueste de enemigos. Aquellos hombres estaban condenados. Había perdido de vista a don Alfonso, pero mi intuición me llevó a pensar que se encontraba allí; decidí acudir a ese lugar. Maté a cuantos enemigos se cruzaron en mi camino y, a través de una brecha abierta en las líneas sarracenas, cabalgué hasta alcanzar la base de la suave colina. Oía silbar las flechas a mi espalda, surcando el cielo sobre mi cabeza. Los gritos de horror y de muerte desgarraban las nubes de polvo, el furioso sonido de los aceros chirriaba en el aire, los caballos piafaban, los camellos de los guerreros del desierto derramaban una baba blanquecina y pastosa, los yelmos se quebraban bajo los golpes de las mazas, las cotas de malla se hendían ante los espadaos y los golpes de las hachas de combate, mientras el terrible redoble de los tambores almorávides hacía temblar hasta los cimientos del mundo. Aquello era el infierno y nosotros estábamos allí.

Miré alrededor y, horrorizado, observé al caballo del rey Alfonso, con sus gualdrapas rojas y amarillas, que deambulaba por el campo de batalla como un espectro, sin su jinete a la grupa. Pensé que mi señor había caído, que tal vez estaba muerto, grité como poseído por una furia infinita y lo llamé con todas mis fuerzas. No obtuve ninguna respuesta. Angustiado, avancé entre los enemigos, lanzando golpes con mi espada en todas las direcciones, llamando con desesperación a mi rey, procurando localizar su figura entre la trifulca de combatientes. Observé un tumulto frente a mí, fijé allí mis ojos y me percaté de que en medio de esa barahúnda de gente peleaba el rey de Aragón.

Me dirigí hacia él justo cuando tres sarracenos se lanzaron sobre su cuerpo. Lograron derribarlo al suelo y comenzaron a golpearlo con sus espadas. Don Alfonso apenas podía contenerlos; o lo ayudaba pronto o su cota de malla y su casco no resistirían semejante aluvión de golpes.

El rey, descompuesto, sangraba por todas partes, lleno de suciedad y de polvo. Al verlo de ese modo, tuve la impresión de que era un anciano indefenso perdido en la batalla, un hombre al que le quedaban escasos instantes de vida. El sonido del mundo pareció extinguirse. El rey de Aragón iba a morir. Sin embargo, haciendo alarde de su extraordinaria fuerza, se incorporó sobre sus piernas, extrajo un cuchillo del cinto y de un tajo cercenó el cuello de uno de sus atacantes; los otros dos quedaron como paralizados ante la respuesta del caballero que ya creían haber vencido. Con otro certero golpe de cuchillo liquidó al segundo, mientras yo acudía en su ayuda y acababa con el tercero, al que atravesé el pecho con mi espada.

—Siento... siento no haberte escuchado, Bernardo —me dijo el rey, mientras escupía sangre al suelo.

—Tenemos que salir de aquí, alteza.

—¡No...! —gritó don Alfonso, cogiéndome del brazo con su mano—. Lucharemos hasta la muerte. He participado en treinta batallas y nunca he sido derrotado. No huiré. No. O la muerte o la victoria.

—Alteza, me temo que esta ya la hemos perdido. Nos superan en al menos cinco a uno.

Varios enemigos se acercaban amenazantes, con sus espadas curvas dispuestas a atravesarnos. Creí que había llegado nuestro momento y que íbamos a morir.

—Antes de entregar mi alma al juicio de Dios, me llevaré por delante a unos cuantos de vosotros —gritó el rey encarándose con los sarracenos que nos rodeaban.

—Don Bernardo tiene razón —asintió una voz a mi lado. Era el obispo de Urgel, que luchaba junto a seis de sus caballeros—. Debéis salvar la vida, alteza.

Aún hoy ignoro cómo ocurrió, pero dos hermanos, Datonetes y Lope, magníficos guerreros, aparecieron de repente sobre sus caballos, repartiendo mandobles, tajando las cabezas de nuestros enemigos y provocando ente ellos un pavor inusitado.

Los dos hermanos traían además el caballo del rey.

—Tomad, don Bernardo —me dijo Datonetes entregándome las riendas—. Salgamos de aquí.

—¡Mi señor, mi señor! —intenté hacer entrar en razón a don Alfonso—; ¡marchaos! Montad a caballo y huid, alteza.

—No sin ti —me dijo con ojos vidriosos que denotaban la derrota—. Mi caballo es magnífico, podrá con los dos.

Montamos ambos a lomos del caballo y protegidos por los dos hermanos nos abrimos paso como fieras cercadas, mientras el obispo de Urgel y sus caballeros nos guardaban las espaldas.

Todavía se me hace más difícil recordar cómo diablos conseguimos abrir una brecha entre los enemigos que nos cercaban y escapar de una muerte que parecía cierta. De los sesenta caballeros que luchamos codo con codo en aquel altozano, solo diez, incluidos el rey y yo, logramos salir de allí con vida, escapando a duras penas de las huestes enemigas. Entre ellos estaba el noble García Ramírez, el actual rey de Navarra.

Sobre el formidable caballo nos alejamos del campo de batalla a toda prisa. A lomos de aquel poderoso corcel, lo último que el rey pudo ver, antes de hundirse en las sombras malherido y derrotado, fue las decenas de cuerpos inertes de los hombres que habían entregado la vida por él, mientras yo trataba de hacer caso omiso a la tristeza y a la desesperación que sus ojos arrojaban sobre los muertos.

Y lloró. Don Alfonso lloró antes de cerrar sus párpados y perder el sentido. Fue la segunda vez que lo vi llorar, tras haberlo hecho treinta años antes, en el sepelio de su hermano el rey don Pedro.

Pasaba la medianoche cuando don Alfonso despertó. El cielo era un espeso manto de negrura y la quietud del aire pesado y denso presagiaba una tormenta. De pronto, un relámpago enceguecedor rasgó las nubes e iluminó por un instante aquella aciaga noche.

—¿Dónde estoy? —preguntó el rey con voz seca y ronca, desorientado.

—Guardad silencio, alteza —susurré, colocando mi dedo índice sobre sus labios—. Solo hemos podido escapar diez hombres, que yo sepa. Ahora guardad silencio: el enemigo nos sigue de cerca.

Iluminados por el estallido de la luz blanquísima de otro relámpago, atisbé a decenas de amenazadoras figuras acercándose a nosotros. Eran formas negras, apenas contornos, algunos burdos y achaparrados, otros gigantescos y amenazadores. Nos encontrábamos, horas después de la batalla, al refugio de una fortaleza en ruinas en la cima de algún cerro, en mitad de la noche y de la nada. Sabe Dios que he intentado averiguar en qué lugar nos cobijamos tras escapar de la matanza, sin fortuna, me temo.

—Bernardo, Bernardo...

—Aguantad, mi señor, aguantad. Tenemos que zafarnos de esos demonios. No os desvanecáis ahora.

Tal vez se había olvidado de nosotros durante la batalla, pero Dios volvía a estar a nuestro lado esa noche, porque, aprovechando la oscuridad y la lluvia lacerante que comenzó a caer como en el diluvio, logramos dar esquinazo a los musulmanes que nos acechaban. Uno de los nuestros tuvo que sacrificarse y atraer hacia sí al enemigo. Era un valeroso caballero que tuvo la mala fortuna de extraer la ramita más corta de entre las nueve opciones posibles. Un hombre, osado y leal, que nos brindó la oportunidad de huir mientras despistaba al enemigo, lo atraía y se enfrentaba él solo a la muerte. Nunca volvimos a saber de él. Valiente, generoso y leal, ni siquiera recuerdo su nombre y tampoco puedo dibujar los rasgos de su rostro en mi memoria.

En los días siguientes logramos reunir a los supervivientes del desastre. Para nuestra fortuna los almorávides habían decidido no perseguirnos y se habían concentrado en Fraga para saborear su victoria, la única lograda en cuarenta años de guerras y batallas contra don Alfonso.

Hicimos el recuento de nuestros caídos ante los muros de Fraga y el resultado fue desolador: habían muerto el vizconde Céntulo de Bigorra, el conde Arnaldo Mir de Pallars, el vizconde Aimerico de Narbona, los nobles aragoneses Gómez de Luna, Lope López de Riela, el valeroso Artal de Alagón, Peregrín Fortún, el aguerrido don Tizón, el leal Gastón de Biel, hijo del recordado don Castán, y otros muchos valientes caballeros. También habían dado su vida por mi rey el obispo Arnaldo de Huesca, el obispo Pedro de Barbastro y el abad Durando del monasterio de San Victorián; faltaba el obispo Guy de Lescar, al que en principio también dimos por muerto, aunque luego supimos que había sido capturado por los sarracenos.

Más de la mitad de los mejores caballeros de Aragón y de nuestros aliados francos de Aquitania, Cominges y Bearn presentes ante los muros de Fraga habían perecido y los pocos que quedábamos vivos andábamos apesadumbrados y abatidos, como almas en pena y sin esperanza alguna.

También habíamos perdido trescientos caballos, un par de cientos de acémilas, decenas de carros, todas las tiendas del campamento, varias cajas de marfil y de plata, arquetas con herrajes de bronce y las reliquias de la capilla real, entre ellas el *Lignum Crucis*, que algunos interpretaron como una funesta señal de que el reino de Aragón no sobreviviría a su desdichado rey por causa de nuestros pecados.

De los hombres importantes de la curia real, solo quedaban a su lado los obispos don Sancho de Pamplona y don Miguel de Tarazona, don Sancho de Nájera y don García Ramírez.

Mientras nos retirábamos hacia el oeste, el rey otorgó privilegios a doña Orea Dat, la madre de don Datonetes y de don Lope, los dos hermanos que lo habían salvado, y también a mí, de la muerte. Recuerdo bien las palabras que mi señor ordenó copiar a su escriba: «Otorgo esta carta de ingenuidad a mi servidora Orea Dat y a sus hijos Datonetes y Lope, por los servicios prestados, pues tomaron mi caballo, que iba suelto en la batalla de Fraga, y me lo trajeron y me defendieron y se apropiaron de mí».

Tras efectuar el recuento, y a la vista de las tremendas pérdidas que habíamos sufrido, lo que quedaba del ejército se deshizo.

Durante el mes de agosto los que habíamos logrado sobrevivir al desastre de Fraga vagamos por la estepa de los Monegros hasta el río Ebro, dando tumbos de aldea en aldea, buscando cobijo y comida como perros asilvestrados.

Yo propuse remontar el curso del Ebro hasta Zaragoza y recuperarnos allí, al abrigo de sus sólidas murallas de piedra, de las enormes secuelas de la derrota. Pero don Alfonso no atendía a ninguna razón. Se encontraba sumido en un pozo de locura y de insensatez; había perdido el juicio. A mediados de agosto, en la fortaleza de Alfajarín, una sólida fortificación a una jornada de Zaragoza, nos ordenó poner rumbo al norte, hacia Huesca. Avanzamos de nuevo por la estepa, salpicada de bosquecillos de pinos negros, bajo un sol abrasador, como espectros sin otro horizonte ni otra esperanza que ver amanecer un nuevo día.

Para asombro de los que lo acompañábamos, una mañana el rey atisbo a lo lejos una pequeña fortaleza encaramada en lo alto de una colina rocosa, en el valle del río Alcanadre. Estábamos a unas diez millas de distancia y nos

indicó que nos dirigiéramos hacia allí. Ya más cerca, un campesino nos informó que ese castillo era el de Lizana, tan solo un torreón rodeado de una cerca de piedra. Don Alfonso dispuso que la sitiáramos. Creo que ya había perdido todo el sentido y es probable que pensara que aquel humilde torreón era un castillo formidable. Muy a nuestro pesar, obedecimos.

Un puñado de hombres agitados, desorientados, abatidos, vencidos, desmoralizados, asolados por la muerte de nuestros compañeros de armas, dirigidos por un rey carente de cordura..., ¿qué podíamos hacer?

Tras una semana apostados ante el castillo, sin alimentos y sin fuerzas para conquistarlo, levantamos el campamento y seguimos camino hacia Huesca.

A fines de agosto nos detuvimos en la villa de Sariñena. El rey estaba tan enfermo y agotado por la fiebre y las secuelas de las heridas que apenas podía sostenerse en pie. Don Pedro Guillén se afanaba en procurar alivio a su alma y curar sus heridas, pero los cuidados del médico real resultaban inútiles.

Allí permanecemos una semana. El día 4 de septiembre don Alfonso se sintió algo mejor y nos reunió a la decena de consejeros y nobles que todavía formábamos a su lado.

—Bernardo, amigos fieles, no me queda mucho tiempo; tal vez ni siquiera vea la luz de un nuevo amanecer. No he tenido un hijo que herede mis reinos, pero no voy a dejaros desamparados. En el asedio de Bayona firmé mi testamento, que hoy quiero ratificar. Como leales miembros de mi curia, deberéis jurar cumplir mi última voluntad y acatar todas las disposiciones que ahí se contienen.

—Lo haremos, mi señor —asenté en nombre de todos.

—Quiero dejar testimonio de mi fe y mi esperanza en las Órdenes establecidas en Tierra Santa y ratifico que lego la autoridad sobre mis reinos de Aragón, Pamplona, Castilla y de todas cuantas otras tierras me pertenecen por derecho divino y por herencia de mi padre el rey don Sancho y de mi hermano el rey don Pedro a las tres santas Órdenes del Temple, del Hospital y del Sepulcro de Jerusalén, cuyas casas radican en esa sagrada ciudad donde murió Nuestro Señor por la salvación de nuestras almas.

»Juradlo. Jurad por los Santos Evangelios que acatáis mi testamento y cumpliréis mi último deseo.

Durante unos momentos se hizo un silencio espeso, pero al fin fui yo quien rompí la tensa espera.

—Yo, Bernardo de Jaca... —comencé proclamando con toda la solemnidad que fui capaz de mostrar en semejantes circunstancias.

—Tú no, Bernardo, tú no —ordenó el rey interrumpiendo mis palabras. Entonces recordé lo que me había dicho en Bayona en situación similar: que yo no debía jurar algo que no podría cumplir—. Juradlo todos los demás, juradlo.

—Yo, Sancho, obispo de Pamplona, lo juro —terció entonces otra voz.

—Y yo, Cornelio, señor de Murillo, lo juro.

—Y yo, Sancho Juanes, señor de Huesca, Loarre y Bolea, lo juro.

—Y yo...

—Y yo...

—Y yo...

Y así, todos y cada uno de los que allí estaban presentes acataron un testamento que era una insensatez absoluta y que no se podía cumplir. Las disposiciones de don Alfonso conculcaban el derecho sucesorio de la casa real de Aragón, que obliga al monarca reinante a transmitir íntegramente las tierras recibidas de su antecesor sin dividir las, aunque sí puede disponer libremente de lo conquistado en su vida, y conculcaba los intereses de los nobles, que no estaban dispuestos a acatarlo, eso sí, solo una vez muerto el rey.

Tras ratificar y jurar todas las cláusulas del testamento redactado tres años antes en el sitio de Bayona, a las que se añadió alguna corrección, el rey, preso de la fiebre, reo de la locura y aún no restablecido del todo de las heridas recibidas en la batalla de Fraga, nos ordenó seguir camino hacia Huesca. Abandonamos Sariñena, pero don Alfonso no estaba en condiciones de continuar avanzando, de modo que nos detuvimos apenas dos horas después, en una aldea llamada Poleniño, a poco más de media jornada de camino al sur de Huesca.

Pese a su tremenda fortaleza, mi señor estaba tan agotado y vencido que no pudo dar un paso más y, pese a su voluntad de hierro, cuando puso los pies en el suelo tras descabalar con ayuda de un criado, se derrumbó antes mis ojos como un muñeco de trapo, cayendo al suelo con estrépito, sin fuerzas, con solo un hálito de vida en su maltrecho cuerpo, sin un ápice de esperanza en su ajado corazón de león.

—¡Alteza! ¡Mi señor! ¡Mi señor, responded!

Lo sujeté entre mis brazos, tomé su cabeza con mis manos y acaricié su rostro surcado por las profundas huellas del tiempo, de la fatiga y de la derrota.

El rey abrió los ojos, intentó hablar, pero fue en vano, y los volvió a cerrar. Solo una hora más tarde alcancé a entenderle unas pocas palabras.

—Llévame a San Juan de la Peña, Bernardo. Obedece. A San Juan, a San Juan... —su voz se fue apagando como un susurro.

Presto a cumplir su voluntad, preparé una comitiva de siete hombres, pero la enfermedad que consumía al rey lo estaba devorando muy deprisa y, además, no tenía la menor intención de resistirse a ella.

Dispuse que lo llevaran a la mejor casa de Poleniño, que resultó ser la residencia del priorato del monasterio de Montearagón, a cuyo señorío pertenecía el lugar. El prior ordenó a unos fámulos que prepararan todo lo necesario para nuestro alojamiento y ordenó que se celebraran oraciones por la salud del rey en la iglesia que allí se estaba construyendo.

Don Alfonso pasó toda la noche durmiendo gracias a una infusión de manzanilla y salvia, con la que pudo orinar y aliviar el vientre, pues lo tenía muy hinchado. Yo velé su sueño, uno de sus últimos sueños en la tierra.

A la mañana siguiente se despertó despejado, con energías renovadas, pero no era sino un engaño de la naturaleza, como esos momentos de extraña calma que siempre preceden a la tempestad más terrible. Yo me había encargado de que en el aposento del priorato no le faltase cuanto pudiera confortarlo: una jarra de agua fresca, manzanas recién cogidas del árbol, vino especiado y endulzado con miel, sábanas limpias...

Me encontraba sentado a la cabecera de la cama, echando un ligero sueño para superar el sopor de la noche pasada en vela, cuando don Alfonso me habló.

—¿Estamos en San Juan de la Peña? —preguntó como un confuso murmullo.

Me sobresalté, me incorporé de la silla y me acerqué rápido hacia la cama.

—Sí, mi señor, estamos en San Juan de la Peña —mentí—, tal y como ordenasteis.

—Gracias por traerme, Bernardo —dijo el rey recreándose también en mi propia mentira. No era fácil engañar a don Alfonso y creo que él supo que no nos encontrábamos en ese monasterio, pero siguió mi embuste.

—Bernardo...

—¿Sí, mi señor?

—Deseo ver el *Lignum Crucis*. No he podido, ya no lo haré nunca, visitar la tumba del Señor en Jerusalén, como era mi deseo, pero quiero besar esa

santa madera antes de morir.

Dudé unos instantes.

—Me temo que no puede ser, mi señor. Ante la amenaza de que cayera en manos de los almorávides tras la batalla de Fraga, dispuse que la santa reliquia del madero de la cruz se enviara a Zaragoza. Allí se encuentra a buen recaudo, en el palacio de la Aljafería —mentí de nuevo—, pero ordenaré de inmediato, si ese es vuestro deseo, que la traigan aquí.

El rey inhaló aire con gran esfuerzo; luego, trago saliva con dificultad.

—La batalla de Fraga... Allí comenzó a consumirme esta maldita fiebre.

—La superaréis, mi señor.

—Tienes otra cicatriz en la cara, Bernardo, y te falta parte de una oreja — señaló las heridas que recibí en Fraga.

—Es el precio por haber salvado vuestra vida —bromeé.

En el exterior, el tiempo discurría hermoso y sereno. Aquel estaba siendo un verano cálido y la cosecha recogida era una de las mejores de cuantas se tenía memoria. En dos semanas llegaría el otoño, el aire se tornaría cada día más fresco y una vez más comenzarían las lluvias y los vientos; el eterno ciclo de la naturaleza.

Aquel día no me moví del dormitorio. El rey y yo conversamos largamente, toda la jornada, sobre cuantas formidables hazañas habíamos vivido juntos.

—Las crónicas suelen hablar del honor de los reyes —musitó don Alfonso tendido entre sábanas limpias.

—Es cosa de los cronista, alteza. Los que las escriben suelen ser fieles servidores de los reyes.

—Es su obligación.

Callé que lo que nunca se escribe es que un reino, aunque pertenece a un solo hombre, también ha sido forjado con el sudor de los campesinos, el trabajo de los muleros, la pericia de herreros, la labor de los carpinteros e incluso de las mujeres, que también trabajan de sol a sol para que a nobles y señores no nos falte de nada.

—Todos los hombres de este reino os aman; sois su señor natural — comenté.

—Me tienen miedo. ¿Alguna vez te has preguntado, Bernardo, qué sucederá cuando esos hombres dejen de sentir temor?

Dudé si el rey deliraba, pero ahora creo que en aquellos momentos estaba más cuerdo que nunca.

A media tarde se incorporó del lecho con mi ayuda, se sentó junto a la chimenea y me pidió que encendiera fuego. Pese a que eran días muy calurosos aquellos de comienzos de septiembre, sentía en su cuerpo el frío que produce una fiebre alta y constante. No quiso comer nada, ni siquiera una sopa de pan con leche caliente que le trajo el propio prior de Poleniño.

Al principio, el rey simuló encontrarse bien y se sostuvo erguido en la silla, pero al rato comenzó a sentirse cansado y dolorido, y sobre su cabeza se fue cerrando un velo de tinieblas y dolor. Me pidió que lo ayudara a volver a la cama, pues apenas podía moverse por sí mismo.

Pasaron dos días en los cuales la fiebre aumentó y el delirio de don Alfonso apenas dejó momento alguno para la cordura.

La mañana del 7 de septiembre, al mirar por la ventana poco después de amanecer, presencié una luz que bañaba de una pátina azulada los campos de Poleniño, como si estuvieran cubiertos de escarcha. Parecía una imagen fantástica prestada de algún sueño de invierno. ¿Escarcha en verano?, ¿destellos añiles en la llanura?; solo podía tratarse de una premonición. Entonces, como una revelación hace tiempo esperada, supe que había llegado el momento de decirle adiós a mi rey, a mi señor, a mi amado.

Tomé una silla y la acerqué a la cabecera de su cama, luego encendí el fuego de la chimenea. Don Alfonso, que ya estaba despierto y se mantenía en silencio, observaba cada uno de mis movimientos con atención.

—Mi rey, hemos viajado mucho y muy lejos, y hemos vivido numerosas aventuras juntos; pero no creo que hayamos conocido un lugar mejor que este. Hay un poco de todo aquí, en San Juan de la Peña: los recuerdos de nuestra infancia, el hogar de Dios, la paz de las montañas, las verdes praderas y los frescos y frondosos árboles...

Ambos nos habíamos creído ya semejante falacia. Al mirar por la ventana de la casona de Poleniño no se observaban montañas ni árboles. Las cumbres nevadas quedaban lejos, pero tanto don Alfonso como yo fantaseábamos con la naturaleza próxima al monasterio, con la infancia perdida pero no olvidada, y, fuera cierto o no, tanto nos daba, veíamos, o creíamos ver, aquel paisaje de montañas al otro lado de la ventana.

—Sí, aquí en San Juan de la Peña tenemos todo cuanto necesitamos, Bernardo, excepto el mar. ¿Recuerdas al Cid junto al mar de Valencia? Se metió en el agua hasta las piernas, como hice yo mismo en el mar del sur, empuñando la espada mientras en la orilla mis hombres gritaban ebrios de

victorias. Sabes, en ese momento yo era el rey Pescador. —Entonces recordé la leyenda del rey dueño del santo cáliz, el rey Pescador, y adiviné que se trataba de un secreto guardado celosamente en el seno de la familia real de Aragón: los guardianes del cáliz con el que Jesucristo celebró la primera eucaristía de la cristiandad en Jerusalén, la copa de piedra roja que se custodia en San Juan de la Peña. Por eso quería mi señor ser enterrado en ese monasterio.

—Nunca olvidaré esa imagen, mi señor.

El rey tosió y esputó una flema con sangre sobre un pañuelo, tras un rictus de intenso dolor. Sus ojos se tornaron enfermizos y, con un hilo de voz, susurró:

—Sé que voy a morir hoy, Bernardo. Lo presiento en mi interior. Mi corazón late fatigado, mis pulmones apenas reciben aire y mis fuerzas se desvanecen por momentos. Cabalgo sobre un corcel hecho de niebla hacia algún lugar indeterminado en un paisaje de sombras espectrales. Espero, por fin, encontrar un lugar donde pueda vivir en paz al final de este túnel.

—Mi señor, os prometo que haré cuanto esté en mi mano para...

—No, Bernardo, no lo comprendes. He llegado al final del camino. La muerte ya está aquí, ha entrado mí y me reclama —dijo de pronto con una sonrisa inesperada—. Lo he aceptado. Desde el borde abismal de la vida observo la profundidad del precipicio final. Mis hermanos y mis padres me aguardan allí. Por fin voy a reunirme con ellos. Pero hasta que la oscuridad y el silencio me envuelvan y la muerte me lleve a su seno, quiero reposar en paz, recordar épocas mejores y rememorar los momentos más gloriosos, aquellos que guardamos en la memoria y que, al final de los días, son los únicos por los que ha valido la pena haber vivido y haber luchado.

Una extraña melodía llegó del exterior. Me incorporé y agucé el oído, perplejo.

—Alguien canta en el claustro del monasterio —proseguí con la mentira.

No había ningún claustro, claro, pero sí era cierto que alguien cantaba al otro lado de la ventana. Alguien, en algún lugar de Poleniño, entonaba una hermosa canción. La voz sonaba dulce y armónica y hacía evocar tiempos felices y remotos. El sol, que ya descendía hacia el oeste, estaba empañado por la calima del atardecer; brillaba lejano, tétrico y bermejo, como si aquella rara claridad de la hora postrera de la tarde fuera la última luz del mundo. A través de una bruma cada vez más espesa me pareció escuchar lejanos aullidos de lobos subrayando los versos de aquella extraña canción. Tal vez esos aullidos solo existieran en el interior de mi cabeza, pero entonces supe

que si todavía me quedaba alguna esperanza, se estaba desvaneciendo como aquel pesado atardecer.

—Mi vida no debía terminar así, Bernardo. A menudo, los cuentos tienen un final dulce —oí que bisbisaba el rey con una vocecita a punto de extinguirse; y hasta me pareció que se reía un poco antes de hundirse en la nada, como si le alegrara liberarse por fin de tantas dudas, preocupaciones y miedos. Y aún mientras su alma se alejaba volando hacia el olvido, de nuevo me pareció escuchar otras voces, otros cantos, que parecían venir desde un mundo olvidado y antiguo—. Quiero ver las montañas, Bernardo, las montañas en el horizonte.

Me acerqué a la cabecera de la cama y ayudé a don Alfonso a incorporarse, sentado sobre el lecho, su cuerpo apoyado en el mío. Ambos miramos por la ventana, entre las luces del ocaso, la llanura de Poleniño.

—Observad, alteza, las cimas están nevadas y el reflejo rojo del sol es hermoso en ellas. El frescor del aroma de los pinos invade esta estancia, las mariposas aletean entre las flores y las aves cantan en las ramas de los árboles.

—Y una manada de lobos acecha en la ladera de la montaña —completó don Alfonso apenas con un hilo de voz—. Si se acercan, ya no podré volver a salvarte de sus fauces, Bernardo.

—Os estaré eternamente agradecido por aquella noche, por tantos días, por toda mi vida —le sonreí, nostálgico.

Recostada su cabeza en mi pecho, la respiración del rey se fue apagando a la vez que el último claror del día. Cerró los ojos; aunque débilmente, aún respiraba. Parecía dormido. Mantuve la vista fija en la ventana, como si fuera cierto que al otro lado se alzarán las montañas. Me sentí bien y creí que había sido acertado inventar la sencilla mentira y vivirla a su lado.

Pero entonces el rey abrió los ojos y habló con una voz límpida y potente que hacía semanas que no escuchaba, una voz que se alzó sobre el silencio y la penumbra y que retumbó entre las paredes de aquella estancia.

—Atravieso las puertas de lo eterno y contemplo un mundo en el que los hombres no combaten a muerte por la tierra, un mundo en el que las mujeres son bien tratadas y las mentes de los jóvenes rebosan de firmes promesas y anhelos posibles. Sueño con un mundo en el que la esperanza y la justicia acunan con su hermoso canto la tierra virgen, allí donde los pueblos escuchan unidos una melodía de bondad y fraternidad. Me arrepiento de muchos de mis actos, pero espero que alguien mejor que yo ocupe mi lugar y gobierne estos reinos con más atino. Moriré con esa esperanza.

De pronto cerró los ojos, su llama vital se apagó para siempre y las sombras engulleron el fuego de su alma de un plumazo. Su respiración se interrumpió con un último hálito sostenido por un instante y su vida se extinguió ante mis húmedos ojos.

Una fuerza invisible me asestó un violento golpe en el corazón, que lo hizo vibrar y quebrarse en mil pedazos, mientras una forma sombría saltaba por encima de él. Una parte de mi alma, la única en la que restaba un ápice de pureza, me abandonó y salió de mí, siguiendo el curso que marcaba el espíritu del rey. Ya no quedaba nada puro en mi interior, nada limpio, solo restos de una sustancia sombría y gélida.

Permanecí allí sentado largos momentos, mientras caía la oscuridad de una noche sin luna. El cuerpo sin vida del rey reposaba todavía cálido entre mis brazos. Al oído, le susurré:

—Habría cabalgado con vos hacia cualquier final, mi rey; os habría seguido hasta los confines del mundo, hasta los muros de la sagrada Jerusalén, hasta las entrañas del mismísimo infierno.

Sentí que allá en el norte, mientras las montañas lloraban y las praderas gemían por la muerte de su gran rey, el corazón del reino de Aragón, su espíritu y su honor se estremecieron, y la tierra tembló desde los más profundos cimientos hasta las más altas cimas.

Comprendí que el alma de mi señor don Alfonso flotaría por siempre sobre esta tierra y que su gloria empaparía todas las regiones conquistadas, todos los pueblos fundados, todos los derechos otorgados y todas las libertades concedidas a tantos hombres. Imaginé que don Alfonso escrutaría desde los cielos el reino que había construido, sus montañas, sus valles, sus llanuras, desde los agrestes picos de los Pirineos a las modeladas sierras del sur. Y que su mirada escrutadora protegería para siempre a cuantos vivieran en esta tierra bendita.

Un relámpago enceguecedor rasgó la noche y lo interpreté como una señal del cielo que rendía honores al más egregio de los monarcas. Y supuse que sus enemigos y los ardides que contra él emplearon quedaban al descubierto, mientras conseguía su última y gran victoria. Los mortales que aquí quedábamos sabíamos bien de las hazañas protagonizadas por el formidable guerrero que nos dejaba y penábamos por el destino inescrutable que nos esperaba sin su luminosa guía y sin su confortador auxilio.

Él se fue de la vida como se apagan las llamas devoradoras bajo un aguacero diluvial, y en mí se quedó la tristeza, una desgarradora pena que creció en espirales de dolor y de angustia, como un intenso humo negro que lo

mancha todo de hollín y de ceniza, como esa lluvia de barro que lo impregna todo de un lodo rojizo.

Quise imaginar que en el momento de la muerte de mi señor, de mi amado, el mundo se sacudió de uno a otro confín y que todos los caballeros de este siglo sintieron cómo se encogían sus almas y se estrechaban sus ánimos; quise imaginar que sus pechos se sintieron henchidos de valor y de franqueza; quise imaginar que los soldados de todo el mundo suspendieron sus luchas y sus querellas por un instante y alzaron sus cabezas hacia el cielo en señal de respeto por el más grande de todos ellos; quise imaginar que don Alfonso convocaba desde el más allá a todos los capitanes, a todos los olvidados, a los vencidos, a los vencedores y que los llamaba a su lado, y que todos le respondían con un grito unánime y hermoso.

Quise imaginar a mi rey encabezando a todos los ejércitos del mundo, marcando el camino verdadero a los más valientes caballeros, cabalgando al frente de todos ellos sobre el viento, imponiéndose a las tempestades y a todas las furias, conduciéndolos a todos a un único y feliz destino.

Monasterio de San Juan de La Peña, navidades del año 1136

Como mis cansados y envejecidos ojos apenas pueden distinguir unas letras de otras y mi mano tiembla en demasía, he dictado esta crónica en el escritorio del monasterio de San Juan de la Peña a un joven y amado monje cuya compañía y caricias me confortan en estos días de mi edad postrera.

Aquí, al amparo de estos muros de piedra y al abrigo de esta montaña de piedra roja, he acudido en espera de que mi vida se apague. Hoy me he despertado poco antes de que en la sacristía de San Juan sonara el nuevo reloj, un artefacto mecánico que hace tañer una campana cada mañana al alba. Tenía ganas de acabar esta crónica y poner fin a estas páginas con el recuerdo de la plácida expresión dibujada en el rostro del rey Alfonso, con sus ojos ya cerrados, el día de su muerte. Ahora sí contemplo en verdad las cimas nevadas y el monasterio bajo la piedra, ese mismo paisaje que mi señor y yo imaginamos en un pequeño pueblo en la llanura, a través de una ventana abierta a un atardecer añil.

Soy un anciano cansado. He envejecido más deprisa en estos últimos meses que en todos los años vividos hasta la muerte de mi señor. Él fue quien despertó la primera pasión en mi alma y quien cerró mi última ilusión. Desde que él no está, mi vida carece de sentido y se agrieta día a día, como un edificio a punto de venirse abajo.

Soy un ser solitario y doliente, un hombre angustiado que se ha quedado vacío y perdido. Ni siquiera estoy seguro de si sigo vivo en el mismo mundo que don Alfonso erigió. No lo sé. En todo caso, cada día sigo imaginándolo y lo veo montado sobre su caballo, observando las montañas nevadas y su blancura infinita, soñando con conquistar un nuevo reino más allá del horizonte. Y quiero pensar que en verdad él está allí, al otro lado de la ventana.

Ahora me pregunto una y otra vez si debería haberle confesado lo que yo sentía en mi corazón, mi amor profundo, mi pasión intensa, mi vida entera. Jamás podré saber qué me habría respondido y ni siquiera estoy seguro de querer conocer esa respuesta.

Cuando redacto las últimas palabras de esta crónica, siento cómo la tierra se estremece bajos los pies de los hombres, mientras una vasta oscuridad ondulante invade el cielo y se eleva por encima del monasterio, sobre las altas montañas. Tiembla y gime la tierra. Son los largos estertores de un redoble que debería ser de júbilo y gloria, pero que la ausencia de don Alfonso lo convierte en un rito desesperado de dolor y agonía.

Siento y deseo que mi corazón se funda pronto con el suyo y, entretanto, copio con orgullo las últimas palabras de mi señor, su último sueño:

«Atravieso las puertas de lo eterno y contemplo un mundo en el que los hombres no combaten a muerte por la tierra, un mundo en el que las mujeres son bien tratadas y las mentes de los jóvenes rebosan de firmes promesas y anhelos posibles. Sueño con un mundo en el que la esperanza y la justicia acunan con su hermoso canto la tierra virgen, allí donde los pueblos escuchan unidos una melodía de bondad y fraternidad. Me arrepiento de muchos de mis actos, pero espero que alguien mejor que yo ocupe mi lugar. Moriré con esa esperanza».

De ahora en adelante, sea cual sea el tiempo que me quede de vida en este mundo, lo soportaré esperando en soledad, pero sin dejar de perseguir ese sueño, el último sueño de don Alfonso. ¡Anhele tanto encontrarme con él en la otra vida!

Sé que me aguardan tiempos de tormenta y de zozobra, pero, al menos, los viviré con esa esperanza.

Anexos

NOTA DE LOS AUTORES

Esta novela tiene su origen en una larga conversación entre los dos autores sobre las diferentes maneras de llevar la historia a la ficción. La idea de escribir una novela juntos, padre e hijo, surgió a partir de esa charla durante unas navidades y fue cogiendo forma en las semanas siguientes, en un suave invierno, cuando decidimos elaborar un relato literario basado en la vida y hazañas de Alfonso I el Batallador.

Tras ponernos de acuerdo en la manera de afrontar la redacción y tras un periodo de documentación que duró varios meses, elaboramos un guión y dejamos sentadas varias premisas básicas sobre el estilo literario de esta novela. Solo entonces comenzamos el proceso de escritura en los últimos días de una agradable primavera. El relato fue creciendo a lo largo de un calurosísimo verano y un templado otoño, entre intercambios de opiniones y correcciones mutuas, y tras visitar muchos de los lugares citados en la novela. Por fin, la concluimos mediado el nuevo invierno, tras una intensa revisión conjunta.

En este relato coexisten muchos personajes históricos con tan solo dos de ficción. Los primeros han sido tratados según el criterio que hemos extraído tras leer las crónicas, diplomas y otros documentos de la época, muchos de ellos contradictorios. Los de ficción, Bernardo de Jaca y Elvira de Toro, responden al estereotipo de los cortesanos del primer tercio del siglo XII, hombres y mujeres de condición nobiliaria que formaban parte del círculo real y que participaban en las intrigas y luchas por el poder.

Alfonso I el Batallador fue hijo segundón del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez de Aragón con la noble francesa Felicia de Roucy. Sucedió en el trono a su medio hermano, Pedro I, que murió en 1104 sin descendencia masculina, pues su único hijo varón, el príncipe Pedro, falleció un año antes.

Alfonso I fue rey de Aragón y de Pamplona durante treinta años, rey de Castilla durante veinticinco y de León entre 1109 y 1114, aunque la

historiografía pancastellanista lo ha eliminado del listado de sus monarcas.

Se conservan alrededor de trescientos documentos emitidos por su cancillería, en los cuales, según la época, firma como Emperador de toda Hispania, Rey de Aragón, de Pamplona, de Sobrarbe, de Ribagorza y de Castilla, y en otros dice reinar en Arán, Álava, Vizcaya, Zaragoza, Tudela, Soria, Calatayud y Daroca.

Soltero hasta pasados los treinta y cinco años de edad, siendo ya rey desde 1104, se casó en 1109 con la reina Urraca de León, hija de Alfonso VI de León y de Castilla y madre de Alfonso VII. El matrimonio con Urraca terminó muy mal, pues se enfrentaron en diversas ocasiones y nunca hubo entre ellos la menor muestra de sintonía ni de afecto. La Iglesia acabó declarando la nulidad matrimonial en 1114, alegando relaciones de parentesco en grado próximo, pues eran primos segundos como bisnietos del rey Sancho III el Mayor de Pamplona. Con este matrimonio se unieron dinásticamente, aunque de modo efímero, las coronas de León y de Aragón, además de las de Castilla y de Pamplona, tres siglos y medio antes de que lo hicieran los Reyes Católicos.

Los relatos sobre la figura de Alfonso I son tremendamente controvertidos y contradictorios: todo un valeroso héroe para los cronistas aragoneses, pero un cobarde villano para los leoneses.

Las crónicas leonesas como la *Historia compostelana* o las *Crónicas anónimas de Sahagún*, muy contrarias a El Batallador, achacan el fracaso del matrimonio de esta pareja real a la violencia y maldad con las que el rey aragonés trató a doña Urraca, a la que llegó a encerrar y castigar con violencia física, según cuentan. Lo llaman «celtíbero furibundo», «impío aragonés», «tirano aragonés», «feroz aragonés», «nefando tirano» y lo tildan de «invasor, pérfido, traidor, cobarde, malvado, felón, ladrón, saqueador, perjuro y soberbio», nada menos. Por ello nunca lo incluyeron en las listas de los reyes de León y de Castilla, pese a que Alfonso I lo fue por su matrimonio con Urraca y por su herencia paterna, y porque conquistó la mitad oriental de Castilla, la llamada Extremadura castellana; como rey de este reino firmó muchos de sus documentos desde 1109 hasta su muerte en 1134.

Las aragonesas, como la *Crónica de San Juan de la Peña*, presentan a El Batallador como un rey valeroso, buen gobernante y prudente; y alegan que fue doña Urraca la responsable de la ruptura y la acusan de cometer adulterio con al menos dos nobles leoneses, por lo que don Alfonso la repudió, aunque aseguran que la trató bien, incluso con «amor y prudencia».

Las crónicas árabes, como la de Ibn al-Athir, dejan entrever la homosexualidad de El Batallador y relatan que «el rey Alfonso prefería la compañía de los hombres a la de las mujeres», asegurando que nunca quiso compartir su lecho con las concubinas que le ofrecían.

Desde luego, Alfonso I de Aragón era un misógino que quizá nunca se relacionó carnalmente con una mujer, ni siquiera con Urraca de León, la que fuera su esposa, con la que tal vez jamás llegara a consumar el matrimonio. De esa unión no nació ningún hijo, de modo que no hubo un heredero común que unificara todos sus reinos.

Es muy probable que Alfonso I, educado desde los cinco o seis años hasta los catorce o quince en monasterios masculinos, fuera homosexual, de ahí su visceral rechazo a las mujeres, incluida su propia esposa; y así parece desprenderse tanto de los comentarios de las crónicas árabes como de su propia vida personal y familiar. En la novela lo hemos reflejado de esta manera, con el máximo respeto y delicadeza posibles. Desde luego, en el siglo XII la homosexualidad estaba extendida entre los varones y también entre las mujeres, sobre todo en los conventos, y en algunos grandes personajes de ese tiempo, como el rey Ricardo I de Inglaterra, Corazón de León, cuya vida sexual y familiar resulta similar a la suya.

Es cierto que en el monasterio de San Juan de la Peña se guardaba un vaso de piedra de época romana, que se consideraba el auténtico santo cáliz de la Última Cena. En ese cenobio del Pirineo estuvo desde el siglo XII al menos hasta 1399, y sobre él han corrido no pocas leyendas en las que se narra que fue el oscense san Lorenzo quien en el siglo III trajo el cáliz de Roma a Huesca. Desde el siglo XV esta copa puede contemplarse en una capilla de la catedral de Valencia. Consta de dos vasos de piedra, la copa superior es de calcedonia rojiza, en su variedad cornalina, y data del siglo I; el pie es un cuenco ovoide de ónice negruzco con una inscripción en confusas letras cúficas árabes (algunos piensan que son hebreas) que se tradujo como «Para la que florece», pero que en realidad dice «Dios es Jesús»; ambas piezas fueron unidas, en el siglo XII o XIII, con unas asas de plaza sobredorada con engastes de 2 rubíes, 2 esmeraldas y 28 perlas, con un claro simbolismo geométrico basado en el llamado nudo de Salomón.

Otra copa de piedra similar y de la misma época, que también se identifica con la copa de Cristo, se guarda en el museo de la colegiata de San Isidoro de León; se trata del cáliz de doña Urraca, la hermana de Alfonso VI de León y tía de la reina Urraca, la esposa de Alfonso I de Aragón. Y hay además decenas de ellos en iglesias de Francia, Gales e Inglaterra. La leyenda del

Santo Grial es la más conocida de la Edad Media y ha dado lugar a muchos poemas y novelas desde el siglo XII.

Aunque parezca fruto de un relato fantástico e increíble, es cierto que Alfonso I legó su reino a las Órdenes Militares del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, que se habían constituido unos años antes en Jerusalén, mediante un asombroso testamento dictado en Bayona en octubre de 1131 y ratificado en Sariñena el 4 de septiembre de 1134, tres días antes de morir.

Pese a que todos los nobles juraron cumplir esas disposiciones testamentarias, la voluntad del rey era absurda y el mismo día de su muerte los aragoneses hicieron caso omiso al testamento y lo rechazaron. A falta de un hijo y heredero, proclamaron rey de Aragón a Ramiro II el Monje, hermano menor de Alfonso, pese a que no podía ejercer como soberano por su condición eclesiástica. El mismo día de la muerte de Alfonso I, el 7 de septiembre de 1134, Ramiro II ya se intituló como Rey de Aragón.

Por su parte, los navarros hicieron lo propio con el noble García Ramírez, de modo que los reinos de Aragón y de Pamplona, ahora Navarra, unidos dinásticamente desde 1076, se separaron. Por su parte, Alfonso VII de León aprovechó la confusión para incorporar a su Corona la Extremadura de Castilla desde Soria a Sigüenza.

Ya en vida, Alfonso I de Aragón se había convertido en una leyenda. Participó en una treintena de batallas, de las que siempre salió vencedor, salvo en una, la última, librada el 17 de julio de 1134 en Fraga.

Trovadores y juglares lo consideraron como un nuevo Julio César o un revivido Carlomagno, y muchos años después de su muerte su recuerdo seguía tan vivo que en Aragón apareció un personaje que anunció ser el mismísimo Batallador. En realidad se trataba de un embaucador, un herrero que tal vez se volvió loco y que fue ejecutado en la horca por usurpador, en la ciudad de Barcelona en el año 1181.

Ramiro II el Monje se casó en 1135 con Inés de Poitou, hija de Guillermo IX de Aquitania, el duque trovador, amigo y compañero de armas de Alfonso I. De esa unión, tan efímera que la reina regresó a su tierra natal a fines de 1136, abandonando a su hijita de cinco meses, nació la princesa Petronila.

En el matrimonio de la reina Petronila de Aragón con el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona, veinticuatro años mayor, tuvo su origen la Corona de Aragón, una de las formaciones políticas más asombrosas de la Edad Media.

El Bernardo de Jaca de esta novela nunca existió, aunque en uno de los diplomas que firmó Alfonso I en el año 1132 aparece un escriba y notario con este mismo nombre; lo hemos usado como personaje y escritor ficticio de esta novela. Bernardo de Jaca es una invención de los autores, pero responde al tipo de cortesano y servidor de la curia de hombres leales al rey Alfonso el Batallador. Hemos querido que fuera este personaje de ficción quien escribiera la novela en primera persona, como fiel aunque interesado testigo de los acontecimientos narrados.

Con ello hemos pretendido captar, ojalá lo hayamos logrado, el espíritu de una época en la que Europa despertó de un largo periodo de sombras, se desarrolló la cultura humanista, se alcanzó la cima del arte románico, se otorgaron en algunas zonas del reino de Aragón leyes y fueros con contenidos de libertades jamás vistos hasta entonces y se sentaron las bases del ideal caballeresco y de la apertura intelectual de la cristiandad.

Aquella fue una época prodigiosa de conquistas y cruzadas, reyes y nobles, caballeros y damas, siervos y campesinos, burgueses y comerciantes, artistas y arquitectos del románico, leyendas e historias, juglares y trovadores.

Fue el tiempo de Alfonso I el Batallador, Rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla, Emperador de toda Hispania.

CRONOLOGÍA

- h. 1073, nace Alfonso Sánchez, hijo del rey Sancho Ramírez de Aragón y de Felicia de Roucy.
- 1079-1086, Alfonso Sánchez es educado en los monasterios de San Pedro de Siresa, San Salvador y San Juan de la Peña.
- 1082, El Cid derrota a Sancho Ramírez en Almenar.
- 1086, 23 de octubre, batalla de Sagrajas, los almorávides derrotan a Alfonso VI de León.
- 1087, Alfonso Sánchez es nombrado señor de las villas de Biel, Luna, Bailo y Ardenes.
- 1088, muere Fernando, hermano de Alfonso Sánchez.
- 1089, se construye la fortaleza del Castellar, a unos 25 kilómetros al oeste de Zaragoza.
- 1091, el príncipe Pedro de Aragón peregrina a Roma.
- 1093, 3 de mayo, el rey Sancho Ramírez entrega a su hijo Ramiro al monasterio de Torneras.
- 1094, 4 de junio, muere Sancho Ramírez en el asedio de Huesca; Pedro I nuevo rey de Aragón.
- 1095, otoño, el papa Urbano II convoca la I Cruzada.
- 1096, 19 de noviembre, batalla de Alcoraz; el rey Pedro I vence y conquista Huesca.
- 1099, 15 de julio, los cruzados conquistan Jerusalén.
- 1100, Pedro I conquista Barbastro.
- 1101, julio, los aragoneses asedian Zaragoza; se fortifica Juslivol.
- 1103, muere Pedro, príncipe de Aragón e hijo de Pedro I; Alfonso Sánchez heredero al trono.
- 1104, 29 de septiembre, muere Pedro I; Alfonso I nuevo rey de Aragón.
- 1105, abril, Alfonso I conquista Ejea y Tauste.
- 1106, 29 de junio, Alfonso I es padrino de bautismo del rabino judío Pedro Alfonso en Huesca.
- 1107, noviembre, Alfonso I conquista Tamarite de Litera.

- 1108, mayo, algunos señores del sur de Francia se ofrecen como vasallos de Alfonso I.
- 1109, otoño, boda de los reyes Alfonso I de Aragón y Urraca de León.
- 1110, primavera, campaña militar de Alfonso I en tierras de Galicia.
- 1111, Alfonso I encierra a Urraca en El Castellar.
- 1112, enfrentamientos entre los partidarios de Urraca y de Alfonso I en León y Galicia.
- 1113, octubre, se aprueba la separación matrimonial de Alfonso I y Urraca.
- 1114, la Iglesia ratifica la nulidad del matrimonio de Alfonso I y Urraca.
- 1115, el príncipe almorávide Ibn Tifilwit es nombrado gobernador de Zaragoza.
- 1116, Alfonso I repuebla las tierras al sureste de Burgos y La Rioja.
- 1117, julio, Alfonso I a las puertas de Zaragoza.
- 1118, diciembre 18, Alfonso I conquista Zaragoza.
- 1119, Alfonso I conquista Tudela, Tarazona y Soria; concede fuero a Belchite.
- 1120, junio 17, batalla de Cutanda; Alfonso I conquista Daroca y Calatayud y concede fueros.
- 1121, Alfonso I dona la iglesia de Santiago de Zaragoza al monasterio de San Pedro de Siresa.
- 1122, Alfonso I conquista Medinaceli y Sigüenza; crea la Orden militar de Belchite.
- 1123, Alfonso I dota de rentas a la iglesia diocesana de Tarazona.
- 1124, octubre, Alfonso I funda Monreal, en el alto Jiloca, sede de la Orden de Cristo.
- 1125, septiembre-1126 junio, campaña de Alfonso I por Levante y Andalucía.
- 1126, septiembre, Alfonso I repuebla Aragón, el sur de Navarra y La Rioja con mozárabes.
- 1127, paces de Támara entre Alfonso I de Aragón y Alfonso VII de León.
- 1128, diciembre, Alfonso I conquista Molina.
- 1129, mayo, Alfonso I asedia Valencia.
- 1130, octubre, Alfonso I asedia Bayona.
- 1130, octubre, Alfonso I dicta testamento en el sitio de Bayona.
- 1132, junio, Alfonso I concede fueros buenos a los mozárabes traídos de Granada.
- 1133, junio, Alfonso I conquista Mequinenza.

- 1134, julio 17, batalla de Fraga; septiembre 7, muere Alfonso I en Poseniño; Ramiro II, rey de Aragón.

PERSONAJES

PERSONAJES HISTÓRICOS

Abd al-Malik (vid. Imad ad-Dawla).

Abd Allah ibn Mazdali (¿-1118): gobernador almorávide de Granada y de Zaragoza.

Abú Alí as-Sadafi (h. 1062-1120): valenciano; retórico y conocedor de la tradición islámica.

Abú Allah (¿-1120): juez de Almería; muerto en Cutanda.

Abú Bakr ibn al-Arabi (¿-1120): radical musulmán; muerto en Cutanda.

Abú Muhammad ibn Tinagmar (¿-1120): general almorávide de Granada.

Abú Yaqub Yintan (¿-1120): radical musulmán norteafricano; muerto en Cutanda.

Abú Zayd (¿-h. 1120): visir del rey musulmán de Zaragoza.

Aimerico: abad de San Juan de la Peña (1089—mayo 1099).

Al-Mustain II (h. 1060-1110): rey musulmán de Zaragoza (1085-1110).

Al-Mutamin (h. 1040-1081): rey musulmán de Zaragoza (1081-1085).

Alfonso I el Batallador (h. 1073-1134): rey de Aragón y de Pamplona (1104-1134), rey de Castilla (1109-1134) y rey de León (1109-1114).

Alfonso VI de León y Castilla (h. 1040-1109): rey de León (1065-1109) y de Castilla (1072-1109).

Alfonso VII de León y Castilla (1104-1157): rey de León (1126-1157) y de Castilla (1134-1157).

Alí ibn Masud (¿-h. 1120): jurista musulmán de Zaragoza.

Alí ibn Yusuf (1083-1143): emir de los almorávides (1106-1143).

Armengol VI (1096-1154): conde de Urgel; aliado de Alfonso I.

Avempace (vid. Ibn Bajja).

Azzún ibn Galbún (h. 1065-1120); gobernador musulmán de Molina; amigo del Cid.

Barbatuerta (¿-h. 1104): guerrero de Alfonso I; combatiente en la batalla de Alcoraz.

Bernardo (¿-1128): arzobispo de Toledo (1086-1128).

Bernardo Atón (¿-1129): conde de Carcasona; participa en la conquista de Zaragoza.

Berta (h. 1070-h. 1109): reina de Aragón, 2ª esposa de Pedro I; reina de los Mallos.

Calixto II (h. 1050-1124): cardenal Guido de Borgoña, y papa (1119-1124).

Castán de Biel (¿-h. 1130): señor de Biel; consejero y caballero de Alfonso I.

Cic de Flandres (h. 1050-1105): caballero muerto de la batalla de Tauste.

Diego Gelmírez (h. 1070-1140): obispo y arzobispo de Compostela (1100-1140).

Diego López de Haro (h. 1075-1124): señor de Vizcaya.

Domingo (¿-h. 1120); abad del monasterio de San Facundo de Sahagún.

Enrique de Borgoña (1066-1112): conde de Portugal (1095-1112).

Esteban (¿-1130): maestro de Alfonso I; canónigo y obispo de Huesca.

Felicia de Roucy (h. 1052-h. 1088): 2ª esposa de Sancho Ramírez.

Fernando (h. 1071-h. 1088): infante de Aragón; hijo de Sancho Ramírez y de Felicia de Roucy.

Fernando I (h. 1016-1065): conde de Castilla (1029-1065) y rey de León (1037-1065).

Galindo Arbués (¿-h. 1110): monje de Siresa; preceptor y maestro de letras de Alfonso I.

García: abad de San Juan de la Peña (abril de 1121-1130).

Gastón (h. 1075-1130): vizconde de Bearn (1090-1131) y señor de Zaragoza (1118-1131).

Gelasio II (h. 1060-1119): papa de Roma (1118-1119).

Ginca de Escuin (h. 1050-h. 1110): esposa del caballero Cic de Flandres.

Gómez González (h. 1067-1110): conde leonés; amante de Urraca de León.

Guido de Borgoña (vid. Calixto II).

Guillermo (h. 1070-1121): obispo de Pamplona (1115-1121).

Guillermo VIII (h. 1024-1086): duque de Aquitania (1058-1086).

Guillermo IX el Trovador (1071-1126): duque de Aquitania (1086-1126); cuñado de Pedro I.

Guillermo X (1099-1037): duque de Aquitania (1126-1037); padre de Leonor de Aquitania.

Hugo de Sanctallensis (h. 1090-h. 1160): traductor del obispo de Tarazona.

Ibn Bajja (h. 1070-1136), Avempace: filósofo y visir del reino musulmán de Zaragoza.

IbnTifilwit (¿-1115): gobernador almorávide de Zaragoza (1110-1115).

Ibrahim ibn Zacada (¿-1120): radical musulmán de Lérida; muerto en Cutanda.

Imad ad-Dawla (h. 1080-1130): rey musulmán de Zaragoza (1110); señor de Rueda (1110-1130).

Inés de Aquitania (h. 1072-1095): Iª esposa de Pedro I; hija de Guillermo VIII de Aquitania.

Inés de Poitou (h. 1106-h. 1059): esposa de Ramiro II; hija de Guillermo IX de Aquitania.

Jimena (h. 1045-1116): esposa del Cid; señora de Valencia (1099-1102).

Jimeno: abad de San Juan de la Peña (1111-3 de octubre de 1120).

Jimeno Íñiguez (¿-h. 1130): juglar de Alfonso I; natural de la villa de Monclús.

Leonor de Aquitania (1122-1202): duquesa de Aquitania; reina de Francia y de Inglaterra.

Lope Garcez Peregrino (h. 1050-h. 1130): aitán o preceptor de Alfonso I. Quizá fueran dos nobles con el mismo nombre, que hemos fundido en uno solo.

María (h. 1088-1104): Hija del Cid; probable esposa del príncipe Pedro de Aragón.

Miguel (¿-1151): obispo de Tarazona (1119-1151), de origen franco.

Mosé Sefardí: vid. Pedro Alfonso.

Pascual II (h. 1050-1118): papa de Roma (1099-1118).

Pardo (¿-1110): alcaide del castillo de Monterroso; vasallo del conde de Traba.

Pedro (h. 1087-1103): príncipe de Aragón; hijo de Pedro I.

Pedro I (h. 1068-1104): rey de Aragón (1094-1104).

Pedro Alfonso (h. 1062-1140), Mosé Sefardí: rabino y médico, converso al cristianismo.

Pedro Ansúrez (h. 1037-1119): ayo y protector de Urraca de León; señor del castillo de Muñó.

Pedro de Agen (¿-1139): obispo de Palencia.

Pedro de Librana (¿-1129): obispo de Zaragoza (1118-1129).

Pedro Froilaz (h. 1075-1128): conde de Traba; noble gallego ayo de Alfonso VII.

Pedro González el Romero (h. 1065-1130): conde de Lara; amante de Urraca de León.

Per Petit (h. 1070-h. 1124): caballero franco al servicio del rey de Aragón.

Raimundo de Borgoña (1070-1107): hermano de Calixto II; 1^{er}. esposo de Urraca de León.

Ramiro II el Monje (h. 1086-1157): rey de Aragón (1134-1157); hermano de Alfonso I.

Ramón (1067-1126): obispo de Roda-Barbastro (1104-1126).

Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid (h. 1043-1099): señor de Valencia (1094-1099).

Routrou (h. 1075-1144): conde de Perche (1114-1144): amigo y aliado de Alfonso I.

Sancho: abad de San Juan de la Peña (1099-1111).

Sancho de Arinzana: abad de San Juan de la Peña (1076-1088).

Sancho Funes (¿-1046): obispo de Calahorra (1116-1146).

Sancho Juánez (¿-h. 1134): señor de la villa de Huesca y de la de Sahagún. **Sancho Ramírez** (1043-1094): rey de Aragón (1064-1094) y de Pamplona (1076-1094).

Tabit ibn Abd Allah (¿-h. 1130): juez musulmán de Zaragoza.

Talesa (h. 1070-h. 1148): esposa de Gastón de Bearn; prima de Alfonso I. **Teresa de Portugal** (h. 1080-1130): condesa de Portugal; esposa de Enrique de Borgoña.

Urbano II (1042-1099): papa de Roma (1088-1099).

Urraca (1081-1126): reina de León (1109-1126), esposa de Alfonso I de Aragón (1109-1114).

Yusuf ibn Tasufín (h. 1120-1106): emir de los almorávides (1061-1106).

PERSONAJES DE FICCIÓN

Bernardo de Jaca (1071-?): consejero y amigo de Alfonso I. Un personaje con este mismo nombre aparece como escriba y notario en un diploma original de 1132.

Elvira de Toro (h. 1080-1127): noble leonesa; dama de compañía de Urraca de León; amante ocasional de Bernardo de Jaca.



JOSÉ LUIS CORRAL (Daroca, Zaragoza, 1957). Catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza y director de Taller de Historia S. L. Ha sido profesor invitado en medio centenar de universidades españolas y extranjeras. La revista francesa *Actualité de l'Histoire* lo ha considerado en 2012 como «uno de los historiadores españoles de mayor repercusión internacional».

Fundador y presidente de la Asociación Aragonesa de Escritores. En 2015 fue elegido «Aragonés del año» por los lectores de *El Periódico de Aragón* en la sección de Cultura. Es colaborador regular en prensa y en programas de radio y televisión.

Como historiador, ha publicado más de treinta ensayos, como *Historia universal de la pena de muerte* (2005), *Breve historia de la Orden del Temple* (2006), *Una historia de España* (2008), *Abdarrahman III y el califato de Córdoba* (2008) o *El enigma de las catedrales* (2012).

Está considerado «el maestro de la novela histórica española contemporánea» por obras como *El salón dorado* (1996), *El amuleto de bronce* (1998), *La epopeya de Gengis Kan* (1998), *El invierno de la Corona* (1999), *El Cid* (2000), *Trafalgar* (2001), *Numancia* (2003), *El número de Dios* (2004), *¡Independencia!* (2005), *El caballero del Templo* (2006), *El rey felón* (2009), *El amor y la muerte* (2010), *La prisionera de Roma* (2011), *El código del*

peregrino (2012), *El médico hereje* (2013), *El trono maldito* (2014), junto a Antonio Piñeiro, *Los Austrias. El vuelo del águila* (2016), *Los Austrias II. El tiempo en sus manos* (2017) y *Los Austrias III. El dueño del mundo* (2019).

Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas.

ALEJANDRO CORRAL (Zaragoza, 1989) es escritor y economista, licenciado en Dirección de Empresas y técnico superior de Gestión Cultural. Es director-gerente de Taller de Historia S. L. y autor de varios artículos de economía e historia económica. Ha colaborado con ONG en proyectos de desarrollo social y cultural en Centroamérica. Como escritor imparte conferencias y talleres de creación literaria y ha publicado el *thriller El cielo de Nueva York* (2015) y la novela histórica *Batallador* (2018), con José Luis Corral, su padre.

En el año en que se cumplen cinco siglos de la muerte de Leonardo da Vinci, nos ofrece un retrato vivo y sorprendente de uno de los momentos culminantes de la historia del arte, en la novela *El desafío de Florencia* (2019) y se confirma como uno de los grandes nuevos talentos de la novela histórica de hoy, capaz de unir una trama intrigante con un contexto profundamente veraz y documentado.